

LAS INCREÍBLES AVENTURAS DE
TOM SCATTERHORN

EL ECO
OLVIDADO

Henry Chancellor

Lectulandia

Así empieza, muy a su pesar, la última aventura de Tom Scatterhorn. El museo Scatterhorn (sí, es todo suyo) es en realidad un portal a mundos secretos y extraños..., y por suerte él lo domina bastante.

El problema es que ha sucedido algo impensable y tan terrible que le ha hecho perder el control: don Gervase Askari, el malvado líder del reino de los insectos, ha regresado con intenciones de quedarse...

¿Cómo te sentirías si aparecieras inesperadamente en un lugar extraño donde no conoces a nadie? ¿Cuando te dijeran que tú no eres tú sino una especie de copia de ti mismo? ¿Donde todo el mundo pareciera loco y no hubiese salida alguna?

Lectulandia

Henry Chancellor

El eco olvidado

Las increíbles aventuras de Tom Scatterhorn - 03

ePub r1.1

Rocy1991 06.12.14

Título original: *The Forgotten Echo (The Remarkable Adventures of Tom Scatterhorn #3)*
Henry Chancellor, 2013
Traducción: Rosa Pérez

Editor digital: Rocy1991
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Chloë

1

Las visiones de Betilda Marchmont

Hacía un rato que la niebla se concentraba en el fondo del valle. Formaba charcos en las hondonadas, asediaba los árboles y anidaba en torno a los muros como un huésped indeseado. Miriam Marchmont no estaba contenta. No era por la niebla, sino por los faros de un automóvil, que se aproximaban por el largo camino particular. Echó un vistazo a su reloj: eran las cuatro y veinte de la tarde. El personal ya se había ido a casa; el salón de té estaba cerrado, pues era 31 de octubre, el último día antes de que cerrasen el castillo para la temporada invernal. Aunque técnicamente no echaban el cierre hasta las cinco, y las últimas visitas eran a las cuatro y media, Miriam esperaba, siendo viernes, y además el último día, poder recoger un poco antes. No podría ser.

—¿Qué pasa? —preguntó su hermano Edward, que estaba haciendo la escasa caja del día.

—Ha venido alguien —respondió Miriam con sequedad, limpiando una raya de polvo del marco de la ventana.

—¿Qué? ¿Ahora? Pero si estamos cerrando.

—Ya sé que estamos cerrando.

—Entonces tendrás que decirles que se vayan, Midge.

—Pero no puedo decirles que se vayan.

—Sí puedes. Diles que llegan demasiado tarde. Ya hemos cerrado para la temporada invernal, y tendrán que volver el año que viene. Esa es la verdad —añadió, cerrando la puerta y corriendo apresuradamente por un pasillo.

Miriam lo vio marcharse. Edward siempre se portaba como un cobarde ante esa clase de situaciones. Qué típico de él.

—Madre mía.

Con un suspiro, Miriam descendió por la gran escalera de roble hacia el vestíbulo. Aquello iba a ser desagradable. En muchos casos, los visitantes del castillo de Marchmont habían hecho un gran esfuerzo para llegar hasta allí. Aunque estaban en el centro de Escocia y lejos de cualquier carretera principal, no era raro que acudiesen turistas de Texas e incluso de Nueva Zelanda.

Se oyó un crujido de pisadas sobre la grava seguido de un fuerte golpe en la puerta. Miriam fingió no haberlo oído.

—¿Hola?

Otro golpe. Más fuerte.

—¿Hola?

Miriam se preparó para una negativa cortés pero firme y alcanzó el pestillo.

—Excelente. Entonces no llego demasiado tarde. —Una silueta alargada y oscura salió de la penumbra y entró resueltamente en el vestíbulo—. La última visita es a las

cuatro y media, y según mi reloj faltan tres minutos, ¿verdad?

—Me temo que ya hemos...

—No quisiera habérmelo perdido. Vengo de muy lejos, ¿sabe? Nada menos que desde Perú.

¿Perú? Miriam ya retrocedía. El hombre se quitó los guantes y miró a su alrededor. Era sumamente alto. Sus hombros eran rectos y estrechos, y vestía un largo e impecable abrigo de lana gris. Tenía la frente abombada y llevaba el cabello muy engominado. Miriam no pudo evitar fijarse en que parecía estar de puntillas.

—Lo siento mucho, de verdad, pero...

—No se preocupe, señorita Marchmont, no tengo interés alguno en su amplia colección de dedales, carretes de pesca, cabezas de ciervo y ositos de cuadros escoceses, ni quiero ver la patética colección de rastrillos de madera que pasan por antigüedades en el cobertizo.

El hombre sonrió y Miriam se enfureció visiblemente. Puede que a su hermano y a ella los hubiese obligado la mala suerte a abrir al público el castillo medio derrumbado, con la promesa de unos salones bastante oscuros, un bollo casero y la posibilidad remota de ver al fantasma de la familia atravesar un muro (que en realidad se había «aparecido» por última vez a un criado borracho más de cien años atrás); no obstante, seguía siendo la Señora de la Casa. Si cualquier otra persona se hubiese atrevido a hablarle así, la habría echado inmediatamente..., pero el visitante poseía una extraña autoridad. Casi sentía como la taladraban sus ojos amarillentos mientras hablaba.

—Bueno, ¿y qué es exactamente lo que ha venido a ver? —le espetó ella—. ¿Es algo concreto?

—Lo cierto es que sí —contestó él con voz resonante—. La sala de increíbles pinturas realizadas por su tía abuela, Betilda Marchmont. Tengo entendido que era artista, ¿no es así?

La frase cogió a Miriam desprevenida. Aquella era una petición insólita, y le resultaba difícil de rechazar. Que la obra de Betilda hubiese sido ignorada por la historia era una injusticia con la que ella estaba decidida a terminar.

—Entonces, ¿ha oído hablar de ellas? —murmuró mientras su frialdad se fundía por momentos.

—Así es —dijo el hombre con una sonrisa, intuyendo que había pulsado el botón correcto—. De hecho, desde que tuve conocimiento de la curiosa vida de la dama, ver esos cuadros se ha convertido en una especie de obsesión. ¿Sería posible, señorita Marchmont?

Miriam vaciló.

—¿Y eso es todo lo que quiere ver?

—Más que nada en el mundo.

El hombre sonreía extrañamente ilusionado. Decía la verdad.

—Muy bien. ¿Cómo puedo negarme?

El visitante inclinó cortésmente la cabeza, disimulando su emoción. Miriam cogió el dinero del extranjero y subió delante de él por la gran escalera hasta la buhardilla.

—Habría leído que Betilda era una mujer excéntrica que vivía aislada, una loca cuya familia la tenía encerrada en la buhardilla, ¿no?

—Algo así.

—Bueno, es cierto que ocupó el ala norte durante muchos años, y con el tiempo fue encerrada en un manicomio por su propio hermano. Pero, en mi humilde opinión, Betilda no estaba loca, en absoluto. Simplemente tenía una imaginación desbordante, que le resultaba mucho más interesante que el mundo real. Por eso optó por pasar todos sus momentos de vigilia perdida en su interior.

—Pero ¿nunca abandonó esta casa?

—Nunca. Apenas salió de su habitación. Eso lo hace todo más increíble. —Miriam se detuvo y cogió al visitante por la manga—. Si yo hubiese tenido una décima parte de su imaginación, qué cosas habría hecho. —El extranjero se quedó mirando a su anfitriona, que llevaba una bufanda y tres chaquetas distintas para protegerse del frío. Parecía guiñarle el ojo—. Jardín clásico.

El hombre miró por la ventana hacia el pequeño patio, donde los setos bajos aparecían curiosamente cortados en forma de punta y formando dibujos simétricos.

—¿Son insectos?

—Escarabajos. Betilda sentía fascinación por ellos. Ella misma los plantaba y podaba. Le gustaba caminar por ahí abajo por las noches.

El visitante se quedó mirando con aprobación las oscuras formas. Todo aquello tenía mucho sentido..., pero debía ser paciente. Siguió por un laberinto de pasillos estrechos con las paredes cubiertas de oscuros retratos.

—Y aquí es donde vivía. —Miriam se detuvo ante una pequeña puerta de paneles—. Nunquam minus sola quam cum sola.

—¿Qué?

Miriam señaló la inscripción pintada en oro sobre el dintel.

—«Una dama nunca siente menos soledad que cuando está sola.» ¿Sabe usted latín?

El hombre alto negó vagamente con la cabeza.

—Mi hija sí. A mí no me sirve de mucho.

—Lástima. Betilda lo leía con fluidez, por supuesto.

Esbozando una sonrisa, Miriam entró en una pequeña habitación cuadrada cubierta de paneles por todas partes. En un rincón había una cama estrecha, y junto a ella, un sencillo escritorio y una silla. Unos cuantos bocetos raros colgaban de las paredes. Allí no había nada más.

—Es como una cárcel.

—Página en blanco —corrigió Miriam—. Betilda detestaba el contacto con otras personas, que para ella representaba una terrible distracción. Incluso instaló eso. —Miriam señaló un pequeño panel en el que habían pintado a un camarero montado en

bicicleta. El hombre no tenía boca.

—¿Qué es?

—Es un camarero mudo.

El visitante pareció desconcertado.

—Quizá en Perú no los tengan. Es un pequeño ascensor, para los alimentos. Se le subían las comidas desde la cocina, junto con las cartas y supongo que muchas cosas más. ¿Camarero... mudo? Es un chiste.

—Qué divertido.

—Sí. Imagino que no todo el mundo lo entiende.

El hombre alto gruñó de impaciencia. Aquella mujer menuda y mandona empezaba a resultarle un tanto irritante. Miró por la ventana el final del día.

—Bueno, ¿y dónde están las pinturas?

Miriam sonrió. Se dirigió hacia una puerta pequeña en los paneles y giró la llave en la cerradura.

—Cuidado con la cabeza —dijo, haciéndolo pasar.

La habitación era inesperadamente larga y ancha, y cuando los ojos del hombre alto se adaptaron a la luz se sorprendió al encontrarse en mitad de un profundo bosque. En cada superficie había grandes árboles, cuyas ramas subían serpenteando hasta el techo.

—¿Luz?

Miriam se sacó un par de linternas del bolsillo y entregó una al visitante, que la cogió con gratitud y la encendió. A través de los interminables bosques empezó a distinguir castillos, ríos, pueblos y personas, aunque, por supuesto, no eran personas propiamente dichas, sino fantásticos duendes, hadas, elfos, enanos, caballeros...

—El disparate de siempre.

—¿Cómo dice?

—Ajá.

El visitante miró de cerca y vio que había juzgado de manera precipitada. Aquí y allá, entre los árboles, había otras criaturas mucho más siniestras, insectos que reconoció: arañas de color rojo fuego, grandes ciempiés marrones, espíritus malignos de cabeza quemada sujetando bandas de salvajes escarabajos rojos que tiraban de la correa...

—Impresionante, ¿verdad?

El extranjero tosió para disimular su emoción y proyectó la luz de su linterna sobre una fila de escarabajos muy cargados. Todos iban unidos por una cuerda, y los conducía un pastor con una característica boina negra.

—Hasta el viejo Rainbird —murmuró, inspeccionando aquella sonriente cara de gárgola—. Extraordinario.

—Sí, es un tipo gracioso, ¿verdad? —dijo Miriam, un tanto perpleja ante la reacción del extranjero—. Todo esto tiene su historia, ¿sabe? Es una fantasía que Betilda tardó muchos años en imaginar. Es aquí donde empieza todo.

Miriam cruzó la habitación e iluminó con su linterna una oscura columna de roca que se alzaba en el centro de una vasta cueva. Tejados y balcones se aferraban a la parte alta, y estrechos pasos elevados de piedra sobresalían de los costados. La construcción entera rebosaba de insectos extravagantes de todas las formas y colores.

—Se llama Scarazand —dijo la mujer en tono seguro—. Un nombre raro, ¿no le parece?

El visitante asintió: sabía muy bien dónde estaba aquello. Era su hogar.

Miriam iluminó con su linterna el estandarte en latín que se agitaba sobre sus cabezas.

—«De la oscuridad de Scarazand surgió una gran luz» —tradujo^ añadió—: El reino del diablo es también el lugar de nacimiento del héroe.

—¿El héroe?

—Suponemos que eso es él. Es imposible no verlo. Está por todas partes. —Miriam recorrió la sala con la luz de su linterna, proyectándola sobre un caballero ataviado con una magnífica armadura negra—. Allí, allí, allí, también allí...

El visitante parecía sinceramente sorprendido. Adelantándose, alumbró una imagen del caballero galopando por el bosque. Durante unos instantes observó su armadura en silencio: las capas arremolinadas de reluciente quitina que formaban el peto, la intrincada maraña de pinchos oscuros en torno al cuello y aquel extraordinario yelmo, mitad lobo, mitad escarabajo.

—Scararmadura —murmuró el extranjero para sí, como si acabase de recordar el nombre—. Scararmadura.

—¿Cómo dice?

—¿Quién es ese caballero?

—Nadie lo sabe con exactitud, pero según la tradición familiar era un conocido de ella.

—Ah, ¿sí?

—Los criados solían oír a Betilda hablar sola mientras trabajaba. Pensaban que podría haber alguien de quien ella estuviese enamorada en secreto. O eso, o un fantasma.

—¿Un fantasma? —bufó el visitante—. Qué pintoresco.

Miriam se enfureció. Como conservadora autoproclamada de la llama de Betilda Marchmont, no apreció demasiado aquella burla.

—En realidad, creo que era una persona real.

—¿Y eso por qué?

—En algún lugar de esta habitación, Betilda pintó en secreto su retrato bajo el yelmo. Lo anotó en su diario. —El visitante se volvió a mirarla—. Y ahora supongo que va a preguntarme dónde está, pero me temo que no puedo ayudarlo.

—¿Por qué no?

—Porque no lo sé —dijo Miriam con tono categórico—. Me gustaría saberlo, a todos nos gustaría, pero Betilda lo disimuló muy bien. Podría estar en cualquier parte.

El hombre alto miró con furia todas las pinturas del caballero en los interminables bosques. Desde luego, había muchas.

—Un héroe secreto. Un misterio muy conveniente.

Miriam Marchmont se encogió de hombros.

—Los artistas hacen cosas así, ¿no? Siguen sus propias fantasías, hacen pequeñas bromas. —Con su linterna iluminó a una mujer menuda que bailaba entre los árboles con un hombre grueso y dorado—. Quién sabe quiénes se supone que son estas personas, y si son o no reales...

El visitante tenía sus sospechas. Y había en aquel hombre dorado algo familiar que lo desconcertaba, aunque pareciese estar totalmente cubierto de mariposas azules. Desde luego, Betilda Marchmont estaba loca de remate.

—Leí algo sobre una gran batalla con serpientes —dijo con voz resonante, disimulando su curiosidad—. ¿También está aquí?

Miriam suspiró.

—Ah, sí. No me extraña que lo leyese.

Por desgracia, aquella era la imagen más famosa que Betilda había pintado en su vida, pero, a ojos de Miriam, por todas las razones equivocadas. Un psicólogo austríaco había visitado una vez la casa y describió la escena como la mejor visión del futuro pintada por una loca. Desde entonces, una oleada constante de colegiales había ido a reírse y curiosear. La mujer fue hacia una esquina e iluminó con su linterna la amplia escena que dominaba toda la pared.

—Aquí lo tiene: «La muerte de la colonia».

—¿Qué ha dicho usted?

Miriam señaló la gran inscripción en latín que ondeaba en la parte superior.

—Entiendo.

El visitante se adelantó, inquieto, barriendo la pintura con su linterna. Desde luego, era impresionante. A cada lado, el bosque daba paso a un amplio valle nevado, sobre el cual hordas de serpientes plateadas se abalanzaban sobre hombres de rostro sombrío, escarabajos e insectos de todas clases formando los escaques de un tablero de ajedrez. La representación de la batalla era vasta, sangrienta y complicada, pero ninguno de esos detalles interesaba al visitante. Su mirada se vio atraída de inmediato por los acontecimientos que se desarrollaban en primer plano. Allí, Betilda había pintado una fortaleza de oscuras torres en cuyo interior una serpiente gigantesca se alzaba por encima del caos. Era una especie de cobra, con la capucha extendida y unos ojos amarillos que lanzaban destellos, y se disponía a atacar a una oscura figura envuelta en una capa, que yacía en el suelo ante ella. Pero en ese momento preciso el caballero misterioso había llegado al galope y enterrado su lanza en la blanca panza de la bestia.

—Jorge y el Dragón —dijo Miriam—. Al menos, eso es lo que siempre he pensado. El caballero de Betilda llega a caballo y resuelve la situación. —Sonrió y se volvió hacia el visitante, que no sonreía en absoluto. De hecho, en la penumbra, su

rostro había adquirido un tono gris—. Está claro que es el fin.

—¿El fin?

—Ut moreras vives. —Miriam señaló la inscripción que ondeaba sobre los escombros—. «Morirás tal como viviste.»

El hombre reflexionó unos momentos sobre esas palabras.

—¿Qué significa eso? —preguntó, con un tono de urgencia que no pudo disimular.

—Es un acertijo. O una profecía. Probablemente, ambas cosas. Si esta es la muerte de la colonia, algo o alguien morirá.

—Pero ¿quién?

Miriam se encogió de hombros. El visitante se quedó mirando al caballero, que mataba la serpiente para salvar a la figura que yacía en el suelo envuelta en una capa. Al examinar detenidamente aquella figura, vio que tampoco era del todo humana. Sobre los estrechos hombros tenía una gran cabeza negra y fauces de escarabajo.

—Todo esto me resulta muy difícil de comprender, señorita Marchmont.

—Tal vez sea ese el objetivo.

—¿Qué?

—Nec habet victoria laudem.

—¡Basta! —El hombre alto apretó los ojos, rabioso—. ¿Quiere dejar de soltar latinajos?

—Solo estoy...

—Traducción. Deme solo la traducción, señorita Marchmont.

Miriam se puso nerviosa ante la violenta reacción del extranjero. La luz de su linterna saltó hacia un pájaro que se hallaba en el borde del valle, con el pico metido en la concha de una ostra.

—«Aunque sea el vencedor, puede que no obtenga elogios.»

—Por fin. Un hecho claro y simple. Entonces, ¿el ganador de esta batalla es impopular?

Miriam asintió.

—Es una interpretación.

Curiosamente, estas palabras parecieron calmar al visitante.

—¿Hay más?

—Este fue el último panel que pintó Betilda antes de ingresar en el manicomio —respondió Miriam, mirando su reloj bruscamente. La hora de cierre había pasado, y ella hacía rato que había perdido la paciencia con aquel señor tan peculiar—. Me doy cuenta de que el sentido no es sencillo de entender, pero Betilda tejió un complicado tapiz, utilizando acertijos que pueden interpretarse de muchas formas distintas. Esto no son fotografías, ¿sabe?

El hombre alto frunció el entrecejo. Por desgracia, sospechaba que eran eso exactamente.

—¿Ha visto ya suficiente?

El extranjero dejó de mirar a los insectos en lucha para clavar la vista en su anfitriona, que hacía entrechocar sus llaves en el bolsillo con impaciencia.

—Señorita Marchmont, necesito saber una cosa.

Miriam apretó los labios en un gesto de frustración.

—Puede preguntar, pero, tal como he intentado explicarle...

—Cállese. Verá, como usted, yo también quiero descubrir la identidad de ese caballero misterioso. Es muy importante para mí. Más importante de lo que pueda imaginarse.

Al principio, Miriam no lo entendió. Luego, el extranjero dio un paso adelante y pasó las manos por el borde de un panel. De pronto, a la mujer se le ocurrió una idea muy desagradable.

—Como podrá observar, cada una de estas pinturas está bien sujeta a la pared.

—No lo dudo.

El visitante se sacó hábilmente del puño del abrigo una pequeña cuchilla negra. A Miriam se le aceleró el pulso: ¿qué iba a hacer con aquello? ¿Era un ladrón? No parecía un ladrón, pero...

—Antes de que siga adelante, le advierto que estamos conectados directamente con la comisaría de policía.

El extranjero la ignoró y se aproximó a la gran escena de la batalla, cuchillo en mano.

—¡Si hago una llamada estarán aquí en cuestión de minutos!

El hombre sonrió con satisfacción: habría podido decirle que ya había cortado las líneas telefónicas que salían de la casa, pero no se molestó. Con serena premeditación levantó la cara de la cuchilla y empezó a rascar violentamente. Miriam ahogó un grito.

—¡Pare! ¡Deténgase! ¡Eso es una obra de arte!

El visitante la ignoró, arañando con fuerza el complicado yelmo del caballero... Grandes trozos de pintura empezaron a caer al suelo.

—¡Pare! ¡Le ordeno que pare ahora mismo!

Miriam Marchmont caminaba frenética de un lado al otro, mirando cómo volaban las delicadas escamas. ¿Qué podía hacer para detener a aquel vándalo enloquecido? ¿Asestarle un puñetazo en la cabeza? ¿Darle una patada en la espinilla? Pero no pudo evitar observar que cuanto más rascaba más revelaba algo oculto debajo... Media oreja, parte de un ojo...

—Esto va a tardar demasiado.

El extranjero se volvió y descubrió un cubo de agua en un rincón, junto a un gran frasco de lejía...

—¡Oh, no! ¡De eso nada! —exclamó Miriam, interponiéndose valerosamente entre el hombre y la pintura—. No crea que puede irrumpir aquí y...

El visitante empujó sin contemplaciones a Miriam, que acabó en el suelo.

¡Plaf! Tiró la lejía, salpicando toda la pintura y quemando su superficie. Hilos de

color corrieron en líneas hasta el suelo. Miriam Marchmont miró al extranjero boquiabierta y luego se puso de pie como pudo.

—¡Se acabó! Me voy a buscar a Edward y... y...

¡Chof!

Tiró el agua. Miriam soltó un chillido.

—¡Diablos! ¡Ya lo ha hecho!

El hombre alto apenas oyó el portazo a sus espaldas. Después de limpiar la pintura negra con la manga retrocedió para admirar su obra. Mientras observaba fijamente la imagen, sus ojos revelaron una leve chispa de emoción. Aquello no era en absoluto lo que él esperaba.

—Betilda Marchmont, ¿cómo te las has arreglado para escapar de mis garras? —masculló.

Luego, con lejía y cuchillo se puso a trabajar en la figura del escarabajo negro con capa que yacía en el suelo. Un gorro de pieles, una chaqueta ajustada... insignias de color rojo y oro... La verdadera imagen no tardó en mostrarse. Con una última e irritada rociada de agua, el hombre alto la reveló tal como era. El rostro estaba contraído y goteaba pintura rosa, pero no cabía duda de que era un retrato.

—¿Lo ves?

La pequeña puerta de madera se abrió de golpe y Miriam Marchmont entró, encolerizada, dando grandes zancadas, seguida de mala gana por su hermano.

—¡Mira lo que ha hecho! ¡Insisto en que lo detengas! ¿Edward?

Necesitaron casi dos segundos para asimilar la imagen que se hallaba ante ellos. Allí estaba la gran pintura, chorreante y llena de marcas, y sin embargo era diferente. La misteriosa figura con cabeza de escarabajo que yacía en el suelo había desaparecido, sustituida por el horroroso y retorcido retrato de un hombre de negro. Su rostro aparecía ensangrentado, y en sus ojos había una mirada de puro terror mientras la serpiente se abalanzaba sobre él. Pero eso no era todo. El elaborado yelmo del heroico caballero había desaparecido también para revelar una cara. No era un hombre, sino un muchacho de mandíbula decidida y penetrantes ojos oscuros que contrastaban con su mata de pelo rubio. También parecía un poco aterrador.

Esto es p-p-puro y absoluto v-v-vandalismo —tartamudeó Miriam, incapaz de disimular su curiosidad ante el héroe de Betilda, por fin revelado.

—pero ¿quién... o sea, quién es? —preguntó Edward, sin dirigirse a nadie en concreto.

—Se llama Tom Scatterhorn —dijo una voz grave y resonante desde la oscuridad.

Era tal la conmoción de ver el cuadro alterado que Miriam y su hermano casi se habían olvidado de la persona que lo había revelado. Allí estaba, apoyado contra el bosque del rincón, con las mangas cubiertas de pintura negra y rosa.

—¿Tom Scatterhorn? —repitió Edward, que nunca había oído el nombre—. ¿Y cómo es que...?

El cerebro de Edward tardó un instante en asimilar lo que veía.

La pequeña barbilla, la frente amplia... y aquellos extraordinarios ojos de lagarto que parecían mirar directamente dentro de tu propio cráneo... Soltó un grito ahogado y dio un involuntario paso atrás. Incluso encogido e indefenso bajo aquella gran serpiente, era él. El visitante. Eran una misma persona.

—Así es —masculló el hombre, saliendo directamente de las visiones de Betilda Marchmont y entrando en la habitación.

Miriam se estremeció; el aire parecía haberse enfriado de pronto. Había una sonrisa irónica e indolente en el rostro del extranjero.

—Entonces, usted conoció a B-B-Betilda..., ay..., ¿no es así?

—Lo cierto es que no, Miriam. Y eso lo hace aún más increíble, ¿no le parece? —Se volvió para admirar su retrato encolerizado—. ¿Cómo consiguió semejante parecido sin ver ni una sola vez a su modelo?

—¿Quién es usted? —bufó Edward.

Observó que el hombre alto había sacudido el puño del abrigo para dejar caer algo parecido a una pelota de goma transparente y sus dedos rozaban su ornamentada superficie.

—Me llamo don Gervase Askary —dijo el visitante—. Dudo que hayan oído hablar de mí. —Con un gesto de sus largos dedos abarcó toda la habitación—. Este es mi mundo.

—Seguro que sí —bufó Edward secamente.

Resultaba evidente que aquel hombre era un chalado fugado del manicomio, eso era, uno de los amigos de Betilda. Todo estaba quedando muy claro, aunque... Edward, a quien nunca se le habían dado demasiado bien las matemáticas, recordó de pronto que Betilda era su tía abuela y había muerto hacía muchos años; de hecho, antes de que naciese su padre. Eso significaba que aquel hombre debía de tener por lo menos una edad de ciento... Oh. Madre mía. Ay, ay, ay...

—¿Y usted es... el rey de este mundo? —preguntó Miriam, dispuesta a seguirle la corriente al loco.

Tenía que reconocer que no podía explicar lo del retrato, pero había activado la alarma de robo, así que la policía no tardaría en llegar para llevárselo. Lo que se hacía con los locos era distraerlos.

—¿Rey? —El visitante pareció un poco desconcertado—. Algo más, Miriam, que un simple «rey».

—¿Emperador?

Don Gervase sonrió ferozmente, revelando una hilera de dientes rotos.

—¿Supremo señor de los interminables bosques, gobernante de la noche?

—No, ni siquiera eso, Miriam. Aunque soy muy especial. Casi único. Puedo convertirme en escarabajo y recuperar mi aspecto habitual. Metamorfosis. A voluntad.

—Qué emocionante. Qué divertido.

Miriam empezó a retroceder poco a poco. Aquel tipo estaba realmente chiflado.

Majareta. Ya llegaba la policía, oía movimiento en el pasillo... Debía de ser la unidad canina. Aquí llegan los chicos de azul, y no hay momento que perder...

El visitante se puso extrañamente tenso, y sus dedos se deslizaron por aquella curiosa pelota.

—Lamento mucho esto. Es una verdadera lástima, con lo bien que nos llevábamos. Pero es lo que hay.

De pronto una cosa roja y brillante irrumpió en la habitación. Dos cosas... como perros, aunque...

Don Gervase Askary susurró con voz muy baja y, antes de que Miriam y Edward pudiesen pronunciar una palabra, las fauces metálicas de los escarabajos bombarderos se cerraron en torno al pecho de ambos, aplastándolos como si estuviesen hechos de papel.

—¡Abajo! —gritó.

Los insectos los soltaron al instante. Miriam y Edward Marchmont cayeron al suelo con el cuerpo horriblemente retorcido. Los dos escarabajos de ojos amarillos se echaron con estrépito a los pies de su amo y aguardaron la siguiente orden.

—Me temo que han visto demasiado. Lástima.

Aterrorizada, Miriam se quedó mirando a las criaturas, idénticas a las que aparecían en las pinturas.

—Entonces usted... en realidad es...

—¿Quién he dicho que era? Sí, Miriam. Soy tan real como Scarazand , un lugar del futuro lejano en el que, evidentemente, se coló su querida Betilda. Cómo lo hizo, no lo sé, pero tuvo mucha suerte de que no la atrapase. La habría hecho pedazos.

Miriam abrió unos ojos como platos.

—Y ese muchacho...

—¿Tom Scatterhorn? Es otro viajero, y en este momento está vivo. ¿Por qué decidió pintarlo Betilda? No tengo ni idea. Pero no importa, porque no seguirá vivo mucho más tiempo.

Edward clavó la vista en el extranjero alto mientras su vida se apagaba.

—¿Quiere decir que va a asesinarlo?

Don Gervase exhibió una horrorosa sonrisa.

—Pero no puede hacer eso.

—¿No?

Miriam jadeó y señaló la vasta tela salpicada de lejía.

—¿No va a salvarle la vida?

Don Gervase Askary frunció el entrecejo con gesto sombrío. Nunca creyó que la verdad fuese a resultarle tan incómoda.

—¿Cree usted, Miriam, que voy a permitir que las visiones de una loca hipotequen mi futuro?

—Pero usted...

—¡Basta! Esa batalla es pura fantasía, como el resto de todo este disparate. Aún

no se ha producido, y ya me encargaré yo de que nunca se produzca.

Con un chasquido de los dedos, dirigió a sus escarabajos hacia la puerta. Miriam no lo entendía.

—Pero ¿y si es la verdad? —insistió—. ¿Y si Betilda no se lo inventó?

Don Gervase Askary puso mala cara al oír la sugerencia. Se volvió y miró fríamente a sus víctimas.

—Por favor, no lo mate...

—No creo que esté en situación de decirme lo que puedo y no puedo hacer.

Con una mueca, echó un último vistazo a la gran pintura. Incluso en la penumbra, el pelo rubio de aquel muchacho resplandecía como una lámpara, mofándose de él. ¿Cómo podía ser cierto? ¿Cómo podía?

—Ut moreris vives —susurró Miriam mientras la vida se le escapaba.

Don Gervase Askary no dijo nada. Giró sobre sus talones y salió.

2

Principio, mitad...

—¿Tom?

—¡Ahora voy!

—¡Por favor, date prisa! ¡Llevas horas ahí arriba!

Tom Scatterhorn se arrodilló en el suelo de su habitación, en mitad del caos, mirando enfadado su bolsa medio llena. Ya lo había metido y sacado todo dos veces.

—¿Cómo puedes tardar tanto? Solo estarás fuera dos semanas.

—Es que no sé qué llevarme.

—No entiendo que no lo sepas. ¿No es evidente?

Pero ese era precisamente el problema. No era nada evidente. La última vez que Tom se había alojado en el Museo Scatterhorn había evitado por poco un maremoto en Polinesia. En la ocasión anterior había participado en una cacería de tigres en la India después de pasar por una feria del hielo celebrada cien años antes. El Museo Scatterhorn era un lugar viejo, oscuro y muy peculiar de Dragonport, una ciudad muy pequeña situada en el otro extremo del país. Tom era su propietario, lo amaba y había costeado su restauración, pero le causaba tanta vergüenza que prefería mantenerlo separado de su propia vida normal. El Museo Scatterhorn era su mundo extraño y secreto, y, además, era la vía de entrada a otros muchos mundos extraños y secretos...

—El taxi está aquí, Tom —dijo su madre, abriendo la puerta de la calle mientras un coche entraba en Middlesuch Cióse.

—Vale, vale.

Tom echó una ojeada al desorden, más esperanzado que inspirado. ¿Qué llevarse? Hacer acopio de objetos superfluos era un rasgo de los Scatterhorn, y Tom parecía haber adquirido ese gusanillo a una edad especialmente temprana. Su habitación estaba llena de todo tipo de cosas, desde cuernos de alce hasta peces globo secos... Había amonitas, galletas de mar, arañas disecadas, relojes rotos, envoltorios de caramelos, un huevo de avestruz... ¿Cómo llegaron allí todos esos objetos?

—¡Tom, perderás el tren!

—¡Ahora voy! —gritó, mirando el desorden con desesperación.

¿Pasamontañas? ¿Chanquetas? Echó un vistazo a una postal de una chica risueña de pelo oscuro y piel muy bronceada, con un loro azul sobre la cabeza. «Preciosas islas Marquesas», decía. Era Pearl Smoot, amiga de Tom, a quien no había visto desde la última vez que fue a Dragonport. ¿Qué se llevaría ella? Algo práctico, como una brújula, una navaja o... No, claro... Tom avanzó con dificultad y, tras levantar una tabla del suelo suelta, sacó un ajado cuaderno de ejercicios titulado «Scarazand». Scarazand no se hallaba en ningún mapa ni página web, y muy pocas personas sabían de su existencia. Tom era una de ellas y Pearl Smoot era otra. Habían estado allí juntos el verano anterior para rescatar al padre de Pearl, Arlo. Scarazand era una

colonia subterránea de insectos en el futuro lejano, gobernada por un tal don Gervase Askary, un hombre que atormentaba a Tom en sueños... Tom hojeó las páginas garabateadas, los esquemas... Ese libro contenía todo lo que podía recordar sobre aquel lugar, y también los recuerdos de Pearl. Era muy valioso, único... ¿Y si lo perdía?

—Vale, ya voy.

Tom oyó el eco de unas fuertes pisadas en las escaleras. Se apresuró a meter el cuaderno bajo la tabla del suelo y un puñado de calcetines en su bolsa.

—¡Maldita sea!

El padre de Tom, un hombre alto y enjuto con una mata de pelo rubio, apareció en la puerta y se quedó mirando el caos.

—No es buen momento para hacer limpieza, Tom.

—Solo estoy... preparando la maleta.

Tom metió los pies en las zapatillas deportivas y cogió del suelo un jersey grueso.

—¿De verdad piensas dejar tu habitación así?

—Si la ordenase ahora perdería el tren, y tenemos prisa, ¿no?

Por un instante, Sam Scatterhorn consideró la posibilidad de decir algo, pero decidió que aquel no era el momento. Contempló el mar de objetos y sacudió la cabeza.

—No se lo digas a tu madre —susurró.

Tom miró su habitación por última vez. Echó un vistazo a la tabla del suelo, con el valioso cuaderno que ocultaba. De pronto tuvo la sensación abrumadora de que nunca volvería a ver esa habitación.

—¿Seguro que lo tienes todo? —dijo su padre.

—Eso creo.

—Bien. Vámonos.

Cerró la puerta y bajó corriendo las escaleras. La madre de Tom salió nerviosa de la cocina.

—No puedes hacer esto, Tom, es demasiado estresante. Faltan veinte minutos para que salga el tren. ¿Tienes el billete?

—Sí.

—¿Los dos? Porque hay dos, ¿no? —dijo ella, metiendo unos bocadillos en su bolsa.

—Sí, sí. Lo he comprobado.

—Le irá bien, Poppy —dijo su padre mientras pasaba junto a la vieja autocaravana sin ruedas en dirección a la puerta oxidada.

—¿Tienes el número de los dejos y Melba por si no los encuentras? Ya sabes lo despistados que son. Seguramente hasta se habrán olvidado de que vas. Seguramente...

—Relájate, mamá, de verdad. No pasa nada. Lo tengo todo.

—Lo siento, ya sé que eres mayor y todo eso, pero...

La madre de Tom respiró hondo una vez, y luego otra, pero no funcionó. Se quedó mirando a su hijo y le apartó de los ojos la maraña de pelo rubio. Se parecía mucho a su padre.

—Es que me preocupo por ti, cariño. No puedo evitarlo.

Lo abrazó con fuerza.

—Yo también —dijo Tom, estrechándola entre sus brazos.

De hecho, le inquietaba mucho más el viaje que sus padres iban a hacer a Ecuador para estudiar las polillas que cualquiera de los viajes que habían emprendido antes.

—Bueno, pues te veremos después de Año Nuevo —dijo su padre alegremente, antes de darle a Tom una palmada en el hombro y echar su bolsa dentro del taxi.

—Papá...

—¿Sí?

Tom alzó la mirada hasta el rostro ancho y curtido de su padre, arrugado por los años de buscar insectos en todas las condiciones meteorológicas y en todos los continentes de la Tierra.

—¿Serás... serás prudente en ese río? Me refiero a que... no harás ninguna locura, ¿verdad?

—Soy famoso por mi prudencia —respondió sonriente—, aunque de todos modos siempre hago alguna locura.

—Exactamente.

A Sam Scatterhorn, sorprendido ante la inquietud de su hijo, le brillaron los ojos.

—Nos dedicamos a cazar polillas, no serpientes venenosas con aliento de fuego. Polillas, Tom. —Sam Scatterhorn se dio cuenta de que su hijo no estaba convencido—. Pero vamos a hacer algo emocionante. La noche de nuestro regreso estamos invitados a una fiesta de cumpleaños en Londres. Una fiesta de cumpleaños muy interesante.

—Vete, vete, vete —dijo su madre, plantándole otro beso en la frente y empujándolo al interior del coche.

—Te lo contaré todo cuando volvamos —le aseguró Sam con un guiño—. No te preocupes por nosotros. Pásalo bien. ¿Lo prometes?

—¡Adiós!

Sam y Poppy Scatterhorn se quedaron en la puerta de la casa más desaliñada de Middlesuch Cióse, saludando con la mano. Tom se volvió y correspondió a su saludo, y siguió saludando hasta que el taxi dobló la esquina y las dos siluetas desaparecieron. Tom se quedó mirando como pasaban a toda velocidad las aceras grises, los árboles desnudos, las hileras de casas idénticas... De pronto tuvo la clara sensación de que una puerta se estaba cerrando sobre su antigua vida. Tal vez nunca regresase a Middlesuch Cióse, ni volviese a la escuela, ni a ver a sus amigos... Nunca volvería...

—Eres un poco joven para escaparte de casa, ¿no, chaval?

Tom alzó la vista y vio que el taxista le sonreía en el espejo.

—¿Cómo dice?

—Has dicho que nunca volverás.

—Oh, estaba... nada. Hablaba solo.

—Ah.

A Tom se le hizo un nudo en la garganta. Se sorprendió al notar lágrimas en los ojos y parpadeó furioso para contenerlas.

Más tarde, en el tren, Tom se quedó mirando por la ventana su propio reflejo sobre los campos inundados. Tal vez debería habérselo dicho. Quizá eso lo habría facilitado. Pero el problema era que, en el transcurso de sus increíbles aventuras, había reunido tantos secretos que se habían vuelto realmente fáciles de guardar. Se sacó del bolsillo trasero un trozo de papel arrugado y lo miró. Lo había leído y releído tantas veces que empezaba a romperse.

Zumbidos. Selva. Río a lo lejos. ¿Aparece una criatura grande?

—Oh, Dios... Dios mío... ¿Qué es eso?

Ruido fuerte. Grito (¿Es un animal?)

—¿Quién es usted?

Pausa. Arañazos. ¿Algo escarbando?

—¿Qué quiere de nosotros?

Risas de G. A. Crueles.

—No saben quién soy, ¿no?

—No.

Hurga en un bolsillo.

—¿Son los padres de este chico?

Silencio ensordecedor.

—Lo interpretaré como un sí.

—¡Él no tiene nada que ver con esto! ¡Nada en absoluto!

(Bien dicho, Sam.)

—No se lo imaginaban, ¿no?

—¿El qué?

Poppy insegura. Nerviosa.

—¿Imaginarnos qué?

—Tom es el motivo de que estén aquí. Y es la razón de que también lo estemos nosotros.

Silencio.

—Les ha tendido una trampa. Les ha delatado.

—¿Qué? ¿De qué está hablando? —grita Sam.

—Oh, sé que cuesta aceptarlo. ¿Por qué iba a hacer una cosa así? —G. A. se ríe con desdén—. Tan confiados. Tan necios. Es una tragedia.

Golpeteo de dedos. Gritos; una pelea. Un ruido sordo. Silencio. ¿Sam y Poppy Scatterhorn muertos? Difícil de saber. Mucho ruido de insectos.

—Lleváoslos. Destruid las pruebas. Aseguraos que los llevan abajo con el resto

de gentuza.

Tom conocía las palabras tan bien que ya no necesitaba leerlas. Estaban escritas por su amiga Pearl, quien las había copiado del cuaderno secreto de su padre. Arlo Smoot era un espía radiofónico que podía sintonizar con voces del pasado, presente y futuro. Había oído esta escena en sus cascos y la había copiado. No era una predicción, era un hecho. Arlo Smoot no cometía errores. Un día, en alguna parte, de alguna forma, don Gervase Askary, el gobernante de aquel vasto imperio de insectos, secuestraría o mataría a los padres de Tom, y todo sería culpa suya. El chico no sabía cómo ni por qué, aunque la pregunta importante era cuándo.

Sin embargo, la probabilidad de que traicionase a sus padres no era el mayor secreto de Tom. Estaba viajar a través del tiempo, hallar un elixir de la vida... Todo eso, y también lo que ocurría dentro de su cabeza, en cierto modo el secreto más valioso de todos.

En pocas palabras, la mente de Tom Scatterhorn se había vuelto como la de un escarabajo. Sucedió el año anterior en una isla remota, donde un insecto gris de aspecto corriente le puso un huevo en la oreja. Cuando salió del cascarón, la diminuta larva excavó a través del blando cartílago y le entró en el cerebro; su ciego serpenteo creó una tormenta de nuevas conexiones en los recovecos olvidados de su mente... Por fortuna, obligaron a Tom a tomar un antídoto que mató la larva y detuvo al instante la transformación. No obstante, se habían producido daños.

¿Qué significaba eso? Por fuera, nada. Tom tenía el mismo aspecto de siempre. Pero dentro, como millones y millones de otros seres, podía oír el latido de Scarazand. Esas palpitaciones procedían de la reina, un escarabajo del tamaño de un submarino nuclear, que se hallaba en el centro de esa vasta colonia subterránea oculta en el futuro. Unas veces era solo un golpe sordo en la distancia, pero otras era como un alambre caliente que le atravesaba el cráneo. Podía estar andando por un pasillo de la escuela, yendo en bicicleta, esperando un autobús o incluso a punto de cruzar la línea de meta en una carrera cuando cerraba los ojos y se encontraba con una ola roja que se abalanzaba en la oscuridad hacia él, como un mensaje rugiente, a gritos, que retumbaba a través del universo. ¿Qué podía hacer?

Fingir que se desmayaba. Esa acostumbraba a ser la mejor idea. Tom se dejaba caer al suelo al instante, cerraba los ojos con fuerza y se concentraba en otra cosa, lo que fuese, mientras la pared de sonido lo devoraba.

—¡Mirad, el despistado de Scatterhorn tiene otro ataque!

Voces ansiosas, sacudidas, golpecitos, unas cuantas patadas... Tom lo ignoraba todo hasta que la ola se rompía y se alejaba bramando. Al abrir los ojos, su cabeza bullía y el sonido había desaparecido. No tenía la menor idea de lo que significaba. Pero no dudaba de su origen. Don Gervase Askary poseía una pequeña pelota gomosa llamada pelota-escarabajo con la que emitía instrucciones, órdenes, y hasta su propia voz en la mente de cada individuo, usando el gran poder de la reina. Era como una radio conectada a todo volumen en la cabeza de Tom, e imposible de apagar.

Los médicos tardaron algún tiempo en explicar aquellos extraños desmayos. Primero creyeron que era epilepsia, luego diabetes, luego rabia, peste bubónica... Tom fue de consulta en consulta de mala gana, y las preguntas fueron haciéndose cada vez más exóticas. ¿Has comido un huevo de mil años de antigüedad? No. ¿Has compartido una comida con un simio? No. ¿Qué color ves cuando cierras los ojos? Ufff... La peor pesadilla de Tom era que le hiciesen un escáner cerebral y le dijese que un pequeño insecto había excavado desde su oreja hasta su cerebro y que tenía la cabeza como una manzana agusanada. Seguramente nunca le permitirían abandonar el hospital. Pero eso nunca sucedió, y al final los médicos se vieron obligados a reconocer que no podían encontrar nada que estuviese mal: Tom era un chico normal de trece años, y sus curiosos desmayos solo eran «dolores de crecimiento», una expresión misteriosa y conveniente que Tom no acababa de entender. Pero resultaba que todas las personas que estaban creciendo los tenían. Sencillamente, la sangre no circulaba por su estrecho cuerpo a la velocidad suficiente. Dolores de crecimiento. Sus padres suspiraron aliviados y lo llevaron a comer pizza para celebrarlo.

—Bueno, ya es algo. Eres oficialmente normal —comentó su madre, soltando una risita.

—Más o menos —añadió su padre con ojos risueños—. No conozco a demasiados chicos de trece años a los que un hombre de ciento cincuenta años les dé un zafiro para comprar un museo.

—Bueno, sí, aparte de eso.

Si Sam Scatterhorn hubiese estado enterado de la visita de su hijo a Scarazand tal vez la habría mencionado también, pero no era así. Porque la cuestión era que Tom no le había contado a nadie lo que le había ocurrido de verdad. No quería que nadie pensara que era un raro extraterrestre mitad insecto, mitad humano; desde luego que no. De todos modos, no era una transformación completa. No era esclavo de Askary, y nunca lo sería. Por fortuna, desde que visitó el museo el año anterior, don Gervase Askary no le había hablado directamente. Era evidente que, entre los millones de convertidos, él no resultaba demasiado importante. Tom empezaba a preguntarse incluso si se habría olvidado de él...

Gracias a ello, a pesar de su apurada situación, Tom estaba contento. Estaba deseando volver al museo, ver a tío Jos y a tía Melba, vez encontrarse otra vez con August y sir Henry de alguna forma inesperada y hallarse en alguna nueva aventura, muy lejos de los tentáculos de Scarazand... si eso era posible.

Tom recorrió con la mirada el tren, lleno de viajeros cansados que leían en silencio el periódico de la tarde. «La hija del primer ministro a enfermado por la picadura de un misterioso insecto», decía el titular. Tom recogió del suelo un periódico sucio y lo abrió. Habían descubierto las huellas de un ciempiés gigante en el desierto e Australia. Había una fotografía de ocho levantadores de pesas búlgaros idénticos. Un hombre que salía de un bar solitario en Escocia Juraba haber visto dos escarabajos grandes como sabuesos cruzando el páramo a toda velocidad...

—Próxima parada, estación de Waterloo, final de la línea...

Tom sacudió su confusa cabeza, cogió la bolsa y se unió a la multitud que entraba en el gran vestíbulo. El problema era que, incluso cuando más buscabas indicios de Scarazand, más los encontrabas.

Incluso en ese momento, todas aquellas personas que se precipitaban en todas las direcciones, que salían bruscamente de las tiendas, que cruzaban barreras, que bajaban por las escaleras mecánicas, como si fuesen... Tom cerró los ojos y respiró hondo.

«Tienes que parar te estás volviendo loco. Solo son imaginaciones tuyas. Ignóralas.»

Se abrió paso con tenacidad hacia gran panel informativo y alzó la vista hasta los números intermitentes. Era allí donde tenía que esperar a Jos y Melba, y luego viajarían juntos a Dragonport.

Pero la madre de Tom tenía razón, era más que probable que se hubieran olvidado de que habían quedado, y seguramente Tom tendría que regresar allí solo. Tom se acercó a la entrada del metro y contempló a los pasajeros descontentos que rodeaban las barreras.

—¡Atrás, señoras y señores! ¡Atrás, por favor! Los andenes están temporalmente cerrados... Hay demasiados viajeros... Rogamos paciencia, por favor...

Palabras indescifrables resonaban por encima del griterío creciente de voces airadas.

—Yo que tú no me molestaría en bajar.

Tom levantó la mirada y vio que un hombre movía nerviosamente los pies a su lado. Parecía ir un poco torcido y llevaba una gran caja blanca.

—Menudo caos, ¿verdad? Menudo caos.

—¿Se ha averiado? —preguntó Tom, agarrando firmemente el trozo de papel en el que había garabateado los horarios de los trenes.

—¡Que si se ha averiado! —dijo el hombre con una carcajada—. Aquí no funciona nada, chaval. ¿Y de dónde sale toda esta gente? Alguien ha llamado a la caballería.

Tom observó que de repente parecía haber cientos de personas detrás de él, empujando para bajar por las escaleras. De hecho, el vestíbulo entero era un hervidero de gente. Echó un vistazo a su reloj. Seguramente Jos y Melba llegarían tarde, y tenían menos de una hora para hacer el enlace. Tal vez debía olvidarse del metro y coger un autobús...

—Así que estás aquí.

Tom se dio la vuelta. El hombre torcido se había desvanecido entre la multitud.

—Te he estado buscando.

Tom notó que se le erizaba el vello de la nuca. Aquella voz, poco más que un gruñido... La conocía demasiado bien..., como un trueno distante dentro de su cabeza. Cerró los ojos y vio unas llamas que lamían el oscuro horizonte...

—Por aquí.

Tom giró y volvió a girar entre una nube emborronada de rostros irritados...

—¡Mira por dónde vas! —gritó un hombre cuando la bolsa de Tom lo golpeó en la espalda.

—Lo siento, estoy...

—Aturdido, ¿verdad? —dijo otro, limpiándose el traje ostentosamente.

—Por este lado.

Tom notó que se le ponía la piel de gallina.

—Déjeme en paz —murmuró.

—¿Que te deje en paz? Pero si no has oído lo que tengo que decirte.

—No me importa... No...

Al instante, un estallido de energía tiró al suelo a Tom, que vio las estrellas.

—No quiero montar una escena, ¿de acuerdo? —siseó la voz dentro de su cabeza —. Solo quiero hablar contigo.

—No pienso escuchar —dijo Tom con un grito ahogado.

—Ya lo estás haciendo.

Otro impulso de electricidad lo atravesó con fuerza, quemando todos sus nervios.

—Sé que puedes oírme aunque nadie más pueda hacerlo, por lo que te sugiero que colabores.

A través del aire cada vez más denso, Tom oyó voces ansiosas a su alrededor.

—¿Está enfermo?

—Alguien debería telefonar a una ambulancia.

—¿Hay algún médico...?

—¡Levántate! —le ordenó la voz que sonaba en su cabeza—. ¡YA!

Tom temblaba sin poder contenerse mientras se levantaba tambaleándose.

—¿Te encuentras bien, guapo? —Una mujer con un abrigo rojo le pasó un brazo por el hombro—. Tienes mala cara. ¿Has perdido tus pastillas?

—No, estoy... p-p-perfectamente —trastabilló Tom, tratando de ignorar el dolor de la cabeza—. Por favor...

Y entonces vio que una negra sombra salía de detrás de un pilar, al otro extremo del vestíbulo. Una silueta inconfundible... hombros estrechos y una enorme cabeza bulbosa, un hombre que casi parecía estar de puntillas. En la mano sostenía una bola transparente del tamaño de un huevo. Sus dedos finos la acariciaban nerviosamente.

—Eso es. Ya ves que no te he olvidado, Tom. Au contraire, de pronto te has convertido en una cuestión prioritaria para mí.

—¿Qué quiere? —murmuró Tom, abriéndose paso entre la multitud desconcertada.

—¿Con quién habla?

—¿Estás seguro de que te encuentras bien, chaval?

Tom ignoró las voces y se aproximó al pilar junto al que se hallaba la delgada silueta. A pesar del dolor burbujeante, estaba muy concentrado en su siguiente acción.

Tom se quedó mirando los ojos amarillos de gruesos párpados de don Gervase, la frente dividida por un profundo surco vertical, la boca extrañamente pequeña, casi sin labios. Era horroroso, aunque no carecía de cierta elegancia.

—¿Y bien?

Don Gervase Askary miró a Tom de arriba abajo con una mueca desdeñosa. Y pensar que aquel golfillo, aquel zarrapastroso, esquelético y descuidado...

—Como he dicho, solo un pequeño tête-à-tête, nada más. ¡Vaya, Tom, cómo has crecido! Eres todo un joven caballero.

—Al grano. Tengo que coger un tren.

En otras circunstancias, el glorioso líder habría castigado semejante insolencia de forma violenta e instantánea. En cambio, optó por contener su ira con una sonrisa.

—Verás, tenemos que afrontar un problema o, mejor dicho, un enigma. —Don Gervase miró de frente aquellos ojos oscuros y airados—. Necesito saber hasta qué punto puedo confiar en ti. Necesito saber si serás de fiar cuando llegue el momento.

Tom le dedicó al hombre alto una mirada asesina.

—Si seré de fiar, ¿para hacer qué?

—Defender lo que te corresponde defender, y proteger... a tu líder.

Era una pregunta sumamente inesperada.

—¿Se refiere a que yo lo proteja a usted? —bufó Tom—. ¿Por qué debería protegerlo?

—porque si no lo haces haré de tu vida un infierno. Con esto —alzando la pelota-escarabajo—. Todos los días de tu vida.

Tom se encogió de hombros con tanta indiferencia como pudo. Sabía que era posible.

—Me da igual.

—¿Te da igual?

—No pienso defender Scarazand. Para eso ya tiene a millones de esclavos descerebrados. Quíteselo de la cabeza.

La respuesta de Tom era apenas un susurro, pero surtió el efecto deseado. El hombre alto miró al chico con mala intención, y sus dedos giraron sobre la bola. Tom sintió como si una bomba le hubiese estallado en el cerebro. Sus rodillas parecieron ceder y, tambaleándose un poco, se desplomó contra el pilar, cerrando los ojos con fuerza. El sudor le corría por las mejillas. Trató de concentrarse en otra cosa, lo que fuese, algo agradable, como...

—¡Escúchame cuando te hablo! —gritó la voz.

Tom abrió los ojos obediente y vio al hombre alto, pálido de ira, ante él. Don Gervase se sentía sumamente irritado al no poder acabar con aquel fideo en ese instante, pero logró contenerse recordando el cuadro. Y entonces la idea más curiosa surgió en su mente.

—Supongamos que lo afrontamos de otra forma. Supongamos que te hago una oferta.

Tom no estaba seguro de haber oído bien. Levantó la cabeza y se quedó mirando la oscura sombra.

—Supongamos que te conviertes en un caballero. En mi caballero. Que aprendes las artes de la guerra, que te vuelves un experto en el combate, que haces algo con tu vida.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? Conviértete en algo más de lo que eres, un chico corriente y llorica, que crecerá para ser un hombre corriente y llorica, vivir una vida breve y aburrida, y morir de muerte prematura. Porque esa es la alternativa.

Don Gervase estaba yendo mucho más allá de lo que pretendía en un principio; sus propias palabras lo arrastraban. Pero la emoción y el peligro lo entusiasmaban.

—Podrías convertirte en un héroe, Tom Scatterhorn. En el héroe. Defensor del pueblo —anunció con una sonrisa escribiendo letras imaginarias en el aire—. Defensor de Scarazand.

«Durante un breve período —podría haber añadido—. Hasta después de la batalla, momento en que te mataré. Porque te mataré, chico. De eso no cabe duda.»

A pesar del intenso dolor de cabeza, la mente de Tom se disparó. Sentía una extraña euforia. Don Gervase debía de necesitarlo; ¿por qué si no iba a hablarle así?

—No lo dice en serio, ¿verdad?

—Pues me parece que sí —respondió el hombre con una sonrisa feroz—. Sería..., podría ser... mucho más conveniente.

—Conveniente...

—¿Estás seguro de que te encuentras bien, guapo?

La mujer del abrigo rojo se había abierto paso a codazos entre la multitud y se agachó junto a él. Le echó un vistazo a don Gervase y se encogió un poco ante su penetrante mirada.

—¿Te ha hecho daño este hombre?

Tom se levantó tembloroso, mirando a don Gervase de frente, pero negó con la cabeza.

—No, no me ha hecho daño. No puede hacérmelo.

Don Gervase hizo un gesto de desprecio.

—¡Tom!

El chico se dio la vuelta y vio bajo el panel informativo a una figura masculina familiar que llevaba una gorra de lana con visera. Junto a él se hallaba una mujer esbelta con gafas y un corte de pelo medieval. Eran tío Jos y tía Melba.

—¡Hola! —lo saludó Jos levantando su bastón.

—¡Yuju! —exclamó Melba.

Don Gervase les dedicó una mirada de furia y volvió a deslizarse en la sombra del pilar. La voz resonó en los oídos de Tom:

—Cometes un gravísimo error, chico. Si me desafías, lo lamentarás durante el resto de tu miserable vida.

—¿De verdad? —jadeó Tom.

—¿De verdad qué, guapo?

Don Gervase sonrió con desgana, y Tom notó otro golpe entre las sienes Cayó sobre el hombro de la mujer, que lo tuvo que agarrar.

—•Tranquilo, chico, tranquilo. Eso es.

Tembloroso, Tom consiguió volver a ponerse de pie solo con su fuerza de voluntad. Luego se marchó, haciendo caso omiso de las palpitaciones que sentía en la cabeza. Jos y Melba ya cruzaban el vestíbulo atestado, y la expresión de ambos cambió al ver su rostro contraído por el dolor.

—Te lo advierto, esto es solo el principio —siseó la voz—. No creas que puedes alejarte y olvidarlo.

Pero Tom siguió alejándose, poniendo despacio un pie delante del otro, y recuperando a cada paso la confianza en sí mismo... Era capaz de desafiar a don Gervase Askary y, por alguna razón, se había vuelto mucho más importante para él de lo que nunca imaginó.

Más tarde, don Gervase fruncía el entrecejo, acomodado en el asiento trasero del Bentley mientras miraba pasar las luces del tráfico nocturno. La sensación de veneno resultaba palpable.

—La primera vez que lo vi debería haberlo sabido —murmuró.

El conductor de tez rojiza echó un vistazo al retrovisor.

—¿Señor?

—Ese joven Scatterhorn. ¿Cómo puede ser que ese miserable fideo me haya causado más problemas que toda la gente que he conocido en mi vida?

Ern Rainbird masticó con aire pensativo. No sabía si su amo esperaba de él que encontrase una respuesta a esa pregunta, pero anhelaba desesperadamente complacerlo.

—Ha tenido cierta utilidad —contestó Ern Rainbird, eligiendo sus palabras cuidadosamente—. Le dio a usted el elixir, y luego le proporcionó la pelota-escarabajo. Eso no está mal.

El hombre alto se quedó mirando la pelota gomosa que llevaba en la mano. Sus dedos la manipulaban con nerviosismo.

—Pero no hay que confiar en él, Rainbird. No se convirtió del todo. Además, es obstinado y arrogante.

Ern Rainbird asintió. Ya había tenido tratos con Tom Scatterhorn y podía dar fe de todo eso.

—Supongo que el tema no está exactamente solucionado.

El glorioso líder negó con la cabeza. La verdad resultaba muy dolorosa, casi tan dolorosa como tener que estar de acuerdo con Ern Rainbird. ¿De verdad debía dar tanta importancia a las pinturas de una loca?

—Podría matarlo, señor. Acabar con el tema. Romperle ese cuello raquítrico. Un chasquido, y adiós. Problema resuelto.

Don Gervase no dijo nada. No tenía la menor intención de jugar con el futuro, ni tampoco lo hipotecaría por un testigo tan poco fiable como Betilda Marchmont. Si iba a librarse alguna gran batalla en el futuro, él la ganaría. Y si al parecer el miserable de Tom Scatterhorn iba a salvarle la vida..., si... Don Gervase Askary hizo crujir los dedos con irritación. Necesitaba más pruebas, obviamente, pero mientras tanto... Se quedó mirando los destellos de las oscuras calles mojadas. Las gotas de lluvia se deslizaban ante sus rasgos crueles y duros. La oferta que le había hecho al chico era solo un comentario improvisado, un ardid... Pero había algo en ella. ¿No sería eso lo más prudente? El glorioso líder sonrió mientras los principios de un plan laberíntico empezaban a formarse en su mente. Claro... por supuesto... y la ironía resultaría deliciosa...

—¿Enviarlo adonde, señor?

Don Gervase no era consciente de haber hablado en voz alta.

—¿Qué?

—Ha dicho algo sobre asegurarse por completo y trasladarlo de forma permanente.

—No he dicho nada semejante, Rainbird. Estás aquí para conducir, no para escuchar lo que no te importa, ¿entiendes?

Rainbird bajó los ojos furtivamente e hizo girar el gran coche negro dentro de la plaza. Don Gervase Askary vio aparecer el alto edificio gris delante de él. El nombre IMPAI estaba estampado con grandes letras encima de la puerta. Era su cuartel general: allí tenía a cientos de trabajadores, y a millones más en Scarazand... Se podían ocupar de ese joven delincuente rápidamente, al instante, pero no podía permitir que aquel inconveniente fuese de dominio público..., así que...

El coche redujo la velocidad. Don Gervase vio que la arrugada cara pecosa de Rainbird lo observaba por el retrovisor. Rainbird poseía cierta astucia simple. Después de todo, quizá no fuera tan mala idea...

—Sigue conduciendo, Rainbird.

—¿Señor?

—Continúa, hombre. Da otra vuelta a la plaza.

Rainbird hizo lo que le ordenaban, dejando al comité de recepción esperando en los escalones azotados por la lluvia.

—Rainbird, tengo una pequeña tarea para ti.

—Desde luego.

—No es difícil, pero debe quedar entre nosotros, entre tú y yo.

—Oh. Entiendo. —En la cara correosa de Ern Rainbird se dibujó una amplia sonrisa. El hombre intuía que aquel era un privilegio extraordinario—. A la chita callando, ¿verdad?

—Exactamente. Como tú dices. Un secreto bien guardado. No se lo dirás a nadie. A nadie en absoluto.

—¿Y la señorita Askary también lo sabrá, excelencia?

—Desde luego que no.

Ern Rainbird no pudo disimular una sonrisa irónica. La animosidad entre él y la hija adolescente de don Gervase era legendaria.

—De hecho, si todo va según el plan, Lotus va a encontrarse en un entorno muy poco familiar.

—¿De veras?

—Sí, Rainbird. A todo el mundo se le acaba la suerte algún día. Incluso a Lotus Askary.

Rainbird sonrió de oreja a oreja, y don Gervase se encontró sonriendo comprensivo. En el placer sencillo que Ern Rainbird hallaba en las desgracias ajenas había algo que le reconfortaba de forma extraña.

—¿Cuándo empezamos, señor?

—Ahora mismo, Rainbird. Ahora mismo.

3

Cuando sopla el viento ocioso

—Eso es lo que llaman un viento ocioso.

—¿Un qué?

—Un viento ocioso —repitió con voz áspera tío Jos, que se había visto empujado por los anchos peldaños de piedra hasta la puerta del museo como si fuese una pelota pequeña—. No se molesta en rodearte; te atraviesa.

—Entremos —sugirió tiritando tía Melba, que era tan delgada como redondo era Jos, y había sido zarandeada peldaños arriba detrás de él.

Tom los siguió y se apiñaron en el gélido y gris amanecer ante la gran puerta de madera.

—Una lamprea en un barco casa —murmuró Jos, volviendo del revés uno de sus bolsillos y luego el otro—. Habría jurado que...

—Jos, no puede ser.

—Me temo que sí, melocotoncito.

—¡No es posible!

Tía Melba parecía a punto de explotar.

—¿Te has dejado la llave? —preguntó Tom.

—Según parece, sí, por desgracia...

Jos paró al ver que Tom rebuscaba en su chaqueta y sacaba una llave larga y ornamentada, que encajó en la pesada cerradura.

—Mira eso. —Jos exhibió una gran sonrisa—. ¿Qué haríamos sin este chaval?

—Seguiríamos aquí como idiotas, sin poder entrar en nuestro propio museo.

—Gracias, Melba.

La puerta se abrió con un chirrido y los tres se colaron aliviados en el interior. Tras dejar el viento fuera de un portazo, tío Jos penetró entre las tinieblas y encendió las luces.

—Bueno, ¿qué os parece si desayunamos para animarnos?

No tardaron en estar sentados en círculo al pie de las escaleras con bocadillos de beicon y humeantes tazas de té. Alrededor de la entrada de alto techo abovedado había vitrinas llenas de piezas de taxidermia de todos los tamaños y formas: un pájaro dodo, un mamut, un gorila en un árbol, selvas sudamericanas y paisajes africanos, maquetas de islas perdidas y ríos congelados... Para cualquier otra persona, aquella colección húmeda y excéntrica podía resultar espeluznante e incluso un poco rara, pero para Tom Scatterhorn resultaba familiar, tan familiar que era casi como un álbum de fotografías de sus propias increíbles aventuras... Y, aunque le avergonzaba reconocerlo, el museo era propiedad suya.

Aquellos especímenes fueron coleccionados más de cien años atrás por el hermano de su tatarabuelo, sir Henry Scatterhorn, el mejor cazador del mundo por

aquel entonces. Su mejor amigo, August Catcher, el mejor taxidermista del mundo, los disecó. Fundaron juntos aquel extraordinario museo que el padre de Jos cuidó y luego pasó a Jos y Melba, quienes lo gobernaron a través de los fuertes vientos y tormentas de medio siglo hasta que al final estuvo a punto de hundirse bajo las olas... En ese momento, dos años atrás, Tom Scatterhorn cruzó la puerta, y todo empezó a cambiar. Gracias a la venta de un zafiro perdido, el Museo Scatterhorn fue restaurado, heredó magníficas exposiciones y volvió a ser popular... Bueno, casi... Seguía siendo, en el fondo, un lugar oscuro y misterioso congelado en el tiempo, y no resultaba del gusto de todo el mundo...

—Por cierto, ¿alguno de vosotros sabe lo que le sucedió a Ern Rainbird? —preguntó Tom mientras masticaba el último de sus bocadillos.

El chico había dado saltos de alegría al enterarse de la desaparición del viejo conserje. Pero desde entonces había transcurrido casi un año.

—¿Ern Rainbird? —dijo Jos entrecortadamente, juntando las pobladas cejas hasta formar una sola—. No creo que nadie lo haya visto ni haya tenido noticias suyas desde aquel día en que El Diluvio se desplomó. Hice unas cuantas averiguaciones, pero su casera no tenía la menor idea de adonde había ido. Debió de pasar algo extraño. El viejo Ern era siempre muy pulcro y exigente. Se pasaba la vida sacando brillo a sus zapatos y planchándose la ropa interior. Sin embargo, pareció esfumarse.

—A mí me contaron que se había convertido en un vagabundo y que vivía en un contenedor de basura —comentó Melba en tono desdeñoso.

—Hummm, bueno, si es así estoy seguro de que está como los chorros del oro —replicó Jos—. Al fin y al cabo, Ern no era tan malo. Limpiaba bien. Siempre estaba abriantando las piezas de latón, controlando los turnos, haciendo listas, cerrando las puertas con llave... En su guarida del sótano tenía sus galletas numeradas y escondidas...

—Desde luego —dijo Melba con desprecio—. Me sentía como si hubiese ingresado en la marina.

Tío Jos carraspeó con fuerza.

—Por desgracia, Tom, Ern no habrá ido demasiado lejos —continuó ella—. Estará oculto en alguna parte. En Dragonport siempre ha habido gente con ese apellido.

—Eso es cierto —convino Jos, limpiándose las gafas con el puño de la chaqueta—. Pero ya no lo necesitamos, porque no hay nada que hacer. Todo está arreglado. ¡Hurra!

Tom se desperezó y miró a su alrededor. Sí, todo estaba extrañamente silencioso y limpio. No había cubos en el suelo para recoger las goteras, armarios podridos, animales deshechos, tuberías ruidosas, calderas que resoplasen ni pasamanos ausentes. Todo el lugar olía a cera de suelo.

—Creo que iré a dar una vuelta —dijo.

—Inspeccionar la flota, muy buena idea —murmuró Jos mientras se dirigía al

vestíbulo arrastrando los pies—. En ese caso yo revisaré los cañones para repeler la incursión de los piratas. Nunca se sabe, hoy podríamos recibir a diez visitantes.

—Tú sueñas —masculló Melba, que se levantó y miró a Tom con amabilidad—. Y si necesitas sentarte un poco, ya sabes, levantar los pies un rato, el despacho está muy tranquilo.

—Ya me encuentro bien. Gracias.

—Estoy segura de ello, pero de todas formas ahí está por si te apetece.

Tom asintió. Era muy consciente de que su madre había advertido a Melba acerca de sus extraños desmayos, y no podía fingir que no había sucedido nada en la estación. Pero lo último que quería era ser tratado como un inválido.

—El Diluvio ha quedado de maravilla —añadió, retirándose complacida hacia el vestíbulo—. ¿Por qué no le echas un vistazo?

Tom sonrió. Sí, casi se había olvidado de aquella pequeña aventura. Mientras subía las escaleras, repasó recuerdo tras recuerdo: la maqueta de Dragonport nevado donde aprendió a patinar, el tigre de Bengala al acecho entre la maleza, a punto de abalanzarse sobre su presa, la maqueta de Tithona, esa isla tropical que lo había llevado a Scarazand... incluso la garza luchando contra una anguila que había visto por primera vez congelada en el taller de August Catcher... Esa era toda su vida. Se detuvo en el umbral del ala oeste y contempló la confusión de sombras contra la pared del fondo. Allí estaba lo que parecía ser el contenido de un zoo volcado sobre un acantilado ante una vasta ola cristalina... Buitres, leones, monos, serpientes, incluso un rinoceronte. una imagen de cincuenta animales sorprendidos en el aire mientras caían de cabeza a un abismo. El Diluvio. «La pieza de taxidermia más llamativa que jamás hizo August Catcher» según tío Jos, fruto de una imaginación desbordante. Y sin embargo Tom sabía que incluso esa escena fantástica era real también. Se había desarrollado ante sus propios ojos...

Al acercarse a la vasta construcción, un escalofrío le recorrió el espinazo. Hasta el día anterior, aquel era también el último lugar en el que había visto a don Gervase Askary. Fue el verano anterior, y luego intentó matarlo en venganza por haber entrado en Scarazand y tomarse la libertad de huir... Así que, ¿qué había podido cambiar?

«Defensor del pueblo... Defensor de Scarazand.»

Las palabras se arremolinaban y danzaban en su cabeza. No tenía sentido. ¿Por qué iba a decir eso don Gervase? ¿Qué quería en realidad?

Tom estaba tan absorto que le costó darse cuenta de que el museo se había llenado de voces. Al salir al balcón, vio a un grupo de niños que corrían entusiasmados con linternas.

—¡Huy!

Dos niñas pasaron corriendo y apuntándole con una linterna directamente a la cara.

—¡Te pillamos!

—¿Qué estáis haciendo?

—Es él —susurró una—. Ya sabes. El. ¡Vamos!

Las niñas soltaron una risita y salieron corriendo. Confuso, Tom bajó a la sala principal.

—La excursión navideña de la escuela de Saint Denis —explicó Jos mientras salía arrastrando los pies de detrás de la vitrina de los mandriles—. Había olvidado por completo que venían. Se me ha ocurrido mantener las luces apagadas y darles linternas para que se diviertan un poco. Cuanto más espeluznante, mejor —añadió con una sonrisa—. Por cierto, acaba de llegar una carta para ti. Melba la ha dejado en el despacho.

—¿Una carta?

Tom estaba sorprendido. ¿Quién podía haberle escrito? Casi nadie sabía siquiera que estaba allí.

—Seguramente es de algún admirador —dijo Jos, apretándole el brazo—. No olvides, chaval, que cuando vienes a Dragonport eres una celebridad. Todo el mundo se ha enterado de que Tom Scatterhorn anda por la zona. ¡Fuera de aquí, mocosos! —rugió cuando tres niños saltaron sobre él desde detrás del pájaro dodo. A continuación, con una risita, se adentró en la penumbra.

Tom se volvió, se abrió paso por la maraña de vitrinas hacia el paisaje africano y cruzó la puerta de madera del rincón. El despacho era una habitación estrecha rebosante de cajas y dominada por un amplio escritorio situado ante la ventana. Estaba tan oscuro que no vio a Melba hasta que esta se levantó de un salto detrás del escritorio y escondió su periódico con aire de culpabilidad.

—Oh, solo estaba ordenando —dijo sin que viniera a cuento—. ¡Vaya, menudo lío!

—Hola. ¿Te...?

—No, no, no me interrumpes. Esto... sí, hay una carta para ti. La han entregado en mano esta mañana. Esto... pues sí. Sí... —Melba lo miró por encima de sus gafas de media luna. Parecía extrañamente preocupada—. Escucha, Tom, sé que no quieres hablar de lo que ocurrió en la estación, pero...

—En serio que estoy bien. No me pasa nada.

Melba sonrió débilmente. Era evidente que aquello le resultaba difícil de creer.

—Vale, a veces, como ayer, me desmayo, y luego vuelvo a despertarme. No es un problema.

—Bueno, mientras estés seguro de eso...

—Lo estoy. Seguro del todo.

Se hizo un incómodo silencio. Los dedos de Melba rascaban el escritorio.

—¿Y estás bien seguro de que tu enfermedad...?

—No es una enfermedad.

—Por supuesto que no, cariño. Lo comprendo, pero... O sea... ¿Es posible que hayas podido estar accidentalmente en alguna parte, de alguna forma, y hummm... que no lo recuerdes?

Tom notó que se ruborizaba.

—¿A qué te refieres?

Melba parecía dudar.

—¿En Escocia, quizá?

—¿En Escocia?

—Probablemente esto es una coincidencia extraordinaria, lo sé, pero... verás...

—Melba sacó el ejemplar del Dragonport Mercury de esa mañana, que había escondido bajo una caja, y se lo pasó a Tom por encima del escritorio—. Página cinco, creo.

Tom hojeó el periódico hasta que sus ojos se detuvieron en el titular: «Asesinatos con lejía lo revelan todo».

Debajo había una fotografía de un gran cuadro antiguo, que a primera vista parecía representar una descomunal escena de batalla. Grandes salpicaduras de un producto químico habían sido lanzadas contra el cuadro y habían quemado la pintura. Tom comenzó a leer.

Detectives de Stirlingshire investigan los misteriosos asesinatos de Miriam y Edward Marchmont, propietarios del castillo de Marchmont. El feroz ataque fue llevado a cabo por perros «o algún otro animal no identificado». Además, se utilizó lejía para revelar el rostro del caballero cuya identidad secreta ha sido durante mucho tiempo objeto de especulación. El chico, que lleva una curiosa armadura, está presente en muchos de los cuadros de Betilda Marchmont, una artista nacida hace más de cien años. La mujer pasó su vida decorando la vieja buhardilla del castillo con escenas fantásticas hasta que fue ingresada en un manicomio, y los expertos siguen considerando su trabajo «la mayor obra de arte pintada por una loca».

Tom volvió a mirar la fotografía. En el centro se hallaba lo que parecía ser san Jorge matando al dragón. El caballero cabalgaba a lomos de un escarabajo, pero su cara, sus ojos, su expresión... Tom dejó el periódico, atónito. No sabía qué decir.

—Es extraño, ¿verdad?

Tom asintió impotente.

—Pero es solo una coincidencia. Tiene que serlo.

Melba enarcó las cejas.

—Fue un terrible asesinato. Murieron destrozados, ¿y para qué? ¿Por qué destruir el cuadro, matar a los propietarios y luego sencillamente marcharse? —Melba volvió a mirar a Tom con curiosidad—. Por supuesto, salvo que revelar la identidad del misterioso caballero fuese el motivo del asalto.

—¿Qué quieres decir?

Melba sonrió incómoda.

—Como sabes, cariño, la vida en este sitio puede ser tremendamente aburrida, y supongo que he leído muchas más historias de detectives de lo que me conviene. No he podido evitar darme cuenta de que hay otra persona en el cuadro que también me resulta un poco familiar.

Dicho esto, desapareció en la oscuridad. Tom se quedó mirando el periódico con expresión culpable. ¿Quién era aquella Betilda Marchmont? ¿Dónde había estado, qué había visto?

Se inclinó hacia delante y miró con concentración la bulliciosa escena. Había una explosión de insectos, hombres deformes, escarabajos, cañones, torres medio derrumbadas y extrañas serpientes plateadas por todas partes... ¿De quién se trataba? Debajo del caballero, cortado a medias por la fotografía, había otro hombre, con los rasgos emborronados y quemados por el ácido... pero allí estaban aquellos ojos amarillos, aquella frente dividida por un profundo surco vertical, la boca pequeña y oscura...

Tom tenía ganas de vomitar.

—Es imposible —murmuró—. Es imposible.

¿No era aquello una loca fantasía? En su fuero interno, Tom anhelaba que lo fuese. Pero tenía la terrible sensación de que no lo era. «Defensor de Scarazand», le había dicho... La frase rebotó por el cerebro de Tom como una bala perdida. ¿Don Gervase Askary había asesinado a aquellas personas para revelar eso? ¿Era ese su descubrimiento?

La carta. Tom cogió el sobre, incapaz de controlar el temblor de sus manos. Allí estaba su nombre, escrito en pulcras letras mayúsculas con la fecha de ese mismo día. No reconoció la letra. Como le había ocurrido tantas otras veces, Tom tuvo la sensación de que, si abría la carta, todo cambiaría en ese mismo momento, y no necesariamente para mejor... Tras desgarrar el sobre, desplegó el trozo de papel y lo miró mareado. La carta estaba escrita en letras mayúsculas, y el lápiz había presionado con mucha fuerza el papel.

QUERIDO TOM SCATTERHORN:

ME ALEGRO DE VER QUE HAS VUELTO. HE ESTADO ESPERANDO TU REGRESO DURANTE MUCHO TIEMPO. VERÁS, TENGO QUEDARTE UNA INFORMACIÓN IMPORTANTE. SE REFIERE A CIERTO SEÑOR CUYA FOTO APARECE HOY EN EL MERCURY, JUNTO CON LA TUYA. ESTOY SEGURO DE QUE SABES QUIÉN ES. VENA RE-UNIRTE CONMIGO AL ATARDECER Y TE LO CONTARÉ TODO. PUEDE QUE NO LO CREAS, PERO TÚ Y YO ESTAMOS EN EL MISMO BARCO. QUIZÁ TU VIDA DEPENDA DE LO QUE TENGO QUE DECIRTE RESPETUOSAMENTE,

ERN RAINBIRD LOS GARAJES, SPONG BOTTOM

P. D: NO OLVIDES QUE LAS PAREDES OYEN. ES PREFERIBLE QUE NO SE LO CUENTES A NADIE, Y MENOS A LA POLICÍA. NO QUEREMOS QUE SE ENTEREN DE NUESTROS SECRETILOS, ¿ VERDAD?

Tom tuvo que leer la carta varias veces para captar su sentido. Podía creer que

Ern Rainbird seguía vivo y residía en Dragonport. Pero ¿de verdad se estaba escondiendo de don Gervase Askary y podía verdaderamente ofrecerle a Tom un consejo capaz de salvarle la vida? No parecía demasiado probable. En realidad, cuanto más pensaba Tom en Ern Rainbird, más improbable le parecía. Seguramente, Ern Rainbird era el hombre menos digno de confianza que había conocido en su vida, y sin embargo: «Quizá tu vida dependa de lo que tengo que decirte»... ¿Era eso una amenaza?

—Oh, sí, señora Scatterhorn. Pero ahora soy inspector.

Tom alzó la vista de la carta. Allí, en el vestíbulo, había dos policías hablando con tía Melba.

—¿Inspector Moon? ¡Qué bien suena!

—Ha subido como la espuma, señora Scatterhorn. Moon es uno de los hombres más inteligentes y brillantes que tenemos, y el que vale siempre sale adelante, aunque hay que reconocer que intentamos evitarlo.

El inspector Moon soltó una risita nerviosa. Tom observó como se acercaban; sus radios resonaban en la oscuridad. Tenía un vago recuerdo de haber visto a aquellos dos policías en su primera visita al museo. ¿Podía ser que estuvieran buscándolo a él? Pero ¿qué podía decirles?

—jamás olvido una cara, señora Scatterhorn. Lo registro todo.

—Tiene una memoria de elefante. Enciclopédica, diría yo, señora Scatterhorn.

—pero debe de ser una simple coincidencia —dijo Melba, nerviosa— No irán ustedes a creer que Tom es...

—Claro que no. Pero nunca se sabe la utilidad que puede tener una breve charla.

Tom se encogió detrás de la cúpula de colibríes mientras Melba introducía en el despacho a los dos policías.

—¡Qué raro! —murmuró, asomándose a la habitación vacía—. Estaba aquí hace un momento. Puede que haya subido al piso de arriba.

Tom abrazó las sombras mientras el equipo de búsqueda avanzaba sorteando las vitrinas y llegaba al rellano. No habría podido explicar por qué actuaba de aquel modo. Sencillamente, sucedía. Tal vez fuese por la minúscula posibilidad de que Ern Rainbird tuviese algo útil que decir. Y Tom quería oír como lo decía.

Tom esperó a que desaparecieran en la sala de las aves. Luego se puso el abrigo en silencio y se escabulló por la gran puerta principal. Se bajó la visera de la gorra, rodeó el coche de policía y se vio empujado por la calle gris. Spong Bottom... ¿Cómo iba a encontrar eso? Daba toda la impresión de ser el final de una calle.

—Supongo que te habrá atraído lo curioso del nombre, ¿verdad?

Tom exhibió una sonrisa encantadora. Por suerte, el bibliotecario era muy corto de vista y no pareció reconocer a Tom con la gorra puesta. El hombre miró el plano con los ojos entornados.

—Hay un montón de Spong. Spong Street, Spong Drive, Spong Crescent... Spong Bottom, ¿no?

Spong Bottom resultó ser una hilera de casas declaradas en ruinas que se hallaba al borde mismo de la población. Más allá no había nada, salvo los kilómetros del bosque de Hellkiss. «Un lugar perfecto para esconderse», pensó Tom mientras bajaba los escalones de la biblioteca a toda velocidad y salía a la calle llena de gente que hacía las compras de Navidad enfrentándose al fuerte viento. Tal vez Melba estuviese en lo cierto y, después de todo, Ern viviese en un contenedor de basura. Media hora más tarde, Tom se encontró tiritando al borde de un terreno baldío en las afueras de la ciudad. A sus pies yacían las casas de Dragonport apiñadas al borde del amplio estuario gris. Tom miró su reloj: apenas eran las dos y media y ya estaban encendidas las farolas. Echó otro vistazo a sus arrugadas instrucciones y luego se volvió hacia una hilera de casas situadas en una hondonada, lejos de la calle. Más allá no había nada más que maleza y bosque. Debía de ser la dichosa Spong Bottom...

Al acercarse, Tom vio la placa, «ong Bot»; habían tachado el resto. Todas las casas estaban vacías o tenían tapiadas las puertas y las ventanas. Las únicas señales de vida eran un par de cuervos sentados en un coche quemado, que graznaron y luego se fueron irritados, armando mucho alboroto, al ver que se aproximaba. En la última casa, un camino roto de hormigón conducía a un pequeño grupo de garajes dispuestos en forma de herradura. Un humo negro se alzaba de detrás de uno de ellos. ¿Estaba allí Ern Rainbird? Seguramente. Tom se armó de valor. ¿De verdad quería hacer aquello? Sí, de verdad. ¿Y si ocurría algo? Pues correría el riesgo. Rainbird podía estar en forma, pero Tom estaba seguro de que no lo atraparía. Correr era una de las pocas cosas que se le daban bien.

Después de bajar por el camino fangoso, llegó a la entrada del callejón sin salida. Al fondo, dos puertas de garaje de acero se hallaban entornadas. Junto a una de ellas vio un pequeño remolque con un montón de viejas radios. Tom se dirigió hacia ellas.

—Llegas pronto.

Tom se dio un susto de muerte. Entre dos garajes apareció un hombre bajo y robusto que llevaba un viejo abrigo verde mugriento. Su gruesa gorra negra con borla le ocultaba a medias la arrugada cara pecosa, y sus ojos de lagarto contemplaban a Tom con suspicacia. Se pasaba una cerilla de un lado al otro de la boca.

—Me alegro de verte, chaval. No has cambiado.

Ern se adelantó y, con una bota, levantó la esquina de la puerta del garaje. En el interior había un hornillo sobre el que una tetera despedía vapor.

—Entra y tómate un té. No te preocupes, no te morderé.

Ern entró arrastrando los pies y cogió dos tazas del alféizar de la ventana. Luego se sacó del bolsillo un paquete grande de galletas de jengibre.

—Las acabo de comprar para ti. Yo tampoco les hago ascos, ¿te acuerdas?

Ern se puso a preparar el té y Tom recorrió el garaje con la mirada. Desde luego, daba la impresión de que Ern Rainbird había pasado mucho tiempo allí. Fueran cuales fuesen sus pertenencias, estaban metidas en bolsas de plástico y colgaban del techo en hileras. En un rincón había un pequeño saco de dormir, pulcramente

enrollado, como si estuviese listo para una inspección.

—¿Cómo has sabido que yo estaba aquí?

—Bueno, ya sabes, me lo ha dicho un pajarito —contestó Ern con voz áspera, sentándose y estrujando las bolsitas de té—. No hay muchos secretos en un lugar como Dragonport, ¿verdad?

—¿No los hay?

Ern levantó la vista y sonrió.

—Entra y cierra esa puerta. Fuera hace un frío que pela.

—Estoy bien aquí, gracias.

Ern Rainbird añadió la leche y se metió una galleta en la boca. Se encogió de hombros, fingiendo indiferencia.

—Como quieras. Pero yo creo que no tendría sentido que huyeras ahora que has llegado hasta aquí. ¿Y cómo podría hacerte daño? No voy armado. Tengo las rodillas destrozadas. Soy un viejo.

Tom vio como echaba cuatro cucharadas colmadas de azúcar en su té y lo removía.

—¿Azúcar?

Tom asintió. Ern añadió cuatro medidas generosas y removió.

—Te agradecería mucho que cerrases la puerta, en serio. Hace un frío de muerte. Entra y te contaré lo que quieres saber.

Tom siguió sin moverse.

—¿Qué quiero saber?

—Cómo deshacerte de don Gervase Askary. Aquí arriba. —Ern se dio unos golpecitos en la frente—. Porque es ahí donde acecha, ¿verdad? Es ahí donde lo tienes metido, ¿no es así?

Tom se movió, incómodo.

—Primero una pequeña larva en la oreja, y luego esas olas que te sobrevienen, las voces que te dicen a gritos que hagas esto o aquello, que hagas de criado... Oh, lo sé todo sobre eso. Yo era como un puñetero robot. Hasta que me deshice de él.

—¿Te deshiciste de él?

—Así es. Puede hacerse.

Aquello no era en absoluto lo que Tom esperaba. En el rostro de Ern se dibujó una sonrisa radiante.

—¿A que no sabías eso?

—No.

—El tampoco lo sabe. Pero es algo que nosotros los viajeros hemos aprendido a hacer. Y nos ayudamos unos a otros. Es una especie de código no escrito. Betilda Marchmont me dijo cómo hacerlo.

—¿Betilda Marchmont?

Ern asintió astutamente.

—La artista que les pintó cuadros. Estaba infectada y todo eso. Yo la conocía,

¿sabes? Pero si no quieres saberlo, me trae al fresco. Como quieras. Solo pensé que podía interesarte.

Ern parecía un pequeño gnomo con su gorra con borla y su abrigo grasiento, sentado a oscuras y masticando sus galletas con solemnidad. ¿Qué podía hacer para perjudicarlo? Tom decidió confiar en sus instintos. Con precaución, entró en el garaje y bajó la puerta, aunque no acabó de cerrarla.

—Así está mejor. Es más civilizado. Porque sopla un viento ocioso. Vamos, acomódate.

Tom se sentó con prudencia y Ern le pasó la taza caliente.

—¿Cómo supiste que yo era un viajero?

—Solo tuve que sumar dos y dos, camarada. De hecho, siempre lo sospeché. No te acuestas y te levantas al día siguiente bronceado accidente. Además, se tiene una mirada especial, ¿verdad? Un o reservada, como si hubieses estado en lugares de los que no le puedes hablar a la gente. Se te ve un poco confuso, no muy seguro de dónde estás.

Tom no dijo nada. ¿Tan evidente resultaba? Esperaba que no.

—Al fin y al cabo, Scarazand es un lugar de aquí te espero.

—¿Has estado allí?

—Viví allí, hijo, durante dos años. Tenía una tienda que vendía recuerdos militares a los turistas. Era un negocio muy provechoso. Los Souvenirs de Rainbird. Pero eso fue antes de que conociese a Betilda y ella me ayudase.

Tom sopló en su taza de té caliente y luego dio un pequeño sorbo. Estaba dulce como la miel. Ern lo miró de soslayo.

—Bueno, ¿cómo se hace?

—Con medicina tradicional china. Preparas una pasta y luego te la bebes. Cada día durante una semana. Es asquerosa.

—¿Qué lleva?

—¡Más valdría preguntar qué es lo que no lleva! —dijo Ern con una carcajada—. Escarabajos, ortigas, lombrices, cabezas de pescado, gusanos secos, pero lo peor de todo son las... —Ern tosió ruidosamente—. Las... las mos...

—¿Las mos?

—Las moscas gudu —masculló Ern—. Saben a tripas de ratón. ¿Una galleta?

—O dos. Sí. —Tom mordisqueó una con nerviosismo—. ¿Y dónde puedo conseguir esa medicina china?

Ern Rainbird había recuperado el aliento y parecía echar cuentas.

—Oh, esto... bueno, es muy sencillo. Hay una farmacia en Londres. Un negocio discreto, como puedes imaginarte. Te daré la dirección. Señor... Wong. Detrás de Leicester Square. Diles que tienes verrugas... o callos, cualquier problema de pies, y te la dará. Es el código, ¿sabes?

Tom se terminó la galleta y observó su taza humeante. La medicina del señor Wong parecía más un cuento chino con cada segundo que pasaba.

—¿Por qué debería creerlo?

Ern Rainbird lo observó con sus ojos amarillos. Tom no si interpretar su expresión, pero sus labios aún parecían contar.

—Tendrás que aceptar mi palabra, hijo. A falta de pan, bue son tortas. Soy lo único que tienes.

Rainbird se levantó y se dirigió hacia el colchón. Cuando se < la vuelta llevaba un trozo de cuerda y una manta en su mano.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Oh, es que tengo que quitarme un asunto de encima, ¿sabes?

—¿Negocios?

—Así es. Más tarde.

Tom se quedó mirando la cara sonriente de Ern, que parece aguardar expectante. Tom era vagamente consciente de que los dedos se le estaban entumeciendo, y también los pies. Una sensación de hormigueo empezó a invadir su cuerpo...

—Aquí dentro hace mucho frío.

Ern miró la puerta del garaje y luego su reloj.

—Sí. Es curioso que el viento lo atravesase todo.

Tom se estremeció. El garaje parecía haberse vuelto borroso. D pronto le entró el pánico.

—¿Qué había en ese té, Rainbird?

—¿En el té? Nada, hijo. En el té había té; lo normal, ¿no? —respondió él con una sonrisa antes de acabarse su taza—. Oh, no creo que debas preocuparte por el té. Tómate otra galleta.

Tom advirtió que Ern Rainbird se adentraba en las sombras y arrancaba un motor. Trató de darse la vuelta, pero se encontró con que no podía mover ninguno de sus músculos. Trató de hablar, pero notó un extraño hormigueo en los labios. Luego su taza de té cayó ruidosamente al suelo desde su mano paralizada, haciéndose añicos. Tom bajó la mirada horrorizado. No lo había envenenado el té, sino las galletas, numeradas... y luego no hubo nada.

4

Bienvenidos todos los extraños

—Señoras y señores, pronto llegaremos a Dragonport. Dragonport, final de la línea...

Tom oyó el sonido de una campana en alguna parte. El suelo temblaba.

—Estamos en Dragonport. Hay que cambiar de tren.

Tom parpadeó y volvió a parpadear. Parecía estar tumbado en el furgón de equipajes de un tren. Dos cajones y un revoltijo de paquetes ocupaban su campo de visión. Cuando trató de colocarse boca arriba se encontró con que estaba atado de pies y manos, y envuelto en una manta gris. Los frenos chirriaron y el tren se detuvo con una sacudida. Unas pisadas se acercaron por el andén.

—Está aquí, ¿no?

—Así es.

De pronto se oyó un sonido metálico y se abrió la puerta.

—Ajá.

Tom decidió inmediatamente cerrar los ojos y hacerse el dormido mientras dos hombres lo agarraban y lo lanzaban sin miramientos sobre un carro. Pronto estuvieron cargados los demás paquetes y empezaron a avanzar lentamente por el andén. Tom se atrevió a abrir un ojo. Niebla, sombras y gente bien abrigada. Poco a poco se fue dando cuenta de que tenía el cuello rígido. Le dolía tanto la cabeza que apenas era capaz de pensar. ¿Cuánto tiempo llevaba allí echado? Tal vez toda la noche; no tenía la menor idea.

Su mente estaba completamente vacía. Pero esa manta le resultaba familiar, y olía a hojas húmedas...

—¿Dónde han encontrado a este?

—El billete no lo dice. Envío urgente, así que supongo que lo habrán recogido en el bosque. Vee está de camino.

—Más le vale. No quiero cargar con uno de estos todo el día.

Los hombres avanzaban despacio por la estación, y Tom vio hologramas brillantes de lo que parecía un barco flotando de lado en un mar embravecido. ÚLTIMAS NOTICIAS SOBRE EL DESASTRE DEL TRANSBORDADOR ESTADOUNIDENSE. VEINTE MIL VÍCTIMAS. Tom se devanó los sesos: aquello le inspiraba cierto aire familiar; un vago recuerdo flotaba en su mente, un periódico, de mucho tiempo atrás... Salieron a la niebla blanca. No había automóviles ni vehículos de ninguna clase. La estación parecía desierta.

—Hablando del rey de Roma... —murmuró uno de los hombres cuando un solo faro surgió de las tinieblas.

Momentos después, una furgoneta abollada de tres ruedas se detuvo petardeando ante ellos. Parecía un pan de molde sobre ruedas. Se abrió la puerta corredera y salió

un hombre bajito y moreno que llevaba una bufanda alrededor de la cabeza. El hombre se frotó con fuerza el rostro cansado.

—Lo siento, lo siento. El motor no está de buenas esta mañana. Demasiado frío. Como yo.

Los hombres soltaron un gruñido.

—¿Tenéis a un tal señor Tom Scatterhorn?

—Así es.

—¿Está dormido?

Tom cerró los ojos de golpe. El húmedo amanecer estaba agudizando rápidamente sus sentidos, y tenía cierta idea de lo que iba a suceder a continuación.

—Pues adentro; es mejor antes de que se despierte.

Tom oyó que se abría la puerta trasera de la furgoneta. Enseguida, los dos hombres levantaron a Tom del carro y lo sentaron en el asiento.

—Aún está muy amodorrado. Me parece que podemos desatarlo ahora.

—¿Ahora?

—Creo que ahora está bien.

Tom dejó caer la cabeza hacia delante y notó que le deshacían los nudos de los tobillos y las muñecas. Más tarde pensaría que aquel había sido el momento perfecto para escapar... pero aún estaba demasiado confuso, demasiado sorprendido... En un instante se cerró la puerta y Tom abrió los ojos. Estaba sentado en un viejo asiento de cuero marrón. Había dos estrechas ventanillas a cada lado y una reja que lo separaba del conductor. Todo el artilugio olía vagamente a gasolina. El hombre ojeroso se sentó al volante y le echó un vistazo por el retrovisor.

—Ah. Usted despierto. Hola. Soy el señor Vee.

El acento ruso le resultaba familiar. Tom tenía un vago recuerdo de que aquel hombre, o alguien como él, llevaba el cibercafé situado junto a la estación. El señor Vee limpió el parabrisas empañado con un trapo viejo y el motor arrancó con un chirrido. Era una especie de moto de gasolina.

—¿Dónde estoy?

—Esto es Dragonport. Dragonport, ciudad nueva. Bienvenido.

—¿Adonde vamos?

—Vamos museo. Vengo a recogerlo.

La furgoneta iba dando tumbos a toda velocidad sobre los adoquines. Tom miró con ansiedad los mugrientos edificios que emergían a ambos lados.

—Entonces, ¿sabía que venía?

—Sí, sí. Lo esperan.

—¿Y seguro que esto es Dragonport?

—Ciudad nueva. Ciudad vieja, otro lado paso elevado. Vamos allí.

La furgoneta dobló una esquina traqueteando. De pronto empezaron a atravesar un puente largo y bajo a toda velocidad hacia una pequeña isla separada por una ancha extensión de aguas grises. Más allá, Tom solo pudo distinguir una selva de

tubos de acero que se alzaban desde el estuario. El lento movimiento de las palas en lo alto de los tubos le indicó que se trataba de aerogeneradores. A Tom se le aceleró el corazón.

—Entonces... ¿ha habido una inundación?

El señor Vee agitó alegremente la mano hacia delante.

—No, no. Ciudad vieja es isla desde hace muchos años. Es lugar especial. Mucha historia allí.

Tom miró hacia delante, con los ojos como platos. Allí estaba la inconfundible silueta del Museo Scatterhorn, con sus torres y pináculos alzándose sobre los tejados dispuestos de cualquier manera hasta llegar al agua. Más allá se distinguía a través de la niebla la silueta gris de Catcher Hall... No, aquello era un sueño, no podía ser real... y entonces, a la izquierda, oyó una nota larga y lúgubre. Se asomó a la diminuta ventanilla y vio un campanario que se alzaba directamente desde las aguas grises. En su cima, un hombre tocaba una campana.

—¡Tiene que parar!

—¿Parar? No, no...

—¡Ha habido un error! ¡Pare!

El señor Vee miró por el retrovisor mientras el chico trataba de forzar la puerta. Le habían advertido que aquello podía suceder. En realidad, le sorprendía haber llegado hasta allí sin problemas.

—No se para en el paso elevado, señor. No es posible para nosotros.

Tom hizo caso omiso y empezó a aporrear el techo y a dar empujones contra las pequeñas ventanillas.

—Por favor, señor Scatterhorn. Mantenga la calma.

—¡DÉJEME SALIR!

La furgoneta entera empezó a estremecerse mientras Tom se lanzaba de un lado al otro.

—Por favor... Así no ayuda. Por favor...

El chico acomodado en el asiento trasero parecía estar volviéndose loco, y el señor Vee comprendió que si continuaba era muy posible que volcasen. Esa debía de ser su intención... De pronto, el señor Vee detuvo el vehículo, que chirrió.

—No sirve de nada, señor —dijo tristemente—. No funcionará.

Usted me da pena.

Tom lo ignoró y continuó empujando. Una larga hilera de pequeñas figuras surgió de la bruma y se quedó mirando la furgoneta con curiosidad. Todas llevaban una gruesa capa de lana negra, adornada con gotitas de niebla, y zuecos de madera. Eran niños.

—Está chalado, ¿verdad, señor Vee? —dijo uno de los niños con voz cantarina.

—No chalado. Un caso muy especial. Vamos, volved a casa.

Pero los niños lo ignoraron y se apiñaron alrededor, apretando las caras contra las ventanillas. El interior de la furgoneta se hizo más oscuro y, al alzar la mirada, sin

aliento, Tom se encontró con una fila de caras sucias que lo observaban.

—Vaya un bicho raro —dijo una niña, con un gruñido.

—¡Eh, tú, chalado! —gritó un niño mientras daba puñetazos contra el cristal—. ¿Qué problema tienes, majareta?

—Largaos, por favor —ordenó el señor Vee, bajándose del vehículo y tratando de espantarlos.

Sin embargo, los niños se apretaron más contra la furgoneta para ver mejor al extraño.

—¿Qué habrá hecho, eh?

—Debe de ser algo terrible. Miradlo.

—Nada delicioso.

Una risotada estalló en torno a la furgoneta y Tom miró frenético a su alrededor. Se sentía como un animal en un zoo.

—Está raquítico, ¿a que sí?

—Le doy una semana.

—No sé si aguantará tanto.

—¡Por favor! ¡Marchaos! ¡Fuera!

El señor Vee empujó bruscamente a los niños y volvió a su asiento. Arrancó el motor y dio un acelerón.

—¡Nos vemos luego, chalado! —gritaron los niños, aporreando los costados de la furgoneta.

Tom miró hacia atrás por la minúscula ventanilla mientras las sombras desaparecían en la niebla.

—¿Quiénes eran esos?

—No preocuparse por ellos —dijo el señor Vee, encantado de ver que el chico parecía haberse calmado—. Solo trabajadores.

—¿Qué hacen?

—Fábrica —se limitó a decir el señor Vee indicando vagamente con la mano—. Ya lo verá.

La pequeña furgoneta abandonó el paso elevado y entró en las calles estrechas que rodeaban los embarcaderos. Todo estaba tan sucio de aceite y porquería que Tom tuvo que esforzarse para intentar reconocer algo.

—Ya falta poco, señor Scatterhorn —dijo el señor Vee.

Con una sonrisa radiante hizo girar la pequeña furgoneta en torno a un muro exterior y cruzó un par de altas puertas de acero que se abrieron misteriosamente y luego se cerraron a sus espaldas. Tras bajarse del vehículo de un salto, el señor Vee abrió ceremoniosamente la puerta corredera.

—Por favor.

Tom vaciló un instante: seguía creyendo que podía escapar de aquello... pero ¿adonde? Nervioso, salió al aire húmedo. El estrecho patio estaba rodeado por completo de un alto muro de hormigón erizado de cristales rotos. Varios guardias

merodeaban ociosamente junto a la puerta. Ante él se hallaba el Museo Scatterhorn, con su fachada negra, húmeda y antigua. Sobre la entrada se encontraban los dos dragones de piedra, antes feroces, aunque en ese momento les faltaba a ambos la cabeza. Entre ellos, la deteriorada placa de piedra, apenas legible, decía solo:

MUSEO SCATTERHORN

Habían colgado un gastado cartel blanco en el centro:

BIENVENIDOS TODOS LOS EXTRANOS

Debajo de aquellas palabras había otra inscripción, apenas visible bajo los líquenes y la mugre:

Fondos proporcionados por el señor Tom Scatterhorn

Tom miró la agrietada placa y notó un repentino nudo en la garganta. De pronto, ver su propio nombre casi oculto por el tiempo confirmaba de algún modo que realmente estaba en algún lugar muy, muy lejano, mucho más lejos que cualquier sitio conocido. ¿Estaba cien años más adelante, quinientos, mil incluso? Lo asaltó una oleada de desesperanza. Pero ¿por qué había sido enviado allí? Tom levantó la vista a las ventanas enrejadas y vio unas fantasmales caras que lo miraban con curiosidad. Chalado... Chiflado... Debía de ser una especie de manicomio.

—¿Señor Scatterhorn?

El señor Vee lo observaba expectante. Tom notó que el frío viento le lamía hambriento el cuello de la camisa. Aunque todo lo demás pudiese haber cambiado, eso seguía igual.

—¿Entramos?

Tom echó un último vistazo al miserable patio, los altos muros y la pesada puerta cerrada. Luego siguió obediente al señor Vee y penetró en las tinieblas.

—¿Has tenido un buen viaje?

Quien hizo la pregunta fue la enfermera, o al menos Tom supuso que era algo así, dado su uniforme blanco.

—¿Y bien?

La mujer, de generosas proporciones y ojillos vivos, observó a Tom por encima de sus finas gafas. Tom se sentó al otro lado de un amplio escritorio de caoba y le devolvió la mirada en silencio. Parecía la clase de persona que no soportaba de buen grado a los locos, pero él no se sentía nada inclinado a colaborar.

—Quiero saber por qué estoy aquí.

La enfermera se quitó las gafas y miró al hombre sentado junto a ella. Estaba despeinado, tenía un rostro alargado y moreno, que Tom estaba seguro de haber visto antes, y llevaba un traje cruzado, curiosamente pasado de moda. Por las pocas estanterías que cubrían las desconchadas paredes blancas, Tom supuso que aquel era su despacho.

—Claro —dijo el hombre con cierta simpatía—. Y apuesto a que también quieres

saber qué es este lugar. Todo debe de resultarte muy extraño. —El hombre sonrió alegremente—. Soy el doctor Logan y dirijo este establecimiento. Ella es la enfermera Manners, y creo que ya conoces al señor Grimal.

Tom no necesitó volverse para saber que el corpulento vigilante se hallaba de pie en la puerta, detrás de él. Lo había visto en el vestíbulo: era un hombre con un ojo vago y una piel como el queso desmenuzado, que le dejó muy claro que debía hacer exactamente lo que le ordenaran. Tal vez algunos de los reclusos armasen bronca y hubiese que reducirlos. A Tom no le costaba imaginar que al señor Grimal se le daba bien esa tarea.

—Bueno, ¿por qué estoy aquí?

El doctor Logan se puso un poco rígido, preparándose para soltar un sermón que había practicado muchas veces.

—Estás aquí porque no eres quien crees ser.

—¿No? —bufó Tom—. ¿Y quién creo ser?

—Crees ser Tom Scatterhorn. Pero por desgracia eso es una ilusión. Lo que eres en realidad es un duplicado accidental de Tom Scatterhorn. Lo que aquí llamamos una copia eco. Algo que, a su modo, tampoco es tan malo.

Tom abrió unos ojos como platos. Había imaginado muchas excusas extrañas, pero no aquello.

—Sé que te resultará difícil de creer, pero me temo que es la incómoda verdad. Un pequeño escarabajo eco muerde a alguien en plena noche, regresa volando a Scarazand para poner unas cuantas docenas de huevos y antes de que te des cuenta hay montones de pequeños ecos vagando por ahí, y quién sabe qué podría pasar luego. Consecuencias desafortunadas, eso es lo que pasa luego. Así que se ha decidido que debías ser enviado aquí, muy lejos del bullicio, para mayor seguridad. Algo que está bastante bien, ¿verdad?

Tom miró asombrado al doctor Logan, no del todo seguro de que aquello no fuera una broma. Su sonrisa no le indicaba nada.

—pero es que realmente yo soy Tom Scatterhorn. No soy una copia eco.

Los otros dos lo miraron y, por un momento, se quedaron los tres en silencio.

—Soy Tom Scatterhorn. Mi nombre está escrito ahí fuera, sobre la puerta. Estuve aquí, en Dragonport, ayer, en casa de mis tíos.

La enfermera Manners hizo una breve mueca con los labios.

—Miren, es muy sencillo. He sido secuestrado. Ern Rainbird me envió una carta diciéndome que me reuniese con él en un garaje en el que vivía porque tenía algo importante... —Tom se contuvo—. No importa, solo era una trampa para atraerme hasta allí, para que me tomase su té y me comiese sus galletas, que estaban envenenadas. Y luego debió de envolverme en una manta, me ató y me metió en ese tren que me trajo hasta aquí... de alguna manera. Esa es la verdad.

La enfermera Manners respiró hondo e hizo con los labios otra mueca más larga. Tom tuvo la clara sensación de que su explicación había empeorado mucho el apuro

en el que se encontraba.

—¿Por qué no me creen?

El doctor Logan sonrió.

—Porque no es verdad, aunque tú creas que lo es. Esa historia es solo un recuerdo accidental que no tiene nada que ver contigo. Nunca has estado aquí.

Tom se quedó mirando al médico.

—¿Sabe en qué año estamos?

—¿Qué tiene eso que ver?

El doctor Logan hizo girar el calendario de sobremesa curiosamente pasado de moda. Los números eran el 13, el 12 y el 68.

—Hoy es 13 de diciembre de 2168.

Tom esbozó una sonrisilla triunfante mientras intentaba sin éxito disimular su conmoción. Había adivinado que aquello era el futuro, pero por alguna razón ver que lo confirmaban aquellos números hacía que pareciese muchísimo peor. ¿Cómo se las había arreglado Rainbird? Un portal, oculto en aquellos garajes, o en algún punto del bosque...

—Enséñame la muñeca izquierda —ordenó el doctor.

—¿Qué?

El doctor Logan sonrió con educación.

—Hay algo escrito en ella. Enséñamela.

—¿Por qué debería hacerlo?

Con un parpadeo, el doctor Logan le indicó al señor Grimal que se aproximase. El vigoroso vigilante levantó sin contemplaciones la mano izquierda de Tom y la apoyó en la mesa dando un golpetazo.

—¿Lo ves, Tom?

Tom bajó la vista y notó que se le hacía un nudo en la garganta al ver la señal roja de la picadura de un insecto. Sobre ella había una línea de pequeños números de color azul marino, grabada en la piel como un tatuaje.

—Pero... pero alguien me ha debido poner esto de alguna forma —dijo Tom con un grito ahogado, alzando la voz—. Ustedes han... es falso, es...

—No es falso, Tom —lo interrumpió el médico con tranquilidad—. Es la marca de un escarabajo eco. Todos y cada uno de ellos son grabados en el criadero antes de ser enviados al mundo. Tú no eres distinto.

Tom rascó los números, desgarrándose la piel con las uñas. ¿Cómo habían hecho aquello? ¿Y qué era esa picadura?

—Naciste en Scarazand, Tom, y ese número es tu longevidad. —El doctor Logan consultó el expediente que tenía delante—. Veintinueve días, tres horas y cuarenta y un minutos, para ser exactos. El promedio habitual. No es mala duración.

Tom miró las cifras tatuadas en su muñeca. 29, 3, 41... El corazón le latía tan deprisa que apenas podía pensar.

—Me imagino que empiezas a encontrarle sentido, ¿no es así? —dijo la

enfermera Manners. Tom la miró furioso. Cada vez le era más antipática—. Eres un eco, una copia, y cuanto antes lo aceptes, mejor. No tenemos tiempo para alborotadores, ¿verdad, señor Grimal?

Se oyó un gruñido detrás de Tom.

—Créeme, Tom, todos y cada uno de nuestros reclusos se consideran importantes —dijo el doctor Logan suavemente—. Muchos llegan llenos de ira, pero después de unos cuantos días de vigorosa actividad todos se adaptan. Somos una gran familia feliz, ¿no es así, enfermera Manners?

Ella sonrió con desgana. Hablar de familia feliz era llevar las cosas demasiado lejos. Aquello era un loquero, no una colonia de verano.

—Pero ¿qué sentido tiene?

El chico había hablado escupiendo cada sílaba como si fuese veneno.

—Si soy una copia indeseada, ¿por qué no me matan y ya está? No soy útil, ¿verdad que no?

En el incómodo silencio que siguió, el doctor Logan se puso a jugar con su bolígrafo y la enfermera Manners encontró de pronto una mancha fascinante en el puño de su blusa. Lo cierto es que ella estaba de acuerdo con aquel pillastre: a su modo de ver, matar a todo quisque sería mucho más fácil. Pero el doctor Logan se puso muy serio.

—Descubrirás que sí eres útil, joven. Y en cuanto al asesinato, de eso ni hablar. El glorioso líder nunca consideraría semejante posibilidad.

—¡Ja! —Tom contuvo un bufido, a sabiendas de que nada podía estar más lejos de la verdad. Eso era exactamente lo primero que don Gervase Askary consideraría—. ¿Por qué no me dicen la auténtica razón por la que estoy aquí? La verdad.

El doctor Logan se quedó mirando al chico, enfadado. En circunstancias normales no se molestaría en explicar semejantes cosas a un simple eco, pero aquel parecía mostrar más inteligencia que la mayoría.

—Es que esa es la verdad. No se puede matar a los ecos significativos porque matar a un eco debilita al original. No me preguntes por qué, pero es un hecho demostrado. Muchas mentes más sabias que la mía se han pasado años estudiando este fenómeno. Y en cuanto a dejar que te valgas por ti mismo... —El doctor Logan soltó una risita—. Muchacho, eso solo causaría auténtico caos y confusión. No podemos dejar que vaguen por el mundo montones de tipos llamados Tom Scatterhorn. ¡Imagínatelo!

—Entonces, ¿hay otros?

—¿Scatterhorn? No, en este momento no los hay. Tú eres el primero.

Tom no dijo nada. Eso era un alivio.

—¿Y qué tiene de especial Tom Scatterhorn?

—Aunque supiese la respuesta, no podría decírtelo —dijo el doctor Logan con firmeza, tapando su bolígrafo—. En lo que a mí respecta, tú estás aquí porque estás aquí, y permanecerás aquí hasta que tu vida llegue a su fin natural. Veintinueve días,

tres horas... ahora un poco menos.

El doctor Logan metió los papeles de Tom en un archivo marrón, bastante sorprendido de mantener aquella conversación con una simple copia eco. La técnica de duplicación de escarabajos estaba haciendo rápidos progresos.

—El señor Grimal te acompañará a tu habitación.

Tom se quedó mirando los números de su muñeca. ¿De verdad debía tomar parte en aquella farsa? ¿Y si echaba a correr en ese momento por el corto pasillo y salía al patio? Tal vez pudiese escalar el muro, evitando de alguna forma los cristales rotos, o cruzar la puerta, volver a atravesar el paso elevado a toda velocidad y luego... luego se hallaba a más de ciento cincuenta años en un futuro de pesadilla, en una época de escarabajos e inundaciones... Las burbujas de la inspiración flotaron durante un segundo en su mente, pero estallaron casi al instante.

—¿Tom Scatterhorn?

Todos estaban de pie, mirándolo expectantes.

—Sé que no soy un eco —masculló Tom—, aunque ustedes lo ignoren.

El doctor Logan sonrió con generosidad.

—Por supuesto. Señor Grimal, tenga la bondad...

El corpulento vigilante cogió a Tom y la silla en la que estaba sentado como si fuesen de aire, y echó a andar por un oscuro pasi —¡lo hasta llegar a una pequeña escalera de caracol. Desde las tinieblas llegaba el sonido de voces y cazuelas golpeadas.

—Puedo caminar, ¿sabe? No soy un inválido.

—Como quiera, señor —respondió Grimal con una risita, dejando la silla en el suelo.

Tom reconoció la estrecha escalera, que antes estaba en la parte posterior del museo. Mientras subían fatigosamente, Tom vio que aquí y allá asomaban partes de la vieja estructura: las cornisas, los paneles de caoba y poco más. Era como si hubiesen construido un avispero dentro de una casa de muñecas.

—¿Qué pasó con toda la taxidermia?

El señor Grimal sonrió con satisfacción.

—¿Te refieres a los animales disecados? Todos desaparecieron hace tiempo, hijo. Hace años y años que esto dejó de ser un museo. Antes de la época de mi tatarabuelo, porque también trabajaba aquí. Imagino que todo era muy sofisticado.

—Así es. Mucho.

—Tú lo debes de saber.

Poniendo los ojos en blanco, el señor Grimal echó a andar entre las hileras de celdas hacia una amplia ventana que Tom reconoció: antes se hallaba encima de El Diluvio, a gran altura. Ahora la ventana estaba al nivel del suelo, lo que significaba que la antigua ala oeste había sido dividida por la mitad y que ahora había dos pisos apiñados en el lugar de uno. Debían de necesitar el espacio. Tal vez el doctor Logan tuviese allí a cientos de ecos indeseados en espera de la muerte. Era un pensamiento

inquietante.

—Aquí me siento yo —dijo el señor Grimal, indicando con un gesto el escritorio situado delante de la ventana—. Y ahí es donde estarás tú, en la celda especial. Así que seremos vecinos. —Abrió con el pie la puerta de la celda más cercana—. Llegaremos a conocernos muy bien a lo largo de las próximas semanas, ¿eh?

Tom se asomó al pequeño cuarto. Paredes blancas, una estrecha cama y un trozo de ventana, muy arriba. Nada más. Olía a lejía.

—¿Qué tiene de especial?

—Es bonita y está cerca de mí. Me gusta vigilar por si hay jaleo.

—¿Hay mucho jaleo? —preguntó Torn, imaginando esperanzado todo tipo de actos de rebeldía entre los otros reclusos.

—Todo depende. Puede que el eco tenga el mismo aspecto, pero su mente puede ser impredecible, aunque te parezca extraño. —El señor Grimal se rió entre dientes—. Mi trabajo es interesante.

Tom cayó de pronto en la cuenta de que quizá su mejor estrategia fuese parecer lo más semejante posible a un eco. El problema era que no sabía exactamente cómo hacerlo... Se sentó al borde de la dura cama y se puso a balancear los pies.

—Bueno, ¿ahora qué?

—Ahora toca descansar. Como has hecho un largo viaje, puede que te venga bien dormir un poco, y después nos ocuparemos de la cena. ¿Qué te parece?

—Me parece estupendo.

—Bien, bien.

Tom se daba perfecta cuenta de que el señor Grimal lo trataba como si tuviese tres años, pero ya le estaba bien. El vigilante se disponía a cerrar la puerta cuando a Tom se le ocurrió una última pregunta:

—Suponiendo que me quede dormido... ¿me despertará usted?

—No te preocupes de eso —respondió sonriendo.

Su cara blanca salió por la puerta flotando como un globo. Cuando se cerró la puerta se oyó un fuerte chasquido, y Tom se dio cuenta enseguida de que no había picaporte por dentro. Resultaba evidente que no debía salir. El silencio apenas duró unos segundos, tras los cuales se oyó un sonido susurrante. Algo empezó a descender del techo. Mirando hacia arriba y a su alrededor, Tom vio que unas líneas negras verticales surgían de unos agujeros en el techo, como tinta extendida sobre una página en blanco. ¿Qué era aquello? Saltó de la cama y se quedó de pie en el centro de la habitación, con el corazón desbocado. Eran escarabajos... Otros empezaron a surgir de los rincones, moviéndose en líneas horizontales, separados por igual... Al cabo de un minuto la cuadrícula viviente estaba completa. Silencio. Las criaturas permanecían quietas, inmóviles como piedras.

•Era un mecanismo de seguridad? ¿Podían verlo?

por alguna razón, Tom no quería moverse, pero lo hizo. Dio un pasito hacia la pared. No sucedió nada. Luego otro... y otro, hasta que estuvo tan cerca que podía

ver a todos y cada uno de los insectos de una fila. Un tórax negro y delgado, un abdomen rojo y unos brillantes y prominentes ojos rosa. ¿Cuál era su finalidad? Solo había una forma de averiguarlo. Con movimientos pausados, Tom sacudió la fila hasta que cayó uno. Al instante sonó un zumbador en el pasillo y se abrió la trampilla de la puerta.

—Más vale que los dejes en paz, Scatterhorn. No les gustan los manejos turbios, y a mí tampoco.

Tom miró el ojo furioso del señor Grimal en la trampilla y le dedicó su mejor sonrisa.

—Lo siento. Ha sido un accidente. Lo siento.

El ojo lo observó.

—Bueno, señor Scatterhorn, ¿qué le parece si descansa un poco?

Tom fue dócilmente hasta la estrecha cama, se tumbó obediente y volvió la cara hacia la pared. Así que esa era la celda especial... La trampilla se cerró con un chasquido a sus espaldas y cerró los ojos. Por segunda vez en esa mañana, Tom sintió que lo invadía una gran fatiga. En las últimas veinticuatro horas había sido drogado, secuestrado, enviado en un tren doscientos años en el futuro y luego encerrado en una especie de cárcel para ecos indeseados, que estaba ubicada en el Museo Scatterhorn, Dragonport, ahora una isla desierta frente a las costas de Inglaterra... Tom sonrió con aire sombrío; tal vez se habría echado a reír de no ser porque era cierto. Era evidente que aquello tenía algo que ver con su negativa a ayudar a don Gervase Askary. Tal vez todo. Tal vez aquel fuese el extravagante concepto de un castigo que tenía don Gervase. Y tal vez el doctor Logan y su gente creyesen de verdad que él era un eco y nada más. Fuera cual fuese la verdad, Tom estaba decidido a averiguarla...

Luchar contra el poder

—¡Levántense y salgan! ¡Levántense y salgan! ¡Préstense atención, señoras y señores!

Tom se incorporó en la cama y abrió los ojos con aire aturdido. Le daba la impresión de haber dormido durante varios días. Había soñado que estaba en la cárcel por un crimen que no había cometido, y justo cuando se disponía a fugarse utilizando una cuerda que colgaba convenientemente del techo, el señor Grimal apareció golpeando un cazo...

—¡Y usted también, señor Scatterhorn!

El señor Grimal golpeó la puerta con el cazo.

—¡Levántate!

Frotándose la cabeza, Tom se bajó de la cama y vio que los insectos negros de la cuadrícula se retiraban a sus agujeros, dejando vacías las paredes blancas. Sí, estaba en la cárcel. No era un sueño.

—Ajá... Si está aquí el propietario. Ya nos encontramos mejor, ¿no es así?

Tom vio que el señor Grimal caminaba hacia él con paso decidido mientras una fila de reclusos bajaba las escaleras arrastrando los pies.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Veinticuatro horas, lo cual es más que suficiente, joven —bramó Grimal—. Iba a despertarte, pero al parecer tienes amigos en las altas esferas. No puedo imaginar por qué.

por un momento, Tom tampoco pudo.

Tal vez esperaban que, si dormía el tiempo suficiente, pudiese olvidar quién soy realmente.

El vigilante entornó los ojos y miró al nuevo y desaliñado recluso.

—Veo que sigues empeñado en eso. —La cara rosada y descamada del señor Grimal se acercó, y Tom observó que el hombre parecía muy limpio. De hecho, hasta su aliento parecía oler a jabón—. Un consejo, joven Scatterhorn. No vayas a pensar que tu nombre te hace especial. Porque no es así. Aquí no.

Tom se encogió de hombros con aire inocente.

—No lo pienso.

—Bien. Encontrarás el desayuno por ahí. —El señor Grimal extendió un ancho antebrazo rosado hacia la escalera de caracol que se hallaba al fondo del pasillo—. Pero te sugiero que antes te pongas tu nueva ropa. Es decir, siempre que no quieras parecer tonto. ¿O acaso sí quieres?

El señor Grimal indicó con un gesto el interior de la habitación. Al volverse, Tom vio una gruesa camisa de algodón marrón y unos pantalones a juego pulcramente doblados sobre la silla. Debajo había un par de zuecos de plástico y un pequeño gorro

redondo. Parecía una especie de uniforme.

—Correcto.

Tom suspiró hondo. Tenía mucha hambre y, aunque el señor Grimal no resultaba nada agradable, no tenía sentido enemistarse con él la primera mañana. Quién sabía qué clase de poder tenía allí.

—Eso está mucho mejor —dijo el señor Grimal con una sonrisa radiante al ver salir a Tom de su celda cinco minutos después con su uniforme, que no le quedaba bien. Tom levantó el pequeño sombrero redondo.

—¿Esto también?

—Tenga la bondad, señor Scatterhorn, tenga la bondad. Así será igual que todos los demás.

Tom se encajó el gorro sobre la mata de pelo rubio y luego echó a andar por el pasillo con despreocupación. Se sentía un poco más alto con los zuecos, pero su pavoneo era pura apariencia. Al fondo había una niña fregando el suelo, que lo miró mientras pasaba por su lado.

—Ignóralo, Evie —vociferó el señor Grimal desde su escritorio—. Se llama Tom Scatterhorn y cree que es el dueño. No tardará en decirte lo que tienes que hacer.

Evie sonrió para sí y volvió a su tarea con una expresión extrañamente decidida. Debía de tener un par de años menos que él, y su rostro angelical estaba medio oculto bajo una gran boina anaranjada. A Tom no le apetecía dar explicaciones. De hecho, no tenía la menor idea del comportamiento que se esperaba de él. El de un eco indeseado, fuera el que fuese... Al pie de las escaleras, Tom siguió los sonidos por un estrecho pasillo y, tras armarse de valor, empujó la pesada puerta basculante y se encontró en la sala principal del museo. Todas las vitrinas de animales habían desaparecido, sustituidas por un ruidoso comedor que le recordó el de una escuela. La habitación estaba llena de reclusos, y todos desayunaban en largas mesas vestidos con el uniforme marrón obligatorio. En el centro había un pequeño pulpito desde el que un vigilante canoso mantenía el orden con su intensa mirada. Flotaba en el aire un olor empalagoso, pero eso no bastó para impedir que Tom se dirigiese hacia el punto en el que trabajaba una hilera de cocineros y se situase al final de la cola. Cuanto más se acercaba más hambre tenía. Los cocineros apenas lo miraron mientras le llenaban el plato con montones brillantes de algo que parecía judías con patatas fritas y guisantes, cada montón bañado en un color distinto. Tom encontró el extremo tranquilo de un banco y, cuando había tomado el primer bocado, un hombre se sentó frente a él.

—Sorpriente, ¿verdad?

La conmoción de Tom fue tan grande que la cuchara se le cayó sobre el plato con estrépito.

—Como chocolate por fuera... pero por dentro...

—¿Detecto notas de berza? Creo que sí. Hummm, me gustan.

Otro hombre se había sentado junto al primero; su aspecto era también

descuidado, aunque de forma diferente. Llevaba barba, y el gorro hacia atrás, torcido con desenfado.

Es mucho más fácil cuando te das cuenta de que, comas lo que comas, todo sabrá a chocolate. Mucho más fácil. —El hombre masticó ruidosamente y le sonrió a Tom—. Eres nuevo aquí, ¿verdad?

—Claro que es nuevo. ¿Qué se supone que significa eso?

Tom se quedó mirando a los dos hombres, que en cualquier otra circunstancia le habrían provocado escalofríos.

—¿Don Gervase Askary?

—Soy yo —dijo el hombre de la izquierda con voz grave.

—Eso es verdad. Pero yo también lo soy —dijo el hombre de la derecha con voz grave.

—Y también lo son aquellos de allí.

Tom miró a su alrededor. Era cierto: había copias de don Gervase por todas partes. Unos tenían bigote, otros exhibían espesas patillas, otros llevaban la cabeza afeitada y los había también con cola de caballo... Debía de haber cincuenta de ellos entre la multitud.

—Buscadores del elixir.

—Amos de la pelota-escarabajo...

—Salvadores de Scarazand.

—Aunque, por supuesto, no lo somos, ¿verdad? —dijo uno, guiñando el ojo.

Tom se esforzó por encontrar las palabras adecuadas.

—Entonces, ustedes... ustedes saben... que no son...

—¿El original? Claro que lo sabemos —dijo el hombre de la izquierda sin pestañear—. Somos ecos. Ecos, ecos, uno y todos.

—Y... ¿no les importa?

Ambos hombres miraron a Tom con curiosidad.

—De verdad eres nuevo, ¿no es así?

—¿Cómo podría no importarnos?

—Pero ellos creen que no nos importa. Creen que todos los ecos somos tontos de remate, ignorantes como ladrillos, pero están completamente equivocados. Lo sabemos tutti.

—¿Tutti?

—Tutti difrutti. Pero somos demasiado perezosos para hacer algo al respecto —dijo el del bigote retorcido, masticando las últimas judías de su plato—. Para eso es todo el chocolate.

Tom no lo entendió.

—Para tenernos contentos —aclaró con una sonrisa radiante y miró a Tom con sus lechosos ojos verdes—. Tiene ese efecto, ¿no?

—Aquí habría muchos más problemas si no lo tuviera —convino el otro don Gervase, sacándose un pañuelo de la manga y limpiándose con delicados toques las

comisuras de la boca—. ¿Por qué molestarse en luchar contra el poder establecido cuando tomas un desayuno todo de chocolate como este todos los días de tu vida?

—Por no mencionar el zumo de escarabajo —intervino su amigo, sorbiendo de su copa—. Elaborado aquí mismo, por supuesto.

—¿Cuál es tu duración, amigo?

—¿Mi duración? —Tom miró a aquellos dos hombres extrañamente similares y decidió que el señor Grimal estaba en lo cierto: podían tener un aspecto idéntico al de don Gervase, pero de alguna forma eran su exacto contrario—. No tengo duración —susurró, echándole un vistazo al vigilante.

—¡Claro que la tienes! Todo el mundo tiene una duración.

—No soy un eco —insistió él—. Y tampoco debería estar aquí. Me han secuestrado.

Ambos don Gervase pusieron los ojos en blanco al mismo tiempo.

—Tendrás que esforzarte más, compadre.

—De verdad. Soy Tom Scatterhorn. El auténtico.

—Pero ¿tienes uno de estos? —dijo el hombre de la izquierda, señalando los números de su muñeca.

—Es falso —protestó Tom, escondiendo inconscientemente el brazo debajo de la mesa—. Ellos me lo han puesto; no ha estado siempre ahí.

Los dos don Gervase lo miraron fijamente y luego se miraron uno al otro.

—¿Delirante?

—Definato. Totalicos.

—Es la verdad —siseó Tom, esforzándose por controlar su ira.

—¿Y por qué iban «ellos» a hacer eso?

La nota de sarcasmo era inconfundible. Tom los miró alternativamente, presa de la impotencia.

Es así No sé. Es como... Evidentemente me esconden porque... —Tom se planteó la posibilidad de mencionar su encuentro con don Gervase en la estación, pero decidió no hacerlo—. No sé por qué. Quizá ni siquiera el doctor Logan sabe porqué. Pero él lo sabe.

—¿Quién lo sabe?

—Vuestro original. Sabe que no soy un auténtico eco.

El don Gervase de la izquierda enarcó las cejas y lo miró con recelo.

—Entonces, es como una venganza entre nosotros, me refiero a él, y tú. ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Sí. Más o menos. Aunque...

—¿He oído la palabra «venganza»?

Otro don Gervase con una mirada especialmente rebelde se sentó en el banco. Llevaba una cola de caballo y unas largas patillas, y olía fatal.

—¿Qué ha hecho? ¿Qué ha hecho? ¿Quemar tu casa? ¿Asesinar a tu familia?

—No. Pero de hecho creo que podría...

—Y entonces, ¿qué? ¿Meterte en la cárcel con un puñado de locos?

—Bueno, en cierto modo.

—¿Tirar la llave?

—Sí.

—¿Sí? Y luego, ¿qué? ¿Darte una comida que tú no le darías ni a un perro?

Tom sonrió.

—¡Caramba!

—Tom Scatterhorn, este es el Jabón —dijo el del bigote a modo de presentación.

—Encantado de conocerte, joven —dijo el Jabón, estrechándole la mano furiosamente—. Bueno, ¿quién es ese tipo?

—En realidad, eres tú —dijo su amigo.

—¿Yo?

—¡No! Viejo merluzo, ya sabes quién...

—¿Te refieres al rey diablo de los insectos?

—Se refiere al que gobierna todas las cosas finas y bastas...

—Patachunta? ¡Vale, vale! Ya veo. Perfetto. —El Jabón se frotó nervioso la barbilla, cubierta de una barba incipiente—. ¿Y cómo vas a desquitarte de ese individuo? ¿Qué puedes hacer?

—Pues, esto... —Tom sonrió de mala gana; nunca le habían hecho esa pregunta—. Primero tendría que salir de aquí.

—Por supuesto. ¿Y luego?

—Y luego... ¿si fuese posible cualquier cosa?

—¿Por qué no cualquier cosa? —sonrió el Jabón.

Sin pensar siquiera, Tom sabía la respuesta.

—Destruiría Scarazand —susurró—. Me libraría del lugar para siempre. Y de él también... si pudiera.

El Jabón dio una palmada en la mesa y sonrió con cara de loco.

—¡CARAMBA! ¡Así se habla! ¡Este joven me cae bien!

Tom esbozaba una sonrisa estúpida. Ya estaba, lo había dicho, y, por alguna razón, expresar su más profundo deseo ante aquellos tres hombres extraños había hecho que se sintiera aliviado. El vigilante del pulpito giró sobre sí mismo para mirarlos.

—Pero si destruyes Scarazand nos destruirías a nosotros —susurró el don Gervase del centro—. ¿Es eso buena idea?

Tom se encogió de hombros, confuso. La verdad resultaba brutal.

—Sé que no es culpa tuya, pero él está envenenando el mundo, matándolo todo, destruyéndolo todo. —«Incluso a mí», podría haber añadido Tom, aunque no lo hizo—. No tiene por qué ser así.

—Ah, ¿no?

—No. En absoluto.

Los tres don Gervase reflexionaron un momento. Tom los observaba. ¿Podían

esos ecos ayudarle realmente a planear la caída de Scarazand, el lugar en el que habían sido creados? La idea le aceleró el corazón. Tom se sentía ansioso, casi mareado.

—¡Sería una locura total! —dijo el Jabón al final entre risitas, tamborileando con los dedos sobre la mesa—. Y no tan difícil como podrías pensar.

—Hay un inconveniente —dijo el don Gervase de la izquierda.

—¿Cuál es? —preguntó Tom.

—¡Se acabaría el chocolate!

Sonó un gong, y el señor Grimal pasó a grandes zancadas entre las mesas.

—¡Que todo el mundo forme ahora dos filas ordenadas, si sois tan amables!

Se levantó un murmullo generalizado de voces descontentas mientras todos se levantaban de mala gana y empezaban a dirigirse hacia la puerta de doble hoja del rincón.

—¿Qué viene ahora? —preguntó Tom siguiendo a los tres hombres, que se situaron en la fila más cercana arrastrando los pies.

—La otra parte, señor Tom Scatterhorn —gimió uno de los don Gervase—. Eso es lo que viene ahora.

—La parte que hay entre los chocolates —añadió su amigo.

—Entonces, ¿tenemos que trabajar?

—¡Y de qué manera! —vociferó el Jabón—. ¡Estoy loco! ¡Debería estar encerrado! El trabajo es demasiado bueno para mí; no lo merezco. ¡Exijo que me pongan al instante una camisa de fuerza!

—¡Los más bajos delante, los más altos detrás! —rugió el señor Grimal, empujando al Jabón hasta una desastrosa fila que empezaba a formarse vagamente al otro lado de la sala—. ¡Daos prisa! ¡Si no, todos seguiremos aquí a la hora de comer!

—Con un poco de suerte —murmuró uno de los don Gervase.

—Ahí no, señor Scatterhorn, haz el favor. —La enfermera Manners sacó a Tom de la fila por un hombro y lo arrastró hasta la parte de delante—. Ahora haz exactamente lo mismo que él y mantén cerrada esa boca —gritó, haciéndole un hueco detrás de un chico moreno de aspecto demacrado.

—Hola —dijo Tom.

—¡Cállate! —chilló ella.

El chico se volvió y le tendió la mano a Tom con gesto formal.

—¿Cómo estás? Me llamo Francis. Francis Catchpole.

La piel del chico era tan pálida que casi era verde. No tenía buen aspecto.

—¿Y quién eres tú?

—Tom Scatterhorn.

—Oh, como el nombre que hay sobre la puerta principal. —Francis lo miró sin interés—. ¿Por qué estás aquí?

—Hum... —Por alguna razón, a Tom no le apetecía volver a compartir su secreto—. Simplemente estoy.

—¿Cuál es tu duración?

—¡Prestadme atención!

Se abrió una ancha reja de acero, revelando un largo túnel con cables y tuberías que serpenteaban a lo largo del techo.

—¡Paso ligero!

Las dos filas avanzaron de forma desordenada, y el retumbar de los zuecos llenó la oscuridad.

—¿Adonde vamos? —preguntó Tom por encima del jaleo.

Aquello no era ninguna parte del museo que recordase.

—A la fabrica —respondió Francis.

—¿Y qué tenemos que hacer?

Francis se encogió de hombros con aire ausente.

—Ya lo verás.

Tom se estaba preguntando vagamente si sería el mismo trabajo que había mencionado el señor Vee cuando por fin llegaron a unos escalones, atravesaron un puente y luego entraron en otro edificio por un costado; se dirigían hacia el sonido metálico de alguna maquinaria. Los recibieron unas bocanadas de aire caliente mientras cruzaban un amplio espacio hexagonal situado a varios pisos de altura, en cuyo centro colgaba una gruesa chimenea suspendida sobre tres grandes hogueras.

—Eso es la purificación —dijo Francis, señalando a los hombres sentados al borde de las brasas, que rociaban con agua unos largos cilindros de algodón y retiraban una melaza densa, negra y brillante que rezumaba por los lados. Otros apretaban los extremos de los cilindros como si fuesen enormes tubos de pasta de dientes.

—¿Qué purifican?

—Cochinillas de la laca —respondió Francis, que parecía de pronto un poco más entusiasmado.

—¿Cochinillas de la laca?

—Jachardia lacca. Viven en las ramitas, a millones, y excretan esa sustancia. La recogen en el Lejano Oriente y la envían a Dragont donde la transformamos en laca.

para entonces, Tom se sentía muy ignorante, y se daba cuenta de que Francis estaba más que contento de explicarle todo aquello. De hecho, parecía casi orgulloso de la importancia de aquel trabajo.

—Laca. Ya sabes, está en todas partes: barniz, cera para suelos, tinte, fuegos artificiales, comida, zumo...

—¿Zumo?

—Zumo de escarabajo. Lo que te has tomado en el desayuno.

Y esto es Spongs, la mayor fábrica de laca elaborada a mano del mundo.

Justo cuando Tom empezaba a preguntarse si todo lo que había desayunado estaba bañado en laca, un capataz de rostro sudoroso empezó a dirigir a los ecos hacia varias puertas en función de su tamaño.

—Con él, hijo —gruñó el hombre, girando a Tom por la cabeza y empujándolo detrás de Francis a la Nueve A, una larga sala de techo bajo que daba a la chimenea. Allí había ya un grupo de niños y niñas, tumbados en el suelo. Parecían tanto aburridos como hostiles.

—Bienvenidos todos los chalados —dijo un niño delgado de rostro anguloso, rompiendo el hosco silencio.

—Hola, Slim —murmuró Francis, sentándose dócilmente en un rincón. Parecía muy tenso.

—¿Quién es tu amigo, chalado?

—Oh, se llama...

—Tom. Hola —dijo Tom, mirando las caras hastiadas que lo rodeaban.

—Vaya, pero si habla y todo —intervino una niña, riéndose tontamente.

—¿Tom qué? —quiso saber Slim.

—Tom Ssk...

Francis tocó el brazo de Tom y sacudió la cabeza. Se oyeron unas risitas al fondo. En ese momento apareció el fornido capataz.

Tras aproximarse a la pared, en la que un cartel decía: «Sala 9A. Cuota de hoy:», conectó la grasienta máquina. Los números giraron hasta inmovilizarse en el 7, el 0 y el 3.

—¡Setecientas! ¡Setecientas tres!

La sala estalló en un coro de gritos de indignación.

—¡Pero tenemos a dos chiflados! —protestó una niña bajita—. ¿Cómo vamos a conseguirlo?

—¡Sí!

—¡Eso es imposible!

—¡Silencio! —gritó el capataz, abriendo varias trampillas y revelando así la maquinaria que estaba detrás—. Sois diecinueve, así que, si no me equivoco, son treinta y siete por cabeza.

—¡Pero ellos jamás lo conseguirán! —le espetó la niña, señalando a Tom—. ¡El no! ¡Nunca ha hecho nada! ¡Si llega a diez...!

—Bueno, pues tú tendrás que trabajar más, no, encanto? —gruñó el capataz—. Ya conoces las normas; ¡si no hay cuota, no hay paga!

Dicho esto, cerró la puerta de golpe y echó la llave.

Los niños insultaron y protestaron mientras las pesadas botas se alejaban por el pasillo. Luego dedicaron a Tom y a Francis una mirada asesina, como si todo fuese culpa suya.

—¿Qué vamos a hacer, Slim?

—Encargarnos de que estos chiflados arrimen el hombro como los demás. De lo contrario... —respondió Slim, caminando hacia ellos con aire beligerante y decidido.

—¿Es difícil? —preguntó Tom.

Le sacaba una cabeza a Slim, y no se sintió intimidado.

—Para nada, chalado, así que no vayas a fingir que lo es.

—No lo haré. —Tom le sostuvo la mirada—. Quizá podrías mostrarme lo que hay que hacer.

Slim miró a Tom con furia. Evidentemente, era el autoproclamado cabecilla de aquel grupo, y parecía sorprendido de que Tom hubiese replicado. Y lo mismo le ocurría a Francis Catchpole.

—El te lo enseñará —gruñó, mirando con desdén a Francis, que seguía sentado en el rincón—. ¿Lo harás, Francis? —añadió, dándole al chico una patada.

Los grandes ojos lechosos lo miraron inexpresivos.

—Lo haré, Slim.

—De acuerdo.

Una alarma sonó a lo lejos, y se oyó un estruendo metálico de ruedas cuando la maquinaria de las trampillas empezó a girar.

«¡Este turno ha comenzado! —declaró un altavoz al otro lado de la puerta, en el pasillo—. ¡Ya llegáis tarde!»

Hastados, los niños se pusieron de pie con esfuerzo y se reunieron junto a las trampillas. Una serie de compartimentos de madera empezó a ascender verticalmente, y pronto empezaron a aparecer unas pequeñas bandejas metálicas, cada una con un montón de aquella extraña sustancia semejante a la melaza que Tom había visto preparar abajo, junto con una pieza larga y plana de madera.

—¿Qué hacemos con esto? —le susurró Tom a Francis mientras cogían una bandeja cada uno y se dirigían hacia el rincón.

Francis señaló la trampilla del otro lado de la sala, donde los niños levantaban cilindros de acero de una cinta transportadora horizontal y los llevaban rodando hasta una zona vacía del suelo.

—Extiéndelo en uno de esos —dijo.

—¿Que lo extienda?

Tom se quedó estupefacto, pero siguió a los demás. Agarró un tarro y se sorprendió de lo tibio y pesado que resultaba.

—Pero si está lleno de agua —murmuró, colocándolo con cuidado en el suelo.

Estaba a punto de preguntar qué venía luego cuando vio que la niña que tenía delante estaba utilizando ya su palo largo y plano para extender la dorada sustancia semejante a la melaza sobre la superficie curva con gestos largos y pausados.

—Así, Tomsk, utiliza tu palo —dijo, nivelándola hacia las esquinas con movimientos expertos—, y luego haz esto.

Tras ponerse de pie, cogió una esquina del cuadrado plano, lo retiró con cuidado del costado del cilindro y lo sostuvo ante sí como si fuese una bayeta.

Ahora viene lo difícil —dijo, quitándose los zuecos—. Observa con atención, chalado, porque solo voy a mostrártelo una vez.

La niña se agachó y se deslizó la cara inferior del cuadrado bajo los dedos de los pies, sujetó la cara superior entre los dientes y movió las manos a cada lado de la

laca. Luego, con un violento movimiento, empezó a tirar del material. Increíblemente, empezó a estirarse, no mucho, pero sí un poco. Y la niña lo hizo otra vez, y luego otra, y luego otra, en cada ocasión subiendo las piernas unos centímetros más, abriendo los brazos un poco más.

—¿Lo ves? —preguntó jadeando—. No es difícil.

Al mirar a su alrededor, Tom vio que todos los niños hacían lo mismo, agachándose y estirándose en una extraña danza de pájaros, apretando los dientes mientras iban abriendo brazos y piernas cada vez más hasta que la laca era una blanda y translúcida lámina de oro alargada entre sus miembros estirados como una cometa. Algunos de los niños más altos habían alargado ya sus primeras hojas tanto como podían y se hallaban en la fase siguiente, extendiéndolas con cuidado encima de unas tablas en forma de estrella y dejándolas sobre una cinta transportadora. ¡Ding! Sonaba una campana cada vez que caía una lámina en la oscuridad, y así los números empezaron a girar: once, doce, trece...

—¡Muévete, chalado! —gritó Slim mientras cruzaba la sala con su lámina alargada—. ¡La laca no se extiende sola!

Tom respiró hondo. En ningún momento imaginó que los obligasen a hacer un trabajo así. Retiró la laca y, después de quitarse los zuecos, se agachó, clavó los dientes en la parte superior y se puso la parte inferior bajo los dedos de los pies. Empezó a tirar. La laca se movió un poco. La segunda vez lo intentó con algo más de fuerza, pero no tardó en perder el equilibrio y caerse al suelo. Se puso de pie con esfuerzo, esperando oír gritos de burla, pero no hubo nada, solo caras de enfado permanente. Todos sabían que si se quedaba corto serían ellos quienes completarían lo que faltase.

—Prueba con muchos tirones pequeños y no uno solo grande —dijo Francis, estirando su lámina—. Tienes que ir forzándola.

—Vale.

Tom se enjugó la frente, se agachó y agarró la laca entre los dientes. Ir forzándola, ser paciente. Despacio.

Tras media hora de tirar, alargar, perder el equilibrio, dejar caer la laca en un pegajoso desorden y volver a empezar, Tom colocó orgulloso su primera lámina blanda encima de una tabla. Le escocía el cuello, le dolían los dedos, y le parecía que tenía los muslos pulverizados y hechos papilla, pero lo había logrado. ¡Ding! Sonó la campana y la lámina cayó en la oscuridad. Una menos, solo faltaban treinta y seis... Treinta y seis...

Tom miró a todos los demás niños, que se inclinaban y estiraban mecánicamente como robots. Incluso Francis, pálido e inexpresivo, había terminado ya su tercera lámina. Aquello era trabajo de esclavos: ¿cómo iban a poder seguir a ese ritmo todo el día? Setecientos tres... era imposible.

Esa noche, cuando entró tambaleándose en su celda, Tom estaba más muerto que vivo. Casi todos sus músculos despedían fuego, y apenas podía echarse en la cama de

lo agarrotado que se sentía.

—¡Buenas noches, amigos míos! —gritó alegremente el señor Grimal cerrando de un portazo las puertas de las celdas, una tras otra.

En la penumbra, Tom entrevio aquellos curiosos escarabajos negros descendiendo a su alrededor para formar su cuadrícula viviente y vigilante. Tom estaba tan cansado que ya no le importaba. Cerró los ojos y una tormenta de cintas transportadoras, láminas de laca y rostros jóvenes y enojados danzó ante él. Extrañamente, casi envidiaba a los demás prisioneros: al menos su breve longevidad significaba que no tenían que soportar mucho tiempo aquel tormento. Pero ¿qué iba a hacer él? No podía vivir en esa celda y trabajar en aquella fábrica infernal durante el resto de su vida, porque a él no le quedaban semanas, sino años, tal vez décadas... Se moriría, ¿no?

Le costaría la vida. Tom sabía que le costaría la vida. Esa debía de ser la intención de don Gervase. Las palabras que pronunció en la estación de Waterloo volvieron a su mente: «Conviértete en algo más de lo que eres, un chico corriente y llorica, que crecerá para ser un hombre corriente y llorica, vivir una vida breve y aburrida, y morir de muerte prematura».

Tom se quedó mirando los insectos de ojos rosa que brillaban a la luz cada vez más intensa. Aquello era esa vida. Había empezado. Al final se convertiría en una vacía máquina de estirar y nada más: en un insecto. En un trabajador. En un eco. Tom cerró los ojos. La noche anterior había tenido ganas de reír ante el apuro en el que se encontraba; pero esa noche tenía muchas ganas de llorar. Sin embargo, justo cuando en su interior brotaban olas de desesperación, empezó a surgir otra emoción. Tom sintió una rabia tan feroz que encendió su cuerpo como si fuese electricidad, provocándole un hormigueo en los dedos y creciendo en su corazón hasta que pareció a punto de explotar. El chico se quedó mirando los escarabajos, a pocos centímetros de su cara.

«Don Gervase Askary me ha mandado aquí para que muera. Me ha escondido con todos los demás ecos olvidados. Pero voy a sobrevivir. Y voy a escaparme. Y luego voy a destruir Scarazand. El no podrá detenerme. Nunca. Debe de haber algún modo...»

6

La pluma irisada

A pesar de la feroz chispa de rebelión que ardía en su interior y que Tom protegía tan celosamente como si fuese la llama de una vela en una tormenta, transcurrió casi una semana antes de que tuviese otra idea. Durante ese tiempo, vivió sumido en una duermevela. Cada día era igual: Tom se levantaba al alba, se ponía su áspero uniforme, devoraba un desayuno de granos de chocolate y zumo de escarabajos, caminaba fatigosamente hasta la fábrica para estirar su cuota diaria de laca, y luego, diez horas después, volvía otra vez, para cenar más chocolate y dormir. Era la existencia de una máquina: monótona, agotadora y muy, muy aburrida. A medida que los brazos y piernas de Tom se acostumbraron al estiramiento constante, el trabajo se volvió más fácil, pero nunca pudo fingir que disfrutaba de él. Como los demás niños de la sala Nueve A, su vida giraba en torno al número que el capataz marcaba en el contador; el resto no significaba nada.

Así, Tom sintió cierta satisfacción sombría al final de la primera semana, cuando colocó su última lámina estirada al mismo tiempo que Slim colocaba la suya.

—¿Ya has acabado, Tomsk? —bufó mientras ponían uno tras otro las tablas en la cinta transportadora.

—¡Sí! —dijo Tom, enjugándose fatigado el sudor de la frente—. Yo ya estoy.

Slim bufó de mala gana y Tom reprimió una sonrisa; sabía que se trataba de una pequeña victoria.

—Entonces más vale que ayudes a ese crío —le espetó Slim mirando a Francis, el cual se inclinaba y estiraba una y otra vez, tan despacio que casi resultaba doloroso de ver—. Porque aquí somos todos para uno y uno para todos, ¿no es así?

De vez en cuando, después del trabajo, a los reclusos se les permitía salir al estrecho patio situado en la parte trasera del edificio. Los muros eran tan altos que el sol nunca brillaba en aquel lugar. De hecho, era como estar en el fondo de un pozo, pero al menos era otro sitio. Tom ocupaba su lugar en la lenta fila que arrastraba los pies por los adoquines, y había cierta camaradería extraña entre todos. Casi todo el mundo era un eco de alguna figura prominente del régimen de Scarazand: generales, espías, envenenadores, copias de don Gervase y unos cuantos niños raros... Iban y venían con alarmante velocidad, pero por algún motivo se mantenía el raro ambiente de tenaz alegría. Tal vez fuese por aquel chocolate o quizá por el estado anímico natural de los ecos. Desde luego tenía algo que ver con estar metidos en aquel manicomio veinticuatro horas al día, sin poder salir. Tom apenas llevaba allí una semana y ya se daba cuenta de que se estaba volviendo un poco raro.

Y eso tenía que ver con las cosas que faltaban: cosas normales y aburridas que siempre había dado por sentadas. Los olores, por ejemplo. Como todos los demás, Tom se había vuelto adicto a la dieta constante de dulce chocolate y zumo de

escarabajos, pero a veces se quedaba cerca del hueco de la escalera de la cocina solo para captar un olor de berza vieja que echaban de vez en cuando en la mezcla. Hasta el hedor acre de la ropa hervida se volvió tan exótico e interesante como los huevos con beicon... Lo mismo ocurría con los sonidos. Tom se esforzaba por oír el estruendo distante de una sirena de niebla en el estuario, o el petardeo de un motor más allá de los altos muros. Esos pequeños retazos de vida adquirirían un significado extraordinario: eran las únicas señales de que aquella isla del viejo Dragonport, oculta por las nubes, no había sido completamente abandonada por el mundo.

En la mañana del séptimo día, Tom tuvo una sorpresa. La alarma sonó como de costumbre. Con un sonoro bostezo, Tom se dio la vuelta y se quedó mirando la pared. A la luz gris contempló como se retiraban de forma ordenada las cuadrículas de pequeños insectos de ojos rosa, igual que hacían cada mañana.

—¡ARRIBA! ¡ARRIBA! ¡ARRIBA, PEREZOSOS!

El estrépito continuaba, pero la voz aguda no era la del señor Grimal. Se oyó un coro de toses y el sonido de arrastrar los pies. Cuando Tom salió al largo y estrecho pasillo vio la forma cuadrada de la enfermera Manners, que agitaba con entusiasmo una pandereta con sonajas de acero.

—Ajá, pero si está aquí el propietario —dijo ella, dejando por fin de armar jaleo—. Me han dicho que te has adaptado a la laca como un pato al agua. El capataz está muy impresionado. Eres un trabajador modelo.

En los pequeños labios rojos de la enfermera Manners había una sonrisa malintencionada que Tom no pudo dejar de reconocer. Pero se negó a morder el anzuelo.

—¿Cómo está usted?

—Oh, muy bien para ser domingo, que es el día libre del señor Grimal, por supuesto. Y también el tuyo.

—¿El mío?

—¡Desde luego! La fábrica cierra los domingos, así que puedes pasarte toda la mañana en el comedor comiendo granos de chocolate. ¿A que es lo que más te apetece? —Le alborotó el pelo como si fuese un perro—. Seguro que sí.

Tom estuvo a punto de responder que habría preferido comer barro, pero decidió no hacerlo.

—Vete ya —dijo ella, indicándole las escaleras con un gesto—. Eso es. Hacia allá.

Obediente, Tom se alejó sin prisa. Cada vez tenía más ganas de enemistarse seriamente con la enfermera Manners, aunque sabía que no le serviría de nada. Cuando entró en la sala principal, con aire despreocupado, se dio cuenta de que el ambiente era distinto: no acababa de ser relajado, pero poco faltaba.

—Muy buenos días tenga usted —dijo un don Gervase, deslizándose en el banco enfrente de Tom.

Aunque todos tenían el mismo aspecto, Tom reconoció a ese eco de su primer día,

pues tenía el pelo largo y grasiento, y un sombrero encajado con fuerza en la parte posterior de la cabeza.

—Hola —dijo Tom, poniendo cara de asco mientras machacaba con los dientes su primera cucharada de granos bañados en laca.

—¿Cómo te va la vida en el manicomio?

Tom masticó con aire pensativo. No estaba nada seguro de poder comerse aquello.

—Hay mucho chocolate.

—¿A que sí?

—También hay mucha laca.

—Y cuanto menos se diga sobre eso mejor —dijo el don Gervase de voz grave antes de meterse una bola de chocolate en la boca. La chupó con fuerza durante un rato; luego se sacó de la boca con cuidado un húmedo cubo anaranjado y lo colocó en su cuenco.

—¿Qué haces? —preguntó Tom.

—Pescar. Eso, amigo mío, es un auténtico trozo de zanahoria.

—¿De verdad?

—Los esconden a propósito. Terrible, ¿no?

Tom miró con deseo la exigua hortaliza. Pero luego recordó dónde había estado.

—Solo puedo hacerlo los domingos —dijo el don Gervase antes de meterse otra bola en la boca y chupar fuerte—. Se tarda demasiado. Pero con dedicación y suerte se puede conseguir una porción respetable de algo. Una vez logré reconstruir un plátano entero.

Tom se quedó mirando su propio montón de granos brillantes con un interés vago.

—¿Dónde está tu amigo? —preguntó Tom—. El de la cola de caballo.

—¿El Jabón? —El don Gervase se limpió la boca con mucha delicadeza—. Bueno, nadie vive para siempre, ¿verdad? Y en realidad, ¿quién quiere hacerlo, metido en este sitio sin poder salir?

Tom se quedó desconcertado.

—Entonces..., ¿ha muerto?

—Estaba muy cerca del final de su duración, así que era de esperar. Hay tanto movimiento que la mitad de los que están aquí deben de ser nuevos —dijo el eco mientras recorría con la mirada la concurrida sala—. ¿Verdad que es extraño ser tan viejo cuando vida es tan corta? —preguntó, guiñando el ojo—. Ahora que lo pienso, él estaba deseando hablar contigo. Porque lo tenía todo planeado.

—¿Qué tenía planeado?

—Oh, ya sabes, esa idea tuya. Huida, destrucción de Scarazand, etcétera. Todo eso. Lástima, porque ahora está muerto. —El don Gervase mordió con entusiasmo la zanahoria—. Esta mañana me siento afortunado. ¿Vas a comerte eso? —dijo, observando el desayuno intacto de Tom.

—Pues... no.

—Excelente.

El don Gervase deslizó el cuenco hacia él y, con glotonería, se metió en la boca algo redondo y brillante que empezó a chupar ruidosamente. Tom no podía contener la decepción.

—Supongo que no le contaría el plan que había tramado, ¿no?

—¿Contármelo? Eh... no sé si lo hizo. Pero claro, no hacía falta.

El don Gervase se sacó de la boca lo que podía haber sido un guisante y lo miró con aire pensativo.

—¿Por qué no?

—Porque lo dibujó todo. En el polvo, debajo de su cama. Supongo que sigue allí.

—El eco saboreó el guisante cuidadosamente, como si fuese el mejor de los caviars y, cuando acabó, sonrió. Tom intuyó que estaba disfrutando del suspense—. ¿Te gustaría verlo?

Cinco minutos más tarde subieron las escaleras con estrépito y entraron en una habitación gris, no mucho mayor que la de Tom, con dos literas contra cada pared. Aquello parecía mucho más una prisión, y el trozo de ventana era aún más miserable.

Aquí —dijo el don Gervase, retirando la litera de la pared, debajo había una serie detallada de garabatos, conectados mediante flechas y rayas—. No está mal, ¿eh?

Tom se rascó la cabeza, tratando de encontrarle sentido. Había chimeneas, puertas, árboles, montañas, flechas, monigotes...

—Salir de este sitio sería endiabladamente complicado pero, entonces, lo único que necesitas es echar una bomba en ese conducto I de ventilación y luego... ¡bum! Una preciosa explosión.

—¿Conducto de ventilación? —dijo Tom—. Te refieres a la chimenea.

—Saca todo ese gas nocivo de la cámara de la reina, por supuesto. Es el punto más débil de Scarazand, ¿no es así? El único lugar en el que la colonia establece contacto directo con el suelo.

Tom trató de disimular su emoción. Aquel era el mayor secreto de Scarazand, el lugar que los escarabajos habían logrado ocultar durante miles de años..., un pequeño agujero no más grande que un pozo, justo encima del corazón de la colonia...

—Pero ¿sabía él dónde estaba el conducto de ventilación? —preguntó Tom, buscando en los garabatos un agujero o algo parecido.

—Oh, sí. Lo sabía.

—¿Está aquí?

—¿Qué?

—¿Lo dibujó?

El don Gervase se quedó mirando los extraños garabatos y se frotó la barbilla.

—Es una buena pregunta. ¿No está ahí?

Señaló lo que podía haber sido una chimenea larga y fina. Había como una explosión en la parte superior, rodeada de garabatos y flechas. Ese debía de ser el conducto de ventilación. Pero ¿eran aquellas nubes de gas, o pájaros, quizá incluso

árboles... una selva?

—¿Y cómo se supone que voy a encontrar ese sitio?

El don Gervase se sacó del bolsillo un grano de chocolate y lo masticó con aire pensativo. Sabía que Tom estaba pendiente de sus palabras.

—No va a ser fácil.

—¿Por qué no?

—Porque es un secreto. El mayor secreto de todos. —El don Gervase observó con atención los garabatos y miró de nuevo a Tom—.

El Jabón me contó muchas cosas acerca de su plan. El problema es que no las recuerdo todas.

—¿No?

El eco negó con la cabeza. Tom se quedó mirando con desesperación los dibujos del suelo.

—pero ¿cómo es que él podía saber todo esto y tú no puedes?

—El Jabón era un poco distinto de nosotros. Parecía saber muchas más cosas y entender de muchas más cosas. Lo siento, amigo. Puede que haya otro que...

En ese momento se abrió la puerta y entró un vigilante con una bolsa grande y una escoba.

—Son ustedes muy considerados, caballeros. Gracias. —En un solo movimiento barrió el polvo con los garabatos—. Me alegro de verlo por aquí, señor Scatterhorn. Nos gusta ver que hace nuevas amistades. —Con una mano enguantada echó en la bolsa el viejo sombrero del Jabón—. ¿Más basura?

Se quedaron sentados en un silencio cargado de tristeza hasta que el vigilante salió por la puerta. Tom no sabía si sentirse enfadado o decepcionado ante aquella ocasión que se le había escapado entre los dedos.

—Intentaré recordarlo —dijo el eco cuando se hubo marchado el vigilante—. Ya me acordaré. Solo tengo que recordar las palabras exactas.

Tom se pasó aturdido el resto del día. Cuantas más vueltas le daba a aquella gran oportunidad perdida más se desanimaba. Si hubiese trabado amistad desde el primer momento con aquel don Gervase de mirada rebelde... Debería haber aprovechado la oportunidad... Pero era fácil distraerse con todo aquello: la fábrica, el manicomio, el futuro... y tal vez, lo reconocía, nunca creyó realmente que esos ecos pudiesen ser distintos entre sí, o que tuviesen la capacidad de ayudarlo. Parecía tan improbable... ¿Cómo podían conocer el modo de destruir Scarazand, el lugar que los había creado?

—¡Ten cuidado!

Tom estaba tan absorto en sus pensamientos que no vio a Evie arrodillada en las tinieblas, barriendo los rincones de la oscura y sinuosa escalera. Bajo la boina anaranjada apareció la cara angelical y enfadada de la niña, que bajó a tientas para recoger el cepillo que Tom le había arrancado de la mano de una patada.

—Lo siento. No... te he visto.

Evie gruñó algo en respuesta.

—Lo siento.

Se hizo un incómodo silencio.

—Trabajar en domingo no puede ser muy divertido —dijo Tom, buscando con poca convicción algo que decir.

—Es mejor que lo que tienes que hacer tú. Tuve suerte de conseguir esto —murmuró Evie, volviendo a barrer—. Mi hermano detesta este sitio. Dice que lo quemaría si pudiera.

—¿Tu hermano trabaja en la fábrica?

Evie asintió con la cabeza.

—Piensa que, para ser un chalado, eres buen chaval —dijo, sonriendo para sus adentros.

Tom estaba sorprendido: apenas había hablado con Evie desde que se encontraba allí, pero era consciente de que ella lo había estado observando. Ahora, por primera vez, parecía contenta de hablar. Tal vez fuese porque el señor Grimal no estaba.

—¿Y quién...?

—Slim. Ese es. Slim Spry.

Cuando ella pronunció las palabras, Tom vio inmediatamente el parecido de familia: los ojos muy separados, los pómulos marcados... Sonrió; así que Slim pensaba que era un buen chaval, vaya, vaya.

—Por cierto, no soy un chalado.

—Eso le he dicho yo.

Tom miró a Evie con curiosidad.

—¿Así que te das cuenta?

—He visto a bastantes. Debería saberlo. —Lo miró—. Tienen algo en los ojos, ¿verdad? Algo que muestra que no están bien de la cabeza.

Tom reflexionó un momento. ¿Debía decirle algo más? ¿Podía confiar en ella? No estaba seguro... Evie se puso a barrer el peldaño superior y dijo:

—Y entonces, ¿por qué te han metido aquí? Debe de ser algo malo. ¿Has cometido un crimen o algo así?

—¿Un crimen? Claro que no.

—Pues tiene que ser algo grave, porque estás en la celda especial. Es la celda de los chiflados de primera clase.

Tom asintió con expresión sombría: ya lo sospechaba.

—Pero Slim dice que no eres nada violento.

—Evie, no he asesinado a nadie —respondió Tom secamente—. Estoy aquí porque quieren quitarme de en medio por algún motivo.

—¿Quiénes?

—Ya sabes, don Gervase Askary y todos sus colegas de Scarazand . El jefe del doctor Logan. Los escarabajos.

Evie vació la basura en el cubo y lo observó con suspicacia.

—¿Los escarabajos? —repitió, como si aquello confirmase de algún modo que

Tom era efectivamente un chalado.

—Sí. Los escarabajos. Como toda la gente que hay en este sitio. Son copias. Duplicados. Escarabajos eco.

Evie se quedó mirando a Tom.

—Por eso están aquí. Por ese motivo llevan todos tatuajes en los brazos y no viven mucho tiempo. Puede que parezcan normales, pero aquí arriba —se dio unos golpecitos en el cráneo— son insectos.

—¡Bah!

Estaba claro que a Evie todo aquello le resultaba difícil de creer.

—¿Pues qué crees que son?

—Ni idea... ¿Simples chalados?

—No son chalados, Evie. Sin duda debes haberte dado cuenta de que muchos de ellos tienen el mismo aspecto, ¿no es así?

Eso es porque son impostores, dobles.

—¿Qué?

Todos tienen la fantasía de ser el mismo tipo, don Comosellame, ¿no? —respondió ella, negándose a cambiar de postura—. Es el jefe de otro país o algo así, y todos lo quieren, y desean parecerse a él, y eso está causando muchos problemas. Así que alguien ha decidido que lo mejor es encerrarlos a todos aquí, en la isla de Dragonport, para quitarlos de en medio. ¡Insectos! —exclamó—. ¡Escarabajos! Nadie ha oído hablar de eso.

Tom la miró frustrado y se preguntó cuánto sabía nadie realmente de aquel manicomio en Dragonport.

—Lo siento, Evie, pero te prometo que eso es lo que son. Sé que suena raro y extraño, y créeme, en el lugar de donde vengo no se considera nada probable. Sin embargo, es cierto. Eso es lo que son, y yo no lo soy. Yo soy normal, igual que tú. Por eso te diste cuenta de que era diferente.

Evie dejó de barrer. Lo miró con cautela y Tom intuyó que por fin empezaba a creerlo.

—Escarabajos, ¿eh?

Tom asintió con la cabeza.

—Copias indeseadas de don Gervase Askary. No pueden matarlos porque eso lo debilitaría. Así que los envían aquí para que trabajen hasta morir.

—¡Evie! ¿Dónde se ha metido esa niña? ¡Evie Spry!

La voz de loro de la enfermera Manners graznó desde el pasillo del piso superior. Evie se apresuró a esconder cepillo y recogedor en el cubo. Era evidente que la buscaban.

—Por eso tengo que irme de aquí —susurró Tom, tan alto como juzgó prudente.

—Oh, ¿de verdad?

—Sí.

—¿Y cómo va a pasar eso?

—No lo sé. Me estaba preguntando... —Tom hizo una pausa: ¿cómo decirlo?—. Conoces muy bien este lugar, ¿no es así?

Evie se encogió de hombros.

—Bastante bien.

—Puede que aún esté... En los viejos tiempos, muchos años atrás, solía haber lugares en este museo que conducían de un sitio a otro. Como portales. Había una cesta de mimbre debajo de las escaleras cuyo fondo no se podía palpar, y un agujero en una pared de la planta baja, que transportaba...

Tom se interrumpió al ver la expresión de Evie.

—¿No?

Evie negó con la cabeza.

—No. He limpiado cada rincón de este edificio y puedo asegurarte que aquí no hay nada así. De hecho, parecen muy empeñados en mantenerlos a todos encerrados.

Oyeron el sonido de unas pisadas malhumoradas y decididas que subían las escaleras.

—¡Evie Spry! ¿Eres tú?

—¡Ya voy! —exclamó ella, reuniendo sus trastos.

—Si alguna vez encuentras algo así, ¿podrías hacérmelo saber? Porque estoy decidido.

Evie Spry cogió su cubo. Tom estaba muy serio; casi parecía viejo y joven al mismo tiempo.

—No se lo digas a nadie.

—Puedes estar seguro de que no lo haré.

Y se alejó. Tom permaneció unos momentos en la oscuridad, preguntándose si Evie se confiaría a la enfermera Manners, o al señor Grimal, o incluso al doctor Logan... Algo le decía que no, que a Evie le gustaba aquel sitio casi tan poco como a él. Ambos estaban atrapados allí, aunque fuese de distinta forma. Despacio, Tom empezó a subir fatigosamente la estrecha escalera de caracol, y casi había llegado arriba cuando llamó su atención un objeto brillante que ocupaba el centro del oscuro peldaño que tenía delante. Se agachó y lo cogió. Era una pequeña pluma irisada, que lanzaba destellos verdes y dorados en la oscuridad. Resultaba evidente que había pertenecido a algún pájaro exótico: un loro, o tal vez un colibrí... Lo primero que se le ocurrió a Tom fue entregársela a Evie, creyendo que debía de ser suya, pero enseguida cambió de idea... Tras meterse la pluma en el bolsillo con mucho cuidado, Tom subió corriendo el resto de las escaleras y salió al largo pasillo del piso superior.

—¡No hables con ella, Scatterhorn, está ocupada! —exclamó la enfermera Manners desde la mesa del fondo sin alzar la vista.

Allí estaba Evie, barriendo frenéticamente el rincón con la frente fruncida.

—Así es, ya se ha pasado demasiado rato charlando y tiene que tener barrido este pasillo antes de que me vaya a casa.

—Oh.

Tom puso su mejor cara inexpresiva y atisbo inocentemente dentro del cubo de Evie. Entre el polvo había otra pluma, azul y bordeada de oro, y en el fondo otra más de un rojo intenso.

—¿De dónde han salido las plumas?

Evie no se atrevió a dejar de barrer, pero le indicó con un gesto la estrecha escalera.

—Del rellano de abajo —susurró—. No paran de salir de debajo del zócalo. Bueno, ya me has causado bastantes problemas...

—¡He dicho que la dejes en paz, señor Scatterhorn! —chilló la enfermera Manners con irritación—. ¡Evie Spry, ignóralo!

Evie bajó la cabeza y empezó a barrer más deprisa, tratando de no mirar a Tom, que hurgaba en el cubo.

—No te pases, ¿vale? —murmuró la niña.

Tom se metió la pluma roja en el bolsillo y le guiñó un ojo.

—Soy un chalado, ¿te acuerdas?

—¡Señor Scatterhorn, por favor!

Con su mejor sonrisa, miró a la enfermera Manners y luego le hizo una profunda reverencia.

—Lo siento mucho —dijo—. De verdad.

La enfermera Manners puso los ojos en blanco y volvió a sus notas.

Tom bajó las escaleras como si tal cosa. En cuanto llegó al rellano de abajo se puso de rodillas y vio de inmediato a qué se refería Evie. En el rincón, cerca de la pared, el zócalo se había separado de las tablas del suelo dejando una estrecha rendija negra, lo bastante ancha para que Tom metiese el dedo. Curiosamente, no pudo palpar ninguna pared detrás. De haber tenido una linterna, habría podido atisbar el interior... ¿Qué había allí? Sin duda era alguna clase de hueco, tal vez lleno de polvo procedente de las escaleras. ¿O era algo muy distinto? Tom no lo sabía, pero su imaginación empezó a desbordarse. Quizá... quizá...

A lo largo de la semana siguiente, la estrecha rendija negra situada bajo el zócalo se convirtió en la obsesión de Tom. Metió un cuchillo a través del hueco para averiguar hasta dónde llegaba (con resultados no concluyentes); trató de arrancar el zócalo de la pared (imposible); incluso apoyó un vaso en la madera y escuchó por si oía sonidos en el interior (nada de nada). A pesar de todo ello, Tom estaba seguro de que había un espacio sin explicación entre los dos pisos nuevos que dividían la vieja ala oeste. Una y otra vez, subía y bajaba por la estrecha escalera haciendo ruido con los zuecos, contando el número de peldaños y comparándolo luego con su cálculo de la altura del techo en el piso inferior. Las matemáticas nunca habían sido su fuerte, pero Tom estaba convencido de que la altura del techo no se correspondía con el número de peldaños, lo que significaba que debía de haber alguna clase de espacio intermedio entre el segundo y el tercer piso... No sabía por qué debía ser; tal vez guardase relación con la distribución de las ventanas, aunque aquello no explicaba la

presencia de las plumas. Las plumas... La mente de Tom rebosaba de posibilidades; ¿quedaban algunas reliquias del museo allí abajo, dejadas allí por accidente, o tal vez incluso...?

El auténtico avance se produjo el viernes, justo cuando Tom extendía fatigado su última pieza de laca sobre la tabla. Tras volverse sin aliento hacia la cinta transportadora, hacía cola detrás de los demás niños agotados cuando vio algo que rodaba por el fondo de uno de los compartimentos de madera vacíos que llegaban allí desde abajo. Era un cincel corto y sólido con un extremo ancho y plano. Era evidente que había caído allí por accidente.

—¡Ojo con lo que haces, Tomsk! —gritó la niña que estaba delante cuando Tom la apartó de un empujón y, rápido como un rayo, agarró la herramienta y se la guardó en el calcetín.

Se incorporó sacudiendo la pernera del pantalón y se encontró con la mirada de Slim.

—¿Para qué quieres eso, chalado?

Tom se encogió de hombros con gesto evasivo y cogió su tabla —No es asunto tuyo, Slim. Y, por cierto, no soy un chalado.

Slim frunció el entrecejo.

—Me han dicho que tienes pensado escaparte.

—Puede que sí.

—¿Qué sentido tiene eso? Pronto estarás muerto.

—No lo creo.

Slim miró a Tom y vio en sus ojos una feroz determinación que resultaba sumamente insólita para un recluso.

—Estás decidido, ¿no es así, Tomsk?

Tom asintió con la cabeza.

—Tal vez puedas ayudarme.

—¿Ayudarte a ti? —preguntó Slim, antes de echarse a reír con brutalidad—. ¿Y por qué debería yo ayudarte?

—Porque no tienes nada mejor que hacer. Porque detestas este sitio tanto como los demás. ¿Y por qué no?

Era una pregunta para la que Slim no pudo pensar una respuesta de inmediato. Miró a Tom con la frente fruncida y se apartó.

Esa noche, cuando el hueco de la escalera estaba en silencio, Tom se puso a trabajar con su pequeño cincel de acero. Tras unos cuantos intentos vacilantes, lo pasó por la parte superior del zócalo y descubrió que funcionaba como una palanca perfecta. Al cabo de pocos minutos, se oyó un fuerte crujido y un extremo del zócalo se apartó de la pared. Un tirón más y... A Tom se le aceleró el corazón. Palpó con los dedos la parte de atrás: no había nada, nada, estaba vacío, y eso resultaba alentador; si lo apartaba conseguiría colarse por el hueco y entrar en... ¿dónde? ¿Y si no había nada allí abajo? ¿Y si el señor Grimal o la enfermera Manners encontraban el zócalo

tirado en el rellano? Seguramente ordenarían volver a clavarlo con tanta fuerza que Tom nunca podría volver a salir. No, debía dejarlo. Ser paciente. Planearlo bien. Eso era lo más sensato. Pero en ese momento Tom no se sentía muy sensato, sino desesperado. Sin embargo, la desesperación no lo llevaría a ninguna parte. Con el corazón en un puño, Tom volvió a colocar el zócalo en su lugar, cerrando la puerta que se había abierto para él.

—. Entonces, ¿no tardarás?

Eran las dos y media de la tarde del domingo siguiente, y todo el manicomio roncaba. Evie estaba sentada un par de escalones por encima, observando con impaciencia mientras Tom empezaba a abrir cada extremo del zócalo haciendo palanca con cuidado. El chico había decidido confiarse a ella a sabiendas de que la niña podía volver a colocar el zócalo en su sitio si pasaba alguien. Y para ponérselo más fácil había quitado los viejos clavos oxidados que lo sujetaban y los había sustituido por unos pegotes de miel al chocolate procedentes del comedor para que hiciesen de cola.

—Es difícil de saber —susurró Tom, sin querer confesar que esperaba no volver jamás—. Tanto puedo tardar cinco minutos como una hora. Pero si tardo más, no te preocupes. Ciérralo y sigue con lo tuyo.

Evie, nerviosa, lo miró ceñuda.

—Pero ¿qué pasará cuando vengan a cerrar las celdas esta noche y vean que no estás? Seguro que me preguntan a mí, porque saben que hemos estado hablando y todo eso.

—Cuéntales cualquier cosa, Evie, salvo que he bajado por aquí.

Tom apartó el zócalo y se asomó a la oscuridad que se extendía más allá. No veía nada en el vacío, pero el hueco era lo bastante grande para poder colarse.

—Pero habrá problemas, ¿no? ¿Y si te quedas atrapado?

Tom se volvió a mirar su pálida cara de preocupación.

—Solo voy a explorar un poco, Evie, eso es todo. Volveré.

—Más te vale —dijo ella, mirando cómo Tom conseguía pasar a través de la estrecha rendija.

—Adiós, pues.

Tras encajar el zócalo encima del hueco, Evie se sentó de mala gana en las escaleras, dispuesta a montar guardia.

Piel, madera, alambre e inteligencia

El espacio inferior no era tan oscuro como Tom había imaginado, pero desde luego era extraño. El hueco entre el techo y el suelo medía menos de un metro de altura y, de rodillas, Tom empezó a avanzar a rastras por lo que parecía ser una zanja. A cada lado habían apilado ladrillos, yeso y basura, y aquí y allá más plumas brillantes adornaban las tinieblas. Aquel sitio estaba absolutamente asqueroso.

—Mira, ha levantado los pies del suelo.

Tom se quedó paralizado. Una voz a su izquierda. Se volvió y vio una luz en forma de rombo. Eso debía de ser la parte delantera del edificio. Pero ¿quién...?

—Y ha dejado de moverse. Lo que equivale a estar muerto. Gano yo.

—¡No lo está! ¡Se ha meneado!

—¡Y un jamón! Dámelo.

—¿Es que no lo has visto?

—Ese truco es muy viejo y no pienso picar.

El silencio se hizo más denso. Tom avanzó unos centímetros y se asomó a la esquina. En el polvo se perfilaban dos pequeños escarabajos negros. Uno de ellos apretaba el tórax del otro con sus espinosas mandíbulas y lo levantaba del suelo.

—Está bien. Te lo daré. Solo por esta vez. De nuevo.

Tom ahogó un grito al ver que dos criaturas cubiertas de polvo y casi sin pelo salían de las sombras dando saltitos y separaban a los escarabajos que se peleaban para sustituirlos por otros dos.

—; Preparados?

Tom estornudó ruidosamente. Se quedó casi tan sorprendido como las dos extrañas criaturas, que se volvieron hacia él sobresaltadas. Ambas tenían la cara ajada, parecida a una calavera, y a cada una le faltaba un ojo. ¿Se trataba de unos gatos? ¿De unas ratas? Resultaba difícil saberlo en la oscuridad, pero estaban hablando, ¿verdad?

—¿Hola?

Ambas criaturas salieron huyendo al instante.

—¿Hola? —volvió a susurrar, esta vez más alto—. ¿Hay alguien . ahí?

Allí no había nadie. Tom se preguntó si lo había imaginado. Entonces un siseo llenó las tinieblas y fue creciendo como el de una tetera sobre el fuego. El instinto de Tom lo impulsó a agacharse, pero antes de que tuviese la oportunidad de hacerlo algo duro lo golpeó por la espalda.

—¡Ay!

Tom se volvió y se encontró con una luz brillante que le daba en los ojos y que lo obligó a cerrarlos de nuevo.

—Por favor...

—¿Qué opinas?

—Fugitivo. Sin duda. Mira esto.

Tom notó que unas manitas afiladas rascaban los números de su muñeca. Entonces algo frío trepó por su cara y le mordió los dedos.

—¡Ay! ¡Basta!

—¿Lo enterramos?

—¿Qué sentido tiene?

—¿Lo tiramos por el hueco del ascensor?

—Le haríamos un favor.

—No —empezó Tom, esforzándose por incorporarse—. No lo entendéis. Soy Tom, Tom...

—¿Tom qué más? ¿Tom Scatterhorn? Sí, sí, y yo soy el papa.

—No, pero es que lo soy. Lo soy. De verdad.

—Por el hueco del ascensor...

—Esperad, amigos míos, esperad —sonó otra voz desde más atrás.

Tom abrió un poco los ojos. Solo pudo ver un pico y un ojo que se le acercaban con decisión. Nada más.

—Largaos.

El ojo se acercó más, amarillo, enfadado y lustroso. Tom conocía al propietario de ese ojo...

—¿No me reconoces? —dijo Tom en voz baja.

Se hizo un silencio, y el chico percibió una irritada expectación en la oscuridad.

—Creo que sí, chaval, creo que sí.

Se oyó un murmullo de incredulidad.

—Entonces, ¿es bueno?

—Creo que podría serlo. Tom Scatterhorn, ¿eh? Vaya, vaya. Cómo caen los poderosos.

Se oyó un interruptor y al instante el espacio entero se llenó de lucecitas que colgaban del techo en bucles. Tom parpadeó con fuerza y se encontró rodeado de un amplio y heterogéneo grupo de criaturas apergaminadas y destrozadas: sin pelo, sin plumas, sin escamas, con los ojos colgando hacia fuera y la cola arrancada, pero de algún modo, de alguna forma, todas aún vivas. Durante unos momentos las extrañas criaturas se quedaron mirando al chico, con su polvoriento uniforme marrón, y él les devolvió la mirada. Había tantas preguntas que era difícil saber por dónde empezar.

—Bueno, ¿qué te ha pasado? —preguntó Tom.

—Me gustaría preguntarte lo mismo, chaval —respondió el pájaro dodo, que a pesar de estar completamente calvo y tener un gran agujero en un costado había conservado su acento galés—. Porque sin duda no esperábamos que estuvieras en la lista de invitados de este sitio.

—Yo tampoco —reconoció Tom—. Tú primero.

—Bueno, es bastante aburrido. ¿Quieres que te cuente la historia larga o la corta?

—Puesss...

.—Nuestra función oficial es el aislamiento —dijo lo que podían ser los restos de un cepillo con sensibilidad o un puercoespín.

—¿El aislamiento?

—Eso es —continuó otra voz familiar—. Cálido, voluminoso y ligero. Un relleno práctico.

Tom miró la oscuridad con los ojos entrecerrados y vio la sombra de un hombre bajito agachado junto a un poste. Tenía una nariz desmesuradamente larga e hinchada, y levantó una mano negra y arrugada.

—¡Qué tal, viejo!

Tom sonrió; aunque no tuviese pelo, aún podía reconocer al mono narigudo.

—Este piso no es un piso de verdad, sino un vacío —siguió—. Cuando esa gente destruyó nuestro bonito hogar, quisieron la ventana ahí arriba, y las ventanas ahí abajo, con lo que este sitio incómodo quedó en el centro, demasiado pequeño para cualquier cosa.

—Así que nos tiraron aquí dentro —continuó el pangolín—. Supongo que de ese modo se ahorraron la tarea de quemarnos, pero ha resultado de lo más desagradable.

—¿Desagradable? Di más bien una pesadilla —continuó el pájaro dodo—. Este sitio estaba lleno de arriba abajo de escombros, tierra, polvo, mugre y todo lo que puedas imaginarte.

—Y nosotros solo éramos comida para los roedores.

—Las ratas se llevaron mis ojos.

—Las polillas se comieron mi piel...

—Los ratones anidaron en mi tripa —dijo despacio un mamífero imposible de identificar—. Oh, debía de ser calentito y confortable, pero ¿y yo? No podía moverme, ¿sabes?

—Eres un perezoso. No te mueves.

—Me movía en ocasiones. Al menos yo sigo pareciendo lo que se supone que soy, no una salchicha de cuero que...

—¿Y cómo salisteis de los escombros? —interrumpió Tom, extrañado de ver que todos los viejos conflictos seguían allí, incluso en aquellas circunstancias.

—Bueno, alguien tenía que tomar el mando, ¿no es así? —gruñó el pájaro dodo, hinchando el pecho sin plumas—. Y se acordó unánimemente que, en mi calidad de superviviente más veterano, debía abordar la cuestión, coger el toro por los cuernos y emprender cualquier acción efectiva para resolver el apuro en el que nos encontrábamos.

—Querido, eso no es ni remotamente cierto —objetó el mono narigudo—. Dudo mucho que hubiésemos llegado a ninguna parte de no haber contado con la ayuda de... bueno, creo que tal vez te acuerdes, Tom.

—Los eternos optimistas —siseó una anaconda aplanada.

—Optimistas de la eternidad, más bien —bromeó una suricata muy deforme—.

Nunca saben cuándo han perdido la partida, ¿verdad que no?

—¡Bien dicho, hermano! —chilló una voz aguda procedente de arriba.

Tom alzó la vista y vio varias filas de salchichillas quemadas que descendían por los soportes de madera hacia ellos.

—Se avecina una canción, puedo olería —susurró el lémur, tapándose las orejas—. Ahí viene.

La musaraña predicadora, ahora poco más que un lápiz arrugado, abrió mucho el único ojo que le quedaba y señaló el techo con una garra finísima.

—¡Las pasas del bizcocho del tiempo antaño fuimos!

Sus calvos feligreses gritaron complacidos, uniéndose a él.

—Nuestros cuerpos estaban sucios, rotos, huecos...

—¡Momificados durante un milenio!

—¡En la flor de la vida morimos!

—Pero ¿nos desanimamos, hermanos y hermanas? ¿Nos entró el pánico?

—¿Alguna vez dejamos de sentirnos fantastoceánicos?

—¡Nos levantamos!

—Como los huesos.

—Y cavamos...

—¡Eso hicimos!

—Tardamos un siglo...

—Tal vez más...

—En este piso revelar...

—Y luego todos nuestros viejos amigos quedaron completamente...

—Totalmente...

—Definitivamente...

—Suciamente...

Se oyó un alegre grito cuando la musaraña predicadora alzó el puño hacia el techo.

—¡Mos-tra-dos!

Hubo un estallido de aplausos en torno a las vigas.

—¿Mos-tra-dos? —murmuró el pájaro dodo.

—Se tarda mucho, mucho en amansarte —murmuró el mono narigudo—. Imagina que te golpeasen en la cabeza con un martillo diminuto durante casi doscientos años. Al final no te queda más remedio que rendirte.

—¿Y qué les pasó a los demás, todos los más grandes? —preguntó Tom.

—Los que tenían inteligencia se escaparon, y los que no la tenían ardieron —dijo el pájaro dodo.

—Fue terrible ver cómo se los llevaban así, a la fuerza —convino el pangolín—. Los apilaron en una hoguera y les prendieron fuego.

Se hizo un silencio al resucitar los malos recuerdos. Tom notó que cambiaba el ambiente.

—Entonces, la tigresa...

—La vendieron —respondió un mandril sin pelo—. La metieron en una caja y la cargaron en un tren. Desde luego, nunca hemos vuelto a verla.

—Pero apostarí a lo que fuese a que habrá sobrevivido. Era demasiado lista —convino el pájaro dodo.

—¿Y El Diluvio?

—Desaparecido. Pero ninguno de esos tuvo nunca dos dedos de frente.

—¿La jirafa?

El puercoespín sacudió la cabeza.

—Consumida por las llamas junto con todo el paisaje africano y la selva sudamericana.

—¿El mamut?

—Era particularmente inflamable, como recordarás —respondió el pájaro dodo con aire de complicidad—. Pero por algún motivo se ganó el indulto.

—El privilegio de lo exótico —murmuró amargamente el perezoso.

—Entonces, ¿dónde está?

Internamente, Tom confiaba en que el mamut hubiese sobrevivido, a pesar de que era la pieza que menos posibilidades tenía.

—La última vez que lo vimos montaba en un carro que se dirigía al otro lado del río, junto con todos los demás bichos raros. Las ranas luminosas, el gato de dos cabezas...

—¿Los ha comprado alguien de Dragonport? —preguntó Tom.

—Eso suponemos —respondió el mono narigudo—. Quizá un coleccionista de curiosidades.

—Alguien que se deja seducir por lo llamativo y lo vistoso, sin gusto por el trabajo de calidad —comentó el pájaro dodo en tono desdeñoso—. Quienquiera que haya sido, no cabe duda de que es un hombre de una insólita vulgaridad.

Durante un momento, Tom no dijo nada. Estaba muy claro que aquel era un tema polémico.

—¿Y el águila australiana? ¿La habéis visto?

—Oh, sí, pasa por aquí de vez en cuando en sus paseos —dijo el tejón australiano—. Debo añadir que sigue tan maleducada como siempre.

Tom se incorporó. La esperanza iba creciendo en su interior.

—¿Queréis decir que el águila vuelve aquí de visita?

—No aquí exactamente, ni para vernos a nosotros —dijo el pájaro dodo con tono solemne y arrogante—. Pero sí, viene a Dragonport. Ha hecho amistad con una ridícula pfeilstorch.

—¿Pfeilstorch?

—Tú no llegaste a conocerla, Tom. Una cigüeña blanca que tenía una lanza clavada en el cuello. Voló con ella desde África central hasta Alemania, y al parecer eso la hace muy especial.

—La prueba definitiva de que las aves migran —dijo el pangolin con un suspiro—. Y la confirmación absoluta de que las cigüeñas son aves con muy poca sesera. ¿Por qué no se arrancó la lanza, pregunto yo?

—La encontraron en un desván. Ojalá la hubiesen dejado allí —siguió el pájaro dodo—, pero el águila viene a verla cada año por Navidad, sin falta.

—¿Por Navidad?

—Sí, es una visita que a los pájaros les resulta tremendamente emocionante.

Se oyó un fuerte gorjeo de aprobación procedente de las vigas del techo, donde se hallaban encaramadas hileras e hileras de lo que parecían bolitas de papel con patas. Unas cuantas afortunadas mantenían su plumaje intacto.

—Esos pueden salir después del anochecer, y la cigüeña les llena la cabeza con las historias más ridículas acerca de la batalla del fin del mundo. Al parecer, está llena de insectos —dijo el puercoespín, riéndose tontamente.

—Muy divertido —asintió el mono tuerto, arrancándose un diente para limpiarlo—. Esa tiene un pico de oro, puedes estar seguro.

A Tom se le aceleró un poco el corazón.

—Pero ¿dónde está esa pfeil...?

—¿La cigüeña? Por ahí —dijo el pájaro dodo, señalando vagamente hacia la ventana—. En el puerto. Al parecer, vive en el despacho de alguien, como una especie de mascota.

—¿Y creéis que el águila vendrá también esta Navidad?

—Desde luego —dijo el oso hormiguero con desdén—. Esa ave es un animal de costumbres.

—Siempre coincide con la gran fiesta que se organiza aquí, ¿no es así? —dijo el mono narigudo—. Ignoro el porqué. Tiene que existir alguna relación. —La criatura se apretó con aire pensativo el enorme hocico cubierto de polvo—. ¿Intuyo un motivo para todas estas preguntas?

—Hum..., podría ser.

—¿Y qué clase de posibilidad es esa?

Tom no tardó mucho en contar su historia. Sin aliento, explicó todo lo que había sucedido, pero la llegada inminente del águila lo tenía tan distraído que se atropellaba hablando, por lo que tuvo que volver atrás muchas veces y repetir las partes más inverosímiles hasta que los animales lo comprendieron por fin. O eso creyeron.

—Bueno, tienes que reconocérselo: ese hombre debe de tener sentido del humor —dijo el puercoespín con desprecio cuando Tom hubo terminado.

—¿Por qué?

—Eso es lo que don Gervase Askary entiende por hacer una broma, creo. No le caes bien, no puede confiar en ti. ¿Qué hace? Dice que eres un insecto y te encierra en el viejo Museo Scatterhorn para restregártelo por las narices.

—Desde luego. Te humilla, igual que nos ha humillado a todos nosotros —convino la civeta, mirándose desconsolada el cuerpo seco y apergaminado—. ¡Y

pensar en lo que fui! Un dardo de luz en el bosque. Y ahora...

—No, no, es más que eso, mucho más —dijo despacio el mono narigudo—. ¿Sabes qué creo, Tom?, creo que don Gervase Askary te tiene miedo.

Tom sonrió con amargura.

—¿Por qué iba a tenerme miedo don Gervase Askary? Habría podido matarme.

—Habría podido, pero no lo hizo: recuérdalo. —El viejo mono ladeó la cabeza—. Lo has disgustado, de eso no hay duda, pero ponerte a buen recaudo aquí, entre todos los ecos indeseados, es el acto de un hombre desesperado. Apuesto a que no le ha contado a nadie lo que ha hecho. Deberías tomártelo como un cumplido.

—¿De verdad lo crees?

—¡Por supuesto! —convino el pájaro dodo—. El viejo narigudo tiene razón. Sean cuales fueran los planes de Askary, necesita que estés lejos. Eso significa que eres especial. Y por eso precisamente eres la persona más idónea para fastidiar el asunto. No me cabe ninguna duda de que tienes que salir de este sitio. Luego debes averiguar dónde demonios está ese conducto de ventilación, o chimenea, o lo que sea, y cuando lo sepas tienes que hacer todo lo que puedas para destruir esa Scara... como se llame. Y si eso lo cambia todo por aquí, maravilloso. ¡Así que vete a hacer puñetas, Askary!

—¡Bien dicho! —dijo el mono narigudo.

—No queremos seguir viviendo así, Tom, correteando de un lado a otro como topos en una caja, pero no podemos hacer nada al respecto. Sin embargo, tú, chaval, puedes de verdad cambiar las cosas. Y debes hacerlo como sea, cueste lo que cueste. —Se levantó en la oscuridad un murmullo generalizado de aprobación y el pájaro dodo supo que había hablado en representación de todos. Entonces hinchó con orgullo lo que quedaba de su pecho apergaminado—. Y puedes empezar reuniéndote con Barry el Australiano.

Tom se quedó mirando el grupo de criaturas rotas, sin pelo, sin ojos, medio aplastadas y sucias que asentían en la oscuridad. Todas parecían un poco locas, pero el chico sintió el peso de sus esperanzas.

—¿De verdad creéis que se puede salir?

—Claro que se puede —dijo la suricata—. Solo necesitas un plan y un poco de suerte. Tras escuchar tu triste y desdichada historia, resulta evidente que eres el chico con menos suerte del planeta, pero tal vez tengas un plan, ¿no es así?

A Tom le costó reconocer la verdad.

—Pues... bueno, un conocido mío tenía un plan, aunque por desgracia...

—Muy bien, pues entonces nosotros tomaremos el control —trinó el pájaro dodo, mirando a Tom apasionadamente—. ¿Dónde está Plancton?

—Creo que aún duerme —murmuró el oso hormiguero.

—Pues entonces despertadla.

—¿Plancton no será por casualidad una rata blanca? —preguntó Tom, recordando el gran roedor de ojos rojos y olor a paja que era dejos y Melba y se perdió.

—Exacto. ¿La conoces?

—Esto... sí...

—Debió de descubrir una de tus rutas, Tom. Por alguna razón, August Catcher decidió llenarle la cabeza de historias de huidas. Lo cual resulta muy apropiado —dijo el pájaro con desdén, dándose golpecitos en la calva con una mirada de complicidad—. Oh, sí, al final hemos conseguido entenderlo. August Catcher era un hombre inteligente. Por favor, que alguien vaya a buscar a esa rata...

Una hora más tarde, Tom volvía a rastras hasta las escaleras y daba unos golpecitos en el zócalo. Se oyó el ruido de unos zuecos en los peldaños de arriba y, momentos después, Tom se encontró con la mirada preocupada de Evie.

—¿Por qué has tardado tanto?

Tom consiguió salir por la rendija y se sentó junto a ella, sacudiéndose la porquería del uniforme.

—¿No había nada?

—Algo sí que había —dijo él, preguntándose hasta qué punto debía confiarse a Evie—. Montones de basura que quedaron de los viejos tiempos del museo. Por desgracia, ninguna salida.

—¡Oh! —Evie estaba un poco decepcionada. Sin embargo, curiosamente, Tom parecía no estarlo. Todo lo contrario—. Pues eso... es malo, ¿no?

—No, no lo es —dijo Tom, sonriendo—, porque voy a tratar de escapar.

—¿Cuándo?

—En la noche de la fiesta anual de Navidad. Sea cuando sea.

Evie miró a Tom, perpleja.

—¿Te refieres al cumpleaños del doctor Logan? ¿El sábado que viene?

—¿El sábado que viene?

—¡Oh, sí! Es todo un fiestón. Todos los reclusos, todo el personal, más los amigos de él, que vienen de la ciudad. El año pasado fue una verdadera juerga.

Tom reflexionó unos momentos. El sábado. ¿Había tiempo suficiente?

—Pero no es una buena noche para salir de aquí, Tom. Desde luego que no. Habrá más vigilantes en la puerta, reflectores... Este sitio estará iluminado como un castillo. ¿No será eso un problema?

Tom volvió a colocar con cuidado el zócalo suelto. Su cabeza era un hervidero de ideas y posibilidades.

—Tal vez. Pero no si consideras la posibilidad de echarme una mano.

Evie lo miró fijamente.

—Sabía que ibas a pedirme eso. Lo sabía.

—No será mucho más de lo que has hecho ahora. Solo vigilar, esa clase de cosas.

Evie clavó la vista en el suelo y resopló.

—Pero ¿qué pasa si me pillan?

—¿Quién va a pillarte si están todos en la fiesta?

—Pero ¿y si lo hacen? Grimal me despedirá, eso seguro. ¿Y qué haré entonces? Tendré que ir con Slim a la fábrica. Una vez hice eso, lo que hacéis vosotros, cada

día, durante un año. —Evie asintió con expresión sombría—. No pienso volver a hacerlo. Nunca más. Prefiero morirme de hambre.

Tom no dijo nada. Evie no habría podido ser más clara, y Tom sabía que probablemente él habría pensado lo mismo.

—Slim y yo no desayunamos chocolate cada día. No hay nadie que nos ayude salvo nosotros mismos, así que tenemos que apoyarnos, pase lo que pase. De lo contrario...

—¿Qué?

—Podría pasarnos lo mismo que a nuestros padres. —Evie se puso a darle vueltas al cepillo con expresión de tristeza—. Hay unas personas por ahí, ¿sabes? Puede que sean las mismas de las que has estado hablando. Todas tienen el mismo aspecto y no son exactamente... como nosotros. Se las ve en unas furgonetas, vagando por la noche.

—Entonces, ¿se los llevaron?

Evie asintió.

—Trabajaban en los embarcaderos, envasando pescado. Un montón de gente trabajaba allí. Muchísima. Ya no. Se los llevaron a todos, nadie sabe adonde. Por eso hay tantos huérfanos en Dragonport. Y la fábrica de laca es el único sitio que los quiere.

Tom no dijo nada durante unos instantes. Poco a poco todo empezaba a cobrar sentido. Quizá ese Dragonport del futuro no fuese solo una ciudad en ruinas en los confines del mundo... Quizá fuese mucho más peligroso de lo que él imaginaba...

—Y esa gente de la que hablas, ¿de dónde viene?

Evie se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿De Catcher Hall?

—Puede ser. A veces se ven las luces al otro lado del agua. El propietario es algún tipo importante. Slim cree que es una especie de centro de investigación.

—¿Slim? ¿Cómo lo sabe?

—Ha hablado con gente y ha estado muchas veces buscando a nuestros padres en aquellos viejos almacenes. Pero nunca los ha encontrado. Ahora esa parte de Dragonport es muy peligrosa: no conviene ir allí solo, y menos por la noche.

Tom no dijo nada. Por lo poco que le habían contado los animales, tenía fuertes sospechas de que iría precisamente allí.

—¿Sabes, Evie?, si salgo de aquí, voy a hacer algo para poner fin a todo esto. Para cerrar este manicomio, deshacerme de la gente que se llevó a tus padres y todo lo demás. Acabar con ellos para siempre.

Evie sonrió ante la idea.

—Es verdad. Eso es lo que voy a tratar de hacer.

Los ojos negros del chico casi daban miedo. Hablaba en serio.

—Eres realmente un chalado, ¿verdad? —dijo ella, sonriendo.

—Quizá —respondió Tom, radiante—. Pero antes tengo que escapar. ¿Lo pensarás al menos?

Evie resopló.

—De acuerdo, entonces. Lo pensaré. Eso es todo.

Los días siguientes pasaron en un suspiro. Cada noche, después de su turno, Tom hacía una visita en secreto al piso intermedio y comentaba los planes con los animales que vivían allí. Aparte de la huida en sí, la principal preocupación de Tom era engañar de algún modo a aquellos miles de diminutos escarabajos negros que descendían a su celda cada noche para vigilarlo. ¿Cómo iba a hacerles creer que seguía allí? Después de pensar un par de días fue a Plancton, la rata, a quien se le ocurrió una solución ingeniosa al problema, y el jueves por la noche hizo una demostración de su idea con la ayuda de la musaraña predicadora y sus feligreses.

—La técnica de Arcimboldo —declaró al acabar—. ¿Qué os parece?

Tom estaba tan asombrado que apenas podía hablar.

—Me parece que sois los roedores más extraordinarios que jamás han pisado la Tierra —proclamó el mono narigudo—. Bravo, hermanos y hermanas, bravo. Pero, si me lo permitís, con nuestra buena amiga el ave lira —añadió, indicando con un gesto una pequeña silueta marrón encaramada en las vigas—, podríamos hacerlo aún más convincente...

Aquella noche fue la primera vez que Tom creyó realmente que todo ese plan absurdo podía funcionar. Aunque los ráidos colibríes no pudieron indicarle con exactitud dónde estaba la famosa pfeilstorch, salvo que se hallaba en un viejo despacho cercano a la orilla del agua, y aunque no tenía la menor idea de lo que podía sucederle en Dragonport una vez que abandonase la seguridad del manicomio, la emoción de poder escapar de verdad resultaba cada vez más difícil de contener. Por más que Tom tratase de mantener una apariencia tranquila, en realidad, tenía los nervios de punta.

—Pareces muy contento —dijo el doctor Logan al ver a Tom engullendo el desayuno cuando hacía su ronda el viernes por la mañana—. Estás deseando iniciar la jornada laboral, ¿no es así?

Por fortuna, Tom no pudo responder enseguida, ya que tenía la boca llena de granos de chocolate, y se limitó a asentir con fuerza.

—Además me han dicho que se te da muy bien. Debo decir que estoy sorprendido. La mayoría de mis pacientes lo detestan, sobre todo los más inteligentes.

Tom comprendió que el doctor Logan esperaba una respuesta y señaló la hilera de banderines colgada del techo.

—¡Oh, entiendo! Ese es el motivo, ¿verdad? Por supuesto, estás deseando que llegue mi fiesta. Yo también. Espero que sea la mejor fiesta de tu vida.

Tom tragó con fuerza.

—Sí.

—La enfermera Manners ha estado muy ocupada en las cocinas. He oído algo

acerca de una tarta de cumpleaños muy especial. Bizcocho de chocolate de tres pisos, relleno de trufa blanca, chocolate por encima y una montañita de nata para acabar.

—Genial —dijo Tom, sintiendo que se le revolvían las tripas solo de pensarlo.

—Sí. Bueno, por lo menos no tendrás que ir a estirar laca al día siguiente. Es domingo. Puedes dormir para recuperarte.

El doctor Logan sonrió. Tom tuvo la sensación de que intentaba ser simpático, aunque no tenía ni idea de cómo hacerlo.

—Nunca has visto el fruto de tus esfuerzos, ¿verdad?

Tom dio un trago de zumo de escarabajo y negó con la cabeza cortésmente. El doctor Logan rebuscó en su bolsillo y sacó un paquetito marrón.

—Aquí tienes —dijo, sacudiendo el paquete hasta que cayeron unos pequeños copos dorados en la mesa—. Laca hecha a mano de Spong, la mejor laca hecha a mano del mundo. Si se funde esto, se puede utilizar casi para cualquier cosa. Maravilloso, ¿verdad?

Tom no habría podido estar menos interesado en el resultado de su arduo trabajo de sol a sol, pero le llamó la atención el curioso sello redondo que se veía en la parte superior del paquete.

—¿Puedo verlo?

—Por supuesto.

Tom lo cogió y examinó el logotipo. «Spongs», decían las grandes letras impresas junto al borde. En el centro aparecía la extraña silueta de un ave zancuda con el cuello atravesado por una flecha.

El doctor Logan observó a su paciente con atención. De pronto el chico parecía conmocionado.

—¿Te parece raro?

—¿Eh?... No, o sea, sí, mucho. ¿Por qué, por qué...?

—¿Por qué tiene esa cigüeña el cuello atravesado por una lanza?

No tengo la menor idea, pero salió de este museo. El viejo Ebenezer Spong es todo un coleccionista. Compró esa ave, y le gustó tanto que decidió utilizarla como distintivo. Encontrarás ese sello en cada paquete de laca de Spong. Se trata de un símbolo famoso.

—¡Uau! —exclamó Tom—. ¡Es... increíble!

El doctor Logan miró a Tom con curiosidad. Los ecos eran muy intrigantes. Nunca se podía adivinar lo que estaban pensando.

—De hecho, he invitado a Ebenezer a mi fiesta. Ya es muy mayor, pero, si te interesa, estoy seguro de que él estará encantado de hablarte más de la cigüeña. Me suena que la tenía expuesta en su despacho —dijo el doctor Logan, sonriente, antes de alejarse para molestar a otro.

Tom se quedó mirando su desayuno con el corazón acelerado. Al fin y al cabo, quizá no fuese el chico menos afortunado del planeta. De pronto había sucedido algo bueno, algo que nunca habría podido predecir. El despacho de Ebenezer Spong, eso

era: en los viejos embarcaderos... Pero ¿cómo iba a llegar hasta allí? Después de todo lo que Evie había dicho, esa parte de Dragonport parecía muy peligrosa. Sin embargo, había alguien que tal vez pudiese ayudarlo, alguien que ya había estado allí... Si era posible convencerlo...

Una hora más tarde, Tom se hallaba de pie en un rincón de la sala Nueve A, esperando a que la sirena señalase el comienzo del turno. Slim estaba recostado en un poste de acero escuchando a Tom, que le explicaba en voz baja lo que pretendía hacer. Cuando este acabó de hablar, una sonrisita de satisfacción se extendió por el rostro del chico.

—Y si le explico todo esto a Loagy, ¿qué harás entonces, Tomsk?

Tom se encogió de hombros, aparentando indiferencia. Slim se sacó un trocito de chicle negro de detrás de la oreja y empezó a masticarlo con aire pensativo.

—Tal como yo lo veo, eres tú quien tiene que hacerme un favor a mí para que mantenga la boca cerrada, y no al revés.

A Tom no le sorprendió que Slim tratase de sacar provecho, y estaba preparado.

—Si hicieses eso, Slim, me pregunto qué me ocurriría. Lo más seguro es que me metieran en una cárcel y me condenaran a una vida de duro trabajo, nunca volvería a ver mi casa ni a mi familia. De hecho, sería como si no existiera.

Slim sonrió de oreja a oreja.

—En eso tienes razón, Tomsk. Estarías metido en un buen lío.

—Entonces, ¿qué puedo perder?

Los ojos de Tom no se apartaron ni un solo instante del rostro afilado de Slim mientras su sonrisa se convertía en un gruñido. Se jugaba el todo por el todo...

—Pero, claro, Evie se quedaría sin empleo.

—¿Qué?

—Y tú también, Slim. Tal vez algo peor.

—Ah, ¿sí? —El chico se encaró con él con gesto airado—. ¿Y cómo encaja eso?

—Evidentemente, me vería obligado a explicar que ella me ha ayudado.

—No te ha ayudado.

—Sí que lo ha hecho. Y, lo que es más, te lo ha contado. Así que tú también estás implicado. Si se lo dijese al doctor Logan la delatarías a ella y te delatarías a ti mismo.

—No daría crédito a lo que dijese un chalado.

—¿Y te lo daría a ti? Dicen que por aquí hay montones de huérfanos hambrientos.

Slim miró las hogueras con una mueca. Si la amenaza velada de Tom le hacía algún efecto, lo disimulaba muy bien.

—Por favor, Slim, ¿por qué no me ayudas? Eres la única persona que conozco que ha estado en los muelles. Sabes cómo es aquello ahora. Lo único que quiero es buscar el despacho de Ebenezer Spong. Eso es todo. Y aparte de todo lo demás, sería divertido, ¿no crees?

Tom clavó la vista en el chico fibroso de cabeza rapada que se negaba a mirarlo a

los ojos.

—Con dos condiciones —susurró sin apenas mover los labios—. La primera es que si le cuentas a alguien de este equipo lo que vamos a hacer te mato. ¿Lo entiendes?

Tom lo entendía perfectamente. Slim nunca podría continuar siendo el líder de esa sala si se sabía que estaba ayudando a un chalado. Ya era bastante malo que estuviese hablando con él.

—¿Y la segunda?

Slim se enderezó hasta alcanzar toda su estatura, no demasiado impresionante.

—Pase lo que pase, conduzco yo.

Tom se encogió de hombros.

—De acuerdo. Pero ¿acaso sabes conducir?

Slim se volvió hacia él y sonrió de oreja a oreja.

—No. Esta será la primera vez.

La gran sorpresa del doctor Logan

Y de pronto ya era sábado. Tom había dormido muy mal. Primero soñó que ya se había escapado y corría por las calles en dirección al despacho de Ebenezer Spong, perseguido por una banda de guardias de seguridad montados en motocicletas en forma de escarabajo. Luego soñó que se había dormido y se despertaba convencido de que era domingo, a tiempo solo de ver a la gran águila volando hacia el pálido amanecer.

«¡Vuelve! —gritaba, cruzando a toda velocidad el patio situado delante del manicomio—. ¡Espérame!»

Había escalado las pesadas puertas de acero hasta situarse encima de ellas y agarrar con las manos los bucles de alambre de espino.

«¡Bajad a ese chico de ahí! —gritó el doctor Logan. Los vigilantes apuntaron sus rifles amartillados—. ¡Así no! ¡No!»

De repente, Tom notó que perdía el equilibrio y caía hacia atrás...

¡Clic!

La trampilla se abrió de golpe y un ojo apareció en el centro de la puerta.

—¿Todo bien ahí dentro, señor Scatterhorn?

Tom estaba sentado en la cama, empapado en sudor. Aún era de noche, no se había dormido ni tampoco le habían disparado. Aún estaba allí. Encerrado. En la cárcel.

—Muy bien. Solo que... me cuesta dormir.

Se oyó un gruñido procedente del pasillo. Tom se volvió hacia la ventana. A través del rompecabezas de reflejos vio caer grandes copos de nieve.

—Está nevando.

—No te preocupes por eso, hijo. Vuélvete a dormir.

La voz era dura y sin ganas de conversación. Sintiendo que estaba llamando la atención, Tom se tumbó y se volvió hacia la pared. ¿La nieve lo haría más difícil? Seguramente, sí.

—Buenas noches —dijo.

Después de lo que pareció una eternidad, la pequeña ventana metálica volvió a cerrarse con un chasquido. Tom se quedó mirando fijamente la cuadrícula de escarabajos inmóvil en la pared. Sus ojos rosa brillaban. «¿Hasta qué punto podéis verme?» Estiró un dedo sobre la cabeza de uno de ellos. No se movió. Sería muy fácil aplastarlo. Un pequeño apretón y se acabó. Con grandes dificultades, Tom resistió la tentación y cerró los ojos. «Espera a mañana...»

Ese sábado por la mañana el desayuno fue un asunto tenso, sobre todo porque la enfermera Manners y su equipo de vigilantes iban de un lado para el otro, intentando redistribuir las mesas mientras los reclusos aún estaban comiendo.

—¡Lo siento, pero esto es imposible! —protestó un don Gervase particularmente aturdido, que se disponía a sentarse en un banco cuando lo retiraron delante de sus narices.

—Siéntate y cállate —le gritó jactanciosamente la enfermera Manners, llevándose el banco al otro lado de la sala. Ese día no estaba de humor para discrepancias.

—¿Dónde me siento?

—Donde sea.

—Pero es que no hay ningún sitio.

—¿Qué te parece el suelo?

—¿El suelo? ¿Quiere que desayune en el suelo?

—¡SIÉNTATE EN EL SUELO! —le gritó la enfermera al hombre indefenso.

Francamente, ¿quién sabía por qué el doctor Logan persistía con esas fiestas de cumpleaños?

Tom mantuvo la cabeza gacha y observó que había perdido todo el apetito. Se sentía como si se hubiese tragado una caja de ranas. En su cabeza daban vueltas todas las cosas que debía intentar recordar. Repasó el orden una y otra vez en su mente, convencido de que iba a olvidar algo. Tal vez fuese todo demasiado complicado, excesivamente ambicioso... Por fin sonó la sirena y todos los reclusos se pusieron en fila para iniciar el largo trayecto por el túnel hasta la fábrica.

—Mira quiénes están aquí. El chalado número uno y el crío.

Tom parpadeó y se encontró con Slim Spry mirando fijamente hacia Francis Catchpole y a él. Estaba tan ocupado ensayando su huida que apenas se había dado cuenta de que se hallaba ya en la sala Nueve A y el turno estaba a punto de empezar.

—Hoy vamos a arrimar el hombro, ¿no es así, Frankie?

—Haré lo que pueda, Slim —dijo Francis, con tono inexpresivo. Aquella inocencia suya sugería que hablaba en serio.

—Ocúpate de que cumpla con su cuota, Tomsk —añadió Slim, lo bastante alto para que lo oyese el resto de la sala—. Porque, tal como yo lo veo, uno de vosotros debe de estar a punto de estirar la pata.

Se oyó un risilla burlona al fondo.

—¿Qué quieres decir, Slim? —preguntó Francis con inocencia.

—Quiero decir que tú llevas aquí tres semanas, y Tomsk lleva dos, por lo que supongo que la afortunada vida de alguien llegará pronto a su fin. Porque vosotros no vivís mucho tiempo, ¿verdad?

—Ah, ¿no?

Las risas se extendieron por la sala e incluso Slim sonrió. La inocencia de Francis lo conmovía.

—Que yo sepa no, Frankie. Cuando llegue el lunes por la mañana, supongo que uno de vosotros se habrá ido a esa gran fábrica de laca que hay en el cielo.

—¿Cuál de ellos será, Slim? —saltó un niño al fondo—. ¿Quién está más cerca?

Slim se adelantó, cruzó los brazos y los miró de arriba abajo con ojos expertos.

—Hummm, yo diría que el crío está aguantando muy bien. Me decidiría por Tomsk.

—¿Tomsk? —gritó una niña—. No creo. Es casi tan bueno como nosotros. El que la palmará es Frankie Catchpole, seguro.

Slim miró a Tom y le guiñó el ojo con disimulo.

—Apostaré por él.

—Estás loco.

—Pues apostad contra mí.

Tom y Francis se quedaron mirando mientras los niños se apiñaban en torno a Slim. Vieron unas cuantas monedas negras cambiando de manos.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Francis.

—Apuestan por cuál de nosotros va a morir antes.

Francis parecía sinceramente sorprendido.

—No es muy agradable.

—Pues no.

—Más te vale estar aquí el lunes por la mañana —dijo una niña con voz áspera, clavándole a Francis el dedo en las costillas mientras pasaba por su lado.

—Entonces, ¿es verdad lo que él ha dicho?

—Tal vez —dijo Tom, tratando de contener su emoción: sabía que cuanto más fuese a ganar Slim menos probable era que se echase atrás. Francis no dijo nada, pero Tom vio que tenía una expresión extrañamente decidida.

El resto del turno pasó entre el ruido y el calor, y para cuando Tom se puso en la fila que volvía fatigosamente al manicomio casi le apetecía aquella sorpresa de chocolate de tres pisos.

—¡Ni se os ocurra tocar los pasteles! —gritó la enfermera Manners mientras los reclusos volvían a entrar arrastrando los pies en la sala principal, que encontraron transformada por completo.

Hileras de globos rojos y azules colgaban del techo, habían levantado un pequeño estrado en un rincón para una orquesta, y el comedor cedía realmente bajo el peso de pasteles de chocolate de todas las formas y tamaños, apilados en pirámides como montones de excrementos de elefante.

—Bueno, joven Scatterhorn, ¿qué opinas? —La enfermera Manners cruzó tambaleándose la sala vacía con varios rollos de serpentinas en torno al cuello—. Supongo que recuerdas muchas fiestas celebradas aquí, en los tiempos del «museo» —añadió con tono sarcástico.

—Unas cuantas —dijo Tom con ojos de sueño—, pero nada como esto.

—Oh, ya me lo imagino —replicó ella con una gran sonrisa—, pero uno no puede divertirse mucho con una pandilla de animales disecados, ¿verdad?

—No.

—Bueno, creo que todos vosotros querréis ir a asearos —declaró, dirigiéndose a toda la fila—. Esta noche podéis poner os la ropa que más os apetezca. Eso es,

caballeros, nada de uniformes. ¡Solo las mejores galas!

«Sean cuales fueren —añadió para sí—. Faldas escocesas, coronas y qué sé yo cuántas cosas más.»

—¡Prestadme atención! —chilló, dando palmadas—. ¡VENGA, VAMOS! ¡ROPA DE PAISANO!

Los reclusos se alejaron, obedientes, por las diferentes escaleras para hacer lo que les decían.

—No sé por qué necesita gritar todo el tiempo —murmuró un don Gervase—. ¿Es sorda?

—Más te vale obedecer, amigo mío —respondió otro—. Si nos trata a todos como a idiotas, tenemos todo el derecho a comportarnos en consecuencia.

—Lo estoy deseando.

Tom se entretuvo hasta estar seguro de que era el último en subir fatigosamente la escalera hasta el piso superior. Cuando llegó al oscuro rellano vio los dos cubos de acero de Evie bien apilados en el rincón, tal como estaba previsto.

Aquello era el principio. A partir de ahí, lo único que necesitaba era suerte.

Mucha suerte.

Con sumo cuidado, Tom se aproximó al zócalo suelto y se arrodilló junto a él. Escuchó con atención: nadie subía, nadie bajaba. Bien. Se sacó rápidamente del calcetín el corto y sólido cincel, y forzó un extremo lo justo para ver el oscuro espacio inferior.

—Arsénico —susurró, tan alto como juzgó prudente.

Silencio. Se oyó un roce más allá, y luego un largo hocico negro surgió de entre las tinieblas seguido por dos ojos de mirada intensa.

—Arsénico —siseó el hocico en respuesta—. ¿Tom? ¿Eres tú?

—Sí —respondió, sonriéndole al oso hormiguero—. Cinco minutos.

—Muy bien. Estamos preparados.

Tom cerró el zócalo una vez más y presionó bien las esquinas para que aguantase la cola. Luego, fingiendo indiferencia, siguió subiendo tranquilamente por las escaleras hasta el piso superior. Aliviado, vio al señor Grimal al fondo asediado por ansiosas copias de don Gervase que necesitaban ayuda con sus sombreros, chaquetas, espadas y otras galas caseras.

—¡De uno en uno, caballeros, por favor! —vociferaba, intentando mantener cierto orden en mitad del caos.

A medio camino de su celda, Tom pasó junto a Evie, que fregaba el suelo de rodillas.

—¡Hola! —dijo el chico, con la voz extrañamente quebrada por los nervios.

El rostro angelical de Evie lo miró desde debajo de su boina anaranjada. La niña estaba tan nerviosa que apenas podía hablar.

—Te has...

Tom se disponía a seguir cuando surgió un vigilante de la celda situada detrás de

ella y lo miró con severidad.

—¿Aún no te has cambiado?

Evie siguió fregando como si su vida dependiese de ello. Tom carraspeó.

—Creo... que te has dejado los cubos en las escaleras.

—Oh.

—Bueno, no te quedes ahí parada, niña. Ve a buscarlos antes de que uno de estos payasos meta el pie en uno de ellos —la riñó el vigilante—. Vamos.

Evie echó a correr por el pasillo mientras el vigilante se volvía nervioso hacia Tom.

—Y a ti más te vale darte prisa.

—Sí, debo hacerlo, ¿verdad? —respondió Tom.

Regresó a su celda evitando los ojillos de cerdo del hombre. Tras tener la precaución de dejar la puerta abierta, se sentó en la cama, a sabiendas de que no podía hacer otra cosa que esperar... Poco a poco los segundos se hicieron minutos... Oyó cerrarse de un portazo las puertas de las celdas a medida que los reclusos empezaban a dirigirse por el pasillo hacia la sala principal... Vamos, Evie... Por fin apareció la niña en el umbral con su cepillo y sus cubos.

—Tengo que limpiar su habitación... señor —añadió en voz alta, y empezó a entrar barriendo.

—¿Las tienes? —susurró Tom.

Evie asintió con la cabeza.

—¿Dónde?

La niña echó un vistazo a los dos cubos que estaban a sus espaldas.

—Dos bolsas, una en cada uno, debajo. No te pregunto qué hay dentro, pero están llenas de bultos que se mueven, puedes estar seguro.

Tom salió de la cama, metió las manos en los dos cubos y sacó de ellos sendas bolsas de lona alargada y polvorienta. Parecían dos cojines en forma de salchicha.

—Te lo agradezco, Evie —dijo Tom mientras las tapaba con la manta de su cama—. De verdad, muchas gracias.

Evie sonrió con nerviosismo.

—Pues nos vemos luego —dijo, y cerró la puerta tras despedirse de él con una inclinación de cabeza.

En cuanto se marchó, Tom se quitó el uniforme, introdujo los pantalones dentro de la parte de arriba del mismo y lo colocó todo cuidadosamente en la cama, debajo de la almohada. Luego se puso su antigua ropa. Cuando estuvo listo metió la mano con cuidado debajo de la manta y deshizo los cordones de cada bolsa.

—¿Todo bien?

—Me recuerda bastante los viejos y malos tiempos —siseó una vocecilla—. ¿Podríamos practicar un poco?

Tom fue de puntillas hasta la puerta y se asomó al pasillo. Casi todos los don Gervase habían bajado ya, pero el señor Grimal seguía al fondo, paseándose de un

lado al otro. En ese momento sujetaba la charretera de un rezagado.

—Vamos, pues.

—¿Preparados, chicos? —susurró una voz ahogada debajo de la manta—. Recordad vuestros números y vamos allá.

Una ondulación recorrió la cama, y al instante un grupo abigarrado de colibríes, ratas, lagartos y musarañas formó una pila sobre la almohada. La pila se hizo más grande y empezó a adoptar una forma... Dos musarañas rosadas se enroscaron una en torno a la otra para convertirse en una oreja, una cola se convirtió en un párpado, una pluma oscura se convirtió en una fosa nasal, un costado blanco en una mejilla, un revoltijo de colibríes de doradas plumas en una maraña de pelo rubio, y al mismo tiempo un montón de musarañas de piel curtida formaron dos manos, palmas, pulgares... unos dedos justo por encima de la manta...

—¿Y bien? ¿Resulta convincente?

Tom apenas podía contener su entusiasmo. Con la almohada y la manta el engaño era completo. Desde el umbral, era como mirarse a sí mismo, dormido en la cama, con los ojos cerrados.

—Asombroso. Es... realmente increíble.

—¿Y quieres oír la otra parte?

—He estado practicando —dijo una voz amortiguada debajo de las mantas—. Y creo que ya lo domino. —Hubo una pausa—. «Asombroso. Es... realmente increíble.»

La voz procedía del rincón. Era la voz exacta de Tom.

—¡Uau!

—«Uau. Asombroso. Es realmente increíble.»

—Con una vez basta, querido —chilló la musaraña predicadora, que era entonces el pulgar de Tom—. Convincente, ¿eh?

Tom no podía dejar de sonreír.

—No hagáis nada hasta que se cierre la puerta con llave.

—Lo sabemos —chilló el pulgar—. Y volveremos a las bolsas por la mañana para que Evie pueda llevarnos abajo. Todo está bajo control. ¿Listos, hermanos y hermanas? Cuenta atrás... ya.

Tan milagrosamente como habían aparecido, la cabeza y la mano se desmontaron en piezas y corrieron a esconderse bajo las sábanas.

—Lárgate ya —dijo su propia voz con impaciencia desde debajo de la manta—. Porque aquí dentro no puede haber dos de nosotros, ¿verdad?

—¡Ajá! Veo que alguien ha hecho un esfuerzo adicional.

Tom se dio la vuelta rápidamente y vio aparecer en el umbral la ancha cara escamosa del señor Grimal.

—Esto...

—Al menos podrías haberte cepillado el pelo, muchacho. Parece una cosa de esas para limpiar botellas —bramó, pasando sus gruesos dedos rosados por la cabeza de

Tom.

—No tengo cepillo.

—¿Que no tienes cepillo? ¿Lo has comprobado?

—No, la verdad es que no —dijo Tom, situándose deprisa pero con firmeza entre el hombretón con olor a pino y su celda—. Lo cierto es que nunca lo he tenido.

Al señor Grimal se le contrajo el bigote. Era muy consciente de lo inútiles que resultaban esos ecos en cuestión de higiene personal. La mayoría no tenía ni la menor idea.

—¿Acaso podría prestarme el suyo? —Tom sonrió con encanto, echando un vistazo a la feroz raya del señor Grimal—. Lleva el pelo tan... bien...

El señor Grimal sonrió de forma repugnante.

—Eso está mejor.

Y fue así como diez minutos después Tom entraba en la sala principal con la cara bien lavada, el pelo alisado y peinado con una severa raya al lado y el señor Grimal a su lado. Tom se dijo rechinando los dientes que valía la pena aguantar todo aquello si así conseguía no tener que volver a ver nunca más aquel sitio.

Recorrió con la mirada la sala principal, entonces llena de gente. En el rincón, una orquesta pequeña y ruidosa tocaba a todo volumen una melodía vagamente familiar mientras en la pista de baile grupos de generales y copias de don Gervase con trajes caseros saltaban y brincaban, pasándose en grande. Tom observó que varios vigilantes corpulentos merodeaban con discreción entre ellos por si surgían problemas. Varios invitados del doctor Logan procedentes de la ciudad los miraban desde la barrera. Componían un grupo extraño: hombres de expresión dura y mujeres adustas que mostraban su desaprobación, contemplando fascinados y horrorizados a los reclusos con las mejillas enrojecidas por el calor. Tom recordó otra fiesta, celebrada cientos de años atrás en esa misma sala con ocasión de la inauguración del museo. Nunca habría adivinado que el Museo Scatterhorn se convertiría en aquello...

Tom comprendió que no podía dejar que su ira lo distrajese. Echó un vistazo al reloj: eran casi las ocho. Casi la hora... Allí estaba Evie, en una de las puertas situadas junto al comedor, tocando palmas y riendo mientras los reclusos iniciaban una conga. Lo miró a los ojos y asintió con la cabeza. Sí, estaba lista...

—¡Venga, joven Scatterhorn, veamos cómo mueves esos pies!

Antes de que Tom pudiese reaccionar, un don Gervase vestido de pirata lo agarró y tiró de él hasta el centro de la pista de baile. Tom lo reconoció: era el primer eco con el que había hablado aquella primera mañana.

—¡Lo he recordado! —gritó.

—¿Qué?

—¡Lo que dijo el Jabón! —vociferó. Tom abrió unos ojos como platos y luchó por oír por encima del estruendo de los pies—. ¡Lo he recordado!

Dando fuertes patadas en el aire giraron juntos, con los brazos fundidos en una furiosa danza.

—¡Más despacio! —suplicó Tom, pero el don Gervase se limitó a sonreír como un loco y le sujetó el brazo con más fuerza.

Dieron vueltas y más vueltas. Las caras que gritaban y las manos que marcaban el ritmo empezaron a volverse borrosas...

—¡Sigue! —chilló la enfermera Manners, viendo que Tom estaba a punto de vomitar—. ¡Hazlo girar fuerte! ¡Más deprisa!

—¿Qué dijo el Jabón?

El don Gervase se echó a reír.

—¡El conducto de ventilación no es un agujero!

—¿Qué? ¿Qué es entonces?

—¡Está escondido en un árbol!

—¿Un árbol? ¿Qué árbol?

—¡Cerca de la chabola!

—¿La chabola?

—¡La chabola en ruinas! ¡En el centro! Hay un claro. ¡Y hará falta algo más grande que una bomba para hacerlo explotar!

Tom se devanaba los sesos. ¿Era un acertijo? Cada vez iban más deprisa.

—Más grande que una bomba, eso fue lo que dijo. ¡Sabía que me acordaría!

A través del caleidoscopio giratorio, Tom entrevio una fila de cocineros que sacaban una gran tarta cuadrada. Los siguieron dos más, que llevaban una tina de humeante líquido blanco colgada entre ellos sobre unas barras. Se elevó una ovación mientras el olor empalagoso de trufa blanca fundida llenaba la sala.

—¡Ajá, el final apoteósico! —gritó el eco, señalando el segundero que avanzaba hacia la hora—. ¿Ves lo que veo yo?

Tom notó que sus pies se separaban del suelo. Giraban tan deprisa que ya era imposible detenerse.

—¡Las ocho en punto! Ha llegado el final de mi duración, Tom Scatterhorn. Estoy acabado. ¡Mi vida termina!

Histérico, Tom miró el reloj. Apenas quedaba tiempo.

—¡Pero no me has dicho dónde es!

El reloj dio las ocho. Justo en ese momento se oyó un burbujeo y la sala quedó a oscuras. Al instante el don Gervase lo soltó y Tom se encontró volando por el aire...

Entonces todo pareció suceder al mismo tiempo.

^pero ¿qué...?

Tom colisionó contra tres ancianos y todos se desplomaron sobre el suelo.

Se oyó un zumbido.

alguien dejó caer algo muy grande en el comedor. De pronto los reclusos que bailaban empezaron a patinar, a resbalar y a caerse unos sobre otros...

—¡Mantengan la calma! ¡Mantengan la calma! —gritó un vigilante desde el centro del tumulto—. Solo es un fusible, eso es todo. Solo es un...

—¿Miel? —dijo un don Gervase, agachándose y lamiéndose el dedo.

—Con nata líquida —dijo otro.

—¿Una pizca de canela?

—¿Chocolate blanco?

Una densa marea pringosa se extendía deprisa por el suelo.

—¡Chocolate blanco!

Se desató una lucha frenética mientras los reclusos se arrodillaban y empezaban a sorber el pegajoso néctar como si fuesen abejas.

—¡Levantaos! —gritó la enfermera Manners, la cual entró tambaleándose peligrosamente en el lago blanco que no paraba de extenderse—. ¡Arriba, idiotas! ¡Que alguien llame al señor Vee! Vayan a por el electri... ¡oh! —Y con un chillido resbaló hacia atrás en el chocolate—. ¡Doctor Logan! ¡Señor Grimal! ¡Hagan algo!

Pero era demasiado tarde para que el doctor Logan o el señor Grimal hiciesen nada. Solo pudieron mirar mientras la enfermera Manners se retorció en la blanca marea como un cocodrilo engrasado. La sala entera no tardó en convertirse en un revoltijo de reclusos e invitados que se agitaban y resbalaban de un lado al otro en la oscuridad.

—¡Pelea de comida! —gritaron dos generales, agarrando unas tortitas de las mesas—. ¡A por ellos!

—¡Pelea de comida! ¡Pelea de comida! ¡Pelea de comida! —corearon los don Gervase, agachándose cuando volaron las tortitas y devolviéndolas con intereses.

—¡Parad! —chilló la enfermera Manners cuando un bollo \ dio en plena cara—. ¡Señor Grimal! JK No tardaron en volar pasteles por todas partes y Tom decidió salir de allí. Tras esquivar el caos por un lateral, desapareció por 1 escalera de la parte trasera y subió al rellano, donde encontró a Evie esperándole con un farol y una amplia sonrisa en la cara.

—Ojalá fuese así cada día —dijo la niña, con los ojos brillantes de entusiasmo—. Ha sido tan fácil... Solo le he hecho la zancadilla a un cocinero y los demás lo han seguido como fichas de dominó.

—Bueno, supongo que se lo merecen —dijo Tom mientras abría el zócalo suelto haciendo palanca.

—De sobras. Nunca hubiera pensado que me atrevería a hacer algo así. —Evie observó a Tom, que se colaba velozmente por el hueco—. Entonces, ¿lo dejo desmontado, por si necesitas volver?

—No pienso volver, Evie. Por la mañana baja hasta aquí aquellas dos bolsas y luego cierra esto definitivamente.

Evie miró a Tom y vio en sus ojos una feroz determinación.

—¿Puedo ir contigo?

Tom negó con la cabeza.

—Lo siento. No saldría bien.

Evie no pudo disimular su decepción.

—Francamente, Evie, es mejor así. Tengo que irme solo. No quisiera que te

metieras en líos.

—Pero ya no me importa. Ahora ha empezado todo. No me importa nada.

Tom sonrió.

—Adiós, Evie.

—Solo una cosa —dijo ella rápidamente, agarrándolo del brazo en el momento en que estaba a punto de desaparecer—. Cuando hablaste de cambiar este sitio, ¿lo decías en serio? O sea... ¿podrías hacerlo de verdad?

Tom miró su cara pálida y preocupada, tan llena de esperanza.

—No lo sé. Voy a intentarlo.

—Confiamos en ti —dijo la niña para sí, cerrando el zócalo suelto a espaldas de Tom—. Y en Slim, por desgracia.

Tom se arrastró despacio hacia la tenue luz en forma de rombo.

.—psst.

—. piola! —dijo Tom a la oscuridad—. ¿Dónde estáis?

—Contra la pared —respondió la voz.

Tom aceleró el paso y no tardó en encontrarse cara a cara con un par de mandriles muy apolillados.

—¿Buen trabajo? —preguntó el más grande de los dos.

—Las luces. Se refiere a las luces.

—¡Oh, perfecto! —contestó Tom, con una sonrisa—. Allí abajo se ha desatado el caos.

Uno de los monos calvos le dio un codazo al otro y sonrió, abriendo tanto la boca que Tom creyó que se le iba a salir la mandíbula. El animal le tendió un gran fusible quemado.

—No encontrarán esto en mucho rato.

—Pero no tardarán en conseguir otro —murmuró el oso hormiguero, con el hocico apretado contra los huecos que había entre los ladrillos—. Me parece que ya viene.

Tom estiró el cuello y vio un solo faro en la parte delantera de una pequeña furgoneta de tres ruedas que atravesaba petardeando las altas puertas de acero y aparcaba en un rincón del patio cubierto de nieve. Una figura familiar saltó del vehículo con una bufanda atada alrededor de las orejas y, tras coger una bolsa de herramientas, subió a toda prisa las escaleras.

—Vale, ha llegado Vee, adelante los números uno —siseó Plancton.

Al instante los dos mandriles empezaron a retirar velozmente una pequeña sección del rombo de ladrillos. Un fuerte viento empezó a soplar por el agujero. La rata de ojos rojos le dio la vuelta a un pequeño reloj de arena que llevaba colgado del cuello y la arena empezó a correr.

—Tenéis cinco minutos para llegar a esa furgoneta. No podemos arriesgarnos cuando vuelvan a encenderse los focos.

Nervioso, Tom se quedó mirando el oscuro patio. Había dos centinelas

merodeando junto a la puerta.

—¿Habéis encontrado una cuerda lo bastante larga? —susurró, a sabiendas de que aquella cuestión aún no estaba resuelta del todo.

—Sí, hemos encontrado una cuerda, aunque probablemente no es lo que esperas —respondió el pájaro dodo, emergiendo de la oscuridad con algo enrollado en torno al cuello—. No se muestran muy colaboradoras. Tras descolgar el rollo, Tom vio que estaba hecho de viejas serpientes correosas del color del polvo, cuyas cabezas y colas habían sido toscamente atadas entre sí.

—¿Es esto?

—Me temo que sí. No hay nada más que llegue hasta la puerta.

Con aire dubitativo, Tom cogió la cola de la serpiente del extremo. Tenía el tacto de una tela vieja.

—Sí, me siento tan quebradiza como parezco —siseó el decrepito reptil.

—Vamos —murmuró Plancton con impaciencia, mirando el reloj de arena que le colgaba del cuello.

Tom inspiró hondo: era entonces o nunca, y lo sabía. Tras calarse la gorra, se puso boca abajo y se tumbó sobre la vieja tabla lisa que los animales habían colocado frente al agujero, con los dedos de los pies al filo de los ladrillos exteriores. A oscuras, agarró bien la cuerda y miró por última vez al extraño grupo de criaturas peladas y cubiertas de polvo.

—¡Dales caña, chaval! —dijo el pájaro dodo con voz áspera; tenía el pico lleno de serpientes.

—Envíanos una postal —intervino el puercoespín.

—Y a ver si puedes solucionar ese lío —añadió el mono narigudo, que entonces actuaba como último relevista en el fondo—. Ese chisme del conducto de ventilación. No te olvides de nosotros.

Tom asintió nervioso.

—No puedo prometer nada.

—Lo sabemos. Pero...

—¿Listo? —sisearon los dos mandriles, agarrándolo con firmeza de los hombros.

Tom asintió, haciendo caso omiso de su corazón desbocado. Todos miraron a Plancton, que espiaba a los centinelas a través de la abertura.

.—¡Ya!

instante, Tom fue arrojado a la oscuridad desde la tabla, con los pies por delante. Al cabo de un segundo la cuerda se tensó y él se vio precipitado hacia la pared, con los pies danzando sobre su superficie como si fuese una mosca. Bajó deslizándose casi en picado hacia los dragones situados sobre la puerta principal. Sus dedos apretaban cada vez más mientras el viejo cuero se estiraba y desgarraba...

—Que sepas que eso es mi cascabel —siseó enfadada una serpiente mientras la vieja piel corría entre los dedos de Tom—. No puedes quitarle el cascabel a una...

Pero al cabo de un instante se desprendió la mitad inferior y Tom cayó sobre el

cuello del dragón de piedra.

—¡Sube! —susurró.

—Lo hará lo que queda de mí —dijo secamente la serpiente antes de transmitir el mensaje cadena arriba. Enseguida la cuerda hecha pedazos subió deslizándose por la superficie del muro.

¡Pum!

Una brillante luz azul deslumbró a Tom, que estuvo a punto de caerse. Se situó al abrigo de la sombra del dragón y vio que habían vuelto a encender todas las luces. Y allí arriba se hallaba la cuerda hecha de serpientes, que estaban izando con movimientos lentos y pausados hasta introducirla por el agujero en forma de rombo. ¿Cómo era posible que los vigilantes del patio no la vieran? Pero de algún modo, increíblemente, no la habían visto. No hubo pitidos, ni alarmas; solo el aullido del viento. Agazapado en el profundo triángulo de sombra, Tom trató de poner en orden sus ideas. El señor Vee había arreglado las luces mucho más rápido de lo que él esperaba. Eso significaba que en cualquier momento volvería a su furgoneta...

Con audacia, Tom se arrastró por detrás de la deteriorada placa que llevaba su nombre hacia el lado más oscuro de la puerta. De pronto todo se había complicado mucho más. La furgoneta estaba aparcada en el rincón más alejado. ¿Cómo iba a llegar hasta allí sin que lo viesan los centinelas de la puerta? No lo sabía. Pero no podía quedarse allí. Ni hablar. Aquella era su única oportunidad: tenía que aprovecharla. Tras deslizarse por un costado del frontón, Tom se agarró al borde con los dedos. Se preparó para el impacto y luego medio deslizándose, medio cayéndose, bajó hasta el suelo por el hueco que había entre los pilares. Diez segundos de ansiedad después, Tom se agachó en la sombra del umbral, con las manos entumecidas y llenas de arañazos. Aquello había salido bien. ¿Y entonces qué? Se quedó mirando la nieve iluminada que se extendía entre él y la furgoneta. Sin las luces quizá habría sido posible, pero aquellos centinelas casi lo miraban de frente...

En ese momento se abrió la puerta, y parte del caos que reinaba en el interior irrumpió en la noche.

—¿Va todo bien, señor Vee? —gritó uno de los vigilantes.

—Ya está arreglado —dijo el señor Vee, bajando los peldaños a paso de trote y cruzando el patio—. Una fiesta loca, ¿saben? Gente loca. Peleándose con pasteles.

—¿Pasteles?

Los centinelas se miraron.

—Pelea de pasteles. Gente loca.

Tom observó impotente al señor Vee, que abría la puerta corredera y echaba su bolsa de herramientas en la parte trasera. ¿Qué podía hacer? El hombre ocuparía enseguida el asiento del conductor y sus planes se desbaratarían... Demasiado complicado, debería haber escuchado...

—¡Eh!

De pronto, uno de los centinelas se quitó el rifle del hombro, fue corriendo hasta

el centro del patio y alzó la vista hasta el alto muro cubierto con cristales rotos.

—¡Eh!

El señor Vee se dio la vuelta y miró. Había alguien allí arriba, una delgada sombra con los brazos estirados que colocaba despacio un pie delante de otro.

—¡Eh!

El señor Vee soltó la manija de la puerta de la furgoneta y echó a correr para reunirse con el centinela. Allí arriba había un chico con una expresión de intensa concentración. Tom no daba crédito a sus ojos: era Francis Catchpole. ¡Se estaba escapando!

—¡Detente! ¡Vuelve! —gritó el señor Vee. Uno de los vigilantes apuntó su arma—. No, caballeros, por favor, está en peligro. ¡Por favor! No le disparen, está loco.

Empezó una discusión entre ellos y Tom se dio cuenta de que aquel era su momento. Antes de saber lo que estaba haciendo emergió de las sombras y bajó corriendo los anchos peldaños de piedra hasta alcanzar la nieve. Mantenía la mirada baja y solo oía el latido de su propio corazón. No había gritos ni alarmas. El vacío del silencio lo aspiraba hacia delante. Pie izquierdo, pie derecho, izquierdo otra vez, al abrigo de las sombras, cada paso más cerca de la furgoneta... La rodeó hasta el lado que permanecía a oscuras y abrió la puerta.

—Conduzco yo —murmuró Slim con los dientes apretados y los dedos sujetos el volante.

—Muy bien, pero al menos échate a un lado y deja que me siente.

El chico delgado de cabeza afeitada lo ignoró.

—¿Slim?

—Conduzco yo.

El chico no se movió.

—Me lo estás poniendo muy difícil, ¿sabes?

Reprimiendo su ira, Tom se sentó detrás de él y cerró la puerta con el menor ruido posible. Luego miró las botas de Slim, que llevaban dos grandes bloques de madera atados a las suelas.

—Realmente nunca has conducido, ¿verdad?

—Observé al viejo Vee. No es difícil. Mira.

Al instante encendió el gran faro, cegando a los vigilantes.

—¡Slim! ¿Para qué has hecho eso?

El señor Vee se volvió, confuso, y miró hacia el faro con los ojos entornados.

—Estoy calentando el motor.

—Pero la verja está cerrada, ¿no lo ves? No podemos ir a ninguna parte.

Slim no dijo nada. El señor Vee empezó a dirigirse hacia ellos con paso decidido. Tom comprendió que tenía que suceder algo muy, muy deprisa.

—Si nos atrapan ahora, todo será culpa tuya —siseó enfadado.

Slim agarró el volante con más fuerza. En ese momento hasta él parecía nervioso. Se encogió en el asiento mientras el señor Vee llegaba a la altura de la ventanilla y

trataba de ver algo en la oscuridad que había en el interior.

—Cuando yo gire esto, ve hacia la izquierda, en círculo —susurró Tom poniendo la mano en la llave—. No demasiado deprisa, ¿vale?

—De acuerdo.

El motor de arranque emitió una tos, seguida de un extraño zumbido cuando el motor eléctrico se puso en marcha. El señor Vee dio un salto hacia atrás como si le hubiese picado una avispa.

—¿Qué pasa? —gritó un vigilante, girando en redondo para situarse de cara a la luz.

—Alguien está tratando de robarme la furgoneta —dijo.

Los guardas se olvidaron de Francis, en equilibrio precario encima del muro, y corrieron hacia el vehículo.

—No funciona —susurró Slim, apretando el pie con fuerza contra el suelo.

Tom vio la cara del vigilante a través de la ventanilla. Tenía la boca abierta.

—¡Vosotros! ¡Bajad! —gritó mientras apuntaba—. ¡Bajad ahora mismo!

—Eso es el freno.

—¿El freno?

En ese momento se oyó un gran crujido y se abrieron las dos puertas de acero de la verja. Los vigilantes se miraron incrédulos mientras una gran limusina negra entraba en el patio haciendo crujir la gravilla y avanzaba rápidamente hasta los escalones.

—¡Vamos! —gritó Tom.

Slim no necesitaba ánimos. Pateó el acelerador y cruzaron el patio como un cohete.

—¡La puerta! —dijo Tom con un grito ahogado.

Con un fuerte tirón del volante, deslizó de lado la diminuta furgoneta, que rebotó en la barrera y salió a la calle nevada.

—¡Ahora pisa a fondo el acelerador!

Slim hundió el pie en el bloque de madera, y al instante los dos chicos se vieron arrojados contra el salpicadero. La furgoneta se puso a girar en círculos. A continuación, el motor resopló y se apagó. Por un momento el propio tiempo pareció haberse paralizado.

—¿Qué ha pasado?

Tom miró a Slim con aire aturdido.

—Eso ha sido el freno otra vez.

—¿De verdad?

—De verdad.

Tom se volvió confuso hacia el Museo Scatterhorn. Estaban ayudando a bajar de la limusina a un hombre muy anciano: el mismísimo Ebenezer Spong. El doctor Logan intentaba quitarse del pelo el pastel y el chocolate a toda velocidad mientras bajaba corriendo los peldaños para darle la bienvenida. Sobre el muro, muy alto, se

hallaba Francis Catchpole, con los brazos extendidos e iluminado por los reflectores. Y una silueta regordeta corría hacia ellos, agitando desesperadamente los brazos.

—¡Alto! ¡Al ladrón!

Todo el mundo se volvió a mirar al señor Vee, que perdió pie y cayó al suelo. Se levantaría en cuestión de segundos.

—¿Quieres volver a intentarlo? —dijo Tom, inclinándose hacia delante y pulsando el motor de arranque.

9

Una salida extraña

Era difícil saber quién estaba más aterrado, si Slim o Tom. Inclinado sobre el volante, Slim lanzaba la minúscula furgoneta de tres ruedas por un callejón tras otro, ignorando los borrosos edificios negros que emergían como acantilados a cada lado.

—Si quieres, puedes reducir la velocidad —dijo Tom jadeante, afianzándose contra el techo.

—¡No puedo! —gritó Slim por encima del traqueteo del motor—. Nos han visto escapar, y cuando pasa eso cierran este sitio como si fuese una cárcel.

Algo grande y negro cruzó unas calles más allá como un rayo.

—¿Hay algún problema?

Slim decidió utilizar por fin los frenos. Derrapó violentamente y la furgoneta se detuvo entre dos edificios.

—No si sabes nadar, Tomsk. El despacho de Ebenezer Spong está junto a su embarcadero. Por ahí.

Ante ellos había una extensión de agua oscura y arremolinada que separaba el viejo Dragonport de tierra firme. A la izquierda estaba el estrecho paso elevado, pero un par de camiones grandes lo cruzaban ya para bloquearlo.

—Se nos han adelantado. Ya te he dicho que estábamos encerrados.

Slim tenía razón, por desgracia. Sacudiendo frustrado la cabeza, Tom miró en dirección contraria hacia una sombra gris que emergía más allá de una hilera de casas abandonadas. Entre la niebla pajada el largo esqueleto desvencijado de un dinosaurio, formando un pronunciado arco a través del agua.

—¿Y aquello?

—Aquello es el viejo puente peatonal, construido cuando subieron las aguas. Pero ahora está completamente podrido. Yo ni siquiera lo cruzaría a pie.

—¿Lo has hecho?

Slim escupió nervioso, sin responder a la pregunta.

—Escucha, Tomsk, no conviene ir vagando por los embarcaderos. Si hubieras visto las cosas que he visto yo, lo entenderías —insinuó en tono siniestro.

—Entonces, ¿cómo vamos a llegar hasta allí?

Slim se encogió de hombros.

—¿Podemos robar algún barco?

El chico se rió con dureza.

—Esto es el viejo Dragonport. Aquí no hay nada de eso.

Tom se quedó mirando la maraña de tejados que se arremolinaba entre la niebla, más allá del desvencijado puente. Tenía la intensa sensación de que Slim parecía rendirse con demasiada facilidad.

—Entonces parece que tendremos que atravesar el puente con la furgoneta.

—¿Con la furgoneta? —preguntó Slim con los ojos como platos—. Tú no estás bien de la cabeza; este cacharro pesa demasiado.

—Puede que sí, pero no pienso volver, Slim. Lo digo en serio. Así que, o lo haces tú, o lo haré yo.

Slim apretó el volante con fuerza al darse cuenta de que Tom estaba decidido.

—Salvo que estés asustado.

—¡Ja! —se enfureció Slim—. No estoy asustado, Tomsk. A mí no me asusta nada.

Tom se lo quedó mirando.

—¿Y bien?

Slim miró con furia el puente.

—¿Sabes conducir?

—Sí —mintió Tom. Una vez había conducido un auto de cho que, lo cual, evidentemente, ya era más de lo que había hecho Slim.

—Vale. —Slim se encogió de hombros con indiferencia—. puedes hacerlo. De todos modos, ya me estaba aburriendo.

—Estupendo.

Se cambiaron de sitio con rapidez, y Tom sintió una serena satisfacción al arrancar el motor. Ahora al menos su destino estaba en sus propias manos.

—El acelerador está...

—Ya lo sé. Gracias.

Con cuidado, Tom sacó la pequeña furgoneta de la calle oscura y, al abrigo de las sombras, la condujo hasta la altura del viejo puente de madera. Slim estaba en lo cierto: estaba muy torcido y parecía haber sido sujetado de cualquier manera con cuerda. No había márgenes y al parecer faltaban varios tablones. Verdaderamente, resultaba muy precario.

—Como he dicho, tiene que tener unos cien años de antigüedad, así que lo más seguro es que se derrumbe, como todo lo demás. —Slim se encogió de hombros, fingiendo indiferencia.

Tom dio marcha atrás, se metió en un pequeño callejón y se detuvo en las sombras. Se quedó mirando la larga rampa torcida que se alzaba entre la niebla. Era una locura, pero debía hacerlo. Más allá de esa niebla se hallaba el resto del mundo. Aceleró con fuerza el pequeño motor.

—Esto..., ¿sabes, Tomsk?, tal vez deberíamos ir a pie. De hecho...

Slim no pudo seguir hablando. La diminuta furgoneta dio un salto hacia delante. Tom pisó con fuerza el acelerador y el pequeño motor zumbó irritado mientras pasaban como una exhalación junto a los edificios, daban botes por la calzada y alcanzaban el puente, que tembló y se tambaleó con violencia bajo las ruedas.

—¡Te lo he dicho! —gritó Slim, con los ojos desorbitados por el pánico—. ¡Y no sé nadar!

Tom obligó a la furgoneta a seguir y seguir. Las ruedas hacían sonar cada uno de

los tablones como dedos sobre un piano... Fue vagamente consciente de que a sus espaldas salpicaba el agua mientras subían más y más, a toda velocidad. De pronto, la rueda delantera se separó del suelo y flotó por un instante. Bajo sus pies se hallaba el agua negra...

¡pum!

La furgoneta chocó con tanta fuerza de nuevo contra la superficie del puente que Tom y Slim dieron con la cabeza en el techo y volvieron a caer en el asiento. El vehículo bajó por el otro lado, alcanzó la orilla y se alejó rápidamente.

—¡Qué, qué...!

Slim, con los dedos aún apretados contra el salpicadero, apenas podía hablar.

—¡Qué suerte! —acabó Tom con un suspiro de alivio. Tenía la espalda empapada de sudor.

Habían tenido suerte, desde luego, pero no podrían haber llamado más la atención. Todos y cada uno de los soldados del paso elevado habían mirado asombrados la minúscula furgoneta que subía de repente al desvencijado puente y de algún modo se las arreglaba para cruzarlo mientras la estructura entera se derrumbaba detrás de ella. Con un grito, se subieron a los camiones de un salto y retrocedieron a toda prisa por el paso elevado en su persecución.

—¿Y ahora por dónde? —le preguntó Tom a Slim mientras se lanzaban al laberinto de almacenes.

El chico no dijo nada.

—¡Slim! ¿Por dónde se va al embarcadero de Spong?

—Gira a la izquierda —respondió, volviendo la cabeza para poder echarle un vistazo a un enorme faro que se metía en el callejón detrás de ellos.

Tom obedeció y enseguida se encontró con un cobertizo justo delante.

—¿Y ahora?

—A la derecha.

—¿A la derecha?

—Está más adelante. Sigue por ahí. No tiene pérdida.

Tom hizo lo que Slim le decía. Los pájaros le habían dicho que la cigüeña estaba en un despacho, en la orilla... Tenía sentido. Vio de reojo más destellos de luz a través de los huecos entre los edificios, tratando de atraparlos...

—Ahora a la izquierda.

Tomladeó la furgoneta con fuerza. Todos los muelles parecían iguales.

—¿Estás seguro?

—Desde luego —dijo Slim—. Sigue en línea recta y cruza ese arco. Eso es.

Después de pasar como una exhalación por debajo del ancho puente de madera situado al final del callejón, se encontraron de pronto en un amplio patio circular, rodeado por todas partes de viejos cobertizos de madera. Varios caminos salían del patio como los radios de una rueda.

—¿Y ahora por dónde? —dijo Tom, deslizando la furgoneta alrededor de las

fachadas a gran velocidad.

Slim se quedó mirando con gesto sombrío todos y cada uno de los oscuros agujeros, sin decir nada.

—¿Slim? —Tom le lanzó una mirada severa—. ¡Slim!

—Tranquilo, Tomsk. Estoy tratando de acordarme; dame una oportunidad.

Tom frenó en seco, y la furgoneta fue patinando hasta que se paró en la nieve. Se quedaron sentados en silencio y aguzaron el oído. Se oían los motores vibrantes que retumbaban a lo lejos.

—¿Y bien?

El chico miró por la ventana, rehuendo la furiosa mirada de Tom.

—¿Nos hemos perdido?

Slim parecía casi paralizado de miedo.

—¡Slim!

—Ya vienen. Van a llegar.

—Ya lo sé. Y por eso...

—No hay salida.

—¿Qué?

Slim sacudió la cabeza.

—Eres un insensato, Tomsk.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó Tom mientras Slim le seguía rehuendo su mirada—. ¿Slim? ¿Qué está pasando aquí? Evie dijo...

—Olvida lo que dijo Evie —respondió, agresivo—. Evie no sabe nada. Nada de nada.

Tom se quedó mirando al chico de cabeza rapada. Y entonces, je pronto, lo comprendió.

—Nunca has estado aquí, ¿verdad? Le mentiste al decirle que habías venido a buscar a vuestros padres después de su desaparición. Xe lo inventaste.

Slim se encogió de hombros, mordiéndose las uñas. No lo negó.

—¿No es así?

—Más o menos.

—¡Más o menos! ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Esperar.

—¿Y qué esperamos?

La sombra de una sonrisa cruzó los labios de Slim. Tom se quedó boquiabierto.

—No... tú... no lo has hecho, nunca lo harías...

—¿Qué esperabas, chalado?

Slim... había mentido, y además lo había delatado.

—¿Por qué?

—Necesitaba el dinero. El señor Grimal dice que el viejo Loagy pagará un dineral por recuperarte. Resulta que eres muy especial.

Tom saltó de la cabina. Luego, cerró de un portazo tan fuerte que la puerta estuvo

a punto de caer al suelo. Bullía de rabia: era un estúpido, nunca debería haber confiado en Slim, ¿por qué creyó en sus palabras? ¡Qué insensato!... Pero nunca volvería a aquel manicomio, ya no... Prefería la muerte... Tom miró a su alrededor, echando fuego por los ojos. Empezaron a aparecer faros por las callejuelas, abalanzándose hacia ellos desde todas partes... Era una trampa. Echó un vistazo al banco de nubes blancas que cubría el cielo. Si esas nubes pudiesen bajar y aspirarlo... Si pudiesen...

Y entonces la vio. Como una cruz negra en las alturas, entrando Y saliendo con una gracia indolente de la blanca niebla...

—¡EH! —gritó—. ¡EH! —Tom se puso a saltar frenéticamente sobre la nieve, gritando hasta desgañitarse—. ¡EH! ¡AQUÍ ABAJO!

—¿Qué haces, Tomsk?

—¡EL ÁGUILA! ¡ESTÁ ALLÍ!

Slim levantó la vista y vio el enorme pájaro que volaba justo sobre sus cabezas.

—¿El águila?

Nunca había visto semejante cosa. Pero Tom estaba ya de vuelta en la furgoneta y retrocedía a toda velocidad.

—Ya no puedes escapar, chalado. No puedes.

Tom lo ignoró y cruzó el patio acelerando con fuerza. Patinó un par de veces y rectificó antes de trazar un círculo en el centro. La gran ave contempló la furgoneta, que se movía a toda velocidad dando bandazos sobre la nieve. Las ruedas formaban un dibujo: «S», «O»... y entonces, de repente, el ave lo entendió.

—¡Ahh!

Se oyó un golpe contra el techo y la cabeza de una enorme y peluda rapaz apareció de pronto del revés a través del parabrisas. Parpadeó. Slim volvió a gritar.

—¡No puedo creerlo! Tom Scatterhorn, ¿eres tú?

—¡Hola! —Tom derrapó peligrosamente para esquivar al primer camión que entró patinando a toda velocidad en el patio y empezó a perseguirlos.

—¿Qué estás haciendo aquí, chaval? ¿O es una pregunta tonta? ¡Buf!

La gran ave se agachó cuando otro camión giró delante de ellos y se unió a la persecución.

—Te he estado buscando.

—¿A mí? Pero...

—Don Gervase me metió en el manicomio y...

—¡Por todo el fuego del infierno! ¿En ese sitio?

Tom asintió a la vez que giraba el volante como un loco a medida que más y más hombres y vehículos empezaban a emerger de las callejuelas.

—Sabía que venías esta noche, así que me he escapado y...

—¡Te has escapado! ¿Con tu colega?

Tom le echó una ojeada a Slim, que había cambiado de expresión, poniendo cara de puro terror.

—] S[lo es mi colega. No es nadie.

El ave fulminó con la mirada al chico encogido en su asiento.

—¿Puedes ayudarme?

El ave miró a su alrededor. Ahora todas las salidas estaban bloqueadas^ los soldados saltaban de los camiones...

—¡Maldita sea, Tom Scatterhorn! Aguanta tanto tiempo como puedas.

Se oyó un arañazo en el techo y el ave desapareció.

—No vas a salir de esta, chalado —siseó Slim, recuperándose rápidamente.

—¿No? —Tom aceleró con fuerza.

El señor Grimal se apeaba de uno de los camiones.

—Ni soñarlo. No es nada personal.

En ese mismo instante, Slim se estiró por encima del salpicadero, sacó la llave y la tiró por la ventanilla. Al instante se paró el motor y la furgoneta se detuvo en mitad del patio.

—Vas a volver justo ahora mismo al lugar en el que debes estar, Tomsk.

El primer instinto de Tom fue borrar de un puñetazo la sonrisa de la cara huesuda de Slim, pero comprendió que así no solucionaría nada. Tras abrir la puerta, se dejó caer sobre la nieve mientras los soldados lo rodeaban apuntándole con los rifles.

—¡Manos arriba!

Tom hizo lo que le decían y miró las luces con los ojos entornados.

—¡Qué lástima! ¡Con lo bien que ibas!

La pesada silueta del señor Grimal emergió de entre las sombras y Slim se bajó de la furgoneta. El chico miró a Tom con una mueca desdeñosa.

—Aquí tiene a su eco, jefe. Se lo entrego tal como acordamos.

—Buen trabajo, Spry. Bien hecho. —Hubo una pausa—. Bueno, señor Scatterhorn, esto ha sido toda una aventura, ¿verdad?

Tom entrevió a los hombres que se acercaban por todos lados. Tuvo la vaga sensación de que no debía moverse ni alzar la mirada. Ni siquiera echar un vistazo hacia atrás...

—Chico, no lo hagas más difícil de lo que ya es. No vamos a hacerte daño.

Grimal gruñó y los soldados bajaron las armas. Dio un paso adelante y, de forma instintiva, Tom dio un paso atrás.

—Solo queremos llevarte a casa, donde debes estar.

Tom mantuvo las manos levantadas. Ocurriera lo que ocurriese, tenía que ocurrir en ese mismo momento. «Vamos —susurró para sí—. Por favor.»

El señor Grimal se quedó mirando al chico. ¿Por qué permanecía así? Parecía esperar algo...

—Cogedlo.

El círculo de hombres avanzó. En ese mismo instante, una silueta oscura surgió entre dos edificios. Al volverse, Grimal vio algo muy grande que volaba directamente hacia él.

—¡Disparadle! —gritó.

Sin embargo, mientras lo decía, los soldados se tiraron instintivamente contra la nieve mientras el ave atravesaba sus filas a toda velocidad. Al instante, Grimal se apartó corriendo y Tom notó dos grandes garras que lo agarraron por debajo de los brazos. Se elevó balanceándose, a tiempo de ver fugazmente el rostro horrorizado del señor Grimal antes de volar por encima de los tejados y desaparecer de la vista.

—He llegado un poco justo —dijo el águila con voz áspera—. ¿Estás bien?

Tom asintió con la cabeza. Abrió la boca para hablar, pero no le salió nada.

—Resiste un poco más, chaval.

Tom notó la sacudida de las vastas alas del ave mientras cruzaban el río a toda velocidad en dirección a la silueta del campanario de la iglesia, que sobresalía del agua negra y arremolinada. Al cabo de un momento la rapaz dejó caer suavemente a Tom sobre el tejado y luego voló en picado para hacer un torpe aterrizaje.

—¡Vaya panda de imbéciles! —murmuró, volviéndose para mirar con furia los destellos de las luces a través de los embarcaderos, son como moscas revoloteando en la basura.

Tom observó atentamente al enorme pájaro: parecía un batiburrillo de plumas y colores raros, y había perdido la mayor parte de su collar gris. Al cabo de un rato, el ave se volvió y miró a Tom con su furioso ojo amarillo.

—Ahora, viejo amigo, antes de seguir, ¿qué te parece si me cuentas exactamente lo que está pasando?

Cinco minutos más tarde, el águila había escuchado en un silencio enfurruñado la historia de Tom. El chico la había explicado de forma breve y simplificada, ciñéndose a los detalles esenciales.

—Me da la impresión de que te has buscado un enemigo terrible ahí dentro, chaval —dijo el águila con desdén—. Y algo me dice que Askary no va a tomarse bien esta pequeña aventura.

Tom asintió: eso era obvio.

—Puede que el doctor Logan no quiera reconocer que me he escapado —dijo, tratando de mostrarse positivo—, sobre todo si soy una especie de prisionero importante.

El ave bufó con desprecio.

—Puede que sí y puede que no.

Se volvió a mirar el museo a lo lejos. Entonces los motores hacían ya menos ruido, y a Tom le pareció que casi podía oír el ruido de la fiesta una vez más.

—Aunque quiera, Logan no podrá mantener esto en secreto durante mucho tiempo. Chico rescatado misteriosamente por vieja ave hecha polvo: seguro que hay consecuencias. Por no hablar de los valientes bichejos de tu celda. ¿Qué demonios va a sucederles?

Tom se encogió de hombros con aire de culpabilidad: casi se había olvidado de aquellos animales amontonados sobre su almohada.

—Me parece que estás metido en un follón de proporciones extraordinarias, chaval. Tal vez lo estemos los dos.

Tom no dijo nada. Por algún motivo, los meros hechos había dejado de asustarlo.

—Por eso tengo que encontrar ese conducto de ventilación —¿Tú tienes que encontrarlo?

—Bueno, alguien debe hacerlo. Alguien tiene que tratar de destruirlo. ¿Por qué no voy a ser yo?

La rapaz fijó su mirada en aquel chico raquítico de trece años cuyos ojos negros destellaban. Se le ocurrían un montón de razones..

—¿Estás seguro de que no te olvidas de contarme algo?

—¿Qué? —dijo Tom, con las mejillas arreboladas—. ¿A qué te refieres?

—¿No hay alguna otra razón detrás de todo esto?

Tom negó con la cabeza, exasperado.

—Claro que no.

Sin embargo, por supuesto que no había mencionado lo que había sucedido dentro de su cabeza. Que su mente era como la de un escarabajo, que en cualquier momento don Gervase podía invadirla sin más, gritando órdenes...

—Podrías volver a casa, ¿sabes? Vuelve a casa, vete a la cama; olvida lo que ha ocurrido. Como una pesad...

—No quiero volver a casa —resopló Tom furioso—. ¿Qué sentido tendría? El me encontraría de todos modos. Me encontraría por más que me escondiese. Por eso tengo que destruir Scarazand. Además..., ya no se trata solo de mí. Es más que eso. —Tom hizo una pausa y respiró hondo—. Se trata de todo esto. De lo que ha ocurrido aquí. De lo que le ha sucedido a este sitio. A todo en general. Hablo en serio.

—No lo dudo, mi pequeño fugitivo, no lo dudo. Es solo que...

El águila no quería herir los sentimientos del chico, pero le parecía escuchar a una hormiga planeando una pelea contra un elefante; de hecho, contra una manada de elefantes.

—Te echaría una mano si tuviese la más mínima idea de dónde se encuentra esa chimenea. Pero puedes estar seguro de que va a estar extraordinariamente bien escondida. Y en cuanto a la protección...

El águila sacudió su gran cabeza peluda. Era difícil imaginar que 1 bosque en el que se ocultase el conducto de ventilación no estuviese lleno de toda clase de bestias desagradables...

—Tal vez necesitemos ayuda, el consejo de un par de tipos que se pasaron mucho tiempo buscando esa chimenea. Aunque, por supuesto, nunca les dieron el soplo que te han dado a ti.

A Tom el corazón comenzó a latirle más deprisa.

—Sí, mi viejo amigo. August Catcher y sir Henry Scatterhorn.

—Entonces... ¿todavía siguen vivos?

—A su estilo, más que nunca.

A Tom le dio un vuelco el corazón.

—¿Y de verdad podrías llevarme con ellos... desde aquí?

—¿Que si podría? Interesante palabra, «podría». Yo diría que sí, pero hay dos grandes inconvenientes. El primero es que me han prohibido informar absolutamente a nadie de dónde están, porque los buscan.

—Oh.

—Desde nuestra pequeña excursión a Scarazand el año pasado, Askary les ha seguido la pista, registrando todos y cada uno de los escondrijos que hay sobre la faz de la Tierra. Supongo que no se tomó muy bien que averiguásemos lo que pretendía. De ahí que se hayan refugiado entre los más espesos matorrales. Si te llevase con ellos no cumpliría mi palabra, y eso está mal, colega, sobre todo tratándose de ellos.

Tom no pudo disimular su decepción.

—Entonces, ¿eso es un no?

La gran rapaz hizo una pausa; era evidente que reflexionaba.

—En segundo lugar, ¿has visto alguna vez qué es lo que vive en aquellos molinos de viento de ahí arriba?

Tom negó con la cabeza sin comprender. El manto de niebla gris había permanecido intacto desde su llegada.

—Hummm. Puede que eso sea bueno.

—¿Qué es?

—Son negros, tienen las plumas como pinchos y están posados en las columnas. Parecen buitres, aunque son mucho menos hermosos. Cuando llegué, el cielo estaba cubierto de esos bichos. Da la impresión de que vigilan este lugar. Yo pasé, pero fue porque no me esperaban. La cuestión es si están enterados de tu huida. Porque si lo están... —dijo el ave, sacudiendo la cabeza—, mala suerte, chaval.

Tom miró la niebla, que se deslizaba rápidamente sobre sus cabezas.

—¿No podríamos volar bajo sobre el bosque, permaneciendo bajo la nube?

—Eso no nos conviene. No has visto gran cosa de este mundo, ¿verdad?

Tom no pudo fingir que sí.

—Créeme, es mejor no hacerlo. No es bonito. No, colega, la única entrada y salida de este lugar dejado de la mano de Dios se encuentra ahí arriba, donde está la luna. La luna equivale a los rayos de luna, las sombras, los reflejos, los bordes de las cosas. No hay ninguna otra solución.

Tom miró con abatimiento el manto gris. Parecía tan blando e inofensivo...

—Puede que tengamos suerte.

—Resulta gracioso viniendo de ti. Por lo que me han dicho, no tienes ni un solo hueso afortunado en el cuerpo, Tom Scatterhorn.

—Pero ahora mismo estoy aquí, hablando contigo, cuando podría estar muerto, o de vuelta en ese manicomio. Ya es algo, ¿no?

El águila miró al chico. No parecía que fuese a admitir un no por respuesta.

—Algo, aunque muy poco.

—En fin, ¿qué hacemos?

Dos minutos después, una oscura silueta ascendía por encima de los tejados del viejo Dragonport. Tom, agazapado dentro del profundo pliegue situado entre las anchas alas del ave, miraba las ruinas de la ciudad que sobresalían del agua como un montón de rocas. Al fondo, un poco apartado, se hallaba Catcher Hall, en ese momento a oscuras y con los postigos cerrados.

—¿Sabes quién vive ahí?

—Ni idea, colega —respondió el ave con voz áspera, echando un vistazo a la mansión. No había luces en las ventanas—. Nadie con quien convenga trabar amistad, supongo.

Tom asintió con aire sombrío. Solo podía distinguir un césped cuidado y unos setos bien podados que se alzaban cerca del bosque que tenían debajo: fuera quien fuese, era evidente que cuidaba el lugar.

—¡Puaj! ¡Tápate la nariz!

Tom olfateó e, instintivamente, se echó para atrás. El hedor a huevos podridos le produjo escozor en los ojos. Parecía venenoso.

—Horrible, ¿verdad? —El ave se deslizó de lado hacia el oscuro mar y enseguida se alejaron de allí—. Siempre sé que he llegado cuando me llega ese olorcillo. Debe de ser esa fábrica vuestra. Ese es el olor de Dragonport.

Tom cerró los ojos: el sabor que le inundaba la boca le estaba dando ganas de vomitar. A lo lejos le pareció oír un golpe sordo, como el de un martillo en un sótano...

Al cabo de un momento, el muro de nube blanca los envolvió. Siguieron volando, ascendiendo a través de la oscuridad lechosa. Tom no sentía nada, salvo el aire húmedo que le empapaba toda la cara.

¡Zum!

Algo surcó la nube justo delante de ellos, tan rápido que apenas resultó visible. Los dedos de Tom se agarraron con más fuerza al lomo del ave.

—¿Qué ha sido eso?

Un nuevo zumbido.

Otra silueta partió la niebla por la mitad... Notaron una profunda vibración, un murmullo sobre sus cabezas.

Palas de turbina, ¿te acuerdas? Molinos de viento. ¡Hay todo un bosque!

Siguieron subiendo más y más. El águila ganaba altura, y el murmullo iba en aumento. Por fin cruzaron las nubes como una exhalación y Tom sintió como si acabase de surgir de un pantano virgen. Allí, a la pálida luz de la luna, giraban cientos de molinos de viento que se extendían en hileras por encima de las nubes.

—Mira la parte superior de los mástiles —gritó el águila—. ¿Los ves?

Tom forzó la vista: las columnas de acero blanco estaban negras y moteadas, como si creciese en ellas una especie de moho. Pero no era moho, ni nada parecido...

—Allá vamos...

Los primeros escoltas aparecieron de la nada y los rodearon con curiosidad. Sus caparazones brillantes y sus ojos lisos relucían a la luz de la luna... A Tom le recordaron un tábano gigante que había visto una vez, solo que esas criaturas eran considerablemente más grandes. De pronto, uno de los insectos se lanzó en picado y se sujetó a la cabeza del águila.

—No hay necesidad de hacer tonterías. No voy a... ¡AY!

Con una cruel embestida, el insecto le ensartó con fuerza el ojo. Al instante, la rapaz se lo arrancó con una garra y lo hizo pedazos.

—¡Maldita sea! Pero eso era innecesario. Baja la cabeza, Tom. Si les das ocasión te la agujerearán. Lo último que queremos es suscitar su hostilidad.

Tom se apretó más contra el lomo del águila. Siguieron volando y adentrándose en el bosque de palas giratorias, seguidos por aquella curiosa nube que zumbaba.

—¿Ves alguna abertura por algún lado?

El águila negó con la cabeza.

—Nada de nada, solo una porquería grisácea. Vamos hacia la central eléctrica; toda esa electricidad podría darnos chispa.

El ave ajustó el rumbo y se dirigió hacia las chimeneas que se veían a lo lejos. Para entonces, algunos de los insectos parecían haber perdido el interés y regresaban a sus nidos.

—No ha sido tan malo —susurró Tom—. Puede que solo sintieran curiosidad.

—Guarda el champán para luego, compadre —dijo el ave con voz áspera—. Aún nos queda muchísimo camino.

El águila apenas había acabado de hablar cuando algo pareció en el aire a su alrededor, una onda invisible que levantó la nube de insectos como una ráfaga de viento... Al instante, Tom oyó un golpe sordo y fuerte dentro del cráneo. Era una señal..., una orden..., pero ¿para qué? Al mirar hacia atrás, a Tom se le erizó 1 vello de la nuca. Allí, perfilada contra el cielo violeta, había una pequeña silueta oscura que se precipitaba hacia ellos. Parte del negro enjambre se había separado ya del resto y empezaba a perseguirla a toda velocidad.

—Pero no puede ser él, ¿verdad? No se molestaría en venir en persona —razonó el águila. El siseo se hizo más fuerte—. Será un asesino o algo así.

—¡EXACTO! —gritó Tom—. ¡VAMOS!

—Está bien. —El enorme pájaro exhaló sonoramente—. Sabía que era mala idea.

Tras situar las alas en forma de flecha, la rapaz se lanzó en picado hacia las nubes que se hallaban a sus pies. Enseguida volvieron a sumergirse en la gris oscuridad.

—¡Uy!

El águila giró bruscamente y se elevó por poco por encima de una pala que se movía hacia la izquierda. A continuación, zigzagueó por debajo de otra que rotaba hacia la derecha. Siguieron adelante, serpenteando por aquel bosque de torres y palas giratorias.

—Esto es una imprudencia —se quejó el ave—. ¿Aún están ahí?

Tom miró hacia atrás. No vio nada, pero oyó un siseo.

—Tal vez... quizá.

—Muy bien. Echemos un vistazo. ¡Arriba el periscopio!

El águila ganó altura y volvieron a rozar la nube por encima.

—Eso está mejor. Al menos veo lo que sube y b...

El pájaro se detuvo. El enjambre de insectos les seguía la pista justo encima de sus cabezas, como una nube negra tan espesa que ocultaba la luna.

¡Ha llegado el momento de ponerse drásticos! —rugió—. Agárrate, Tom Scatterhorn.

El ave giró de repente y se lanzó directamente hacia el molino de viento más cercano.

—¿Qué haces?

—¿Has jugado alguna vez a la ruleta rusa?

La respuesta de Tom se perdió en la ráfaga de aire mientras aceleraban con fuerza hacia el centro de la hélice. Era un caleidoscopio de acero giratorio y nubes... Incapaz de mantener los ojos abiertos, Tom miró hacia atrás: perdió la cuenta del número de siluetas oscuras que corrían tras su presa como una jauría de perros de caza, tratando de quitarse de en medio unos a otros...

—¡Espera!

Las palas surgieron tan deprisa que Tom apenas tuvo tiempo de cerrar los ojos antes de que el águila girase y dibujase un rizo invisible en el aire. Los diez primeros insectos se estrellaron contra el molino de viento y explotaron como bombas, pero los demás escaparon sin esfuerzo y cerraron filas para lanzarse al ataque. Aceleraron a la vez, se precipitaron hacia delante y se aferraron a las plumas de la cola y a las patas del águila.

—¡Largaos! —gritó Tom, lanzando patadas y puñetazos contra las negras criaturas.

Pero de nada sirvió. En un momento se les habían unido las demás y una nube de insectos ondeaba ya debajo de ellos como un gran saco, arrastrándolos hacia abajo.

—¿Qué vamos a hacer? —gritó Tom.

El águila no respondió; luchaba por mantener el vuelo.

—¡Creo que deberías deshacerte de mí!

—Aún no, colega —contestó el ave con voz áspera mientras dos insectos se le aferraban a los ojos y al pico—. Nos queda una última opción. ¿Sabes nadar?

—Sí, pero...

—¡Agárrate bien!

De pronto el águila dejó de batir las alas y descendieron en espiral a través de las nubes en una caída en picado apenas controlada. Emergieron justo encima de un paisaje oscuro de bosques y colinas.

—¡Maldita sea! ¡Creía que eso era el mar!

—¡Allí! —gritó Tom al divisar entre los árboles un pequeño lago con una casita

en la orilla.

—¡Eso servirá!

Con todas sus fuerzas el ave rapaz se abalanzó hacia delante, arrastrando la carga furiosa que llevaba debajo.

—Vas a tener que soltarte, colega.

Tom se debatió, defendiéndose a patadas de los insectos que lo rodeaban y lo asaltaban a picotazos. Echó un vistazo al agua negra que se acercaba rápidamente. Parecía fría, dura y horrible.

—Vale.

—Luego te recojo. Aléjate de ellos tanto como puedas.

Tom abrió unos ojos como platos mientras el lago se precipitaba hacia él.

—¿Estás segura...?

—¡Sí! ¡Allá vamos!

Los siguientes instantes resultaron confusos. Tom tuvo la vaga conciencia de caer al agua con una fuerza colosal, y luego se vio engullido por la oscuridad. El agua estaba tan fría que la sensación fue la de una descarga eléctrica. Cerró los ojos y empezó a nadar bajo el agua, y nadó y nadó y nadó hasta que los pulmones estuvieron a punto de reventarle y no pudo continuar. Se dirigió hacia la superficie. Una brazada más, dos, tres, una de propina... y, buscando una bocanada de aire, salió súbitamente al limpio aire nocturno... —¡Eh!

Tom jadeó, y jadeó otra vez. Más allá había una masa de insectos que pateaba impotente en el lago. Sobre su cabeza se hallaba la enorme águila peluda, desaliñada y empapada, pero en el aire una vez más.

—¡Agárrate al tren de aterrizaje, colega! —rugió, trazando un arco hacia abajo sobre la superficie cristalina del agua.

En un solo movimiento alcanzó a Tom con sus garras y lo levantó en el aire.

Al instante Tom aterrizó en las espesas plumas mojadas del lomo del águila.

—Esto se está convirtiendo en una especie de costumbre, ¿no? Creía que la habías palmado. ¿Por qué has nadado hasta tan lejos?

Tom resollaba tanto que apenas podía hablar.

—Has dicho que me alejase, así que... me he alejado.

—Desde luego que sí, colega. Nos los hemos quitado de encima. —Tom miró la mancha de color negro que flotaba sobre la superficie del lago—. El agua es lo único que puede con ellos. Recuerda eso.

—¿Has hecho eso otras veces?

—Una vez, in extremis. No creía que fuese a conseguirlo, pero me alegré al saber que uno de mis parientes era un cormorán moñudo, así que pude nadar.

Tom sonrió, asombrado ante la gran cantidad de recursos que poseía aquella criatura valiente y extraña.

—Ahora, señor Scatterhorn, vámonos a algún sitio más acogedor. Sin tener otra batalla con ese tábano y todos sus colegas.

El ave avanzó hacia el fondo del lago, reconociendo el terreno. Allí empezaba a abrirse un minúsculo hueco entre las nubes, y la luz de la luna comenzaba poco a poco a danzar sobre la orilla del agua.

—¡Qué preciosidad! Uno de esos pequeños rayos de luna nos vendrá de perlas.

Esa cara me suena

Tom no tenía la menor idea de cuánto tiempo llevaba viajando, podrían haber sido segundos u horas. Medio despierto, medio soñando, vio ciudades que aparecían por el horizonte y quedaban atrás. En un momento determinado reconoció Londres: allí estaba la catedral de san Pablo, y el Támesis serpenteando a través del puente de la Torre, muy abajo; luego, cuando volvió a mirar, distinguió la torre Eiffel... pero casi siempre veía una negra e infinita extensión de mar. Poco a poco, Tom se fue adormeciendo con el zumbido constante del ritmo indolente del ave. Sin embargo, de haber permanecido despierto, y de haber estado alerta, tal vez habría observado un punto oscuro en el horizonte, siempre presente, que seguía su rumbo como una sombra...

Cuando despertó despuntaba el alba. Tom alzó la vista con aire aturdido y vio unos acantilados que se sumergían en el mar.

—¿Dónde estamos?

—Ya muy cerca, chaval —contestó el águila con voz áspera, elevándose por encima de los peñascos grises y lanzándose en picado sobre un estrecho barranco tapizado de pinos y rocas redondeadas—. Me alegro de que hayas echado un sueñecito.

Cinco minutos más tarde, Tom empezaba a estar hambriento. Apenas recordaba la última vez que había comido o bebido. Miró con anhelo los riachuelos cristalinos que discurrían sobre las rocas, bajo sus pies.

—¿No hay ninguna posibilidad de...?

—Enseguida —anunció el ave, indicando hacia delante con un gesto de la cabeza.

Al fondo del barranco había una pálida montaña que señalaba hacia el cielo con gesto acusador. En su cima, encendidos de rosa por el alba, Tom distinguió un tejado en pendiente y unas ventanitas cuadradas. Los muros parecían salir directamente de la propia roca.

—¿Es esa su casa?

—No es suya exactamente; y no es del todo una casa.

El gran pájaro descendió hacia las sombras y se detuvo con un torpe rebote entre los pinos.

—Es un monasterio.

—¿Un monasterio? —repitió Tom, sorprendido.

August y sir Henry tenían muchos intereses, pero la religión no se hallaba entre ellos.

—Por fuera. De hecho, es el refugio de una antigua orden. Llevan un milenio aquí, pero son un grupo reservado. No promueven precisamente las visitas, y tampoco van pregonando su existencia. Es todo muy secreto. De ahí que tengan eso.

El águila indicó con la cabeza una áspera plataforma de madera, cerca del pie de la roca. Había una gran cesta atada a las ramas de un árbol, más o menos del tamaño de una barca pequeña, con tres altos costados de mimbre.

—Esa cesta es la única forma de subir. O de bajar. Pero no creo que esos chicos bajen nunca. Una vez que están arriba, están arriba, para toda la vida. Y eso debe de ser muy divertido.

—¿Y cómo se hacen llamar?

—La Legión de la Hormiga Blanca. Raro, ¿no? Dudo que hayas oído hablar de ellos.

A Tom el nombre le resultaba familiar, pero no pudo recordar por qué. Junto a la cesta había un pequeño recipiente de piedra que recogía el agua de un arroyo y una taza de porcelana desportillada. Tom dio un trago largo y profundo.

El agua deliciosamente helada le agudizó los sentidos. Volvió a alzar los ojos y siguió con la mirada la cuerda que colgaba contra la roca hasta una plataforma distante que se recortaba contra el pálido cielo del amanecer. Parecía estar muy lejos.

—Entonces, ¿te izan hasta ahí arriba?

El águila asintió con la cabeza.

—Hasta arriba del todo. Habría podido llevarte allí yo mismo, pero, bueno... — El águila parecía un poco incómoda—. No es un hotel, ¿sabes? A los hermanos no les gustan mis idas y venidas. De hecho, es un tema un poco delicado, así que suelo colarme por la noche, cuando nadie mira.

Tom vio que no tenía elección. Sin embargo, si tan difícil era entrar, ¿cómo iba a salir?

—¿Y estás seguro de que estarán ahí?

El águila se encogió de hombros.

—August estaba hace un mes, pero puede que no sea lo que esperas. Recuerda, chaval, que lleva vivo muchísimo tiempo. Te lo digo para que no te decepciones.

—¿Y sir Henry?

—No estoy seguro. Es menos predecible.

Tom se armó de valor y subió a la cesta, en cuyo áspero asiento se sentó.

—Da un tirón; suele funcionar.

Tom tiró de la cuerda y esperó. Al cabo de unos momentos la cuerda se tensó y la cesta se separó de la plataforma con una sacudida.

—Ahí tienes. Buena suerte.

—Gracias. —Tom permaneció inmóvil mientras subía en rápidas sacudidas a través de los árboles—. ¿Volveré a verte?

El águila lo miró ceñuda, como si aquella fuese la pregunta más estúpida que había oído en su vida.

—¿Tienen las ranas el trasero a prueba de agua?

Con una sonrisa radiante, Tom siguió ascendiendo hacia la luz del sol, muy cálida a pesar de lo temprano que era. Se protegió los ojos y trató de entrever a la persona

que lo estaba izando, pero no pudo. La cesta subía por la ladera de la roca, hasta que el largo y sinuoso barranco se desenredó como una serpiente verde. Al fondo, Tom vio fugazmente un puntito azul: el mar, que lanzaba destellos a la luz del alba. La Legión de la Hormiga Blanca... Entonces Tom recordó el nombre. Una vez habían celebrado una reunión en Dragonport, junto a los muelles... Lotus Askary y su banda de matones lo habían incendiado... Así que eran ellos quienes protegían a August y a sir Henry... ¿Qué iba a decirles cuando por fin se encontrasen?

Tom trataba de ensayar la escena en su mente, imaginando todas aquellas preguntas incómodas y comprendiendo que tenía muy pocas respuestas. No, no sabía por qué lo habían enviado a un manicomio en el futuro. Tampoco entendía los cuadros de Betilda Marchmont. Ni siquiera sabía por qué iba a delatar a sus padres o cómo se suponía que iba a hacerlo... ¿Qué sabía entonces? Solo que quería destruir Scarazand para siempre. Eso era todo. ¿Por qué? Tom se quedó mirando los árboles, que se reducían bajo sus pies. «¿Por qué tú, Tom?»

«Si quieres que te ayuden, tendrás que contárselo todo. Es decir, la verdad.»

—Pero puedo resistirme a él. Sinceramente puedo, si pienso lo suficiente. Lo he hecho otras veces, durante poco tiempo... Si me concentro no puede controlarme por completo.

Tom sacudió la cabeza, furioso. Esa era la verdad. Y no le gustaba nada. Sonaba tan patética... De pronto todos aquellos secretos que había logrado guardar salían a la superficie descontrolados. Estaba tan seguro de ello como de que estaba ascendiendo por la ladera de esa montaña...

Al cabo de un momento, Tom se encontró emergiendo por un agujero a una amplia plataforma de madera. A un lado, manejando el sistema de poleas, había dos jóvenes vestidos con túnicas de color gris claro. Llevaban la cabeza afeitada y el sudor les corría por las sienes. Uno ató la cuerda con un gruñido mientras el otro izaba la cesta hasta la plataforma y hacía una breve pausa, sin aliento.

—*Ya soo? Boro na sas voetheeso?*

Al volverse, Tom vio a un hombre fibroso de pelo rapado y ojos muy brillantes que lo observaba. Tenía un aspecto anguloso y atlético como el de un bailarín. No se parecía en absoluto a la imagen que Tom tenía de un monje.

—Hola. Gracias por izarme.

El hombre no dijo nada. Siguió sonriendo, perspicaz. Tom se fijó en que era ligeramente bizco. A sus espaldas había un alto muro y una estrecha puerta de madera. Estaba cerrada.

—Busco a una persona. A un amigo. August Catcher. Yo era su ayudante, hace muchos años.

El silencio persistió. En realidad, aquel monje era muy bizco, y a Tom le costó elegir en cuál de sus brillantes ojos azules centrarse.

—Solo me preguntaba... o sea, esperaba poder verlo.

No hubo respuesta.

—O a sir Henry Scatterhorn. ¿Es posible?

—Los hermanos no están autorizados a recibir visitas —respondió el monje en inglés, con voz serena pero firme—. Nuestra orden no lo permite.

—Pero es urgente. He venido de muy lejos. Estoy en un apuro, y tengo que verlos —dijo Tom, alzando un poco la voz—. Necesito su ayuda.

La sonrisa del monje permaneció invariable. Estaba dudando, calculando si aquello era un ardid más. El chico había encontrado el nombre adecuado, pero cualquiera podía hacer eso. Y según algunas informaciones cada vez estaban mejor enterados...

—¿Cómo has llegado hasta aquí, joven amigo?

Nervioso, Tom tragó saliva. ¿Qué debía contestar? El monje había entornado ligeramente los ojos. Aquello era una prueba...

—Yo... esto... había oído hablar del monasterio, y subía por el barranco... esto... a pie, cuando...

Tom bajó la vista y maldijo en silencio.

«No hagas el ridículo. No eres un turista. Recuerda: ¡la verdad!»

—Vale, vale. Me llamo Tom Scatterhorn. Soy de Dragonport, Inglaterra. He llegado aquí a lomos de un ave, una especie de águila hecha por August Catcher hace muchos años, cuando era taxidermista. El águila sabía que era aquí donde se escondían August y Sir Henry, y por eso me ha traído.

Ya lo había dicho. Sus palabras fueron recibidas con un silencio, pero el monje no pareció sorprenderse. Echó un vistazo a sus dos compañeros y luego volvió a mirar a Tom.

—¿Scatterhorn?

—Sí —confirmó Tom, enjugándose el sudor de la frente. De repente se notó el corazón palpitándole en la garganta—. Tom Scatterhorn.

Le costó pronunciar su propio nombre. La sonrisa del monje se convirtió en una mirada fría. El hombre se volvió y cruzó la estrecha puerta que se hallaba a sus espaldas. Tom se quedó esperando bajo la luz del sol. Los otros monjes no lo miraron, pero tampoco se marcharon. Se disponían a empujarlo o a obligarlo a bajar. En cualquier caso, Tom se preguntó si el águila sabía que iba a ocurrir todo aquello. Furioso, se quedó mirando el valle, con los cegadores rayos de sol que atravesaban la niebla.

—¿Scatterhorn?

El monje había reaparecido en el umbral. Se apartó a un lado, y en el oscuro cuadrado que se hallaba más allá emergió una figura con capucha de monje. Una cara fantasmal surcada de arrugas y unos ojos claros y centelleantes...

—¿August?

De forma inconsciente, Tom dio un paso adelante, y al instante los dos jóvenes monjes hicieron lo propio. Tom intuyó que estaban preparados para cualquier cosa que pudiese hacer a continuación.

—¿Eres tú, Tom?

La voz era rasposa, pero era suya, ¿verdad?

—Sí, soy yo —respondió Tom con una sonrisa—. Me ha traído el águila—

—Muy bien. —La cara blanca del umbral asintió inexpresiva— Sigue parloteando con ese extraño acento ruso que tiene, ¿no?

Tom se quedó desconcertado. Tal vez August lo hubiese olvidado.

—¿Ruso? Esto... no, habla inglés con acento australiano.

—Ah, sí, eso hace, por supuesto —dijo la voz en tono distante—. Me pregunto por qué lo hará.

De pronto las palabras del ave volvieron a su mente: «Puede que no sea lo que esperas». ¿Por qué le hacía August esas preguntas, cuyas respuestas conocía sin duda, y por qué no salía de una vez a recibirlo?

—Es por el diccionario aborígen que le metió usted en la cabeza. Así aprendió a comunicarse con los pájaros.

—Ah... ah, sí.

Algo iba mal, Tom lo intuía. Los monjes lo observaban con expresión agresiva.

—¿Así que has venido de Dragonport?

—En efecto. Acabo de llegar. Hemos viajado toda la noche.

—¿Cómo está la ciudad?

—Está muy... diferente. No la reconocería. Todo ha cambiado.

—Madre mía. Es una lástima. Pero la catedral sigue ahí, ¿no? Me encantaba ir a escuchar el órgano.

—Bueno...

—Y el Dragonport Athletic... No me digas que no siguen al final de la cuarta división.

—Pues...

Tom miró con los ojos entornados esa cara pálida que tan bien conocía. No había ninguna catedral en Dragonport, y en cuanto a fútbol, August Catcher no entraría ni muerto en un campo de fútbol. Al menos, no el August que él conocía. Tal vez fuese ese el motivo de que lo protegiesen los monjes. August Catcher estaba vivo, pero solo era un resto de su antiguo yo. Tal vez a sir Henry le ocurriese lo mismo. De repente, Tom sintió que lo inundaba una oleada de pesar. Nunca debería haber acudido a ese lugar.

—Lo siento de verdad. He cometido un error. Perdón. —Tom se volvió hacia los dos monjes que lo habían izado—. Por favor, me parece... ¿Podrían bajarme otra vez?

Hubo un silencio. Todas las miradas estaban posadas en Tom. Un pájaro chilló en la lejanía.

—¿Quieres bajar otra vez?

Quien había hablado era el monje bizco.

—Sí.

August Catcher seguía en el oscuro umbral: una figura frágil., una carcasa hueca de aquel hombre brillante y vital que había conocido tantos años atrás.

—Adiós, August. Siento haberle molestado.

Con el corazón en un puño, Tom se volvió hacia la cesta. Era consciente de que nadie se había movido todavía.

—¿Estás totalmente seguro de que quieres bajar?

Era la misma voz frágil, pero el tono había cambiado.

—Sí. Estoy seguro.

—¡Excelente! ¿Qué les dije, caballeros?

Tom se volvió y se quedó boquiabierto. La frágil figura del umbral se desintegró ante sus ojos; su piel era una masa de pálidas polillas que se marcharon revoloteando en todas direcciones. La capucha cayó al suelo y de la oscuridad surgió una vivaz figura con barba y un espeso pelo blanco de punta.

—¡Bueno, bueno, Tom Scatterhorn! Qué sorpresa.

Tom sofocó un grito y, al instante, el hombre con gafas se puso a estrujarle la mano furiosamente.

—¿August?

—Sí, sí. Mis disculpas por esta idea nueva que queríamos probar. Los monjes y yo tenemos que ser extraordinariamente prudentes para protegernos de los huéspedes indeseados.

Se volvió y los monjes más jóvenes sonrieron. Toda la tensión parecía haberse desvanecido.

—Este joven es extraordinario —dijo, dándole una palmada en el hombro—. No solo ha estado en Scarazand, sino que ha vuelto para contarlo. —Los monjes asintieron con aprobación—. Aunque espero que no a demasiada gente —añadió August mientras sus ojos vivos lanzaban destellos entre los montones de piel arrugada.

Tom sonrió aliviado.

—No.

—Bien, bien. Venga, entra. Supongo que estarás hambriento, como todos los muchachos.

Dicho esto, giró sobre sus talones y se metió en la oscuridad a buen paso. Tom se movió torpemente entre los curiosos monjes y penetró en un pasillo oscuro y fresco de piedra abovedada. En el techo relucían mosaicos de oro, y un intenso aroma a incienso flotaba en el aire.

—Estos tipos se han portado muy bien conmigo —dijo August, agachándose para cruzar una pequeña puerta en forma de arco y bajar por una escalera de caracol—. Tengo mis propias habitaciones, lo cual resulta muy útil, teniendo en cuenta todos los trastos con los que cargo. Seguramente lo recuerdas, ¿no, Tom?

En efecto, Tom recordaba el insólito taller que August tenía en una cueva de aquella isla del Himalaya, y también recordaba que August parecía mucho más frágil

la última vez que se vieron. Al parecer, no solo se había encogido, sino que de algún modo se había vuelto mucho más enérgico.

—Ya hemos llegado —dijo August, abriendo una puerta de madera.

Descendieron unos cuantos peldaños hasta entrar en una gran habitación de forma muy irregular. De tres pequeñas ventanas abiertas en las macizas paredes provenía la única luz que había en el cuarto. Toda la estancia estaba repleta de chismes.

—Sigo teniendo la enciclopedia aérea —continuó August, alzando una mano sobre la mesa llena hasta arriba de libros y frascos de especímenes en dirección a la pared del fondo, donde varias hileras de picozapatos miraban al frente impasibles—. Que, por supuesto, tiene que mantenerse actualizada —dijo, pasando la mano por una hilera de albatros—. Y luego, por supuesto, están los errores —añadió, dándole unos golpecitos en la cabeza a un par de gansos de aspecto apesadumbrado—. E incluso los errores tienen errores —dijo, indicando con un guiño a un petrel—. Pero así es el progreso, ¿verdad, caballeros? El conocimiento no espera a nadie.

Tom oyó que los monjes arrastraban los pies.

—¿Y las polillas?

—Polillas rhodi. Hay que engatusarlas un poquito, pero se pueden convertir casi en cualquier cosa. Y lo mejor de ellas es que están desesperadas por complacer, como si fuesen cachorros —dijo—.

Y saben lo que estás pensando.

Tom se echó a reír.

—¿De verdad?

—Desde luego. —Cogió una cajita de la mesa y le puso unas cuantas criaturas moteadas en la mano—. Piensa en algo. Un objeto pequeño.

—¿Lo que sea?

—¿Por qué no? Algo que quieras de verdad.

Tom miró los esponjosos insectos que caminaban en círculos por la palma de su mano, zumbando con las alas. ¿En qué podía pensar? Cerró los ojos y se dio cuenta de que solo podía pensaren comida. Tenía tanta hambre... Una manzana roja, crujiente, jugosa...

—Aquí tienes.

Abrió los ojos. En la palma de la mano tenía una manzana, o más bien algo parecido a una manzana. Estaba hecha de polillas.

—El color no es el adecuado, lo sé, pero la intención es lo que cuenta. Estabas pensando en eso, ¿verdad?

Tom miró la moteada manzana blanca y marrón que temblaba en su palma y asintió con la cabeza.

—¿Cómo lo hacen? Lo leen en tu mano. A partir de la electricidad que vibra en las terminaciones nerviosas, han sabido con toda exactitud lo que querías. Te expresas a través del aire. Nosotros no podemos ver esos pensamientos, pero ellas sí. Pueden sentirlos y se sienten impulsadas a ilustrarlos. Asombroso, ¿verdad?

Con cuidado, Tom dejó la manzana gris sobre la mesa. El simple hecho de mirarla le estaba despertando un gran apetito.

—¿Sabes?, el aire que nos rodea no es el espacio vacío y transparente que nuestros ojos podrían hacernos creer —continuó August, rebuscando en varios cajones con entusiasmo—. Es una especie de sopa, llena de cosas minúsculas a través de las cuales podemos comunicarnos sin hablar ni ver. De hecho, probablemente está repleta de pensamientos, sueños, deseos no expresados...

—Supongo que no tendrá una manzana, ¿verdad?

—¿Qué?

August estaba tan exaltado que se había olvidado por completo de lo que quería Tom.

—¿Tiene algo de comer?

—¿Comer? ¿Te refieres a comida? ¡Comida! Claro que sí, querido chico, por supuesto. Yo aquí, parlotando como un viejo loco, mientras tú te mueres de hambre... Por supuesto. ¡Vaya, debo de estar haciéndome viejo! —dijo August, guiñándole el ojo—. Siéntate. Relájate. Dame un minuto.

Más tarde, mientras Tom comía en silencio lo que tenía delante (pan con queso, aceitunas y un tarro entero de miel, además de un cuenco lleno hasta arriba de fruta), August le explicaba con paciencia la historia de la Legión de la Hormiga Blanca.

—Fue formada en su origen por un grupo de caballeros medievales que habían oído hablar de un reino perdido bajo la tierra, un lugar hecho de oro, plata y piedras preciosas, y poblado por insectos. Salieron en su búsqueda, algunos murieron, algunos se volvieron locos, y muchos años después, de forma puramente accidental, tres caballeros hallaron la entrada a Scarazand en un pantano... Bajaron a aquel mundo asombroso... Dos de ellos regresaron, pero uno nunca lo hizo. Como era de esperar, nadie dio crédito a su increíble historia. Sin embargo, quisieron mantener vivo su secreto, así que construyeron este monasterio, lo más lejos posible de todo. Algunos de sus descendientes siguen aquí, aunque hoy en día los monjes son en su mayoría fugitivos de don Gervase Askary... y he de decir que también hay unos cuantos delincuentes...

Tom comía, sonreía y asentía cortésmente cuando era necesario hasta que por fin empezó a sentirse bien.

—Estabas realmente hambriento, ¿no es así? —dijo August, mirando un tanto asombrado la mesa vacía. Aquello era más de lo que él habría comido en una semana, y a pesar de todo el chico seguía arreglándoselas para resultar delgado y larguirucho.

—Sí, tenía mucha hambre.

—En ese caso, conozco la forma perfecta de rematar la comida.

August desapareció y regresó al cabo de un minuto con una gran taza de porcelana blanca.

—Un regalo especial de la cocina —dijo, dejándola ante Tom—.

Todo aquel que ha logrado escapar de Scarazand es muy apreciado aquí.

Tom echó un vistazo al humeante líquido marrón y cerró los ojos. Ese olor, tan dulce, tan empalagoso... August se quedó desconcertado ante la reacción de Tom.

—No me digas que eres el único chico del mundo al que no le gusta el chocolate caliente.

A Tom empezó a darle vueltas la cabeza. Tenía ganas de vomitar.

—Me gusta. En condiciones normales. Es solo que... es solo que me recuerda una cosa.

—¿Qué te recuerda?

Y entonces empezó a relatar toda su historia, atropellándose con las palabras. En esa ocasión, Tom cumplió su promesa: no se dejó nada en el tintero. August lo escuchó con paciencia mientras su expresión pasaba poco a poco de la ligera intriga a la intensa preocupación. Cuando todo acabó, se quedó largo rato mirando las montañas por la ventana. Curiosamente, no se había sorprendido cuando Tom le habló del escarabajo escarbador que le había perforado el cerebro. De hecho, parecía sospechar ya esa posibilidad.

—¿Y no le has hablado a nadie más de esto?

Tom negó con la cabeza.

—¿Y tampoco les has hablado a tus padres de esa predicción?

—No.

August retorcía los dedos nerviosamente.

—Pues al decírmelo eres más valiente de lo que creía.

—Por eso tengo... tengo que destruirlo. Aunque don Gervase se olvidase de mí, cosa que no pasará, ¿cómo podría yo olvidarme de él? Es como si se hubiese apoderado de mí. Hay una granada dentro de mi cabeza que puede estallar en cualquier momento. —Tom suspiró hondo—. Esa es la sensación que tengo. Puede que esté loco.

August miró a Tom. Sus vivos ojos grises lanzaban destellos.

—Tú no estás loco, Tom. Nada más lejos de la realidad. Tal vez seas testarudo, pero eso no es un defecto. ¿Quién sabe?, un poco de valor temerario puede acabar salvándote la vida...

Tom esperó a que August diese más detalles, pero no lo hizo. En lugar de eso, optó por cambiar de tema.

—Así que todo se reduce a encontrar ese pequeño conducto de ventilación, ¿no? Si le quitas la reina, don Gervase no es nada. Esa chimenea es el único punto débil de Scarazand, su talón de Aquiles.

Y según tu amigo eco está escondida en un árbol, cerca de una chabola en ruinas, en mitad de un bosque o una selva, en algún punto de la faz de la Tierra.

Tom parecía abatido: no podía fingir que eso era una gran pista.

—¿No le resulta familiar?

—Pues no, aunque tal vez tengas razón. Tal vez por eso nunca hemos conseguido encontrarla sir Henry y yo. Nos pasamos años cruzando fatigosamente desiertos,

selvas y cordilleras, siguiendo una suposición bien fundada tras otra, hasta el último rincón del mundo. Nada de nada. Da igual —dijo, riéndose por lo bajo—. Cazamos algunas mariposas preciosas.

Tom sonrió débilmente.

—Pero aunque pueda resultar familiar, Tom, puedes estar seguro de que esos bosques, selvas o lo que sean están sumamente bien protegidos. Deben de estarlo para haber guardado el secreto durante mil años.

—Lo sé.

Tom se quedó en silencio, sin poder quedarse quieto. Le molestaba que esa pequeña chimenea fuese la única cosa en el mundo que quería encontrar, y sin embargo, había estado ya tan cerca de ella el año anterior, en Scarazand... Sucedió por accidente, cuando escapaban por el entramado de túneles del interior de la roca negra y de pronto descubrió una entrada a la cámara de la reina. Ignorando el peligro y la presencia de los gases, bajó reptando por ella y se asomó al precipicio... Allí estaba, muy abajo, la reina de Scarazand, el latido de su corazón, blanco, reluciente y palpitante como un vasto submarino agusanado... y cien metros más arriba, a través de las nubes de gas, brillaba una luz diminuta... Ese era el conducto de ventilación, el único lugar en el que la reina entraba en contacto directo con la superficie.

—Sin embargo, suponiendo que lo encontrases milagrosamente e imaginando que consiguieras lanzar por él una bomba accesible que hubieses podido ocultar, no es seguro que fueses a matarla.

—¿Por qué no?

—Es demasiado grande. La explosión heriría a la reina, sin duda, pero no la mataría del todo. Para eso necesitarías algo mucho más...

—Más grande que una bomba.

—¿Qué?

—Eso es justo lo que dijo el eco. Me refiero al don Gervase. Algo más grande que una bomba.

August reflexionó durante unos instantes.

—Pero las probabilidades son mínimas. Salvo que... salvo que...

August se frotó la frente arrugada con aire pensativo. Estaba a kilómetros de allí. Luego sonrió de manera extraña.

—¿Qué?

—Solo soñaba despierto, viejo amigo. No obstante, se haga como se haga, el objetivo sigue siendo el mismo: causarle a la reina tanta angustia que profiera un grito sila.

—¿Un grito sila?

—Sí. Es una denominación fantasiosa, pero así es como lo llamo yo. Lo he presenciado en termiteros, hormigueros... Cuando la reina está mortalmente herida, lanza una señal de angustia dirigida a todas y cada una de las criaturas leales a la colonia. Es un gran impulso de energía magnética que dice «ayudadme, protegedme,

salvadme». Y eso es justo lo que todas y cada una de ellas tratan de hacer. No tienen elección.

—¿Y pueden salvarla?

August negó con la cabeza.

—Nunca. Es más, el esfuerzo necesario para producir el grito es tan grande que la reina no puede sobrevivir. Es como una abeja que pierde su aguijón. Se vuelve más débil y variable, y sus súbditos corren de un lado a otro como juguetes mecánicos averiados hasta que al final acaban rindiéndose.

—¿Y de verdad cree que eso es lo que sucedería también en Scarazand ?

—Por supuesto. Son insectos. Pero recuerda, Tom, que Scarazand es la más grande y la más extraordinaria colonia de escarabajos que ha existido jamás. El grito de muerte de la reina podría superar nuestra capacidad de imaginación. Ese impulso de energía se percibiría en los márgenes del espacio exterior.

—Uau.

—Desde luego. Uau.

—¿Y don Gervase? ¿No podría salvarla él?

—Podría intentarlo, pero sería como si tratase de dirigir un maremoto. Su extrema potencia sería colosal. Me imagino que, si ocurriese alguna vez, Scarazand se desmoronaría. Todo lo relacionado con ese lugar quedaría totalmente destruido.

—¿Todo?

August no pareció percatarse del tono de preocupación que había en la voz de Tom.

—Bueno, quizá no todo —reflexionó—. En algún punto de ese gran edificio, un pequeño grupo de escarabajos rodeará a una hembra joven y escapará con ella para fundar una nueva colonia. La hembra se convertirá en su nueva reina, y los escarabajos supervivientes únicamente le serán leales a ella. Así que de la muerte surgirá una especie de renacimiento. Ya sabes, no hay mal que por bien no venga.

Tom se quedó un rato en silencio.

—Y... si se produce ese grito, ¿qué me pasará a mí?

La voz de Tom era temerosa, casi un susurro. Incluso entre las profundas sombras de la habitación, August pudo apreciar que bajo su mata de pelo rubio los ojos negros de Tom despedían fuego. Acababa de caer en la cuenta del verdadero significado de la pregunta del chico. ¿Debía decirle la verdad? El científico no podía ignorar sus años de arduo trabajo estudiando el comportamiento de los insectos... August se pasó una mano por la frente con gesto inquieto.

—Toda regla tiene sus excepciones —contestó, tratando de salir del paso—. Tal vez consigas desoír sus órdenes, tal como has hecho otras veces. ¿No es posible?

Tom sonrió nerviosamente. Lo que don Gervase le había hecho mediante la pelota-escarabajo era un simple juego de niños comparado con aquello.

—Y no olvides que has escapado de Scarazand con vida. Mucha gente consideraría eso una hazaña imposible. Sería absurdo, Tom, confundir lo probable

con lo inevitable.

Tom se quedó muy quieto. Sus tripas comenzaron a retorcerse como si fueran serpientes. Le resultaba difícil compartir el optimismo de August. Ahora podía ver el futuro por primera vez, verlo realmente, y en cierto modo conocerlo casi suponía un alivio. Si alguna vez conseguía destruir a la reina, él también moriría. Los dos tenían un destino común. Le gustase o no, él formaba parte de la colonia, parte de Scarazand...

August lo miró fijamente, arrugando la frente.

—¿Estás bien, chico?

—Perdone. Solo estaba... pensando, eso es todo.

August asintió amablemente y se maldijo por ser tan sincero.

—Pero nada de esto va a ocurrir nunca —dijo, cambiando de tema con aire despreocupado—. Scarazand continuará a su manera, y nosotros podemos hacer lo mismo. De hecho, sabiendo lo que sé ahora, es lo mejor que puede suceder. Don Gervase Askary tiene en su poder el elixir y la pelota-escarabajo, tú te has escapado, y lo que él quiera hacer ahora es cosa suya. Podemos permanecer al margen.

—Pero ¿qué se supone que voy a hacer ahora? ¿Pasarme el resto de la vida aquí arriba, escondiéndome del mundo?

—Es una posibilidad —respondió August—. El monasterio es seguro y sorprendentemente agradable. Además, escapa a la atención del exterior. Muchos de los hermanos de la Legión han elegido hacer eso mismo. No es una vida tan mala.

Tom frunció el entrecejo. Ni siquiera había considerado que aquello pudiese ser una opción, pero en ese momento veía que no tenía otra. ¿De verdad podía quedarse allí arriba, entre los monjes? Tal vez, solo de momento..., solo durante un tiempo... hasta que elaborase un plan mejor...

—Sé que no es una perspectiva muy emocionante, viejo amigo, y estoy seguro de que a tu edad yo me habría sentido igual, pero puedes quedarte aquí hasta que a uno de nosotros se le ocurra algo mejor.

August sonrió amablemente mientras Tom Scatterhorn continuaba mirando las hileras de pájaros con una expresión distante, casi perdida.

—Y, claro, sir Henry vuelve mañana. Él puede evaluar la situación mucho mejor que yo. De hecho, confío en que tenga alguna noticia que sea de gran interés para los dos. Tom...

El chico lo miró. No parecía haber oído ni una sola de sus palabras.

—¿Sí?

—¿Quieres que te enseñe una cosa?

11

Historia de lo inesperado

Pasaron el resto del día bajo una lluvia de experimentos. August Catcher había decidido que lo que Tom necesitaba era entretenimiento y formación, y emprendió ambas cosas con entusiasmo, enseñándole primero a comunicarse con las polillas rhodi, y asignándole luego una serie de tareas cada vez más complicadas, que culminaron en formar la cara de don Gervase Askary partiendo solo del recuerdo de Tom.

—Como puedes ver, no se diferencia mucho de la taxidermia —dijo sonriendo mientras la gran cabeza amarilla se disolvía en las manos de Tom y bajaba revoloteando hasta la mesa—. Crear algo vivo a partir de la nada. ¿Suficiente?

Tom asintió: le daba vueltas la cabeza.

—Es extraordinario lo que puede conseguirse con la práctica. Si hay un recuerdo flotando por alguna parte, estas amiguitas lo encontrarán. Realmente, es muy sorprendente lo que revelan.

Tom no lo dudaba. Miró el montón de polillas grises que estaba sobre la mesa y se sintió totalmente exhausto.

—Veo que me he pasado un poco —dijo August sonriente cuando Tom bostezó ruidosamente—, pero no quiero que pienses que soy un viejo extravagante que se pasa el día sentado sin hacer nada.

—No lo pienso —dijo Tom, observando cómo devolvía todas sus polillas a un frasco. En todo caso, August Catcher parecía más dinámico que nunca.

—Excelente —contestó con una sonrisa, observando aparecer las primeras estrellas en el cielo—. Ahora déjame ver si puedo convencer a los hermanos de que te dejen pasar la noche en la celda de sir Henry. Porque te quedas, ¿no?

August cerró la puerta y se marchó. Era evidente que hacía lo posible para que Tom se sintiese en casa, y Tom apreciaba sus esfuerzos. No obstante... ¿podía pasarse realmente el resto de su vida en ese monasterio? Otros lo habían hecho. Era seguro. Se estaba caliente. Se quedó mirando las hileras de pájaros que acechaban entre las sombras. Y había tanto por aprender... Quizá esa vez pudiese convertirse de verdad en ayudante de August Catcher... El problema era que...

—¡Todo solucionado! —dijo August en tono alegre mientras reaparecía en la puerta sosteniendo un farol. Junto a él se hallaba el monje bizco al que Tom había conocido en la plataforma—. Las normas de visita son sumamente estrictas, pero en tu caso harán una excepción.

El monje sonrió e hizo una ligera reverencia.

—Me da la impresión de que te has convertido en una especie de mascota —añadió August en voz baja—. Eres el chico que ha escapado de Scarazand. Todos hablan de eso. Bueno, nos vemos por la mañana, amiguito. Y cuando regrese sir

Henry estoy seguro de que te sacaremos de este lío.

—Eso espero.

—¿Dices que eso esperas? ¡No seas ridículo! ¡Por supuesto que lo haremos! — exclamó August riéndose. Con su alborotado pelo blanco y su larga túnica gris, parecía más que nunca un profeta de tiempos antiguos—. Buenas noches.

—Por aquí —dijo el monje, guiando a Tom escaleras arriba.

Caminaron por el borde de un estrecho claustro, en cuyo centro había una fuente pequeña que lanzaba destellos en el crepúsculo.

—Sir Henry tiene la habitación justo encima. No está lejos.

Subieron por una escalera de piedra que había en un rincón del patio y pasaron junto a un balcón hasta llegar a la última puerta de madera. Tras dejar su farol en el suelo, el monje insertó una llave en la cerradura y luego entró en la pequeña y oscura celda. Cuando los ojos de Tom se adaptaron a las tinieblas, pudo distinguir una chaise longue, un antiguo rifle colgado en la pared, un estante ordenado y lleno de libros y un pequeño escritorio negro. A diferencia del tremendo desorden que imperaba en la celda de August, aquella era la habitación de un hombre pulcro que nunca estaba allí, y por algún motivo eso hizo que Tom se sintiese incómodo, como si fuese un intruso. Cosa que, por supuesto, era.

—La cama está allí dentro —dijo el monje, señalando un pequeño cuarto adyacente en el que se veía una sábana almidonada—. Puedes utilizarla si quieres.

—Pero no... no esperan que vuelva esta noche, ¿verdad?

El monje sonrió como un gato.

—No lo esperamos. Eso no significa que no vaya a venir.

—Oh.

—Pero tú eres pariente suyo. Se alegrará de verte, ¿no?

—Hum..., eso espero —dijo Tom, hablando con mucha más seguridad de la que sentía.

El monje ladeó la cabeza.

—Me llamo Gregor —dijo, tendiéndole la mano—. Bienvenido.

—Gracias.

Gregor hizo una reverencia y se marchó, cerrando la puerta sin hacer ruido. Por un momento, Tom se quedó inmóvil en la penumbra. No tenía la menor idea de qué debía hacer. Se acercó al escritorio y cogió una fotografía enmarcada de sir Henry vestido con un traje de lino y sentado sobre una columna griega. Parecía simpático y relajado; sus ojos vivos y penetrantes casi quedaban tapados por las inmensas patillas blancas. Ese era su tataratío abuelo. Esa era su habitación. Tom no podía dormir en su cama. Era imposible. Se sentía como Ricitos de Oro.

Tras apartar las contraventanas, Tom Scatterhorn salió al estrecho balcón y se apoyó en la barandilla de piedra. Aún estaba caliente al tacto. El olor de romero y jara ascendía desde las ventanas de August, directamente debajo, y luego la pared del acantilado caía vertical hasta la oscura alfombra de pinos. Cien metros, doscientos tal

vez, mucha, mucha altura... Tom miró la luna y comprendió que acababa de cambiar una clase de prisión por otra. Supuso que tendría que acostumbrarse. Con el tiempo dejaría de encontrarse tan mal. Si pudiese olvidar a don Gervase Askary y aquel suave latido dentro de su cabeza... Ese era el problema.

Cuando entró de nuevo, Tom encontró una oscura manta de lana echada sobre la silla y se acurrucó en la chaise longue. Al cabo de un minuto estaba dormido.

Era difícil saber cuánto llevaba allí tumbado, pero lo despertó el suave roce de unos zapatos contra la piedra. Tom abrió los ojos y echó un vistazo a la fotografía que colgaba de la pared y que reflejaba la habitación oscura que estaba más allá. Se quedó mirando la luz que entraba por la ventana. Al poco, una de las contraventanas se abrió un poco y una figura apareció desde el balcón. Tenía la cara tapada por una capucha de monje. ¿Era sir Henry? Tom recordó las palabras del monje; seguramente lo era, tal vez iba y venía sin parar, de forma subrepticia. Pero ¿cómo había llegado allí? No escalando el acantilado...

Tom observó la sombra que permanecía en el borde de la habitación. Parecía muy cauta. Tal vez percibiese que había alguien más allí, tal vez Tom debiese revelar su presencia... pero entonces... Entonces Tom vio otra cosa que le encogió el corazón. Aquella blanca sábana almidonada que se distinguía a los pies de la cama de la habitación contigua... ya no estaba lisa. Había algo en ella... No cabía duda de que había alguien durmiendo en la cama de sir Henry. El corazón se le desbocó, martilleándole en las sienes. ¿Quién era?

—¿Hola?

La figura se volvió hacia Tom a una velocidad tremenda. En su mano había una larga y estrecha daga. La luz de la luna arrancaba destellos de su superficie bruñida. El intruso se quedó estupefacto al ver aparecer de repente a un chico rubio desde detrás de la silla.

—¿Quién eres?

Tom vio que aquellos dedos blancos apretaban el arma, cuya punta era tan aguda que se perdía en la oscuridad. Aquello podía ser un error muy grave... Volvió a intentarlo, esta vez más alto.

—Soy yo, Tom Scatterhorn.

—Eso ya lo veo. Quédate donde estás.

La voz del hombre era sorda, peligrosa. Miró despacio a su alrededor. A Tom el corazón le latía tan aprisa que apenas podía respirar. Creyó que iba a vomitar.

—¡Sir Henry!

—Sir Henry no está aquí —siseó la figura, echando un vistazo a la cama deshecha.

Tom no lo entendía.

—Creo... creo que debería decirme lo que está pasando —balbució Tom—. ¿Hay...? ¿Por qué...?

—Suelte el cuchillo ahora mismo.

Otra voz acababa de surgir de la nada. Era aguda y autoritaria. Tom se quedó atónito. Miró por encima del hombro del monje y vio una sombra en el umbral, junto a la cama. ¿Otro monje?

—Eso es. Suéltelo. Con suavidad... antes de que lo obligue a hacerlo.

El monje se enfureció; en la oscuridad, a Tom le pareció ver la sombra de una sonrisa dentro de la capucha.

—De acuerdo —murmuró, dejando espacio el arma a sus pies.

—Bien. Ahora dé un paso atrás. Espacio.

El monje inclinó la cabeza. No se movió. Tom percibió que se estremecía de pies a cabeza, tembloroso, que levantaba los hombros...

—¡ATRÁS!

Al instante el monje retrocedió y se abalanzó sobre la figura del umbral. Pero esta, fuera quien fuese, estaba preparada para recibirlo. Se produjo una confusión de patadas y puñetazos, y antes de que Tom tuviese tiempo de parpadear, el monje se había estrellado contra el escritorio y se había deslizado hasta el suelo, inconsciente. La capucha se le había caído hacia atrás, revelando su rostro: era uno de los monjes de cabeza afeitada que lo había izado en la cesta esa mañana. Un oscuro reguero de sangre le salía de la nariz.

—Sobrevivirá —susurró el otro monje, palpándole el cuello—. Dale otra media hora y seguramente tratará de atacarme de nuevo. Debe de haberme visto venir.

Tras regresar junto a la cama, el monje sacó una mochila de debajo de la sábana y luego, con un gesto teatral, se quitó la pesada túnica. Al principio, Tom se sorprendió tanto ante la transformación que no pudo decir nada en absoluto.

—¿Qué, Tom Scatterhorn? ¿Te acuerdas de mí?

Tom se quedó mirando a la chica, con su rostro felino, sus ojos lechosos, aquella sonrisa arrogante...

—¿Lotus?

Hubo una pausa mientras Lotus Askary cogía la mesa y luego colocaba junto a ella la silla volcada. Se sentó con un gesto informal y empezó a apretarse los cordones.

—Probablemente me ha tomado por un asesino. Te estaba protegiendo, Tom. Deberías sentirte halagado.

Tom permaneció junto a la pared. Trataba de recordarse a sí mismo que aquella era Lotus Askary, esa Lotus Askary: la hija de don Gervase, el azote de Scarazand, que ya había tratado de matarlo varias veces y había fracasado. Era como estar en la misma habitación con un leopardo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dijo, tan agresivamente como pudo.

—Te he seguido. Desde Dragonport.

—¿Dragonport?

—Así es. Tenía la sensación de que él te había metido en ese manicomio. Es tan predecible...

—Supongo que estabas con tu padre, ¿no es así?

Lotus bufó despectiva.

—No. Estaba sola. Pero seguramente él sabía que yo estaba allí. Por eso aquellos insectos me atacaron en los molinos de viento... y también te atacaron a ti.

Tom no se movió. Aquello no tenía ningún sentido. Sin duda era una artimaña...

—¿Por qué me buscabas?

—Porque quería encontrar este lugar. Este monasterio es un secreto muy bien guardado y yo necesitaba un guía. Me imaginaba que el águila te traería aquí, porque en realidad no podías ir a ningún otro sitio.

Tom se quedó mirando a la chica con profunda desconfianza.

—No me crees, ¿verdad?

—¿Por qué debería hacerlo? Sé lo que eres, Lotus.

—Oh, eso está bien, muy bien. —Lotus sonrió con sarcasmo—. No tienes la menor idea de quién soy, Tom Scatterhorn. Ni una sola pista.

—¿Por qué iban a querer matarte aquellos insectos, Lotus, siendo como eres hija de don Gervase?

Lotus se encogió de hombros con altanería.

—Yo... Era inevitable. Ahora mi situación ha cambiado.

—¿Ha cambiado? ¿Cómo?

Furiosa, dio una patada a la mano del monje. Estaba claro que habría preferido no tener que explicar nada de aquello.

—A mí... ya no se me considera lo bastante fiable, o lo bastante capaz, para ser la heredera de Scarazand. Así que no lo soy. Soy una fugitiva. Una enemiga de la colonia. Como tú, Tom.

—¿Qué has hecho?

—¡Nada! —siseó, echando fuego por los ojos—. ¡Nada en absoluto! Lo que hice fue seguir una pista, y al parecer... al parecer no debía haberlo hecho. Fue traición. Así que, con las pruebas más inconsistentes, me metieron en la cárcel. Todo fue una sarta de mentiras para quitarme de en medio. Una excusa patética.

O Lotus se había convertido en una actriz excelente o parecía estar diciendo la verdad.

—¿Cuál era esa pista?

—Resulta que estaba buscando a Nicholas Zumsteen, quien, como tal vez recuerdes, es hermano de don Gervase Askary. Tal vez recuerdes también que hace varios años decidió impulsivamente salir por el conducto de ventilación, descubriendo el mayor secreto de Scarazand y poniendo en peligro toda su existencia. Es un delito por el que están persiguiendo a Zumsteen sin descanso.

Tom asintió: lo sabía.

—¿Y he de suponer que lo encontraste?

Lotus negó con la cabeza.

—No. No lo encontré. Por eso te seguí hasta aquí. Necesitaba hablar con August

Catcher y sir Henry Scatterhorn cara a cara. —Los verdes ojos lechosos de Lotus no revelaban nada—. Necesito averiguar la verdad que hay detrás de un rumor.

—¿Qué rumor?

—Sabes algo de Nicholas Zumsteen. Eso es todo lo que estoy dispuesta a decir. Necesito hablar con ellos.

—¿Quieres decir que pretendes que te digan dónde está para que puedas matarlo?

Lotus sonrió y negó con la cabeza.

—¿O tal vez esperas que si lo capturas y lo llevas de regreso a Scarazand don Gervase te vuelva a nombrar su heredera?

—Por favor, Tom, no soy tan estúpida. Solo quiero hacerles unas cuantas preguntas, nada más. Esa es la verdad.

Tom apenas podía creer que estuviese manteniendo esa conversación. Aunque fuese cierto, y Lotus fuese realmente una fugitiva, ¿hasta qué punto podía confiar en ella? ¿Y si aquello era un farol?

—No están aquí —dijo con descaro.

Lotus sonrió como un gato.

—Venga ya, Tom, acabas de pasarte el día entero con August Catcher y, en cuanto a sir Henry, resulta que sé que acaba de llegar. Esta noche.

—No es verdad.

—Pues sí que lo es. Hemos compartido la misma cesta para subir al monasterio. No me ha reconocido. Y, por si te preguntas dónde está ahora, puedo decirte que está abajo, con August. Los he visto hablar a través de la ventana mientras subía.

Tom apenas podía disimular su irritación. ¿Cuántas respuestas más se reservaba Lotus? Miró su reloj. Eran las tres de la mañana.

—Bien, tal vez deberías ir a preguntarles lo que quieras ahora mismo. Seguro que estarán encantados de volver a verte —respondió Tom con sarcasmo.

—Por eso esperaba que vinieras conmigo —dijo Lotus, sonriendo.

Tom bufó.

—¿Para qué? ¿Para confirmar tu historia? Dame una razón por la que deba hacer eso.

—Porque es verdad.

—¿Lo es, Lotus?

A ella no le gustó la última observación, pero a Tom no le importó.

—Recuerda aquellos insectos de los molinos de viento, Tom. Tuve que librarme de ellos igual que tú. No fue fácil. Y, para decirlo sin rodeos, si hubiese querido matarte a ti, o a sir Henry, o incluso a August Catcher, ya lo habría hecho, ¿no?

Tom echó un vistazo al monje que yacía en el suelo y frunció el entrecejo. Por desgracia, Lotus no mentía. A pesar de todo, había un cambio en ella: de algún modo, parecía distinta. Aquella arrogancia suya empezaba a derrumbarse.

—Me harías un favor, Tom.

Tom sacudió la cabeza y miró el cielo negro al otro lado de la ventana. Nunca

habría creído que haría algo así.

—Vale —dijo con los dientes apretados—. Pero me debes una.

Al cabo de un minuto se hallaban en el pasillo de piedra oscura, ante la puerta de la celda de August. Tom llamó con decisión cuatro veces y esperó. Al fondo, unas polillas danzaban en torno a un farol.

«Debo estar tan loco como ella. Se trata de Lotus Askary. ¿Cómo se me ocurre responder por ella?»

Lotus permanecía detrás, moviéndose inquieta entre las profundas sombras. Tom percibió que estaba casi tan intranquila como él. Se oyó un fuerte crujido y la puerta se abrió por fin, revelando una sombra alta vestida con una larga camisa blanca.

—¿Problemas para dormir?

La voz era la misma, y también la cara, esa frente alta, la nariz aguileña y los ojos penetrantes y sagaces.

—Me alegro de verte, viejo amigo.

Tom sonrió y estrechó la mano de sir Henry, grande y nervuda, notando su fuerza familiar, pero aun así permaneció inmóvil en el umbral.

—¿Ocurre algo?

Tom se removió incómodo, tratando de separarse de la chica que tenía detrás.

Es que... aquí hay alguien que quiere verles.

Sir Henry Scatterhorn abrió más la puerta, arrojando un rayo de luz al oscuro pasillo. Allí, inmóvil junto a un pilar, se hallaba la esbelta silueta de una chica a la que casi reconocía...— En un abrir y cerrar de ojos sir Henry agarró a Tom, lo metió de golpe en la habitación, cerró la puerta de un portazo y corrió el pestillo.

—¿Qué diantres ocurre? —preguntó August desconcertado, de pie junto a su mesa.

Sir Henry fulminó a Tom con la mirada.

—Yo podría preguntar lo mismo —masculló"— ¿Es quien yo creo?

Tom asintió con la cabeza.

—No sé cómo ha llegado hasta aquí, la verdad, P^o me ha seguido desde Dragonport. No tenía ni idea...

—¿No tenías ni idea? —interrumpió sir Henry— ¿Sabes qué significa esto?

¿Quién es? —preguntó August.

—Es Lotus Askary.

—¿Qué?

Incrédulo, August se volvió hacia Tom.

—Dice que ha cambiado.

Con torpeza, Tom relató los hechos que habían sucedido en el piso de arriba, dejando muy claro que estaba en contra de ella. Sir Henry y August lo escucharon, sumidos en un hosco silencio. Lotus también estaba escuchando, pues cuando acabó su débil defensa se oyó un golpe inseguro en la puerta.

—¿Y no crees que se trata de una artimaña muy elaborada para matar a August?

Fue sir Henry quien formuló la pregunta, y Tom sintió que le quemaba la luz de su ira.

—Llevan años tratando de encontrarlo, ¿sabes? Peinando como locos los rincones más remotos de la Tierra. Están por todas partes. Solo una precaución extrema nos ha mantenido tanto tiempo con vida. Y no olvides que fue ella en persona quien prendió fuego a nuestro último refugio, que quedó reducido a cenizas.

Tom se removi6 inc6modo. De alg6n modo, sentía que todo aquello era culpa suya.

—Pero ha venido sola. Júzguelo usted mismo.

Sir Henry ech6 un vistazo a August. Parecía profundamente escéptico.

—Es un riesgo, amiguete. Un grave riesgo.

August se encogió de hombros.

—La gente cambia. Puede que ella lo haya hecho.

Sir Henry neg6 con la cabeza, dejando claro que no estaba de acuerdo.

—Muy bien. —Con mucha calma, fue hasta un caj6n y sac6 un rev6lver. Hizo girar la rec6mara para comprobar que estaba cargado y luego se lo ciñ6 a la cintura, a la espalda—. Abre la puerta, Tom.

Tom obedeci6. Lotus se hallaba en el umbral. No parecía una asesina. Parecía lo que era: una esbelta chica de quince aros, vestida con ropas oscuras y pasadas de moda. Su p6lida cara de porcelana tenía una expresi6n arrepentida.

—Debo advertirle que voy armado —mascul6 sir Henry, situ6ndose frente a ella—. No vacilaré, seorita.

—Lo entiendo, pero no habr6 necesidad.

—Yo juzgaré eso.

Le indic6 con un gesto que se adelantase. Sin hacer ruido, Lotus cerr6 la puerta a sus espaldas y baj6 los peldaos de piedra hasta entrar en la habitaci6n. Sir Henry se hallaba ante la mesa, con los brazos cruzados, y August se situaba a un lado, detr6s de él. Estaba claro a qui6n protegía. Lotus se aventur6 hasta la esquina de la alfombra y luego se detuvo, antes de que sir Henry se lo dijese. Tom nunca la había visto tan nerviosa. Un silencio inc6modo y hostil invadi6 la habitaci6n. Si cualquier otra persona hubiese estado allí, sir Henry y August habrían sido modelos de cortesía y decoro, pero en ese momento se comportaban como si se encontrasen en presencia de una serpiente impredecible y muy venenosa... Lotus se hallaba sola, rechazada, aborrecida...

—Gracias por acceder a verme —comenz6, con una sonrisa inc6moda—. Les estoy muy agradecida.

Las palabras flotaron en el aire vacío. No hubo ni un solo gesto de aliento.

—Resulta evidente que esto es una sorpresa. Tambi6n para mí. Créanme, nunca imaginé que haría esto, dado... lo que ha ocurrido entre nosotros en el pasado.

Silencio. Esperaron a que siguiese.

—Yo... tal como Tom les ha explicado, he venido porque tengo una pregunta que

hacerles. Bueno, más de una. Se refiere a Nicho-las Zumsteen.

—A quien usted pretende capturar y entregar a don Gervase Askary para tratar de recuperar su favor, ¿no es así? —saltó sir Henry.

—No, en absoluto...

—Entonces, ¿nos persigue a nosotros?

Lotus buscó en sus caras algún rastro de compasión. Le asombró no encontrar ninguno.

—Conocían a Nicholas Zumsteen, ¿verdad?

—Ya sabe que sí —masculló sir Henry—. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Pero antes. Me refiero a antes de que se reuniese con ustedes en la isla de Tithona, cuando era más joven.

—Por supuesto —dijo August, observándola con atención—. Nicholas creció en Hellkiss Hall, en Dragonport.

—¿Cómo era?

—¿Nicholas? Era un tipo un poco chiflado, como tal vez tienen derecho a ser los hijos menores de todas las grandes familias. Los Zumsteen eran comerciantes de diamantes, ricos como Creso y muy serios, pero Nicholas no habría podido ser más distinto. Era como una mariposa; encantador, loco por los aviones, los animales y cualquier cosa que lo atrajese. Y su familia lo mimaba demasiado. O sea, piense en todos aquellos cuadros extraordinarios...

—¿Por qué quiere saber eso? —exigió sir Henry; estaba claro que no aprobaba la inconexa lección de historia de August.

—Es importante —respondió ella, en tono cortés pero firme—\$ Por supuesto, tienen razones de sobra para estar enfadados, y lamento lo que ha sucedido... pero solo quiero averiguar la verdad.

—¿Y cuál sería esa verdad, señorita?

—¡La verdad sobre mí!

Las palabras resonaron en la habitación. Lotus parecía fuera de sí. August la observó con curiosidad.

—Como intentaba decir, al buscar a Nicholas Zumsteen oí un rumor.

—¿Un rumor? ¿A quién?

Sir Henry la fulminó con la mirada. ¿Qué sentido tenía ocultar algo de aquello?

—Resulta que ajos Scatterhorn...

—¡Tío Jos! —Tom se lanzó hacia delante, cerrando los puños—. ¿Qué le hiciste?

—¡Nada! Solo le hice unas preguntas. Y, por si te interesa, fue así como descubrí que te buscaba la policía, Tom. Entonces me enteré de que te habían visto por última vez cerca de aquellos garajes. Así que fui hasta allí y comprendí lo que había hecho Ern Rainbird: raptarte y llevarte al futuro a través de un agujero en el bosque.

Y decidí seguirte, porque quería averiguar qué te había pasado. Eso es todo.

Tom le lanzó una mirada asesina. Si había matado ajos, o le había hecho algo a Melba... Si...

—¿Y qué más le contó Jos Scatterhorn, señorita?

Lotus sacudió la cabeza con gesto desafiante al percibir que la atmósfera se volvía aún más hostil.

—Solo le pregunté por qué Nicholas Zumsteen no vivía en Hellkiss Hall. Me dijo que allí había pasado algo mucho tiempo atrás. Algo terrible. Un secreto.

—¿Qué clase de secreto? —preguntó August.

—Que mucho antes de casarse, Nicholas tuvo una novia llamada Amy Dix.

Hubo un silencio.

—Cuando Amy tenía dieciséis años, tuvo un hijo del que nadie supo.

—Siga.

—Y... —Lotus se volvió irritada hacia August—. ¿Por qué me obliga a decirle algo que ya sabe? Usted estaba allí, ¿no?

De pie detrás de la mesa, August le sostuvo la mirada sin inmutarse.

—Francamente, esto no tiene nada que ver... —dijo sir Henry con firmeza.

—Puedo tomar mis propias decisiones, viejo amigo —dijo August, levantando la mano—. Por supuesto, esa es la razón de que haya venido. Y aunque no merece que le digan la verdad, la tendrá.

—Gracias —dijo Lotus mirando al suelo, humilde.

—Sí, yo estaba allí, en Hellkiss Hall, aquella noche de septiembre. Resulta que había ido a visitar al padre de Nicholas. Teníamos un negocio juntos y yo le estaba diseñando un escudo de armas. Justo antes de la puesta de sol miré por la ventana de la biblioteca y vi a Amy empujando por el césped un cochecito grande y blanco; lo recuerdo bien. Era una escena encantadora: el cielo del atardecer era claro y el bosque era una explosión de oro. Amy Dix tenía un aspecto muy pintoresco con su vestido violáceo y un sombrero de paja de ala ancha. Era bonita, pelo oscuro, piel clara, pero tan joven... Bueno, Amy sacó un periódico del cochecito y se palpó el bolsillo en busca de sus gafas de sol. No las llevaba. Supe lo que estaba pensando. Miró al bebé dormido y, al ver que todo iba bien, cruzó rápidamente el jardín y entró en la casa. Desapareció durante un par de minutos como máximo.

—¿Y luego?

—El viejo Zumsteen me llamó al vestíbulo para hablar de su escudo.

Lotus estaba mirando a August sin verlo. El silencio era tan intenso que hasta el aire parecía zumbiar.

—Pero... pero usted sabe lo que pasó a continuación, ¿verdad?

—Sí, resulta que lo sé. Durante aquellos pocos minutos en que desapareció Amy Dix, el bebé murió. La familia lo mantuvo todo en secreto. Fue una terrible desgracia, pero seguramente fue para bien. A los Zumsteen nunca les gustó Amy. La familia de ella no era rica ni estaba bien relacionada, y a los Zumsteen esas cosas les importaban mucho. Ambicionaban cosas mucho más grandes para el joven Nicholas. —August observó a una pequeña polilla que trepaba por su dedo—. ¿Fue ese el rumor que llegó a sus oídos?

Lotus asintió con la cabeza.

—Pero no lo creyó.

—No.

August la miró fijamente con sus vivos ojos grises.

—Pues hizo bien.

Sir Henry se volvió, sorprendido, hacia su viejo amigo.

—La criatura no murió. La raptaron.

Tom se quedó boquiabierto.

—¿La raptaron? ¿Quién la raptó?

—Un hombre alto, muy alto, de hombros estrechos. Parece ser que surgió de entre los árboles vestido con una prenda de abrigo larga y un gorro de color caqui. Tenía todo el aspecto de un jardinero. Llevaba un cubo en la mano. Sacó del cochecito el precioso bulto, lo colocó en el cubo y desapareció en el bosque. Nunca lo volvieron a ver.

Aquello fue suficiente para Lotus. La chica tenía la mirada cargada de ira.

—¿Estás diciendo... estás diciendo que don Gervase Askary raptó al hijo de su propio hermano? —dijo sir Henry para asegurarse de haberlo entendido bien.

—Sí, pero eso no es todo —contestó August, mirando fijamente a Lotus—. ¿Responde eso a su pregunta?

Tom miraba alternativamente a August y a Lotus.

—Así es. Gracias. —Ella hizo una pausa—. Aquella criatura soy yo. Soy la hija de Nicholas Zumsteen. Don Gervase Askary es...

No llegó a terminar la frase.

—Un individuo profundamente desagradable —dijo sir Henry, pasándose una mano por la frente.

—Pero, si ha dicho que no lo vio —empezó Tom—, ¿cómo...?

—Todo ha sido revelado gracias a estos pequeños camaradas —dijo August, dejando el frasco de polillas rhodi encima de la mesa—. Con un retraso de un siglo, pero ahí tienes. Algunos actos persisten en el aire durante mucho tiempo.

Un silencio extraño y tenso invadió la habitación.

—Pero no entiendo por qué iba a hacer eso don Gervase —dijo Tom al final.

—Tengo una idea de los motivos —respondió August, mirando fijamente a Lotus—. La rivalidad entre esos dos hermanos es realmente profunda. ¿Me permite?

El capítulo que faltaba

August rodeó la mesa en dirección a su biblioteca sobre pájaros, consciente de que toda la atención se centraba entonces en él.

—Pero, antes de empezar, siento curiosidad por saber cómo logró encajar las piezas de este rompecabezas. ¿Qué despertó sus sospechas?

Lotus miró inquieta a su público. August había sido sincero con ella... Para ganar su confianza, ella debía hacer lo mismo.

—Después de hablar con Jos Scatterhorn averigüé más cosas sobre Amy. Había muerto tiempo atrás en un accidente de tráfico, pero su hermana seguía viviendo en Dragonport. Fui a buscarla. No quiso hablar mucho sobre ello, pero estaba claro que Nicholas Zumsteen había abandonado a Amy. La hacía responsable de lo que había pasado, y nunca la perdonó. Me da la impresión de que la trató muy mal. Tal vez... es posible que incluso sospechara quién era el raptor.

—Eso no me sorprendería —murmuró August—. ¿Adonde la llevó don Gervase Askary?

—A Bolivia. Al principio contrató a una enfermera para que me cuidase, o mejor dicho a varias, porque yo era muy exigente. Y luego, creo que cuando tenía unos cuatro años, me envió a un convento. Era un lugar muy estricto y castigaban mucho, pero es allí donde crecí, con las monjas.

—¿Don Gervase le habló alguna vez de su madre?

—Solo me dijo que había muerto al nacer yo —respondió Lotus en tono práctico—. El siempre estaba fuera, «en viaje de negocios», o eso decía. Creo que era un comerciante de cocos. Y las pocas veces que me visitaba nunca me pareció que le cayese muy bien. Un día, cuando tenía once años, vino al convento, nos sentamos en el jardín y me reveló el gran secreto. Lo que éramos realmente, lo que yo era realmente, y lo que debíamos hacer, que era encontrar el elixir, su elixir.

—¿Le sorprendió?

Lotus sonrió.

—No, curiosamente no me sorprendió. Siempre me había sentido muy distinta. Me hizo ilusión. Además, para entonces estaba harta de las monjas, y ellas, sin duda, estaban hartas de mí. Fue entonces cuando empezaron nuestros viajes. Yo anhelaba impresionarlo, demostrarle lo que podía hacer. Puede que eso me hiciese un poco más... despiadada de lo necesario.

Lotus hizo una pausa para dejar que los demás asimilasen sus palabras.

—¿Y le habló alguna vez de cambiar de forma?

Lotus respiró hondo. Nunca había hablado de aquello con nadie.

—La primera vez... simplemente ocurre. Pero luego, al cabo de un tiempo, puedes aprender a controlarlo. Enfadarte lo suficiente y luego... Es como si unas

barras de acero invisibles te estuviesen apretujando y la única forma de salir fuese explotar... Y lo he hecho muchas veces.

August miró a Lotus, incrédulo. Nunca habría esperado tanta franqueza. Qué criatura tan extraordinaria era aquella: una chica de aspecto absolutamente corriente que podía transformarse a voluntad en un escarabajo adulto. Cuanto más la miraba, más veía el espíritu rebelde de su verdadero padre.

—Pero ¿por qué lo hizo? —preguntó Tom—. ¿Por qué raptó a la hija de su propio hermano?

—Seguramente por desesperación —sugirió sir Henry—. Tal vez buscaba el elixir y no avanzaba. Tener una hija proporciona una tapadera útil, ¿no? Pero no podía coger a cualquier bebé. Tenía que ser alguien como él. Alguien especial. Hacer el papel de viudo desconsolado debió de abrirle unas cuantas puertas.

Tom no dijo nada. Recordaba que aquello era justo lo que había sucedido la mañana en que conoció a Lotus y a don Gervase en los escalones del Museo Scatterhorn. La historia del viudo y su hija había funcionado...

—Y ahora que sabes todo esto, ¿te sientes diferente?

Lotus era consciente de que todos la observaban desde el otro lado de la mesa. Su liso rostro de muñeca permanecía impassible como una máscara.

—Pues no, la verdad. No siento nada en absoluto. Simplemente confirma lo que siempre había sospechado. Claro, que no soy como ustedes. Soy distinta. —Hizo una pausa—. Aunque hay una cosa que no entiendo. ¿Cómo supo de mi existencia? Yo era un accidente. Un secreto.

August sonrió y se pasó la mano por la frente.

—No estoy seguro de que pueda haber secretos entre gemelos idénticos. Estén donde estén, siempre parecen conocer los asuntos del otro.

Lotus miró incómoda a August.

—Pero don Gervase Askary y Nicholas Zumsteen no son gemelos idénticos. ¿Cómo podrían serlo, si tienen un aspecto completamente distinto?

Las palabras llegaron hasta los rincones más oscuros de la habitación y quedaron sin respuesta. Lotus vio que August y sir Henry la miraban, y notó que le ardían las mejillas.

—¿Qué?

—Entonces, ¿nunca se lo dijo?

—¿Decirme qué?

—De dónde procedía su familia, la familia de usted.

—Nunca hemos hablado de esa clase de cosas —respondió Lotus, a la defensiva—. Supuse que todos habían muerto. Y si era una larga historia, seguramente no la habría escuchado, porque no me interesa.

Sir Henry enarcó las cejas.

—De hecho, es una historia sorprendentemente corta, señorita, dado el tiempo que ha transcurrido.

—Y explica en gran medida lo que ha pasado entre esos dos hermanos desde entonces —añadió August, al ver que Tom lo miraba expectante. Por supuesto, tampoco sabía nada de aquello. August cogió con gesto afectuoso un frasco lleno de polillas rhodi—. Gracias a estos pequeños camaradas he podido hacer un estudio de aquellos niños. Algunos acontecimientos dejan su sombra ardiendo en el aire durante mucho tiempo, en especial si son violentos.

Lotus no estaba segura de querer oír aquello, pero la venció la curiosidad.

—De acuerdo —dijo secamente—. Le escucho.

—Cuando nacieron, su padre y el hermano de este se llamaban Dorian y Caleb Rust —empezó August.

—¿Rust?

August asintió con la cabeza.

—Vinieron al mundo en Dundee, en la costa este de Escocia, hace muchos años. Y, a diferencia de la de usted, su madre murió de verdad al dar a luz. El padre de los gemelos estaba siempre de viaje, trabajando como marinero en un carguero de té que navegaba entre Bombay y Liverpool. Por desgracia, el señor Rust jamás llegó a conocer a sus dos hijos, pues al doblar el cabo de Hornos su barco se encontró con una tormenta. Mientras recogía la vela de los palos más altos, una ola tan grande como una casa golpeó el barco de lado, derribándolo y arrastrando al señor Rust entre la espuma. Nadie volvió a verlo. Así que los gemelos quedaron a cargo de la Casa de la Merced, un orfanato que acogía a los hijos de los marineros fallecidos. Y allí crecieron, sobreviviendo con la caridad que podían permitirse los escoceses de buen corazón.

»Aunque la vida de los hermanos Rust en la Casa de la Merced era dura, lo sería mucho más con la aparición de un tal Martin Dander. Dander era un misionero y, según decían, un hombre tan entusiasmado con la correa como con la religión. Se castigaba a sí mismo tanto como castigaba a todos los demás, y a menudo salía de la iglesia con la camisa manchada de sangre, de tan vigorosamente como se había aporreado el pecho. Dander ya tenía dos hijos propios: Hope, una niña rencorosa cargada de tirabuzones, e Isaac, que era mucho mayor. Pero cuando Dander vio a aquellos dos niños morenos y espigados vestidos con harapos, sus llorosos ojos grises ablandaron su corazón de hierro. El misionero sintió el deseo irresistible de salvarlos de las llamas del averno, en las que arderían inevitablemente si tenían que valerse por sí mismos en los callejones de Dundee. Lo siento, pero, como tal vez haya observado, cuanto más sé acerca de Martin Dander menos me gusta.

»Así que el misionero se salió con la suya, pagó a la Casa de la Merced y, lo quisieran o no, los jóvenes gemelos Rust se encontraron embarcados de inmediato con destino a Nueva Zelanda, en dirección a la Isla del Sur y a una nueva misión que a Dander le habían prometido allí. Sin embargo, Martin Dander no tardó en descubrir que aquellos dos niños abandonados no eran lo que parecían. Caleb era débil y siempre estaba enfermo. En cuanto a Dorian, aquel muchacho tenía algo muy

peculiar: era inexpresivo y mostraba una frialdad que se veía agudizada por su negativa a hablar. Prefería comunicarse mediante unos trozos de papel garabateados que le pasaba a su hermano. Comparados con Hope y sus cabellos dorados y con el alto y fuerte Isaac, miembro de un coro y capitán del equipo de fútbol, aquellos dos niños enfermizos eran unos pirados que inspiraban rechazo, y su llegada molestó muchísimo a Isaac y Hope. No obstante, Martin Dander ignoró este hecho, del mismo modo que ignoraba todo lo demás: cuanto mayor era el reto, más decidido estaba a conseguir su propósito y convertir a aquellos indigentes desagradecidos en unos ciudadanos modelo. Así que zarparon para cruzar el vasto Pacífico, hasta que alcanzaron la minúscula isla de Tithona.

—¿Tithona? —repitió Lotus, preguntándose si sería solo una coincidencia.

—Sin embargo, no prosiguieron su viaje —añadió sir Henry en voz baja.

Lotus levantó la mirada con una expresión intensamente concentrada.

—¿Qué quiere decir?

—En esa época, Tithona era un remoto paraíso tropical —continuó August—, formado a partir de un gran volcán inactivo que se alzaba en el centro de la isla. Allí se detenían con frecuencia los barcos para reabastecerse y, a su llegada, Dander se encontró con que disponían de una semana antes de que su viaje pudiese continuar. Sin nada que hacer en aquella pequeña y desvencijada población, Dander levantó la vista hacia la montaña que sobresalía en la selva, y en la que le dijeron que vivía una tribu misteriosa y reservada. La perspectiva de salvar algunas almas lo entusiasmó. Así que, tras pedirle prestada a un marinero una pistola como medida de protección y meter un montón de biblias en su bolsa, Martin Dander arrastró a su familia por el camino caluroso y empinado del interior de la selva y acampó en el cráter del volcán. En aquellos tiempos el cráter era como el jardín del Edén. Los indígenas lo consideraban sagrado y no cazaban en él. Por consiguiente, estaba lleno de aves raras, mamíferos e insectos, todos extraordinariamente mansos. En el centro había un laberinto de gigantes formaciones de roca ferruginosa con muchos pasadizos estrechos que conducían a las entrañas de la montaña. Al parecer, una tarde, mientras los exploraban, los gemelos Rust se perdieron y nunca regresaron. Pero me temo que hay más, mucho más.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Lotus.

—Como he dicho, el aire está lleno de recuerdos, y así se pueden reconstruir los hechos —contestó August—. Los gemelos no se perdieron por accidente. Huían para salvar la vida.

—¿Huían? ¿Por qué?

—Porque estaban acusados de asesinato.

Lotus se quedó boquiabierta.

—¿El asesinato de quién?

—De Hope Dander.

Aguardaron en silencio a que August continuara su relato. Tom vio en el cielo las

primeras luces grises que anunciaban el alba, pero August no parecía dar muestras de debilidad, al contrario.

—Después de comer, los niños bajaron por las rocas y empezaron a explorar. Isaac, al ser mayor, más valiente y más temerario que los demás, se fue internando en el laberinto cada vez más, hasta que al final los dejó atrás. Cuando Dorian y Caleb alcanzaron por fin a Isaac, lo encontraron de pie al otro lado de un estrecho abismo que llegaba al fondo del cráter. Isaac empezó a mofarse de los gemelos, desafiándolos a saltar, y luego a proferir insultos contra ellos cuando no lo hicieron. Reconocieron muy bien el rencor en los ojos del chico, pero no saltaron. Y entonces apareció la pequeña Hope. Vio al otro lado a su hermano mayor, que empezó a animarla a saltar: «Te cogeré, demuéstroles a esos cobardes cómo hacerlo, vamos, demuéstreselo a esos cobardes, Hope...». Podéis imaginaros el resto.

»Hope sonreía, complacida ante la oportunidad de superar a los dos niños abandonados. Pero Dorian vio que jamás podría conseguirlo. «¡No lo hagas!», garabateó en un papel, «¡es demasiada distancia!». Caleb también se lo advirtió. Pero la pequeña Hope no quiso escuchar. Confiaba, claro está, en que su hermano mayor la cogiese. Además, aborrecía con toda su alma a aquellos críos flacos y pálidos que le habían amargado la vida. Así que saltó... pero no lo bastante.

»El grito resonó en todo el cráter, lo que hizo que Martin Dander llegara a toda prisa. En un abrir y cerrar de ojos, Isaac acusó a Dorian de empujar a su hermana. Sabía que Dorian no replicaría. Martin Dander se quedó mirando aterrado el vestidito rosa que se hallaba en la base de una roca y luego cargó contra Dorian, tirándolo al suelo. Con gestos frenéticos, descendió por la roca hasta el lugar en el que yacía Hope, pero de nada sirvió. Su hija estaba muerta, con el cuello roto. El misionero quedó consumido por la pena y la rabia. En sus ojos ardía la celosa determinación de enseñarle a aquel niño silencioso y desagradable una lección que nunca olvidase.

»De una oreja, Dander obligó a Dorian a regresar al campamento. Lo ató a un árbol como si fuese una cabra dispuesta para un tigre. El silencio invadió la selva. Poco a poco, Dander se fue quitando el abrigo y se remangó. Luego cortó un trozo de caña.

“Por favor”, susurró Dorian. “No he sido yo.”

“¿Decides hablar cuando te conviene, niño?”

“No he sido yo. No lo he hecho. No.”

Dorian vio que Dander se despojaba de la pistola y la pistolera, y las dejaba cuidadosamente sobre su abrigo. Miró implorante a Caleb, pero su hermano estaba paralizado por el miedo. Ni el ni Isaac se atrevieron a interponerse entre el monstruo y su comida. En silencio, vieron que empezaban a llover los golpes, los cuales continuaron durante mucho tiempo, hasta que el sol se ocultó tras los árboles. Por fin Martin Dander tiró su palo entre el polvo, roto y ensangrentado.

“Nunca jamás volverás a mentirme, niño”, dijo, echando espuma por la boca, con la cara y la camisa salpicadas de rojo. Tras coger su pistola, se metió en la selva

tambaleándose. Isaac lo siguió. Caleb apenas podía mirar a su hermano. Su espalda, sus piernas, sus brazos y su cuello no eran más que un espeluznante amasijo de ensangrentadas rayas rojas y carne desgarrada. Pero por algún motivo Dorian Rust seguía estando vivo, por poco, y cargado de un odio silencioso y arrollador. Y de una férrea determinación de escapar. Caleb debió de sentir lo mismo. A la mañana siguiente, la tienda de los gemelos Rust estaba vacía.

Se hizo un silencio sepulcral. La luz gris del alba se colaba entre las contraventanas.

—Bien, es fácil imaginar que pasó a continuación. Entonces Martin Dander se enfrentaba a una doble tragedia. Aunque creyese que Dorian había matado a su preciosa hija, no quería dos muertes más sobre su conciencia. De sol a sol registró las formaciones rocosas, llamando a los niños. Como era de esperar, no contestaron. Al cabo de un par de días bajó al pueblo y regresó con una docena de policías, que también buscaron. Pero los indígenas se sintieron ofendidos por todos aquellos extranjeros que pasaban por encima de supreciado cráter. Para ellos, el hombre blanco había despertado a los malos espíritus que se habían llevado a los gemelos. Así que los policías se marcharon y se negaron a volver. Y al cabo de diez días Martin Dander se vio obligado a abandonar la búsqueda. Su barco zarpaba. Enterró a la pequeña Hope en un ataúd de plomo, hizo el equipaje con Isaac y se marchó. Nunca se le volvió a ver.

Hubo un breve silencio. Tom miró a Lotus y vio que estaba sinceramente conmocionada.

—Entonces, ¿don Gervase nunca le contó nada de esto?

Lotus negó con la cabeza.

—No sabía nada. Me extrañaría que alguien lo supiese, aparte de su hermano. Es bastante vergonzoso, ¿no?

—¿Vergonzoso?

—Ser golpeado así. Demuestra debilidad.

—No estoy seguro de que el niño hubiese podido hacer gran cosa, señorita —murmuró sir Henry, sorprendido por la reacción de la joven—. Martin Dander era un monstruo.

—¿Y por eso odia tanto a la gente? —preguntó Tom.

—¿Quién sabe? —August se encogió de hombros—. Puede que haya cambiado de identidad, pero sin duda sigue llevando las cicatrices físicas. Ese extraño surco vertical que le divide la frente, ese curioso modo de estar de pie, como si se pusiese de puntillas... Dander debió de despellejarle los pies. Lo lleva todo consigo. Y es probable que tampoco haya perdonado nunca a su hermano por mantenerse al margen y dejar que ocurriese.

—No veo cómo podría olvidarse nunca —reflexionó sir Henry—. Si se busca la mota de polvo que ha provocado todo esto, sospecho que es ese acontecimiento.

Lotus guardaba un hosco silencio. Muchas cosas empezaban por fin a tener

sentido.

Tom dijo:

—¿Y qué pasó a continuación?

—Bueno, los gemelos se refugiaron dentro de la montaña, donde fueron infectados por ese extraordinario escarabajo replicante, y desde allí encontraron el camino para bajar hasta Scarazand, igual que tú —continuó August—. Una vez allí, se supone que crecieron, unidos por su diferencia en aquel mundo extraño y ajeno. —Miró a Lotus—. Puede que usted conozca el resto.

Ella se encogió de hombros.

—Solo lo que él me dijo, que no es gran cosa. Empezaron como humildes trabajadores, haciendo cosas rutinarias y aburridas... Don Gervase siempre decía que su existencia solo empezó realmente cuando oyó por primera vez que existía un elixir de la vida en alguna parte. En cuanto comprendió eso, no pudo pensar en nada más. Se convirtió en su obsesión.

—¿Por qué?

—Es evidente, ¿no? No quería ser un humilde trabajador durante toda su vida. Quería el poder. Quería controlar Scarazand y convertirlo en la mayor colonia de insectos que hubiese existido jamás. Y comprendió que la única forma de lograrlo era darles a los insectos aquello que más anhelaban: más vida, porque tenían muy poca. Así que encontrar el elixir era la clave.

—¿Y alguna vez habló de su hermano?

Lotus negó con la cabeza.

—La verdad es que no. Di por sentado que no le interesaba demasiado el gran proyecto y que era un poco inútil. Pero supongo que no es cierto, ¿no?

—Me da la impresión de que en parte sí lo es —dijo August con una sonrisa—. Seguramente a Caleb no le interesaba mucho. Me imagino que la obsesión de Dorian debía de resultar muy asfixiante. Además, es posible que, a medida que los gemelos crecían, Caleb se sintiese culpable creyendo que habría podido esforzarse más para tratar de salvar a su hermano. Puede que Dorian no le dejase olvidarlo; aquellas cicatrices debían recordárselo de forma constante. Y tal vez Caleb se sintiese incómodo al ver que Dorian, que siempre había sido el más débil de los dos, el hermano que se había negado a hablar, había hallado de pronto un propósito en la vida, a diferencia de él mismo. Fueran cuales fuesen los motivos, una vez que hubo crecido necesitó hallar una nueva identidad muy lejos de Scarazand. Fue así como se encontró por casualidad con un joven buscador de diamantes acampado junto a su aeroplano en el desierto de Namibia.

—¿Nicholas Zumsteen?

—Exacto. Nicholas Zumsteen. Aventurero, guapo, rico y despreocupado. Era todo aquello en que Caleb quería convertirse. Así que lo hizo.

—¿Lo hizo?

—Recuerda que el escarabajo que infectó a los hermanos era especial, el más raro

del mundo: un escarabajo replicante. Nunca ha llegado a existir más de media docena de ejemplares, y ahora deben de estar extinguidos. El escarabajo replicante es un parásito con una habilidad única: no solo puede cambiar de forma para entrar en su huésped y convertirse en él; también puede volver a transformarse en un escarabajo al instante, tal como acabamos de oír.

August miró a Lotus, que asintió con la cabeza. Tom sabía aquello, por supuesto, pero seguía resultándole casi increíble.

—¿Dorian llegó a enterarse de la nueva identidad de su hermano?

—Seguramente. Pero para entonces él también tenía la suya. El niño delgado, desfigurado y cojo se había convertido en un plantador de cacao de Perú, don Gervase Askary. Con una hija, y mi elixir, que supongo que tuvo el efecto deseado, ¿no es así?

Lotus asintió.

—Regresamos a Scarazand para la gran reunión, el Contagio, y don Gervase presentó lo que habíamos encontrado. Una sola botella azul de su taller, vacía, pero con el tapón aún en su sitio, atrapando en el interior aquel precioso gas. —Sonrió un instante al recordarlo—. Y sí, la Cámara se quedó completamente atónita. Eran el consejo de ancianos que había controlado los asuntos humanos en Scarazand durante siglos. Nunca esperaron que hallásemos aquello. Calificaron toda la búsqueda de broma. Pero esa fue su perdición. Al cabo de unos días estalló una sangrienta revolución y Scarazand fue nuestro.

—¿Vio alguna vez a Nicholas Zumsteen?

Lotus negó con la cabeza.

—Al parecer, estuvo presente en el Contagio. Y oí que se reunió con don Gervase esa misma noche en secreto. Quién sabe lo que se dijeron, pero al final de la entrevista Zumsteen se escapó por el conducto de ventilación. Lo cual no era muy inteligente, puesto que estaba absolutamente prohibido y se castigaba con la pena capital. El lo sabía. Así que, en cierto modo, firmó su propia sentencia de muerte.

—Tal vez, querida, no tuvo elección —murmuró sir Henry, acariciándose el bigote—. Quizá fuese la única salida que le quedaba. Nicholas tuvo que olerse lo que se avecinaba. En un trono siempre cabe uno solo, ¿no es así?

—¿Y por qué no ha destruido Scarazand? —preguntó Lotus—. No lo entiendo. Si sabe donde está el punto más débil, ¿por qué no ha hecho nada al respecto?

Se hizo un silencio. Una campana sonó por encima de sus cabezas. August se volvió hacia Lotus. Los primeros rayos de sol se colaban en la habitación, iluminando la mata de pelo blanco del hombre como si fuese una aureola.

—Es una excelente pregunta. Hasta esta noche yo habría sido incapaz de contestarla. Tal como he dicho, Nicholas siempre me pareció un tipo despreocupado que hacía cuanto se le antojaba. Desde luego, sin esa locura obsesiva de su hermano. Pero ahora parece que las apariencias engañan.

Esperaron en silencio a que August continuase.

—¿Y bien?

Lotus lo estaba mirando con expectación.

—Nick Zumsteen no quiere destruir Scarazand, porque pretende apoderarse de él —dijo sir Henry—. Está planeando una pequeña revolución propia.

—¿¡Qué?! —farfulló Lotus—. Quiero decir, ¿cómo lo sabe?

—Me lo dijo. Almorzamos en mi club de Londres. El Club de los Viajeros. Le interesaba mucho que August y yo nos involucrásemos en su proyecto.

—Pero ¿cómo va a hacerlo?

August se volvió hacia Tom.

—¿Recuerdas la última vez que lo viste?

Tom recordó aquella plataforma iluminada por la luna, encima del cráter de Tithona. Aquel hombre alto, moreno y nervioso, allí sentado, entre las ramas, observándolo con curiosidad.

—Sí.

—Entonces recordarás aquellas dos bolsas largas que escondió cuidadosamente en su mochila, ¿no?

—¿De qué está hablando? —quiso saber Lotus.

—¿Aquellas cosas blancas y perladas?

—Exacto. Durante todo el tiempo que Nicholas Zumsteen fue mi ayudante en Tithona las estuvo coleccionando en secreto. Debió de tardar casi dos años. Después de las tormentas tropicales bajaba a la playa y las encontraba en la orilla, en medio de los desechos arrojados por el mar hasta la costa. Seguramente habían salido a flote desde las profundidades. De haberlo sabido, le habría quitado la idea de la cabeza. El debía de imaginárselo, y por eso andaba con tanto tiento. Creo que las escondía en un agujero de un árbol.

—Pero ¿qué eran? ¿Una especie de huevos? —preguntó Tom.

—En efecto. Los huevos de una criatura particular. Una gorogoná.

—¿Gorogona? —repitió Lotus, que nunca había oído aquella palabra.

—Gorogoná —corrigió uno de los polvorientos picozapatos, adelantándose en su estante—. La palabra es aguda.

—De acuerdo —dijo ella, un tanto sorprendida por el graznido del pájaro—. Supongo que sabes qué son, ¿no?

—Por supuesto. Gorogoná. —Se aclaró la garganta—. Gorogoná es el nombre que reciben los últimos insectos en forma de serpiente que vagaron por la Tierra hace varios millones de años. Se les da por extinguidos y ahora son adorados como dioses en ciertas islas del Pacífico, donde se les atribuyen ciertos poderes mágicos, como el de tragar montañas, exhalar fuego, crear remolinos...

—¡Ja! —Lotus bufó desdeñosamente—. Bueno, eso parece muy probable. Está claro que eres un experto.

El picozapato no pareció muy complacido.

—En realidad, las gorogonás son únicas —dijo August—. No solo pueden

escupir un veneno que se enciende. Además, si cortas una por la mitad, aparecen en su lugar dos, que enseguida alcanzan el tamaño de la original. Imaginad un gusano gigantesco capaz de echar fuego por la boca y multiplicarse hasta el infinito y os haréis una idea.

Tom recordó aquellas bolsas de perlas, y luego le vino a la memoria que don Gervase lo había interrogado justo acerca de eso antes de dejarlo por muerto en el museo. Quizá él también supiese exactamente lo que eran esas gorogonás... Sin embargo, era evidente que nunca se lo había mencionado a Lotus. La chica estaba sentada en el rincón con gesto enfurruñado, incapaz de disimular su irritación.

—Y supongo que Nicholas Zumsteen está incubando esos huevos en alguna parte, ¿no es así?

Sir Henry asintió.

—Desde luego. Lo cierto es que August y yo llevamos ya algún tiempo tratando de alcanzar a Nicholas, y lo mismo hace su hermano. El año pasado, Askary estuvo a punto de conseguirlo al atraparlo en un barco en Siberia. La nave había sido atacada por una especie de ciempiés gigante y no quedó nadie vivo a bordo. Por extraño que parezca, Nicholas escapó, y seguimos su rastro por el bosque. Al cabo de varios días llegamos a una cabaña situada al borde de un amplio valle. No había nadie, pero de todos modos la inspeccionamos. Fue entonces cuando me di cuenta de que criaba algo... Había unas extrañas bolas de hielo por todas partes. Pero no supimos exactamente lo que había dentro hasta que nos lo dijo el propio Nicholas.

—Y supongo que también les diría cuándo iban a salir del cascarón, ¿no?

Sir Henry sonrió.

—Su padre es un tipo muy raro. Nunca muestra sus cartas. Pero me parece que será pronto. Muy pronto. Está planeando lo que llamó «la derrota de los insectos». «Una batalla para decidir el futuro de todas las cosas.»

—¿En ese valle?

—Quizá. August recordaba haber visto un viejo volcán al otro lado. Tal vez vaya a utilizarlo para forjar una entrada a Scarazand.

Tom recordó el cuadro de Betilda Marchmont. ¿Era eso lo que ella había visto? Al chico cada vez le resultaba más difícil mantener la calma.

—No sé si Nicholas Zumsteen quiere que Scarazand vuelva a ser ese lugar pacífico e inofensivo que fue antaño o utilizarlo para sus propios fines. Pero tenía muchas ganas de decirme lo odiosos que era su hermano y que todos deberíamos prestarle nuestra ayuda para derrocarlo. Está convencido de que sus gorogonás van a ganar, y, francamente, me inclino a creerlo. Si todas y cada una de las serpientes pueden dividirse hasta el infinito... bueno, no quiero ni pensarlo. El único inconveniente es que, una vez que las gorogonás salgan del cascarón, Nicholas no tendrá la menor posibilidad de controlarlas. Pero eso no parecía inquietarle demasiado. De hecho soltó una carcajada. La idea le resultó graciosísima.

Se produjo un breve silencio. Tom empezó a preguntarse si Nicholas Zumsteen no

estaría tan loco como su hermano gemelo, a pesar de las apariencias en contra. Sir Henry bostezó ruidosamente y miró su reloj. Ya eran casi las seis de la mañana. Se arrellanó en la silla y se puso los brazos detrás de la cabeza.

—Así que, como podéis ver, todo esto está progresando para convertirse en una bronca familiar de proporciones colosales y, ¿sabéis qué os digo?, dejémoslos. Tarde o temprano las gorogonás saldrán del cascarón, y entonces cabe suponer que Nicholas intentará invadir Scarazand. Seguramente don Gervase reunirá a sus ejércitos para enfrentarse a él, y se pelearán a brazo partido. A destruirá a B, o viceversa. Sea como fuere, alguien acabará controlando a la reina, y eso será todo. ¿Importa mucho quién gane?

—Me importa a mí —murmuró Lotus—. No crean que voy a permanecer al margen y dejar que don Gervase triunfe. Ya no.

—Y a mí también me importa —añadió Tom en voz baja—. Mucho.

Sir Henry miró al chico, que parecía un poco avergonzado.

—Ah. Sí, claro, se me había olvidado por completo. —Sir Henry miró de soslayo a August—. Eso es un problema, ¿no?

Lotus atisbo entre los rayos de luz, tratando de interpretar la expresión de Tom, medio oculto entre las sombras.

—Tal vez sea un motivo más para no involucrarse en el asunto. ¿Y si lo dejamos hasta mañana por la mañana?

—Mañana por la mañana es ahora —respondió August.

—Ya sabes a qué me refiero. Ha sido un día muy, muy largo.

13

Ecós y huevos

La tarde estaba avanzada cuando Tom volvió a despertarse. Se había acurrucado bajo una manta en la chaise longue que había en el cuarto de sir Henry y, a pesar de todo lo ocurrido durante la noche anterior, había dormido bien. Tras ponerse de pie con aire aturdido, se desperezó.

—Por fin te despiertas.

Tom entornó los ojos para protegerse del deslumbrante rayo de luz blanca que entraba por la ventana. Allí estaba Lotus, acurrucada en la zona de sombra más profunda como si fuese una araña.

—Me deja pasmada que puedas dormir con todo lo que está pasando.

Tom bostezó.

—Estoy muy cansado. He estado trabajando como esclavo en una fábrica de laca, ¿te acuerdas?

Lotus continuó observándolo con atención.

—No sabía que fueses un convertido. Don Gervase lo mantenía muy en secreto.

Tom se apartó de los ojos el pelo enredado. La chica lo había adivinado. El no podía negarlo, y no tenía ningún sentido fingir.

—¿Puede controlarte con la pelota-escarabajo?

Tom se quedó mirando por la ventana y suspiró.

—August me dio de comer una larva para que mi conversión no fuese completa. Se interrumpió antes de... ya sabes. Así que seguramente no puede matarme. Y cada vez se me da mejor ignorarlo. Pero sí, en respuesta a tu pregunta, don Gervase puede controlarme... un poco.

Por los labios de Lotus cruzó la sombra de una sonrisa. Era evidente que aquello tenía mucho sentido para ella.

—Y por eso quieres destruir Scarazand: para librarte de esa parte de ti que le pertenece a él, a Zumsteen o a quien tenga en su poder la pelota-escarabajo. Si no puedes superar la molestia, elimínala. Ahora lo entiendo.

Tom suspiró. Se le ocurrió que Lotus había estado pensando mucho en ello.

—¿A ti no te pasa lo mismo?

Lotus negó con la cabeza.

—Tal como dijo August, los escarabajos replicantes son únicos: no responden ante nadie. Ni siquiera oigo a la reina. ¿No es extraño? Don Gervase tampoco la oye, ni Nicholas Zumsteen, supongo. —Oh.

La mirada implacable de Lotus se estaba volviendo incómoda.

—Por eso, Tom, he decidido que quiero ayudarte. Quiero ayudarte a encontrar ese conducto de ventilación y quiero ayudarte a destruir Scarazand, porque tampoco le encuentro sentido. Ya no.

Tom estaba un tanto desconcertado por aquel repentino cambio de parecer.

—Pero ¿y tu padre?

—No necesito otro padre. Sobre todo si se parece al de antes, cosa que parece muy probable. Suponiendo que me uniese a Zumsteen en esa gran batalla y venciésemos, ¿qué pasaría entonces? Sir Henry tiene razón, en el trono siempre hay sitio para uno solo. Con el tiempo me convertiría en un estorbo. Así que lo mejor es librarse de los dos y hacerle un favor al mundo. —La cara pálida de Lotus resplandecía como una luna entre las sombras. Parecía hablar en serio—. ¿Tienes hambre? —dijo, cambiando de tema de repente.

Tom hubo de reconocer que tenía un poco.

—Yo estoy hambrienta. He estado esperando durante siglos a que te levantases. Sir Henry me dijo que a los monjes no les sentaría bien que una chica vagase por su monasterio, y menos si acababa de darle una paliza a uno de sus hermanos, así que por primera vez en mi vida pensé que me convenía seguir un consejo. Me ha costado mucho. —Con una sonrisa radiante, se levantó de la silla y fue hacia la puerta a grandes zancadas—. ¿Vamos?

Con su inconfundible paso alegre, Lotus lo precedió mientras bajaban los peldaños de piedra hasta el pequeño claustro. Varios monjes se pararon a mirarlos mientras pasaban. Lotus los ignoró a todos y llamó con descaro a la puerta de August. Mientras esperaban, más monjes se reunieron para observar a la chica esbelta y al chico larguirucho. No parecían demasiado contentos de verlos. Al final, se abrió el pestillo y chirrió la puerta. Sir Henry apareció en el umbral.

—Buenos días. O tal vez debería decir buenas tardes.

Tom sonrió de mala gana.

—¿Desayuno, almuerzo o merienda?

—Lo que sea, por favor.

Al entrar, encontraron a August repantigado en el balcón, bajo un toldo de lona. Llevaba un ajado sombrero de paja, y sobre la mesa que tenía delante habían servido una abundante comida en espera de ser engullida.

—¡Ajá, se ha despertado el monstruo! —exclamó con los ojos brillantes—. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien.

—¡Come, come!

—Gracias.

Lotus dedicó su mejor sonrisa a los presentes y se sentó frente a Tom. En silencio, empezaron a devorar las fuentes de pan, miel, higos y yogur dispuestas ante ellos. Tom observó que había varios picozapatos que aguardaban con paciencia en el umbral.

—Hemos pensado en vuestros problemas, pero no hemos llegado muy lejos —dijo sir Henry, cogiendo una silla para unirse a ellos. Se quedó mirando la alfombra de árboles, muy abajo—. Me preguntaba si no deberíamos tratar de volar hasta

Scarazand como hicimos la otra vez. Buscar una entrada y luego construir una especie de caballo de Troya en forma de insecto. August podría hacerlo muy rápidamente. Luego llenarlo hasta arriba de dinamita, introducirlo y...

Lotus contuvo una discreta sonrisa.

—¿No?

La chica sacudió la cabeza.

—Desde que ustedes volaron en su aeroplano hasta la cueva todo ha cambiado. Ahora Scarazand es una fortaleza. No hay visitas, ni turistas, solo trabajadores que entran y salen. Se han tapado decenas de millares de agujeros, y todos los que no se han tapado están muy vigilados. Ningún extranjero podrá jamás volver a encontrar el camino de entrada, ni por accidente ni de otro modo.

—Parece muy segura de eso.

—Lo estoy —dijo ella, cogiendo un higo entre sus largos dedos blancos y pelándolo metódicamente—. Mi tarea consistía en ocuparme de eso, y lo conseguí. Me mostré inflexible. Ahora, entrar en Scarazand es imposible.

Sir Henry formó una bola de pan entre los dedos y la tiró por encima del balcón con gestos nerviosos.

—Hummm, bueno, sospechaba que tal vez diría algo así. Esa ha sido mi aportación. No se me ocurre nada. ¿Tiene alguien alguna idea brillante? ¿Tom?

—Solo que el don Gervase del manicomio tenía razón. La mejor forma tiene que ser encontrar el conducto de ventilación: escondido en un árbol, cerca de una chabola en ruinas...

—En algún lugar de la faz de la Tierra —gruñó sir Henry, descubriendo una mosca sobre la mesa. Tras preparar otra bola de miga la lanzó directamente contra ella y la derribó—. El problema es que ya nos hemos pasado diez años buscando ese dichoso conducto.

—Y aunque lo encontremos, hará falta algo más grande que una bomba para hacerlo explotar —dijo August con un suspiro—. Con todas las consecuencias que eso tendría. Sí, esas palabras han empezado a obsesionarme a mí también.

Lotus había cortado el higo en trocitos regulares. Se metió uno en la boca y lo masticó cuidadosamente, como si fuese un ratón.

—La verdad es que yo también le he dado muchas vueltas.

Tragó, dio un sorbito de agua y luego empezó a masticar el siguiente trozo. Tom cayó en la cuenta de que hasta ese momento nunca había visto comer a Lotus Askary. Estaba claro que no era algo que hiciese muy a menudo.

—Tal como le acabo de decir a Tom, no tengo ningún interés en ayudar a Nicholas Zumsteen, ni tampoco a don Gervase Askary. Ya no. Así que les ayudaré a encontrar el conducto de ventilación.

—Eso es muy amable por su parte, señorita —dijo August con una sonrisa sarcástica—. ¿Y cómo podría hacer eso?

Lotus dio otro sorbo de agua.

—Tengo una idea. Es una idea muy buena, pero necesita... algo. Algo que tiente a don Gervase Askary a salir de su guarida —dijo. Los demás esperaron, mientras la miraban comer con tanta precisión—. Cuando vieron a Nicholas Zumsteen, ¿por casualidad les dijo adonde iba a continuación?

—Quizá.

—En otras palabras, sí. ¿Puedo preguntar adonde?

Sir Henry vaciló. Incluso en ese momento había algo en la chica que no inspiraba confianza.

—Bueno, no creo que importe. Va a asistir a una fiesta en México mañana por la noche.

—¿Quién organiza la fiesta?

—Se llama Golding Golding. Un norteamericano. Ha hecho su fortuna como comerciante de armamento, y siempre está intentando crear armas nuevas y originales a partir del mundo de los insectos. Nicholas descubrió su interés hace algún tiempo y ha hecho bastante amistad con él. Tal vez sea un aliado natural, aunque yo no me fiaría demasiado de Golding Golding y trataría de no perderlo de vista. Cosa que no es difícil, porque está tan gordo como un buda.

Lotus frunció el entrecejo.

—¿Golding Golding?

—Eso es. Entonces, ¿ha oído hablar de él?

—Por supuesto. Y tiene usted razón, no merece ninguna confianza. Finge coleccionar arte, pero en realidad ha robado cuanto ha podido de Scarazand durante mucho tiempo. Lo sabemos todo acerca de Golding Golding y sus intrigas.

Sir Henry y August la observaron con atención.

—O sea, no es que me importe. ¿Por qué iba a importarme? —dijo jactanciosamente, aunque algo incómoda—. ¿Les dijo quién más iba?

—Al parecer, un montón de gente extraña y pintoresca —respondió sir Henry, poniéndose de pie y rebuscando en su chaqueta, colgada encima de la silla—. Miembros de la alta sociedad, científicos, maleantes... Nicholas me dijo que Golding Golding había invitado a «todo aquel que tuviese interés en hacerse con el botín de Scarazand». Son sus palabras, no las mías. Nicholas se mostró tan reservado como siempre, pero tuve la clara sensación de que iba a contárselo todo acerca de esas gorogonás que está criando y la gran batalla que se avecina. Por qué, no lo sé. Pero tenía muchas ganas de que August y yo nos dejásemos ver.

Sir Henry le puso a Tom en las manos una gruesa tarjeta de color crema. La letra era grande y dorada, y estaba adornada con muchas florituras que dificultaban la lectura. La tarjeta iba dirigida a August y a sir Henry.

El señor Golding Golding celebra un cumpleaños importante. Le complacería mucho que viniesen a

celebrarlo con él. Será extraordinario. Vístanse para la ocasión/.

Se ruega respuesta. Hacienda Favorita. Xilitla, San Luis, Potosí, México.

—Precisamente, August y yo estábamos debatiendo si debería asistir uno de nosotros. Las invitaciones de Golding Golding son muy escasas, y no me importaría ver qué objetos ha acumulado allí. Se mire por donde se mire, es un montaje muy extraño. Artístico, ¿sabéis?

—¿Me permites?

Tom le pasó la tarjeta a Lotus, que la examinó con avidez y esbozó a continuación una sonrisa extraña.

—Pero si ya está.

—¿Ya está qué? —preguntó August.

Lotus le dio la vuelta a la invitación. Su sonrisa se ensanchaba por momentos.

—Don Gervase Askary estará en esa fiesta.

—¿De verdad?

—Tiene espías que vigilan a Golding Golding muy de cerca. Estará enterado de la clase de personas que han sido invitadas. Puede que sepa incluso lo de Zumsteen y su conferencia. Estará allí, se lo garantizo, y tratará de capturar y matar al mayor número de indeseables posible. Incluyéndoles a ustedes.

Sir Henry enarcó las cejas y miró a Lotus con aire de duda burlona.

—Parece muy segura.

—Yo misma solía vigilar a Golding Golding —dijo la chica con sencillez—. Era una de mis numerosas tareas. Lo cierto es que sabía mucho acerca de él. Pero nunca vi una invitación como esta. Tiene usted razón, se trata de una oportunidad insólita. Le garantizo que don Gervase no la dejará pasar.

Hubo un breve silencio incómodo. La absoluta confianza de Lotus en sus propias ideas resultaba un poco desconcertante. August dijo:

—Pero, querida, aunque usted esté en lo cierto y Askary tenga planeado presentarse con sus secuaces, ¿qué esperanza podría tener de hacer algo? Todo el mundo lo vería venir de lejos. Desde luego, nosotros lo veríamos.

—No necesariamente.

—¿Qué quiere decir?

En el rostro de Lotus se dibujó una sonrisa extraña. Dejó la tarjeta en la mesa y colocó su cuchillo pulcramente en el centro de su plato. Se había pasado la mayor parte de la noche pensando en cómo encajaba ese pequeño secreto desde una perspectiva general, y en ese momento estaba convencida de saberlo. Había llegado el momento de revelarlo.

—No lo verían necesariamente a él, sino a Tom Scatterhorn. Por supuesto, no a

este Tom Scatterhorn. Me refiero a su eco.

—¿Al eco de Tom?

—En efecto. Al eco de Tom. —Sus grandes ojos verdes se clavaron en él—. Porque tú tienes un eco, Tom, uno de verdad.

Nadie habló. Solo las cigarras, muy abajo.

—Cuando llegaste al manicomio te picó un insecto, ¿no es así?

Tom asintió.

—Lo sabía. —Una sonrisa cruel y astuta se extendió por el rostro de Lotus—. Deja que te diga lo que ha pasado, y corrígeme si me equivoco, aunque no me equivocaré, porque pasé con don Gervase Askary el tiempo suficiente para saber cómo piensa. Es así. Don Gervase es un líder poderoso y solitario: no confía en nadie. Está convencido de que algún día Nicholas Zumsteen va a tratar de arrebatarle Scarazand, y sabe que ha estado coleccionando gorogonás con ese fin. Esas criaturas lo aterran, pero ¿qué puede hacer? Dos cosas. Envía a legiones de espías al futuro, confiando en que vuelvan y le adviertan de lo que va a pasar. Y mientras tanto, hace unas cuantas averiguaciones por su cuenta. Esas investigaciones lo avergüenzan, ya que ponen en evidencia su paranoia y su debilidad, así que trata de mantenerlas en secreto. Lo sé porque trató de mantenerlas en secreto ante mí. Pero en algún momento descubre que tú, Tom, tienes que desempeñar un papel crucial en su futuro. ¿Estoy en lo cierto?

Tom asintió, aunque se dio cuenta de que, pese a la alegre confianza de Lotus, la chica ignoraba cuál era ese papel.

—A don Gervase esto le resulta sumamente irritante. Porque sabe que, como convertido a medias, es imposible controlarte del todo, o incluso confiar en ti. Tal vez incluso te atreviste a decírselo. ¿Qué debería hacer entonces? Podría ignorar la advertencia, pero eso sería una temeridad. Podría matarte, pero entonces nunca desempeñarías ningún papel en su futuro, así que tampoco puede hacerlo. En lugar de eso, decide hacer una copia en secreto, un eco olvidado, al que pueda controlar y luego esconder, listo para ser utilizado.

Es una acción muy cauta y un poco peculiar, pero es así como actúa don Gervase Askary. Nunca deja nada al azar.

August y sir Henry guardaron silencio unos instantes mientras asimilaban las palabras de Lotus.

—Pero ¿por qué no mató a Tom tras hacer la copia? —preguntó August.

—No podía. Matar a un original destruye el eco: están vinculados. Nadie entiende por qué, pero es así.

Sir Henry se pasó una mano por la frente, dudando de si debía creer una sola palabra de todo aquello.

—Entonces, lo que está diciendo, señorita, es que el eco de Tom está escondido en las profundidades de Scarazand, y que don Gervase va a llevárselo a la fiesta de Golding Golding como una especie de cebo, ¿no es así?

Lotus asintió.

—Estoy segura. Eso es exactamente lo que querrá hacer.

—Pero si acuden usted y Tom en vez de nosotros, de alguna manera Tom puede ocupar el lugar del eco —dijo August, viendo inmediatamente adonde conducía todo aquello.

—Exacto.

—¿El lugar del eco? —Sir Henry parecía perplejo—. ¿Por qué?

Lotus continuó:

—Porque, al desempeñar el papel de su eco, Tom sería conducido al corazón mismo de Scarazand sin encontrar oposición, y entonces...

Hizo una pausa para asegurarse de que todos la escuchaban.

—Podría subir por esa chimenea... y salir por el conducto de ventilación.

Hubo un silencio. De algún modo, Tom había pronunciado las palabras antes de entenderlas realmente.

—Esa era precisamente mi idea —dijo Lotus asintiendo con la cabeza, un poquito molesta por no haber podido explicar el final de su brillante plan.

—Podrías subir por la chimenea... y salir... por el conducto de ventilación. — August repitió la frase muy despacio—. Y, por supuesto, descubrir exactamente dónde está. ¡Pero eso es una pequeña genialidad!

—Salvo que te descubran. O pierdas el equilibrio. Y, aunque lo consigas, ¿qué pasará cuando te encuentres solo en mitad de una selva, rodeado de Dios sabe qué? ¡Excelente! —bufó sir Henry. Aquella era sin duda una de las ideas más disparatadas que había oído en su vida—. ¿Cómo diantres va a subir Tom por esa chimenea?

—No lo sé, pero Zumsteen lo consiguió —dijo Lotus, a la defensiva, encogiéndose de hombros—. Entró por una de las buhardillas del palacio. No pudo ser una subida muy larga.

—¿Qué buhardilla exactamente?

—Me dijeron que estaba justo encima del dormitorio de don Gervase.

Sir Henry se apretó con los dedos el puente de la larga nariz aguileña y sacudió la cabeza.

—Esto parece una fantasía descabellada. Me deja pasmado que la consideres siquiera, August.

—Pero al menos es un plan —respondió su amigo—. Al hacerse pasar por el eco, Tom obtiene el acceso inmediato a Scarazand, cosa que, tal como dice la señorita Askary, ahora resulta imposible de otra manera. Y, al subir por la chimenea, de un golpe elimina la parte más difícil, es decir, tener que encontrar el dichoso conducto de ventilación, cosa que tú y yo no hemos conseguido hacer en diez años. Y no tenemos otros diez años. Ni siquiera estoy seguro de que tengamos otros diez días. Pero sí, estoy de acuerdo, este proyecto no está exento de riesgos.

Sir Henry se rió con amargura.

—No está exento de riesgos. Me gusta eso. Muy bueno.

Se hizo un incómodo silencio. Tom recordó aquella alta chimenea y aquel minúsculo punto de luz que permanecía inmóvil en el aire como una estrella. ¿Era realmente posible subir por allí? Tal vez sí...

August se cortó una fina rebanada de pan y una loncha de queso, que masticó con aire reflexivo.

—Bueno, Tom, nadie puede pedirte que hagas nada de eso, y nadie puede hacerlo salvo tú. Tú decides.

Tom estaba muy quieto, tratando de ignorar su corazón desbocado. Más allá del balcón, las sombras del valle se alargaban y el pinar se encendía de marrón y dorado.

—Creo que tengo que hacerlo.

—¿Estás seguro?

Tom se volvió hacia el rostro decrepito y marcado de August. Sus ojos eran más negros que nunca.

—¿De qué otro modo puede acabar?

—Puede acabar si Nicholas Zumsteen y aquellas gorogonás ganan la batalla —gruñó sir Henry.

—Pero eso podría no ocurrir —murmuró Tom—. Usted mismo ha dicho que él no puede controlarlas... y aunque pueda, ¿qué pasará entonces? Siempre seré esclavo de quien controle a la reina. Siempre estaré en manos de otros. Y no puedo evitar pensar que sea quien fuere siempre querrá hacer cosas malas, aunque no las haga contra mí. Solo porque puede. Es tan poderoso... Si puedes hacer cualquier cosa... —Tom suspiró claramente frustrado. No encontraba palabras para expresar lo que sentía—. Y ya no se trata solo de mí. He visto lo que está haciendo con el mundo, he visto cómo es. Tengo que hacerlo. Quiero hacerlo.

Sir Henry entornó los ojos.

—Son cosas muy distintas, ¿sabes? Piensa, Tom, piensa... Aunque consigas bajar hasta Scarazand, tarde o temprano Askary averiguará que no eres un eco. Quizá lo sepa ya. No podrás retroceder si...

—¡No me importa!

Sir Henry se quedó atónito. Jamás había visto a Tom tan enfadado.

—¡Ya no me importa! Está bien, ¿de acuerdo? Está bien. Conozco el riesgo. Lo aceptaré. Pero déjenme en paz.

El arrebató de Tom resonó en todo el valle. Guardaron un incómodo silencio mientras sonaba una campana sobre sus cabezas. Tom se quedó mirando el pequeño fragmento de mar a lo lejos y se mordió el labio. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Casi había anochecido cuando volvieron a reunirse. A Tom la atmósfera de la habitación de August le resultaba demasiado sofocante para permanecer sentado y, tras excusarse, se marchó a dar un paseo por el monasterio. Recorrió oscuros claustros, contempló fuentes burbujeantes y vio a los hermanos ocupándose de su vida serena y ordenada, cuidando del huerto, prensando aceitunas, rezando en la capilla... August estaba en lo cierto: aquel era un buen sitio. Tom entendía por qué

buscaban refugio allí los fugitivos de Scarazand: se incorporaban a la Legión, y de pronto aquel extraño mundo de insectos y todos sus peligros parecían desvanecerse, nunca tendrían que volver a afrontarlos... ¿Podría hacerlo él? Incluso en ese momento, a pesar de su arrebató, Tom no acababa de estar seguro. No podía disimular la aprensión que le causaba aquel plan, y todo cuanto lo acompañaba: la posibilidad de ser descubierto, el grito sila... Ignoraba por completo si estaba haciendo lo correcto. Pero incluso allí arriba don Gervase Askary podía controlarlo: esa voz en su cabeza siempre estaría ahí, siempre. Y además, todo el mundo dependía de él. ¿Acaso no era el único que podía poner fin a aquello?

—Creía que te habíamos perdido.

Cuando Tom volvió a alzar la vista después de su ensoñación, vio a sir Henry sentado junto a él en el claustro.

—¿Cómo te encuentras, viejo amigo? —dijo sir Henry, clavando en Tom sus ojos sagaces.

—Muy bien. Igual, si es eso lo que se pregunta. Sigo queriendo hacerlo.

—Sabía que dirías eso. Los Scatterhorn somos gente testaruda —dijo sir Henry con una sonrisa radiante, dándole una palmada en la espalda—. Dejaré de intentar disuadirte, pero me gustaría que aceptases esto.

Tom miró la piedrecita gris en forma de cono que tenía en la palma de la mano.

—¿Qué es?

—Considéralo una pequeña baliza. Cuando salgas de esa chimenea y te encuentres en alguna selva en mitad de la nada, esto nos ayudará a encontrarte.

Tom pasó el dedo por la superficie áspera de la piedra. No parecía gran cosa.

—No me preguntes cómo funciona. August lo encontró en una cacharrería. Cree que perteneció a un chamán. Siempre me lo llevo allá donde voy. Es un pequeño instrumento curiosamente preciso. Pero tú lo necesitas mucho más que yo.

Tom sonrió sin ganas.

—Gracias.

—No es nada, chaval.

Contemplaron la fuente durante unos instantes.

—Bueno, todo está dispuesto. La señorita Askary ha convencido a August para pedir el transporte. Se le ha ocurrido un plan muy original para conseguir colarse de incógnito en la fiesta de Golding Golding.

—Ah, ¿sí?

—Irás por el castillo de Marchmont. Es un viejo edificio de Escocia lleno de corrientes. Al parecer, está hecho una ruina. Antiguamente vivió en él una artista...

—¿El castillo de Marchmont?

Sir Henry vio la expresión de Tom y sonrió con aire cómplice.

—Sí, eso es justo lo que he pensado yo. Muy pocas posibilidades de éxito. Entonces, ¿has oído hablar de él?

—Hummm... Vagamente.

—La chica está convencida de que existe una conexión directa entre el castillo y el escondite de Golding Golding. De hecho, se muestra muy insistente, aunque se niega a decir más. Sospecho que hay algún asunto del que no estamos enterados. Pero si Askary va a estar en la fiesta, no cabe duda de que estará muy pendiente de todo aquel que llegue. Y, como la Villa Favorita está rodeada de kilómetros de selva y comunicada por una sola carretera, supongo que es lógico utilizar esa puerta trasera tan insospechada.

Tom se quedó en silencio, contemplando el agua burbujeante. En realidad, no estaba demasiado sorprendido. Sabía que Lotus y don Gervase habían utilizado otras veces conexiones secretas como aquella. Después de todo lo que había oído acerca de una gran batalla final, y aquellas gorogonás, le daba la impresión de que Betilda Marchmont también había viajado...

—¿Qué es lo que opina August?

—Ya lo conoces: no tiene la menor medida del peligro. Le interesa la idea de que la Tierra contiene tramas de conexiones secretas de las que él nada sabe. Según su enciclopedia, ese castillo está plagado de pasadizos ocultos y escondrijos.

Sir Henry hizo una pausa.

—Pero, y sé que no hace falta que te lo recuerde, será muy peligroso, Tom, y no me refiero solo a salir por el conducto de ventilación; me refiero a viajar con Lotus Askary. Puede que sea muy respetable, pero no tiene ni pizca de delicadeza. Me da la impresión de que tendrás que verter mucho aceite sobre aguas turbulentas, viejo amigo; allanar el camino, no sé si me entiendes.

Tom asintió con un leve gesto de cabeza: por desgracia, entendía muy bien a sir Henry.

—Y tendrás que empezar convenciendo a tu taxista. Su nueva pasajera no le entusiasma precisamente.

—¿El águila?

—Exacto. —Sir Henry sonrió—. No quiere atender a razones, tú parece tener más influencia sobre él que todos los demás.

—¡No me vengas con esas, colega!

Estaba anocheciendo; el sol empezaba a tocar el borde del mar a lo lejos. La variopinta rapaz se había posado en un extremo del balcón de August, con las alas colgando junto a la pared de roca.

—Sé lo que estás pensando —susurró Tom—. Y estoy de acuerdo contigo... un poco. Bueno, más que un poco. Pero va a ayudarme. No se me ocurre otro modo.

—¡Pero es la hija escarabajo de ese tipo raro! —siseó, mirando con concentración a Lotus, que estaba al fondo—. Y no es un escarabajo cualquiera: estuvo a punto de arrancarme el dichoso pico.

—Lo sé. No tienes que decir que sí. Simplemente podría ser útil, eso es todo.

El águila miró a Lotus con desconcierto.

—Me estás poniendo en un aprieto, no te equivoques. ¿No puedes ir tú solo?

Tom se encogió de hombros, presa de la impotencia.

—Lo siento.

—Me lo pone difícil —murmuró el ave para sí—. Solo hay un motivo por el que considero siquiera la posibilidad de hacerlo, solo uno, y lo estoy valorando. —El pájaro inclinó hacia él su enorme y peluda cabeza con aire conspirador—. Tú y yo tenemos que apoyarnos, amiguete. Lo digo en serio. Sobre todo ahora —siseó—. Las cosas ya son lo bastante peligrosas para nosotros ahí fuera...

El águila le echó un vistazo a Lotus, que aguardaba expectante.

—Entonces, ¿eso es un sí?

La rapaz murmuró extrañas maldiciones para sí.

—Fíjate que estoy mosqueado, con M mayúscula.

Tom miró a Lotus e inclinó la cabeza muy brevemente. Con una sonrisa radiante, la chica se adelantó, mostrándose tan encantadora como pudo.

—Muchas gracias. Es muy amable por tu parte...

—Esto no tiene nada que ver contigo, jovencita. Si fuese por mí, podrías...

—Por favor. —Tom levantó la mano—. Por favor.

—De acuerdo —gruñó el ave—. Pero si te transformas o haces cualquier otra payasada, te haré bajar más deprisa que... que... Ni se te ocurra.

—No se me ocurrirá.

El águila soltó un gruñido y, con un giro desgarrado, se dio la vuelta para presentarles el lomo.

—¿Y bien? ¿Qué estáis esperando?

Tom trepó hasta situarse entre las grandes alas del ave, y Lotus lo siguió. Se sentaron incómodos, uno detrás de otro.

—No, no, no. Si quieres venir, jovencita, vas a tener que rodearle la cintura con los brazos, amable y amistosamente. ¿Entendido?

Cuando Lotus agarró a Tom, este, muy inquieto, echó los brazos a su vez alrededor del cuello del águila.

—Eso mismo —añadió el pájaro con voz áspera—, finjamos que somos una gran familia feliz.

Sir Henry y August cruzaron las puertas para verlos marchar.

—¡Buena suerte! —gritó sir Henry.

Lotus sonrió y saludó con la mano.

—Adiós, Tom. Ánimo.

Tom trató de sonreír, pero le resultó imposible. ¿Era aquello una idea muy mala? Era la única idea...

—Agarraos —gruñó el enorme pájaro, y con un salto desgarrado se lanzó desde el balcón y se perdió de vista.

Sir Henry y August se adelantaron y contemplaron la gran silueta parda que se lanzaba en picado hacia las copas de los árboles y aceleraba hacia las colinas que se hallaban más allá.

—Pobre Tom —murmuró August—. Sabes lo que está pensando, ¿verdad?

Sir Henry asintió.

—Que tiene que sacrificarse. Que no tiene ninguna posibilidad.

Y que de algún modo es un acto noble que debe realizar. Parece muy decidido a morir.

—Desde luego.

Contemplaron al ave mientras sobrevolaba la cima de la cresta, con sus anchas alas ardiendo al sol del anochecer.

—No crees que tengan muchas posibilidades, ¿me equivoco ?

Sir Henry hizo una mueca.

—Francamente, no, pero no ha habido modo de convencerlos. Dos jóvenes tozudos más a los que nunca volveremos a ver.

August suspiró.

—Bueno, tal vez tengas razón. Pero al menos esa determinación tan ciega podría ayudarnos a ganar tiempo.

Sir Henry se volvió hacia su viejo amigo y vio un brillo malicioso en sus ojos.

—¿Tiempo? ¿Para qué exactamente?

En los ojos de August brillaba un destello de picardía.

—El chico ha dicho antes algo que me ha dado una idea.

Ala y oración

Tom echó un último vistazo al monasterio y luego notó una gran ráfaga de aire cuando el águila se elevó por encima de la cresta y describió una pronunciada curva en su descenso hasta el valle adyacente. Volando a escasa altura, bajó en dirección a las verdes laderas en sombra y aceleró hacia los árboles iluminados por el sol.

—Este es uno de mis lugares favoritos, chaval. Aquí arriba siempre hay montones de claros, dispuestos como cruces en una carretera.

Tras lanzarse en picado, empezaron a avanzar zigzagueando entre los grandes robles, que brillaban dorados bajo los últimos rayos de sol.

—He mejorado mucho —continuó el ave—. Las pequeñas golondrinas me enseñaron todo lo que sabían. Allí hay uno. —El águila indicó un rayo de luz que arrancaba destellos de una roca—. ¿Has visto eso?

Tom miró de reojo, pero ya había desaparecido.

—¿Cómo sabes adonde conducen?

—Casi siempre puedes entreverlo, aunque a veces no. Escocia, en tu propia época, ¿verdad?

—Si es posible.

—Vale. —El águila siguió volando hacia un grandioso cedro que crecía ligeramente apartado—. Es extraño —murmuró, mirando con concentración los rayos de sol que se abrían paso a través de la cima.

—¿Qué dice? —preguntó Lotus.

La rapaz miró el árbol con desconfianza.

—¿Tienes la sensación de que algo nos observa?

Tom entornó los ojos para distinguir el zigzag de luz y sombras que rebotaba a su alrededor.

—No veo nada.

—Hummm. —El pájaro descendió todavía más; sus alas rozaban el suelo—. Bueno, yo tampoco, pero te digo, chaval, que no estamos solos.

—¿Hay algún problema? —preguntó Lotus, intuyendo la inquietud del águila.

El ave no respondió. Voló en torno al claro y empezó a volver sobre sus pasos a través del bosque iluminado por el sol, murmurando para sí:

—Podría ser una trampa. Las he visto otras veces. No importa. Haremos un rápido amago y luego una dejada.

—¿Una dejada? —repitió Tom, notando que Lotus se le sujetaba con fuerza a la cintura.

—¡Agarraos bien!

Rocas y tierra pasaron como un rayo cuando la gran rapaz empezó a acelerar en línea recta hacia el grandioso cedro, elevándose junto al borde de un ancho rayo de

luz que rozaba las ramas superiores. Tom cerró los ojos con fuerza y se agarró...

¡ZUM!

El águila se precipitó hacia la izquierda con tanta agilidad como una golondrina, girando entre las capas del tiempo tan deprisa que Tom y Lotus despegaron de su lomo; azul, verde, blanco...

NEGRO. Silencio.

Estaban al otro lado. Era de noche. Calles de casas adosadas discurrían pacíficamente bajo sus pies. Se hallaban en las afueras de una gran ciudad oscura. El águila parecía bastante sorprendida.

—Entonces me debo haber equivocado.

—¿Sobre qué?

—Juraría haber visto...

¡BUM!

—¡Por todos los diablos!

¡B-B-B-BUM!

El águila se lanzó en picado de lado y a punto estuvo de tirarlos al suelo.

—¡Perdón! —exclamó el ave con voz áspera, volando en círculo hacia la izquierda.

¡B-B-B-BUM!

Las explosiones sonaban tan cerca que vibraban a través de la cabeza de Tom y salían por el otro lado. Hasta el aire parecía estar en llamas.

—¿Qué pasa? —gritó Lotus, claramente aterrada.

—¡Dímelo tú, jovencita!

A sus espaldas se oyó un chirrido estremecedor. Tom volvió la vista atrás. En la oscuridad distinguió a duras penas la silueta de lo que parecía un Spitfire... aunque no era un Spitfire... Era un brillante insecto negro que batía las alas a una velocidad vertiginosa. Tenía el hocico romo y los ojos muertos... Llevaba cañones sujetos con correas a los flancos. Detrás de la cabeza tenía montada una estrecha carlinga de vidrio en la que se sentaba un piloto que sonreía como un loco. Un segundo insecto lo seguía a poca distancia.

—Moscas de Satán —susurró Lotus—. Son rápidas. Eso no es bueno.

—¡Soy un ave, colega! —gritó el pájaro.

Una ráfaga de bolas de fuego pasó silbando, tan cerca que Tom casi habría podido alargar la mano y atrapar una.

—¡Cuidado! ¡Esas cosas pueden matarte! —le espetó la enorme rapaz.

Otra ráfaga y el águila bajó en picado directamente hacia la cuadrícula de calles iluminadas por la luna. De pronto estaban al nivel de la calle y volaban a una velocidad de vértigo... Muros, escaparates y semáforos pasaban zumbando...

—¿Los hemos perdido? —preguntó la rapaz con voz áspera, girando bruscamente para no chocar contra un autobús.

Tom echó un vistazo hacia atrás.

—¡Eso creo!

—¡No, siguen ahí! —gritó Lotus, señalando una silueta oscura que volaba por la siguiente calle que discurría en paralelo.

Entonces el primer insecto giró en una esquina y se unió a la persecución. Al instante, el águila entró en un callejón y sobrevoló una hilera de jardines; sus alas apenas se elevaban por encima de las vallas.

—¿Qué demonios son esas cosas? —murmuró.

La pregunta quedó en el aire cuando una ráfaga de disparos arrasó la madera, que se hizo astillas.

—¿Y bien? —Tom miró la pálida cara de porcelana de Lotus, que era la viva imagen del terror.

—Las moscas de Satán cazan en tríos. No podemos correr más rápido que ellas —se limitó a decir.

Parecía que la aparición repentina de esas criaturas blindadas la hubiese herido en lo más hondo. Al final de la hilera de jardines el ave cruzó un arco de ferrocarril ennegrecido y se puso a seguir las vías.

—¡Ahora veremos de qué pasta estáis hechos!

Con un impulso, las grandes alas del águila empezaron a batir más deprisa y aceleraron como una flecha por las vías. La velocidad era tan grande que a Tom le lloraban los ojos, y sin embargo, a través de la oscuridad, pudo distinguir a duras penas la silueta cuadrada de un vagón de mercancías más adelante... y luego otro, una larga fila de vagones enganchados a una locomotora que tiraba hacia...

—¡Un túnel! —exclamó Lotus jadeante, al ver el agujero negro que se abría en la ladera de la colina—. Si podemos...

—¡Entrar antes que ellos! —gritó el ave—. Eso es, jovencita. ¡Solo así nos quitaremos de encima a esos fanáticos!

Las dos siluetas oscuras ya sobrevolaban zumbando las vías detrás de ellos, alcanzando una velocidad feroz. Otra bola de fuego pasó como un rayo.

—¡Madre mía! ¡Vale ya, maldita sea!

El águila voló a toda velocidad hacia los vagones, y pronto estuvieron sobre ellos. Tom vio que estaban llenos de rocas blancas.

—Abajo voló el loco pájaro, llevando a Tommy Scatterhorn...

Y así llegaron los insectos, uno, dos, tres...

La rapaz cantaba con la melodía de una canción folclórica australiana, haciendo caso omiso de las bolas de fuego que pasaban en todas direcciones. Tom entrevió la locomotora que se acercaba deprisa a la boca del túnel; estaría allí en cuestión de segundos... Si pudiesen situarse delante...

—Vamos —apremió Tom—, ¡vamos!

—Y su fantasma puede ser oído al pasar por la laguna...

Allí estaba el maquinista, asomándose a la ventanilla de su locomotora, horrorizado. Allí estaba la primera mosca de Satán casi directamente detrás de ellos;

Tom vio la cara del piloto, que sonreía de forma extraña. Unos tentáculos parecían salir de la boca del insecto... El tiempo pareció hacerse más lento...

—¡Ay, Señor! —susurró Lotus, agarrando a Tom con más fuerza.

Sin embargo, el chico no podía apartar la mirada. Allí estaba la entrada del túnel, allí mismo...

—¿Quién vendrá a vagabundear conm...?

La tercera mosca de Satán emergió de la negra boca del túnel.

—¡CANCELAR!

Al instante Tom notó que le caía encima el peso de Lotus, dejándolo sin aire en los pulmones. Fue muy rápido, pero de algún modo habían girado noventa grados y ascendían en vertical.

¡BUUUM!

Al mismo tiempo se produjo una explosión colosal bajo sus pies. De reojo, Tom vio a la mosca de Satán hecha pedazos por la locomotora en marcha. La segunda se estrelló contra la ladera de la colina y cayó sobre los vagones lanzados a toda velocidad, colisionando contra la tercera.

—¡Tomad lecciones de vuelo, chicas! —gritó la enorme ave con tono triunfal mientras se alejaba rápidamente—. ¿Qué querían?

Tom miró a Lotus y vio su expresión sombría. Había dicho la verdad cuando explicó que la perseguían por todo el mundo... Pero ¿eso también lo incluía a él? ¿Habían descubierto ya su huida? No quería ni pensarlo...

Al alba habían dejado la ciudad muy atrás y llegaban a un gran bosque situado en una ladera. Con un salto desgarbado y un rebote, el águila aterrizó en un sendero con grandes surcos escondido entre los árboles, y los dejó en tierra. Tom se sentía tan entumecido que apenas pudo ponerse de pie.

—Aún no estás muerto, ¿verdad, chaval? —preguntó el ave.

Tom intentó esbozar una sonrisa.

—Siento un cosquilleo —gimió, sacudiendo las piernas para intentar devolverles la vida—. ¿Es este el lugar correcto?

—En efecto —dijo Lotus, estirándose como un gato—. El castillo de Marchmont está justo ahí abajo, ¿no?

La chica señaló las torrecillas grises que asomaban por encima de la cortina de niebla que cubría el valle.

—Así es, jovencita, pero tendréis que recorrer el último tramo a pie, porque yo no pienso acercarme más, y menos después de encontrarme con ese comité de recepción.

Lotus sonrió a la variopinta rapaz. Ahora que estaba fuera de peligro, recuperaba su vieja confianza.

—Pues gracias por traernos hasta aquí... y pasar por todo eso. Me has salvado la vida.

—Perdona, pero era mi vida la que estaba salvando. Tú simplemente estabas a bordo. ¿Qué demonios hacían esas salvajes? ¿Y cómo sabían que venías?

Lotus se encogió de hombros, correspondiendo a la mirada suspicaz del águila con su mejor expresión de inocencia.

—Supongo que habrá sido una coincidencia.

—¿Coincidencia? Hummm. ¿Lo es? —murmuró el águila para sí con resquemor—. Yo lo llamaría emboscada. —La rapaz miró a Tom, que cojeaba entre las hojas. Sus piernas parecían haber vuelto a la vida—. ¿Todo bien, mi viejo patán?

Tom hizo una mueca de dolor.

—Más o menos.

—No me refiero a tus piernas —siseó el ave, acercándose enfadada al lugar en el que estaba Tom—. Me refiero a si te parece bien bajar allí con esa lianta. —El ave le dedicó una ojeada a Lotus, que se encontraba en ese momento al borde del bosque, contemplando el valle—. Es tu última oportunidad para echarte atrás.

—Lo sé —dijo Tom en voz baja—. No pasa nada.

—No pareces muy seguro. Y no te lo reprocho. Nunca confíes en un insecto, colega. Sobre todo si puede...

Lotus se volvió y los miró. En el incómodo silencio que siguió, la chica, el chico y el águila se observaron los unos a los otros.

—Me arriesgaré —susurró Tom, a sabiendas de que no tenía elección. Ir con Lotus era el único modo de poder acabar con aquello.

—De acuerdo, chaval. Es cosa tuya.

—Gracias.

La gran rapaz sacudió sus plumas de mal humor y se volvió para marcharse. Pero antes no pudo resistirse a hacer un comentario hiriente a modo de despedida. Se dirigió hacia Lotus con paso decidido, se abalanzó sobre ella y le clavó una furiosa mirada amarilla.

—Bueno, escucha esto, doña Caprichosa, si alguna vez me entero de que nos has tomado por tontos y todo esto es un gran truco para volver ahí dentro con el señor Askary, te aseguro que te arrancaré de los hombros esa bonita cabeza tuya y les daré tus sesos a los cuervos. ¿Me has entendido?

El ave le clavó el largo pico gris en la cara y Lotus dio un involuntario paso hacia atrás.

—¿Y bien?

La rapaz tenía un aspecto tan feroz que Lotus asintió con la cabeza. No podía hacer otra cosa.

—De acuerdo, entonces.

El pájaro se volvió, despegó con un par de botes y se alzó por encima de los árboles antes de alejarse sin mirar atrás.

—¡Encantadora criatura! —dijo Lotus, alisándose el cabello para recuperar la compostura.

—Habla en serio —dijo Tom, complacido en secreto de que Lotus hubiese perdido la calma ante la amenaza.

—Escucha, Tom, puede que esto aún te resulte difícil de creer... pero no tengo ningún plan secreto para volver dentro con don Gervase Askary. Está tratando de matarme, ¿no es así? Después de lo que acaba de pasar, pensaba que eso resultaba evidente.

—Entonces, ¿te estaban esperando?

La chica se quitó el barro de las botas a patadas sin decir nada.

—¿Lotus?

—Algo se activa cuando atravieso un agujero. No sé cómo. Desde que me escapé de la cárcel ha sido así. —Miró a Tom—. Pero es evidente que no podía decírtelo ni decírselo al águila, pues de lo contrario nunca habría accedido a llevarnos.

Tom sacudió la cabeza.

—Genial. Así que ahora debe de saber que estamos aquí.

—Lo dudo. Han muerto todas, ¿no? Y, de todos modos, las noticias viajan muy despacio.

—Pero suponiendo...

—¿Qué? —Los ojos de Lotus lanzaron chispas—. Suponiendo que don Gervase Askary crea que estoy en Escocia, ¿qué?

—No estás solo tú, estamos el águila y yo. Si sabe que estamos...

—¿Qué diferencia hay? Lo sepa o no lo sepa... no va a detenernos ahora, ¿verdad?

—No. Pero...

Pero Lotus ya había empezado a caminar colina abajo, haciendo aspavientos. Su esbelta figura se desvanecía entre la niebla. Tom inspiró hondo. Lotus Askary era un elemento de cuidado, no cabía duda. Tal vez todo aquello iba a ser mucho más difícil de lo que había imaginado.

—¡Espera! —gritó, y echó a correr detrás de ella.

Cinco minutos después, Lotus y Tom habían bajado por el empinado sendero y alcanzaban la estrecha carretera que discurría por el fondo del valle. A lo lejos se divisaba el perfil del castillo de Marchmont, alzándose como un negro acantilado más allá de los árboles, con torrecillas en cada esquina y almenas que se perdían en la niebla.

—Supongo que tendrás algún plan, ¿no? —resopló Tom mientras subían a toda prisa por la carretera vacía.

—Claro que tengo un plan, siempre tengo un plan.

—¿Vas a contármelo o tengo que adivinarlo?

Lotus exhaló ruidosamente. Su aliento se convirtió en vaho en el aire gélido. Era evidente que aún estaba furiosa y no tenía ganas de dar explicaciones.

—Está bien. Es muy sencillo: Betilda Marchmont era una viajera, como tú.

—Ya me lo había imaginado.

—Y solía visitar a Golding Golding.

—Eso también lo suponía. Pero ¿cómo?

—Golding Golding construyó su hacienda en mitad de la selva. ¿Por qué? Porque es el emplazamiento de una antigua colonia de insectos, con muchos viejos túneles que lo conectan con diferentes épocas y lugares, incluyendo uno que conduce a Scarazand. Golding Golding está obsesionado con Scarazand. Colecciona cosas procedentes de allí. Por eso sé de su existencia, por eso hemos estado vigilando su casa, viendo quién va y viene..., y una de esas personas era Betilda Marchmont. ¿Cómo llegó ahí? No fue por carretera. No fue dándose una caminata por la selva. Debió de utilizar uno de los viejos túneles. Probablemente lo descubrió de forma accidental.

Tom asintió. Podía creer que eso era posible; al fin y al cabo, August y sir Henry habían encontrado las ruinas de otro Scarazand en miniatura en el Himalaya, donde los había visitado el año anterior. ..

—¿Seguro que Betilda Marchmont viajó hasta allí desde aquí?

Al doblar un recodo, el castillo se erigió ante ellos. Delante había una pequeña casa gótica para el guarda.

—Desde luego. Tuvo que hacerlo, ya que vivía recluida. Betilda nunca abandonó este lugar, apenas salió de su propia habitación. Se pasaba el día entero pintando cuadros raros en la buhardilla. —Hizo un gesto vago señalando las ventanas cerradas del último piso—. Cuando August dijo que este castillo estaba plagado de pasadizos secretos, caí en la cuenta de que ella debió de encontrar alguna conexión secreta. Es evidente que existe una escalera oculta, un túnel o un armario en algún punto del último piso que la condujo directamente hasta allí. Nadie llegó a saber siquiera que se había marchado. Lo único que tenemos que hacer es encontrarlo.

Casi habían llegado al camino particular cuando un motor aceleró y la furgoneta de un lechero surgió de entre los abetos valle arriba. Vieron que la furgoneta rodeaba el murete y se paraba junto a la caseta del guarda. Se abrió la puerta y se bajó de un salto el lechero, que se ocupó de sus asuntos con rapidez. No los había visto.

—Lotus, espera: ¿no crees que tenemos un aspecto algo sospechoso?

Ella siguió andando con paso decidido, fingiendo no haberlo oído.

—Necesitamos una historia. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

—¿Acaso importa?

—Sí que importa —dijo Tom, sujetándola—. La gente no aparece y ya está. No a pie, en mitad de la nada, por la mañana temprano. ¿Qué estamos haciendo aquí?

Lotus se encogió de hombros.

—No lo sé. Puede que hayamos tenido un accidente de tráfico.

—¿Qué?

—Puede que nos hayamos perdido. Puede que estés enfermo. Puede que hayamos cogido el autobús.

Señaló lo que podía ser una parada, apenas visible entre las tinieblas.

—Lotus, simplemente...

—Tom, lo he hecho muchas veces, ¿de acuerdo? —dijo la chica, apartando

cuidadosamente el brazo de Tom del suyo propio—. Sé muy bien lo que hago. Déjame a mí, haz el favor.

Y se dirigió con paso decidido hacia la furgoneta. Tom la siguió con mucha aprensión. No estaba seguro de lo que sabía Lotus acerca de cualquier cosa que se saliese de su propio mundo extraño, y sir Henry tenía razón: no tenía ni pizca de delicadeza. El lechero salió de la caseta del guarda soplándose los dedos morados. Se puso un poco rígido al ver aparecer entre la niebla a aquellos dos niños raros.

—¡Hola! —dijo Lotus, sonriendo alegremente—. ¿Cómo está usted?

—Muerto de frío —le espetó el lechero, que llevaba un pasamontañas bajo el gorro—. ¿Cómo estáis vosotros?

—Oh, muy bien. Hemos venido a ver el castillo de Marchmont.

—Ah, sí. Pues ahí está, muchacha. Desolado y horripilante.

—¿Está abierto?

—No, a las seis de la mañana no lo está —dijo el hombre, metiendo las botellas vacías en una caja—. Y no sé si volverá a estarlo. ¿Para qué queréis entrar ahí?

—Oh, en realidad es solo una visita de cortesía. Betilda Marchmont es nuestra madre, ¿sabe? Hace mucho tiempo que no la vemos. ¿Está en casa?

Lo que a Lotus le parecía sumamente natural al lechero se le antojó muy extraño. Ya se disponía a subir de nuevo a su furgoneta cuando se detuvo.

—¿Dices que Betilda Marchmont es vuestra madre?

—Eso es. Nos ha invitado a desayunar. ¿Está cerrado el castillo?

El lechero se quedó mirando a aquellos niños raros. La niña tenía la cara muy pálida y lisa, e iba vestida con una especie de capa gris. El niño estaba delgado; tenía los ojos oscuros y una mata de pelo rubio que parecía haber atravesado un seto hacia atrás. Sabía que debía seguir con el reparto, pero había algo muy sospechoso en aquellos dos... ¿Podía ser que...?

—Entonces, ¿no lo sabéis?

Lotus sonrió con dificultad y flexionó los dedos como una gimnasta. Ya se estaba cansando de aquellas preguntas.

—¿Saber qué? ¿Qué es lo que tenemos que saber?

—Lo de los crímenes.

—¿Crímenes? —Lotus soltó una carcajada—. ¿Qué crímenes?

La expresión del lechero se endureció. Quizá fuesen ellos: los periódicos decían que pudieron ser dos, y los asesinos siempre regresaban a la escena del crimen, ¿verdad? Eso era un hecho. El lechero sacó cuidadosamente su teléfono móvil. Exhibió una sonrisa falsa y luego se sacudió de un manotazo un enorme moco que tenía en la punta de la nariz.

—¿Decís que queréis entrar?

—Eso es.

—Sí, bueno, os diré lo que podemos hacer: ¿por qué no os quedáis aquí mientras intento hacerme con la llave?

—Gracias —dijo Lotus con una sonrisa radiante—. Es usted muy amable.

El lechero se volvió y marcó con el pulgar tres rápidos dígitos. Luego se situó con movimientos furtivos detrás de la furgoneta.

—Esto me da mala espina —susurró Tom, recordando lo que les había sucedido a las personas que vivían allí.

—¿Por qué dices eso? —siseó Lotus—. Nos está ayudando.

—Policía —farfulló el lechero—. Llamo desde el castillo de Marchmont.

—No es verdad —murmuró Tom entre dientes—. Don Gervase mató a la gente que vivía aquí. Lo leí en el periódico.

Lotus comprendió que Tom era sincero. El lechero se alejaba mientras hablaba apresuradamente por teléfono.

—Eso es. Dos. No, no, están en la entrada. Por la carretera. Unos crios de aspecto raro. No tengo ni idea. —El lechero les echó un vistazo y volvió a sonreír—. Ha ido a buscar la llave. Estará aquí en un periquete.

—Es una lástima —dijo Lotus con un suspiro mientras observaba al hombre, que volvió a su conversación.

Se acercó tranquilamente a la furgoneta y cogió una botella de leche del botellero. Con un rápido lanzamiento alcanzó al lechero en la nuca y lo dejó sin sentido. Al hombre se le cayó el teléfono de la mano. Tom se quedó allí conmocionado y luego, sin pensar, fue corriendo a recogerlo.

—¿Oiga? ¿Oiga? Lo siento, mi papá no hablaba en serio —dijo apresuradamente—. El... no se encuentra muy bien; hacer bromas por teléfono forma parte de su enfermedad. No para de hacerlas, lo siento. Por favor, no hagan caso. Lo siento.

Tom desconectó el teléfono y volvió a dejarlo en el suelo. Se quedó mirándolo un momento sin aliento, apenas capaz de dar crédito a lo que acababa de hacer.

—Era la policía —masculló.

—Eres más ingenioso de lo que parece, Tom Scatterhorn —le dijo Lotus con una sonrisa—. A mí nunca se me habría ocurrido nada parecido.

—Gracias —dijo Tom, observando el matiz de condescendencia que había en la sonrisa de Lotus. Tal vez habría podido añadir que Lotus era mucho menos encantadora de lo que parecía, pero no lo hizo.

—No sé si me habrán creído.

—Es verdad. No disponemos de mucho tiempo. Además, se despertará dentro de diez minutos.

Dejaron al lechero tumbado en la hierba y echaron a correr por el camino de grava, flanqueado por dos hileras de tejos bien podados; en un momento estaban subiendo los anchos peldaños de piedra. La puerta principal estaba cerrada, pero en la parte de atrás había una pequeña ventana abierta, y no tardaron en cruzar a toda prisa el oscuro vestíbulo con las paredes revestidas de madera de roble y subir la escalera de caracol. Pasaron entre adustos retratos de miembros de la familia Marchmont y tapices descoloridos hasta llegar al último piso.

—¿Y ahora por dónde? —susurró Tom, observando que al hablar el aliento se le convertía en vaho. Dentro de aquella vieja casa hacía casi tanto frío como fuera.

—¿Alguna idea?

Lotus ya estaba en mitad de un descansillo sinuoso que parecía conducir hacia la parte trasera de la casa y, para cuando Tom la alcanzó, había llegado al final de un pequeño pasillo, ante una puerta negra. En su cara había una sonrisa de satisfacción.

—Tiene que ser esto.

—¿Cómo lo sabes?

Lotus señaló las palabras pintadas sobre sus cabezas, en el dintel de madera.

—Nunquam minus sola quam cum sola —leyó—. Es latín.

—Gracias. Lo había adivinado.

—«Una dama nunca siente menos soledad que cuando esta sola» —tradujo para Tom—. Eso hace pensar en Betilda, ¿no?

Lotus trató de abrir la puerta. Estaba cerrada. De hecho, le habían puesto un flamante candado grande.

—Puede que esta sea la escena del crimen. La habitación en la que aquellos...

Pero Lotus ya había arrancado la puerta de una patada, sin contemplaciones.

—De alguna manera tenemos que entrar, ¿no?

Tom tragó saliva.

—Muy bien, pero... No importa.

La habitación era pequeña y austera, como la celda de un monje. Solo había una cama, una pequeña cajonera y una chimenea. Colgaban de las paredes unos cuantos cuadros sin enmarcar de gente extraña, mitad humana, mitad...

—Híbridos, qué interesante —dijo Lotus, examinando a un hombre con una deformidad peculiar que llevaba una vieja boina escocesa. Tom lo miró fijamente. Le resultaba vagamente familiar... Junto a él había otro retrato en el que aparecía una mujer menuda con un vestido de terciopelo y un turbante azul que tenía unos grandes y saltones ojos azules.

—¿Betilda? —se preguntó Tom en voz alta.

—¡Uau! ¡Ven a ver esto!

Tom siguió a Lotus hasta una habitación alargada de techo bajo. Le pareció haber entrado en un oscuro bosque. Largos y esbeltos troncos cubrían todas las paredes, hasta el techo, formando un dibujo interminable, y entre ellos Tom empezó a ver extrañas escenas de pesadilla procedentes de un reino fantástico que reconocía a medias y que a medias deseaba olvidar. Ese era el mundo de Scarazand...

—No puedo creerlo.

Lotus había ido hasta el fondo, donde había una gran pintura de una batalla que se libraba en un valle helado. Era una enorme masa arremolinada de criaturas y hombres, violenta y pintada con gran complejidad. En primer plano, un caballero con una armadura negra de pinchos galopaba a lomos de un escarabajo hacia una inmensa cobra con la cabeza levantada, a la que le clavaba profundamente su lanza en el

grueso cuello blanco del reptil. Debajo de él yacía un hombre que alzaba las manos aterrorizado. Toda la imagen estaba salpicada de lejía. Tom la reconoció de inmediato: la había visto en el periódico; parecía que hubiesen transcurrido varios siglos desde entonces.

—Recuerda que ese no eres tú, Tom. Ese es tu eco. Betilda Marchmont ni siquiera llegó a conocerte.

Tom se quedó mirando la cara borrada del chico: la mandíbula decidida, los ojos negros... Quizá no fuese él, pero seguía siendo profundamente inquietante. Y también lo era aquella enorme serpiente similar a una cobra que se alzaba sobre don Gervase. Era una gorogoná, ¿no? Debía de serlo...

Tras descubrir una caja polvorienta en el alféizar de la ventana, Lotus la puso en el suelo y abrió la tapa.

—Ja!

Se arrodilló y cogió la pila de periódicos de un verde céreo que había en el interior.

—Son de Scarazand.

—¿Estás segura?

Lotus asintió con la cabeza.

—Alguien debió de dárselos. No puedo creer que tuviese agallas para ir allí en persona.

Tom atisbo por encima de su hombro para leer el titular.

«Los cañones del megalobóptero no son rival para el chico», decía. Debajo había un retrato del eco de Tom vestido con la misma armadura característica. Parecía muy heroico y decidido. Un feo escarabajo negro yacía muerto a sus pies. Lotus lo tiró y luego leyó el siguiente, «Chico establece un nuevo récord», y el siguiente, «Un día normal en la vida de Tom». Cada recorte llevaba su propio cuento épico: otra criatura vencida, otro enemigo muerto. Tom notó que se le hacía un nudo en el estómago.

—Pero creí que habías dicho que mantenían a mi eco oculto, como si fuese un vergonzoso secreto.

—Pues me equivocaba, ¿no? —gruñó Lotus enfadada—. Es evidente que don Gervase está creando un nuevo héroe para el pueblo. Un títere al que pueda controlar, al que la gente pueda idolatrar. .. Y hasta le ha puesto la Scararmadura.

—¿La qué?

Lotus dio una palmada sobre el periódico.

—Esa armadura. Es famosa. Perteneció al primer hombre que descubrió Scarazand, hace mil años. Un caballero llamado Iñigo Marcellus. No creo que hayas oído hablar de él. Se convirtió en el primer rey de Scarazand. Es el héroe de los híbridos. Los liberó y les dio prestigio, y a cambio ellos le hicieron la Scararmadura. Tiene más de diez mil piezas, cada una confeccionada con la quitina más fuerte y ligera del mundo. Ni siquiera me permitieron tocarla nunca. —Lotus hojeaba los periódicos cada vez más deprisa, casi incapaz de controlar su furia—. La mejor

armadura hecha jamás, ahora llevada por un simple eco. Lo bastante bobo para salvar en batalla a su amo, y que morirá convenientemente a continuación. Betilda Marchmont estaba obsesionada por completo.

Tom desvió la mirada. Su cabeza era un hervidero. No quería ver nada más... Pero Lotus estaba en lo cierto: ese caballero estaba en todas partes... arrasando bosques a su paso, escalando muros, cruzando estanques a nado y troceando insectos grandes y pequeños... Y entonces Tom cayó en la cuenta de la razón por la que Lotus estaba tan enfadada. Ese eco había ocupado su lugar. Por culpa de él había sido encarcelada. Era el nuevo heredero de Scarazand. Y se llamaba Tom Scatterhorn.

—Creo que si me quedo aquí un momento más voy a vomitar —siseó Lotus, tirando al suelo el resto de los periódicos. Por primera vez en mucho rato Tom estaba completamente de acuerdo—. Averigüemos cómo llegó a casa de Golding Golding.

—Antes de que llegue la policía.

—Exacto.

Lotus recorrió la habitación a zancadas, flexionando los dedos.

—Si es un viejo pasadizo oculto, probablemente estará detrás de estas pinturas. Seguro que lo encontramos si las arrancamos.

—No podemos arrancar todas las pinturas de la pared, Lotus.

—¿Por qué no?

—No sé. Es una obra de arte, ¿no?

Tom volvió al dormitorio y observó con atención el retrato de la menuda y excéntrica mujer. Si era Betilda Marchmont, no parecía muy atlética.

—Tiene que estar en un lugar muy predecible...

¡PUM!

Tom se volvió. Lotus dio una patada tan fuerte al artesonado de madera de la pared que la agujereó. Luego arrancó una tablilla.

—¡LOTUS!

Ella lo miró furiosa.

—¿Qué? Tenemos que encontrarlo.

—Tienes que controlar tu mal genio.

—¿Quién lo dice?

—Yo. Deja de destrozarlo todo. Pensemos un momento.

Tom sacudió la cabeza. Aquello era como viajar con un animal salvaje. Lotus frunció el entrecejo, pero decidió no arrancar la siguiente tabla de la pared. En lugar de eso, retrocedió como si tal cosa y se reunió con él en el austero dormitorio.

—¿Y bien? —preguntó enfurruñada —Yo estoy pensando. ¿Y tú?

Tom se rascó la cabeza. No había armarios, ni ropero, ni cajonera, nada. Clavó en el retrato una mirada frustrada.

—Betilda no era una gimnasta, ¿verdad? Tiene que estar delante de nuestras narices. En alguna parte.

—¿Dónde exactamente?

—No lo sé.

Lotus le lanzó una mirada fulminante.

—¿De verdad eres tonto o solo te gusta fingir que lo eres?

Tom decidió no morder el anzuelo. En lugar de eso, cruzó la habitación y se agachó ante una extraña y pequeña imagen pintada directamente en la madera de la pared. Representaba a un camarero subido en un velocípedo, llevando una bandeja de bebidas. Por alguna razón a Betilda se le había olvidado pintarle la boca. Lotus vio lo que estaba mirando y se acercó a grandes zancadas para leer la inscripción en latín pintada a lo largo del borde.

—Parva sed apta mihi: nec tamen hic tequies. Hummm.

Arrugó la frente y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué significa?

—«Esta casita es perfecta, pero me siento inquieta.» Podría ser una alegoría. O alguna extraña broma privada. Ja, ja. Betilda quiere viajar, en una bicicleta, con un camarero...

—Para.

Tom se quedó mirando al camarero: ¿por qué Betilda no le había pintado la boca?

—Porque es mudo —susurró—. Porque es mudo. —De pronto, Tom soltó un grito ahogado—. ¡Eso es! Es mudo... ¡Un camarero mudo!

—¿Un camarero mudo? —repitió Lotus, como si fuese una especie de código.

Al cabo de un instante, Tom pasaba los dedos alrededor de la pintura. Tras palpar las tablas, abrió una de ellas y encontró un pequeño compartimento de madera.

—Aquí está. Eso es un camarero mudo. Es un ascensor... para comida. Desde la cocina.

—¿No es un poco pequeño? —dijo Lotus, señalando deliberadamente lo que resultaba obvio—. Salvo que sugieras que Betilda Marchmont era una enana.

—¿Y si solo utilizaba el mecanismo?

Lotus parecía perpleja.

—Es un ascensor. Así que tiene una polea, ¿no?

Tom comenzó a empujar en todas direcciones la tabla de madera adyacente, que crujió y se movió un poco. Luego, de pronto, se deslizó hacia un lado con mucha facilidad.

—Ya está —dijo con tono triunfal.

Detrás de la tabla había un estrecho hueco de piedra con una cuerda que colgaba en el centro. Lotus lo entendió por fin y se asomó a la oscuridad.

—Entonces, lo que estás diciendo es que este hueco podría bajar más allá de la cocina, hasta un sótano, o una mazmorra, o...

—Un túnel. Así Betilda podía subir o bajar en secreto. Por fuerza tiene que ser eso, ¿no?

—Pero si nos colgamos de esa cuerda, ¿qué impedirá que nos estrellemos contra el suelo al llegar abajo?

Lotus tenía razón. Betilda debía de utilizar algo para equilibrar su peso. Tom volvió a mirar la caja de madera. En el áspero muro de piedra que había detrás se hallaba un gran bloque suelto.

—¿Y si deslizaba el bloque encima de la caja para contrarrestar su peso?

Para hacer una demostración, Tom metió la mano y puso el bloque sobre la caja de madera, que desapareció despacio en el hueco. La cuerda empezó a ascender. Sobre sus cabezas se oyó un ruido de ruedas. Después de lo que pareció una eternidad la cuerda se detuvo. En su extremo había un contrapeso de plomo lo bastante amplio para situarse de pie sobre él, y un par de lazos que Betilda había atado a la cuerda para sujetarse a ellos.

—¿Lo ves? Es muy fácil.

Lotus tuvo que estar de acuerdo. Sonrió.

—De acuerdo. Tú ganas. Muy inteligente, Tom. Retiro lo dicho.

Se asomó al negro hueco y luego volvió a mirar a Tom. No había miedo en sus ojos, solo emoción por lo que sabía que los aguardaba.

—¿Quieres ir tú primero, o voy yo?

15

Surrealista

El primer sonido que oyó Tom, extrañamente, fue un gong. Luego llegaron las risas y los aplausos, seguidos de una trompeta. Con precaución, cruzó la puerta de madera que tenía delante y se encontró en una pequeña hondonada. Era de noche, y el aire era caliente y húmedo. Los sonidos de la selva eran ensordecedores. Después de trepar entre los helechos se encontró en un jardín lleno de siluetas retorcidas de hormigón que salían del suelo y puentes iluminados por lámparas. Las carcajadas procedían de un punto situado más abajo en la ladera, donde Tom pudo distinguir la silueta de una casa. Daba la impresión de que celebraban una fiesta.

—¡Qué suerte tuvo Betilda de haber hallado esta entrada! —susurró Lotus mientras emergía a través de la pequeña puerta y trepaba por los arbustos hacia él—. No tienes idea de lo remoto que es este lugar. Estamos en mitad de la nada.

—Así que Golding Golding es un canalla reservado y malvado, ¿no?

Lotus sonrió.

—¿Reservado? Desde luego. En cuanto a malvado, desde una perspectiva general, en realidad es un pez muy pequeño. A excepción de otra cosa.

—¿Otra cosa?

—Sé lo que ha estado coleccionando —dijo ella, con una media sonrisa—. Trafica con armas, pero le encantan las de Scarazand. Venenos aerotransportados, armaduras irrompibles, misiles guiados por feromonas, esa clase de cosas. Tiene unas cuantas, pero siempre está intentando conseguir más.

—¿Y las guarda todas aquí?

—Eso creo. Vamos.

Lotus echó a andar hacia la fiesta por el empinado camino de grava, entre fuentes y pirámides de piedra. Aunque Tom no sabía mucho de plantas, incluso él se daba cuenta de que aquel jardín era muy peculiar: hileras bien cuidadas de sarracénias se aferraban a negras ramas retorcidas, inmensos helechos rojos se elevaban por encima de sus cabezas como parasoles, y escaleras de caracol de hormigón se alzaban hacia el cielo nocturno sin alcanzar su destino.

—Todo es muy extraño, ¿no? —susurró Tom mientras rodeaban cuidadosamente una gigantesca mano roja que emergía de la maleza y cuyo puño se cerraba en torno al tronco de un árbol.

—Es arte, Tom, ¿no te das cuenta? Y además, muy caro. Después de los insectos, esta es la obsesión del señor Golding Golding.

Lotus se puso en cuclillas y se deslizó a través de una gran hormiga de plástico para atisbar por encima del parapeto.

—Ah. Eso es... interesante.

Tom se tumbó junto a ella. Por un momento también se quedó muy asombrado.

—Pero la invitación no decía nada de disfraces.

—«Será extraordinario. Vístanse para la ocasión.» Lo había olvidado.

En el patio situado delante de la casa se aglomeraban unos invitados que sin duda habían leído la invitación. Había mujeres con largos vestidos verdes confeccionados por completo con escarabajos irisados, hombres con trajes de marinero que llevaban aletas dorsales sobre la cabeza, caballeros medievales con alas, centauros rojos, mujeres cuyos cuerpos desnudos estaban pintados de azul y decorados con nubes blancas...

—Entonces, ¿esa es la gente que planea la caída de Scarazand?

—Lo dudo mucho —masculló Lotus—. Deben de ser amigos artistas de Golding Golding. Cualquier viajero auténtico estará bien camuflado o esperando en otra parte. Esa gente es solo fachada. Son muy ricos y muy curiosos, o están muy aburridos: alta sociedad, Tom, oculta en la selva sin nada mejor que hacer.

El veneno que había en la voz de Lotus era inconfundible.

—Entonces, ¿no te caen bien?

—¿Que si me caen bien? —Lotus bufó con desprecio—. No sé si te acuerdas, pero me metieron en un convento con sus hijas. Lo cierto es que no los soporto..., aunque eso ya no importa. Allí está él.

Lotus señaló entre la turba a un hombre corpulento y robusto, calvo como un buda, cuya piel relucía de aceite. En los pliegues de su cuello y sus hombros se alimentaban centenares de brillantes mariposas azules. Tom se quedó mirando a Golding Golding y le resultó difícil imaginar que ese ridículo zoquete grasiento fuese un comerciante de armamento. Solo sus pequeños ojos de reptil sugerían alguna clase de amenaza.

—No vamos a encajar ahí abajo, ¿verdad? —dijo Tom, mirando fijamente la exótica muchedumbre—. ¿Y si don Gervase lleva algún disfraz grotesco?

—¿De pez, por ejemplo? No creo —dijo Lotus—. Vamos a acercarnos.

Descendieron rápidamente entre los árboles y salieron al empinado camino de tierra que conducía a la casa. En uno de los lados aguardaba una fila de automóviles Rolls Royce, Mercedes y Ferrari, estacionados en cordón y relucientes a la luz de la luna. Los chóferes rondaban entre las sombras; las puntas de sus cigarrillos resplandecían como luciérnagas.

—Rápido, viene alguien —susurró Lotus, arrastrando a Tom detrás de un árbol.

Un grupo de chicas con largos vestidos rojos y gorras planas a juego avanzaba a paso de trote por el camino hacia ellos, hablando emocionadas. Les seguía los pasos un hombre alto y fibroso que llevaba un traje de etiqueta. Tenía el rostro oculto tras una máscara blanca, y su pelo negro relucía a la luz de la luna. Las chicas subieron rápidamente las escaleras y el hombre fue tras ellas, subiendo los escalones de dos en dos.

—No puedo creerlo —dijo Tom.

—¿Qué?

Lotus ya estaba mirando la llegada de otro Rolls Royce y como dos ancianos lagartos verdes bajaban de él.

—Creo que ese era él —susurró Tom—. Nicholas Zumsteen.

—¿De verdad?

Lotus se volvió y vio que el hombre, rápido y nervioso, se perdía entre la muchedumbre.

—¿Estás seguro?

—No, no del todo, pero... su forma de caminar... al menos se parecía un poco.

Lotus ya corría a través de las sombras hacia los escalones.

—¡Lotus! —Tom la persiguió sin aliento—. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé..., buscarlo.

—¿Y luego?

El rostro de Lotus estaba más blanco que nunca mientras se abría paso a través del gentío, adelantando a empujones a centauros y ángeles.

—¡Cuidado!

—¡Mira por dónde vas, chica!

Lotus ignoró las miradas irritadas mientras perseguía al hombre enmascarado, que en ese momento tenía un vaso en la mano. A grandes zancadas se abrió paso entre la multitud y, tras situarse junto a una gran urna, sacó un cigarrillo de una pitillera de plata y lo encendió.

—Como te he dicho, no estoy del todo seguro —susurró Tom.

Vieron que el hombre les volvía la espalda y miraba hacia la selva. Lotus inspiró hondo y se adelantó.

—¿Nicholas Zumsteen?

El hombre se dio la vuelta. Sus ojos eran meros agujeros negros bajo la máscara. Parecía muy sorprendido.

—Es usted, ¿no?

Zumsteen sonrió un instante.

—¿Tanto se nota? Supongo que me siento poco disfrazado. —Miró de arriba abajo a aquellos chicos desaliñados—. Aunque vosotros tampoco vais exactamente vestidos para el baile, ¿verdad, querida? ¿Eres amiga de Golding?

Lotus movió nerviosamente los pies de un lado al otro. Aquel era su verdadero padre. Un absoluto extraño. El no tenía la menor idea de quién era ella. De pronto, lo que pretendía decir, fuera lo que fuese, se acababa de desvanecer de su cabeza.

—Me llamo Lotus. Y este es Tom. Tom Scatterhorn.

Zumsteen expulsó una nube de humo azulado entre los dientes. Los miró de nuevo.

—Tom Scatterhorn. Por supuesto. Y Lotus Askary. Quelle surprise. Nunca os habría imaginado juntos. —Hubo un momento de incómodo silencio—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Hummm...

—Porque desde luego no os han invitado. Podría hacer que os echaran ahora mismo. De hecho, creo que debería hacerlo. ¿Es esto un patético intento de espiar para tu padre?

—Ya no tengo nada que ver con él. Ni con Scarazand. He sido desterrada.

—¡Qué pena!

—Y usted sabe que Tom no se dedica a eso —continuó la chica—. No estamos espiando para él. De verdad.

Zumsteen observó a ambos en silencio. Tras su máscara era casi imposible saber lo que estaba pensando.

—Entonces, ¿me ha reconocido? —preguntó Lotus de pronto.

—Evidentemente.

—Pero ¿sabe quién soy realmente?

—¿Debería saberlo?

Lotus se encogió de hombros.

—Puede que no. Pero resulta que soy su hija. Su verdadera hija.

Nicholas Zumsteen soltó un bufido. Luego se rió a carcajadas.

—No tengo ninguna hija.

—Sí que la tiene, y usted lo sabe. Nació antes de que se casara. Su madre se llamaba Amy Dix.

Zumsteen dio una larga calada a su cigarrillo y luego se quedó mirando a la chica morena, su pálida piel, sus lechosos ojos verdes.

—Fue hace mucho tiempo —insistió Lotus—, y todo el mundo creyó que la criatura había muerto en su cochecito aquella tarde. Sin embargo, no murió. Fue raptada.

—¿Raptada? —repitió Zumsteen, y soltó otra risotada extraña—. ¡Qué historia más absurda! ¿Raptada por quién? ¿Por mi malvado hermano, supongo?

—Pues resulta que sí —dijo Lotus, cada vez más furiosa. Aunque no le importaba, le irritaba que Zumsteen pareciese tomarse todo aquello tan a la ligera—. Su búsqueda del elixir no lo llevaba a ninguna parte, así que decidió que tener una hija le sería muy útil. Pero no le servía cualquiera. Tenía que ser alguien como él, como usted. Así que me raptó.

—¡Ja!

Zumsteen tiró su cigarrillo por encima del balcón y se quedó mirando la selva que se hallaba al otro lado. Tom intuyó que la verdad debía de resultarle muy incómoda.

—¿Así que nunca lo supo?

El silencio de Zumsteen era ensordecedor. Jugeteó con su vaso y luego lo apuró.

—¿Ni siquiera sospechó?

Zumsteen se volvió hacia ella; sus ojos eran meros agujeros oscuros.

—¿Qué quieres que haga, jugar a la familia feliz? Mi querida Lotus, es un poco tarde para eso.

Lotus se quedó mirando a su padre, sorprendida. August estaba en lo cierto:

Nicholas Zumsteen era un hombre muy raro.

—No quiero jugar a la familia feliz. Odio a las familias. Y tampoco quiero que finja ser mi padre. Solo quería hacérselo saber, eso es todo. Porque es la verdad.

—Es muy amable por tu parte. Te lo agradezco mucho. —En los labios delgados de Zumsteen se dibujaba una mueca—. Por cierto, ¿quién os dijo que yo estaría aquí?

—Sir Henry Scatterhorn —dijo Tom.

—¿De verdad? ¿Va a venir?

—No.

Nicholas Zumsteen pareció sorprendido.

—Es una lástima. Bueno, supongo que lo averiguarán tarde o temprano. Se avecinan grandes cambios.

Tom asintió con la cabeza.

—Nos hemos enterado. Las gorogonás.

Zumsteen sonrió irónicamente.

—Sí, por supuesto. Os lo ha contado todo. Pues, si queréis mi consejo, manteneos lo más lejos posible de Scarazand. No va a ser buen sitio para los niños entrometidos.

—¿Es una amenaza? —quiso saber Lotus.

Zumsteen volvió a soltar su risa extraña.

—No tenéis ni idea.

—¿Nicholas? ¿Eres tú? Porque no estoy seguro... Vaya, me parece que sí lo es. ¡Nicholas!

Una corpulenta silueta dorada se dirigió hacia ellos balanceándose.

—Bueno, ¿queréis que os echen? —preguntó Zumsteen mientras se aproximaba Golding Golding—. No sería bonito.

Lotus cruzó los brazos y se encogió de hombros con gesto despreocupado.

—Déjame adivinarlo: ¿no te importa?

—La verdad es que no.

Zumsteen sonrió muy a su pesar. Le gustaba la actitud de aquella chica.

—De acuerdo. Quedaos. Pero ten mucho cuidado, Lotus Askary. ¿O preferirías Zumsteen? Tú también, Tom Scatterhorn. Au revoir.

Con un breve gesto de la cabeza, se metió entre el gentío.

—¡Nicholas!

—¡Golding!

—Nicholas, tengo que hablar un momento contigo antes de que pronuncies tu discurso...

Contemplaron en silencio como el corpulento hombre dorado echaba un brazo reluciente sobre el hombro de Zumsteen y ambos desaparecían entre la multitud. Por un momento no dijeron nada. No había nada que decir.

—¿Era así de extraño cuando lo conociste?

—Hum.. no tanto. Pero casi. ¿Qué esperabas?

—No lo sé. —Lotus parecía desconcertada—. No lo sé. Pensé que tal vez sería un

poco más... simpático.

Tom contempló a los dos hombres, que subían las escaleras hacia la terraza superior. Seguían enfrascados en su conversación.

—Quizá deberíamos quedarnos y escuchar lo que tenga que decir. Si va a anunciar algo importante acerca de la batalla, quizá diga incluso cuándo...

—No estoy segura de que sea buena idea —susurró Lotus, tocando el brazo de Tom.

El chico siguió su mirada hasta el camino particular. Allí abajo, avanzando con determinación entre los árboles, había un grupo de hombres cuyas siluetas tenían el mismo aspecto. En el centro iba un hombre muy alto y delgado, con una máscara verde sobre los ojos. A su lado caminaba un chico esbelto vestido de forma idéntica; se había peinado hacia atrás con gomina la espesa mata de pelo rubio... A Tom se le erizó el vello de la nuca. ¿Era aquel su eco?

—¿Qué hacemos?

Lotus miró furiosa tanto al hombre como al chico. Era la primera vez que veía a don Gervase desde que se fue de Scarazand.

—Tenemos que separarlos de algún modo...

Oyeron una risotada por encima de sus cabezas.

—¡Pero G. G., lo prometiste! ¡Por favor!

Sobre ellos, una hilera de rostros se extendió a lo largo de un balcón de la hacienda. La multitud se volvió y alzó la mirada para ver a Golding Golding emerger a regañadientes en el centro, con las mariposas aún flotando en torno a su cabeza.

—¡Oh, continúa, G. G.! —volvió a gritar la mujer. Iba disfrazada de cacatúa y llevaba una larga bandeja de plata.

Golding Golding sonrió de mala gana.

—Querida, ¿tienes alguna idea de cuánto cuestan?

—¡No me lo digas! ¡No tienen precio! —aulló la mujer, regodeándose.

—Todo tiene un precio, Solange. Incluso tú.

—¡Oh, eres de lo más desagradable!

—Pero es que son de Fabergé, querida. Fabergé.

—G. G., cariño, si alguien puede permitírselo, ese eres tú.

Golding Golding miró hacia abajo y vaciló.

—Por favor —dijo Solange con una sonrisa afectada—. Nos prometiste que la veríamos. Solo un rápido vistazo.

Surgió un murmullo de emoción entre los invitados, que empezaron a apelotonarse hacia una barandilla situada a un lado del patio.

—Ni idea —susurró Lotus, adelantándose a la pregunta de Tom.

Tras deslizarse sin llamar la atención entre el gentío, alcanzaron la primera línea y se encontraron mirando hacia abajo un gran estanque oscuro cavado en los márgenes de la selva. Junto a él había un pequeño santuario que contenía una sola vela chisporroteante.

—Así que es ahí donde lo guarda.

—¿Qué? ¿Qué es lo que guarda, Lotus?

—Pero ¿tienen que ser estos? —protestó Golding Golding, mirando el despliegue reluciente que descansaba sobre la bandeja—. Serviría cualquier vieja baratija.

—¡Pero no quiero ninguna vieja baratija! —chilló Solange—. Quiero que sea especial. Superespecial. ¡Tan especial como para celebrar un cumpleaños!

—Piénsalo, G. G. —dijo solemnemente una profunda voz francesa detrás de Golding Golding—. Cuanto mayor sea el sacrificio, más bonitos serán.

—Pero ya son muy bonitos, Hervé.

—Puede ser, doble G —respondió Hervé, un hombre alto con una langosta en el sombrero, que se asomó por encima del hombro de Golding—. Son tan preciosos que les tienes miedo. Te tienen en su poder. ¿Quieres que la gente se entere de que el gran Golding Golding está en poder de unos huevecitos ridículos?

—¡Huevecitos ridículos! —chilló Solange.

Se oyeron unas risas y Golding Golding sonrió sin ganas. Tenía el aspecto de un hombre que hubiese sido asaltado.

—¿De qué están hablando? —susurró Tom.

Lotus se disponía a responder cuando la gente empezó a tocar palmas despacio.

—¡Libérate, G. G.! ¡Por la libertad! ¡Por el arte!

—¡Libertad! ¡Arte! —vociferaron los invitados, regodeándose.

Golding Golding se quedó mirando las delicadas joyas que descansaban sobre la bandeja y luego el agua negra que se hallaba abajo, intentando convencerse.

—Muy bien. ¡Por el arte!

Con un solo movimiento inclinó la bandeja. Una docena de huevos de oro, todos y cada uno de ellos cubiertos de diamantes y piedras preciosas, cayeron y rompieron la superficie del estanque como gotas de lluvia. Y luego hubo un silencio. Las caras alineadas a lo largo del parapeto miraron y esperaron. Y Lotus y Tom miraron también. Algo se arremolinó en el agua, moviéndose justo debajo de la superficie. Arriba se oyó un grito ahogado.

—¡Oh, mirad a las pequeñas! ¡Qué monas! —gritó Solange—. Quiero una.

—Es muy surrealista, ¿no? —dijo Hervé en tono solemne—. Pero ¿qué es, G. G.?

—Una cadiscápula. Es parecida a un escorpión de agua, pero más grande. Vive bajo esa roca con su camada. Es un viejo santuario español. Recoge todo lo que reluce.

—¿Y la criaste tú?

—No, Hervé, la robé. Procede de una extraordinaria colonia de insectos del futuro.

Hervé sonrió, preguntándose si aquello era una broma.

—¡Pero querido, es absolutamente maravilloso! —dijo un hombre bajito disfrazado de pirata.

Tras quitarse sus grandes pendientes de aro, los lanzó al agua. Una cola, y luego

algo parecido a un cuerpo blindado, surcó la oscura superficie.

—¡Bravo! —gritó.

—¿Has pedido un deseo, Archie?

—¡Por supuesto! He deseado poder robar todo lo que ese animal haya acumulado ahí abajo. Sería un hombre muy rico.

—No creo que haya muchas posibilidades —dijo Golding Golding, sonriendo débilmente.

—¿Por qué no?

—Defenderá esa pequeña cueva suya hasta la muerte. Me temo que no volveré a ver mis huevos.

—Ni esto tampoco. —Solange se sacó del bolsillo un frasquito de cristal y lo levantó para que todos pudieran verlo. En su interior había tres pequeñas perlas blancas—. He sabido que debían de ser muy valiosas porque las tenías guardadas en la misma vitrina que los huevos.

De pronto, toda la actitud de Golding Golding pareció cambiar. Sus ojos se entornaron peligrosamente.

—Déjalas, Solange.

—No si no me dices qué son, G. G. —dijo ella maliciosamente, agitándolas ante la nariz del hombre.

—Son un regalo de un amigo, y no son cosa tuya. Solange, por favor. Devuélvemelas.

—¿Son lo que yo creo? —susurró Lotus.

—Tienen que serlo —murmuró Tom.

Intuyendo problemas, los demás invitados se habían quedado en silencio.

—Entonces, ¿no piensas decirle a Solange lo que son? —dijo ella, con tristeza fingida.

—Desde luego que no.

Solange sonrió con cara de loca.

—¿Solange?

—No montemos una escena, querido. ¡Es tu cumpleaños!

Con un chillido, la mujer lanzó el frasquito de cristal al agua oscura. Una pequeña salpicadura plateada... y luego algo grande, negro y cubierto de escamas surcó la superficie y el frasco desapareció. El aplauso fue ensordecedor. Golding Golding se enjugó el sudor de la frente. No daba crédito. Se volvió hacia su torturadora con expresión asesina, pero Solange le dio un beso en la nariz.

—¡Oh, bueno, bueno, G. G.! ¡Ahora eres libre! Debes ser fuerte. ¡Como un león!

—Sí, Solange, soy un león, pero eso ha sido cruel. Así que ahora G. G. es un león triste.

—¡Un león triste! —chilló Solange—. ¡G. G. es un león triste!

Unas risotadas resonaron en la selva, seguidas de una tormenta de pendientes, pulseras y relojes cayendo en el estanque.

—¡Qué divertido es todo esto! —dijo el señor Golding Golding con una mueca mientras lo apartaban a empujones del parapeto y lo metían de nuevo en la casa.

Tom y Lotus contemplaron el ataque frenético que se desataba en el estanque.

—Esa gente está loca —susurró Tom—. Si eso hubiese sido mío, yo...

Se interrumpió al ver que Lotus se llevaba los dedos a los labios y echaba un vistazo hacia los escalones. Tom tuvo tiempo de ver al grupo de hombres enmascarados y a su cabecilla bajando a toda prisa por el camino.

—Va a recuperarlos —susurró la chica.

—¿Recuperarlos? ¿De ahí? No puede...

—Sí que puede. —Lotus abrió de pronto unos ojos como platos—. Es perfecto. Esta es tu oportunidad. Nuestra oportunidad.

Tom la miró dudoso.

—¿De qué estás hablando, Lotus?

Pero Lotus ya bajaba los peldaños a toda prisa y salía al camino iluminado por la luna.

—Vamos —siseó, deslizándose por encima de un muro y dejándose caer entre la maleza.

La chica empezó a dirigirse rápidamente hacia el estanque. Tom tuvo que echar a correr para alcanzarla.

—Es evidente que don Gervase quiere esos huevos de gorogoná casi tanto como quiere encontrar a sir Henry, o a August, o a cualquier otro de los que están aquí —susurró ella sin aliento—. ¿No querías saber cuál es el arma secreta que tu mayor enemigo piensa utilizar contra ti? Aquí están, en bandeja. Es la oportunidad perfecta.

—Pero ¿y las cadiscápuas?

—No va a hacerlo él mismo. El glorioso líder no va por ahí zambulléndose en estanques llenos de bestias peligrosas; no es tan estúpido. Va a hacer que lo haga por él ese títere. Tu eco.

Tom iba tropezando con todo en la oscuridad, sin querer dar crédito a lo que Lotus tenía en mente.

—Eso es demencial.

—Puede que sí, pero lo conozco, sé como piensa. Yo tenía que hacer esa clase de cosas constantemente: «Coge eso, ve a buscar aquello». Créeme, lo sé —susurró—. Y ahora que ese chico ha ocupado mi lugar será él quien haga el trabajo sucio.

Tras agacharse entre las palmeras enanas, avanzaron a rastras hasta alcanzar la orilla del estanque y se escondieron en el saliente oscuro de una roca. Arriba se hallaba la hacienda, iluminada como un reluciente castillo. No quedaba nadie en el balcón. Tom miró fijamente la superficie oscura y plateada, tratando de ignorar el martilleo de sus latidos.

—Vale. Suponiendo que todo eso sea cierto, ¿qué se supone que debo hacer yo?

—Solo esperar. Tarde o temprano bajarán aquí, y cuando el chico salte al agua nosotros también nos meteremos. Yo me ocuparé de él y tú podrás regresar nadando

en su lugar. Sencillo, ¿no?

—¿Te ocuparás de él?

—Hay una cueva en la parte de atrás. Eso es lo que ha dicho Golding Golding. Me esconderé allí dentro con el eco hasta que te hayas ido.

—¿Y luego?

—Luego me lo llevaré a casa de Betilda. Mientras tanto, tú...

—Yo ocuparé su lugar. Lo tengo claro. —Tom tragó saliva con nerviosismo—. Pero...

—No hay peros que valgan, Tom. Este es el momento perfecto, ¿no lo ves? Está oscuro, está bajo el agua, el eco está solo. El eco entra y tú sales. Nadie se dará cuenta de la diferencia. No tendremos una oportunidad mejor.

Tom trató de ignorar que la cabeza le daba vueltas. Grandes sombras negras se movían en las profundidades del estanque.

—¿Y ellas?

—Yo puedo ayudarte —susurró la chica, observando el agua con mirada intensa—. Entiendo de cadiscápuas. Sí, tienen muchos dientes y una cola que restalla como un látigo, pero forman una larga burbuja de aire bajo el abdomen, lo que les permite permanecer más tiempo bajo el agua. Podemos utilizarla si hace falta. —Lotus arrancó una caña y se la puso a Tom en la mano—. Solo tienes que deslizar esto bajo el caparazón, taparte la nariz, exhalar y luego inspirar. Sencillo.

Tom miró el tubo de caña sin demasiada convicción. La confianza de Lotus era impresionante.

—¿Y el frasco con los huevos de gorogoná?

—Di que no has podido encontrarlo. Discúlpate. Di que se los ha comido una cadiscápula o algo así.

—Puede que me obligue a decirle la verdad.

—Pues resístete. Dijiste que podías. Puedes, ¿no?

Tom se quedó mirando la caña.

—Lotus, no pienso hacer esto.

—¿Qué?

—No soy como tú. Lo siento. Es imposible.

Lotus sonrió incrédula. No se le había pasado por la cabeza que Tom pudiese negarse.

—¿Por qué no?

—No pienso saltar a un estanque lleno de pirañas gigantes. Moriré. Tiene que haber otra forma.

Un agudo silbido cortó la oscuridad, acallando el siseo de la selva. Se oyeron unas fuertes pisadas en la gravilla del camino, en dirección al estanque.

—Pues más vale que se te ocurra muy, muy deprisa —masculló la chica—. Porque ya están aquí.

Ocultándose entre las sombras, observaron. Cuatro hombres salieron con paso

decidido a la luz de la luna. Eran el equipo de guardaespaldas idénticos que antes flanqueaban a don Gervase, aunque entonces dos de ellos llevaban sendas ametralladoras sobre los hombros, mientras que el otro par sostenía un cuchillo y una pistola en cada mano. Se quedaron en la orilla del agua, mirando hacia abajo.

—¿Hay algo?

Un hombre bajito y pelirrojo con gafas redondas subió por el camino para unirse a ellos. Llevaba un traje blanco.

—No se ve nada, señor —gruñó uno de los hombres, con la cara picada por la viruela visible a la luz de la luna.

El del traje blanco se asomó a las profundidades; sus gafas lanzaron destellos. Tenía aspecto de ser fino e inteligente, y también de estar un poco irritado.

—¿Quién es ese? —susurró Tom.

Lotus observó al hombre bajito. Parecía ocupar algún puesto de responsabilidad, y eso la molestaba. Pero estaba segura de haberlo visto antes en alguna parte...

—Aseguraos de que estamos solos —les espetó a los otros, mirando directamente hacia la roca del otro lado del estanque, donde Lotus y Tom estaban agachados.

—Sí, señor.

Los tres hombres empezaron a desplegarse entre la maleza, avanzando despacio hacia la roca. Tom se puso rígido.

—No se me ha ocurrido nada.

Aun así, Lotus continuó mirando al del traje blanco.

—¿Lotus?

—Quítate la ropa —siseó.

—¿Por qué?

—Hazlo. Deprisa.

Tom no protestó. Mientras los hombres armados avanzaban hacia ellos, una figura familiar apareció entre las sombras del otro lado. Era don Gervase Askary, y junto a él iba un chico cuya piel blanca resplandecía a la luz de la luna. Llevaba puestos unos oscuros pantalones cortos y nada más. Don Gervase se inclinó hacia él y empezó a hablarle al oído. Luego le dio una palmadita en la espalda. Lotus y Tom estaban tan concentrados observándolos que no se habían percatado de la presencia del guardaespaldas de la ametralladora, que en ese momento estaba apenas a diez metros de distancia y parecía mirar directamente hacia la sombra en la que estaban agazapados...

Un agudo silbido resonó procedente del otro lado del estanque y el hombre se volvió. A una señal del cabecilla de la cara marcada por la viruela, sus tres compañeros interrumpieron de inmediato la búsqueda y regresaron al otro lado. Tras dejar sus armas en el suelo, se quitaron la chaqueta y los zapatos. Largos cuchillos destellaron en la cintura de sus pantalones.

—¿Y ahora qué? —susurró Tom.

—Van a meterse todos. Van a ayudarlo.

Lotus estaba en lo cierto. Al cabo de un minuto el chico y los cuatro hombres se deslizaron en el estanque iluminado por la luna y desaparecieron. Solo don Gervase y el hombre del traje blanco permanecieron entre las sombras, observando.

—Vale. Yo iré primero y tú me sigues. Mantente cerca de la orilla, lejos de la cueva.

A Tom le latían las sienas.

—¿De verdad crees que podemos hacerlo?

—Por supuesto. Ten confianza en ti mismo, Tom Scatterhorn. Tu eco la tiene. Eso puede ayudarte a sobrevivir. —Sonrió cruelmente—. Al menos, un ratito más. Vamos.

En silencio, Lotus se deslizó en el agua, debajo de la roca. Al cabo de un instante había desaparecido.

«Debo de estar loco», pensó Tom. Metió la mano en el agua. Estaba tibia y oscura.

«No sé por qué estoy haciendo esto.»

Se llenó los pulmones de aire.

«Estoy tan loco como ella.»

El nido de dientes

Tom siguió a Lotus bajo el agua, sin alejarse de la orilla del estanque. El cabello de la chica se desplegó en abanico detrás de ella mientras nadaba con brazadas potentes y prolongadas. Más allá, dos hombres nadaban hacia la gran cadiscápula que acechaba como un tiburón negro justo bajo el saliente de la roca. Sus crías cruzaban disparadas las sombras, entrando y saliendo de la cueva. Tom no vio a su eco por ningún lado... Los dos hombres se acercaron más, blandiendo los destellantes cuchillos. Parecían tratar de incitar a salir a la gran criatura... tal vez para que el eco pudiese nadar hasta el interior.

Se acercaron más y más, blandiendo los destellantes cuchillos ante el gran hocico negro... La cadiscápula se lanzó hacia delante como un rayo con un gesto brusco y aterrador. La cabeza entera pareció descoyuntarse y deslizarse hacia arriba. Sus enormes mandíbulas mordieron la pierna del hombre más cercano y le arrancaron un trozo. Al instante volvió a situarse bajo la seguridad de la roca. Una sangre negra empezó a brotar de la herida abierta, pero el hombre siguió adelante. De nuevo la criatura saltó fuera del refugio, e intentó morder; el interior de su boca era horrendo. Esa vez el cuchillo del segundo hombre hizo blanco y la criatura se apartó, retorciéndose furiosa. Las pequeñas cadiscápuas, intuyendo el peligro, empezaron a ir y venir, presas del pánico. Tom miró a su alrededor. ¿Dónde estaba Lotus? No la veía. Entonces la gran criatura lo vio a él. En un abrir y cerrar de ojos, su cabeza se lanzó hacia fuera. Las placas de la coraza se echaron atrás, revelando el nido de dientes. Tom se apartó a un lado, forzando el cuerpo. Lo que había sido agua se convirtió en una tormenta violenta de burbujas plateadas. El animal había fallado por poco, él estaba vivo por poco, pero Tom comprendió que si no conseguía aire de inmediato iba a ahogarse. Un impulso primitivo se apoderó del chico, que, olvidando lo demás, se puso a dar patadas hacia arriba. Enseguida chocó contra el cuerpo de una pequeña cadiscápula que se retorcía en el agua con la cabeza arrancada de cuajo. Tom abrió unos ojos como platos. El furioso ataque de la madre había matado a su cría en vez de matarlo a él, pero el caparazón seguía intacto. El caparazón... Al instante clavó el corto tubo de caña bajo la dura coraza y, tras dejar escapar de sus pulmones la preciosa burbuja de aire, cerró la boca en torno a la caña y tragó... ¡aire! Exhaló aliviado, enviando una cascada de burbujas hacia el cielo, y volvió a inspirar... No importaba cuánto aire hubiese allí; era suficiente. Pero ¿dónde estaba Lotus?

Tom notó un golpecito en el hombro. Era el hombre de la cara marcada que había visto antes. Con expresión frenética, incitó a Tom a bajar hacia el saliente de roca. Tom fingió no entenderlo y vio de reojo que Lotus salía disparada de las sombras por encima de la madre. Ignorando al hombre, Tom se alejó nadando, justo a tiempo de ver que Lotus se abalanzaba sobre la criatura desde atrás y le clavaba un cuchillo

detrás de la cabeza... La cadiscápula se retorció y sacudió mientras ella resistía, hundiendo más el cuchillo. El animal se deshizo de ella con un giro salvaje y se estrelló contra sus dos atacantes, antes de salir disparada por el estanque, agitando la cola como un juguete roto. Al cabo de unos segundos se paró y, tras darse la vuelta, se quedó flotando inmóvil en el agua. Su repugnante cabeza abierta mostraba la escarpada ciudad de dientes... y allí, metido en una grieta, se hallaba el frasquito de cristal, intacto...

Al instante, Tom nadó hacia él, y lo mismo hizo Lotus, pero ninguno de los dos fue lo bastante rápido. Una pequeña cadiscápula surgió de la nada y pasó junto a ellos; su jinete cogió el frasco apresuradamente y salió pitando entre las sombras. Lotus se agarró a otra que parecía ir en la misma dirección y se puso a perseguirlo.

Tom esperaba a que volvieran, pero no podía saber con certeza quién era quién, pues las sombras pasaban por su lado como una exhalación en todas direcciones. Parecía que todo el mundo persiguiese a todos los demás en una carrera de autos de choque subacuáticos... De pronto, allí estaba Lotus otra vez, luego el hombre con la cara marcada, luego otra persona que se abalanzaba sobre él. De forma instintiva, Tom se agarró a una cadiscápula que pasaba y esta lo lanzó con una sacudida hacia las sombras del fondo... ¡zas! Tom se golpeó la cabeza contra algo puntiagudo... Al instante se soltó y, a través del remolino de burbujas iluminadas por la luna, vio algo plateado que bajaba girando por el agua... ¡Allí estaba! El frasco... Se le debía de haber caído al jinete... Tom extendió el brazo. En cuanto su puño se cerró en torno al cuello del frasco, una mano se lanzó hacia delante como un rayo y lo agarró por la muñeca. Tom trató de liberarse pero no pudo, y cuando la cortina de burbujas plateadas empezó a despejarse se encontró mirando lo que habría podido ser un espejo iluminado por la luna. Un chico larguirucho con el pelo rubio y unos profundos ojos negros flotaba allí, devolviéndole la mirada. Su eco. Por un instante, los dos chicos permanecieron inmóviles, atrapados en el reflejo acuoso... Tom notaba una extraña electricidad chispeante en su contacto que unía y repelía al mismo tiempo. Vio ira en los ojos del eco, y también un temor: parecía peligroso, pero al estar solo... ¿Sabía siquiera quién era? ¿Podía sentir lo mismo que sentía él? Tom intuyó que sí...

Y entonces, en ese instante, el espejo se hizo añicos. Lotus Askary había escogido bien, pero apuntó mal. Al pasar a toda velocidad a lomos de una cadiscápula, agarró la mano del eco y lo arrastró hacia la cueva. Pero la fuerza de su ataque había mandado el valioso frasco dando tumbos hacia el fondo... Tom apenas tuvo tiempo de verlos desaparecer en la oscuridad antes de comprender lo que había sucedido. Presa del pánico, embistió contra la pequeña forma plateada, cuyo tapón se abrió mientras caía. De algún modo sus dedos se cerraron sobre un solo huevo... ¿Y los demás? No quedaba tiempo... La presión en sus pulmones lo instó a ascender.

Tom movió las piernas sin descanso y rompió la superficie aceitosa, jadeando y resoplando.

Así que ya estaba... Había conseguido lo que quería. Y de algún modo todo había ocurrido mucho antes de lo que esperaba. A partir de ese momento solo necesitaba un poco de suerte...

En un par de brazadas, Tom alcanzó la orilla y se aferró a una piedra para recobrar el aliento. Luego, lenta y resueltamente, salió del agua.

—¿Y bien? ¿Has encontrado algo?

El hombre del traje blanco salió de las sombras; la luz de la luna se reflejaba en sus gafas. De cerca, Tom vio que tenía un fino bigote rojizo y una piel clara y pecosa. Tenía las manos pulcramente unidas ante sí como si fuese un sacerdote.

—¿Qué ha pasado con tus pantalones cortos? —quiso saber.

Tom bajó la vista y se sintió un tanto aliviado al ver que su ropa interior estaba hecha jirones. Curiosamente, tenía los pies y las manos cubiertos de rasguños.

—Ahí abajo he tenido que batallar un poco —masculló, mirando los elegantes zapatos blancos y negros del hombre, tan enlustrados que vio la luna en ellos.

—Pero ¿has encontrado algo? ¿Sí o no? —insistió el hombre impacientemente.

Tom no sabía con certeza quién era aquel hombre, pero decidió que más le valía entregar su hallazgo. Abriendo la palma de la mano, mostró el único huevo solitario.

—Aquí está.

El hombre no pareció muy impresionado. Tom sonrió con aire de disculpa.

—El frasco se había roto. Solo quedaba uno. Lo siento.

—¿Has registrado la cueva como se te ha ordenado?

Tom negó con la cabeza.

—No he tenido que hacerlo. Estaba atrapado en la boca de la criatura.

—Pues es evidente que debes volver a bajar y registrar la cueva. Vamos.

—Espere, doctor Culexis.

Una silueta alta surgió de entre las sombras. A la luz de la luna, Tom vio el surco vertical que tenía en el centro de la frente. Pese al cálido aire nocturno, el chico notó un escalofrío en el espinazo. Sin duda él lo sabría, él lo vería...

—¿Tienes frío, muchacho?

Tom alzó la mirada hasta aquellos grandes ojos amarillos, penetrantes e inquisitivos. Sonrió con nerviosismo.

—Sí. Un poco.

—Entonces está claro que no debes volver a bajar.

El doctor Culexis le lanzó a Tom una mirada furiosa.

—¿Y si no dice la verdad?

—La dice, Culexis. Estoy convencido.

—Pero, señor...

Don Gervase le impuso silencio con solo mover la cabeza. Fue un gesto mínimo, como el de un tigre irritado por una mosca, pero fue suficiente para que Tom comprendiese que don Gervase Askary no solo lo creía a pies juntillas, sino que además lo estaba protegiendo. ¿Por qué? No podía ser por compasión. Y resultaba

evidente que ese otro hombre, el doctor Culexis, lo consideraba una amenaza.

—¿Y has visto a Lotus Askary ahí abajo?

—Ehhh...

¿Por qué le preguntaba eso el doctor Culexis? Tom echó un vistazo a don Gervase y vio que sus largos dedos se retorcían en torno a una pelota transparente de goma decorada con dibujos... Se trataba, por supuesto, de la pelota-escarabajo. Don Gervase la estaba utilizando para controlarlo, aunque no lo controlaba a él exactamente; controlaba a su eco... Sin embargo, el hombre esperaba la verdad.

—No. No la he visto. Solo a esas criaturas.

Los dedos de don Gervase se contrajeron, dando vueltas sobre la superficie transparente de la pelota-escarabajo.

—¿Estás seguro del todo? —insistió Culexis.

—Sí. Pero estaba muy oscuro —se apresuró a añadir Tom—. Había mucho jaleo.

¿Y aquellos otros hombres? Si mentía, ¿eso lo delataría?

Don Gervase sonrió.

—En ese caso, la ropa que ha encontrado al otro lado debe de pertenecer a otra persona.

Tom siguió la mirada furiosa e impaciente del doctor Culexis hasta su montón de ropa sucia y sus zapatos, que yacían acusadoramente entre el polvo. Apenas pudo mirarlos.

—Señor, sabemos con certeza que la chica está aquí. La han visto. Hay buenas...

—Soy consciente de lo que sugiere, doctor. Pero aunque haya una cueva misteriosa ahí abajo, ¿de verdad cree que Lotus sería tan insensata como para esconderse en ella? ¿Con todas esas cadiscápuas? Creo que conozco a mi propia hija.

Don Gervase no tenía ni idea de lo cerca que estaba de la verdad. Al alzar la vista, Tom encontró al doctor Culexis mirándolo aún fijamente con expresión disgustada.

—Además, usted parece olvidar que este chico está totalmente bajo mi control. No es capaz de engañarme.

—¿No sería prudente al menos...?

—¡Cállese! —ordenó don Gervase—. Ella no está aquí, y no pienso seguir ni un segundo más con esta ridícula discusión. Hay demasiado que hacer. Quiero que registre lo que ha pasado aquí esta noche con su estilo habitual.

El bigote del doctor Culexis tembló violentamente. Había sido derrotado.

—Sí, excelencia.

—Y esos hombres han muerto, así que más vale que me busque a otros.

—Sí, excelencia.

—Ahora márchese.

Culexis se inclinó de nuevo y se retiró con una penosa sonrisa en los labios.

—Por fin. —Don Gervase se volvió hacia Tom, que aún goteaba sobre el polvo—. ¿Puedo verlo?

Extendió la mano y Tom colocó el huevo en sus largos dedos.

—Gracias. —Don Gervase levantó la pequeña perla hacia la luz de la luna y la examinó con detenimiento—. Tan pequeño... Tan perfecto... No tienes idea de lo valioso que es esto.

—¿Es el huevo de un insecto? —preguntó Tom, con aire inocente.

—Confío en que sea algo más que eso —contestó don Gervase, que cerró los dedos en torno al huevo y se lo metió con cuidado en el bolsillo—. Ahora supongo que después de esta pequeña distracción querrás volver a ponerte la ropa y seguir con tu tarea. Todavía hay mucho que hacer.

Tom sonrió con un adusto entusiasmo mientras don Gervase lo llevaba por el camino iluminado por la luna hacia un gran Bentley marrón que aguardaba bajo los árboles.

—Date prisa —masculló don Gervase, que hizo pasar a Tom y cerró la pesada puerta.

Tom se sentó en el suntuoso y oscuro interior. Un cóctel de madera de cedro y chocolate le llenó los pulmones. En el otro asiento vio un montón de ropa muy bien doblada. Una camisa de seda de color granate, un traje de terciopelo azul, casi negro, repleto de bordados y con botones hasta el cuello, calcetines grises y un par de zapatos negros de charol. Un uniforme idéntico al de don Gervase. Había comenzado la farsa... «Interpreta tu papel y podrás poner fin a todo esto —se dijo Tom—. Sube por el conducto de ventilación y podrás destruir Scarazand»... Pero las dudas rondaban por su mente mientras se ponía apresuradamente la ropa, que era de su talla exacta. El chico del agua tenía una expresión muy seria y decidida, aunque también vulnerable, como la de un animal perseguido. ¿Qué sabía él que Tom ignorase?

—Muy bien —dijo don Gervase cuando Tom salió a la luz de la luna, tratando de parecer lo más relajado posible—. Pelo.

Se sacó un cepillo del bolsillo, y Tom, obediente, se cepilló la rebelde mata de pelo y se hizo la raya.

—Gracias —dijo don Gervase cuando hubo acabado—. Ahora volvamos a la casa, a ver si encontramos a sir Henry Scatterhorn y a August Catcher.

—¿Quiénes son?

Don Gervase observó a Tom con impaciencia.

—¿De verdad debo explicártelo todo otra vez?

Tom hizo cuanto pudo para adoptar un aire de disculpa.

—Muy bien, pero esta es la última vez. Ahora concéntrate, chico. Como ya te he explicado, August Catcher y sir Henry Scatterhorn pueden ser unos ancianos, pero resultan sumamente peligrosos. Saben más que nadie de nuestro mundo y han utilizado ese conocimiento para ayudar al traidor de Nicholas Zumsteen a planear mi caída. Y por eso hay que ocuparse severamente de ellos y de cualquier otra persona que te reconozca esta noche. ¿Entendido? —Tom asintió obediente mientras don Gervase se sacaba del bolsillo un par de máscaras verdes y le lanzaba una—. Ahora ponte esto y haz lo que te diga.

Y así disfrazados subieron los escalones. Don Gervase saludó con un breve movimiento de cabeza a los criados de librea situados a cada lado de la puerta y siguió las voces a lo largo del pasillo y a través del salón de baile. Al fondo había un pequeño estrado con una mesa y dos sillas. En un lado había un atril y una pantalla. Debajo habían dispuesto varias hileras de asientos y butacas.

—Una conferencia. ¡Qué curioso! —comentó Don Gervase, que parecía sinceramente sorprendido—. Eso no es lo que decía la invitación.

Don Gervase recorrió la sala con la mirada, examinando a los invitados con sus disfraces exóticos.

—¿Conoce a alguna de estas personas? —susurró Tom con nerviosismo.

—Sorprendentemente, sí. —Don Gervase señaló a un anciano con una levita roja y un sombrero de Napoleón—. Ese es el doctor Briniville, el inventor de venenos aerotransportados más ilustre del mundo. Su trabajo es muy interesante, aunque obvio. Está hablando con Mikael Ropov, un diseñador de armamento que en la actualidad desarrolla un tanque de quitina basado en el escarabajo megalobóptero. —Tom miró al joven ruso de traje oscuro que estaba en el balcón—. Golding Golding robó uno para él, ¿sabes? Y esa poción púrpura que está a sus espaldas es la profesora Mary Sénior, experta en parásitos. Acaba de crear una araña que te ahoga en silencio mientras duermes. Sin duda, está explicándoles todos los detalles aburridos a las hermanas Ginzberg, que se dedican al pequeño negocio de los gusanos de cianuro. —Tom dejó de mirar a la corpulenta diosa púrpura para fijarse en las dos mujeres de rostro hundido a las que estaba dándoles su sermón—. Aficionados entrometidos... Patético, ¿no? —murmuró don Gervase, irritado—. Bueno, si alguien te reconoce asegúrate de hacérmelo saber.

—Pero ¿qué tengo que...?

—Vete ya —siseó don Gervase con impaciencia—. A trabajar, muchacho.

Con un empujón suave pero intencionado, Tom se vio propulsado al interior de la sala. Le echó un vistazo a don Gervase, que retrocedió hasta situarse detrás de una columna. Tom inspiró hondo. No tenía elección: ahora era su eco. Pero al menos llevaba su máscara. Clavó la vista en el suelo y se deslizó entre la multitud, deseando con todas sus fuerzas ser invisible. ¿Quién podía estar allí? Nadie que él conociese... «Por favor, que no haya nadie.»

—Vaya, mira quién está aquí.

A Tom se le aceleró el corazón. Una voz norteamericana, justo detrás de él. «No mires atrás.»

—¡Eh, cariño! ¿Eres tú?

«Ignóralo. Sigue caminando.» Tom se agachó detrás de una gran pirámide de vasos.

—¿Tom Scatterhorn?

Una mano delgada le tocó el hombro.

—¡Pero si eres tú!

—No lo soy —masculló Tom.

—Sí que lo eres. ¿Tom? Dime, Tom, ¿qué te pasa?

Una mujer alta y pelirroja se hallaba ante él. Varios diamantes lanzaban destellos contra su piel clara. Llevaba un largo vestido verde confeccionado por completo con escarabajos irisados y sostenía una máscara de plumas delante de su rostro.

—¿No te acuerdas de mí? Soy Trixie. Trixie Dukakis.

Trixie apartó la máscara y Tom miró aquella cara ancha, sonriente y feliz como si hubiese visto un fantasma.

—¿Estás bien?

—Esto...

—¡Denholm! Aquí, cielo, ven a saludar.

Un hombre ancho de espaldas y de aspecto jovial se abrió paso tímidamente entre el gentío. Llevaba un esmoquin blanco y un pañuelo, también hecho de escarabajos verdes.

—Tom, este es mi hermano pequeño, Denholm Dukakis.

—Es un placer —dijo el hombre con una voz profunda y melodiosa, estrechando la mano de Tom.

—¿Recuerdas que hace un par de años te hablé de aquel sitio al que fui con sir Henry?

—Desde luego. Tu enorme aventura.

—Pues... aquí está ese Tom Scatterhorn.

Denholm Dukakis pareció impresionado.

—¡Caray! Ese Tom Scatterhorn. Vaya, vaya. Me alegro de conocerte —dijo con una sonrisa radiante—. Supongo que tampoco deberías estar aquí, ¿no?

Entre la multitud, Tom vigiló de reojo a don Gervase, que los observaba con atención.

—Perdone, ¿qué ha dicho?

—Ya lo sabes —bromeó Trixie.

—¿Lo sé?

—La conferencia. Supongo que tendrás muchas ganas de oír lo que tenga que decir.

—Bueno..., ¿quién da la conferencia?

—¡Madre mía, qué misterioso eres! —Trixie se echó a reír al notar su confusión. Se inclinó hacia él y susurró rápidamente—: Nicholas Zumsteen. ¿Por qué otro motivo íbamos a querer mezclarnos con esta gente? Oh, por favor, no. Creo que ya estará a punto de empezar. Mira, todo el mundo se reúne. ¿Dónde están August y sir Henry?

Tom miró a don Gervase e intentó retirarse a un lugar menos visible. Tenía dificultades para dominar su creciente pánico.

—Esto... No vienen. No les pareció seguro venir.

—Bueno, supongo que probablemente tienen razón. Pero, oye, una vez que has

estado en ese lugar se convierte en una especie de obsesión, ¿no es así? —dijo ella, guiñando un ojo a Tom—. Denholm tiene la teoría de que Zumsteen planea en secreto iniciar una revolución y derrocar a ya sabes quién. Esta noche va a hablarle de ello a esta gente. ¿Puedes imaginarte lo que pasará si tiene éxito? Quizá convierta Scarazand en una especie de loco parque temático.

Denholm sonrió, pero Tom no sonreía en absoluto. Miró hacia atrás y vio la pelota-escarabajo dando vueltas rápidamente entre los dedos de don Gervase. ¿Qué estaba haciendo?

Trixie frunció el entrecejo.

—Tom, cariño, pareces muy intranquilo —dijo—. Estoy preocupada por ti.

Tom le dio la espalda a don Gervase y se inclinó hacia delante.

—Deberían marcharse. Deprisa. Por favor.

—¿Por qué?

—Y si ven a alguien más... díganles también que se marchen. Márchense ya... antes de que sea demasiado tarde.

Trixie y Denholm lo miraron fijamente sin comprender. Tom bajó la voz aún más.

—Por favor. Tienen que salir de aquí. Es una trampa.

Tom se volvió bruscamente y se alejó. Al cabo de un momento volvía a estar junto a don Gervase, mirando con preocupación la pelota-escarabajo que seguía girando en la palma de su mano.

—Bien hecho, chico. Buen comienzo.

—Pero no conozco a esas personas. No las he visto en mi vida.

Don Gervase no apartaba la vista de Trixie.

—No, claro que no. Pero creían conocerte, ¿no es así? Esa es la cuestión.

—Pero...

—No tengo ni idea de quién es el hombre, pero a esa mujer del vestido verde llevo mucho tiempo buscándola. No porque sea importante, sino porque tuvo la osadía de volar con un aeroplano hasta el corazón de Scarazand. ¿Puedes imaginártelo?

Tom vio que Trixie y Denholm salían al balcón, enfrascados en una conversación. Parecían preocupados.

—Debe de confundirla con otra persona —se apresuró a decir Tom—. Me ha dicho que era una... una espía, un agente secreto. Trabaja para nosotros.

—No lo creo —replicó don Gervase, sonriendo con satisfacción—. Y cualquiera que te diga que es un agente secreto es un mentiroso descarado. Ahhh. —Sus dedos se retorcieron y luego se calmaron, sin mover la pelota-escarabajo—. Ahí está. Ahí mismo. Excelente.

La mirada de don Gervase no se apartaba de Trixie y Denholm, que empezaban a dirigirse hacia la puerta.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Tom, con los ojos abiertos como platos.

Una sonrisa de lagarto crispó los labios de don Gervase.

—No me digas que no has reconocido a los escarabajos. ¿No? Ese vestido y ese pañuelo son muy decorativos, pero por desgracia para ellos se trata de meloidos.

—¿Meloidos?

—Cantáridas. Están llenos de veneno.

Tom contempló horrorizado como empezaba a cambiar la expresión de Trixie y Denholm. Pareció que se calentaban; su piel cambió de color, enrojeció... empezó a hincharse...

Antes de que cante el gallo

Aquello era insoportable. Tan pronto como Denholm y Trixie Dukakis llegaron al pasillo, empezaron a rascarse... Se miraron confusos, y luego presas del pánico... Trixie empezó a bailar en círculo, rasgándose el vestido. Denholm tiraba del pañuelo verde, que se le había apretado en torno al cuello, tratando de apartarse del hervidero de escarabajos, cada uno de los cuales emitía sus gotas letales de veneno amarillo. Trixie gritó y cayó al suelo.

—¡Agua! ¡Traigan a un médico!

—¡Un cuchillo, un cuchillo para cortarlo!

—Oh, qué lástima —murmuró don Gervase mientras los gritos atraían a otros invitados, que salían corriendo al pasillo—. Confiaba en que esas personas en particular disfrutasen de una pequeña danza de la muerte.

—¡Déjenme pasar! —gritó una mujer con un sombrero de ala ancha que blandía un par de tijeras.

Tom miró sombríamente a la multitud preocupada y reunida en torno a Denholm y Trixie, que se hallaban en el suelo.

—¿Sobrevivirán? —masculló, sin poder disimular su ira.

—Por desgracia, es posible. Pero el dolor será terrible y durará meses. Lo cual ya es algo. Bien. Siempre hacia delante. Veamos si te reconoce alguien más. Recuerda, si August Cat...

—No está aquí.

—Pareces muy seguro.

—No reconozco a nadie. Vamos.

Don Gervase sonrió sorprendido.

—No creo que te corresponda a ti decidir...

—Nunca vencerán, ¿sabe? Así no. Nunca.

De algún modo, las palabras furiosas salieron antes de que Tom tuviese la oportunidad de pararlas. El glorioso líder miró sorprendido a su joven protegido. Era extraño, pero en aquellos ojos destellaba un auténtico veneno... como si algo se hubiese despertado de pronto en su interior.

—Pues yo creo que sí. ¿Quién va a detenernos? ¿Esta chusma? ¿El ridículo señor Golding Golding y su pequeño zoo?

Tom no dijo nada y apretó los nudillos, blancos de rabia. ¿Cómo podía formar parte de aquello?

—Ya veo que estás enfadado, chico. Puede que no te gusten mis métodos. Pero a veces uno no puede escoger sus armas. Uno debe atacar primero con lo que tenga a mano, sea lo que sea. Esa es una lección útil que debes aprender. —Tom se estremeció cuando el dedo frío de don Gervase le rozó el cuello. Fue como ser tocado

por una anguila—. Ahora, si no te importa, continuaremos con nuestra búsqueda.

Los dedos de don Gervase recorrían la pelota-escarabajo. Tom vio que no tenía elección. Salieron al vestíbulo, donde una masa de invitados recogía sus abrigos y bajaba los peldaños a toda velocidad.

—¿Lo ve? Cualquiera con algo de sentido común ha decidido que este sitio no es seguro. No son estúpidos.

Don Gervase gruñó detrás de su máscara.

—Hummm. Tal vez haya sido un poco dramático. Sin embargo, puede que Catcher y su pandilla estén acechando allí arriba. Tú irás delante.

—De acuerdo, pero creo que debería dejarme ir solo.

—¿Solo?

—Si August Catcher está aquí quizá se me acerque. Pero no lo hará si le ve a usted rondando.

Don Gervase apreció la lógica de esas palabras; no obstante, le fastidiaba el tono del chico.

—Muy bien, pero yo iré detrás.

Tom asintió con la cabeza: por supuesto, pero si había alguna forma de evitar otro desastre... Subieron por las anchas escaleras y recorrieron una serie de salas poco iluminadas que Tom se alegró de hallar vacías. Allí no había nada más que obras de arte curiosas: un par de botas gigantes hechas como pies, caballos emergiendo de huevos, una boca de goma llena de arañas... Todo le recordaba vagamente las pinturas de Betilda; era al mismo tiempo extraño y de algún modo carente de sentido.

—Desde luego. ¿Qué otra persona podría hacer algo así?

—¿Y el chico? ¿Lo has visto?

—No. Sin embargo, está aquí con esa chica. Nicholas ha hablado con ellos.

—¿Dices que ha hablado con ellos?

Tom se metió en un hueco en el momento preciso en que dos hombres con capa y máscara de pájaro pasaban a toda velocidad por el pasillo.

—Es un desastre. Nunca deberíamos haber confiado en Golding Golding.

—Pero debemos oír lo que tiene que decir, ¿no?

—¿Debemos? Todo esto es una farsa.

Se cerró una puerta, y Tom salió de su escondite. El pasillo volvía a estar vacío. No había ni rastro de don Gervase. ¿Habría conseguido darle esquinazo? Eso habría sido demasiado esperar, pero lo cierto es que no lo veía. Se apresuró hacia el fondo, donde había un gigantesco sofá rojo con forma de labios. Aquel pasillo no tenía salida. En un lado encontró una ventana; en el otro, una cortina de terciopelo que ocultaba la puerta de un armario de madera. Tom lo abrió. Estaba lleno de fregonas y cubos. Aquellos dos hombres tenían que haberse ido por algún otro sitio, pero... Un momento. Una marca en la pared del fondo le llamó la atención. Era un punto de pintura blanca, aunque no era exactamente un punto... Era una hormiga pintada con mucho esmero. Una hormiga blanca. La Legión de la Hormiga Blanca. A Tom se le

aceleró el corazón... Justo debajo de ella había un pequeño tirador negro, tibio al tacto.

¿Sería capaz de encontrar a la persona que acababa de cruzar esa puerta, fuera quien fuese, avisarle de lo que estaba sucediendo y volver antes de que don Gervase se percatase de su marcha? Tal vez sí...

Tom miró atrás por última vez, abrió la puerta del armario y se encontró en un descansillo que se hallaba al final de una estrecha escalera. Todo estaba oscuro y hacía muchísimo más frío. Aunque Tom anhelaba que aquello fuese otra parte de la hacienda de Golding Golding, tal vez las dependencias de los criados, de algún modo supo instintivamente que no era así. Flotaba en el aire un olor a trementina mezclado con el de la humedad. Anchuras grietas cubrían las paredes, y la claraboya del techo era negra. Aquel era otro sitio; tenía que serlo. Otra conexión, tal como había dicho Lotus. Pero ¿hacia dónde?

Tom se asomó por encima de la barandilla al estrecho pasillo que había debajo. Al fondo había una puerta abierta de par en par, y Tom distinguió a duras penas unas sombras que oscilaban contra las paredes. Escuchó. Se oía un lejano murmullo de voces...

—Te digo que está ahí, con ese chico...

—Pero eso es imposible. Si estás sugiriendo que...

—No lo estoy sugiriendo. Te lo estoy diciendo. Es un hecho. ¿No viste la foto del periódico? ¡Lleva la Scarmadura y salva la vida de Askary! ¡Es él!

—No lo es.

—Ha reconocido incluso que está bajo el control de Askary.

—¡Tonterías! ¿Cuándo?

—En el monasterio. Le oí decírselo a August Catcher. Pero ese viejo insensato no hizo nada al respecto. Debería habérmelo entregado en el acto.

Se oyó un murmullo de protesta. Para entonces el corazón de Tom le martilleaba en las sienes. Tenía la terrible sensación de saber quiénes eran aquellas personas. Se acercó a la puerta con mucho sigilo, sobre la alfombra raída...

—Entonces, ¿es una trampa?

—Por supuesto que sí. El chico es el cebo. El anzuelo.

—Pues debemos proteger la conexión. Hemos tardado años en encontrar algo así. Pongamos una barrera en la puerta y salgamos de aquí ahora mismo...

—Exacto.

—Vamos.

Se oyó ruido de sillas y Tom se quedó paralizado, agachado en el centro del pasillo. ¿Dónde podía esconderse? En ninguna parte...

—Esperad, amigos míos, esperad. Por favor... Un momento.

El ruido cesó. Hubo un silencio.

—Olvidaos del chico. Pensad en esto de forma diferente. Esta es la primera vez desde hace meses que sabemos que Askary ha abandonado la seguridad de

Scarazand. Y ha venido sin sus hordas de insectos. Además, ni siquiera sabe que estamos aquí. Es vulnerable. Tenemos gente, armas... Podríamos acabar con él ahora mismo...

—No lo creo.

La voz era tan baja como un tren distante, y sonó dentro de la oreja de Tom, que al volverse se encontró con don Gervase, el cual se cernía sobre él como un murciélago gigante.

—Bien hecho. Hormiga blanca. Qué observador.

—Pero...

—Silencio.

Don Gervase le tapó la boca con un suave guante negro y lo obligó a retroceder por la fuerza hacia una ventana rota.

—Vaya, vaya —susurró don Gervase, asimilando rápidamente la escena que se desarrollaba al otro lado—. Ante mis propias narices. Muy inteligente...

Tom hundió los dientes en el fino cuero, mordiendo con todas sus fuerzas.

—¡PARA!

Tom se vio arrojado contra la pared y vio las estrellas. Don Gervase se metió entre las piernas la mano mordida y se la frotó con fuerza. Con la otra mano sacó la pelota-escarabajo. Sus dedos se retorcieron sobre la superficie.

—Estás jugando con fuego, chico. Me dan ganas de, ganas de...

Le lanzó a Tom una mirada cargada de veneno y rencor, pero luego cambió de idea. Solo había una razón para que aquel chico siguiera vivo... Su vida pendía de un hilo.

—¿Dónde está este sitio? —preguntó Tom jadeando.

—En Londres, por supuesto. En Dukes Square. ¿No reconoces el cuartel general?

Tom miró por la ventana y vio una plaza bordeada por casas oscuras y estrechas. A través de los árboles del otro lado pudo distinguir un edificio gris desde el que una confusión de sombras corría hacia ellos... Por primera vez en mucho tiempo, Tom notó unas pulsaciones distantes en la cabeza. Empezaba a formarse una ola retumbante, contundente y cegadora...

—¿Qué está haciendo? —preguntó con un grito ahogado.

—He dado la alerta general en esta zona. Me complace decir que tendrás que soportarla —respondió don Gervase, sonriendo con satisfacción mientras sus dedos hacían girar la pelota-escarabajo.

Tom cerró los ojos, tratando de evitar que lo distrajera el ruido, pero se abrió ante él el negro horizonte y vio una línea roja avanzando rugiente y cobrando velocidad, una palpitante ola de pulsaciones eléctricas y voces que gritaban... «Detenlos detenlos detenlos ¡DETENLOS!»

Tom cayó de rodillas mientras el impulso pasaba a través de él, estremeciendo cada nervio de su cuerpo.

—Ahora, como este es tu descubrimiento, me gustaría que anunciaras tú nuestra

llegada —dijo don Gervase con desprecio, disfrutando con el malestar de Tom—. Estoy seguro de que tendrán mucha curiosidad. Arriba.

Tom se levantó, tambaleándose y sudando. Miró por la ventana. Un grupo numeroso de hombres con abrigo negro se había reunido en la acera y aguardaba expectante la señal. Tom se pasó una mano por el rostro. El muelle estaba tenso; la trampa estaba dispuesta. Lo único que faltaba era presentar el cebo. Que era él.

—Sí, te estamos esperando todos, muchacho. Ahora ve.

Con un brusco empujón, arrojó a Tom hacia el pasillo. Tom echó un vistazo a la pelota-escarabajo que giraba entre los dedos del hombre alto... Lo estaba controlando otra vez. Ojalá se le ocurriese algo, lo que fuera, con tal de salir del apuro... Tom siempre había confiado ciegamente en su capacidad para salir de las situaciones sin pararse a pensar: siempre lo había conseguido. Pero en ese momento su mente no parecía funcionar. Cuanto más pensaba, más en blanco se quedaba. Caminaba como un sonámbulo. Solo sentía los ojos de don Gervase clavados en su nuca. Alzó la mano y llamó a la puerta con mucho esfuerzo.

—Pase.

La voz sonaba áspera, incluso un poco sorprendida. Tom abrió la puerta aturdido y vio a veinte o treinta personas de rostro curtido y con cara de haber viajado mucho reunidas en torno a una mesa alargada, donde había esparcidos mapas y fotografías. Gregor, el monje bizco del monasterio, ocupaba la cabecera. Miró boquiabierto a Tom. De pronto se oyó un estruendo que venía de abajo. Habían roto la puerta.

—¡Madre mía!... ¡Santo cielo!... ¿Qué es eso? —gritó una mujer al fondo.

Se empezó a oír el eco de unas fuertes pisadas en las escaleras. La mano de Gregor fue a coger un cuchillo que se encontraba encima de la mesa.

—¿Quién eres? —murmuró.

—¿Qué quieres de nosotros? —exigió saber otro.

Tom sintió sus ojos acusadores clavados en él... ¿Cómo podía explicar lo que estaba sucediendo? Don Gervase soltó una risilla burlona en el pasillo.

—De verdad... no saben quién soy, ¿no es así?

—No —masculló Gregor.

De repente la puerta se abrió con un chirrido y don Gervase Askary entró en la habitación. Los presentes se quedaron tan atónitos que apenas podían moverse. El hombre apoyó la mano en el hombro de Tom, y al instante un hombre alto y peludo emergió de las sombras... Junto a él había una mujer menuda de pelo azabache con los ojos encendidos de ira. Al principio, don Gervase pareció confuso, y luego empezó a darse cuenta de quiénes eran...

—¿Son ustedes los padres de este chico?

Silencio. Tom no entendió la pregunta. Aturdido, buscó entre los rostros curtidos, y entonces... No... no... ¡no!, se suponía que estaban en Sudamérica. Don Gervase apenas podía contener su regocijo. Eran... más Scatterhorn... Aquello era una auténtica sorpresa...

—Lo tomaré como un sí.

—¡El no tiene nada que ver con esto! ¡Nada en absoluto! —gritó Sam Scatterhorn.

La sonrisa complacida de don Gervase se ensanchó.

—No se lo imaginaban, ¿no?

—¿El qué? —dijo Poppy, mirando nerviosa a Tom—. ¿Imaginarlos qué?

De pronto, a Tom le pareció que una bomba había explotado en su cabeza. Conocía esa escena, cada palabra de ella. La había leído cien veces, garabateada en aquel trozo de papel. Sabía cómo acabaría. Aturdido, Tom miró las caras que gritaban asustadas...

—Tom es el motivo de que estén aquí —respondió don Gervase—. Y es la razón de que también lo estemos nosotros. Les ha tendido una trampa. Les ha delatado.

Tom llamó la atención de su madre y negó vehementemente con la cabeza. «No es verdad... No es verdad...»

—¿Qué? —gritó Sam, viendo la angustia de su hijo—. ¿De qué está hablando?

—Oh, sé que cuesta aceptarlo. ¿Por qué iba a hacer una cosa así? Tan confiados. Tan necios. Es una tragedia.

Gregor se abalanzó de repente sobre don Gervase, pero el hombre alto fue demasiado rápido. Tras hacerse a un lado, agarró el brazo estirado del monje, se lo retorció detrás de la espalda y le estrelló la cabeza contra la pared. Antes de que pudiese moverse alguien más, había salido enfadado de la habitación, empujando a Tom por delante de él. La brigada de hombres con abrigos esperaba agachada en lo alto de las escaleras. Ern Rainbird se hallaba al frente, con una palanqueta en la mano.

—Lleváoslos. Destruid las pruebas. Aseguraos que los llevan abajo con el resto de gentuza.

Rainbird asintió con la cabeza y le dedicó a Tom una alegre sonrisa. Al instante irrumpieron en el interior, moviéndose como un solo enjambre negro de combate...

Tom Scatterhorn no pudo seguir escuchando los gritos y crueles golpes ni un momento más. Aturdido, se tapó las orejas y se arrastró escaleras arriba, tratando de encontrar algún lugar, el que fuese, en el que la fuerza de aquel remolino de pesadilla no pudiese alcanzarlo...

—¡Traidor! —exclamó un hombre mientras lo arrojaban escaleras abajo—. ¡Maldito traidor!

Tom se desplomó en el rellano y se apoyó contra la pared. Había sucedido lo inevitable. No podía detenerlo. ¿Qué sentía? Nada. Solo estaba paralizado. Desconectado. Casi como si todo aquello fuese un sueño y le estuviese ocurriendo a otra persona.

Al cabo de un rato, cuando todo hubo acabado, don Gervase Askary subió las escaleras con estrépito, seguido de Ern Rainbird.

—Excelente captura, señor —dijo Ern Rainbird, que apenas podía contener su

entusiasmo—. ¡Hace falta tener la cara muy dura! ¡Mira que conspirar aquí mismo, con el cuartel general al otro lado de la plaza!

Don Gervase se detuvo en el rellano y examinó la pequeña puerta que se hallaba en el fondo del armario.

—La Legión de la Hormiga Blanca... ¿Por qué no se me ocurrió?

—Oh, seguro que sí, excelencia. —Rainbird le brindó una sonrisa adulatora—. Es solo que los ecos acostumbran a tener suerte.

—Un bien que no puede subestimarse, Rainbird.

—Desde luego, excelencia.

—Ahora tapa este agujero y luego síguenos hasta el cuartel general. Y tú, chico, vendrás conmigo.

Al volverse, don Gervase vio que Tom Scatterhorn estaba sentado en el suelo, con la cabeza apoyada contra la pared.

—¿Me oyes, chico?

Tom no lo había oído. Estaba profundamente dormido. Rainbird dio un paso adelante, decidido a darle una buena bofetada.

—Espera.

Rainbird miró expectante a su amo.

—¿No?

Bastante desconcertado, don Gervase Askary se quedó mirando al chico.

—Mándamelo más tarde —dijo—. Supongo que ha sido una noche muy difícil.

—Como usted ordene, excelencia.

Don Gervase sonrió con benevolencia. Luego se marchó con paso majestuoso escaleras abajo.

Un pato recuerda

—Puede que tengas razón, viejo.

—Esperaba que dijeras eso. Parece raro, ¿verdad?

—Mucho. Muy, muy raro.

Sir Henry bostezó y se dejó caer de golpe en el sofá. Tenía que reconocer que se sentía agotado. Cogió un puñado de pistachos, le quitó la cáscara a uno y se lo metió en la boca. Le echó un vistazo a August, que estudiaba con detenimiento su gran mapa del mundo una vez más. Se había pasado la noche entera pensando en su teoría, dándole vueltas y más vueltas... Verlo resultaba agotador. Era un hombre poseído. Sir Henry no podía entenderlo.

—¿Y estás seguro de que Arlo Smoot captó lo mismo en su radio?

—Oh, sin duda alguna —dijo August—. Aunque en ese momento él no sabía lo que quería decir. Probablemente por eso nunca creyó que fuese significativo.

Sir Henry alargó la mano y cogió el estropeado cuaderno rojo en cuya tapa ponía «Solo para los ojos de Smoot». Arlo Smoot era un espía radiofónico capaz de escuchar cualquier conversación del pasado, presente o futuro... Esa libreta contenía sus principales secretos. .. Cómo la consiguió August es otra historia. Sir Henry leyó en silencio las palabras apiñadas.

—¿No crees que podría ser un error?

August negó con la cabeza.

—En mi opinión, Arlo Smoot nunca cometía errores. Esa era su gran habilidad. Siempre anotaba lo que oía exactamente. Y estoy seguro de que recuerdo algo similar, pero ¿cuál era la dichosa fecha?

Sir Henry frunció el entrecejo. Arrojó la libreta hasta el otro lado de la mesa y contempló las motas de polvo que subían danzando a través de los potentes haces de luz solar.

—Lo que no puedo entender es por qué diablos tiene Askary una fábrica de laca en Dragonport. ¿Qué sentido tiene trasladar hasta allí desde Asia un montón de escarabajos machacados?

—Exactamente. ¿Por qué? Salvo que quiera mantener una presencia. Vigilar. Proteger algo.

August miró sus cálculos con los ojos entornados y luego los comparó con el contenido del cuaderno rojo.

—¿Y este? Del 15 de diciembre de 1899. —Se volvió hacia el armario del rincón, marcado con la etiqueta «Diarios diversos, terriblemente incompletos», donde hileras de aves disecadas aguardaban entre las tinieblas—. ¿Hay alguien interesado, caballeros?

En el estante superior, un sombrío pato marrón se adelantó arrastrando las patas y

carraspeó.

—¡Ajá! ¿Eres tú?

—En efecto —soltó el ave—. Soy ese año, y ese año soy yo. El último volumen de su diario en ese largo y agitado siglo.

—¿Y bien?

El pato carraspeó cuidadosamente, intuyendo una ocasión de lucirse.

—El año 1899. El ocaso de una era. Cuando el último y gran...

—Oh, ve al grano —dijo sir Henry, lanzando un pistacho hacia el ave.

El pato no se mostró complacido. Como 1899, ser preguntado por algo era un hecho insólito.

—Supongo que quiere que salte directamente a esa fecha, ¿no?

—Si no te importa...

—Pero hay otras muchas y mejores...

—Si no te importa... —repitió August—. El 15 de diciembre, si tienes la bondad.

El pato suspiró.

—Muy bien. El 15 de diciembre. Viernes. Gris. Ventoso. Hace un frío horrible. Pero por algún motivo sube el mercurio. Empieza el trabajo con los martines pescadores. Chuletas para almorzar, tarta de ciruelas de postre. Entregan el nuevo telescopio. Diez por treinta. No está nada mal. Hasta se puede ver a la señora Cattermole...

—Sí, nos saltaremos esa parte, gracias —interrumpió August.

Sir Henry sonrió radiante.

—¿Es necesario? Me estaba gustando.

—Continúa, por favor —dijo August.

El pato volvió a empezar:

—Toda la tarde disecando un martín pescador. Tarea complicada. Merienda: pastel de fruta. Incomestible. Hubo que arrojarlo al fuego para no decepcionar. Agnes Cuddy es una excelente ama de llaves, pero una cocinera espantosa. Sobre las once menos cuarto de la noche vino chico por el trabajo. Tardísimo. Tom es su nom...

—¿Lo ves? ¡Lo sabía! —interrumpió August con entusiasmo—. Esa es la conexión. Sigue, sigue.

—Va muy desaliñado. Se asustó cuando se le enseñó telescopio. Parecía confuso y espantado ante la perspectiva de una vida dedicada a la taxidermia. Inseguro del motivo por el que se molestó. Inseguro también de que supiese...

—Y tuve razón: habría sido un taxidermista espantoso —dijo August con una sonrisa—. Continúa.

—Las 12.44 de la mañana. Despierta un ruido tremendo. Tormenta violenta en el exterior. ¡Nieve, truenos! Luego... ¿relámpago? Un peculiar fenómeno meteorológico. —El pato hizo una pausa—. Eso es.

—Así que ahí lo tenemos. Las 12.44 de la mañana. Me pasé de meticuloso.

—Pero ¿no llegaste a ver el rayo?

—No. Eso solo confirma lo que oyó Arlo. Para estar seguros del todo, tendríamos que volver y verlo nosotros mismos. Volver a esa época en que...

—Ya estamos, viejo... lo cual infringe nuestra regla de oro: no interferir nunca con tu propia vida.

—Pero no interferiríamos. No queremos encontrarnos con nosotros mismos, no queremos hablar con nadie: de hecho, no queremos cambiar nada en absoluto. Lo único que queremos es observar.

Sir Henry suspiró sonoramente y se metió otro pistacho en la boca.

—Eso no será fácil, August. ¿No hablar con nadie? Seguro que estropeamos algo. Como bien sabes, toda acción, hasta la más pequeña, tiene una consecuencia.

—Pero ¿y si proporciona la respuesta a todo? Esto es más que una mera coincidencia, Henry. No podemos ignorarlo. Piensa en el chico. Dios sabe qué le habrá pasado a estas alturas.

Sir Henry miró a su viejo amigo. Entre los profundos pliegues de su piel, sus ojos claros lanzaban destellos.

—¿Y bien? ¿Qué dices?

Sir Henry resopló ruidosamente. Le echó un vistazo al pato y luego miró por la ventana. Por fin dijo:

—Me parece recordar que aquel invierno hizo muchísimo frío. ¿Puedes aguantarlo?

—Si pude entonces, no veo por qué no voy a poder de nuevo.

—Muy bien. Entonces, vamos. Esta noche.

—¿Esta noche?

—¿Acaso hay tiempo que perder?

August le sonrió ampliamente.

—Bravo, Scatterhorn.

El diablo al que conoces

¡SPLASH! El agua fría abofeteó a Tom y le devolvió el conocimiento. El chico abrió los ojos y se quedó mirando las ramas desnudas de unos árboles contra un cielo oscuro.

—Ya está. Has tenido una buena idea, Gordon.

—Pero mira en qué estado se encuentra. Ahora está empapado.

Tom se incorporó y se encontró sentado en el centro de una plaza oscura. Veía las luces de unos edificios a través de los árboles y oía los sonidos del tráfico en la distancia.

—¿Dónde estoy? —preguntó, tiritando—. ¿Quiénes son ustedes?

Un hombre fornido con un abrigo grueso se inclinó hacia delante. Su cara aplastada parecía demasiado pequeña para su corpulencia.

—Le echaré otro.

—Espera.

Un segundo hombre detuvo con la mano el cubo de agua helada.

—No te busques problemas, Seamus. Solo nos han dicho que lo despertásemos, no que lo ahogásemos. Ten cuidado, hombre.

Seamus gruñó. Desde luego, al chico no le gustaría que lo volvieran a empapar. De hecho, sus ojos oscuros empezaban a parecer muy enfadados.

—Estaba usted roque, señor. Y el señor Rainbird nos ha dado instrucciones de reanimarlo con los medios que fuesen necesarios.

No era nuestra intención ofenderlo, ¿lo entiende?, pero sudábamos tinta. Así que él ha pensado que...

—Lo has pensado tú.

—No es verdad.

—Los dos hemos pensado que era nuestro último recurso.

Tom se quedó mirando a los dos robustos hombres, con los gorros calados hasta las orejas.

—Seamus y Gordon Garnish, señor, a su servicio.

—El señor Rainbird ha sido terminante. Teníamos que despertarlo antes de que usted entrase para no causarle al líder ninguna incomodidad —continuó Seamus cuidadosamente.

—Lo está esperando —añadió Gordon Garnish, alzando la mirada hacia el ático del gran bloque de hormigón iluminado que había al otro lado de la calle.

Tom estaba recuperando rápidamente el conocimiento y recordando lo que acababa de suceder. Aquello era Londres. Dukes Square. Había vuelto a su propia época. Y aquello era el cuartel general de don Gervase.

—¿MIPFI? —dijo Tom, leyendo las grandes letras doradas que colgaban encima

de la puerta.

—Eso es, el cuartel general —dijo Seamus alegremente—. Hay que ser muy inteligente para trabajar allí. O haber nacido para eso. O una cosa, o la otra.

Tom se estremeció un poco. MIPFI... Movimiento Internacional para la Protección y el Fomento de los Insectos... Recordaba lo que significaban las letras. Oleadas de hombres y mujeres cruzaban las puertas giratorias. Era justo la clase de lugar sin personalidad ni alegría que siempre había imaginado. Se dio la vuelta y vio la casa cochambrosa de la otra esquina de la plaza. Habían tirado al suelo la puerta principal de una patada, y un par de sombras fornidas merodeaban por la calle, montando guardia. Era así como había llegado hasta allí procedente de la fiesta de Golding Golding... Allí estaba la conexión. Ahora lo recordaba todo. Pero ¿por qué estaban sus padres en la casa? Ellos no sabían nada... ¿Y adonde se los habían llevado a todos? Había demasiadas preguntas sin respuesta...

—Más vale que no lo haga esperar demasiado, señor —dijo Seamus con una sonrisa, calándose aún más el gorro—. Ya sabe que no tolera la falta de puntualidad.

—No la tolera —repitió Gordon.

—Sí —dijo Tom, poniéndose de pie con sombría determinación—. Por supuesto. Vamos.

—Hum, quizá... —Seamus vaciló y luego se sacó del bolsillo un fino peine negro—. Solo lo hago para ahorrarle molestias, ¿eh?

Tom lo cogió con recelo.

—Ya sabe cómo es. No aguanta ese pelo suyo, ¿verdad?

Seamus y Gordon observaron con aprobación mientras Tom se apartaba de la cara el enredado pelo rubio.

—¿Así está bien?

—Perfecto, señor, está perfecto —contestó Gordon Garnish, asintiendo con la cabeza—. Está hecho todo un príncipe.

Tom trató de ignorar lo que eso pudiese significar, fuera lo que fuese, y se metió el peine en el bolsillo superior. Sus dedos rozaron un trozo de papel. Un trozo de papel muy bien doblado...

—Por aquí, señor.

Subieron las escaleras de la calle y, tras cruzar las puertas giratorias, entraron en el vestíbulo, muy iluminado. ¿Qué significaba ese trozo de papel?... Un guardia de seguridad se adelantó para impedir que los hermanos Garnish fuesen más allá, pero en cuanto vio a Tom dio un respetuoso paso atrás en silencio. Seamus sonrió con nerviosismo y pulsó el botón del ascensor, que apareció al instante.

—Si se me permite decirlo, sentimos haberlo mojado —susurró—. No era nuestra intención ofenderlo, pero...

—No pasa nada, Seamus —dijo Tom, metiéndose deprisa en el ascensor revestido con paneles oscuros.

Los hermanos Garnish aguardaban ligeramente inclinados, y lo mismo hacían

todos los presentes en el vestíbulo.

—Esto... ¿qué planta?

—La de siempre, señor —contestó Gordon, con un gesto de la cabeza.

—Veintitrés —susurró Seamus, tratando de ser útil—. Hay tantas que todos nos desorientamos un poco a veces.

—Gracias.

Tom pulsó el botón y esperó a que se cerrasen las puertas. Los seres grises que se hallaban en el vestíbulo también esperaron, contemplándolo como si estuviese encima de un escenario. ¿Por qué lo miraban tan fijamente? Por fin se cerraron las puertas, y Tom se apresuró a extraer el trozo de papel doblado y a alisarlo con dedos temblorosos. Era una tosca nota escrita con lápiz, apenas legible. Pero la letra habría podido ser suya.

Debo ser cortés.

No debo hacer más preguntas.

Debo tener mucho cuidado con el doctor Culexis.

A Tom se le quedó la boca seca mientras volvía a leer la nota. ¿Eran aquellos los pensamientos de su eco? Eso parecía. Pero ¿por qué estaban allí? Tal vez don Gervase le hubiese dado instrucciones de anotarlos; quizá él mismo hubiese tomado esa decisión... En cualquier caso, era un atisbo de lo que se esperaba de él.

El ascensor frenó hasta detenerse y las puertas revelaron un pasillo poco iluminado al final del cual se hallaba una imponente puerta de caoba. Encima de esta, una lucecita verde parpadeó, haciéndole señas para que avanzase. Tom llamó a la puerta con gesto vacilante.

—Pase.

«Sé más cortés, no hagas preguntas...»

Tras inspirar hondo, Tom se encontró en un amplio despacho gris. La habitación estaba llena de máquinas curiosas, mitad mecánicas, mitad insectos, las cuales zumbaban pulcramente dispuestas en formación en las mesas de trabajo. En el centro había un amplio escritorio de cuero cubierto de montones de informes amarillos.

—Buenas noches.

Tom echó un vistazo a la ancha chimenea de mármol, decorada con escarabajos dorados. Don Gervase se encontraba de pie, dándole la espalda, y aspiraba codiciosamente el calor que salía de las llamas de la rejilla.

—Pareces muy satisfecho de ti mismo.

Aunque estaba de espaldas, Tom se dio cuenta de que don Gervase lo observaba con atención en el amplio espejo cóncavo colgado sobre la repisa. Su gran frente y sus enormes ojos amarillos estaban ampliados hasta parecerse más que nunca a los de un insecto.

—Supongo que ya te encuentras mejor, ¿no es así?

—Mucho mejor, gracias.

—Me alegro. Siéntate. —Don Gervase se volvió hacia él, exhibiendo una amplia sonrisa—. ¿Has visto el periódico de la tarde?

Dando por supuesto que no era así, arrojó hacia Tom un ejemplar. Tom cogió el Scarazand Star y vio una imagen de sí mismo con un pie sobre la cadiscápula. «¡Terror en la selva!», gritaba el titular. «¡Se revela la misión secreta de un chico!», leyó Tom con creciente asombro. Según el doctor Culexis, «amigo de confianza del joven héroe», Tom acababa de regresar de la aventura más peligrosa de su vida. Se había enterado de que Golding Golding, «un enemigo astuto y maquiavélico», estaba trabajando duro en su laboratorio secreto de la selva, «criando una criatura especialmente peligrosa con la que atacar Scarazand. La cadiscápula». El chico había solicitado el permiso del glorioso líder para destruirlas. El permiso le fue denegado. Así que el impetuoso héroe decidió hacerlo solo. Armado «solo con su espada y un montón de astucia», el joven mató a todas y cada una de ellas, sin ayuda de nadie, y luego acabó con el propio Golding Golding. En las páginas dos, tres, cuatro y cinco había más fotos: Tom escalando un acantilado; buceando en el estanque de la selva; enfrentándose a las cadiscápulas en su guarida subacuática; persiguiendo a Golding Golding por una azotea...

—Pero no es verdad —dijo Tom con un grito ahogado, al llegar al final.

—No del todo. Pero para eso están los hechos. El doctor Culexis se ha superado a sí mismo. Cada día crece la leyenda del héroe.

Tom se quedó mirando las fotos. Se sentía muy intimidado. No pudo evitar preguntarse qué sentido tenía todo aquello.

—¿No disfrutas interpretando el papel que te he asignado?

Tom carraspeó incómodo.

—S-sí..., por supuesto.

—No pareces muy entusiasmado. Ni agradecido.

Don Gervase Askary fue hasta la ventana y se asomó a la oscura plaza.

—Eres el héroe del pueblo, chico, el defensor de Scarazand. Muchos matarían por estar en tu lugar. Arrancado del anonimato, capacitado, escogido para llevar la Scarmadura... Ni Lotus Askary mereció ese honor.

Tom sonrió débilmente.

—Quizá no lo quería.

—Yo creo que sí. Más que nada en el mundo. Pero Lotus, mi querida Lotus, era demasiado obstinada, demasiado variable, demasiado impredecible. Nunca le importó si le caía bien a la gente o no, y claro que no le caía bien. Se hizo demasiados enemigos, así que tuvo que irse. Fue así de sencillo. Y, entre nosotros, Lotus jamás habría defendido al glorioso líder hasta la muerte. A diferencia de ti. —Don Gervase se volvió con la mirada ensombrecida—. Y ya no falta mucho.

—¿Cómo dice?

—No, no te has enterado. Pero mientras echabas la siesta han localizado a

Nicholas Zumsteen. Estaba incluso en esa fiesta. ¿Puedes creerlo? Al parecer, se disponía a anunciar su ataque inminente contra nosotros. Tal vez incluso mañana mismo.

—¿Mañana? —Tom disimuló su confusión con una sonrisa—. ¿Está seguro?

—Sus gorogonás están a punto de salir del cascarón en un bosque de Siberia. Un espía lo ha confirmado. Y es un excelente lugar para emprender el ataque. Hay allí una montaña hueca, un viejo volcán, que conduce directamente hasta Scarazand. Yo había ordenado taponarlo, pero Nicholas se ha dado cuenta de que es muy fácil reabrirlo. Así que, tan pronto como recibamos noticias, tendremos que llegar allí antes que nadie e ir abatiéndolas a medida que salgan del cascarón. Una por una.

Tom miró el fuego sin verlo realmente. Todo estaba sucediendo demasiado rápido, demasiado rápido... ¿Y lo de subir por el conducto de ventilación y todo lo demás?

—Nos espera el combate de nuestra vida, chico. Pronto dirigirás las tropas a la batalla, y será la mayor batalla que se haya librado jamás. ¿No te emociona eso?

—¿Qué? Oh, muchísimo. Yo... lo estoy deseando.

Don Gervase miró a Tom con aire de duda burlona.

—¿Estás dispuesto de verdad a defender a tu glorioso líder hasta la muerte?

Tom no tuvo más remedio que sonreír, presa de la impotencia. Así que Lotus tenía razón, él era realmente una especie de mascota destinada al sacrificio...

—Haré... todo lo que tenga que hacer.

Don Gervase sonrió con generosidad.

—Lo entiendo. Estás nervioso, ¿verdad? No creías que pasase tan pronto. Yo tampoco. Y se espera mucho de ti. Quieres salir airoso. —Hizo una pausa—. A veces yo también siento la carga de la responsabilidad. ¿Qué pasaría si de pronto me esfumase, si cambiase todo esto por la vida de un simple escarabajo pelotero? Esforzarme por abrirme paso entre la porquería... Llevar rodando de un lado a otro bolas de excremento... —Don Gervase rió para sí—. Podría hacerlo... así. —Chasqueó los dedos con brusquedad.

Tom trató de interpretar la expresión de don Gervase. ¿Estaba bromeando? No lo parecía.

—Pero ¿lo haría?

—Claro que no. Sería absurdo. Pero escapar siempre es una opción atractiva, ¿verdad?

Tom se notó las mejillas calientes y no pudo hacer nada para evitarlo.

—No... ahora no, cuando estoy tan cerca de lograrlo todo. —Don Gervase miró por la ventana hacia los fantasmas del pasado, sin ver la plaza—. ¿Sabes?, cuando yo tenía tu edad, veía mis objetivos alineados como árboles caminando con paso decidido hacia el horizonte. Primero, encontrar el elixir. Lo hice. Luego, apoderarme de Scarazand mediante una sangrienta revolución. Lo hice. A continuación, controlar a la reina y hacer de Scarazand la colonia más poderosa que jamás hubiese existido.

Lo hice también. Y cuando hube logrado todo eso, me juré que algún día utilizaría ese gran poder para robarle al mundo lo que el mundo me robó a mí.

Tom adivinó a qué se refería. Don Gervase quería venganza, por aquella cruel paliza, por toda la vida que se le negó, por ser Dorian Rust, el huérfano odiado y solitario.

—¿Y cómo iba a hacer eso?

—Oh... Tenía unas cuantas ideas. Todavía las tengo —dijo con una sonrisa. Unas luces iluminaron por un momento sus extrañas facciones—. Nicholas no lo sabe, pero al recoger a esas gorogonás puede que me haya hecho un gran favor. Está a punto de desatar una tormenta que no tiene ninguna posibilidad de controlar. El mundo cambiará, y sospecho que para siempre. Tendré que estar preparado para adaptarme.

Tom no entendió aquellas palabras crípticas, y don Gervase no pensaba explicárselas. Se alejó de la ventana y fue con una sonrisa amistosa hacia la silla en cuyo borde estaba sentado Tom.

—Dime una cosa: entre esa chusma entrometida que hemos capturado había un hombre y una mujer que parecían reconocerte, ¿quiénes crees que eran?

—Hummm... —Tom tosió con nerviosismo. Aquel era un tema sumamente peligroso—. No... no lo sé con exactitud, pero me ha dado la sensación... —Don Gervase lo miró esperando la respuesta—. Me ha dado la sensación... de que estaba conectado con ellos de algún modo.

—¿Conectado? ¿En qué sentido?

A Tom se le aceleró el corazón.

—Solo ha sido una sensación. Como si pudiesen ser... como si yo fuese quizá... pariente de ellos, o algo así. Eso es todo.

Era una especie de representación. Don Gervase consideró cuidadosamente esa respuesta.

—¿Te importaría que los matase?

Aquellos ojos amarillos parecían hincársele en el cráneo. No podía mentir.

—Sí, me importaría. No quiero que lo haga.

Esa respuesta pareció satisfacer a don Gervase. Ya había tenido noticias de ese fenómeno en algunos ecos, una especie de recuerdo antiguo que de algún modo sobrevivía en su interior, a pesar de su duplicación.

—Entonces, ¿no va a hacerlo?

—¿Matarlos? —Don Gervase sonrió—. Todo aquel al que sorprenda planeando asesinarme puede esperar poca compasión. Los han interrogado, y han reconocido trabajar para Golding Golding. Al parecer, llevaban años recogiendo insectos raros y venenosos para que él jugase con ellos.

Tom apretó tanto los puños que se hizo daño. ¿Era esa la verdad? De ser así, ¿por qué no se lo habían dicho?

—De no haber sido por la batalla que se avecina, habrían sido liquidados. Pero resulta que ahora se encontrarán defendiendo Scarazand junto a todos los demás.

Necesitaremos a todos los soldados de infantería que podamos conseguir. —Don Gervase sonrió con satisfacción, observando que el chico seguía pareciendo sumamente agitado—. Los padres no son algo con lo que esté familiarizado, pero supongo que ahora soy tu padre, en todo salvo en el apellido. Te he escogido, te he alentado, te he instruido. Así que de ahora en adelante esperaré de ti el comportamiento que debería observar cualquier hijo. ¿Entendido?

Tom seguía tan confuso que apenas podía pensar.

—¿Entendido?

—Sí... claro. Excelencia —añadió.

—«Excelencia.» —Don Gervase sonrió—. Eso está bien, aunque me parece que... «padre» estaría mejor. Puede que no sea del todo cierto, pero te ayudará a entender tu función.

Tom notó los dedos fríos de don Gervase ascendiendo hasta su hombro como un cangrejo e hizo lo posible para evitar estremecerse.

—Muy bien. —No pudo decirlo—. Si quiere...

—Excelente. Bueno. —Don Gervase cruzó la habitación con grandes zancadas en dirección a la puerta—. Creo que ya es hora de que tú y yo regresemos a Scarazand a fin de prepararnos para mañana. Hay que organizar un ejército.

Tom siguió en silencio al hombre alto por el estrecho pasillo hasta entrar en el ascensor. Bajaron a toda velocidad.

—¿Te has olvidado el peine, chico? —preguntó don Gervase, chasqueando la lengua y mirando el pelo de Tom, que a pesar de sus esfuerzos se estaba despeinando rápidamente.

—Me acabo de peinar.

—Pues tendré que volver a hacerlo. Dame. —Tras arrebatarse el pequeño peine, atacó los desordenados rizos de Tom con gesto histérico, engrasándolos con saliva para que el pelo del chico se pareciera al suyo propio. Tom guardaba un hosco silencio, concentrándose en lo posible en la pequeña fila de números que tenía delante. Aguantaría cualquier cosa, siempre que lo llevase al corazón de Scarazand. Debía subir por aquel conducto de ventilación inmediatamente, esa misma noche... antes de la batalla, antes de ser descubierto, antes de que aquel maníaco lo destruyese todo...

—Eso está mejor —masculló don Gervase mientras el ascensor se detenía—. Puedo tolerar muchas cosas, pero el pelo rebelde no es una de ellas. Tendrás que esforzarte más.

Tras volver a ponerle a Tom el peine en la mano, salió del ascensor directamente al andén de una estación de metro. Estaba abarrotado de trabajadores con los abrigos mojados por la lluvia. Nadie se había percatado de la llegada del glorioso líder.

—Ejem.

La multitud reaccionó ante aquel sonido como si hubiese recibido una descarga eléctrica. La gente dio al instante un paso atrás, permitiendo que un par de híbridos se

apresurasen a extender una ajada alfombra roja que restalló sobre el borde del andén. Tom se sintió intimidado de repente, al ver que cientos y cientos de ojos amarillentos se volvían hacia él. ¿Podía saber aquella gente quién era en realidad?

—¡Tres hurras por el glorioso líder! —gritó un joven que estaba en la primera fila—.
—Hip, hip...

—¡Hurra!

—Hip, hip...

—¡Hurra!

—¡Y también por Tom Scatterhorn! Hip, hip...

—¡Hurra!

El andén entero levantó el puño para saludar a su líder. Don Gervase correspondió al saludo inclinando la cabeza con ademán magnánimo.

—¿Lo ves? Tu fama te precede, Tom —murmuró, sin apenas mover los labios—. La gente necesita soñar con héroes, ¿verdad?

Tom sonrió de mala gana y siguió a don Gervase por la alfombra roja. Miró a los hombres y las mujeres, sus jóvenes rostros extrañamente avejentados y agrietados, como la tierra durante la sequía. Aquí y allá una corbata se enderezaba, una chaqueta se abrochaba, un paraguas se plegaba. Tom podía estar de vuelta en su propia época, pero no tenía duda alguna sobre quiénes eran aquellas personas... Sus ojos se encontraron con los de una mujer que llevaba en la mano un ejemplar del Scarazand Star y que lo miraba con los ojos desorbitados, estupefacta.

—Señor, quisiera ser la primera en estrecharle la mano —susurró apasionadamente—. La Revolución necesita más personas como usted.

—Gracias —respondió Tom, un poco incómodo.

Se oyó un fuerte pitido. Al instante, un tren de un solo vagón salió del túnel con gran estruendo y se detuvo chirriando junto a la alfombra roja. El vagón parecía un reluciente gusano dorado, con miles de escarabajos de color negro y oro arremolinados junto a sus costados de aluminio prensado. Se oyó un fuerte silbido, seguido de una exclamación colectiva mientras las puertas dobles se abrían para revelar el interior. No se parecía a ningún tren que la multitud hubiese visto jamás: paredes de terciopelo, hondas butacas de cuero negro, una gruesa alfombra persa, la cabeza de un tigre enmarcada en la pared... Había incluso una chimenea que contenía un pequeño fuego eléctrico. Era como el interior de un joyero e irradiaba un intenso y abrumador olor a chocolate.

—Tú primero —dijo don Gervase con una sonrisa.

El chico se disponía a entrar cuando oyó una voz tímida que susurraba detrás de él.

—¿Señor? Por favor, señor.

Tom se volvió y vio a tres colegialas idénticas situadas justo en el borde de la alfombra. Llevaban copias de la fotografía de Tom y bolígrafos en las manos. Don Gervase enarcó una ceja: era un bonito detalle; el inteligente doctor Culexis había

pensado en todo.

—Bueno, adelante —le indicó.

Incómodo, Tom se adelantó y escribió su nombre sobre su propia foto. Las niñas apenas podían contener su emoción.

—Ya está —dijo mientras acababa de firmar la última. Levantó la mano hacia el gentío—. Adiós.

El andén entero le devolvió la sonrisa.

—¡ADIÓS! —gritaron al unísono.

—¡Señor!

De pronto una achaparrada figura familiar apareció sin aliento en el umbral, blandiendo un paquete marrón en la mano. Era Ern Rainbird.

—Señor —dijo con voz áspera—, señor, yo...

—¿Qué pasa, Rainbird? —quiso saber don Gervase, un tanto irritado al encontrarse a su sicario estropeando el momento.

—Esto... acaba de llegar. Para usted. —Tras recorrer con paso decidido la alfombra roja, el hombre hizo una reverencia y luego le lanzó el paquete a su amo—. El doctor Culexis ha insistido en que debía verlo. Tan pronto como... —Ern Rainbird sufrió un violento ataque de tos—. Ejem... Disculpe. No me habría tomado la libertad, pero el asunto parecía sumamente urgente.

—Muy bien —le espetó don Gervase, un tanto perplejo pero sin querer montar una escena. Cogió el paquete—. Gracias, Rainbird.

—Excelencia...

Ern Rainbird volvió a inclinarse y los observó subir a bordo. Las puertas se cerraron con gran estrépito, y Tom sintió que los ojos de lagarto de Rainbird lo taladraban mientras se alejaban a toda velocidad. Algo iba mal; podía intuirlo. Tras sentarse inquieto en una butaca de cuero negro le echó un vistazo al paquete marrón que don Gervase había colocado sobre la pequeña mesa de madera sin darle importancia.

—No te gusta el alcohol, ¿verdad?

—La verdad es que no —respondió Tom, viendo que don Gervase regresaba del aparador con dos esbeltas copas de cristal llenas de un líquido dorado y transparente.

—Puede que esto te haga cambiar de opinión. Aguardiente de miel. Directamente desde la destilería. —Colocó una copa junto a Tom y se sentó en la butaca de enfrente—. ¡Chin chin!

Tom vio que don Gervase daba un sorbo y cogía el paquete, cuyo extremo abrió de un tirón.

—¿Qué es esto?

Don Gervase sacó el informe amarillo y pareció un tanto perplejo al ver el holograma de la cubierta.

—«Fallos de seguridad en Dragonport. Investigación realizada por el doctor K. Logan, director en funciones del centro.»

El miedo le hizo a Tom un nudo en el estómago.

—¿Hay... hay algún... problema?

Don Gervase volvió la página un poco irritado.

—Supongo que debe de tratarse de alguna fechoría.

Tras tomar otro sorbo de su aguardiente, don Gervase Askary empezó a leer. Su expresión no delataba nada. En el vagón reinaba el silencio. Tom se quedó mirando sus zapatos. ¿Qué podía hacer? ¿Era aquello lo que él creía que era? Trató de distraerse paseando la mirada por el vagón, y sus ojos se vieron atraídos por la cabeza de tigre enmarcada en la pared de enfrente. Era vieja, estaba raída y parecía mirarlo a él. De no haber sabido que era imposible, Tom habría podido creer que aquel era el raído y polvoriento tigre asesino del Museo Scatterhorn. Salvo que fuese precisamente eso y don Gervase le hubiese cortado la cabeza para conservarla como recuerdo...

—¿Verdad que es raro que el deseo de salvar el pellejo supere a todos los demás? —preguntó por fin don Gervase con voz atronadora—. A veces me pregunto si yo mismo acabaré gobernando todas y cada una de las partes de este imperio. Incluso esa humilde prisión situada en el fin del mundo.

—¿Y eso por qué? —preguntó Tom con aire inocente.

—Hace tres días ese lugar estuvo inmerso en el caos. Aunque, por supuesto, se me ha ocultado hasta ahora. Hubo un apagón, seguido de una inundación de chocolate, seguida de una pelea de pasteles, y luego unos disturbios a gran escala.

—Oh. ¿De verdad?

Don Gervase siguió leyendo con creciente incredulidad.

—Una tal enfermera Manners se rompió la pierna. Un eco llamado Francis Catchpole se cayó del muro exterior y aterrizó sobre Ebenezer Spong, que murió en el acto. Luego, la furgoneta de un tal señor Vee fue robada dentro del patio por dos reclusos, que la condujeron a toda velocidad por la población, hasta que uno de los ladrones acabó siendo capturado. Pero el otro... —Don Gervase volvió la página. Por un momento, no dijo nada. Una chispa de furia roja bailaba en sus ojos—. El otro consiguió escapar. Nadie lo ha visto desde entonces.

Con supremo esfuerzo, Tom se mordió el labio inferior y no dijo nada. ¿Cómo podía no sospechar? O quizá estuviese empezando a hacerlo... Entonces don Gervase arrojó el informe sobre la alfombra y lo empujó hacia Tom con la punta del pie.

—El doctor Culexis está muy preocupado. El inteligente doctor Culexis. Siempre lleno de inteligentes teorías. Y ahora tiene al viejo Rainbird hecho una furia. Léelo —ordenó.

Tom obedeció y abrió el archivo por el centro. Sintió que se le helaba la sangre. Allí estaba su propia fotografía tomada por el doctor Logan a su ingreso en el manicomio.

—Entonces..., esto..., ¿sabe dónde... dónde está?

—Esa es una excelente pregunta.

Don Gervase se sacó de la manga la pelota-escarabajo y la sostuvo entre los dedos. Tom echó un vistazo a la esfera. ¿Cuánto tiempo tenía? Ninguno. Ningún tiempo en absoluto. Todo se movía ya demasiado deprisa...

—¿Lo reconoces?

Tom esbozó una sonrisa estúpida. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Resulta evidente que es igual que yo.

—Sigue.

—Así que eso significa...

Los lechosos ojos verdes de don Gervase lo horadaron como dos rayos láser. Tom no sabía cuánto podría soportar aquello.

—Somos dos. Él y yo. Él está ahí fuera... en alguna parte. ¿Es eso un problema?

Don Gervase estaba considerando ya las numerosas posibilidades de aquel engaño. Si ese era el auténtico Tom Scatterhorn, ¿cómo había podido cambiarse por su eco, justo delante de sus narices? Tenía que haber sido en la fiesta. ¿Bajo el agua? Probablemente. Pero, entonces, ¿qué estaba haciendo ahí, en ese momento, con él? Debía de querer algo... algo que lo empujaba a arriesgar la vida, y estaba siendo muy insensato, o muy valiente, o tal vez ambas cosas... Don Gervase observó al chico, que lo miraba con aire inocente. Era imposible distinguirlos. Eran idénticos.

—Estás sonriendo —dijo.

—¿Sí?

—¿Por qué sonríes? ¿Creías que te saldrías con la tuya?

Tom vio que don Gervase hacía girar la pelota-escarabajo entre los dedos y notó que una ola ardiente se formaba en su cabeza.

—¡VAS A DECIRME LA VERDAD! —ordenó una voz—. ¡LA VERDAD! —Gritó más fuerte—. ¡LEVÁNTATE!

Tom se quedó sentado y exhaló con fuerza para expulsar el trueno que resonaba dentro de su cráneo. Don Gervase lo miró con frialdad, sin mover un músculo.

—No sé a qué se refiere —susurró.

—¡LEVÁNTATE CUANDO TE LO ORDENO!

La voz gritó más alto esa vez. Tom notó gotas de sudor en la nuca y las mejillas. Sumamente concentrado, se quedó mirando a don Gervase con cara inexpresiva.

—Si supiese a qué se refiere...

—¡QUE TE LEVANTES!

Tom cerró los ojos. El trueno resultaba abrumador. Le temblaban las manos y no pudo resistir más. A pesar de todos sus esfuerzos, era demasiado. Con los ojos apretados, se puso de pie tambaleándose y se quedó allí, esperando. Los labios delgados de don Gervase esbozaron una sonrisa torcida.

—Tom Scatterhorn. ¿A qué estás jugando?

El chico miró el vaso de aguardiente que estaba sobre la mesa.

—¿Qué es esto? ¿Un intento desesperado de matarme? ¿Tienes idea de quién soy?

El trueno empezaba a alejarse. Tom respiró más deprisa.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Tom apretó el puño. Tenía una sola oportunidad...

—¡MÍRAME CUANDO TE HABLO! —gritó furioso don Gervase.

Tom bajó el brazo al instante y arrojó la copa contra la cara del hombre alto.

—¡AHHH!

Don Gervase apenas tuvo tiempo de enjugarse el líquido de los ojos escocidos antes de que Tom llegase al armario y le arrojase la licorera. Don Gervase se apartó bruscamente, y la botella se estrelló contra el fuego, inflamándose.

—Tú...

Tom arrojó otra botella, que esta vez alcanzó de lleno a don Gervase en la frente, luego copas, libros, todo lo que pudo encontrar. .. Sin embargo, el hombre alto seguía de pie, caminando hacia él con los ojos desorbitados.

—Qué insensato... —murmuró mientras la pelota-escarabajo giraba entre sus dedos—. Si sigues provocándome, tendrás que atenerte a las consecuencias...

Tom corrió hasta el otro lado del vagón, tratando de ignorar el trueno que entraba a toda prisa en su cabeza. Sabía lo que significaba esa amenaza... En un instante, don Gervase podía convertirlo en un gigantesco escarabajo negro y matarlo.

—¿Y la batalla? —preguntó jadeante, avanzando despacio a lo largo de la pared—. ¿No quiere que le salve la vida?

—Al diablo con eso. Nunca lo harías.

Desesperado, Tom arrancó un reloj de la pared. Lo lanzó con todas sus fuerzas y logró que don Gervase perdiese el equilibrio. Luego tiró una mesita de una patada y el hombre tropezó. De forma casi accidental, don Gervase se golpeó la espalda contra la pared de enfrente.

—¡Bueno, ya no aguanto más!

Con una sonrisa complacida, don Gervase dio un paso adelante. En ese momento algo duro y frío lo agarró del cogote. Antes de que pudiera resistirse, se vio agitado violentamente de un lado a otro como si fuese una rata. Las mandíbulas de hierro del tigre se le cerraron en torno al cuello y no lo soltaban... Don Gervase le dedicó a Tom una sonrisa extraña. Su cara cambió de color, cubriéndose de manchas rojas y anaranjadas mientras empezaba a hervir por dentro... Tom supo lo que iba a suceder... Se disponía a metamorfosearse... a transformarse...

—¡No! —gritó—. ¡No!

Echó a correr sin pensar un instante y agarró con ambas manos una lámpara de pie que estrelló contra la cabeza de don Gervase. Al instante se apagaron las luces. El tigre soltó al glorioso líder, que se desplomó en el suelo hecho un guiñapo. Hubo un momento de silencio. El vagón seguía avanzando con estrépito en la oscuridad.

—Justo a tiempo.

Tom alzó la vista. A la luz del fuego vio a la tigresa, que lo miraba fijamente.

—Gracias, Tom Scatterhorn. No tienes ni idea de lo mucho que me ha

complacido eso. Eso le enseñará a cortarme en pedacitos. Lástima que no haya podido matarlo y hacerle a todo el mundo un gran favor.

Tom bajó la vista y vio la pelota-escarabajo, aún sujeta entre los pálidos dedos de don Gervase. Un fino tentáculo de acero se había deslizado fuera del puño de su chaqueta y estaba enroscado en torno a ella con gesto protector. ¿Se atrevería a tratar de arrebatársela? Debía intentarlo...

—No es buena idea —le aconsejó la tigresa a Tom, al ver que se disponía a coger la esfera—. Esa es su seguridad. No puedes romperla, y si lo intentas se despertará.

—¿Estás segura?

—Desde luego. ¿No tienes nada mejor que hacer?

Tom miró desesperado la pelota-escarabajo. ¿La necesitaba? No si podía trepar a tiempo por el conducto de ventilación. ¿Podía? Lo ignoraba. Pero si lo atrapaban en ese tren, ya no habría modo de escapar. Don Gervase nunca olvidaría aquello, nunca...

—Ya casi estamos —masculló la tigresa mientras el vagón empezaba a aminorar la velocidad—. Yo que tú me pondría en marcha.

- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)
- [24](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [28](#)
- [29](#)
- [30](#)

20

Rey de la luna

El vagón dorado se detuvo chirriando. Las puertas se abrieron con un fuerte silbido. Al apearse, Tom se encontró al final del túnel. Más allá, había un trozo de chapa ondulada apoyada de cualquier manera contra la pared y un gran insecto de ojos de color rosa agazapado encima. Echó un último vistazo al vagón. Allí yacía don Gervase Askary, rodeado de un desorden de cristales rotos y muebles volcados, atado de pies y manos con tanta fuerza como Tom se había atrevido a usar. Y allí estaba la pelota-escarabajo, aún trabada bajo aquella fina antena de acero dentro de sus dedos... Si hubiese algún modo de...

—No debes hacerlo —masculló la tigresa—. Ni se te ocurra. Vete ya.

Tom se preguntó si no estaría cometiendo un error colosal.

—De acuerdo. ¿Y tú?

La tigresa lo miró con sus ojos del color de las llamas.

—No seas sentimental. ¿Qué puede hacerme? Llevo unos cuantos años muerta.

—Adiós, pues.

—Buena suerte, Tom Scatterhorn. Vas a necesitarla ahí abajo.

Ignorando la fría mirada del insecto, Tom Scatterhorn pasó por detrás de la chapa ondulada y se encontró en un estrecho saliente de roca. Más allá había un fino puente de piedra que descendía vertiginosamente en espiral hasta la oscuridad. Tom conocía ese lugar: ya había estado allí. Ese era un tentáculo del gran laberinto oculto construido por los escarabajos de Scarazand, que los protegía y los conectaba con todos los lugares y épocas... Tom tuvo la clara sensación de que aquella era la entrada privada de don Gervase. Bien, al menos podía llevarlo allí un poco más deprisa...

Durante cinco minutos confusos, Tom se adentró a toda prisa en la oscuridad con los ojos fijos en el camino, que dibujaba una elegante curva a través de la maraña de puentes blancos que se alejaban serpenteando en todas direcciones. Era vagamente consciente de la presencia de insectos y hombres que se movían por encima y por debajo de él, pero no se detuvo a mirarlos o llamar su atención: su mente estaba concentrada en una sola cosa, colarse en la gran ciudad de Scarazand pasando desapercibido y subir a través de la buhardilla del palacio hasta el conducto de ventilación... El camino empezó a ascender por fin y, tras atravesar una pared de roca, Tom entró en un corto túnel que acababa en un círculo de luz blanca. Había llegado el momento de la verdad... Tom aminoró la velocidad de forma instintiva, escuchando el caótico alboroto del abismo que había más allá, el retumbar de millones de patas puntiagudas contra la piedra, el silbido y zumbido de los insectos y el profundo e implacable latido de la reina, que empezaba a palpar con fuerza en su cerebro.

Y luego, de pronto, allí estaba todo, extendido ante él exactamente como recordaba. Una vasta cueva en cuyo centro se hallaba Scarazand, una columna de roca que los escarabajos habían ahuecado e infestado durante miles de años. En torno a sus flancos, cientos de estrechísimos puentes se extendían hacia las paredes de la cueva, y cada uno de ellos estaba atestado de vida: insectos, escarabajos, híbridos, hombres y mucho más... Tom razonó que sería fácil esconderse entre toda aquella gente. Nadie se fijaría en él allí abajo, y entonces... Tom miró con los ojos entornados la desvencijada ciudad que se aferraba precariamente a los confines superiores de la roca. Encima de ella, casi en el punto en el que la columna negra se estrechaba hasta convertirse en un pincho y tocaba el techo de la cueva, había una maraña de tejados que se extendían como alas de murciélago... Aquel debía de ser el palacio, justo allí arriba, en la misma cima. Y en la parte más alta Tom pudo distinguir una ventanita redonda bajo el alero, como el ojo de una serpiente. Aquel era su objetivo...

—¡Oh!

Tom retrocedió sobresaltado cuando una góndola negra apareció ante él. Se parecía un poco a un teleférico. Había dos asientos de terciopelo en el interior. ¿Debía subir? Eso era evidente. ¿Significaba que lo habían visto? Quizá... Tom se dijo que no pasaba nada. Podía ser una especie de máquina automática, y podía ahorrarle tiempo... Tom ocupó su lugar con vacilación y observó que bajaban desde arriba dos largas palancas, extendiendo unas gomas elásticas que parecían de gelatina a cada lado de la góndola. Las gomas crujieron y zumbaron. La góndola salió despedida como una piedra de un tirachinas y sobrevoló el abismo en dirección a la ciudad. Abajo, la gente alzó asombrada el rostro para ver la negra silueta que pasaba silbando por encima de sus cabezas. A Tom no le costó imaginar el placer de don Gervase al ver a sus súbditos desde ese ángulo; de hecho, era probable que hubiese inventado aquel sistema justo con ese fin... En un momento la góndola había planeado hacia un largo balcón. Cuatro figuras envueltas en capas se adelantaron subrepticamente para agarrar el artilugio y depositarlo con suavidad en el suelo.

«Recuerda quién creen ellos que eres. Recuerda lo que se espera de ti.»

—Gracias —dijo Tom, bajándose de un salto con determinación.

Las figuras oscuras dieron un respetuoso paso atrás. Eran altas, y estaban demacradas y totalmente ocultas dentro de sus gruesas capas negras, que llevaban la misma insignia roja. Podían ser hombres o podían ser insectos; era imposible saberlo. Skrolls. Tom recordó de pronto su nombre: la odiada policía secreta de don Gervase. Echó un vistazo al palacio, en las alturas. ¿Se atrevería a pedirles que lo llevaran allí arriba? Podía intentarlo...

Un hombre con un pulcro uniforme negro y dorado apareció en el umbral; sus pequeñas gafas redondas lanzaban destellos.

—Excelencia, de haberlo sabido habría estado más preparado. El tiempo no está de nuestro lado. Los exploradores que envié acaban de regresar y...

El doctor Culexis se detuvo a media frase al percatarse de que Tom estaba solo. Miró con furia la góndola vacía y luego volvió a clavar la vista en el chico.

—¿Qué es esto? —exigió saber—. ¿Dónde está don Gervase Askary?

—Está liado. Re-retrasado. Quiero decir... que va a retrasarse.

—¿A retrasarse? —El fino bigote rojizo del doctor tembló. El hombre dirigió a Tom una mirada acusadora—. ¿Y por qué motivo se retrasa?

—Ha visto su informe acerca de una fuga en alguna parte y ha dicho que quería comprobar algunos hechos —improvisó Tom—. Me ha dicho que me adelantase y preparase a la colonia para... para todo aquello para lo que debemos prepararnos... No tardará en estar aquí.

El doctor Culexis no parecía nada convencido.

—Pero ¿ha leído mi informe?

—Por supuesto. He visto que el propio Rainbird se lo entregaba.

—Entonces, ¿qué más quiere comprobar? Todo estaba ahí dentro.

Tom se encogió de hombros. No podía hacer otra cosa para responder a su mirada suspicaz.

—¿Es esto alguna clase de broma?

Se oyó un grito ahogado y Tom se volvió: una nube de insectos se extendía entonces contra la pared de la cueva como si fuera un vasto telón. Tras titilar un momento, la superficie, de un brillo trémulo, formó la cabeza de don Gervase Askary, sonriente y parecido a un muñeco de cera.

—¡Un líder! —bramó una voz.

Una ovación automática se alzó desde abajo. La cara se disolvió, y Tom vio horrorizado que era sustituida por él mismo, vestido con aquella magnífica armadura de pinchos.

—¡Un paladín! —volvió a bramar la voz.

Se produjo una ovación aún más fuerte.

—¡Para dirigirnos en una batalla! ¡Una batalla para poner fin a todas las batallas!
¡Para decidir el futuro de todas las cosas!

Enorme ovación.

—¡Mañana! —Los millones de seres que miraban desde abajo guardaron silencio—. Nos atacarán al alba. Desde el valle que está más allá de la puerta del norte.

—Entonces, ¿seguro que es mañana? —balbució Tom, tratando en vano de parecer despreocupado.

—Sí —le espetó el doctor Culexis irritado—. Los exploradores acaban de regresar y lo han confirmado. Por eso era imprescindible que emitiese esta declaración, a pesar de que...

—¡Disponeos a defender vuestra colonia! —bramó la voz, resonando en toda la cueva—. ¡Disponeos a defender Scarazand! ¡Armaos!

Se oyó un clamor, y los silbidos y ruidos se reanudaron, tornándose casi ensordecedores.

—Debemos estar allí al amanecer. Francamente, el líder tiene mucho que organizar. Aparte del pequeño asunto de... —El doctor Culexis le lanzó una mirada cargada de veneno—. Supongo que hasta tú comprendes lo que esto significa, ¿no?

Tom sonrió azorado.

—Por supuesto.

—Bien. Pues entonces, más vale que te prepares. —El doctor Culexis chasqueó los dedos. Un skroll se acercó—. Acompáñalo a su habitación —ordenó—. Salvo que su señoría prefiera tratar de encontrarla él solo.

Tom ignoró el mordaz comentario y, con una sonrisa decidida, se fue directamente hacia el umbral. ¿En qué mundo acababa de meterse? Culexis lo sabía, tal vez lo supiesen todos...

En el camino, Tom seguía con dificultad el oscuro laberinto de pasadizos que parecían idénticos entre sí. Tom no tardó en desorientarse del todo. ¿Subían, bajaban, caminaban en círculo? El skroll no iba a decírselo. La criatura lo seguía subrepticamente como una sombra constante. Tom intuyó que sería capaz de saltar desde el borde de un acantilado si él así lo decidía... Al doblar un recodo, se sintió aliviado de encontrarse al fondo de una alta sala abovedada rebosante de actividad. Había oficiales que llevaban pilas de instrucciones, soldados que empujaban carritos cargados de ballestas, insectos que acarreaban catapultas y otros artilugios extraños... Desde luego, la colonia se preparaba para la batalla, y Tom se metió entre la multitud a toda prisa y con gesto resuelto, leyendo los carteles de las puertas: Ministerio para la Duplicación, Ministerio para Venenos, Ministerio para la Reparación, Ministerio para la Pulpa... ¿Dónde estaba el palacio?

—Ajá, regresa el famoso guerrero, y me han dicho que con más cabelleras, ¿no es así?

Una figura familiar cruzó el caos a grandes zancadas, con un montón de delgados gusanos rojos enroscados alrededor de su sombrero de ala ancha. Era Gord, el director del estadio. Tom lo reconoció: lo había visto en su última visita.

—Excelente caza, excelente —comentó el hombre, sonriendo de oreja a oreja y estrechando con fuerza la mano de Tom.

Tom se esforzó al máximo para sonreír al grupo de jóvenes soldados de caballería que le seguían los pasos. Todos llevaban botas de caña alta y gruesos trajes acolchados. Sus rostros eran un mosaico de cortes y puntos de sutura.

—Buen trabajo, excelencia —dijo la chica que estaba en el centro. Llevaba la cabeza rapada y parecía conocerlo bien—. Entonces, ¿de verdad había cincuenta cadiscápuas?

Tom asintió vagamente con la cabeza: era evidente que habían leído el periódico de la tarde.

—Bueno... estaba oscuro y no vi gran cosa. Quizá.

—¿Quizá? —La chica miró a los demás y soltó una risita. Era evidente que no esperaban semejante modestia—. ¿Es que perdió la cuenta?

—Quiero decir que quizá había más.

—¿Más?

—Sí. Muchas más.

—Vale —dijo la chica, riéndose y dándole una palmada en la espalda.

Tom también se rió, pero por dentro estaba a punto de estallar. «Muéstrate más seguro... arrogante. De lo contrario esto nunca saldrá bien.»

—¿Tiene ganas de que llegue mañana, señor? —preguntó uno de los chicos.

—Desde luego.

—Estamos ansiosos, ¿verdad? —dijo Gord, riéndose tontamente—. Y lo mismo les pasa a las latiguillas. Ululan y resoplan en sus establos. Ha dejado de gustarles su comida. Tienen olfato para un buen espectáculo, ¿no? Pero así es la caballería: ¡huele la sangre antes de verla!

Tom asintió con la cabeza. Solo tenía una vaga idea de lo que estaba diciendo el anciano.

—Dicen que lucharemos contra serpientes, tan largas como esta habitación —continuó la chica, emocionada—. Serpientes con aliento de fuego.

—Gorogonás, Viola —corrigió Gord—. Eso es lo que ha dicho Culexis.

—¿Ha visto alguna vez una gorogoná?

Tom asintió con la cabeza, sin darle importancia.

—Unas cuantas veces. No tenemos de qué preocuparnos.

—¿No?

—Son mucho menos peligrosas de lo que parecen.

—¡Sí señor! —exclamó Gord con la respiración entrecortada; estaba claro que aprobaba la despreocupada confianza de Tom—. Entonces, ¿pronunciará unas palabras esta noche?

A Tom se le congeló la sonrisa.

—Esto...

—Lo prometió —añadió Viola.

Gord se acercó tanto que los gusanos rojos enroscados alrededor de su sombrero tocaron el hombro de Tom.

—Unas pocas palabras tuyas harán maravillas en la moral de las tropas, señor. Ya sabe que a los híbridos les encanta quejarse, sobre todo la noche antes de una batalla. Y más si se trata de una auténtica batalla.

Tom se encontró con que todos lo miraban expectantes.

—Lo pensaré. Estoy muy ocupado. Ya sabéis... La batalla y todo eso.

—Desde luego que lo sabemos, señor —dijo el viejo Gord, guiñándole el ojo y enseñando todos los dientes con una sonrisa mientras se llevaba a sus tropas—. Ahora no olvide engrasar esa visera. ¡Y afilar esa espada!

—Adiós —se despidió Viola, agitando la mano.

Tom giró sobre sus talones con el corazón acelerado. Todo estaba sucediendo tan deprisa... Si no se andaba con cuidado, iba a verse arrastrado al corazón de aquella

batalla sin darse cuenta. Y no se trataba solo de él...

—Necesito subir al palacio al instante —le exigió al corpulento skroll que seguía rondando detrás de él—. Me conducirás a través de esta chusma.

—Señor...

El skroll se inclinó obediente y echó a andar hacia la ancha escalera del fondo. Tom mantuvo la vista al frente, rehuyendo las miradas de admiración que le lanzaban desde todos lados. Sin embargo, no pudo evitar sentirse vigilado... Por fin llegaron a las escaleras, pero apenas habían subido un par de peldaños cuando Tom se fijó en una especie de alboroto en la parte superior. Alzó la vista. Allí estaba el doctor Culexis, rodeado de un grupo de skrolls. Daba órdenes y señalaba frenético a Tom. A su lado estaba Ern Rainbird...

Tom notó la tenaza del miedo en el estómago. ¡Rainbird! Debía de haber regresado a Scarazand por algún otro camino... ¿Habían encontrado el vagón? Sin duda, ya no tardarían mucho... Rainbird y tres skrolls se abrían paso hacia él entre la multitud.

—La verdad... la verdad es que vamos a tardar demasiado. ¿No podemos subir por otro lado?

—¿Desea mi señor el ascensor privado?

—Sí. Deprisa.

El skroll se inclinó, y para alivio de Tom volvió a bajar las escaleras y se movió con furtiva rapidez hacia una arcada situada al otro lado de la sala.

—Señor... —siseó mientras mantenía abierta una portezuela.

Tom se sentó al instante en el único banco de madera y esperó.

—No quiero que me molesten, ¿entiendes? No quiero que me moleste nadie.

El skroll se inclinó de nuevo.

Tom vislumbró el rostro sombrío de Ern Rainbird avanzando a través del gentío.

—¿Por qué no se mueve?

—Dé un golpe para la sala de gráficos, dos para la biblioteca y tres para las dependencias priv...

Los golpes del talón de Tom interrumpieron a la misteriosa criatura, y al instante se oyó mucho alboroto debajo. Algo invisible lo empujó verticalmente a gran velocidad por el oscuro hueco de piedra. Instantes después, Tom se detenía mareado ante una puerta ornamentada. Miró abajo y sintió vértigo, pero se puso de pie y bajó de la plataforma.

—No te vayas a ninguna parte —le dijo a lo que se ocultaba debajo del asiento, fuera lo que fuese—. Es una or...

Demasiado tarde. El ascensor volvió a caer en las tinieblas. ¿Qué significaba eso? Tom prefirió no pensar en ello. Cruzó la puerta y se encontró en un gran vestíbulo con las paredes espejadas. Todo estaba oscuro y silencioso: allí no había nadie. ¿Era aquel el lugar adecuado? Desde luego, parecía un palacio. La buhardilla situada encima del dormitorio de don Gervase... Tom esperaba sinceramente que Lotus

estuviese en lo cierto. Con cuidado, atravesó una habitación vacía y dorada tras otra, con las paredes cubiertas de espejos y de tapices. Todo aquello tenía tan poca vida como una casa de muñecas. Hasta era posible que don Gervase no subiese nunca allí... Tom llegó por fin a un par de puertas altas y, tras abrir una, se encontró en una habitación tan ornamentada, pulcra y simétrica como las otras... Sin embargo, en el centro se hallaba una cama negra y tallada. Y en un rincón había una ventanita circular. Al mirar al exterior, Tom vio los tejados que se amontonaban muy abajo. Aquella debía de ser la ventana que había divisado en la misma cima de Scarazand , el ojo de la serpiente... Tenía que serlo. Pero ¿cómo subir?

Directamente encima de la cama colgaba una gran araña de cristal. Podía intentarlo... pero eso significaría... Tom empujó sus escrúpulos hasta el fondo de su mente. No tenía tiempo para sutilezas. Solo importaba una cosa. Tom se apresuró a cerrar la puerta y apoyó una silla bajo el picaporte para que no se abriera. Luego cogió otra y, tras colocarla sobre la cama, se subió a ella y agarró la araña de luces. Levantó las piernas tirando con fuerza, se retorció, le hizo dar vueltas y más vueltas...

—Vamos —murmuró, sacudiéndola de un lado al otro. Algo crujió arriba, un chasquido, un desgarrón, y luego...

De repente, Tom cayó sobre la cama, y la araña se hizo añicos a su alrededor. Bolas de cristal rebotaron por todo el suelo y el aire se llenó de polvo... Sin embargo, cuando alzó la vista, vio un agujerito redondo en el techo... ¡Lo había conseguido! Al instante, Tom volvía a estar de pie en la silla intentando subir hasta las vigas del techo... «Y ahora, ¿adonde?» Las vigas se abrían en círculo desde una columna de roca negra... Aquel debía de ser el muro exterior de la chimenea, así que, ¿cómo se había metido allí Zumsteen? Seguramente hizo un agujero... Después de atravesar las gruesas vigas de madera, Tom alcanzó el muro circular. Apenas veía nada, pero cuando pasó las manos por la superficie notó una zona que parecía áspera, quebradiza y tibia, como si fuese papel... ¿Una reparación? Sin pensar, Tom la atravesó con el codo. Una densa voluta de azufre entró al instante en la buhardilla...

A Tom le dio un vuelco el corazón... ¡Lo había encontrado! ¡Justo encima de la propia cama de don Gervase! Lotus tenía razón. Nadie se atrevería a hacer eso... nadie salvo Nicholas Zumsteen. Sin apenas poder creer que lo había encontrado, Tom se tapó la nariz y se asomó al profundo pozo. Centenares de metros más abajo se hallaba la gran reina blanca, del tamaño de un submarino, palpitante, reluciente, envuelta en gases... El latido en la cabeza de Tom era ensordecedor, pero se obligó a alzar la vista... ¡Sí! Un pequeño círculo de luz, aunque ya no era tan pequeño ni se encontraba tan lejos... ¿Qué altura había? Treinta metros, quizá menos... La roca estaba marcada por agujeros y salientes. Podía hacerlo, igual que lo había hecho Zumsteen; podía ignorar el aire cargado y palpitante, subir por el conducto de ventilación y buscar alguna forma de poder detener todo aquello antes de que...

De pronto, una puerta se abrió de golpe bajo sus pies. El ruido fue tan fuerte que

Tom dio un bote. Miró el agujero del techo. Oyó pisadas que se aproximaban, y también voces ahogadas.

—Está aquí dentro —masculló la voz grave de alguien que golpeaba enfadado la puerta del dormitorio—. Se ha encerrado.

Aquel era Ern Rainbird. ¿Quién iba a ser si no? Volutas de gas amarillo y empalagoso pasaban flotando... «No pienses en él, vete, Tom. ¡Ya!» Tom estiró ambas manos y se agarró al saliente más cercano. Parecía seguro... «No mires abajo... Hagas lo que hagas, no mires abajo...»

—¿La echamos abajo, señor? —siseó una voz.

Hubo un silencio. Tom salió muy despacio al abismo aguantándose con las puntas de los pies. «No mires abajo...» Obligándose a mirar aquel resquicio de luz, empezó a subir...

—¿Señor?

—Está bien.

El choque arrancó ambas puertas de sus bisagras. Tom cerró los ojos. El estruendo dentro de su cabeza era tremendo. Mano derecha. Mano izquierda. Sigue subiendo...

Un vozarrón retumbó en las dependencias:

—¡Rainbird! ¡Rainbird! ¡Ernest Rainbird!

En ese momento, Tom resbaló. Desesperado, recuperó el equilibrio. No, no podía ser... Lanzó una mirada de terror a la abertura del suelo. La cabeza empezó a darle vueltas... alto, muy alto... No podía mover los dedos. Los brazos se le habían quedado bloqueados de pronto. El miedo lo paralizaba, pegándolo a la pared...

En el dormitorio se había desatado el caos. El grupo de skrolls se apartó nervioso de las puertas rotas, ocultando a toda prisa las hachas debajo de las capas. Ern Rainbird se apresuró a meter a patadas tantas bolas de cristal como pudo debajo de la cama.

—Yo hablaré —susurró—, estamos actuando bien, chicos, no os preocu...

—¿Qué significa esto? —exigió saber don Gervase Askary mientras entraba en la habitación a grandes zancadas.

Tenía un largo corte en la frente y su cara aparecía pálida de ira.

—Señor, debo explicarle...

—Desde luego que debes. ¿Por qué habéis echado abajo la puerta de mi dormitorio?

—Nosotros... Ha habido un...

—¿Por qué habéis arrancado esa araña?

Ern Rainbird sonrió desesperado, encogiéndose ante su amo.

—Señor, no es lo que usted cree...

—¿Vas a decirme lo que yo creo?

—No, no, no. Yo...

—Entonces, ¿cómo es que estáis destruyendo mis dependencias privadas?

—Porque... porque, o sea, el doctor Culexis ha dicho que...

—Suéltalo ya, Rainbird.

—Ese Scatterhorn, excelencia, el auténtico, se ha fugado y...

—Tonterías. Chorradas. Majaderías.

A Ern Rainbird se le desorbitaron los ojos de confusión.

—Señor, se lo ruego, entienda por favor que...

—Eso es todo.

Boquiabierto, Ern Rainbird se quedó mirando a su amo. ¿Acaso no había leído el informe del doctor Culexis?

—Pero el doctor Culexis...

Don Gervase ladeó la cabeza y esperó. Ern Rainbird agitó un dedo hacia la puerta y luego señaló hacia el agujero del techo.

—El chico. Está escondido. Ahí arriba.

—Sal de aquí ahora mismo, Rainbird, y considérate afortunado si no te mando a la cárcel en castigo por este vandalismo injustificado.

Ern Rainbird parpadeó.

—Pero solo estaba...

—No voy a pedírtelo otra vez.

La voz de don Gervase rezumaba tanto veneno que las palabras más parecían gotearle de los labios. El bajo y robusto sicario se quedó inmóvil. Vio la pelota-escarabajo girando entre los dedos de su líder.

—¡FUERA DE MI VISTA!

Al cabo de un instante, Rainbird y su pandilla se lanzaban hacia la seguridad del vestíbulo y bajaban las escaleras con gran estruendo. Don Gervase clavó sus lechosos ojos verdes en el agujero del techo.

—Eso no ha sido muy inteligente, chico.

Silencio.

—Y ahora me obedecerás.

Unos segundos después, Tom Scatterhorn cayó de cabeza por el agujero y rebotó en la cama. Al alzar la vista, aturdido, vio a don Gervase Askary junto a la ventana. Una cruel sonrisa asomaba a sus labios.

—Conque buscabas el modo de subir al conducto de ventilación observando desde dentro. Muy ingenioso. Pero tú no tienes el cerebro necesario para planearlo, chico. ¿Quién te dio la idea?

—Lotus —masculló Tom, incapaz de contenerse.

—Por supuesto, Lotus Askary. Y supongo que también te diría que fue así como lo hizo mi hermano. Entiendo. Y te cambiaste por el eco en la pequeña fiesta nocturna de Golding Golding. En ese estanque, ¿verdad?

Tom asintió.

—Y una vez subieses por el conducto de ventilación, ¿qué tenías previsto hacer?

—No lo sé.

—¿Cómo? ¿Que no lo sabes? —dijo don Gervase—. ¡PEQUEÑO IDIOTA! —gritó la voz en su cabeza—. ¿CÓMO TE ATREVES?

Tom trató de taparse las orejas. El ruido resultaba abrumador, como si fuese un cuchillo caliente que le apuñalase el cráneo...

—¿Y Catcher y Scatterhorn? ¿Te están ayudando en esto?

Tom negó con la cabeza.

—¿No? ¿Nicholas Zumsteen, entonces?

—El no sabe nada.

Don Gervase sabía que el chico no tenía más remedio que decir la verdad... si servía de algo.

—Huir antes de la batalla... Nunca te tomé por un cobarde, Tom Scatterhorn. Arrogante y desobediente sí, pero cobarde no. —Don Gervase hizo una pausa para mirar el caos que se desataba debajo de ellos—. El doctor Culexis estaba en lo cierto, claro, y también Ern Rainbird. Ellos saben muy bien quién eres. Solo tratan de protegerme. Cualquier otra noche no estaríamos montando esta escena. Ya te habría matado sin pensármelo. Pero ahora, por desgracia, es demasiado tarde.

Se volvió y vio al chico acurrucado en la cama, tapándose las orejas.

—Solo faltan unas horas para la batalla de la que intentabas escapar, y ni siquiera yo soy tan insensato como para privar a Scarazand de su valiosa mascota. —Escupió la palabra como si quemase—. Puede que me odien, pero a ti te quieren. Así que tendré que conformarme contigo, chico. Ahora levántate. ¡LEVANTATE!

Tom se levantó, tambaleándose atontado, y se encontró con el rostro escurridizo y pálido del glorioso líder a pocos centímetros del suyo.

—Ahora escúchame bien, Scatterhorn. De ahora en adelante no eres el fideo raquíptico y desagradable que parece ser. Eres algo mejor. Eres el paladín del pueblo. Has ascendido de sus filas, has demostrado ser un gran combatiente. Mañana por la mañana, al alba, serás un ejemplo para ellos. Lo cual significa que harás todo lo posible para protegerme. ¿Lo entiendes?

Tom miró a don Gervase, aturdido y con la cabeza dolorida.

—¿Sí o no?

—¿Por qué ha hecho esto? ¿Qué sentido tiene convertirme en una especie de héroe?

La pregunta irritó a don Gervase más de lo que podía expresar. Y pensar que su destino, ¡su destino!, estaba íntimamente relacionado con aquel odioso chico de trece años...

—Son esos cuadros, ¿verdad?

—¿Cuadros?

—Los cuadros de Betilda Marchmont. Le asusta que ella pudiese haber visto realmente el futuro. Cree que voy a salvarle la vida.

—No tengo la menor idea de a qué te refieres —dijo don Gervase, echándose a reír con aire burlón—. ¿Betilda Marchmont?

—No finja que lo ha olvidado. ¿Por qué, si no, tachó mi cara del cuadro, y también la suya? Tenía que saberlo.

Don Gervase se burló.

—Ah, eso. ¿Crees que doy importancia a los garabatos de una loca?

—Pero esa es la razón de que yo tenga un eco, ¿no? Ese es el motivo. Solo por si es verdad. Lotus estaba en lo cierto. Es usted patético. Pero yo no soy su marioneta. No puede obligarme a morir por usted.

—¿No puedo?

Tom fulminó a don Gervase con la mirada.

—No, no puede, Dorian Rust —gruñó con tono beligerante—. Está solo.

A don Gervase se le congeló la sonrisa. A pesar de todo, Tom percibió que el poder estaba cambiando de manos...

—No pretendas jugar conmigo, Tom Scatterhorn. —El hombre alto entornó los ojos—. Tal vez tengas razón. Tal vez no pueda controlarte como me gustaría. Y si decides no luchar mañana... que así sea. Quédate en la cama. No hay nada que yo pueda hacer. —Don Gervase hizo una pausa que encerraba una amenaza—. Sin embargo, si te niegas a dirigirlos en el campo de batalla, los millones de partidarios tuyos que están ahí abajo quedarán muy decepcionados. Han estado esperando grandes cosas. Si se dan cuenta de que su héroe no es más que un cobarde que tiene miedo de la guerra, de la muerte, en fin... —Don Gervase se apartó de la ventana, y una cruel sonrisa asomó a sus finos labios—. No podré detenerlos. Scarazand puede ser un lugar brutal y salvaje. Te harán pedazos.

Don Gervase fue hasta la puerta y la abrió.

—Piensa en las opciones que tienes, Tom Scatterhorn. Piensa muy bien en ellas.

El glorioso líder obligó a Tom a bajar las escaleras hasta llegar a un oscuro pasadizo. Después de abrir de par en par una puerta de madera áspera, lo empujó al interior.

—Tú —le ordenó al skroll que estaba al fondo—. Que nadie moleste al señor Scatterhorn hasta mañana por la mañana. Doblad la guardia.

—Señor.

Don Gervase le echó a Tom un último vistazo.

—Y hay algo más que deberías tener presente: las gorogonás son criaturas feroces, inteligentes y casi perfectas. No se parecen a nada que hayas visto jamás. Pase lo que pase mañana, te garantizo que necesitarás hasta el último gramo de tu ingenio y astucia solo para sobrevivir. —Don Gervase sonrió amenazadoramente—. Pero, por supuesto, si por casualidad sobrevives... considérate libre. Te libero. Nunca volverás a saber de mí.

Don Gervase cerró de un portazo. Tom escuchó como las pisadas se alejaban con estrépito escaleras arriba. ¿Le creía? Ya no importaba demasiado. Cualquier promesa que don Gervase le hiciera podía no tener ningún valor. Tom se sentó en la cama y los ojos se le inundaron de lágrimas. Enfadado, parpadeó para rechazarlas. Si hubiese

tenido coraje para subir por la chimenea, a esas alturas ya se habría escapado y quizá fuese todo diferente... Pero ¿lo sería? ¿De verdad? Desde el principio se había visto arrastrado por la loca confianza de Lotus, por la audacia misma de la idea, pero cuando se trató realmente de subir por el interior de aquella chimenea, tratando de ignorar el sofocante gas amarillo, el martilleo en su cabeza, la reina que palpitaba abajo... había sido como colgarse en el borde de un rascacielos... No pudo hacerlo. Se había quedado paralizado. Había fallado. Tom Scatterhorn se enjugó los ojos y, por primera vez en muchísimo tiempo, deseó ser solo un chico de trece años normal y corriente, y que ninguna de aquellas increíbles aventuras le hubiese sucedido jamás.

Sin embargo, a Tom Scatterhorn no se le daba muy bien compadecerse de sí mismo durante mucho tiempo. Ya había empezado a distraerse con el contenido de aquella habitación. No tenía la menor duda de que era la habitación de su eco. Pero estaba tan ordenada y arreglada como desordenada y caótica estaba la suya. Había una hilera de zapatos bien colocada debajo de la cama. Unos lápices de colores se encontraban dispuestos en orden sobre el escritorio vacío. Colgaban de la pared otros dos trajes de terciopelo gris marengo, idénticos al que llevaba puesto, pulcros e inmaculados. ¿Quién era su eco? ¿De verdad era como él?

En un rincón, solitario, se hallaba un antiguo ropero, revestido de gruesas bandas de acero. Tom abrió la pesada puerta y se quedó embobado. Allí, enmarcada contra el oscuro espacio, se encontraba la armadura más extraordinaria que Tom había visto jamás. Era la Scarmadura; la reconoció al instante. Metió la mano y tocó su reluciente superficie de color negro y oro. Estaba tibia. Miró con detenimiento los centenares de perfiles puntiagudos que formaban el peto, las complicadas capas deslizantes en torno al cuello, y el yelmo, aún más elaborado que en la pintura de Betilda. La visera, en forma de hocico de lobo, llevaba incrustada una serie de dientes de plata. Tom la alzó un poco y se cerró con un crujido. Tenía dos largas rendijas para los ojos, una pronunciada cresta erizada de pinchos dentados, y a cada lado dos cuernos de color rojo y negro, retorcidos y bruñidos. La Scarmadura era complicada, hermosa, aterradora... Pero no era de adorno. La superficie estaba cubierta de diminutos arañosos y abolladuras. Había sido utilizada en batalla; tal vez en muchas batallas...

De repente, Tom se sintió muy intimidado. ¿Y si su eco no era solo una marioneta hueca? ¿Y si había llevado realmente aquella armadura? ¿Y si había luchado con ella puesta? Tom escrutó la oscuridad y sacó la espada de su vaina con mucho tiento. El puño parecía muy usado, gastado. La hoja estaba equilibrada a la perfección. Tom hizo silbar la espada, cortando el aire con rabia; luego, sintiéndose un tanto cohibido, volvió a enfundarla. Al día siguiente, ocurriera lo que ocurriese, le llegaría el turno a Tom. Apesadumbrado, volvió a colocar la espada cuidadosamente en su sitio y cerró la puerta. Y solo entonces se fijó en el cuadradito de papel doblado que estaba encajado debajo...

21

Verdad absoluta

—Bueno, ¿qué te parece?

—Muy bien. Perfecto. Si no lo supiera, nunca lo habría sabido, no sé si me entiendes.

—Excelente, August. Ahora, si no te importa...

Sir Henry Scatterhorn y August Catcher cogieron una puerta cada uno y cerraron el largo y bajo hangar para barcos. Más allá se extendía el río gris y congelado. Solo una mirada experta habría podido distinguir el perfil de un biplano oculto tras las pilas de sacos y cajas.

—Burdo no tendrá la menor sospecha de que está ahí —dijo sir Henry, cerrando el candado y metiéndose la llave en el bolsillo.

Los dos ancianos se arrebujaron en sus ropas para protegerse del viento y se dirigieron hacia la casita entre los árboles.

—Parece un poco descortés no saludar al menos —dijo August, fijándose en una lámpara que ardía en la ventana del piso de abajo.

—Como dijiste, no podemos hablar con nadie, viejo amigo —susurró sir Henry, sacándose del bolsillo un libro de tablas con las esquinas dobladas—. Vas a tener que estar callado, aunque te cueste.

Sir Henry midió el ángulo de la luna con respecto a una brújula y lo cotejó con una lista de números.

—Maldita sea. —Miró su reloj de pulsera y luego volvió a estudiar las tablas con los ojos entornados—. ¡Por todas las serpientes de cascabel! No puedo creerlo. Lo he vuelto a hacer.

—¿Qué pasa?

—Llegamos tarde.

August sacó su reloj de bolsillo y se lo quedó mirando: eran casi las seis.

—¿Cuánto de tarde, viejo?

Sir Henry lo miró ceñudo.

—Pues una semana entera. Es 23 de diciembre de 1899. ¡Mecachis!

Con una mueca volvió a meterse las tablas en el bolsillo del abrigo.

—Esto es muy, muy irritante. Disculpa. Me temo que sin esa magnetita tuya mi capacidad no es la que debería ser.

—¿La has perdido?

Sir Henry negó con la cabeza.

—Se la di al chico. Pensé que la necesitaba más que yo. No esperaba tener que viajar con precisión.

—No.

—Pero si volviésemos a intentarlo podríamos quedarnos igual. Hasta es muy

probable que acabásemos aún más lejos.

—Desde luego. —August se envolvió mejor en su bufanda para protegerse del viento que le azotaba el rostro—. Bueno, no es un desastre. Ya estamos aquí. No parece que tenga sentido volver a intentarlo. Aunque no podamos presenciar el acontecimiento en sí, sin duda las pruebas seguirán ahí.

—¿Qué quieres decir?

—El bosque. El árbol. El rayo tuvo que dejar algún rastro.

—Claro. Claro. —Sir Henry miró la delgada luna que avanzaba entre las nubes—. Bueno, supongo que no tiene sentido desperdiciar el viaje. Más vale que nos pongamos los patines.

August le sonrió ampliamente.

—Por supuesto. Ya tenía ganas.

Al cabo de un minuto, dos figuras encorvadas emergieron del bosque y se deslizaron en silencio por el río congelado. Iban arrebujaadas en sus ropas de tweed y lana, con pasamontañas tan calados en la cabeza que alguien habría podido tomarlas por un par de árboles de no ser por el largo y elegante roce de sus patines y cierta rapidez en sus movimientos. Ante las dos figuras brillaban las luces de la feria del hielo, cuyos puestos lanzaban destellos rosados y anaranjados contra el cielo nocturno.

—Se me hace bastante raro pensar que en realidad ya estamos aquí —murmuró August—. ¿Puede haber alguna norma acerca de verse a uno mismo?

—Probablemente no sea aconsejable, muchacho. Pero no recuerdo haberme tropezado con un decrepito vagabundo que afirmase ser yo. ¿Y tú?

—Si así fue, no me hizo mucha impresión.

Al cabo de un minuto se hallaban entre los bulliciosos puestos, patinando en silencio entre los vendedores de mazapán con faroles en los sombreros, organillos con monos saltarines, niños riendo y persiguiéndose los unos a los otros, perros tirando de trineos y, en el centro de todo, el castillo de hielo verde, con almenas y torretas incluidas.

—Había olvidado lo divertido que es todo esto —murmuró August cuando alcanzaban la orilla.

Pateando sobre el suelo helado, se quitaron los patines y volvieron a ponerse los zapatos.

—Sí, pero ¿te has fijado?

Sir Henry indicó con un gesto el escaparate de una cerería, más allá de las filas de castañeras situadas a lo largo de la orilla del río. Allí había dos hombres idénticos, de expresión adusta y vestidos con levitas negras, que observaban a la multitud.

—Recuerdo a esos dos... ¡Vaya! Son aquellos médicos, Shadrack y Skink —dijo August.

—¿Son quienes creo que son?

—Desde luego que sí. Los espías de don Gervase. Incluso vinieron a darme

consejos médicos acerca de tu enfermedad.

—Pues mayor motivo para no llamar la atención, viejo amigo.

—De acuerdo.

August y sir Henry observaron en silencio a los dos médicos encorvados, que desaparecieron por un callejón. Luego, tras guardar sus patines en una bolsa, se incorporaron a la marea de gente que avanzaba hacia la feria del hielo. Caminaban con la cabeza tan gacha que apenas se fijaron en otros médicos idénticos que se movían furtivamente entre los marineros, vendedores de naranjas y chicas con aros...

—¡Cuidado, señores!

Se oyó un fuerte tintineo, y un caballo con su carrito salió con gran estruendo de la calle que se hallaba a sus espaldas.

—¡Mi madre! —rugió sir Henry, saltando a la acera.

August intentó seguirlo, pero no fue tan ágil, y antes de darse cuenta se había desplomado en la cuneta. Los dos perros que corrían detrás aguzaron las orejas y lo olfatearon curiosos. Al instante se les erizaron los pelos del cuello y atacaron a August, ladrando y mordiéndole los brazos y las piernas.

—¡Largo! ¡Fuera! —gritó sir Henry, dándoles patadas a los chuchos en vano.

—¡Eso es! ¡Inténtalo, viejo! —exclamó entre risas un grupo numeroso de chavales, disfrutando de la visión de un vagabundo tratando de ayudar a su amigo caído—. ¡Dales una buena paliza! ¡Eso es!

El cochero echó un vistazo atrás y tiró de las riendas.

—¡Footloose! ¡Fancy! ¡Apartaos de ahí! ¡Apartaos!

Pero los chuchos percibían algo extraño en aquellos dos viejos mendigos y persistieron.

—¿Qué hacen todos aquí parados?

Una silueta redonda se abrió paso a codazos entre el gentío y vio a los dos ancianos y a los perros debatiéndose en la nieve.

—¡Marchaos, chuchos asquerosos!

Con un crujido tremendo, la mujer dejó caer el bastón sobre el costado de Fancy, que aulló de dolor. Los chicos gritaron de entusiasmo.

—¡Y toma!

Footloose chilló cuando el bastón le azotó el lomo.

—¡Tenga cuidado, señora! ¡Esos malditos perros son míos!

—¡Pues enséñeles buenos modales! ¡Marchaos!

Footloose y Fancy no esperaron más y se alejaron dando saltitos hacia su amo.

—¡Venid aquí! —exclamó el hombre.

Con un airado vistazo hacia atrás hizo restallar el látigo, y el carrito siguió calle arriba dando bandazos.

—¿Está herido? —preguntó la mujer, ayudando a sir Henry a levantar a August del suelo.

—Estoy bien, gracias. Resulta que voy muy bien acolchado, lo cual ha sido una

suerte, porque... ¡madre mía!

August se quitó la nieve de la cara y vio que su salvadora llevaba un chal oscuro y una pequeña cofia negra. Parecía bastante chiflada.

—¿No lo conozco, señor? —dijo con voz aguda y cantarina.

Ladeó la cabeza y August sonrió sin poder evitarlo. Era la señora Spong, y allí estaban sus cinco hijas alineadas detrás de ella como una hilera de patos.

—No... no lo creo, señora. Acabamos de llegar...

—Hemos bajado del transbordador ahora mismo —intervino sir Henry, señalando en dirección a los muelles—. Somos turistas.

La mirada de la señora Spong iba de una cara arrugada a la otra. Pensándolo bien, aquel otro también le resultaba familiar. Muy familiar... aristocrático, de algún modo. Era evidente que aquellos dos vagabundos no eran lo que parecían.

—Ha sido usted sumamente amable —dijo sir Henry con una sonrisa cortés—. Muchas gracias.

Se inclinó con un gesto formal, y la señora Spong no pudo evitar hacer una pequeña reverencia. Sir Henry cogió a August del brazo y se lo llevó entre la multitud.

—¿Por qué has hecho eso, madre? —preguntó una de las chicas, observando a los dos ancianos que subían colina arriba.

—No lo sé. La verdad es que no lo sé. ¡Qué raro!

Sir Henry y August continuaron cruzando la población en silencio. Poco a poco, conforme subían por el callejón, las casas y la gente empezaron a disminuir, dejaron atrás casitas y campos hasta que alcanzaron las puertas de hierro de Catcher Hall. Había oscurecido más, y el viento parecía soplar aún con más fuerza. No se veía a nadie.

—Supongo que entrar directamente no hará ningún mal —sugirió sir Henry—. ¿Qué opinas?

—Es mi casa, puedo hacer lo que me apetezca —refunfuñó August, y ambos echaron a andar con determinación.

Tras doblar un par de recodos, Catcher Hall apareció ante ellos. Sus luces proyectaban sombras sobre la nieve. August alzó la mirada hasta la estrecha ventana ovalada de la buhardilla, justo encima de la gran puerta principal.

—¿Sabes?, no puedo creer que esté haciendo esto. Eso de ahí arriba es mi taller. Ese debo de ser yo —dijo, señalando una vaga silueta que se distinguía a duras penas al otro lado del cristal.

—Armado con tu flamante telescopio —susurró sir Henry, atrayendo a August hacia las sombras.

Bordearon la terraza hacia la parte trasera de la casa y se detuvieron en el borde del campo de croquet. A la izquierda había un invernadero y un huerto tapiado, y más allá aquel terreno descendía hasta convertirse en un revoltijo de árboles.

—Bueno, ahí está. El bosque. He de decir que esto me resulta de lo más

extraordinario. Como tú dices, esta es tu casa, August.

—Lo sé. Es perturbador, y me quedo corto. Pero ¿por qué otro motivo iba a comprar Askary esta finca? ¿Y por qué otro motivo iba a protegerla desde entonces de una forma tan evidente? Me avergüenza decir que no sé nada acerca de ello.

Sir Henry salió a la hierba iluminada por la luna y se quedó mirando las siluetas negras que se hallaban más abajo. El bosque estaba rodeado de un alto muro.

—¿Cómo entramos?

—Hay una puerta desde el huerto, pero me parece recordar que siempre permanece cerrada. El guarda de caza posee una llave, y hay otra colgada tras la puerta del lavadero.

—¿Tras la puerta del lavadero? ¿Quieres decir que está en la casa?

—Por supuesto.

—August, eso no resulta muy útil.

—No, desde luego.

—¿Por qué tienes tu bosque encerrado bajo llave?

August parecía perplejo.

—Me parece recordar que tenía algo que ver con gitanos que se colaban... chicos que hacían cabañas... No sé, el guarda de caza insistió mucho.

—¿Quién es ese guarda de caza tuyo?

—En realidad, no es un guarda de caza. Más bien es un jardinero y vigilante. Tiene una casita al pie de la colina. Se llama Ralph Rainbird. La familia lleva generaciones aquí.

—¿Ralph Rainbird?

Sir Henry enarcó las cejas. August miró al suelo avergonzado.

—¡Madre mía! No he sido muy observador, ¿verdad?

Sir Henry no dijo nada.

—Pero hay otra entrada... creo. Mi hermana y yo explorábamos un poco cuando éramos pequeños. Puede que sea capaz de encontrarla. Vamos.

Ignorando la mirada de desesperación de sir Henry, August cruzó el campo de croquet, se deslizó por el hueco que había en el seto de tejo y siguió el sendero que bordeaba el alto muro. Allí abajo estaba oscuro, muy oscuro, y, cuando llegaron al pequeño abedul blanco que August buscaba, el árbol casi parecía resplandecer.

—Allí —susurró August, señalando las finas ramas blancas que se extendían por encima de la parte superior del muro—. Solíamos trepar hasta ahí arriba.

—¿Y qué edad teníais la última vez que lo hicisteis?

—Unos ocho o nueve años.

Sir Henry sonrió y sacudió la cabeza.

—Si no fuese tan importante, te diría que no.

—Lo sé. Lo siento.

—Deja de disculparte.

—Perdón.

Al cabo de un minuto, tras mucho maldecir y resoplar, los dos ancianos se encontraron de pie en una zona descuidada invadida por matorrales y malas hierbas.

—Bueno, si alguna vez pensaste que podía ser una selva, August, no te equivocabas —comentó sir Henry jadeante, mirando a su alrededor—. Da la impresión de que nadie ha entrado en este sitio desde hace siglos.

—No lo creo. Aunque mi hermana y yo nunca llegamos muy lejos. Oímos que había una vieja chabola de jardinero por ahí, completamente en ruinas. Nunca la encontramos.

Sir Henry miró los árboles y escuchó. Por encima del sonido del viento había otra cosa. Ladridos y rotura de ramas... Se estaba acercando.

—¿Ralph Rainbird es un hombre receloso?

—Hummm... Supongo que sí.

—¿Tenía tres perros?

—¿Por qué?

—Bueno, alguien viene colina arriba. Con tres perros.

—¿En serio?

—Sí. En serio —dijo sir Henry, escuchando con atención. Los ladridos parecieron sonar a sus espaldas y luego hacia delante, dando la vuelta—. Sospecho que es él. Nos ha oído y viene a investigar.

Siguieron a ciegas, ignorando la maraña de zarzales que se les enganchaban en los sombreros y les desgarraban los pantalones, abriéndose paso a través de la confusión de troncos podridos y ramas muertas.

—¡Mira! —dijo August de pronto.

Algo se precipitaba entre los árboles que se hallaban ante ellos. Una sombra corría...

—Es uno de ellos. Quédate detrás de mí —susurró sir Henry con firmeza.

Sin pensar, siguió adelante, hacia los sonidos. Al cabo de un minuto llegaron al margen de un pequeño claro ovalado. Los perros ladraban a la izquierda.

—No pasa nada, el viento no les lleva nuestro olor —dijo sir Henry jadeante, parándose entre las sombras—. ¿Crees que eso podría ser la chabola de la que oísteis hablar tu hermana y tú?

August miró con detenimiento la maraña de sombras azules y negras, y vio el vago perfil de un tejado y los restos de lo que pudo haber sido una chimenea. La estructura entera estaba cubierta de hiedra, y un árbol se había desplomado encima.

—Podría ser. No lo sé. —Se encogió de hombros, confuso—. Me avergüenza decir que no la había visto nunca en mi vida.

Sir Henry sacó su pequeña libreta y rebuscó entre las últimas páginas.

—El conducto de ventilación no es un agujero... —susurró—. Está escondido en un árbol, cerca de la chabola en ruinas. Eso es lo que el eco le dijo a Tom. No dice en qué lado, pero esas son sus palabras exactas.

Permanecieron unos momentos en silencio, absorbiendo la atmósfera extraña y

antigua de aquel lugar inesperado. Y entonces se dieron cuenta de que justo al otro lado del claro, oculto a medias detrás de una línea de estrechos pinos, había un gran roble cuyas ramas muertas se alzaban hacia el cielo como una mano.

—Es raro, ¿no? —susurró August, señalando el árbol.

El roble estaba tan destrozado que habían utilizado aros metálicos para sujetar el tronco. No parecía encajar con el resto del bosque. Era muchísimo más viejo, como si fuese el último vestigio de algún lugar secreto y pagano.

—¿Qué piensas?

—Por desgracia, no parece haber sido alcanzado recientemente por un rayo —murmuró sir Henry. Los perros, que se oían cada vez más cerca, avanzaban a través de la maleza y convergían hacia un solo punto—. Pero si hay algo raro los perros lo percibirán. Ven.

Sir Henry y August se metieron entre los matorrales, se dejaron caer detrás de un tronco podrido y contemplaron a los tres sabuesos, que irrumpieron en el claro entre aullidos de excitación. Eran grandes animales de color hígado, todo dientes y encías, y se fueron directamente hacia la cabaña, ladrando de excitación. Luego, uno se apartó de la jauría y, siguiendo su olfato, fue explorando el terreno en dirección al viejo roble. Apenas había alcanzado la base del árbol cuando retrocedió dando brincos, como si el suelo le quemase las patas. Sus aullidos excitados se convirtieron en chillidos de confusión, de alarma... Un silbido agudo atravesó las tinieblas, y un hombre fornido, vestido con un grueso abrigo verde, entró en el claro con gesto airado. Sus rasgos quedaban ocultos bajo la sombra de una chistera. Llevaba una escopeta doblada sobre el brazo.

—¿Rainbird?

August miró a su viejo amigo y asintió con la cabeza.

—¡Apartaos de ahí! —gritó con furia el guarda de caza. Los perros corrieron obedientes hacia su amo, y luego de nuevo hacia el árbol, ladrando de excitación—. ¡Dejadlo!

Ralph Rainbird se aproximó al árbol con precaución y luego observó con una mirada de cólera el bosque que lo rodeaba. No vio a nadie.

—¡Venid aquí! —bramó, y con un silbido se llevó sus perros hacia los matorrales. Su sombrero se perdió de vista entre los árboles.

—Me pregunto cuál es su auténtico trabajo —susurró sir Henry cuando regresó el silencio.

August se quedó mirando el lugar por el que había desaparecido.

—No nos conocíamos demasiado bien.

—Eso ya lo veo. Vamos.

Con cuidado, salieron al claro una vez más y lo cruzaron hasta el viejo árbol que se alzaba amenazadoramente contra el cielo.

—Tienes razón, August, aquí ocurre algo muy raro —dijo sir Henry, observando los aros metálicos casi enterrados bajo la corteza nudosa.

No se veían brechas ni ramas rotas. Pero tampoco crecía hierba a su alrededor. Solo lo rodeaba la tierra desnuda.

—Puede que esté chamuscado por ahí arriba —sugirió August.

—Muy bien.

Sin miedo, sir Henry agarró una rama baja entre sus gruesos guantes y empezó a trepar. August apenas se percató de que su amigo había desaparecido. Estaba mirando con concentración un agujerito negro que se hallaba cerca de la base. Cogió una ramita y la deslizó en el interior. Se oyó un siseo, y cuando trató de sacarla no pudo. La ramita había quedado atrapada. Encerrada.

—Es curioso —murmuró.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó sir Henry desde arriba.

—Me pregunto si esto es un árbol —respondió August al ver que el agujero rezumaba un líquido blanco. Con cuidado, recogió una gota con el dedo: olía vagamente a pelo quemado—. ¿Tienes los guantes calientes?

Sir Henry se detuvo sin aliento y se miró las manos.

—Sí, bastante —dijo, examinando sus dedos. El cuero de sus guantes parecía fundirse—. ¿Por qué? ¿Qué es?

—Debe de ser un mecanismo de defensa... —murmuró August—. Y probablemente no sea el único. ¡Creo que no le gusta tenerte ahí trepando! —exclamó.

—Pues ya casi estoy —respondió sir Henry, echando un vistazo a las ramas superiores. Justo encima de su cabeza había una gran hendidura desde la que las cinco ramas muertas subían hacia el cielo—. Vamos, muchacho.

August no necesitó que le insistieran. Agarró la misma rama baja y empezó a trepar hasta el lugar en el que se hallaba sir Henry.

—No le gustamos nada —comentó August, resoplando y mirando como el ácido devoraba sus mitones mientras subía.

—Aquí.

Tras agarrarse a su mano, August trepó con dificultad hasta que se hallaron uno junto al otro en el centro del árbol. La hendidura formaba una amplia plataforma, plana como la palma de una mano. No había indicios de que el árbol hubiese sido alcanzado por un rayo.

—¿Nos habremos equivocado de árbol? —murmuró sir Henry, sentándose en el gran leño circular del centro.

Años atrás, ese leño pudo formar el enorme tronco principal, pero era evidente que lo habían cortado o se había caído, y entonces la corteza había formado una cúpula poco profunda encima de la parte superior de la cicatriz. August se rascó la cabeza.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco —dijo sir Henry, tamborileando con los dedos sobre el leño—. Aquí no hay nada.

—Espera —dijo August, mirando los dedos de sir Henry—. Vuelve a hacer eso.

—¿Qué?

—Eso. Me refiero a lo que acabas de hacer con los dedos.

Sir Henry hizo caso a August y ambos escucharon. La corteza sonaba hueca. Se apartó de ella y la miró asombrado.

—¿No creerás que...?

August asintió con la cabeza. Sus ojos lanzaban destellos.

—Desde luego que lo creo. Es una tapa. Mira. —Señaló las seis delgadas rugosidades que corrían por los costados del leño hasta unirse en el centro—. Se abre como los pétalos de una flor.

—¡Qué ingenioso! —murmuró sir Henry, reconociendo de pronto el objeto como lo que era—. Pero está cerrada.

—Me da la impresión de que este árbol ha percibido que trepábamos. Puede que en cuanto lo hemos tocado se haya activado el mecanismo de defensa. Es totalmente plausible que el conducto de ventilación posea un dispositivo así para mantenerlo oculto.

Sir Henry se levantó y se rascó la cabeza.

—Pero si esta tapa cierra la chimenea principal, el gas debe de seguir escapándose por algún sitio...

—Claro que sí... ¿No lo hueles? —Se quedaron quietos, percibiendo el olor a azufre que impregnaba el aire—. Creo que sale de las ramas; probablemente son todas huecas. Los escarabajos deben de haber taladrado agujeros minúsculos en ellas.

Sir Henry se maravilló ante lo ingenioso que resultaba todo aquello.

—Así que en realidad no es un árbol: es un gran pulmón. Y me imagino que está esperando a que bajemos para volver a abrirse —dijo, dándole una patada a la cúpula.

—Cosa que no tardaremos en hacer, por culpa del ácido.

Sir Henry se miró los guantes. El cuero estaba casi quemado.

—¿Crees que todo esto es idea de Askary?

—Debe de remontarse a mucho tiempo antes, muchacho. Esta chimenea es fundamental para la existencia de Scarazand. Ha evolucionado a lo largo de los siglos, creciendo como cualquier otro árbol, haciéndose más grande a medida que lo hacía la reina. Es un disfraz perfecto.

A sir Henry le costaba contener su frustración.

—Si hubiese alguna forma de forzar esta maldita cosa... Si tuviese un hacha o un mazo, estoy seguro de que podría quitar esta tapa. Entonces podríamos ir a buscar unos fuegos artificiales, o pólvora, o...

—No serviría de nada. Es demasiado grande. Sería como atacar a un elefante con una cerbatana. —August se levantó y miró la cúpula con aire reflexivo—. Un bonito rayo habría sido realmente perfecto. En un segundo habría atravesado este conducto de ventilación, habría perforado el cuerpo gordo y carnoso de la reina y habría encendido el gas. La reina habría soltado ese grito colosal y Scarazand se habría

derrumbado. Así de fácil.

—«Algo más grande que una bomba.»

—Exacto.

—Pero nunca caen dos rayos en el mismo punto, ¿verdad? —masculló sir Henry, alzando la voz exasperado—. Y, francamente, ¿cómo sabemos siquiera que alcanzó este árbol? Esta tapa parece intacta. Creo que Arlo Smoot no pudo oírlo bien.

August hubo de reconocer que sir Henry estaba en lo cierto. No tenía sentido. Se agachó y examinó una vez más la corteza que rodeaba la cúpula. En la oscuridad era casi imposible de saber, pero le pareció distinguir un bulto irregular que salía de ella y bajaba por el tronco. ¿Era aquello la marca del fuego? ¿Una quemadura? Podría haberlo sido... Restos de líquido blanco seguían rezumando de la herida.

—Salvo que otra cosa absorbiese la fuerza del rayo —susurró—, lo cual, por supuesto, habría activado el mecanismo y cerrado la cúpula.

Sir Henry miró a su viejo amigo, que pasaba el dedo por la línea de la corteza.

—Me he perdido, August.

—Tal vez tengas razón. Tal vez el rayo no alcanzó este árbol directamente.

—¿No lo hizo?

—Directamente, no. Tal vez alcanzó a alguien que se escondía en este árbol aquella noche. Y tal vez este árbol se haya reparado él solo.

Sir Henry se quedó aún más perplejo.

—Pero ¿quién diantres iba a esconderse en este árbol?

—Recuerda de qué noche estamos hablando. El 15 de diciembre de 1899.

August se levantó y sonrió al ver la confusión de su más viejo amigo.

—No puedes estar hablando de Tom Scatterhorn.

—Por supuesto que no. Pero ¿y si había otro chico en Catcher Hall aquella noche, alguien que respondió a mi anuncio para contratar a un ayudante de taxidermista? ¿Y si también se llamaba Tom?

Sir Henry soltó un bufido.

—¿Tom? ¿Por qué Tom?

—Porque mientras él estaba sentado en la cocina, calentándose los dedos de los pies, esperando para verme, Tom Scatterhorn apareció de pronto en el piso de arriba, tras retroceder en el tiempo desde su época hasta esta, y todos creímos que eran la misma persona.

Sir Henry se rascó la cabeza.

—Pero ¿es eso lo que pasó?

—No lo sé, pero de lo que no cabe duda es de que aquella tarde Agnes Cuddy, mi ama de llaves, y el pequeño Noah se encontraron con Tom Scatterhorn en el rellano del piso de arriba. Lo enviaron a mi taller, donde yo lo estaba esperando. En ningún momento se me pasó por la cabeza que fuese otra persona. Tom Scatterhorn entró en el pasado sin más, como si fuese lo más natural del mundo.

Sir Henry se quedó desconcertado.

—Entonces, ¿quién era ese Tom, y cómo acabó escondiéndose en este árbol?

August se paró a pensar.

—Si había visto mi anuncio en el periódico, podría ser cualquiera. Un chico del pueblo, un gitano venido para la feria del hielo...

¿No es verdad que Dragonport está lleno de extraños? Y en cuanto a subirse a este árbol... —August se encogió de hombros—. Puede que en realidad no quisiera el empleo y solo buscara una excusa para entrar en la casa a robar algo. Y, suponiendo que se tratase de eso, esperó a estar a solas en la cocina y se metió en el bolsillo algo pequeño y valioso que no llamase mucho la atención, quizá unos cubiertos de plata. Luego salió corriendo al jardín y saltó el muro como hemos hecho nosotros, pero en lugar de encontrar el camino hasta el fondo se perdió entre estos matorrales. Ralph Rainbird se enteró de su presencia, así que decidió esconderse en el mayor...

—Pero eso es una coincidencia extraordinaria —interrumpió sir Henry, exasperado—. ¿Y el ácido? Se le habría fundido la piel.

—No tuvo por qué entretenerse. Lo único que tuvo que hacer fue trepar, lo cual hizo que se cerrase la tapa... y luego cayó el rayo.

—El chico debió de morir en el acto y salvar Scarazand de forma involuntaria. —Sir Henry se miró los guantes humeantes con expresión disgustada—. Bueno, es una pasada de historia. Y si es cierta yo diría que el rayo acabó con sus sufrimientos.

August guardó silencio. Imaginaba a aquellos perros ladrando abajo, el chico quemándose los dedos y los pies, sin poder subir ni bajar.

—Pero ¿no te contaron nada de todo eso en aquella época?

August sacudió la cabeza.

—Es evidente que no. Pero, claro, me parece que no me contaban gran cosa acerca de nada.

—Sospecho que habría un motivo para eso, viejo. —Sir Henry sonrió irónicamente—. En aquellos tiempos tenías la cabeza llena de preocupaciones más elevadas. Paisajes, exposiciones, elixires de la vida... Pasabas tanto tiempo en aquel taller tuyo disecando bichos que dudo que supieras siquiera el día que era.

—Eso no es cierto. Llevaba un diario muy meticuloso.

—Pero estabas bastante obsesionado, viejo amigo. Eras un poco raro y muy ingenuo.

August pareció sorprendido y también un poco ofendido.

—¿De verdad?

—Sí, me temo que sí. Y si, como tú dices, había un chico escondido en ese árbol, entonces no me extrañaría nada que Rainbird se deshiciera discretamente del cadáver sin decírselo a nadie. No quería que los policías vinieran a fisgonear, y menos aquí abajo. Seguramente su trabajo consiste en vigilar esta maldita cosa. Aunque cabe preguntarse por qué no vino nunca la familia del chico a hacer preguntas. Lo normal habría sido que se percatasen de su ausencia.

August no dijo nada. Aún le dolía pensar que habría podido evitar aquella

tragedia, si era eso realmente lo que había sucedido.

—Tal vez deberíamos hacer una visita al cementerio antes de que esta dichosa cosa nos derrita vivos —dijo sir Henry, dándole una palmada en el hombro—. Si el chico está en alguna parte, tiene que ser ahí. Y una tumba recién abierta es un buen lugar para empezar, ¿no te parece?

Cinco minutos después, dos ancianos caballeros recorrían con cautela el cementerio situado en uno de los márgenes de Catcher Hill. Ya había anochecido y un espeso manto de nieve cubría todas las lápidas, salvo las más altas.

—¿Dónde crees que lo pondrían? —murmuró August, pateando para combatir el frío.

—A mí me parece que contra el muro del fondo. ¿No es ahí donde acaba la mayoría de los indigentes que nadie reclama?

August asintió con gesto sombrío.

—De acuerdo.

En silencio, pasaron con dificultad por entre los ventisqueros hacia el muro bajo de piedra del rincón más alejado. Allí, tal como sir Henry había predicho, se extendía una hilera de delgadas cruces de madera que asomaban por encima de la nieve.

—«Fletcher, caballero sin domicilio fijo»... «Hannah Drew, pisoteada por un buey»... «Martin Round, se cayó bajo el hielo, nunca se le encontró»...

August quitó frotando la nieve y miró con detenimiento una cruz más grande que las demás.

—«Alice Simkins, Merry Simkins, Patience Simkins, George Simkins, Samuel Simkins, ¡muertos de tifus la misma noche! A la edad de nueve, siete, cinco, tres y un años»... Pequeños desgraciados —murmuró. Los nombres grabados en la madera desnuda empezaban ya a borrarse—. Supongo que no pueden permitirse nada mejor.

Sir Henry no respondió. Había avanzado hacia otra pequeña cruz de madera apoyada directamente contra el muro de piedra. Tras limpiar la nieve con el guante, observó que no llevaba mucho tiempo en el suelo.

—Echa un vistazo a esto.

August se arrodilló junto a él y miró con detenimiento las letras escritas con tinta roja.

—«Muerto por un rayo, 15 de diciembre de 1899. Conocido solo... ¿por Dios?».

—La fecha es correcta. Pero ¿era un hombre, una mujer, un niño, una niña?... —Sir Henry se rascó el mentón—. Diría que es una omisión deliberada. Hasta un gato tiene la dignidad de ser llamado gato.

Los dos ancianos se quedaron mirando en silencio la pequeña cruz de madera. Un viento recio soplaba desde el estuario, formando pequeños ventisqueros en el suelo.

—Podríamos desenterrarlo.

—No seas ridículo —bufó August, horrorizado—. Creo que tiene que ser él, ¿no? Probablemente Rainbird tiró el cadáver a la puerta de la iglesia y luego escribió él mismo esas palabras. Es demasiado anónimo para ser cualquier otra cosa.

Sir Henry sacudió la cabeza con desconfianza.

—He de decir que sigue pareciéndome una coincidencia extraordinaria. Que el chico decidiese refugiarse precisamente en ese árbol y levantarse justo en el instante en que cayó el rayo, llevándose el golpe que habría destruido a la reina... ¿No resulta todo demasiado... certero?

—Escucha, sospecho de las coincidencias tanto como tú —murmuró August—. Pero aquí está la prueba. ¿Cómo lo explicas si no?

Ese chico, fuera quien fuese, un niño abandonado al que nadie reclamó, de cuya ausencia no se percató nadie, es la única razón de que Scarazand siga existiendo.

Durante un rato, se quedaron mirando la tumba en silencio.

—Es una lástima, ¿verdad? —murmuró sir Henry por fin—. Casi cabe preguntarse si no sería sensato, teniendo en cuenta todo lo que pasará a partir de ahora...

—Lo sé —murmuró August—. Si hubiese alguna forma de impedir que trepase a ese dichoso árbol...

—Mejor aún sería convencer a alguien que ya estuviese aquí de romper esa tapa con un hacha, solo para asegurarnos.

—Desde luego.

Los dos viejos amigos se miraron un instante. Cada uno sabía con exactitud a qué se refería el otro.

—Pero eso sería infringir la regla principal. No se puede jugar con el pasado, August, está absolutamente prohibido. Lo cambiaría todo.

August frunció el entrecejo.

—¿De verdad? No veo cómo iba a verse perturbado nada en la superficie. Un chico seguiría llegando a la casa y encontrando el camino hasta el bosque, y por supuesto un rayo seguiría cayendo en ese árbol. Sin embargo, en lugar de alcanzar al chico, exterminaría la vasta colonia de Scarazand que lleva miles de años oculta ahí abajo. No cambiaría nada más.

—Pero ¿y esto? —dijo sir Henry, señalando la tumba—. Alguien va a morir de todos modos, ¿no es así? ¿O estás diciendo que ignoremos eso?

August negó despacio con la cabeza.

—No tendremos que hacerlo, porque me temo que morirá un chico.

—Pero Tom no tiene por qué ser alcanzado por el rayo, ¿no?

—No... pero hará lo que haga falta para destruir Scarazand, sin pensar en las consecuencias. Sabe cuáles podrían ser.

Sir Henry lo entendió. Pero nunca había imaginado que August pudiese ser tan despiadado.

—Es un precio muy alto.

August asintió con gesto sombrío.

—Pero es la única forma de poder destruir Scarazand. Y eso es lo que él quiere, ¿no?

Sir Henry miró la luna moviéndose entre los árboles.

—Pues debemos encontrarlo, traerlo de vuelta aquí, a aquella noche en concreto, para que responda a tu anuncio en el periódico.

—Cosa que, suponiendo que no haya perdido esa pequeña magnetita, debería poder hacer con mucha precisión... a diferencia de nosotros.

Sir Henry sonrió abiertamente; ya disfrutaba al pensar en el reto que les esperaba.

—De acuerdo. Pero hay otro problema, un problema bastante importante: suponiendo que Tom no haya salido ya por ese conducto de ventilación, se dispone a tomar parte en la mayor batalla que se haya librado jamás.

—Oh. Sí. Se me había olvidado. —August enarcó una ceja para crear más expectación—. Pero eso es bueno, ¿no?

—¿De verdad?

—Sabemos exactamente dónde encontrarlo. Porque solo hay un lugar en el que pueda estar.

Lotus y el eco

—Esto es increíblemente irritante.

Lotus Askary tiró la caja de cerillas vacía y se quedó mirando el escaso montón de leña de la chimenea. Aquello no iba a funcionar. La leña estaba demasiado húmeda, no había papel y ella no se atrevía a salir en busca de unos troncos más secos. Lotus se puso de pie y se arrebujó en el abrigo. Se acercó al chico, que yacía tumbado en el sofá. Tenía un gran cardenal en la frente, pero seguía profundamente dormido. Eso ya era algo. Miró hacia la caseta del guarda, donde estaba aparcado el coche de policía, una silueta gris contra la nieve. Varios agentes habían estado yendo y viniendo en el transcurso de la tarde, pero nadie había registrado todavía la buhardilla del castillo de Marchmont. Lotus esperaba que las cosas siguieran así. Había escogido aquel viejo trastero porque había una llave en la cerradura que funcionaba y había una ventanita que daba al tejado en la parte trasera. Y si venía alguien a buscar allí había muchos objetos tras los que esconderse. En efecto, la habitación estaba atestada de cajas para embalaje, baúles, viejos juguetes, casas de muñecas... Todo ello extendido por el suelo y por la cama de dosel.

Tras apartar una cabeza de zorro apolillada, Lotus se dejó caer en una butaca y miró con enfado las colinas cubiertas de nieve, al otro lado de la ventana. Tenía que reconocer que no había reflexionado. Había invertido toda su energía en conseguir que Tom ocupase el lugar de su eco, y una vez logrado no sabía qué hacer. No podía matarlo, porque matar a los ecos debilita al original: eso era lo que decía siempre todo el mundo. Pero tenía que quitarlo de en medio para evitar que lo estropease todo. Por eso, de mala gana, Lotus había esperado en la cueva hasta que se apaciguó el jaleo en el estanque, luego había llevado al chico hasta el jardín y a continuación hasta el castillo de Marchmont. Había sido una tarea agotadora, pero sabía que no podía quedarse allí mucho tiempo. Tenía que averiguar de algún modo si Tom lo había conseguido o no... pero ¿cómo? Enfadada, Lotus se mordió las uñas, ajena a los dos grajos que la contemplaban desde las almenas. Aquello era ridículo. No lo había meditado bien...

—¿Dónde estoy?

Lotus Askary giró sobre sí misma y vio al chico, que se había incorporado en el sofá y parpadeaba con aire aturdido.

—En el castillo de Marchmont, en Escocia.

El chico pareció conmocionado al oír otra voz. Se volvió y vio a una chica esbelta y morena que balanceaba los pies con impaciencia en una butaca situada junto a la ventana. En la penumbra solo distinguió su cara ancha y pálida, y sus grandes ojos verdes. Parecía una muñeca. Una muñeca muy irritada.

—¿Quién eres?

—¿No me reconoces?

El eco se la quedó mirando unos instantes y se palpó el gran cardenal de la frente. Recordaba vagamente que se lo había hecho ella.

—Estabas en ese estanque...

—Así es.

La chica se levantó y caminó hacia él como una bailarina. El frío estaba activando la mente del eco.

—Tú eres la que me secuestró.

—¡Vaya! ¡Mira que eres listo!

—¿Por qué? ¿Quién eres?

—Me llamo Lotus Askary.

El chico se quedó estupefacto por un momento. Lotus pareció complacida por esa reacción.

—Eso es. Lo-tus Askary. ¿Has oído hablar de mí?

El chico sabía exactamente de quién se trataba. Buscaban a Lotus Askary por todo el mundo, y por muy buenas razones...

—Eres una traidora.

—¿De verdad?

—Estás ayudando a Nicholas Zumsteen. Te fugaste de la cárcel y conspiras contra nosotros. Eres una traidora.

Los ojos oscuros del chico le sostuvieron la mirada. Lotus reconocía de sobra esa ira obstinada.

—¿Y quién te ha dicho eso?

—Tu padre: don Gervase Askary.

Lotus se situó delante de él con una sonrisa burlona en los labios. El eco intuyó que aquella chica podía ser peligrosamente impredecible.

—No te saldrás con la tuya, ¿sabes?

—Ah, ¿no?

—No si yo puedo evitarlo.

—¿No si tú puedes evitarlo?

—Soy Tom Scatterhorn. Fui elegido para defender Scarazand.

—¿Defender Scarazand? Pareces muy importante, pero ahora no estás defendiendo gran cosa, ¿verdad? —Lotus percibió que la ira del eco iba en aumento, y eso le agradó bastante—. Te diré exactamente lo que eres: una pálida imitación de un chico normal y corriente, que se encontraba en el lugar adecuado en el momento equivocado.

El eco la miró con furia.

—No lo soy.

—Desde luego que lo eres. Conozco al auténtico Tom Scatterhorn, ¿sabes? Y tú también lo conociste, en ese estanque. De hecho, te encontraste cara a cara con él. Aunque quizá tu diminuta mente de eco lo haya olvidado ya. —Lotus echaba fuego

por los ojos, incapaz de contener el veneno que sentía—. Y pensar que tú, tú, un simple eco, pudo ocupar mi lugar...

Fue difícil saber quién se movió primero, de tan deprisa como ocurrió todo. En el instante siguiente el chico se abalanzó contra Lotus como un animal salvaje. Dando volteretas por la habitación, la chica escapó por poco, pero el eco corrió tras ella a toda velocidad y, tras agarrar el palo de una escoba, se lo arrojó como una jabalina. Lotus se agachó y el palo se estrelló contra un cuadro que estaba justo detrás de su cabeza, haciendo añicos el cristal. Con un siseo irritado, la chica echó a correr y le lanzó una patada al pecho, pero el eco fue demasiado rápido: se metió rodando debajo de la cama y cogió apresuradamente un viejo palo de golf que estaba allí. En cuanto Lotus aterrizó, el eco lo balanceó hacia el pecho de la chica, que se echó atrás justo a tiempo. Desconcertada por la habilidad del eco, Lotus agarró otro palo de golf y lo obligó a retroceder por la habitación, alrededor de las cajas y por encima de la cama, hasta acorralarlo en un rincón. Sin embargo, justo cuando se disponía a atacar, él cogió del suelo un cable, le azotó los pies y la envió al suelo de un porrazo. A punto de metamorfosearse de irritación, Lotus rugió y saltó hasta la lámpara, desde donde se balanceó y se estrelló con fuerza contra el pecho del chico. En un segundo lo tenía sujeto al suelo con las rodillas.

—No eres malo... para ser un eco —dijo jadeando ella—. ¿Has tenido suficiente?

—Casi —masculló él con los dientes apretados.

Al instante, Lotus se encontró volando hacia atrás y chocando contra la butaca volcada. La cabeza del zorro le cayó en el regazo. Durante un segundo se quedó quieta, respirando con fuerza. El chico ya volvía a estar de pie y preparado para más. Ninguno de los dos se movió. Lotus tenía los ojos brillantes de emoción.

—¿Quién te ha enseñado a hacer eso?

—No es asunto tuyo —dijo él, frotándose la muñeca—. Me han entrenado para enfrentarme a gente como tú.

Lotus se limpió un hilo de sangre del labio.

—Ya lo veo. Aunque no te me has enfrentado. Te he secuestrado.

—Pero no puedes impedir que me escape.

—Pareces muy seguro.

—Lo estoy. No podrás. —El chico miró por la ventana hacia el paisaje, que se volvía cada vez más oscuro. El coche de policía había desaparecido—. En cuanto anochezca, me vuelvo a Scarazand. Tal vez te obligue a venir conmigo en calidad de prisionera.

Lotus no dijo nada. Se puso de pie y se alisó la ropa mientras comprendía que, por desgracia, el eco de Tom estaba en lo cierto: iba a ser muy difícil impedir que se marchara. Podía parecerse a Tom Scatterhorn, pero el Tom que ella conocía nunca habría podido luchar así. Iba a tener que pensar en otra cosa para retenerle allí... y deprisa.

—¿Por qué me has secuestrado? ¿Qué sentido tenía sustituirme por otro?

Lotus no respondió enseguida. Se preguntaba de qué lado estaba aquel chico.

—El verdadero Tom Scatterhorn tiene algo muy importante que llevar a cabo. Es una cosa que tú, como eco suyo, nunca habrías podido hacer.

—¿Qué es?

Lotus hizo una pausa. Tal vez debería confiar en él...

—Va a destruir Scarazand.

El eco sonrió de oreja a oreja.

—Así que es eso. Ahora lo entiendo.

—No entiendes nada.

—Cuando lo agarré del brazo en ese estanque, percibí que trataba de hacer algo imposible. Era obvio. Lo noté.

Lotus observó al chico con mucha atención, intentando averiguar si le decía la verdad. Había oído hablar de esos fenómenos, conexiones eléctricas inconscientes entre ecos y sus originales.

—De acuerdo, quizá fuese obvio para ti. Pero esa es la razón de que haya ocupado tu lugar. Tom va a subir por el conducto de ventilación utilizando la misma ruta que Nicholas Zumsteen.

—Cosa que está completamente prohibida. ¿Y luego?

—Vamos a destruir a la reina. A hacerla explotar. Lo tenemos todo planeado. Pero no esperes que te lo cuente.

El eco sonrió un poco.

—Estás mintiendo. Pero no importa, porque Tom nunca conseguirá subir por la chimenea.

Lotus soltó una carcajada.

—¿No?

—No. Porque no soporta las alturas.

—Y supongo que también percibiste eso, ¿no es así?

—Una vez me hicieron subir por el hueco del ascensor de Scarazand . No pude moverme.

Lotus echaba humo por las orejas. Sabía que enfadarse con aquel chico no serviría para nada. Además, era posible que estuviese diciendo la verdad... Hubo un momento de incómodo silencio. Lotus decidió cambiar de táctica.

—Así que eres luchador profesional. No eres malo. De hecho, podría reconocer incluso que eres muy bueno. ¿Combatiste como gladiador en el estadio?

—Nunca lo hice, pero es ahí donde empecé —respondió el eco con sequedad—. Era aprendiz. Me dedicaba a afilar espadas, limpiar el material, hacer pequeños números en los espectáculos... No era especial, ni tampoco era el mejor... Solo era otro luchador, como todos los demás. No nací con suerte como tú.

—Pero acabaste teniendo suerte —replicó Lotus, sonriendo con satisfacción e ignorando la pulla—. Mucha suerte. ¿Por qué supones que fue?

El chico se encogió de hombros. Había que reconocer que parecía sinceramente

confuso.

—No lo sé. Un día don Gervase bajó a ver cómo nos entrenábamos. Cuando acabamos me llevó aparte y me dijo que quería ascenderme. Y no solo eso, quería que aprendiese a comportarme... que aprendiese a convertirme en un líder. Dijo que organizaría unas cuantas batallas en el estadio para que las presenciase el pueblo. Por supuesto, las gané. Pero con la pelota-escarabajo de mi lado no podía perder, ¿verdad?

El chico sonrió avergonzado, y por primera vez Lotus sonrió también. No le costaba imaginar al auténtico Tom diciendo eso, con su estilo extrañamente pudoroso. Pero era evidente que ese eco no tenía ni idea del oscuro plan que había detrás de todo aquello. Ignoraba que el único propósito de su corta vida era defender a don Gervase hasta la muerte en aquella gran batalla con las gorogonás, llegara cuando llegase, y que después seguramente le darían muerte. Parecía una lástima decírselo.

—Así que te convertiste en el nuevo héroe de la revolución —dijo ella con una sonrisa—. En el defensor de Scarazand. Menudo honor.

El chico se encogió de hombros.

—Era lo que él quería. Fui a vivir al palacio. Me entrené, me entrené y me entrené... Eso fue todo.

En el exterior ya casi estaba oscuro, demasiado oscuro para ver las sombras de los grajos que se reunían en los árboles.

—¿Y le importó a alguien que te hubiesen ascendido así? Aparte de mí, por supuesto.

El chico asintió.

—Desde luego: al doctor Culexis le importó.

—¿Al doctor Culexis? —Lotus se paró a pensar en el hombre al que había visto junto al estanque—. ¿Bajo, pulcro, con un bigote fino y zapatos brillantes?

—El mismo.

—¿No trabajaba en el Ministerio para Venenos?

—Sí... antes. De algún modo, Culexis se las ingenió para salir de aquello y ponerse a escribir artículos para el periódico, y luego todo el resto de la propaganda. Yo tenía que fingir que era cierto lo que escribía. Es muy repelente. Nunca le caí bien.

—¿Por qué no?

El chico inspiró hondo. No sabía muy bien por qué estaba diciendo todo aquello, y menos a Lotus Askary. Nunca había hablado de ello con nadie.

—Creo que en el fondo le daba envidia que el glorioso líder me hubiese ascendido. Jamás lo comprendió. Ern Rainbird y él componían el círculo restringido de don Gervase. Tenían tareas especiales de las que nadie más estaba enterado. Rainbird era un matón, aunque bastante inofensivo. No se preocupaba demasiado por mí. Pero Culexis...

—¿Qué pasa con él?

—Me dieron una armadura. Era de los viejos tiempos, la había llevado cientos de años atrás un gran guerrero que llegó a ser el primer rey de...

—Lo sé, la Scarmadura.

—Culexis estaba obsesionado con ella. Siempre me estaba diciendo lo famosa que era, lo valiosa que era, el gran honor que suponía para mí llevarla. Era evidente que no creía que yo fuese digno de ella. Quiero decir como eco.

—Tiene razón —dijo Lotus secamente—. Quien lleva la Scarmadura garantiza la lealtad de todos y cada uno de los híbridos de Scarazand. Es un famoso símbolo. Nunca me permitieron tocarla siquiera.

El chico hizo una pausa y se preguntó si debía continuar. Estaba claro que se trataba de un tema delicado.

—Tenía la sensación de que algún día me la quitaría, de que se ocuparía de que se la diesen a alguien más merecedor de ella.

—¿Y cómo podía hacer eso?

—No lo sé. Le importaba tanto...

Lotus miró por la ventana con la frente fruncida y vio su propio reflejo. ¿Qué posibilidades había de que Tom supiese algo de aquello? Ninguna...

—Sería mucho mejor para Tom que no tratases de volver a Scarazand esta noche —dijo Lotus en voz baja—. Soy consciente de que eso puede resultar duro, dadas tus lealtades, pero, en cuanto don Gervase se dé cuenta de que has sido sustituido, Tom no tendrá ninguna posibilidad. Allí no. Será castigado... severamente.

—¿Quieres decir que lo matarán?

—No, no lo matarán. Porque, cuando muere un original, el eco muere también. Y don Gervase te quiere vivo. Por eso mantuvieron a Tom vivo en una prisión, para que tú pudieses ir a vivir al palacio.

Por un momento, el eco no dijo nada. Parecía confuso.

—Pero yo no elegí ser secuestrado. Si me llama tengo que ir. No puedo elegir.

—Pero no te ha llamado aún, ¿verdad? —Lotus lo observó con atención—. Tal como has dicho, hay una conexión entre vosotros dos; tú la notaste. Así que quizá deberías darle a Tom una oportunidad de hacer lo que debe.

El eco no dijo nada. Se daba cuenta de que sus lealtades se estaban llevando al límite.

—No entiendo por qué quiere destruir Scarazand. ¿Por qué es tan imp... ?

En la oscuridad se oyó un tintineo de cristal.

—¿Es esta? —preguntó una voz áspera—. ¿No? Por todo el fuego del infierno. Prueba la siguiente.

El eco miró a Lotus, que se llevó un dedo a los labios.

—Escóndete —susurró la chica.

El eco obedeció y Lotus se acercó de puntillas y sin hacer ruido a la ventanita que daba al tejado en la parte trasera. Escuchó. Algo daba fuertes pisadas allí fuera...

—Pito, pito, colorito, ¿dónde se esconde? No tengo ni... —¡Oh!

Un ojo enfadado apareció al otro lado del cristal y Lotus dio un salto hacia atrás. La ventana se abrió con un golpecito y la gran cabeza peluda de un águila se metió por ella.

—Buenas noches, doña Caprichosa —masculló—. Echando una siestecita, ¿no?

—Ho-ho-hola. Qué sorpresa. ¿Cómo estás?

—Ahora que te he visto, mal.

—Esto... ¿qué?

El ave emitió un gruñido salvaje y trató de entrar a la fuerza por el estrecho hueco. Al no poder, arrancó con el pico el marco de la ventana problemática y abrió de un cabezazo la otra ventana. Luego se dejó caer dentro de la buhardilla. Miró a su alrededor, enfadada.

—Así que es aquí donde te escondes cuando asaltan el Álamo.

Lotus no lo entendió.

—Cuando Ned Kelly sale del bar.

—¿De qué estás hablando?

—No me digas que no sabes de qué estoy hablando —dijo la gran rapaz con voz áspera, agitando su collar sarnoso—. Esto es Little Bighorn, jovencita. La última batalla de Custer.

Lotus podía estar aterrada, pero hizo todo lo posible por disimularlo.

—Si hablastes con un lenguaje llano sería mucho más fácil.

El ave resopló enfadada. Con una garra aporreó una caja, quitó una silla de en medio de un empujón y se aproximó a la chica con aire amenazador.

—Muy bien, si quieres que te hable sin rodeos iré al grano. Me parece recordar haberte dicho en términos bien claros que cuidases del joven Scatterhorn.

—Lo hice...

—Y me parece recordar que, si no lo hacías, habría terribles consecuencias. Es decir, te arrancarían la cabeza de cuajo.

—Mira, he...

—No me digas que mire, jovencita —rugió el ave, cuyo largo pico casi le tocó el cuello—. Hablaba en serio. Confié en que cuidarías de él. ¿Cómo se dice eso en lenguaje llano?

Lotus se mantuvo en sus trece. La única forma de defensa que había conocido en toda su vida era el ataque. Cruzó los brazos y miró al pájaro con altanería.

—No sé de qué estás hablando. He cuidado de él.

—¡Ah, no te esfuerces! ¿Qué estás haciendo entonces moviéndote sigilosamente por un castillo, fingiendo no estar aquí, cuando él está a punto de participar en la mayor batalla que se haya librado jamás? ¿Hummm? ¿Cómo es que don Gervase Askary está enterado de quién es? Si esas gorogocomosellamen no acaban con él, lo hará otro, con su cajita de venenos. Sí, doña Caprichosa. Yo, la menda, lo sé todo. Aunque al parecer tú no.

La cara pálida de Lotus empalideció aún más. La chica parpadeó insegura.

—Pero eso no es verdad. No puede ser.

—¿No? Hablo el idioma, ¿recuerdas? Parlamento con los que viajan. Las malas noticias viajan muy deprisa —dijo el pájaro, indicando con un gesto la ventana.

Lotus recordó a los grajos de las almenas... Por supuesto... La habían visto, pero...

—Escúchame con atención porque no pienso repetirlo. Hay un gran cráter abierto en los bosques de Siberia, y los escarabajos han construido un paso elevado especial para conectarlo directamente con Scarazand. Todo el mundo está en pie de guerra. Nunca he visto tantos bicharracos, arietes, cañones, catapultas, hormigas explosivas... millones de ellas arremolinadas allí arriba... por no mencionar a todas las personas y medio personas que viven en ese agujero infernal. Están vaciando las cárceles, cerrando los criaderos. Todos se preparan para la última batalla. Sí, así es como la llaman, jovencita, ¡la última batalla! Y adivina quién va a dirigirlos mañana al amanecer. Adivina quién va a cabalgar al frente, junto a ese gusano de Askary nada menos.

Lotus se quedó tan atónita que no supo qué responder. Furiosa, clavó la vista en el suelo: era demasiado pronto, demasiado pronto... pero el momento casi había pasado.

—Debemos ir a sacarlo de allí. Ahora mismo.

—Correctísimo, pero deja de hablar en plural.

El pájaro se cernió ferozmente sobre ella.

—Pero...

—Nada de peros. Es demasiado tarde. Hablaba en serio, jovencita. Puedes convertirte en cualquier dichosa criatura que te apetezca; date por muerta. El desayuno del dingo.

—¿Mañana?

La voz parecía salir directamente del aire. El ave retorció el cuello hacia la silla que estaba junto a la ventana y pudo distinguir una sombra familiar de pie en la oscuridad. El pelo rubio brillaba como una aureola.

—¿Qué es esto? —La rapaz fulminó a Lotus con la mirada—. ¿Qué es esto, una maldita broma?

Lotus negó con la cabeza y carraspeó.

—Este... es el eco de Tom Scatterhorn.

El ave pareció sobresaltarse. Lotus le indicó al chico con un gesto que saliese adonde el águila pudiera verlo. El sonrió nervioso y se adelantó, sin saber con certeza si la enorme rapaz estaba a punto de arrancarle la cabeza de cuajo.

—Este es el chico que debía dirigir ese ejército. Este es el chico que está dispuesto a defender a su líder hasta la muerte.

El águila observó al joven durante un buen rato.

—Vale —dijo al final—. Ya lo pillo. Una copia.

—Sí. —Lotus sonrió tan cortésmente como pudo—. Eso mismo. El eco de Tom.

—Pero eso sigue sin explicar por qué lo dejaste en ese agujero del infierno...

Con frases cortas, Lotus expuso a grandes rasgos los acontecimientos que los habían llevado hasta ese punto. El ave escuchó, sumida en un hosco silencio, murmurando de vez en cuando extrañas maldiciones.

—Así que, en lugar de hacernos pedazos el uno al otro —concluyó la chica—, ¿no sería más sensato que dejáramos de lado nuestra mutua antipatía e hiciésemos todo lo posible para rescatar a Tom?

—No pienso llevarte a ninguna parte, jovencita.

—A mí sola no, por supuesto. Lo llevarás también a él. A nosotros dos, juntos.

Lotus había vuelto a alzar la voz y a adoptar su vieja actitud de mando, y al ave no le gustó ni pizca el cambio de tono.

—¿A vosotros dos? —La gran águila giró en dirección al eco—. ¿Qué tiene que ver él?

—Sabe lo que Tom está pensando. Están conectados. Y si Tom muere... también morirá él.

—¿Es eso cierto?

El chico no sabía muy bien qué decir. Sabía que Lotus estaba tratando de forzarlo a ayudarla, y debido a eso instintivamente quería decir que no... pero no podía negar quién era, y quién sería siempre, más allá de cualquier otra consideración... Era el eco de Tom Scatterhorn.

—¿Ha dicho algo sobre veneno?

—Un rumor. Uno de esos grajos oyó una conversación allí abajo. Parece ser que un tal doctor Culexis y su colega Rainbird piensan que nuestro Tom es un impostor. Pero Askary no quiere saber nada. Así que han decidido ocuparse personalmente del asunto.

—¿Cómo?

El ave se encogió de hombros. El chico miró a Lotus.

—¿Qué? ¿No crees que tratarán de matarlo?

Lotus se encogió de hombros.

—No de forma directa, porque podría resultar difícil —contestó la muchacha—. Es mucho más aconsejable aprovechar la ignorancia de Tom y envenenar la Scararmadura.

—¿La Scararmadura?

—¿Por qué no? ¿No has dicho que es lo que más le importa a Culexis? Sabe que Tom nunca se la ha puesto, así que es el vehículo perfecto. Antes de que Tom adivine que pasa algo, estará encerrado en ella sin poder salir. Es perfecto.

Conmocionado, el eco guardó silencio al comprender que Lotus estaba en lo cierto.

—Pero en semejante día, delante de todo el mundo... Culexis no se atrevería, ¿no?

Lotus observó al chico con frialdad. Su cara de porcelana no era más que una máscara.

—¿En su situación? Yo lo haría. Tomar la iniciativa muestra gran lealtad y devoción. El inteligente doctor Culexis mata al impostor en secreto. Salva la vida de su amo. Se vuelve imprescindible.

—Pero ¿y la batalla?

—¿Qué pasa con ella? A Culexis solo le interesa él mismo.

Algo confuso, el eco miró por la ventana. La nieve resplandecía bajo la delgada luna, dándole al suelo un aspecto luminoso. Si todo aquello era cierto, si algo estaba a punto de sucederle a su original...

—Entonces, debo ayudarlo, ¿no? Debo ir contigo. Si me dejas.

Lotus se acercó al chico y sonrió. Reconocía el fuego de sus ojos negros como el carbón.

—Esperaba que dijeras eso. Gracias. Has tomado la decisión correcta.

Le puso una mano en el hombro. El eco se apartó incómodo.

—Seguro que hay alguna vieja armadura en esta casa —masculló, saliendo al pasillo—. Seguro que hay alguna por algún lado.

El águila se quedó mirando a la chica. Estaba claro que no lo entendía.

—Es un buen luchador. Esta es su lucha. Se ha entrenado toda su vida para ella, para defender a su amo contra esas gorogonás. Eso nos ayudará mucho más de lo que tú crees.

—Vale. Maravilloso. Genial —dijo impaciente la gran ave con voz áspera—. Dile a ese dichoso chalado que se ponga las pilas.

Cinco minutos más tarde aparecieron en el umbral de la buhardilla dos figuras de aspecto extraño.

—¡Oh, ya estamos! Nadie ha hablado de disfrazarse. ¿Cuál de vosotros es el rey Arturo?

—Muy gracioso —le espetó Lotus, que entró en la habitación a grandes zancadas vestida con un viejo peto de acero y una cota de malla.

—Ja» ja!

La siguió el eco, que llevaba una mezcla de piezas de armadura que habrían podido pertenecer a un samurái, con una larga espada a juego. El águila golpeó el suelo con las garras, disfrutando enormemente.

—¿Qué? ¿No hay casco para mí? ¿No? ¿Ni siquiera un par de gafas? Porque yo también tengo que dar el pego, ¿sabéis? Tengo que ir vestida para la ocasión. Es una batalla en toda regla.

—En tu calidad de ave, no creo que llevar gafas y casco vaya a ayudarte —dijo Lotus agriamente.

—Pero ¿y todas sus flechas incendiarias?

—Eso es lo que menos debe preocuparte.

—¿Y las nubes de gas venenoso?

—Las gorogonás son mucho peores.

—¿Peores que los escarabajos que me escupen goterones de espuma venenosa en

el culo?

—Mucho, mucho peor.

El águila dejó de burlarse y miró a la chica con vacilación.

—Bueno, doña Caprichosa, ¿qué sugieres exactamente?

—Según August Catcher, las gorogonás son diferentes, y hablar de ello solo es desperdiciar el poco tiempo que no tenemos. ¿Te pones las pilas?

El ave resopló.

—¡Y yo que me tenía por tonta! ¡En marcha entonces, par de asesinos de dragones!

¿Muerte del héroe?

Estaba amaneciendo, y Tom Scatterhorn se hallaba en el balcón del palacio, completamente vestido y con el elaborado yelmo de pinchos en la mano. Hacía diez minutos que contemplaba fascinado el inmenso boquete negro que había aparecido en la otra pared de la cueva. Parecía que todos los habitantes de Scarazand rebuscasen con desesperación en aquel agujero, que los aspiraba hacia el laberinto como un enorme desagüe. Nunca había visto tantos escarabajos, y la cueva resonaba con un estrépito ensordecedor.

—¡Aclamad todos al defensor de Scarazand!

Al volverse, Tom se encontró con don Gervase Askary, que le sonreía radiante mientras caminaba hacia él con paso decidido.

—Te queda perfecta, ¿no? —preguntó, recorriendo con una mirada de admiración la brillante armadura negra que cubría el cuerpo de Tom.

Tom no dijo nada. Observó que, a diferencia de él, don Gervase llevaba un abrigo de piel de foca, botas negras y un gorro de pieles ligeramente ladeado. Su única concesión a la batalla que se avecinaba era un pequeño revólver metido en el bolsillo.

—Tiene aspecto de salir a patinar.

Don Gervase sonrió. No pensaba dejar que un poco de hosquedad por parte del impostor le estropease el buen humor.

—Puede que lo haga. Tal vez mañana, después de la batalla. —Echó un vistazo al agujero—. Como probablemente habrás adivinado, por ahí se sube a aquel valle. A estas horas, la mayor parte del ejército debería estar allí. ¡Va a ser un gran día! Espero grandes cosas de ti, chico. Todos las esperamos.

—Pues cometen un gran error.

—¡Oh, no lo creo! Lucharás para salvar la vida y, si eso no te motiva, nada lo hará.

Tom trató de ignorar la sonrisa desagradable de don Gervase y vio que aparecía en el balcón otra figura.

—Todo está listo para soltar amarras, señor. Correcto y en perfecto orden.

Ern Rainbird iba hacia ellos como si estuviera en la cubierta de un barco que se balancease entre las olas. A diferencia de su amo, Ern no parecía querer arriesgarse: había cambiado su boina azul y su jersey de marinero por una especie de cota de malla para insectos que lo cubría de pies a cabeza. Llevaba un hacha al hombro y un vetusto macuto a la espalda.

—Listo para la acción, ¿señor?

Asqueado, Tom miró a Rainbird y su ridícula apariencia.

—El joven Scatterhorn se siente muy combativo esta mañana —dijo don Gervase, sonriéndole empalagosamente—, lo cual no es mala cosa antes de una batalla.

—Y que lo diga —respondió Ern sin poder borrar la sonrisa de su cara.

El hombre siguió en silencio a don Gervase, que encabezó la marcha hasta un ornamentado carro situado en un extremo del balcón y subió a bordo.

—Buena suerte, mi señor —dijo Rainbird con una cumplida reverencia.

—Espero que me sigas de cerca. Y también Culexis. Por cierto, ¿dónde se ha metido esta mañana?

—Oh, anoche tuvo que atender un pequeño asunto... Subirá directamente.

—Asegúrate de que así sea.

Don Gervase chasqueó los dedos. La lustrosa libélula de color negro y oro que se hallaba debajo del carro desplegó las alas y empezó a zumbar. El zumbido se hizo más fuerte y al instante estaban volando. Abajo estalló una ovación mientras miles de aviadores subían a sus carlingas y los seguían al interior de la cueva. Tom echó un vistazo al enjambre de criaturas que se alineaban detrás de ellos. Eran idénticas a aquellas moscas de Satán que les habían tendido una emboscada a Lotus y a él en Escocia, aunque estas iban vestidas con magníficas libreas de color oro y negro, llevaban banderines que ondeaban al viento y portaban relucientes armaduras. Era una inmensa caballería de insectos que luchaba por tomar posiciones y cabalgaba hacia la primera línea del frente. Ya no había modo de escapar...

Entraron con gallardía en el agujero negro y atravesaron el laberinto que se extendía a partir de allí. Tom vio una marea compacta de criaturas y hombres, ascendiendo en una fila ininterrumpida hacia un puntito de luz a lo lejos. El ruido de tenazas y los sonidos ahogados de los cantos llenaban la oscuridad.

—Se lo ha jugado todo para vencer —dijo Tom en voz baja mientras sobrevolaban, a toda velocidad y en dirección a la luz, las tropas que avanzaban despacio—. ¿Serán suficientes?

—He vaciado Scarazand. ¿Quién sabe?

Tom trató de interpretar la curiosa expresión de don Gervase. Casi parecía divertido.

No tardaron en alcanzar el círculo de luz blanca, que resultó ser un agujero situado en el fondo de un inmenso cráter. Las empinadas laderas rocosas ascendían en todas direcciones, y equipos de escarabajos y hombres trabajaban frenéticamente para mantener la entrada despejada de la alfombra sofocante de insectos mutilados y rocas que resbalaban desde el borde.

—Entonces, ¿ya ha empezado?

—No, no. Esto no tiene nada que ver con Zumsteen. Se me ha ocurrido que una pequeña escaramuza nos animaría.

Subieron a toda velocidad, sobrevolando las cabezas de hombres e insectos que iban ascendiendo por las empinadas laderas con escaleras y rezones. Una lluvia de rocas caía sobre ellos.

—¿Así que ha organizado esto solo para nosotros?

—Por supuesto. Ellos no lo saben, pero hoy tenemos que divertirnos un poco. De

lo contrario, ¿qué sentido tendría? —Don Gervase saludó con la mano a un aterrorizado grupo de soldados e híbridos que se apiñaban detrás de un saliente—. ¡Bajad la cabeza! —les gritó.

Todos se levantaron y saludaron al instante al glorioso líder.

—¡Que bajéis la cabeza, insensatos!

Una avalancha de piedras cayó encima de ellos, arrastrándolos junto con sus escaleras hasta el interior del cráter.

—Hay gente que nace para morir —dijo, riéndose por lo bajo.

Atónito, Tom se quedó mirando a don Gervase: estaba realmente loco. Siguieron volando cada vez más alto, hacia el borde del cráter. Allí arriba, a pesar de las enormes dificultades, se habían asentado grupos de escarabajos, descomunales como tanques. Detrás de cada uno se refugiaban filas de híbridos, esperando a que se produjese un hueco entre las avalanchas para salir precipitadamente, trepar por las pendientes con dificultad y después echarse sobre las grandes hormigas vítreas que lanzaban rocas desde el borde del cráter.

—Como he dicho, esto es solo una pequeña y alegre diversión —dijo don Gervase con voz atronadora mientras sobrevolaban a toda velocidad el feroz combate que se libraba cuerpo a cuerpo—. Para mantener entretenidos a los rezagados. El ejército principal se encuentra ya allí.

Tom contempló el amanecer invernal y no vio más que un océano vacío de bosques que se extendían en todas direcciones. Sin embargo, cuando bajaron por el costado del cráter y giraron hacia el sol... la vista dejó a Tom sin aliento. Debajo del cráter había un largo y ancho valle manchado de nieve. En él se distinguía un vasto tablero de escaques marrones, y detrás de este unas extensiones que parecían enormes campos de trigo lanzando destellos a la brumosa luz de la mañana.

—Impresionante, ¿no?

La libélula descendió más deprisa, y Tom vio que los campos de trigo eran de hecho alfombras vivientes de insectos, cuernos, colmillos y mandíbulas moviéndose a la vez, y que los escaques que estaban más allá se componían de decenas de miles de híbridos y soldados... Tom empezaba a encontrarse mal. No podía hacer aquello... Los sonidos de los tambores se hicieron más fuertes. De pronto, una gran ovación recorrió las filas.

—Nos han visto —dijo don Gervase con una sonrisa radiante, alzando la mano—. Salúdalos. Hazlo, chico.

El rugido era ensordecedor. Sobrevolaron a toda velocidad los banderines y los estandartes que restallaban sacudidos por la fuerte brisa. Atolondrado, Tom levantó su espada. El rugido estalló a su alrededor.

—Eso está mejor. Vas a tener que acostumbrarte.

En la retaguardia del gran ejército, directamente debajo del cráter, se alzaban nueve torres que formaban una alta empalizada, y fue allí donde aterrizaron. En cuanto tocaron tierra, don Gervase saltó al suelo y un comandante acudió a toda prisa

a recibirlo.

—¿Algún indicio?

—Todavía no, excelencia —contestó el hombre inclinándose—. Ya casi estamos Estos. ¿Quiere usted...?

—Desde luego que quiero. Chico...

Don Gervase le indicó con un gesto a Tom que lo siguiese. Ambos caminaron con paso decidido hacia la torre más cercana. Subieron a lo más alto dejando atrás plantas y más plantas llenas de personal de artillería que se preparaba para la batalla, hasta que salieron a un mirador situado en la cima de la torre. Ante ellos se hallaba dispuesto el poder de Scarazand en perfecta simetría, como un desfile militar, defendiendo las laderas del cráter. Más allá del mar de yelmos y caparazones se encontraba una vacía extensión de tierra de varios centenares de metros de anchura, manchada de nieve, y a partir de ahí empezaban las empinadas pendientes del bosque. Las tropas aguardaban en medio de una ruidosa expectación, de cara al muro de oscuros árboles que se encontraba más allá... Don Gervase chasqueó los dedos, y el comandante le entregó al instante un largo catalejo de latón que su amo dirigió ávidamente hacia los árboles.

—Hummm. —Miró su reloj—. ¿Qué hora tienes?

—Acaban de dar las siete, señor. Hora septentrional.

Al parecer, no eran buenas noticias. Don Gervase cerró el catalejo con un chasquido y frunció el entrecejo.

—O ellos llegan tarde o nosotros llegamos temprano.

—Salvo que estemos en el lugar equivocado.

Don Gervase se volvió hacia Tom con frialdad.

—Solo era una broma.

El glorioso líder optó por ignorar el insolente comentario y le pasó a Tom el catalejo.

—En mitad de esa pendiente encontrarás la cabaña en la que ha estado viviendo Nicholas Zumsteen. Encima, a la izquierda, verás un acantilado largo y bajo. En su base hay unas ringleras de rocas blancas esparcidas por la nieve. No son rocas.

Tom apoyó el ojo en el catalejo, pero apenas había encontrado el acantilado cuando un gran trueno retumbó en el valle. Enseguida llegó otro, como planchas metálicas que se rasgasen mutuamente. Algo bajaba hacia ellos a través del bosque, adquiriendo velocidad mientras descendía, derribando árboles y rebotando en las piedras.

—¡Ah, Caleb, qué predecible! —Don Gervase se volvió hacia Tom con una sonrisa radiante—. Siempre empezaba así cuando jugábamos de pequeños. El gambito de dama. Ajedrez —añadió, sonriendo alegremente y disfrutando con la confusión de Tom—. El primer movimiento de las negras. Peón adelante dos. Siempre.

El objeto salió a la llanura y se detuvo a cincuenta metros del escaque más

cercano.

Tom vio a través del catalejo que se trataba de una gran pastilla ovalada con las dimensiones de un coche. El viento empezó a apartar la nieve y a revelar una superficie cristalina que se hallaba debajo.

—Entonces ¿eso está a punto de convertirse en... una gorogoná?

—Correcto. —Don Gervase miró las legiones de hombres e insectos que observaban en silencio el objeto. Le complacía ver que parecían sentir curiosidad. Miró su reloj una vez más—. Tenemos siete minutos y medio.

—¿Cómo lo sabe?

—Desde que descubrí lo que Nicholas ha estado coleccionando, me propuse averiguarlo todo sobre las gorogonás. Y el huevecito que encontraste ayer en aquel estanque era la pieza final del rompecabezas. Gracias a ti, chico, ya no me queda mucho por saber de ellas.

Don Gervase sonrió de una forma extraña. Tom empezaba a preguntarse si existía algún gran secreto que él desconociese. Desde luego, don Gervase se comportaba como si así fuese.

—Llevarás a la caballería a nuestro flanco derecho. No te muevas hasta que yo te dé la orden. Vete.

Tom vaciló. Vio que el comandante lo observaba.

—Entonces, ¿no voy a formar parte de su escolta?

—Antes quiero que el ejército vea lo que puedes hacer. Quiero que los inspires. Porque lo harás, ¿no es así?

Extendió la mano para recuperar el catalejo. Tom se quedó mirando las legiones de hombres y criaturas que se encontraban más allá, esperando... ¿Acaso podía elegir?

Don Gervase sonrió mientras cogía el catalejo y se inclinó para hablarle a Tom al oído:

—Ni se te ocurra fallarme.

Las palabras se deslizaron entre sus labios como si fueran humo, y Tom no tuvo duda alguna de lo que significaban. Con el corazón acelerado, Tom siguió al comandante torre abajo y a través de la empalizada hasta las murallas que se encontraban más allá. Allí lo aguardaba un escuadrón de lustrosos y negros ciervos volantes. Al instante se adelantó un jinete. Llevaba de la brida una potente criatura negra con la cabeza y los flancos protegidos por una armadura igual a la suya.

—Se encuentra bien, ¿señor?

Era Viola, la chica rapada con cicatrices en la cara a la que había conocido el día anterior.

—No. Lo cierto es que no.

—Es el grande, ¿verdad? No se puede llegar a uno tan grande como este. Vamos, deje que le ayude con eso. —Con un gesto rápido, la chica le quitó de la mano el yelmo y pasó su guante por el interior—. ¡Vaya, se ha dejado el forro de invierno.

Coja el mío; tengo uno de repuesto.

Antes de que Tom pudiese decir nada, Viola se sacó del bolsillo un pasamontañas negro y se lo puso en la cabeza a Tom, que de pronto notó la cara pegajosa y también fría.

—¿Qué...?

—Cualquier insensato puede sentirse incómodo —interrumpió ella, colocando rápidamente el magnífico yelmo en la cabeza de Tom. El escuadrón entero los contempló mientras la chica se ponía de puntillas y apretaba los tornillos del hombro —. Ahora debería sentirse mucho mejor. Ya estamos. Todo listo.

Sosteniéndole el estribo, ayudó a Tom a montar. El se volvió y vio a los dos chicos del día anterior, que lo habían reconocido y que levantaron las espadas a modo de saludo.

—Gracias —dijo Tom cuando Viola le entregó el escudo.

La chica le sonrió radiante.

—Créame, señor, no tiene nada de qué preocuparse, nada en absoluto.

—¿No?

—No si yo puedo evitarlo. Siempre nos hemos ayudado el uno al otro, ¿verdad?

Sostuvo la mirada de Tom unos instantes, y luego, esbozando una sonrisa, le dio una palmada al escarabajo en los flancos. Tom dejó caer la visera y salió trotando entre la multitud, conduciendo a sus tropas hacia el flanco derecho del campo de batalla, que en esos momentos tenía un aspecto parecido a esto:



—Magnífica vista, ¿no es así, excelencia? Magnífica de verdad. ¡Qué día este!

El doctor Culexis había subido a la plataforma y aguardaba obediente detrás de su amo. Si don Gervase se hubiese dado la vuelta, habría observado que, en lugar de vestirse para la batalla, su pulcro e inteligente sicario había fingido el mismo desenfado informal que él mismo, incluyendo la sonrisa satisfecha. Pero el glorioso líder tenía el ojo pegado a su catalejo. El doctor Culexis continuó valientemente:

—Un día en el que se pondrá a prueba el coraje de cada cual, un día para que todos y cada uno de los ciudadanos de Scarazand demuestren quiénes son en realidad. Un día de revelaciones...

—Cállese.

El doctor Culexis sonrió y se ajustó el gorro de pieles. No podía refrenar su entusiasmo.

—¿Dónde está Rainbird?

—Abajo con la caballería, señor. Preparándolo todo.

Don Gervase soltó un gruñido y miró su reloj.

—Según mis cálculos, cinco, cuatro, tres, dos, uno... y otro de propina.

Un fuerte crujido rompió el silencio.

—Ya está.

Al instante, la cáscara de cristal se hizo añicos sobre la tierra helada. En su lugar yacía un rombo alargado que tenía el pálido color amarillo de algo que ha

permanecido mucho tiempo protegido del sol. La gorogoná se sacudió un poco y luego empezó a desplegarse, despojándose de una capa pegajosa para revelar unas grises planchas metálicas y unos anillos de piel grasa. Por último, se alzó una cabeza puntiaguda que parpadeó soñolienta. Parecía una cobra y medía unos treinta metros.

El doctor Culexis se rió burlescamente.

—¿Entonces es solo... solo una serpiente?

—Yo que usted no subestimaría a una gorogoná, Culexis.

La gorogoná se quedó mirando a las tropas apelotonadas que le hacían frente. Tras extender como un paracaídas la capucha erizada de pinchos que tenía en la nuca, la criatura chilló de repente y escupió, echando un largo chorro de veneno que aterrizó sin causar daños ante las primeras líneas. Una carcajada recorrió las filas. Los híbridos empezaron a burlarse y a proferir insultos.

—¿Cuántas de estas gorogonás hay?

—Cuatrocientas, quizá quinientas, escondidas entre esos árboles. Zumsteen reunió dos bolsas llenas.

El doctor Culexis contuvo una risita. Aquello no iba a ser una gran batalla. Había esperado insectos extraordinarios... ¿Quinientas serpientes grandes contra el poder de Scarazand? ¿Qué clase de combate era aquel?

—No se quedará así mucho rato —masculló don Gervase, siniestramente—. Fíjese, está escuchando.

En efecto, los flancos grasientos de la gran serpiente vibraban a un ritmo lento y profundo. El bajito doctor sonrió con sarcasmo.

—Me pregunto lo que puede oír, señor. ¿El viento entre los árboles, tal vez?

—El ritmo de nuestro mundo. El latido de Scarazand.

La gorogoná miró con furia la empalizada, y luego el cráter que se alzaba detrás de ellos.

—Eso es, muchacha. Esa es la entrada.

El doctor Culexis sonrió de mala gana. No podía ni imaginar cómo sabía esas cosas el glorioso líder, pero parecía tener una actitud muy peculiar.

—¿Y Zumsteen puede controlar realmente a esas serpientes?

—Claro que no. Una vez que haya percibido quiénes somos y qué protegemos, nos atacará. Tal vez lo que necesite ahora sea una pequeña provocación.

Durante un minuto entero, don Gervase mantuvo el ojo apoyado en el catalejo, observando embelesado a la extraña serpiente como si estuviese bajo un microscopio, sin percatarse de las quejas impacientes de los hombres y bestias que se hallaban abajo. Desde su montura, Tom se quedó mirando expectante a la enorme bestia. Como todos los demás, no creía que tuviese un aspecto demasiado terrible, y como todos los demás se preguntaba por qué no la estaban atacando ya. ¿Acaso el plan no consistía en ir abatiéndolas una por una? ¿No deberían enfrentarse a ella inmediatamente, antes de que...?

¡ZUM!

Un cohete parecía haber despegado en la oreja de Tom, que salió despedido al instante sobre la tierra blanca y dura. Oscilando peligrosamente en la silla, se las arregló por poco para no caer al suelo, y tras agarrar las riendas tiró de ellas.

—¡Para! —gritó—. ¡Para!

Pero el escarabajo blindado no pensaba detenerse por nada ni por nadie... Tom tiró con todas sus fuerzas de una rienda y luego de la otra, intentando hacerlo girar, pero no sirvió de nada: la cabeza del insecto parecía hecha de acero. A través de las rendijas del yelmo, Tom atisbo hileras de hombres que pasaban rápidamente, gritando de entusiasmo y agitando la espada. Y allí estaba la gorogoná, con la cabeza levantada... Pero olía a humo. ¿De dónde venía? Echó un vistazo hacia atrás y soltó un grito ahogado: estaba arrastrando una rueda en llamas... Alguien había...

—¿Qué está haciendo ese chico? —quiso saber don Gervase.

—Quizá sea alguna vieja táctica de caballería, señor —dijo el doctor Culexis, sonriendo al ver un yelmo gris que corría entre las filas—. O quizá el señor Rainbird haya vuelto a sus viejas bromas. Prender fuego a la cola de los caballos es una especie de tradición familiar.

—¿De qué está hablando?

—Señor, hay algo que debería saber —empezó Culexis—. Ese chico...

Una ovación interrumpió al doctor Culexis, el cual se volvió hacia el campo de batalla. La gorogoná, enfurecida al ver que el escarabajo y su jinete cargaban contra ella, se apartó y escupió un torrente de veneno ardiente. Tom tuvo el tiempo justo para alzar su escudo, pero, en cuanto el veneno salpicó al escarabajo, la criatura, dominada por el pánico, se desplazó con brusquedad y arrojó a Tom al suelo. El doctor Culexis sonrió fríamente y volvió a empezar:

—Como le decía, señor, ese chico, Tom Scatterhorn...

—¿Qué pasa con él? —masculló don Gervase, sacándose de la manga la pelota-escarabajo.

Sus dedos empezaron a danzar por la superficie. El doctor Culexis los observó ávidamente.

—No es quien usted cree, señor.

—¿No?

—No, desde luego que no.

Tom se dio la vuelta, aturdido. A través de las estrechas rendijas de su yelmo vio unos anillos amarillentos que se deslizaban a su alrededor. Entonces, un dolor cegador lo golpeó en la cabeza. Cerró los ojos y se encontró con una fina línea roja en el horizonte que se iba ensanchando...

—¡LEVÁNTATE! —gritó la voz—. ¡PONTE DE PIE Y LUCHA!

Tom tenía la cara sudorosa. Abrió los ojos y se dio la vuelta. Allí, justo delante de él, estaba la cabeza de la gorogoná. Veía sus perezosos ojos grises, su lengua negra que oscilaba con curiosidad sobre la armadura.

Asombrado, don Gervase se quedó mirando al chico.

—¿Por qué no se mueve? ¡Defiéndete cuando te lo ordeno!

Pero el terror del momento ocupaba la mente de Tom, que ignoró los gritos que llegaban de su interior. Sabía exactamente lo que debía hacer. Despacio, alargó las manos hacia la espada y la sacó de su vaina.

—Señor, el chico no es un eco. Es un impostor. Un asesino...

Don Gervase no escuchaba. Sus dedos se detuvieron y miró impresionado la gran serpiente que se cernía sobre el joven caído. ¿Tanto se había equivocado? Aquello no podía estar ocurriendo, aquello no tenía que ocurrir en modo alguno, aquello no...

De pronto, Tom se levantó de un salto. Con ambas manos, clavó la espada en el ojo derecho de la gorogoná y lo arrancó salvajemente. La criatura chilló y retrocedió, apartando la hoja y sacudiendo la cabeza de dolor. Tom tuvo el tiempo justo para retroceder a toda prisa y agarrar su escudo mientras la amplia capucha de la gorogoná se hinchaba, se enrojecía y luego se dirigía hacia él. Una sangre negra manaba del profundo agujero en el que antes estuvo el ojo. De forma instintiva, Tom se agachó justo en el momento en que la bocanada de veneno lo golpeaba con toda la fuerza de una boca de incendios. Antes de darse cuenta, había retrocedido diez metros dando una voltereta. Había perdido el escudo, y el veneno lo prendía todo a su alrededor. Al momento siguiente, Tom volvía a estar de pie y corría hacia la criatura.

—¿Qué está haciendo? —preguntó don Gervase ahogando un grito.

Al cabo de un momento, quedó claro. Tom había descubierto la espada tirada en el suelo y ahora la tenía en la mano. A través de las estrechas rendijas del yelmo pudo distinguir los grandes flancos de la gorogoná que se retorcían hacia él. Sin pensar, clavó la espada en el costado de la serpiente y resistió. La dura carne se deslizó más allá de la hoja, abriendo un corte largo y profundo como un desgarrón en una cortina. La gorogoná volvió a chillar y trató de escabullirse, pero Tom se las arregló para permanecer de pie, moviéndose con ella, agarrando fuerte su espada con ambas manos...

—¡Cuidado! —gritaron los híbridos que se hallaban más cerca, golpeando sus escudos con objeto de llamar la atención de Tom...

Veían la cabeza de la gorogoná que se alzaba detrás de él, ensangrentada, partida, repugnante...

—¡Vuélvete, chico! ¡Vuélvete!

Dentro de su yelmo, Tom estaba en otro mundo. Lo único que veía era aquel muro de carne amarilla que se deslizaba más allá de su espada. Los ruidos sonaban amortiguados, lejanos. Lo que estaba en juego era su propia supervivencia y nada más. Apretó más fuerte, más hondo...

—¡ZUM!

El destello fue inmenso. Al instante, Tom se vio catapultado hacia delante hasta caer al suelo hecho un guiñapo. Una y otra vez, la gorogoná lo atacó con veneno que estallaba en llamas a su alrededor.

—¿Por qué no se levanta? —preguntó una voz entre las filas.

—¡Vamos, muchacho, engaña la otra vez! ¡Sácale el otro ojo!

—¡No dejes que te haga esto!

—¡Mátala!

Los gritos se hicieron más fuertes, pero el chico permaneció inmóvil, acurrucado como un bebé mientras la tierra ardía en torno suyo. Incluso la propia Scarmadura parecía estar en llamas...

—Así que, créame, lo pensé con la mejor de las intenciones, señor —concluyó el doctor Culexis—. Solo pensaba en su seguridad. Y, por supuesto, en la seguridad de Scarazand. Y sospecho que no actúa solo.

Ciego de ira, don Gervase se volvió hacia su sicario.

—Aunque su armadura lo salve ahí fuera, no sobrevivirá una hora.

—¿Qué ha dicho?

El doctor Culexis sonrió exasperado. Resultaba evidente que su amo no había escuchado ni una de las palabras que había dicho.

—La Scarmadura, señor. Está espolvoreada con escarabajos desconcertantes. Yo mismo lo preparé todo, y con la ayuda del señor Rainbird el problema ha quedado resuelto.

Al glorioso líder empezó a darle vueltas la cabeza. Se oyó un clamor ahogado y don Gervase se volvió de nuevo hacia la gorogoná. Algo le había sucedido: se apartaba del chico retorciéndose y tambaleándose, insegura... Con un violento estremecimiento, su cabeza cayó al suelo. Hubo un breve silencio.

—¡Mirad eso!

Los soldados de primera línea señalaron el corte alargado que había en el flanco de la gorogoná. Por él empezaron a salir serpenteando oleadas de pequeñas serpientes negras. Las criaturas se retorcían unas en torno a otras, solidificándose en una masa deslizante que se expandía sin cesar como una criatura primitiva, duplicándose y extendiéndose, cada vez más ancha, en todo el valle...

Los soldados observaban atónitos el espectáculo que se desarrollaba delante de ellos. La primera gorogoná estaba muerta, pero ya había miles como ella, y de los bosques venían más, rodando y rebotando cuesta abajo...

—Conque es eso —murmuró don Gervase, mirando la tormenta que se avecinaba—. Así fue el mundo... Un mundo devorado por los gusanos —añadió con una expresión de extraña emoción. Se volvió hacia el doctor Culexis, que entonces permanecía silencioso—. Un día en el que cada hombre debe demostrar su valor, ¿eh, Culexis?

—Desde luego, mi...

Con una mano, don Gervase cogió al doctor por el cuello y lo sujetó contra el parapeto.

—¿De qué está hecho, Culexis? Dígamelo.

—No comprendo... Mi señor, yo...

—Así que ha envenenado su armadura, ¿no?

—Solo pensaba en protegerlo a usted...

—¿En protegerme a mí? Solo se protege a sí mismo, Culexis. Pero esta vez se ha dejado llevar por la ambición.

El doctor Culexis apenas podía respirar. Sus labios empezaron a adquirir una tonalidad azulada a medida que don Gervase apretaba con el guante.

—¿Acaso cree que no sé quién es ese chico? ¿Es que me toma por idiota?

Daba la impresión de que al doctor Culexis se le iban a salir los ojos de las órbitas.

—Ese chico tiene un objetivo. Por eso está aquí. Tráigamelo vivo ahora mismo, ¿entendido?

—Pero ¿y si...?

—Hágalo. Si quiere seguir con vida.

El doctor Culexis cayó al suelo, jadeando.

—Señor, creo que no voy vestido para...

—Esto es una batalla, no la ópera. Haberlo pensado antes. Márchese ya.

Dolorido, el doctor Culexis se frotó el cuello enrojecido y se fue. Don Gervase miró hacia la esquina de la plataforma en la que aguardaba el comandante.

—Empiece.

El hombre asintió con determinación, y al cabo de un instante la señal corrió como una exhalación entre las filas... Sonaron trompetas, se alzaron estandartes y a continuación empezaron a sonar los tambores...

—Una batalla al final de todas las cosas —murmuró don Gervase, abriendo su catalejo—. Betilda Marchmont tenía razón en algo.

Observó los árboles a lo lejos. ¿Dónde estaba su hermano? Sin duda, observándolo entre las ramas. ¿Tenía idea de lo que había traído al mundo? Por supuesto que no; era tan ingenuo... ¿Y el chico? En mitad de aquel lío grasiento, acurrucado en la armadura chamuscada que lo envenenaba desde dentro. Don Gervase frunció el entrecejo. El simple hecho de pensar en Culexis y Rainbird le hacía montar en cólera, pero debía estar sereno. Los grandes líderes mantienen la calma. No pierden la cabeza aunque otros lo hagan. Algo así.

Instantes después empezaron a avanzar los primeros escaques. Sus vanguardias eran murallas de megalobópteros grandes como tanques, conducidos por híbridos con bastones. Dentro de cada escaque, escarabajos bombarderos corrían detrás de unos skrolls armados con fustas. El ruido era tremendo.

—¡Disparad las bombas incendiarias!

Cubos de aceite en llamas surcaron el aire para aterrizar sobre las gorogonás, que empezaron a retorcerse, silbando y chillando.

—¡Arqueros!

Una nube de agudas flechas cruzó el aire por encima del frente, oscureciendo el cielo. Las gorogonás quedaron partidas por la mitad y clavadas al suelo, pero surgían más para afrontar al enemigo.

—¡Soltad los venenos!

Nubes de moscas de Satán pasaron zumbando desde los flancos, arrastrando tubos de gas verde y amarillo. Volando deprisa y en línea recta, empezaron a dejar caer su mortífera carga sobre la masa plateada. El humo asesino se aglomeraba y arremolinaba en el valle.

—¡A la carga!

Al oír la orden, los megalobópteros de ataque se pusieron a trotar sin romper las filas, y los híbridos que los conducían se subieron de un salto a sus flancos, gritando y golpeando los caparazones con gran estruendo. Entonces las gorogonás levantaron la cabeza al unísono, formando una muralla de capuchas hinchadas y dientes relucientes. Aquí y allá, rojos escarabajos bombarderos se soltaban y avanzaban, ansiosos por ser los primeros en la contienda... y, como una ola rompiendo, impetuosa, contra un acantilado, se metieron de lleno en el combate.

Lo que era un amplio espacio vacío se convirtió en un torbellino de serpientes, insectos y hombres que actuaban por su cuenta. Don Gervase miraba desde la seguridad de su torre, a veces utilizando el catalejo y a veces haciendo girar la pelota-escarabajo. Intentaba dirigir la batalla, pero era imposible saber lo que pasaba. Entre el humo venenoso y el jaleo vio hombres moribundos, moscas de Satán derribadas, gorogonás partidas en dos, escaques avanzando y más serpientes. ¿Qué hacer? No lo sabía. Sentía una extraña desconexión respecto a todo aquello. De repente deseó que Lotus estuviese allí, a su lado. No porque la añorase, claro, sino porque aquello se le daba bien: luchaba en el frente y había encabezado a sus fuerzas contra la Cámara. A diferencia de sí mismo, Lotus se deleitaba con el caos. A él le iba más el crimen: el asesinato premeditado, a sangre fría; el orden y no el caos. En realidad, lo único que le importaba en ese instante era si Betilda Marchmont había pintado la verdad, porque de ser así... Don Gervase miró furioso la vorágine que se desataba ante sus ojos. Era igual que aquel cuadro... Necesitaba que el chico volviese enseguida. ¿Dónde estaba? Allí fuera, enterrado bajo las pilas de moribundos y muertos, oculto entre escarabajos, gorogonás y charcos de aceite en llamas, ajeno a todo...

El día de las serpientes

—Por todos los diablos —silbó el águila—. Esto es digno de verse.

Lotus se bajó del lomo de la gran ave y el eco la siguió. Por un momento no pudieron hacer otra cosa que contemplar el valle que se hallaba a sus pies. Llevaban toda la noche registrando los bosques infructuosamente, pero no habían encontrado aquel lugar escondido hasta el amanecer, cuando empezó el jaleo de la batalla. Allí, bajo los árboles, se extendía un amplio valle cubierto de nieve. En él, una alfombra viviente de gorogonás se lanzaba en oleadas contra las filas apelonadas de Scarazand, las cuales defendían la suave cuesta que ascendía por un ancho cráter situado al fondo. Flechas e insectos, nubes de gas amarillo y cortinas de humo negro invadían el aire.

—¿En serio que Tom Scatt está por ahí en medio? —La gran ave observó la furiosa maraña de criaturas que luchaban—. ¿Cómo demonios vamos a encontrarlo?

—Me parece que estará allí —respondió Lotus, señalando el círculo de torres negras apenas visible al pie de la pendiente—. Dentro de la empalizada. Es el lugar más seguro. Probablemente, al lado de don Gervase.

La rapaz entornó los ojos y miró hacia las torres negras a través del humo. Por todas partes se veían los destellos de las armas de fuego, y alrededor habían levantado un empinado terraplén, desde el cual los arqueros disparaban oleadas de flechas...

—Escucha, jovencita, no soy cobarde, pero tampoco estoy completamente loca. De ningún modo podré llevaros sanos y salvos hasta allí. Lo tenemos muy crudo.

—Pero es ahí donde estará él.

—Pues yo no pienso llevaros. Es un suicidio.

Lotus estaba furiosa, aunque no sorprendida: ya se imaginaba que el águila podía negarse. Hasta ella tenía que reconocer que aquello parecía muy peligroso.

—¿Hay algún plan B?

—Estoy pensando.

—¡Mirad esto! —El eco había dado unos pasos por el sendero y se detuvo junto a un hueco poco profundo en el acantilado—. Creo que he encontrado una.

—¿Una qué?

—Una gorogoná.

Olvidando sus problemas, la gran ave y Lotus acudieron apresuradamente a su lado y atisbaron dentro de la pequeña cueva.

—Uau —susurró Lotus mientras retiraba el hielo y la tierra—. Así que este es el aspecto que tienen... antes.

Dentro del capullo claro había una forma amarillenta bien enroscada en el líquido transparente. La piel tenía matices metálicos y una marca morada en el costado. Podía ser un dragón o una bomba; era difícil saberlo.

—¿Y cómo se convierte en eso un huevo que Zumsteen recogió en una playa? — quiso saber el águila.

Lotus no lo entendía. Sin miedo, acercó la cara hacia la criatura dormida.

—Lo único que sé es que las gorogonás no se parecen a nada. Eso es lo que August Catcher nos dijo, y quizá sea ese el motivo de que Zumsteen las escogiese. Son un residuo accidental de otra época.

—Eso es maravilloso —dijo el águila con voz áspera—. Entonces, lo que estás diciendo es... ¡Jesús, María y José!

Un instante después la rapaz se había subido de un salto a una roca. El chico y Lotus se dieron la vuelta rápidamente. Una gran serpiente plateada los miraba a través de los árboles. Sus ojos claros los contemplaban sin expresión.

—No te muevas —murmuró Lotus.

La gorogoná se acercó deslizándose. La chica dio un paso adelante y flexionó los dedos.

—Lotus, tengo cierta idea acerca de cómo luchar contra estas cosas.

—Dime —siseó ella.

El eco sacó su espada cuidadosamente.

—Primero, no debes, no debes, no deb...

De pronto, el chico cayó de espaldas, respirando deprisa.

—¿Qué? —Lotus se volvió y vio que al eco le temblaban las extremidades y se le ponían los ojos en blanco—. ¿Qué pasa?

Se dejó caer a su lado. El chico mascullaba algo incoherente. Parecía estar sufriendo un ataque.

—¡Lárgate de aquí, bicho asqueroso! —le espetó el águila a la gorogoná, que se acercaba aún más—. ¡Andando!

Ante ellos, la criatura levantó la cabeza como una cobra; su capucha erizada de pinchos se ensanchó y palpitó. El reptil abrió la boca chorreante.

—Te aconsejo que te metas en la cueva, doña Caprichosa. ¡Antes de que esa gorogocomosellame se ponga desagradable!

El chico abrió los ojos y agarró con fuerza la mano de Lotus. Trataba de decirle algo.

—¿Qué pasa?

—¡Ahí hay una! —gritó alguien desde arriba.

Una flecha incendiaria se estampó al instante contra la parte posterior de la cabeza de la gorogoná. La serpiente chilló, y al volverse se encontró con una patrulla de moscas de Satán blindadas que volaban en picado, rodeando el acantilado en dirección a ella. Las montaban soldados armados con ballestas.

—¡Acabemos con ella, muchachos! ¡Deprisa!

Una lluvia de flechas incendiarias cayó en rápida sucesión, algunas alcanzando la piel de la serpiente con un golpe sordo y otras partiéndose contra las rocas que se hallaban detrás. La criatura se volvió con furia y retrocedió deslizándose hacia el

bosque, tratando de escapar.

—¡A por ella, chicos!

Bajaron para perseguirla entre los árboles, y un soldado con un par de escarabajos bombarderos se dejó caer al suelo. Apenas se había vuelto la gorogoná para defenderse de las penetrantes mandíbulas de los insectos cuando el soldado la partió por la mitad audazmente con su hacha.

—¡Bien hecho, colega! —exclamó el ave con voz áspera en tono de aprobación—. ¡Así se hace!

Pero, mientras el águila aprobaba la acción, algo pareció ocurrir con las dos mitades de la gorogoná. La carne cubierta de escamas pareció deslizarse sobre las heridas y recomponerse, cada mitad con una nueva cabeza... Ahora había dos gorogonás más pequeñas en lugar de una. Perplejo, el hombre volvió a atacar, partiéndola por la mitad, tras lo cual surgieron otras dos en su lugar, que a su vez se separaron deslizándose y crecieron... Más soldados saltaron al suelo para apoyar a su camarada, pero cuanto más cortaban más creaban, hasta que estuvieron hundidos hasta las rodillas en criaturas que se retorcían, enzarzados en una lucha cruel y desesperada...

Lotus retrocedió poco a poco hacia el acantilado, demasiado atónita para hablar. De pronto, aquella masa enroscada del valle adquiriría un sentido aterrador...

—Mira.

Detrás de ella, el chico había recuperado el conocimiento. Estaba agachado en la entrada de la cueva con un poco de tierra y nieve en el guante.

—Fíjate en esto.

En la palma de su mano se meneaba una diminuta lombriz gris, no más grande que un gusano. Era una gorogoná en miniatura, completa en todos los sentidos.

—¿Y qué pasa si se dividen, se dividen y se dividen eternamente?

Lotus suspiró hondo.

—No lo sé. —Por primera vez parecía asustada de verdad—. Zumsteen no tiene ni la más remota idea de lo que ha traído al mundo.

—Ni todos los miles de millones de escarabajos de Scarazand van a bastar para detener a esas cosas —murmuró el chico—. ¿Crees que don Gervase sabe esto?

Lotus miró con detenimiento la misteriosa criatura que se meneaba de un lado a otro, creciendo a cada instante.

—El es muy capaz de saberlo. Arriesgar a todas sus fuerzas en una batalla que sospecha que no puede ganar es justo la clase de cosa rara que resulta propia de él.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué iba a querer que sus tropas quedasen destruidas?

La diminuta serpiente tenía ya el tamaño de un lagarto pequeño, y sus ojos contemplaban el cráter, al otro lado del valle. Su delgada piel amarilla parecía zumbear a un ritmo lento.

—Tal vez sea la reina —aventuró la chica—. Tal vez puedan sentirla todos. Tal vez esta batalla sea solo una excusa para matar todo lo que hay en Scarazand y

sustituirlo por algo mejor.

El eco sonrió, incrédulo.

—Eso es imposible. El no haría eso.

—No sabes de qué es capaz.

—¡Bueno, ya estoy harto de este disparate! ¡Me largo! —gritó el águila, que miraba con detenimiento a la diminuta criatura.

De un solo brinco saltó torpemente al suelo y luego avanzó con paso desgarrado por el camino situado al pie del acantilado.

—¿Adonde vas? —le preguntó Lotus a gritos mientras se perdía de vista al doblar un recodo.

—Pienso encontrar a ese chico y largarme de este manicomio.

—¿A pie?

—Quizá. Os lo advierto, no pienso perder el tiempo...

El águila fue patinando hasta pararse sin gracia cuando una pequeña multitud de gorogonás salió deslizándose de entre los árboles, delante de ella.

—Escuchadme, tías, no tengo ningún problema con vosotras, solo soy el transporte.

Las criaturas de superficie plateada la rodearon, retorciéndose y cerrándole el paso. Las gorogonás miraron a la gran ave con expresión vacía.

—No hay necesidad alguna de hacer tonterías. Me voy volando, os dejo tranquilas y... ¡Puaj!

Una gorogoná abrió la boca y escupió, alcanzando al águila en plena cara.

—Eso no ha sido agradable ni necesario —protestó el ave con voz áspera, parpadeando furiosa para quitarse el veneno de encima.

Otras empezaron a levantar la cabeza con la capucha extendida.

—Vale, no os caigo bien. A mí tampoco me gustáis demasiado, pero...

Un aluvión de saliva hiriente procedente de las rocas cayó junto al pájaro.

—¡Por el amor de Dios! —El ave daba saltos de un lado al otro, girando en círculos desgarrados para evitar los chorros—. Apuesto a que estáis disfrutando, ¿verdad, pequeñas...? ¡POR TODO EL FUEGO DEL INFIERNO! —vociferó la gran rapaz, al ver que las plumas de su cola empezaban a arder. Furiosa, se abrió paso a empujones entre sus torturadoras y alzó el vuelo con estrépito.

—¡Vuelve! —gritó Lotus mientras el pájaro se elevaba sobre los árboles.

—¿Por qué debería hacerlo? —rugió.

—¡Pero no puedes abandonarnos sin más!

—¡Pues mírame! ¡Estoy harta de todos vosotros!

—Pero ¿y Tom?

El ave había desaparecido ya al doblar un recodo. Las gorogonás la persiguieron escupiendo veneno.

—¡Ja! —Lotus se volvió, furiosa y desconcertada—. Y fui yo quien lo abandonó. Todo ha sido culpa mía... Es una gallina.

El chico contuvo una sonrisa.

—¿Qué tiene de gracioso?

—Nada. Es que...

—¿Es que qué?

—No importa. Olvídalo.

Lotus gruñó y miró el bosque que se extendía bajo sus pies. Todas las gorogonás se habían ido ya; debían de haberse deslizado hasta el valle para incorporarse a la batalla principal. Los soldados seguían donde habían caído.

—¿Qué te ha pasado antes?

—Hummm... No estoy seguro. —El chico parecía un poco incómodo—. Algo me ha afectado.

—¿Don Gervase?

El chico negó con la cabeza.

—No era una orden. Era otra cosa. Como si me hubiese desmayado. Y, cuando he abierto los ojos, había un jardín con una fuente, y una casa grande. Había una vieja autocaravana aparcada bajo los árboles, y... —El eco se esforzó por recordar—. Dos personas junto a la puerta.

Lotus observó al chico con atención, tratando de entender lo que podía significar eso.

—¿Quiénes eran esas personas?

—Un hombre y una mujer. Querían que me fuese con ellos.

—Pero no lo has hecho, ¿verdad?

El eco se encogió de hombros, incómodo.

—Una parte de mí deseaba hacerlo, porque de algún modo los he reconocido.

Lotus no dijo nada y reflexionó mientras miraba la batalla que se desataba en el valle.

—Es Tom, ¿verdad? —continuó el chico—. Le ha pasado algo malo. ¿Se está muriendo?

Pero la chica bajaba ya corriendo entre los árboles.

—Lotus, ¿adonde vas? ¡Espera!

Sin embargo, Lotus siguió adelante. Sin detenerse, cogió una ballesta y un carcaj de un soldado muerto. El eco no tuvo más remedio que seguirla y echó a correr tras ella a toda velocidad, esforzándose por alcanzarla.

—¡Qué estupidez! —dijo la chica con voz entrecortada—. Tendríamos que haber obligado a esa cobarde a llevarnos hasta la empalizada.

El chico jadeaba tanto que apenas podía hablar. La batalla parecía estar ya justo debajo de ellos; oía con claridad los gritos y el ruido metálico de las armaduras.

—Pero no podemos llegar al otro lado. Tú misma lo has dicho. Nunca lo conseguiremos.

Lotus hizo una mueca. El eco tenía razón. ¿Qué hacer? Necesitaban ayuda. Debían llamar la atención de algún modo. Ser atrapados, y entonces... Tras salir a un

claro, se detuvo a escuchar. Bajo los gritos lejanos oía un fragor: ruedas, cascos, tintineo de bridas... La chica echó un vistazo al sendero vacío que se extendía ante ella.

—Ven aquí.

El chico jadeaba junto a un árbol.

—¿Por qué!

—¡Aquí, deprisa!

Hacía poco tiempo que el eco conocía a Lotus Askary, pero había sido suficiente para darse cuenta de que no solía escuchar las opiniones ajenas y no aceptaba un no por respuesta. Despacio, el chico salió al claro.

—No te muevas de ahí.

—¿Qué estás haciendo?

Pero la chica ya se había metido corriendo entre la maleza y se había escondido detrás de un árbol. Tras echarse el carcaj a la espalda, colocó una flecha en el surco de la ballesta.

—¿Lotus?

El estrépito se aproximaba. Unas ruedas retumbaban sobre la nieve, y también había otra cosa, algo que silbaba...

—¿Qué se supone que debo hacer?

—Nada. No te muevas.

El eco apenas tuvo tiempo de comprender lo que pretendía Lotus antes de que algo doblase el recodo retumbando y la expresión de la chica cambiase.

—¡Agáchate! ¡Ahora!

El eco se arrojó al suelo en el momento exacto en que ese algo surcaba el aire silbando unos milímetros por encima de su cabeza. Furioso, se levantó a duras penas y vio a un jinete de oscura armadura que pasaba por su lado al galope, remolcando un cruel artilugio provisto de espinas. Fue una suerte que se hubiese agachado a tiempo bajo las hojas giratorias. Luego se volvió de nuevo y se encontró con otro jinete negro que se le echaba encima...

¡Zas!

En el mismo instante, el cuerpo del jinete se desplomó hacia delante con una flecha en el pecho y cayó por un lado de su escarabajo blindado mientras este se alejaba a toda velocidad entre los árboles. Lotus salió rápidamente al sendero caminando de lado, con la ballesta ya recargada y apuntada hacia el siguiente jinete que galopaba hacia ellos.

—¡Un momento!

El hombre alzó la mano y fue resbalando hasta que se paró en la nieve. Un centenar de figuras negras, quizá más, todas montadas en insectos blindados, aparecieron detrás de él entre los árboles. Unas arrastraban artilugios espinosos y otras no, y los profundos cortes y marcas de sus armaduras hablaban por sí solos.

—¿Quiénes sois?

—¡Ya sabes quiénes somos! —contestó Lotus a gritos.

El hombre que encabezaba la comitiva saltó de su montura y avanzó con la espada delante del cuerpo. Lotus mantuvo la flecha dirigida contra su pecho.

—Dios mío...

—¡Lotus Askary!

De pronto, un jinete clavó las espuelas con fuerza y galopó entre los árboles hacia Lotus, alzando su hacha para golpear. Lotus esquivó limpiamente a su atacante y luego disparó su flecha contra la estrecha articulación situada entre el abdomen y el tórax del insecto, partiéndolo por la mitad. El jinete cayó sobre la nieve.

—No somos enemigos —gritó Lotus secamente—, y le sugiero, capitán, que ejerza más control sobre sus hombres; de lo contrario, los mataremos a todos. ¿Entendido?

El capitán se indignó visiblemente, pero se quedó mirando a la chica con interés: esa voz altiva, ese arrogante gesto del labio... Hacía algún tiempo que no la veía... si es que era ella...

—¡Tú! ¡Chico! ¡Mírame!

Apartándose la pelambreira rubia de los ojos, el eco se volvió hacia él. Un murmullo recorrió las filas.

—¡Es un truco, señor!

—¡Ella lo ha raptado!

—¡No se fíe de ellos, señor!

El capitán se aproximó con prudencia, muy consciente de que Lotus había recargado ya y tenía otra flecha dirigida contra su garganta. El hombre tenía una herida muy fea encima de un ojo y parecía una de esas personas con las que no se puede jugar.

—Entonces, ¿no está muerto?

—No.

Los fieros ojos negros del eco le aguantaron la mirada.

—¿Por qué no ha contraatacado?

—No ha podido —dijo Lotus, improvisando—. Culexis ha envenenado la Scarmadura. Ha tratado de matarlo.

El capitán no pareció demasiado sorprendido por la traición de Culexis. Quizá ya lo sospechase, quizá todos lo hiciesen...

—¿Es eso cierto? —masculló.

El chico asintió con la cabeza. Parecía inseguro.

—Entonces, ¿qué demonios está haciendo aquí con ella?

—Yo sabía que ocurriría esto —comentó Lotus con aire despreocupado—, así que he vuelto a rescatar a Tom y ahora vamos a saldar las cuentas pendientes...

—Déjele hablar a él.

El chico vaciló. Se quedó mirando el círculo hostil de yelmos oscuros que lo rodeaba a través de los árboles. No tenía la menor idea de cómo mentir...

—Responda a la pregunta.

—¿Sabe?, la verdad es que no tenemos tiempo para nada de esto.

—Con todos mis respetos, señorita, no pienso aceptar órdenes de una traidora —masculló el capitán, que se volvió de nuevo hacia el chico y esperó a que hablase.

—Lotus Askary tiene razón —dijo el eco, incómodo—. Es cierto, el doctor Culexis ha envenenado la Scararmadura, y estamos decididos a volver a la empalizada. No puedo permitir que se salga con la suya. —El chico no parecía muy seguro de sí mismo, pero la ira que ardía en sus ojos era muy real—. ¿Nos ayudarán?

El capitán sopesó las palabras del eco.

—Tenemos órdenes de buscar a Nicholas Zumsteen. Tiene una pequeña cabaña en estos bosques.

—Ya no, capitán —se apresuró a responder Lotus—. Las gorogonás la han destruido. No queda nada. Acabamos de verla con nuestros propios ojos.

El oficial la miró con sospecha.

—En tal caso, lo atraparemos en los bosques.

—Eso es una pérdida de tiempo colosal —bufó ella—. Podrían pasarse días buscando, y de todos modos no estará aquí. En cuanto las gorogonás salieron del cascarón, lo más probable es que lo mataran, de la misma forma en que nos habrían matado a usted o a mí. No puede controlarlas; nadie puede. No se parecen a nada que haya visto en toda su vida.

Aquel capitán lo sabía, y le disgustaba que se lo recordasen. Pero el tono de la chica le disgustaba aún más.

—Entonces, según usted, ¿deberíamos abandonar la idea?

—Sí. Por cierto, si están pensando en peinar los bosques en busca de gorogonás perdidas, tampoco servirá de nada —añadió Lotus—. Solo conseguirán hacerse aún más enemigos.

Con una sonrisa irónica, el capitán miró hacia el valle.

—Muy bien. Pero puedo garantizarles que las cosas se pondrán interesantes ahí abajo. Puede que no vuelvan vivos. ¿Le parece bien, señor?

El eco asintió con la cabeza. Sus ojos oscuros sostenían la mirada del capitán como si fuesen imanes.

—Si no lo intento, voy a morir de todos modos —respondió con brutal sinceridad—. Es lo que tengo que hacer.

—Como usted quiera, señor. —El capitán se volvió hacia sus hombres—. ¡Compañía! —vociferó—. Cambio de planes. ¡Al fin y al cabo, todos van a morir!

Una sombría carcajada recorrió las filas.

—Tenemos que escoltar a Tom Scatterhorn hasta la empalizada. Ha regresado de entre los muertos para saldar una antigua cuenta pendiente... ¡con el doctor Culexis!

Los jinetes soltaron un rugido de aprobación.

—Esa antigua cuenta pendiente es mía —siseó Lotus—, así que ni siquiera pienses en ella.

—De acuerdo —susurró él.

—Cuando yo dé la orden, quiero a todo el mundo al borde de los árboles. Formación en rombo. ¡Adelante!

Se produjo otra explosión de gritos de ánimo, seguida del estrépito de los preparativos. Se apretaron cinchas, se abrocharon hebillas, se ajustaron arneses... El capitán se volvió de nuevo hacia el chico.

—Más vale que cabalgue conmigo, señor —masculló—. Y no pienso dejar que entre en batalla así vestido. Necesita una armadura como es debido.

—¿Podría buscarme una a mí también?

Puede que el oficial hubiese creído la historia de la chica, pero no tenía tiempo para sus aires de grandeza.

—Seguro que le encontramos algo —murmuró—. Pero dónde cabalgue es cosa suya.

—¿Vértice?

El capitán se encogió de hombros como si no le importase.

—Gracias —respondió ella con una sonrisa, intuyendo que le concedía aquel privilegio muy a regañadientes—. Realmente no cree que sobrevivamos, ¿verdad?

El capitán soltó una carcajada salvaje, volvió a montar y se dio la vuelta.

—Escudos, espinas y suerte han sido suficientes para traernos hasta aquí. Quizá el defensor de Scarazand y una loca sean suficientes para hacernos volver.

Y, clavando las espuelas, se alejó al trote colina abajo.

Un gamberro

—Espero que no lleguemos demasiado tarde, viejo amigo.

—Hummm, ¿qué?

—Creo que quizá haya empezado ya. ¿Eso no te indica algo?

Sir Henry alzó la vista de su folleto de tablas y miró en la dirección que le señalaba August. Allí, al borde de la interminable llanura blanca en la que se encontraban, había una serie de colinas boscosas, y sobre ellas flotaba una cortina de humo negro que se levantaba y extendía como una vasta nube de tormenta. El sonido siniestro de los tambores y las explosiones retumbaba en la distancia.

—Debe de estar en ese valle situado justo debajo de la cabaña de Nicholas —dijo sir Henry, entornando los ojos—. Estoy seguro de que era por ahí.

August carraspeó con fuerza y se arrebujó en su abrigo para protegerse del viento.

—Supongo que más vale que echemos a andar. ¿A qué distancia se encuentra?

—A ocho kilómetros aproximadamente.

—De acuerdo, ocho kilómetros.

Empezó a caminar con paso decidido, dejando atrás el biplano, en dirección a los árboles.

—¿No vienes?

—Espera, August. Escucha.

—¿Qué tengo que escuchar?

El futuro de todo

En menos de diez minutos estaban listos. Protegida por el muro de árboles, la columna de cien soldados adoptaba una formación en rombo, tal como su capitán había ordenado. A lo largo de cada flanco, ocupaban sus posiciones jinetes con cota de malla y anchos escudos negros de quitina, mientras que en cada esquina se apostaban fuertes escarabajos negros enganchados a aquellos extraños artilugios en forma de guadaña. Oculto en el centro mismo, en lo que podría haber sido el lugar más seguro, el capitán se hallaba de pie a bordo de un carro junto al eco, vestido ya con una armadura azul oscuro de la caballería.

—Recuerden que esto es una falange. Los escudos son para todos, en especial para el señor Scatterhorn. ¡Álcnlos como un solo hombre!

Un murmullo generalizado de aprobación recorrió las filas. El eco notó las miradas furtivas. Esos hombres tenían órdenes de protegerlo y hasta de morir por él. No pensaba fallarles. La respiración de los soldados se convertía en vaho y los escarabajos piafaban impacientes. Estaban ansiosos por ponerse en marcha, igual que él.

—Aquí está su escudo, señor —dijo el capitán, indicando la forma alargada que se hallaba junto a la rueda del carro—. ¿Está usted listo?

—Desde luego —contestó el chico entre el atronador retumbar de los cañones.

Puede que no tuviese mucha práctica en engañar, pero sabía luchar, y aquel era el momento. A través del bosque de armaduras y escudos vio a Lotus, que cabalgaba en el mismo vértice. Ella también iba entonces vestida con una armadura y blandía un par de largos manguales en cada mano. Se dio la vuelta para saludarlo levantando los pulgares.

—Vamos.

El capitán dejó caer su visera, y un tintineo musical se extendió entre los árboles mientras los soldados lo imitaban. El eco hizo lo propio y miró por sus rendijas de acero. No oía nada salvo el latido ensordecedor de su corazón, el cual ahogaba el caos que reinaba en el valle...

—¡Adelante!

Se oyó un grito a la izquierda, y la formación entera empezó a moverse, al principio despacio, abriéndose paso entre los árboles hasta salir a la tierra dura. Nadie se percató de que, cuando abandonó el bosque el último escarabajo con las patas provistas de espinas, un hombre alto con un largo abrigo negro salió también al descubierto, echó a correr detrás de él y saltó sobre su lomo...

Una vez en campo abierto, el escuadrón comenzó a trotar. Los jinetes que ocupaban los márgenes formaban un rombo perfecto. Sin alejarse de los árboles, siguieron por la ladera hasta llegar a la cima de una suave pendiente que descendía

hasta el valle. Otra orden y el rombo giró en redondo, y a través de sus estrechas rendijas el eco vio la batalla que se desataba justo enfrente. Al otro lado del valle pudo distinguir las torres de la empalizada y las laderas del cráter que se alzaba más allá. Se apoyó en la barandilla del carro... Había llegado el momento de la verdad.

Aceleraron el paso. Los insectos comenzaron a avanzar a medio galope. Los jinetes, por su parte, se empujaban entre sí, manteniéndose en apretada formación; el estribo chocaba contra el estribo, las bridas tintineaban y las hojas provistas de espinas empezaban a girar más deprisa...

—A VASTA! —gritó el capitán, tan fuerte que la voz sonó como una alarma de incendios dentro del yelmo del chico.

—A VASTA KA HAHN! —rugieron sus hombres, repitiendo el antiguo grito de guerra.

Sin deshacer la formación, los escarabajos comenzaron a avanzar al galope y cada jinete levantó su escudo. Al frente, Lotus se puso de pie sobre los estribos e hizo girar los manguales por encima de su cabeza. Ya nadie podía echarse atrás: estaban unidos entre sí, empujados por el pavor y la emoción del momento. En la llanura que se hallaba ante ellos un tímido rayo de sol se abrió paso entre las nubes e iluminó el mar de viscosas gorogonás... Los reptiles parecieron detenerse un momento y luego se volvieron para hacer frente al rombo negro que bajaba de la colina a toda velocidad hacia ellas...

—¡Flancos arriba! —rugió el capitán.

Al instante, los alargados escudos se cerraron como un muro. Ráfagas de fuego venenoso empezaron a rebotar contra ellos y a entrar por los huecos.

—¡Cerrar techo!

Los hombres del centro alzaron los escudos y el eco insertó el suyo en el hueco que quedaba, completando la falange e impidiendo el paso de la luz...

—¡Preparados! —gritó el capitán.

Los soldados se pusieron tensos; en ese momento galopaban a ciegas... A través de la nieve y de los huecos entre los escudos, el eco solo podía entrever un muro de gorogonás que se formaba ante ellos, alzándose como una ola enroscada, cerrándoles el paso...

—¡Mantengan la formación y sobreviviremos! —vociferó el capitán.

El eco oyó que Lotus respondía algo, pero las palabras se perdieron en el estruendo del momento. Veinte pasos, diez... En el instante siguiente, la falange romboidal impactó contra las gorogonás con tal fuerza que fue como si hubiese explotado una almohada gigante. La línea frontal de las serpientes quedó literalmente pulverizada, hasta convertirse en una fina bruma al tiempo que las mortíferas espinas giratorias hacían estragos en el resto, dividiendo a las gorogonás más rápido de lo que podían volver a formarse.

—¡Manténganse juntos, muchachos, formación apretada! —ordenó el capitán mientras avanzaban arrasando a ciegas.

Protegido dentro de su yelmo, el eco tenía muy poca idea de lo que estaba sucediendo, salvo que habían superado la primera oleada, y cuando se atrevió a bajar el escudo unos milímetros vio un mar de serpientes plateadas en plena huida delante de ellos. Las que se volvían para luchar quedaban aplastadas bajo las patas de los insectos o eran derrotadas por Lotus, que manejaba sus manguales como si fuesen ramas agitadas por la tormenta.

—¡Ha llegado su momento, señor! —gritó el capitán, arrancándose del yelmo un par de gorogonás pequeñas—. ¡Muéstreles que sigue vivo y quizá venzamos!

De pronto el eco comprendió lo que se esperaba de él.

—Levánteme —ordenó, y el capitán se lo subió a los hombros.

Tras alzar la visera, el chico vio el torbellino de la batalla que se extendía a su alrededor: escaques de híbridos, nubes de insectos y serpientes que se retorcían, enzarzados en una lucha mortal.

—AVASTA! —vociferó, al tiempo que levantaba su espada al cielo.

—A VASTA KA HAHN! —respondieron los jinetes a su alrededor, abriendo sus escudos y alzando sus espadas en el aire.

El grito resonó en el valle, y desde todo el campo de batalla los híbridos acosados vieron una falange negra que se precipitaba hacia ellos, abriéndose paso entre las gorogonás como una espléndida bestia. En el centro, un chico con la espada en alto lucía una armadura que destellaba a la pálida luz del sol... ¿Era él? Seguro...

—AVASTA KA HAHN! —Los rugidos resonaron mientras los híbridos golpeaban sus escudos a la vez—. AVASTA KA HAHN!

Un rayo de esperanza recorrió las filas... Tom Scatterhorn, su mascota, su héroe, estaba vivo y luchando... Como un dios que regresase del Hades, había vencido a la muerte y volvía para dirigirlos contra un enemigo que se dividía sin cesar... Tenían una oportunidad, una pequeñísima oportunidad...

Se incorporaron a la batalla con mayor ferocidad que nunca. La ola de emoción se percibió incluso en la parte superior de la empalizada. Don Gervase buscó ávidamente entre el humo y el fuego, intentando ver lo que ocurría. De pronto, su catalejo encontró a una muchacha que cabalgaba al frente de la falange. El hombre ahogó un grito.

—¿Lotus?

Su hija blandía los manguales como un pulpo, convirtiendo en mil pedazos cuanto hallaba a su paso... ¿Qué hacía allí? ¿Había venido a matarlo o a rescatar a Tom Scatterhorn? Quizá ambas cosas, aunque...

—¡Señor! —se oyó un grito sin aliento, procedente de abajo—. ¡Señor, lo han encontrado!

Don Gervase asomó la cabeza por encima del parapeto y vio al doctor Culexis jadeando en la empalizada.

—Han encontrado al chico, señor. Rainbird lo trae hacia aquí.

—¿Está vivo?

En el rostro del doctor Culexis se dibujó una dolorosa mueca.

—Eso creo. Por poco.

—Lo quiero aquí dentro, donde yo pueda verlo. Vivo o muerto, no importa. Deprisa, hombre.

El doctor Culexis hizo una profunda reverencia, esforzándose por entender las palabras de su amo. ¿Vivo o muerto?

Don Gervase apenas podía contener su emoción. Se volvió de nuevo hacia el caos. ¿Era cierto? ¡Sí, lo era! Allí, a cincuenta metros de las murallas, estaba Rainbird, al frente de un grupo reducido de híbridos que llevaban una camilla. Y en aquella camilla yacía Tom Scatterhorn, aún vestido con la Scarmadura, con el cuerpo cubierto por un escudo. Don Gervase contempló como esquivaban las pilas de insectos muertos, rechazando los ataques a medida que avanzaban. Al cabo de un minuto lo tendrían dentro de la empalizada. .. Bien, excelente, ese era el cebo; entonces solo podía esperar que Lotus no se hubiese dejado dominar por sus violentos celos... Escudriñó la apretada falange, el humo, las espadas relucientes, las serpientes que se retorcían... ¡Allí estaba! El eco, en pleno centro, asestando mandobles a derecha e izquierda mientras sus ojos negros lanzaban destellos... Don Gervase sonrió de oreja a oreja: todo convergía desde los cuatro puntos cardinales, al parecer, por su propia cuenta. Eso no era en absoluto lo que él esperaba...

Y don Gervase Askary no fue el único en hacer una rápida evaluación de la situación. Al otro lado del valle, en la motocicleta robada, medio ocultos entre los árboles, sir Henry Scatterhorn y August Catcher fueron patinando hasta que se pararon y se quedaron mirando la batalla que se desataba abajo.

—Y pensar que Tom está perdido en mitad de todo eso... —susurró August, contemplando como la falange negra arrollaba las gorogonás—. ¿Cómo diantres vamos a encontrarlo?

Sir Henry escudriñó el caos con sus prismáticos y luego se detuvo bruscamente. Frunciendo la frente se los pasó a August.

—Mira a la izquierda de esas torres, al pie del cráter.

August obedeció con ansiedad. Allí, entre las serpientes que se retorcían, el humo amarillo, las espadas...

—¿Te refieres a la camilla?

—Cabe suponer que está herido. O peor. Si es que es él. Detesto tener que decirlo, viejo, pero puede que tuvieras razón. Quizá llegamos demasiado tarde.

Los dos viejos amigos permanecieron unos momentos en sombría reflexión. Desde allí arriba estaba claro en qué dirección iba la batalla. Don Gervase había dispuesto sus tropas en un amplio arco que defendía la ladera hasta el cráter. Al sur y al este, acantilados y altas estribaciones impedían todo ascenso, lo que significaba que la única subida hasta Scarazand se situaba a través de sus líneas, y el enemigo empezaba ya a cruzarlas. Uno a uno, los escaques de híbridos y escarabajos eran arrollados, aunque solo fuera por el número de sus enemigos, y retrocedían hacia la

ladera en medio de una gran confusión para encontrar su camino bloqueado por gorogonás que se habían apresurado para sorprenderlos por la espalda. Aislados de la fuerza principal, híbridos y escarabajos se vieron rodeados por una marea creciente de serpientes que luego cayeron sobre ellos por todas partes. En todo el valle, escaques de híbridos y escarabajos estaban enzarzados en una lucha desesperada, incapaces de volver al perímetro cada vez más reducido en torno al cráter.

—¿Durante cuánto tiempo Askary va a poder seguir así? —masculló sir Henry.

August se encogió de hombros, confuso. Nunca en su vida había visto nada igual.

—¿Hasta que la mayor parte de sus fuerzas quede convenientemente destruida? Ya no puede quedar mucho más, ¿no?

Sir Henry gruñó y se quedó mirando en silencio los montones de muertos tirados por todas partes en la llanura.

—Casi me apetece echarles una mano. ¿En qué diantres estaba pensando Nicholas Zumsteen?

—Desde luego —murmuró August—. Porque, una vez que esas gorogonás entren en Scarazand y caigan bajo la atracción magnética de la reina y Askary se dé cuenta de que puede controlarlas con esa pelota-escarabajo suya... No quiero ni pensarlo.

Sir Henry sacudió la cabeza. August continuó:

—Me pregunto si no sería esa la intención de Nicholas desde el principio. Al fin y al cabo, fue él quien compró la pelota-escarabajo en Tithona, quien la puso a buen recaudo y luego quien recogió y crió a todas esas gorogonás... Tal vez lo hayamos subestimado. Tal vez no esté ni la mitad de loco de lo que creemos.

—Sí que lo está, viejo amigo, ambos lo están. —Sir Henry miró furioso la empalizada, al otro lado del caos—. Mayor motivo para llegar hasta ese chico y acabar con la reina, pase lo que pase. Pero no podemos meternos con un triciclo en mitad de una batalla.

—Y no estamos solo nosotros.

Sir Henry echó un vistazo al pastor, que permanecía sentado con sus ovejas mientras escuchaba los gritos y el ruido metálico de las armaduras. Su rostro se iluminó con una ancha sonrisa desdentada.

—Entonces, lo que necesitamos es un disfraz.

—Exactamente.

August vio los restos de un megalobóptero al pie de la pendiente. Su caparazón yacía volcado como un cuenco gigante.

—Un disfraz muy grande.

Sir Henry se volvió hacia su más viejo amigo, enarcó una ceja y lo miró con recelo.

—Así que soy yo el gamberro, ¿no?

—Se me está pegando.

En el mismo instante en que sir Henry y August aceleraban pendiente abajo para meterse en la batalla, el doctor Culexis le daba la espalda a su amo. Dado lo que

había sucedido, no esperaba demasiadas alabanzas por haber organizado la tarea difícil y peligrosa de buscar al chico; no obstante, quizá hubiese sido apropiado un poco más de reconocimiento... Por otro lado, tenía la fuerte sensación de que algo había cambiado... Entre los gritos y explosiones que se oían más allá de la empalizada, captó un grito familiar de batalla que solo podía significar una cosa. Ignorando sus obligaciones, se escabulló sin hacer ruido por las escaleras de la torre más cercana y subió los pisos hasta llegar al más alto, donde encontró a una dotación de artillería que recargaba su cañón con bombas de ácido. El doctor Culexis se aproximó en silencio a la abertura y se quedó mirando la confusión que reinaba al otro lado.

—Esa visión podría calentar el corazón más frío —murmuró el capitán de artillería, un híbrido arrugado de espalda encorvada y manos largas y delgadas. Estaba mirando por una mirilla que colgaba del techo—. Os dije que no nos abandonaríamos.

—¿De quién estás hablando?

El hombre retrocedió un poco y se encontró con el pálido doctor de pie junto a él. Culexis le arrebató el punto de mira y apoyó el ojo. Se le erizó todo el vello de la nuca.

—Pero... pero ¿cómo es posible?

—Es tal como usted dijo, señor. Un paladín. Para dirigirnos en una batalla. Una batalla para poner fin a todas las batallas. Ha vuelto para salvar Scara...

—¡CÁLLATE! —chilló el doctor Culexis.

Un goterón de saliva saltó de su boca. Volvió a mirar, y su rostro, ya gris de frío, se volvió del color de los líquenes. Allí fuera no solo estaba el eco, sino también Lotus Askary, al frente de aquella falange negra, precipitándose hacia ellos entre las serpientes... ¿Qué era aquello, una especie de misión de revancha? Era... Aquella chica iba a atacar al glorioso líder. Al instante, Culexis reconoció su oportunidad. Podía recuperar el favor de este... Podía ganarse el perdón... Pero ella debía ser destruida enseguida. Y también aquel eco indigno.

—¡Vosotros! —ordenó a la dotación de artillería, que hacía girar el cañón hacia las gorgonás—. ¡Soldados, dejad eso!

Los híbridos se volvieron hacia él a regañadientes. El doctor Culexis señaló la falange que se dirigía hacia ellos, arrasándolo todo a su paso.

—Ese es vuestro objetivo. Disparad sobre él.

Los miembros de la dotación de artillería se miraron inexpresivamente. No parecía que hubiesen oído sus palabras.

—¿No veis, idiotas, que es Lotus Askary?

—Disculpe, señor, tienen las orejas vendadas —dijo el capitán de artillería, señalando las tiras de tela que llevaban atadas con fuerza a la cabeza—. Pero ¿y el chico?

—Se ha vuelto contra nosotros.

El capitán de artillería sacudió la cabeza: no pensaba creérselo; de hecho, no podía.

—Señor, está usted confundido.

De pronto, el doctor Culexis lo agarró por el cuello y lo sujetó contra la pared.

—¿Quieres que te denuncie por negarte a cumplir tu obligación? ¡Vienen a matarnos! ¡Es una trampa!

—Pero ¿cómo...?

—¡HAZLO!

El doctor Culexis hinchó las aletas de la nariz con el rostro rojo de ira. Nervioso, el capitán de la dotación de artillería les hizo a sus hombres un gesto de asentimiento. Le dieron la vuelta al cañón y el cabo primero comprobó el visor. Mientras lo hacía, el capitán de artillería levantó la oreja vendada del híbrido y susurró:

—Montura, no jinete.

—¿Qué has dicho?

—¡Solo lo estoy dirigiendo, señor, solo lo estoy dirigiendo!

Culexis se situó directamente detrás del cañón.

—Si ese disparo no alcanza a la chica o al chico, ambos sois hombres muertos. ¿Entendido?

El cabo y el capitán asintieron con la cabeza. Lo entendían muy bien.

—Preparado.

—¡Fuego!

El eco estaba tan ocupado rechazando a las gorogonás enroscadas en torno a su yelmo como si fuesen cabello que cuando vio la bomba era demasiado tarde. De pronto, una explosión roja se produjo justo delante de él. El carro volcó al instante y atravesó volando el aire. Cuando volvió a abrir los ojos se encontró tendido sobre un montón de escombros, a poca distancia de la empalizada, con la armadura empapada en humeante ácido rojo... ¿Era aquello un accidente? Pero pretendían alcanzarlo, sin duda...

—Agáchese —susurró una voz.

Antes de que el chico tuviese la oportunidad de responder, su cabeza se vio empujada bajo un escudo y una gorogoná se deslizó encima.

—¿Y bien, señor?

El doctor Culexis apoyó el ojo en el cristal y se rió. El disparo había alcanzado el corazón de la falange negra, rompiendo la formación. Los pocos jinetes supervivientes se encontraban aislados y perseguidos por bandas de gorogonás empeñadas en arrastrarlos al suelo. Sin embargo, no había rastro de la chica ni del chico.

—Os habéis salvado de momento. Volved a cargar.

La dotación le dedicó una mirada de rebeldía. Nadie se movió.

—Está bien, escoria de híbridos, ahora soy yo quien está al mando de este cañón. ¡Hala, venga, a trabajar!

—¿Quién ha hecho ese disparo?

La voz atronadora resonó en toda la empalizada.

—¿Qué hombre ha hecho ese disparo? ¡Que se deje ver!

Nervioso, el doctor Culexis asomó la cabeza y se encontró con la mirada ceñuda de don Gervase.

—¿Usted? Creía haberle dicho que trajese esa camilla...

—No he sido yo, excelencia —contestó, aterrorizado—. ¿Cómo podría yo disparar un cañón? Sencillamente, a mí... o sea, al capitán aquí presente, le ha parecido distinguir a alguien.

—¿Distinguir a quién, Culexis?

El doctor pulcro y bajito tenía la mente hirviendo.

—A Lotus Askary, señor. Yo mismo la he visto. No sé cómo...

—¿Está muerta?

—¡No volverá a molestarnos, señor!

Con descaro, el doctor Culexis le dijo adiós con la mano y desapareció de la vista.

Don Gervase regresó al caos, echando humo por las orejas. Estaba tan ocupado observando el tenaz avance de la camilla que la destrucción de la falange lo había cogido completamente por sorpresa. Por supuesto que aquello tenía que suceder, alguien tenía que reconocer a Lotus, y había sido el doctor Culexis... Pero ¿y el chico? Don Gervase escudriñó el torbellino de humo y gorogonás que llenaba el agujero en el que antes estuvo la falange... Podía estar en cualquier punto de allí abajo... si es que estaba vivo. Enfadado, don Gervase se sacó de la manga la pelota-escarabajo. El corto día invernal tocaba a su fin, y él necesitaba tener a aquel chico dentro de la empalizada de inmediato, tanto si lo traía Lotus como si no...

—Creen que hemos muerto. Eso es bueno.

El eco alzó la mirada desde los escombros y se encontró con la sonrisa del capitán canoso, por cuyo rostro corría un reguero de sangre.

—Entonces, ¿eso ha sido deliberado?

El capitán asintió con la cabeza.

—No lo habrían hecho de no haber querido. Nos han dado una buena paliza. Es evidente que a alguien de ahí arriba usted no le cae bien. Y tengo una idea bastante aproximada de quién puede ser ese alguien. ¿Usted no?

El eco asintió con la cabeza: el doctor Culexis, por supuesto. Era quien más razones tenía para matarlo.

—Yo no tendría muchas esperanzas de entrar ahora.

El eco echó un vistazo por encima del montículo de escombros hacia la empalizada, que se hallaba a unos cincuenta metros de distancia. El capitán tenía razón. Los cañones lanzaban fregonazos desde todas las alturas, y en los terraplenes oleadas de gorogonás se arrojaban contra las filas de soldados y skrolls... No había modo alguno de pasar por allí, desde luego...

—¡Tom! Tom, ¿dónde estás?

La voz se alzó por encima del estrépito de la batalla y el eco se atrevió a levantarse. Allí estaba Lotus Askary, corriendo a través de los escombros, cubierta de tierra y sangre. En cuanto lo vio, la chica corrió hacia él y se tiró al suelo junto a ellos.

—¿Lo has visto? —preguntó, jadeante.

El eco negó con la cabeza.

—Allí. Va en una camilla. Lo llevan hacia la parte trasera.

Lotus señaló entre las espadas centelleantes y el humo hacia el lugar en el que una cuadrilla de híbridos pasaba a un caballero por encima de las murallas, asestando salvajes tajos a diestro y siniestro a las gorgonás. El chico se puso pálido: reconocía aquella armadura, aquel yelmo, la espada en la mano del chico...

—Así que el veneno...

—Aún no ha muerto —masculló Lotus—. De ser así, tú también lo habrías hecho. Recuerda eso. —Cogió una espada y se la puso a él en la mano—. Vamos. Antes de que pase algo peor.

Pero tan pronto como el chico la cogió se detuvo en seco. Apretó los ojos y cerró los puños.

—¿Te encuentras bien?

—Tengo que irme ahora mismo.

—Sí, lo sé. Los dos tenemos que...

—No, no lo entiendes —dijo él, empujándola con furia—. No estoy aquí para esto.

Lotus adivinó al instante lo que sucedía. El eco veía el mundo a través de unos ojos diferentes, y cosas diferentes resultaban ciertas.

—Te ha visto, ¿verdad? Sabe que estamos aquí.

A través del humo, Lotus echó un vistazo a la empalizada. El eco ya corría directamente hacia ella sin pensar ni por un momento en su propia seguridad. Confuso, el capitán miró como se alejaba.

—¿Cambio de planes?

Lotus vaciló. ¿Tenía algún sentido seguir al eco, que ahora se hallaba obviamente bajo el mando de don Gervase? ¿Y Tom? Se volvió hacia la muralla. La camilla había desaparecido; el muchacho debía de hallarse ya dentro de la empalizada. Pero si don Gervase sabía que ella estaba allí... también lo sabría el doctor Culexis...

—El disparo que nos ha destruido era deliberado, ¿verdad?

El capitán asintió.

—Creo que está al acecho ahí arriba —dijo, indicando con la cabeza la torre más cercana y el cañón que ocupaba su cima—. Ese es el culpable.

—De acuerdo.

Lotus sabía exactamente lo que tenía que hacer. Avanzó a rastras y cogió un par de manguales de la mano de un muerto; luego también se hizo con un escudo.

—¿Necesita ayuda?

—Haga lo que quiera —masculló, sujetándose los manguales a las muñecas.

—Voy con usted —gruñó el capitán, bajándose la visera—. Acabemos con esto.

Ocultos detrás de sus escudos, empezaron a avanzar zigzagueando entre los escombros. Cubrieron la mitad de la distancia que había hasta la empalizada antes de que los viesen. Tres grandes gorogonás les cerraron el paso y, alzándose, se retorcieron unas alrededor de otras para formar un árbol viviente. Sus capuchas amarillas parecían flores, y sus fauces abiertas revelaban un muro de dientes que goteaban...

—Creo que vamos a morir —dijo el capitán con un grito ahogado, retirándose detrás de su escudo.

—Créalo y lo conseguiré —siseó Lotus, manteniéndose firme.

Observó de reojo que el cañón de la torre más cercana se dirigía hacia ellos...

—Carguemos contra ellas —susurró.

—¿Ha dicho que carguemos?

—En línea recta. Sígame. A la de tres.

El cañón dejó de moverse. Les apuntaba directamente.

—¡TRES!

Juntos se arrojaron contra el árbol de serpientes. Antes de que diesen en el blanco, el aire pareció estallar. Donde antes hubo armaduras plateadas no había más que una bruma de ácido candente...

—¡SIGA CORRIENDO! —gritó Lotus, sin darse cuenta de que se había quedado sola.

La muralla estaba a solo veinte metros de distancia.

—¡Maldita sea! ¿No podéis acertarle a nada?

El doctor Culexis se hizo con el punto de mira y le dio una fuerte patada a la pared. Con la cabeza gacha, la dotación de artillería recargó rápidamente los cilindros de ácido y accionó las manivelas una vez más.

—Ha sido muy rápida, señor —masculló el capitán de artillería—. Ha aparecido de repente, como una comadreja, ¿sabe? Y entonces...

—No me vengas con esas, cerdo —le espetó el doctor, lanzándole una mirada asesina—. Sé lo que estás haciendo...

—Pero, señor...

—¿Le está dando la lata este hombre, doctor?

Allí estaba Ern Rainbird, de pie en el umbral, con la cota de malla ensangrentada y la cara ennegrecida de porquería. Parecía que los ojos iban a salirse de las órbitas.

—Está protegiendo deliberadamente a Lotus Askary. Falla a propósito.

—No, no... Nosotros...

—Madre mía. Eso no está bien.

Rainbird se acercó con paso decidido y, tras agarrar al capitán de artillería del cogote, lo lanzó por encima de las murallas hacia el mar de gorogonás. Los híbridos contuvieron un grito de asombro.

—Muy bien. ¿Está cargado?

—Sí, señor —fue la respuesta apresurada.

—¿Cebado?

—Sí, señor.

Tras agarrar las empuñaduras del cañón, Rainbird le dio la vuelta y apuntó deliberadamente a la propia dotación de artillería. Los soldados levantaron las manos aterrorizados.

—Esta vez vais a hacer lo que os ordenen, ¿verdad?

La dotación no se atrevió a moverse. Los soldados apenas pudieron asentir con la cabeza.

—De acuerdo, entonces.

Dejó caer el cañón en dirección a los terraplenes y buscó a aquella chica. ¿Dónde estaba? Por la derecha sonó un gran grito, y a través del humo divisó un destello negro y plata. Rainbird hizo girar el cañón justo a tiempo de ver que el eco saltaba por encima de la muralla y se arrojaba sobre el lomo de un escarabajo. Tras ponerlo al galope, el chico agarró una lanza y avanzó a toda velocidad por las líneas, dirigiéndose hacia la entrada de la empalizada. La chica debía de estar con él, pero dónde... ¿dónde?

—¡Dispare, Rainbird! —lo instó Culexis, viendo que Rainbird seguía la pista al chico que galopaba más allá de los escombros.

—¿La ve?

—No importa. Mátelo, hombre. Ahora.

Rainbird hizo una mueca entre el humo.

—¡MÁTELO!

De pronto, y sin saber del todo por qué, Ern Rainbird obedeció. Pero su puntería era espantosa. El cañón retrocedió y una bomba de ácido rojo explotó directamente contra la escolta imperial, que defendía con valentía la muralla detrás del chico que avanzaba al galope. Rainbird se adelantó tambaleándose. Le zumbaban los oídos.

Miró hacia abajo. Era como si se hubiese roto un dique. Donde antes hubo un muro de hombres e insectos luchando había ahora un agujero, y una oleada de gorgonás lo estaba atravesando. Se había abierto brecha en aquel muro, y él era el culpable. Los gritos se convirtieron en chillidos de pánico.

—No ha recargado.

La dotación de artillería se quedó mirando boquiabierta el caos que se desataba abajo.

—¡Mirad lo que sucede! —chilló Culexis, echando espuma por la boca—. ¡Ahí abajo! ¡Están entrando!

Los hombres no se lo hicieron repetir. Se pusieron manos a la obra a toda prisa, e instantes después el cañón estaba cebado.

—Apártate.

El cabo primero se quedó amilanado mientras el propio doctor Culexis se hacía

cargo del cañón y lo hacía girar sobre su eje para dirigirlo hacia el interior de la empalizada. Un muro de skrolls se había replegado hacia la puerta principal, luchando por contener las oleadas de gorogonás que se retorcían a su alrededor. En el centro de la empalizada, don Gervase manipulaba la pelota-escarabajo, frenético. A su derecha yacía Tom Scatterhorn, aún en su camilla, ajeno a todo. De pronto, una gran serpiente se deslizó entre las demás y destrozó el círculo de skrolls. Con la cabeza levantada, se aproximó a don Gervase y se elevó por encima de él, con la capucha amarilla muy extendida.

—AVASTA!

Don Gervase se dio la vuelta rápidamente y vio al eco galopando a toda marcha hacia la gorogoná. Ahogó un grito de emoción. ¿Había llegado el momento de la verdad, la jugada definitiva? La gran serpiente se disponía a soltar su veneno, pero cuando vio al chico vaciló, y en ese mismo instante algo llamó la atención de don Gervase... La boca de un cañón girando hacia el jinete...

—¡NO! —gritó don Gervase, presa del pánico—. ¡No dispare! ¡No dispare!

La mano del doctor Culexis estaba paralizada en la palanca... ¿Qué debía hacer?

En un instante el doctor tomó su decisión y apuntó hacia la única persona de la que podía estar seguro: Tom Scatterhorn, tendido en su camilla.

Pero ya era demasiado tarde.

En el mismo momento en que tiró de la palanca, el cañón dió un bandazo hacia un lado, se salió de su soporte y el proyectil se empotró contra el techo.

—Eso ha sido un grave error.

El doctor Culexis retrocedió tambaleándose. En Rainbird se levantó pesadamente. Los dos se volvieron hacia la abertura que se hallaba a sus espaldas y se quedaron paralizados de terror.

—¿Me recuerdan? Soy su peor pesadilla.

Lotus Askary retiró el mangual del cañón y empezó a agitar las cadenas de un lado a otro por encima de su cabeza como una extraña criatura de las profundidades marinas.

—Pero...

Con un ligero movimiento de la muñeca, lanzó las cadenas por los aires como si fuesen guadañas. Estas dieron la vuelta alrededor del cuello de los dos sicarios, que ya estaban muertos cuando llegaron al suelo. Lotus apenas se fijó en las torres que se desmoronaban más allá...

En la empalizada nevada, la confusión de aquellos últimos instantes perduró en el recuerdo de quienes la vieron. En cuanto al eco, revestido de su yelmo, solo tenía conocimiento de lo que se hallaba directamente frente a él; el resto era un sueño vacilante, apenas atisbado. Tenía que proteger al líder... Tenía que salvarlo... Las palabras resonaban en su mente, una y otra vez... Al galope, dejó atrás al chico de la camilla, que yacía desatendido entre la nieve; dejó atrás al glorioso líder, ignorando su extraña sonrisa... Su visión se concentró en una pequeña zona de piel plateada del

cuello de aquella enorme gorogoná oscilante, con las fauces abiertas sobre él... Tras soltar las riendas, se apoyó en su lanza y la enterró hasta la empuñadura en aquella columna de suave carne blanca... La lanza dio una sacudida y se partió. Él la soltó y agarró las riendas, tirando de ellas con tanta fuerza que su montura se ladeó y él cayó al suelo sin poder evitarlo. Al alzar la vista, vislumbró a la gorogoná que se derrumbaba hacia atrás, gritando, y entonces algo rojo explotó detrás de él...

En cuanto a don Gervase, el momento que llevaba tanto tiempo aguardando llegó tan deprisa que apenas fue consciente de él hasta que pasó. No fue con exactitud lo que esperaba. Sí, el eco había venido cuando se lo pidió, aunque se había marchado muy tarde... y casi en el mismo instante alguien disparó un cañón directamente contra la base de una de las torres. Contempló como el edificio se tambaleaba, se torcía y luego se venía abajo de lado sobre la siguiente torre, que derribó la siguiente, y la siguiente... Así siguió el proceso por toda la empalizada, con todas y cada una de las torres cayendo como gigantescas piezas de dominó sobre la masa de gorogonás y hombres... Fue el final perfecto... Con una carcajada desenfrenada, don Gervase salió corriendo, cruzó el caos y llegó hasta el lugar en el que lo aguardaba el carro tirado por la libélula. Tras subir de un salto, cogió las riendas y sacudió a la criatura para que se pusiera de pie...

—¡Alto!

Al instante, alguien le atacó por detrás y lo arrastró de nuevo al suelo... Tras liberarse, don Gervase Askary asestó a su atacante una cruel patada en el pecho e incitó a la libélula a alzar el vuelo. En un momento estaban volando. Don Gervase volvió la vista atrás para mirar con curiosidad al hombre despatarrado en la nieve. Iba vestido con un largo abrigo negro y llevaba un gorro calado hasta las orejas...

—¿Nicholas? ¿Eres tú?

Nicholas Zumsteen contempló impotente como su hermano iba ascendiendo y se puso de pie con dificultad.

—¡No puedes ganar! —gritó—. ¡Nunca las vencerás! ¡No hay nada que pueda hacerlo!

—¡Lo sé! ¿Verdad que son magníficas?

La libélula se inclinó hacia el cráter, dejando a Zumsteen boquiabierto, esforzándose por comprender. En la nieve había quedado tirada la pequeña pistola negra de don Gervase. La cogió y la disparó al tuntún, pero el carro ya estaba demasiado alto. Al instante, el sonido de una gran trompeta resonó en todo el valle. Los restos de aquellos escaques que seguían luchando en torno a sus raídos estandartes se volvieron y vieron un río reluciente de serpientes que subía por la ladera del cráter. Una vez caída la empalizada, la batalla se había convertido en una derrota aplastante. Ya nadie podía hacer nada para detener a las gorogonás.

Don Gervase contempló la escena con sombría satisfacción. Estaba anocheciendo, y allí yacía su antes poderoso ejército de Scarazand, reducido a unas pilas humeantes de escombros que se extendían por todo el valle. Había sido necesario pagar un

precio muy alto, pero aquella era el alba de un nuevo mundo. Solo tenía que esperar a que las gorogonás descendiesen hasta Scarazand, y entonces, como todo lo que era esclavo del poder irresistible de la reina, todas y cada una de ellas serían suyas. Y las gorogonás eran muy superiores a los simples escarabajos...

Sonrió, y de pronto deseó que alguien estuviese allí para felicitarlo. Estaba a punto de escribir un nuevo y glorioso capítulo de su vida. Y pensar en lo humilde de sus orígenes y en lo elevado de sus ambiciones... Y pensar que su genial plan había estado a un paso de ser desbaratado por un chico de trece años... En la cara de don Gervase se dibujó una mueca de desprecio: el chico había fracasado. Sí, todo aquello había sido una farsa, y lo mejor era olvidarla cuanto antes. Sin volver la vista atrás, don Gervase descendió al cráter sin percatarse de la oscura uve que se aproximaba por el oeste...

La flecha del tiempo

¿Qué le había ocurrido a aquel chico de trece años? El último recuerdo de Tom Scatterhorn eran los chorros de veneno que habían llovido sobre él mientras yacía en el suelo helado. A través de la estrecha rejilla de la Scararmadura había visto que el aire se encendía de pronto, y luego un golpe de la cola de la gorogoná lo había dejado inconsciente. Desmayado, no llegó a saber que innumerables serpientes se habían deslizado sobre él, ni que un montón de escarabajos muertos se había formado a su alrededor, ni que un valiente grupo de camilleros híbridos se había abierto paso luchando en medio del cenagal para recuperar su cuerpo. Cuando abrió los ojos el cielo se había oscurecido. Vio a un jinete que chocaba contra una inmensa gorogoná con tanta fuerza que cayó dando volteretas sobre la nieve. Se produjo una explosión roja sobre su cabeza, y la sombra oscura que se elevaba por encima de él empezó a tambalearse y a desmoronarse. Un cañón con su aparejo se volcó en una plataforma y cayó directamente hacia él. Y entonces el mundo se volvió negro otra vez...

Puede que fuese solo un segundo, pero pareció una eternidad. Cuando despertó, Tom se encontró tendido en medio de una pila de escombros. En torno a él luchaban sombras de hombres y serpientes. Todo estaba en silencio. ¿Por qué estaba todo tan en silencio? Espada... Tenía que encontrar su espada... Tenía que defenderse. Al tratar de levantarse, se encontró con que estaba atrapado bajo una gran viga que yacía sobre su pecho. Sin embargo, insólitamente, parecía estar sano y salvo. Su armadura lo había salvado. Su armadura...

—¿Tom?

La voz llegó hasta él y Tom se volvió para ver una sombra que se aproximaba.

—¡Está aquí! ¡Por aquí!

Lotus le quitó el yelmo y se puso a buscar frenéticamente señales de vida.

—Tom, ¿puedes oírme?

El chico la observó con aire aturdido: ¿por qué lo miraba así? Ella lo abofeteó con fuerza. Tom parpadeó.

—¡Estás vivo!

Otra sombra cruzó tambaleándose los restos de la batalla en dirección hacia él. Era el jinete.

—Deprisa. Ayúdame.

Juntos, le quitaron la viga del pecho y empezaron a forcejear con las tiras de cuero.

—¿Qué pasa?

—Tu armadura, debemos quitártela.

—Pero...

—Culexis la ha envenenado; está tratando de matarte. Vas a morir.

—No, yo no...

—Sí. No discutas. Dale la vuelta —le indicó Lotus al jinete.

—Lotus, no pasa nada... —Tom recibió un porrazo contra el suelo. Estaba recuperando rápidamente la conciencia—. Lotus, es...

—Ignóralo.

Le quitaron las grebas, los guanteletes, los codales...

—Parad. Por favor. ¡Ay! —exclamó mientras le retiraban los escarpes—. Ya sé que el doctor Culexis envenenó la armadura.

—¿Qué?

—Ya lo sé.

Lotus se detuvo y volvió a darle la vuelta con gesto brusco.

—¿Cómo que ya lo sabes?

Tom se sentó y se quitó el peto que Lotus acababa de desatar.

—¿Lo veis?

Un material fino y blanco, como hilado de seda, cubría el cuerpo de Tom. Un polvillo negro flotaba sobre su superficie. De pronto Lotus se sintió como una idiota.

—Eso es... Pero, imbécil, ¿por qué no nos lo has dicho?

—Lo estoy intentando.

El enfado de Lotus no podía disimular su alivio. La chica sonrió y luego lo tiró de un golpe al suelo.

—Creíamos que ibas a morir.

—Ya lo veo —dijo Tom, sonriendo también.

Se incorporó y miró al jinete, que se había quitado el yelmo. Los ojos oscuros del chico lo observaron con atención.

—Hola.

Le tendió la mano ceremoniosamente y Tom se la estrechó. Crepitaciones de electricidad pasaron entre ellos.

—Gracias.

Lotus los miró a ambos.

—¿Gracias? ¿Por qué? No me digas que también lo sabías.

El eco negó con la cabeza.

—Hizo muchos amigos —explicó Tom—. Uno de ellos se dio cuenta de lo que tramaba Culexis y me envió una nota. Así que tomé precauciones, por si acaso.

—¿Quién era?

Tom recordó a la chica de cabeza rapada que lo había ayudado a ponerse el yelmo y lo había mirado fugazmente.

—No recuerdo su nombre. Pero creo que te conocía antes de que te hicieras famoso. Me dio esto.

Tom se despojó del pasamontañas y se lo entregó a su eco. El chico lo reconoció enseguida.

—¡Ah, sí! Viola. —El eco asintió tímidamente. No pensaba explicar nada más—.

Bueno, todo el mundo odiaba a Culexis, ¿no es así?

Lotus se quedó mirando un momento a los dos chicos idénticos.

—¿Qué? —preguntó Tom.

—Nada. Es que resulta muy extraño veros juntos así —contestó ella con una sonrisa—. Como dos mitades de la misma persona. Tom Scatterhorn: el pensador y el combatiente.

—¡Por todas las campanas del infierno, ahí está!

El cielo se oscureció de pronto cuando un estrépito de alas se lanzó en picado sobre sus cabezas. Instintivamente, Lotus y el eco se agacharon mientras una gran bandada de grajos descendía a su alrededor haciendo ruido. Se oyó un estruendo cuando se volcó un cañón. Una forma familiar salió al instante de entre los escombros con paso vacilante pero decidido.

—¿Está vivo? —rugió el águila andrajosa.

—¿Has vuelto? —Lotus se puso de pie, insegura—. Creía que habías dicho que...

—Pues he cambiado de opinión, ¿vale? —La rapaz pasó junto a ella y contempló a Tom con detenimiento—. ¿Así que no estás muerto?

Tom negó con la cabeza.

—¿Ni siquiera un poco? ¿Y el veneno?

Tom se levantó tras apartar la armadura a un lado.

—Me avisó su novia.

La gran rapaz paseó la mirada entre Tom y su eco, y si en aquel momento hubiese podido sonreír lo habría hecho. En lugar de eso, danzó de una pata a otra, retorciendo el cuello violentamente.

—¡Maldita sea, Tom Scatterhorn, casi te había dado por muerto! Con todas esas gorgonzolas y él, y ella, y... da igual. Tenemos que ponernos en marcha, chaval, y hemos de hacerlo ahora mismo.

—¿Qué ha pasado?

El águila indicó con un gesto a los grajos posados a su alrededor.

—Esos tipos me acaban de contar algo muy importante. De hecho, aún me encuentro en estado de shock.

—¿De qué estás hablando? —quiso saber Lotus.

—Del conducto de ventilación, jovencita. ¡Acabo de enterarme de dónde está ese condenado agujero!

Lotus se quedó boquiabierta de asombro.

—Y no solo eso: con un poco de preparación anticipada, creo que puedes poner en su sitio para siempre a Askary y Scarazand.

Tom contuvo un grito.

—¿Yo?

—Eso es, chaval: tú. Pero solo tú. Porque vas a estar allí ya. Esa misma noche, en ese lugar exacto.

Lotus y Tom miraron al águila intentando comprender... Y no estaban solos.

Entre las torres destrozadas, había un hombre agachado, vestido con un largo abrigo negro, que se esforzaba por oír la voz áspera del ave.

—¿Voy a estar allí ya?

—¡Sí!

—Pero ¿no puedes decirme dónde es?

—No. Lo cierto es que me han convencido para que no lo haga.

El águila indicó con un gesto a los grajos de mirada severa que los rodeaban.

—¿Estás completamente segura de esto? —preguntó Lotus.

—¿Para qué crees que nos hemos molestado en venir hasta este infierno? ¿Para organizar un picnic?

Tom miró al águila y a toda la bandada de grajos que se hallaban detrás. Su actitud resultaba de lo más amenazadora, y no parecían dispuestos a discutir.

—Solo tenemos una oportunidad de acabar con todo esto, chaval. Has de ser tú, y ha de ser ahora. ¿Te apuntas?

—Sabes que sí, pero...

—Bien. ¡Manos a la obra! Manga unos trapos, porque va a hacer un frío de muerte.

—¿Un frío de muerte? —persistió Lotus, preguntándose si había adivinado a qué se refería la gran ave—. Y no puedo ser yo, ni tampoco él, ¿verdad? —añadió, señalando al eco.

—Tenemos una regla de oro en cuanto a interferir con el pasado, doña Caprichosa, y esa regla es que no puede hacerse. Sin embargo, si no hay más remedio, hay que cambiar lo mínimo posible. Esa es la norma fija. De lo contrario, todo iría manga por hombro y nunca podrías arreglarlo. Créeme, solo el Tom Scatterhorn original viene como anillo al dedo. Ahora sube aquí, mi viejo patán, antes de que te agarre por los pantalones.

Tom echó a correr hacia el ave llevando todo lo que había podido encontrar en el campo de batalla: un grueso abrigo verde, un viejo par de botas, una bufanda, una boina...

—¡Buena suerte! —exclamó Lotus, observando como se subía al lomo del águila—. Ojalá pudiese ayudarte de alguna forma.

Tom no supo qué decir. Se sentía confuso.

Casi con la misma rapidez con la que había aparecido, la bandada de pájaros alzó el vuelo y se alejó en dirección a la luna. Las primeras estrellas ya parpadeaban sobre el bosque. Lotus las contempló en silencio, con la mente llena de posibilidades, y Nicholas Zumsteen, agachado entre los restos de una torre, tenía pensamientos similares. Puede que el águila hubiese tratado deliberadamente de mostrarse enigmática, pero él entendía muy bien a qué se refería. La cuestión era... Miró el cráter con detenimiento. Sus laderas eran ya un mar compacto de gorogonás, y aún se libraba un feroz combate en torno al borde. Por allí, no. Tras meterse la pistola con firmeza dentro del cinturón, echó a correr por el campo de batalla...

—¿Y ahora qué? —dijo el eco.

Lotus se quedó mirando las ruinas que los rodeaban. De repente se sentía muy abatida. El desenlace de los acontecimientos se desarrollaba allí arriba con Tom, y ella no podía controlarlo. No podía hacer nada más... En ese momento, el traqueteo de una motocicleta se acercó pendiente arriba, y un gran caparazón marrón fue patinando hasta pararse junto a los restos de la empalizada, quejándose tristemente. August Catcher salió a rastras de debajo del caparazón, seguido de un jadeante sir Henry.

—¿Sigue vivo?

Lotus los saludó con la mano, preguntándose si aquella escena iba a volver a repetirse.

—¡Grandes serpientes!

Emocionado, August saltó por encima de los escombros y sonrió al chico. Una magnífica armadura yacía desmontada a sus pies.

—Déjame adivinar: es una larga historia.

—Muy larga —dijo Lotus—. Porque...

—¿Te encuentras bien del todo?

El eco asintió tímidamente.

—¡Maravilloso! Por un momento creímos que...

—No es quien ustedes creen.

August no lo entendió, y Lotus señaló la negra formación en forma de uve que volaba deprisa por el cielo claro del anochecer.

—Tom está ahí arriba. Lo llevan a Dragonport.

—¿Qué? ¿Por qué?

—El pájaro ha encontrado el conducto de ventilación. Tom tiene que volver a una noche concreta en la que tal vez podría destruirlo. No ha querido decir nada más. ¡Qué fastidio!

Sir Henry había cruzado los derribos con pasos decididos para unirse a ellos.

—¿Algún problema? —preguntó jadeante, mirando a Lotus y luego al eco.

August señaló hacia los puntitos que se distinguían a lo lejos.

—Se nos han adelantado, viejo.

—¡No! Pero ¿saben con exactitud lo que va a pasar?

Lotus se encogió de hombros malhumoradamente.

—¿Cómo voy a saberlo? Nadie me cuenta nada.

—No creo que puedan estar enterados si no lo han visto ya todo, cosa que dudo —dijo August—. Pero ya es demasiado tarde para preguntárselo.

Sir Henry se quedó mirando a los pájaros, que apenas parecían garabatos contra el cielo pálido.

—Maldita sea... ¡maldita sea! —Con un hondo suspiro se volvió hacia August; su noble rostro parecía duro como el granito—. Ya sabes lo que eso podría significar.

August sacudió la cabeza con gesto sombrío.

—Desde luego. Ha ocupado el lugar del chico. Con todas las consecuencias que eso conlleva.

—¿Por qué habla todo el mundo en clave? —dijo Lotus—. Exijo saber lo que está pasando. Díganmelo ahora mismo.

Sir Henry ignoró la mirada indignada de Lotus y se volvió hacia el eco, pensando de prisa.

—¿De qué lado estás, viejo amigo?

El chico, incómodo, cambió de postura.

—Yo... supongo que estoy con Tom, salvo que me ordenen otra cosa.

—Muy bien. Eso está muy bien —contestó sir Henry, poniendo en orden sus ideas.

Vio la Scarmadura en el suelo, y las nubes de híbridos aerotransportados que seguían hostigando a las serpientes con granadas y flechas...

—¿Sabéis?, es posible, probable incluso, que Tom esté a punto de correr un grave peligro. Sin embargo, puede que exista una manera de que podáis ayudarlo, aunque os obligará a ir en contra de vuestros instintos. ¿Estaríais dispuestos a hacer eso?

El eco se quedó mirando la cara decrepita y arrugada de sir Henry. Acababa de conocer a aquel hombre, pero había algo en él que reconocía instintivamente y que le inspiraba confianza.

—Podría intentarlo. ¿Qué es?

—Entonces, ¿siempre han sabido que iba a caer el rayo?

—¿Estos chicos? ¡Qué va, chaval! Simplemente se han olido que iba a pasar esta noche. Y en cuanto a que el conducto de ventilación esté realmente en Dragonport... ¡Madre mía! ¿Qué posibilidades hay de que eso sea así? Siempre pensé que Dragonport olía a podrido porque era un sitio podrido, ¿no? Me he quedado atónito.

Tom contempló como los fuegos diminutos se alejaban cada vez más, y tuvo que reconocer que también estaba atónito. Cuando el eco le había dicho que el conducto estaba escondido en un árbol, nunca creyó que el árbol pudiese estar en Catcher Hall, la casa del mismísimo August, donde él había vivido...

—Pero siempre he sabido que tú tenías algo que ver con el desenlace, que eras una pieza clave. Todo el mundo sabe eso. —El águila indicó con un gesto a los grajos negros que volaban a su alrededor—. Te aseguro que en el ambiente de los pájaros el nombre de Tom Scatterhorn es muy conocido. Eres famoso de morir.

—¿Famoso de morir?

—Famoso de morir. No quiere decir que estés famosamente muerto, ni que seas mortalmente famoso. ¡Famoso, maldita sea!

Tras lanzarse en picado a toda velocidad, volaron rápidamente por el más delgado de los rayos de luna; los grajos iban en cabeza. Uno a uno, se deslizaron como flechas en el torbellino de aire igual que si fueran trozos de papel aspirados por un túnel. Tom cerró los ojos. Un golpe sordo y fuerte le atronó los oídos, seguido de un destello de azul, verde... Y luego, de pronto, estaban volando a través de una niebla densa y

húmeda. Abajo, a mucha distancia, brillaba un collar de faroles.

—¿Va todo bien? —preguntó Tom, asombrado de que hubiesen llegado allí tan deprisa.

—Los estoy siguiendo —contestó con voz áspera el ave, cuya cabeza apenas resultaba visible en la oscuridad—. Este es su terreno. Conocen cada atajo que haya existido jamás.

Los grajos soltaron un grito agudo y ululante, y luego se dirigieron a toda velocidad hacia las luces. La gran águila respondió una vez y luego desapareció en la otra dirección, descendiendo rápidamente hasta detenerse rebotando en la parte superior de un estrecho camino. Tom miró a su alrededor y reconoció la vista de inmediato. Estaban cerca de las puertas de Catcher Hall. A sus pies se hallaba Dragonport, el río helado y la feria del hielo. Amplias cortinas de niebla llegaban procedentes del estuario, borrando las casas y los árboles.

—Siento no poder acercarte más, pero no quieren que despierte sospechas, y menos esta noche. Tenemos que actuar con normalidad. ¿Llevas reloj?

Tom asintió con la cabeza. La rapaz escuchó. La campana de una iglesia sonaba en alguna parte.

—Las diez —dijo con voz áspera. Nervioso, Tom puso en hora su reloj y volvió a colocárselo en la muñeca—. Bueno, creo que va a ser a la una menos cuarto, pero yo no confiaría mucho en la puntualidad de un grajo, así que lo mejor será que llegues antes para asegurarte.

—Vale.

—Bueno, ¿tienes claro lo que vas a hacer?

Tom asintió con la cabeza. Había estado pensando en todo lo que le había dicho el águila y se le acababa de ocurrir un plan.

—¿Y estás seguro de que recuerdas dónde está la llave?

—Si está donde estaba siempre...

—¿Y de dónde sacarás un hacha?

—Hay una en la leñera.

—De acuerdo, pero no tienes que tocar ni cambiar nada más. Esa es la regla de oro cuando vuelves, ¿entendido?

Tom asintió, estremeciéndose.

—Esperemos que no te molesten.

—¿Podrían hacerlo?

El águila gruñó.

—Hay un guarda de caza que vive al pie de la colina, pero dudo que esté por aquí con el mal tiempo que hace. Y, cuando encuentres el árbol correcto, busca algo en las ramas que se abra y se cierre. Es como una flor; eso han dicho los grajos. Dale un buen trompazo, escachárralo si puedes, y luego apártate.

De pronto Tom se sintió muy cohibido con su gabán gastado, su boina negra y sus botas, todo ello hurtado del campo de batalla.

—¿Estoy bien?

La gran ave rapaz miró al chico, que se apartó de los ojos la maraña de pelo.

—Estás hecho una birria, así que te irá muy bien.

Tom sonrió con nerviosismo.

—Más vale que te vayas, chaval. Y recuerda: el rayo nunca cae dos veces en el mismo sitio. Aunque no quiero presionarte.

—Gracias.

—En serio, colega, acaba. Acaba esta noche si puedes. Y te aseguro que puedes. Simplemente, sé tú mismo. ¿Qué puede ser más fácil?

Con una sonrisa decidida, Tom se levantó la bufanda para protegerse del viento y se apresuró a atravesar las puertas de hierro de Catcher Hall.

—Todos te apoyamos.

El chico no volvió la vista atrás. El águila se quedó un rato observándolo hasta que la delgada silueta desapareció a la vuelta de la esquina.

—En fin...

Tras sacudirse la nieve de las plumas, la gran rapaz se volvió y vio un pequeño farol que venía por el camino. Lo llevaba un chico con una chaqueta raída y un sombrero de copa, que silbaba desafinadamente mientras se abría paso entre la nieve sucia. En silencio, el águila se metió entre las sombras, y se disponía a retirarse aún más cuando el silbido se interrumpió. El águila se quedó paralizada, inmóvil como una estatua. Cerró los ojos y escuchó mientras el silbido se reanudaba y los pasos se acercaban cada vez más por la gravilla. Y entonces se detuvieron. El chico alzó su farol y miró.

—No.

Con precaución, dio un paso adelante y miró con detenimiento la desaliñada cabeza del águila.

—Vaya pedazo de pájaro.

Le dio con la punta del dedo y retrocedió de un salto. No sucedió nada. Lanzó una patada contra una de las enormes garras amarillas. No sucedió nada. El chico vaciló. ¿Estaba dormido? Quizá no fuese un pájaro de verdad. Armándose de valor, extendió el brazo y agarró subrepticamente una de las anchas y delicadas plumas grises que rodeaban el cuello del águila. En cuanto empezó a tirar, un iracundo ojo amarillo se abrió de golpe delante del suyo.

—¡AHHH!

Con un chillido de pánico, el chico dejó caer su farol y echó a correr colina abajo.

—¡Maldita sea! —bufó el águila.

Allí estaba ella sermoneando a Tom y ya había alterado algo. Aquel joven rufián no volvería allí de ningún modo. Quizá no importase, pero cada pequeño cambio tenía su consecuencia, incluso ese recorte de periódico que el chico había dejado tirado en el camino al huir...

Tom Scatterhorn se encontró muy pronto contemplando las centelleantes luces de

Catcher Hall. Inspiró hondo una vez, y luego otra. Apenas podía creer que aquella fuese la misma noche en la que había llegado en el pasado, casi tres años atrás, cuando se había caído a través de aquella cesta de mimbre bajo las escaleras del museo y se encontró en el baúl de Catcher Hall. Aquel fue el principio; en esos momentos lo recordaba con mucha claridad. Había salido al rellano y se había encontrado con la señora Cuddy, el ama de llaves, que sostenía una bandeja. Junto a ella se hallaba Noah, su hijo menor. No habían parecido nada sorprendidos de verlo. Creyeron que se había perdido. Lo habían enviado a la buhardilla, y cuando abrió la puerta se encontró con August Catcher, que estaba disecando un martín pescador. De algún modo, este también sabía que venía; de hecho, lo estaba esperando. August ansiaba conocer a su nuevo ayudante...

Tras abandonar la seguridad de las sombras, Tom subió con audacia los escalones que conducían a la puerta principal. Nunca había sabido por qué tuvo que suceder nada de aquello; todo había formado parte de la extraña experiencia de retroceder en el tiempo. Pero en ese instante se dio cuenta de que era su oportunidad. Lo único que tenía que hacer era ser él mismo, nada más. Completar el círculo. Tom levantó la pesada aldaba de latón y llamó con fuerza dos veces. Unos pasos resonaron en el vestíbulo de piedra. ¿Y la boina negra? ¿Debía dejársela puesta o quitársela? Se la metió apresuradamente en el bolsillo.

—¿Puedo ayudarte, chico?

Apareció una mujer robusta y de aspecto simpático que llevaba un delantal azul. Sus mejillas con hoyuelos eran rojas como manzanas. Era el ama de llaves: la señora Cuddy. Tom tragó saliva. Era la misma voz cantarina. De pronto, se había quedado en blanco.

—Pues... he venido por... el puesto.

La señora Cuddy miró con detenimiento al espantapájaros rubio vestido con un gabán raro y una bufanda. Se preguntó si sería alguna clase de broma.

—Aquí no tenemos nada para vender.

—Creo que el señor August Catcher precisa un ayudante, ¿no?

—¡Ah, eso! Entonces, ¿has visto el periódico?

—Así es.

—¡Qué tonta, lo había olvidado del todo! Entra, muchacho, que hace mucho frío. —La mujer lo hizo pasar—. Normalmente no recibimos visitas a estas horas de la noche. Supongo que te habrás perdido de camino hacia aquí, ¿verdad?

—Pues sí —masculló Tom, cruzando el vestíbulo detrás de ella.

Bajaron hacia la amplia cocina de la parte trasera, que Tom recordaba muy bien. Sobre los fogones borboteaba agua en un par de cazos, y encima de ellos colgaba una extraña colección de botas y calcetines. El ambiente, en el que flotaba el olor de salsa y ropa húmeda, resultaba bastante reconfortante.

—Este muchacho ha venido por el puesto —explicó la señora Cuddy mientras se acercaba al hervidor.

Tom se volvió hacia la mesa y tuvo que pellizcarse para dejar de sonreír: allí estaba Noah, y también Abel, su hermano mayor, tomando unos cuencos de sopa. Noah le sonrió alegremente mientras se sentaba.

—¿Cómo te llamas, chico?

—Tom.

—¿Tom qué más?

—Tom Se... —Tom se detuvo: ¡no, no! No podía hacer eso. Ya había cometido ese error demasiadas veces—. Simplemente, Tom.

—Muy bien, Tom, voy a decirle al señor August que estás aquí. Abel, cuando acabes, ¿podrás recoger los cuchillos y tenedores, por favor?

—Mamá —gruñó Abel, echando un vistazo a la larga hilera de cubiertos de plata, al otro extremo de la mesa, que había terminado de abrillantar hacía solo un momento. La señora Cuddy cogió una gran cesta de sábanas y se aproximó a la puerta trasera.

—Anda, sé bueno y ocúpate de las puertas, Noah. ¿Noah?

—Ahora voy.

Noah se metió en la boca un gran trozo de pan y se levantó del banco. Al pasar junto a Tom, le dedicó una buena mirada.

—Entonces, ¿has estado en la feria?

Tom asintió con la cabeza. Noah observó sus extrañas ropas.

—¿Eres patinador?

—Pues... más o menos.

—Hoy se celebra la carrera de media noche. ¿Qué clase de patines tienes?

—Noah, ¿quieres dejar de charlar y abrir esta puerta? —dijo su madre con impaciencia.

—Yo estoy ahorrando para un par nuevo. Los rojos del escaparate de Stannard. ¿Los has visto?

—No.

—Son muy llamativos. Parecen...

—Noah, dentro de un momento te pondré una pinza en la oreja.

Con una sonrisa radiante, el chico le abrió la puerta a su madre y ambos desaparecieron escaleras arriba.

Tom se sentó junto a los fogones, y miró como Abel soplaba despacio sobre cada cucharada de sopa y masticaba su pan. En un rincón, justo detrás de él, se encontraba la puerta del lavadero. Tom rezó para que la llave de la puerta que conducía al bosque siguiese colgada detrás, tal como recordaba. Pero ¿cómo iba a hacerse con ella? No podía hacer nada con Abel sentado allí.

—Entonces, ¿eres gitano? —preguntó Abel, suspicaz.

Tom negó con la cabeza.

—No.

Abel miró la suciedad que cubría las manos y la cara de Tom, y luego echó un

vistazo a la larga exposición de plata que estaba encima de la mesa.

—¿Tienes cartas de recomendación?

Tom volvió a negar con la cabeza.

—Porque el señor August no da trabajo a cualquiera.

—Lo sé.

Abel gruñó y volvió a su sopa. Los minutos pasaban despacio. Tom empezó a ponerse nervioso. Ya eran las diez y media, y Abel no parecía tener ninguna prisa. No estaba muy seguro de la hora que era cuando había aparecido en esa casa procedente del museo, pero no podía seguir sentado allí cuando también estaba en el taller que August tenía en la buhardilla...

—¿Puedo utilizar el cuarto de baño?

—¿El cuarto de baño? —repitió Abel, como si nunca hubiese oído esa palabra—. El tigre está ahí detrás.

—Gracias.

Aliviado, Tom se puso en pie de un salto y se dirigió con audacia a la puerta del lavadero. La abrió y entró.

—Por ahí no.

La mano de Tom rebuscó a oscuras por el otro lado de la puerta. Sus dedos se cerraron en torno a una pesada llave...

—¡Eh, tú!

Tras deslizarse la llave en el bolsillo del gabán, Tom se volvió hacia Abel y sonrió.

—Lo siento, creía que... Lo siento.

Desesperado, Abel sacudió la cabeza e indicó el pasillo.

—Gracias.

Tom, aliviado, echó a correr por él, y luego se detuvo. El águila había insistido: no podía cambiar nada. Y él lo sabía. Estaba prohibido enredar con el pasado; incluso el menor cambio podía tener una consecuencia que fuese mucho más allá... pero Tom no podía ignorar aquello; era cuestión de vida o muerte. Tenía que decir algo.

—¿Abel?

El chico levantó la vista de su sopa.

—Si August Catcher te da alguna vez dinero suficiente para comprar un caballo en la feria del hielo, no dejes que Noah lo monte. De hecho, no dejes que se le acerque, ¿vale?

Abel Cuddy lo fulminó con la mirada, tomándolo por loco.

—Solo trata de recordar eso, por favor.

Ya estaba, ya lo había dicho. Se alejó a toda prisa y cruzó el laberinto de pasillos hasta que se encontró en el huerto. Agachándose, pasó corriendo por entre los macizos y, al llegar a la pared del fondo, introdujo la llave en la cerradura de la puerta con dedos temblorosos. La cerradura protestó. Luego cedió rechinando ruidosamente... Sí... Tom temía que se hubiera atascado, ya que nunca había visto a

nadie bajar allí... Tras cerrar a sus espaldas sin hacer ruido, Tom pensó que lo único que debía hacer era... ¡El hacha! ¡Se había olvidado el hacha! El águila había insistido... Tom maldijo en silencio. Tenía que regresar. Estaba en la leñera, al lado de la casa. Había pasado corriendo por allí. Con cuidado, abrió la puerta otra vez, pero apenas había empezado a volver sobre sus pasos cuando de la sombra de la leñera emergió algo. Una chistera; luego, el propietario de esa chistera, un hombre fornido con una escopeta doblada sobre el brazo, luego tres perros, trotando detrás de él. Debían de haberlo visto, ¿cómo habrían podido no hacerlo? El corazón de Tom latía tan deprisa que apenas podía pensar. Tendría que utilizar otra cosa. Encontrar algo con lo que echar abajo...

Antes de darse cuenta, Tom volvía a estar en el bosque con la puerta firmemente cerrada a sus espaldas.

«Está cerca del centro, al lado de un cobertizo en ruinas, y se parece un poco a una mano...»

Las precisas instrucciones del águila resonaban en la mente de Tom mientras se abría paso entre la maleza. ¿Cómo iba a encontrar el árbol adecuado entre todo aquello? Podía estar en cualquier parte; aquel lugar era una verdadera maraña de árboles muertos y zarzas, y estaba tan oscuro que apenas veía sus propias manos. Tom siguió avanzando a ciegas. Densos remolinos de niebla ascendían colina arriba hacia él. En aquel bosque todo olía a podrido, a marchito, a muerto...

«No te asustes. Ten paciencia. Hay tiempo. Lo encontrarás.»

Pero ¿y si no lo encontraba?

De pronto, Tom oyó un ruido a la izquierda. Se quedó donde estaba y escuchó. Por encima del rugido de los árboles se había oído un ruido metálico. Sonaba como si alguien hubiese dejado caer algo pesado... Abriéndose paso hacia el sonido, Tom se encontró de pronto al borde de un claro ovalado. Era tan inesperado como misterioso, una pequeña mancha de luz en la oscuridad. ¿Qué era ese lugar? Parecía antiguo, extraño... Con paso vacilante, Tom salió a la hierba helada. ¿Aquello era el perfil de un tejado? La niebla volvió a ocultarlo. Quizá fuese...

Zas. Ahí estaba otra vez, más cerca. Como un martilleo... Ignorando su corazón palpitante, Tom se arrastró hacia el sonido. En la oscuridad, más allá del claro, distinguió la forma de un grandioso árbol aislado. Era como un elefante macho, tan viejo y nudoso que unos pesados aros metálicos sostenían su tronco rajado. En el centro, cinco inmensas ramas muertas se alzaban al cielo como... Mareado, Tom se lo quedó mirando. ¡Eso era! El conducto de ventilación, lo sabía, el árbol hueco que había ocultado durante miles de años el mayor secreto de los escarabajos; pero el ruido procedía de allí. Alguien estaba ya ahí arriba, dándole tajos con un hacha...

El último secreto

—¡Hola!

No hubo respuesta. Quien estaba allí arriba, fuera quien fuese, tenía evidentemente la misma idea que Tom... Tal vez pudiese ayudar; aunque... Una silueta oscura se deslizó a través de las ramas hasta el suelo. De forma instintiva, Tom retrocedió mientras la sombra se dirigía hacia él, hacha en mano. El hombre vestía un largo abrigo negro, y llevaba la amplia gorra de plato calada hasta los ojos. Tom reconoció al instante sus movimientos nerviosos.

—¿Nicholas? ¿Nicholas Zumsteen?

Zumsteen se quedó paralizado y clavó la vista en las sombras. Cuando vio a Tom, se relajó de pronto.

—Llegas tarde —dijo, sonriéndole radiante—. Me preguntaba cuándo aparecerías.

—Entonces..., ¿lo sabe?

—Por supuesto que sí.

—Pero ¿cómo?

—No estabas solo en el campo de batalla, Tom Scatterhorn. Puede que esa ridícula águila se creyese muy lista al ocultar la verdad, pero yo intenté descubrirla, y ahora que estás aquí veo que estaba en lo cierto. ¿Qué es? ¿Un rayo?

—Hummm...

—Pues ya no puede tardar mucho —dijo Zumsteen, escuchando el trueno que retumbaba a lo lejos—. Ya he empezado, y hay unos cuantos trozos de hierro más en ese cobertizo. Tendremos que trabajar los dos para calzarlo y dejarlo bien abierto.

Zumsteen se deslizó por la vieja entrada y comenzó a rebuscar. Al cabo de unos momentos reapareció con un montón de aros de hierro que quizá habían sujetado un barril en algún momento.

—Entonces, ¿de verdad quiere destruir Scarazand?

—Creía que resultaba muy evidente, ¿no? —gritó, transportando su carga por el claro a toda prisa—. Ya has visto de qué es capaz mi hermano. Nos ha engañado a todos. Descubrió que las gorogonás podían ser controladas por la reina. No sé cómo lo hizo; solo puedo suponer que alguien muy cercano a él le dio una. Y por eso perdió deliberadamente la batalla. —Nicholas Zumsteen dejó caer los aros al pie del árbol y volvió a buscar a grandes zancadas el hacha que yacía sobre la hierba—. Bueno, ¿vas a quedarte ahí como un pasmarote o vas a echarme una mano?

Tom seguía vacilando sin saber por qué. Había algo en la actitud de Zumsteen...

—No puedo hacerlo solo, Tom Scatterhorn —le advirtió el hombre, al notar la reticencia de Tom.

—Pero yo creía que...

De pronto Tom se encontró con una pistola que le apuntaba a la frente. Zumsteen lo miró con frialdad.

—Fuiste tú quien le dio esa gorogoná, ¿no es así?

Tom retrocedió con las manos levantadas por encima de la cabeza.

—Y la pelota-escarabajo que yo había localizado y escondido en un lugar en el que nunca pudiese encontrarla.

—Eso no fue culpa mía...

—¿No es hora de que hagas lo correcto por una vez y compenses así todas las estupideces que has cometido? Creo que me lo merezco.

Tom se quedó mirando la cara pálida y nerviosa de Zumsteen. Había en sus ojos un extraño destello rojo, una ira malvada y ardiente... Le acercó más el arma.

—No olvides, Tom Scatterhorn, que ya te he salvado la vida una vez. Me debes un favor.

—Pero ¿por qué tengo que...?

—Sube a ese árbol ahora mismo.

A aquellas alturas, Tom ya sabía que algo iba mal, y Zumsteen lo percibió. En sus labios se dibujó una mueca desdeñosa.

—No confías en mí. Crees que soy igual que él, ¿verdad?

Al instante se oyó un fuerte crujido y el corazón del antiguo roble se abrió como una flor. Surgió una nube de gas amarillo, seguida de la larga silueta de don Gervase.

—No te atrevas a ir a ninguna parte, chico.

En cuanto Zumsteen le volvió la espalda, Tom se metió entre las sombras. Se oyó un estrépito de ramas y don Gervase Askary salió al claro con pasos seguros y una expresión muy complacida.

—¡Qué sorpresa! Si resulta que es mi hermanito pequeño, construyendo una casa en un árbol.

—¡No te acerques! —gritó Zumsteen, apuntándole con la pistola.

Don Gervase ignoró la amenaza.

—Era previsible que, una vez que comprendieses lo insensato que habías sido, intentases utilizar este último secreto de algún modo. Pero ¿por qué esta noche? ¿Qué tiene de especial el 15 de diciembre de 1899? —Eché un vistazo a la nieve que cubría el suelo; el vendaval rugía entre los árboles—. Una tormenta de invierno. Hummm... fascinante. ¿Qué es, entonces? ¿Unos cuantos fuegos artificiales de la feria del hielo? ¿Un poco de dinamita robada en los muelles? ¿No? Ah, ya lo tengo: ¿has persuadido a August Catcher de que te fabrique una bomba?

Zumsteen agarró con más fuerza su pistola.

—He dicho que no te acerques.

Una sonrisa fría y burlona apareció en el rostro de don Gervase, que dijo:

—Baja el arma, Caleb.

Con un dedo, apartó el cañón de su pecho y lo dirigió hacia el suelo, despacio y pausadamente.

—Eso está mejor. Ambos sabemos que no la utilizarás. Porque nunca has podido disparar a nadie a sangre fría, ¿verdad? Nunca has tenido agallas.

Durante cinco segundos los dos hermanos se fulminaron con la mirada, haciendo caso omiso de los truenos que retumbaban sobre sus cabezas.

—¿Qué quieres?

—La pelota-escarabajo —masculló Zumsteen—. Me pertenece. Como todo lo que me has robado.

A don Gervase aquello pareció resultarle muy divertido.

—¡Oh, Caleb, me siento decepcionado! Se supone que eres la mitad buena de los dos. ¿Tú quieres controlar Scarazand?

Zumsteen hizo una mueca.

—No volveré a pedírtelo.

—¿Y si me niego? ¿Y bien?

Don Gervase esperó, regodeándose mientras Zumsteen trataba de pensar una respuesta.

—¿Qué harás entonces, hermanito? ¿Invocar el rayo?

De repente, Zumsteen golpeó con la pistola la cara de don Gervase, que retrocedió tambaleándose. Don Gervase se quedó conmocionado, y apenas se había agarrado la nariz ensangrentada cuando Zumsteen lo tiró al suelo de un golpe. Lucharon, desgarrándose mutuamente el pecho y la cara hasta que don Gervase quedó sujeto contra la tierra helada por la rodilla de Zumsteen, que le presionaba el cuello.

—Dame esa pelota —siseó. Se abalanzó hacia la pelota-escarabajo, que se hallaba en la palma de la mano de don Gervase. Un fino tentáculo de acero se deslizó fuera del puño de su chaqueta y se enroscó en torno a los dedos para protegerla—. ¡Que me la des!

Don Gervase apenas podía respirar, pero de algún modo sus delgados labios esbozaron una sonrisa complacida.

—Nunca lo conseguirás, Caleb. Eres demasiado débil.

Zumsteen apretó más la rodilla, ahogándolo.

—Creo que podría matarte ahora mismo.

—Estás loco, Dorian.

—¿Tú crees?

Zumsteen echó un vistazo a su derecha. Allí estaba el hacha... En un abrir y cerrar de ojos, estiró el brazo y la agarró. Con un golpe rápido, la dirigió a la muñeca de don Gervase y le cortó la mano. Don Gervase se quedó mirando el muñón de su brazo y gritó, pero Zumsteen ya le había arrebatado la pelota-escarabajo y corría hacia el árbol.

Don Gervase se retorció violentamente sobre la nieve. Su piel empezó a hervir y a mancharse... Al cabo de un instante volvió a gritar. Su cuerpo explotó y se convirtió en un inmenso escarabajo negro. Tras mudar de piel, se volvió y echó a correr detrás

de Nicholas Zumsteen...

—¡Aléjate de mí! —gritó Zumsteen, subiéndose de un salto a las ramas y ascendiendo tan deprisa como podía—. ¡Apártate!

Pero el escarabajo no se apartó. Siguió adelante, trepando por el árbol a una velocidad extraordinaria. Zumsteen llegó el primero al conducto de ventilación, y se volvió justo a tiempo de ver que la cabeza de un gran ciervo volador surgía entre las ramas, por detrás de él... Supo que no podría escapar. De pronto, también empezó a temblar de forma incontrolable; su rostro se hinchó e hirvió... Tom abrió unos ojos como platos cuando la piel de Zumsteen quedó destrozada y apareció un escarabajo idéntico al de su hermano que al instante entrelazó la cornamenta con la de don Gervase. Juntos se convirtieron en una fuerte máquina, golpeándose mutuamente en torno al conducto de ventilación: cayeron ramas muertas y lluvias de brotes mientras forcejeaban, hasta que por fin uno de los escarabajos afianzó la pata dentro del borde de la chimenea y empezó a caer al interior. Con una serie de violentas sacudidas, consiguió agarrarse del otro... Su adversario resistió, resistió con todas sus fuerzas mientras se esforzaba por mantenerse de pie... Sin embargo, con un tropezón repentino, se tambaleó hacia delante y cayó hasta perderse de vista...

Tom salió corriendo al claro, respirando con dificultad. Ambos habían vuelto a Scarazand... ¿Era aquello el final? Un trueno lo devolvió a la realidad. Alzó la vista. Sobre su cabeza, los árboles rugían como un horno. ¡La hora! Casi se le había olvidado... Tom se miró el reloj con nerviosismo. Eran las 12.42. Tres minutos. Le quedaban tres minutos. O menos...

Se oyó un ladrido. Luego más, resonando entre los árboles hacia él, y también pisadas... Tom no quiso oír nada más. Agarró el hacha ensangrentada que yacía sobre la nieve, corrió hacia el viejo árbol y, tras meterse el mango debajo del cinturón, empezó a ascender entre las ramas... Sin embargo, apenas había abandonado el suelo cuando empezaron a escocerle las manos...

—¡Ay! —se quejó—. ¡Ay!

Parecía que su piel estuviese ardiendo. Aquello dolía... aquello dolía de verdad... ¿Qué era? Tenía las palmas de las manos cubiertas de algo blanco y ardiente, como ácido... Parecía que rezumara de la corteza; el árbol lo estaba atacando... Tom gritó de dolor y frustración. Había visto unos guanteletes en el campo de batalla; si hubiese...

—¡Sal de ahí!

Tom bajó la vista. Allí estaba el guarda de caza, con el arma en la mano, abriéndose paso con estrépito entre los árboles, precedido de sus perros, que aullaban excitados.

«Ignóralos. Ignóralo todo...»

Tras ocultar sus manos en las mangas lo mejor que pudo, Tom trepó deprisa, retorciéndose y contorsionándose entre las ramas hasta que por fin alcanzó el hueco central. Desde allí se extendían las cinco grandes ramas, y en medio se abría un

agujero con los pétalos de corteza apartados por tres tablones... Tom se tapó la nariz y la boca, y se atrevió a atisbar dentro de la chimenea: abajo, a mucha distancia, se distinguía el tenue perfil de la reina; en sus flancos relucientes y carnosos se apelotonaban lo que parecían gusanos negros... gorogonás... Dos escarabajos negros volaban en círculo sobre ella, embistiéndose cruelmente. A Tom le daba vueltas la cabeza: el ruido era atronador, y el gas... Se volvió hacia el otro lado, apretando los ojos con fuerza mientras surgía una nube amarilla. Cuando volvió a mirar, algo había cambiado... El agujero era más pequeño. Era más pequeño.

—No...

Tom comprendió al instante lo que estaba sucediendo. Los tablones que Zumsteen había encajado a través de la chimenea para mantenerla abierta no eran lo bastante fuertes. Uno de ellos había quedado torcido tras el salvaje descenso de los dos grandes escara-bajos. Y entonces la tapa empezaba a cerrarse despacio una vez más, ocultando a la valiosa reina, protegiéndola...

Con un rugido, Tom descargó un salvaje hachazo contra las dos láminas que formaban la tapa que se alzaban, y luego otro y otro, sin preocuparse de quién oía el estrépito... Pero de nada sirvió. Seguían subiendo, lenta e inexorablemente...

—¡ALTO!

Una voz procedente del interior de la chimenea... Otra nube de gas salió burbujeando a la superficie, seguida de una cabeza y unos hombros...

—¡Tom! ¿Estás aquí arriba?

Era un chico con una armadura que tenía la cara ensangrentada y ennegrecida... su eco.

—¿Qué pasa? —preguntó jadeante.

—La tapa —respondió Tom con voz entrecortada—. Se está cerrando. No puedo detenerla...

Echó un vistazo a su reloj. El segundero marcaba las doce y veinticuatro. No quedaba tiempo.

—¡Podemos sujetarla! —gritó su eco.

Tras lanzarse a través de la abertura, apoyó la espalda contra un lado y encajó las piernas en el otro. Con todas sus fuerzas, empujó y empujó... Las láminas avanzaban un poco más despacio... Al cabo de un instante, Tom se situó frente a él, como un reflejo exacto.

—Tan fuerte como puedas —dijo el chico con voz entrecortada al oír que la madera crujía y se combaba detrás de él—. ¡Podemos detenerlo! ¡Empuja!

Tom cerró los ojos y estiró las piernas con todas sus fuerzas. Los muslos le quemaban, sus pulmones parecían arder... ¡Sí! Lo estaban conteniendo, abriéndolo más y más... Entonces se oyó un profundo crujido procedente del interior, como si el árbol hubiese percibido su resistencia. Empezó a empujar más fuerte, más deprisa, doblegándolos, apretujando a los dos chicos... Tom contempló impotente como sus rodillas empezaban a levantarse... Miró su reloj... El segundero superaba la parte

inferior de la esfera...

—¿Cuánto falta?

Tom sacudió la cabeza, desesperado.

—Tenemos que salir de aquí.

El eco hizo una mueca y rechinó los dientes, negándose a darse por vencido... Sus rodillas casi se tocaban...

—¡Vamos!

En un instante, Tom se apartó del agujero. Cuando volvió la vista atrás, la reina ya no estaba allí. Una silueta negra impedía verla. Algo subía rápida y desesperadamente por la chimenea hacia ellos. Don Gervase... Debía de haber visto lo que estaban haciendo... Debía de haber comprendido...

—¡Deprisa! —chilló Tom, arrastrando a su eco.

Un par de espinosas mandíbulas negras salieron rápidamente de la chimenea seguidas de la cabeza y la boca...

—¡Tom Scatterhorn! —rugió la criatura—. Eres un...

Las láminas de la tapa se cerraron en torno a su cuerpo negro, encajándolo con fuerza. A Tom le entró el pánico.

—¡Está atascado! ¡Está atrapado! ¡Va a salvarla!

Sin pararse a pensar, el eco se precipitó hacia delante y clavó su espada en la boca brillante del escarabajo. La criatura chilló y se retorció, pero siguió sin moverse... El chico saltó sobre su cabeza y la pateó cruelmente, aplastándole los ojos vigilantes, rompiéndole los dientes, y luego se apoyó en su espada, clavando la punta más hondo en el cerebro... Se oyó un fuerte chirrido y al instante el gran escarabajo empezó a resbalar chimenea abajo, arrastrando al eco...

—¡NO!

Tom sofocó un grito y abrió desorbitadamente los ojos. Pero no podía moverse. No se atrevía a hacerlo. Un segundo. Dos. Tres, cuatro...

¡PUM!

Una explosión colosal desgarró el aire. Sonó un estallido bajo el suelo, a mucha distancia, y las paredes de la chimenea resplandecieron como una vela. Tom abrió los ojos y se encontró acurrucado contra la corteza como un bebé. Un instinto profundo y primitivo lo había salvado. Tras arrastrarse hasta la chimenea, contempló boquiabierto la escena que se desarrollaba abajo. La reina era devorada por una indolente onda de llamas verdes: había un agujero negro en su cabeza, allí donde la había alcanzado el rayo. Sus venas eran torrentes de fuego amarillo. Sobre ella flotaba la silueta del chico, cuya armadura brillaba rosa como una joya viviente, y dos formas negras...

—Lo ha hecho... —Tom se enjugó el sudor de los ojos—. Lo ha hecho de verdad...

Y entonces la alegría de Tom se convirtió en terror cuando comprendió lo que iba a suceder... la muerte de la reina... el grito sila... el fin de la colonia, su propio fin...

Se le aceleró el corazón, agotando los últimos segundos... Había tantas cosas que quería hacer, ver, ser...

Demasiado tarde...

Contempló la bola de fuego de tonos anaranjados y rojos que surgía y burbujeaba de pronto en el abismo. La bola ascendió, arrugando a los escarabajos negros y llevándolos con un rugido, junto con el chico, chimenea arriba, hacia él, impregnando el aire con un sonido que pareció estremecer todos los huesos de su cuerpo, estremecer el árbol hasta arrancarlo de la tierra, estremecer el aire mismo...

—¡PUMMM!

En un segundo, el pulso magnético se alzó hacia el cielo y aceleró hasta alejarse en el universo. Tom atisbo vagamente la torre de llamas. Luego, algo estalló dentro de su cabeza y no supo más.

Jacintos y cera de suelo

Al cabo de mucho, mucho rato, dos figuras aparecieron en el claro. La tormenta ya había pasado, y el viento también había amainado. Solo se movían la luna y las estrellas, avanzando a la perfección hacia el alba.

—Esto es irreversible —murmuró August, mirando fijamente el lugar en el que antes se hallaba el viejo árbol.

El roble parecía haber sido dividido en dos por el golpe de una poderosa hacha. Los dos amigos pasaron por entre las ramas caídas con extremo cuidado hasta llegar al gran agujero central en el que había estado el tronco.

—Así que este era el aspecto que tenía —susurró sir Henry, asomándose al interior—. Casi irreal.

Sin decir nada, August se quedó mirando el caos que se desataba abajo.

—No estaba convencido de que fuese a hacerlo realmente, ¿sabes? De hecho, casi esperaba que no lo hiciera.

—Debería darte vergüenza, August. Ese chico era testarudo. Es un rasgo familiar.

—Ya me había dado cuenta.

Con un hondo suspiro, August vagó entre los restos. Ahora que había ocurrido de verdad, no podía evitar sentirse culpable. Se había perdido una vida joven... Al pasar por encima de una rama, le llamó la atención algo rojo que sobresalía de la nieve sucia.

—¡Santo cielo!

Era una mano alargada y fina, amputada por la muñeca. Un tentáculo continuaba enroscado en torno a los dedos. August la miró un momento, desconcertado, y luego siguió adelante. A poca distancia había otra curiosidad, pero en este caso la reconoció.

—Tienes mucho que explicar —murmuró, recogiendo de la nieve la pelota-escarabajo y dándole un apretón.

Tras deslizarse la pelota en el bolsillo, se disponía a seguir adelante cuando vio una cosa que lanzaba destellos; mejor dicho, dos cosas. August se las colocó en la palma de la mano y se volvió hacia la luz de la luna. A primera vista parecían ser un par de cuentas, negras como el carbón y pulidas por el fuego. Solo los rojos contornos fundidos de los caparzones y las cabezas arrugadas sugerían la posibilidad de que hubiesen sido escarabajos.

—¡August!

El tono agudo de sir Henry rompió el silencio. El anciano se volvió y vio a su amigo arrodillado al otro lado del claro.

—Me temo que quizá nos hayamos precipitado.

—¿Qué? ¿Quién es?

Sir Henry no respondió. Tras meterse sus hallazgos en el bolsillo a toda prisa, August se acercó con el corazón aterrado. Allí yacía Tom Scatterhorn, con la cara ensangrentada y oscura, vestido con un par de viejas botas y un gabán. Al otro lado de una rama caída yacía su eco, con la magnífica armadura chamuscada y abollada. Su yelmo había desaparecido, y un largo reguero de sangre se extendía por su rostro.

—Pero no estarán vivos, ¿verdad? ¿Cómo pueden estarlo después de eso?

Sir Henry apoyó los dedos en el cuello del eco: no había pulso. Luego inclinó la cabeza hasta el pecho de Tom. ¿Era aquello el más débil de los latidos? ¿Una vaga palpitación de vida?

—No puedo estar seguro. No lo sé.

August se enjugó la frente, inquieto.

—Todo esto es culpa nuestra. Lo animamos a sabiendas de que sucedería esto.

—No, August. Al contrario, me parece recordar que ambos procuramos disuadirlo.

Se quedaron mirando en silencio el rostro grisáceo de Tom. En sus labios había una extraña expresión, casi como una sonrisa.

—O sea, claro que queríamos que destruyese Scarazand, y sí, tenía alguna noción mal encaminada de que tenía que sacrificarse por un bien mayor, o lo que fuese, pero... —Sir Henry se encogió de hombros—. Francamente, viejo amigo, fue su propia decisión. Sabía que si la reina moría, él también perecería. Tú mismo se lo dijiste.

La expresión de August se endureció.

—Pero la cuestión es que lo utilizamos. Si hubiésemos sido un poco más valientes, podríamos haber intervenido nosotros mismos. Pero no nos atrevimos, a sabiendas de que él lo haría. Y lo ha pagado muy caro. ¿No crees que le debemos otra oportunidad?

Había una inconfundible nota de ira en la voz de August. Sir Henry lo observó mientras metía la mano en su macuto y, después de rebuscar un poco, sacaba un frasquito azul.

—¿Es eso sensato, viejo amigo, teniendo en cuenta quién más habrá perecido en todo esto?

August fingió no haberlo oído. Ignorando la mirada de desaprobación de sir Henry, se sacó un pañuelo violeta del bolsillo de la chaqueta.

—Me parece recordar que antes tenías fuertes convicciones acerca de cambiar el destino.

—El destino ya ha cambiado, Henry. ¿Acaso estás sugiriendo que tratemos de dejar este árbol exactamente como estaba? ¿Qué está igual aquí y ahora?

Sir Henry no necesitaba que se lo recordasen. Resultaba evidente que August tenía razón.

—¿Y si es demasiado tarde?

Tom no tenía la menor idea de cuánto tiempo llevaba andando; podían ser horas o

segundos. Cuando alzó la vista se encontró junto a un alto muro cubierto de hiedra. Tan alto era que no veía la cima. No sabía si estaba despierto, o si aquello era un sueño, pero vio ante sí una puerta en forma de arco y supo que tenía que atravesarla. Eso hizo, y se encontró en un jardín. Ante él aparecieron extensiones de césped bien segadas, una fuente y un camino blanco que conducía a una alta casa de piedra enmarcada por unos árboles oscuros. Todo era tan falso y artificial como un escenario, incluso las estrellas que lanzaban destellos más allá. «Conozco este sitio —pensó—. Ya he estado aquí antes. Conozco este sitio.»

—Sí que conoces este sitio —respondió una voz—. Ya has estado aquí antes.

Tom se quedó paralizado. ¿Estaba aquella voz dentro de su cabeza? Parecía...

—¿August?

Al volverse, se encontró con una sombra apoyada contra un árbol. El hombre salió a la escasa luz de la luna.

—Hola —dijo.

Tom se quedó mirando el espeso pelo blanco de August y su raído traje de tweed. Parecía real, y sin embargo Tom no estaba muy seguro.

—¿Esto es un sueño?

La cara de August Catcher, marchita y arrugada como un trozo de corteza, sonrió amablemente.

—Pero no estoy... —Por alguna razón, Tom no quiso pronunciar la palabra—. ¿Qué estoy haciendo aquí?

—Creo que has venido a buscar a esa otra parte de ti mismo.

—¿A mi eco?

August asintió con la cabeza.

—No se marchará sin ti. No puede hacerlo. Te está esperando ahí arriba.

Tom levantó la vista hacia las ventanas. No vio a nadie.

—Y además, no está solo.

—¿A qué se refiere?

Tom se volvió de nuevo hacia el árbol, pero August había desaparecido. Donde antes estaba, no había nada. Solo un árbol a la luz de la luna.

—¿August?

El jardín estaba vacío. Nada se movía. Un silencio ensordecedor lo envolvía todo. Tom se preguntó si habría estado hablando solo. Quizá sí...

Con la clara sensación de estar siendo observado, echó a andar por el camino blanco de guijarros en dirección a la casa. A cada paso que daba, las piedras que iba desplazando flotaban como planetas ingravidos y volvían al suelo despacio. ¿Qué estaba haciendo en ese lugar? Al llegar a la fuente volvió a alzar la vista hacia las ventanas. Esa vez vio una cara pálida enmarcada contra la oscuridad del piso superior. El eco tenía las mejillas manchadas de sangre y seguía llevando aquella armadura ennegrecida. Tom notó un escalofrío en el espinazo. «Entonces, ¿me estaba esperando?» Pero ¿adonde debían ir?

—¿Tom?

Un hombre alto y larguirucho se hallaba en la parte superior de las escaleras. Una mujer morena salió de la casa para reunirse con él. Permanecieron juntos, uno al lado del otro, sonriendo felices.

—Tom, cariño, ¿dónde estabas? Te hemos estado esperando todos.

—¿Mamá? ¿Papá?

Siguieron sonriendo, pero no se acercaron.

—Mira. —Sam Scatterhorn señaló una vieja autocaravana que estaba aparcada a la sombra de un cedro—. Nuestra vieja amiga vuelve a circular. ¿Qué te parece eso?

Sam sonrió con satisfacción, y también Poppy, cuyos ojos estaban llenos de amor y ternura.

—Lo hemos hecho todo desastrosamente, Tom. Deberíamos habértelo dicho desde el principio. Deberíamos haber confiado en ti. Fue una estupidez... Me temo que no hemos sido muy buenos padres.

—Pero ahora podemos estar juntos —dijo Sam sonriendo—. ¿Vas a venir con nosotros?

Tom se dio cuenta de que el chico de mirada intensa que estaba en la ventana lo observaba atentamente.

—¿Adonde vamos?

—Oh, ya sabes, por ahí. Como en los viejos tiempos. —Su padre le guiñó un ojo—. Para eso estás aquí, ¿no?

En ese momento, Tom comprendió que así era y se notó el corazón a punto de estallar. Solo deseaba subir las escaleras a toda prisa y echarse en sus brazos, pero cuando empezó a avanzar algo lo detuvo. Algo fundamental, como si hubiese un muro de cristal entre ellos.

—¿Tom?

La expresión de su madre cambió al intuir que algo iba mal.

—¿Qué es ese ruido?

—¿Qué ruido, cariño?

Tom miró a su alrededor con nerviosismo. Un motor zumbaba en alguna parte, cada vez más fuerte... En el cielo...

—¿No lo oyes?

Tom notó un hormigueo en la nariz. El jardín se llenaba del olor de sustancias químicas y flores, un aroma denso y sofocante que se extendía por todas partes...

—¿Qué pasa, Tom?

El no lo sabía, pero echó a correr por el camino blanco de grava sin poderse detener.

—¡Tom! —lo llamó su madre—. Tom, ¿adonde vas? ¡No nos dejes!

Desde las escaleras, Sam y Poppy Scatterhorn vieron como su hijo se alejaba de ellos corriendo a toda velocidad. Y, mientras corría, el propio corazón de Tom empezó a latir más deprisa, más deprisa, como otro tambor sumado al motor que

retumbaba dentro de su cabeza, hasta que los dos redobles se fundieron en uno...

—¡Vuelve!

La puerta entre la hiedra se abrió de par en par ante Tom, que atisbo una brizna de luz...

—¿Y si es demasiado tarde? —susurró una voz.

Tom abrió los ojos. Poco a poco, la oscuridad empezó a desaparecer. Allí estaban August Catcher y sir Henry, sonriéndole desde arriba. August tenía en la mano un frasquito azul.

—¿Y bien?

—¿Sigues entre nosotros, viejo amigo?

Tom asintió con aire aturdido. El árbol yacía hecho añicos a su alrededor. La luna seguía en lo alto del cielo. Lo estaba recordando todo. Con cuidado, August envolvió el frasquito azul en su pañuelo violeta y luego volvió a guardárselo en el bolsillo interior. Jacintos, cera de suelo... Ese olor... ese olor. Tom miró la cara decrepita y amable de August, tan arrugada que sus ojos no eran más que puntos brillantes. Dijo:

—A veces vale la pena cambiar las cosas. Tal vez haya sido un egoísta, pero he dado por supuesto que te gustaría vivir un poco más. Mucho más, mejor dicho. Espero no haberme equivocado.

A Tom le daba vueltas la cabeza. Claro que quería vivir, ¿cómo podría no querer? ¿Quién preferiría estar muerto a estar vivo? Se sentó y vio al eco tendido en el suelo, al otro lado de una rama, con su armadura reluciendo a la luz de la luna.

—Pero él ha muerto, ¿verdad?

Sir Henry asintió con la cabeza.

—Es mucho mejor que de ahora en adelante haya un solo Tom Scatterhorn.

—Porque lo vi allí, con... con...

Se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Poppy y Sam?

Tom asintió con la cabeza.

—¿Qué les ha pasado? ¹

Por un momento, August entornó sus ojos brillantes.

—En el campo de batalla, una vez que cayó la empalizada y todas esas gorogonás quedaron sueltas...

—No tuvieron ninguna oportunidad, viejo amigo —murmuró sir Henry, apoyando la mano en el hombro de Tom—. Como todos los demás, me temo.

Tom no dijo nada. Se quedó mirando el suelo. Por supuesto, entonces lo entendía, pero aun así...

—¿Querías reunirte con ellos?

—Un poco. —Tom sonrió valientemente—. Pero... no lo suficiente, supongo. Me alegro de que lo hayan hecho. Gracias.

La cara angulosa de sir Henry rebosaba de admiración. El anciano le tendió la mano.

—Eres un joven extraordinario, Tom Scatterhorn. Tal vez te gustaría ver exactamente qué es lo que has hecho.

Tras aceptar la mano de sir Henry, Tom se puso de pie con mucho cuidado, sintiéndose muy magullado. Se apoyó en el brazo del hombre y fue cojeando hasta el borde del agujero.

—¿Qué te recuerda eso?

Tom observó el caos en silencio. Abajo, a mucha distancia, yacía la reina como un simple bulto humeante y ennegrecido. Alrededor de ella, Scarazand se desmoronaba. Puentes, trozos de roca, montañas de pulpa de madera y corrales llenos de larvas se precipitaban en el abismo. Innumerables gorogonás se aferraban a las paredes de la cueva, intentando desesperadamente escapar de la vorágine, pero sus refugios se destruían uno tras otro y las criaturas caían en la oscuridad. Incluso el laberinto, la maraña de caminos blancos que se extendían en todas direcciones, empezaba a desintegrarse...

—Pudin de Navidad. —En los ojos de sir Henry brillaba un destello de picardía—. Pudín de Navidad, ya sabéis. Con azúcar moreno y helado. Es delicioso. ¿Queréis decir que nunca lo habéis probado?

—Se parece más a un pastel de cerezas —dijo August—. Con un puñado de cientos, y miles, y unas almendras tostadas.

Por primera vez en muchísimo tiempo, Tom se sorprendió sonriendo. Sí, era igual que mirar un inmenso postre. La escala era tan enorme que costaba creer que aquello fuese real.

—Así que las gorogonás...

—El grito sila debe de haber matado a la mayoría. En cuanto al resto, sin el laberinto no hay modo de salir de ese abismo. Salvo esta pequeña chimenea, claro —dijo August, guiñando el ojo.

Tom se quedó mirando el mundo que se desplomaba. Era una sensación extraña y agrídulce, pero solo entonces comprendió que Scarazand había desaparecido real y definitivamente. Por fin era libre. Se volvió y miró al eco, tendido en el suelo, con su armadura ennegrecida reluciendo a la luz de la luna.

—¿Saben?, esto solo ha podido pasar gracias a él. El escarabajo se había quedado atrapado en la chimenea. Si él no hubiese saltado sobre su cabeza, si no lo hubiese hecho bajar, el rayo nunca habría...

—¡Bah! ¡Ni siquiera habría estado ahí de no ser por ti! —rugió sir Henry—. Puedes estar orgulloso, viejo amigo. Sois dos caras de una misma moneda.

—Exacto —añadió August—. Habéis hecho algo realmente extraordinario. Los dos. Es un triunfo. Disfrútalo —dijo, con una sonrisa, echándole el brazo sobre los hombros—. Eso está mejor.

—Hay una cosa más.

—¿De verdad?

—Es muy importante.

August lo miró con ojos chispeantes.

—¿Y cuándo no? Dispara.

—Si Scarazand ha sido destruida esta noche, el 15 de diciembre de 1899, ¿significa eso que de ahora en adelante todo será distinto?

—De ahora en adelante... sí, creo que sí —respondió August—. Tú estás aquí, nosotros estamos aquí, hemos vivido y no vamos a reescribir nuestra propia historia. Pero lo que acabas de hacer, Tom, es crear desde este momento un futuro alternativo, uno en el que Scarazand no aparezca bajo ninguna apariencia ni forma.

—Y ese futuro alternativo se nos viene encima —dijo sir Henry, consultando su reloj—. El sol saldrá exactamente dentro de dos horas, y apuesto a que no tardará en aparecer alguien para ver dónde ha caído el rayo. Y entonces se montará una escena de aquí te espero.

—Desde luego —convino August—. Y supongo que resulta vagamente posible que una de esas gorgonás diminutas pueda ingeniárselas para subir hasta aquí y escapar. Y eso sería una lástima —añadió, quedándose muy corto.

Tom miró a su eco, tendido entre los escombros.

—Y también está él.

—Desde luego. Pero hay...

—Había una solución —interrumpió sir Henry, llamando la atención de August.

—¿Qué quiere decir?

—¡Oh, no es nada! —exclamó August—. Solo una cosa que ocurría antes. Ahora resulta muy inapropiada.

Rehuyendo la mirada de interrogación de Tom, clavaron la vista en la vorágine que se desataba abajo.

—Pero si ya lo tengo —dijo de pronto sir Henry—. En este momento, August, estás profundamente dormido ahí arriba, en Catcher Hall.

—Probablemente roncando —reconoció—. Sigue.

—Bueno, pues de momento podemos disimular el agujero con zarzas, ramas, fango, etcétera. Luego, mañana por la mañana, cuando te sientes a desayunar y abras el correo, hallarás una carta confidencial que te habré enviado yo, describiendo todo lo que ha pasado aquí esta noche y aconsejándote que emprendas una acción inmediata y secreta a fin de sellar este agujero para siempre.

August sonrió irónicamente y se frotó la cabeza.

—Olvidas, Henry, que en este momento de mi vida soy un taxidermista serio. Tengo la cabeza llena de ecuaciones químicas y técnicas para disecar pitones y periquitos; nunca daría crédito a una historia tan extraordinaria. Creería que me tomabas el pelo. De hecho, estaría seguro.

—¿Aunque las pruebas estuviesen aquí mismo, en tu propio bosque?

—Dudo que me molestase siquiera en bajar a comprobarlo. Nunca lo hice, ¿no?

Sir Henry frunció el ceño. Tenía que reconocer que aquello suponía un problema. Según admitía él mismo, August era cínico, perezoso, fantasmal...

—Pero podrías hacerlo, si... —Sir Henry sonrió como un león—. ¿Y si esa carta no estuviese escrita por mí? ¿Y si estuviese escrita por ti mismo... y dirigida a ti, de tu puño y letra?

August contempló el conducto de ventilación al tiempo que reflexionaba.

—¿Una carta escrita a mí mismo... por mí mismo, en el futuro?

Sir Henry entornó los ojos.

—Exacto. Y, de paso, también podrías sugerir una alternativa a esa miserable tumba anónima.

August miró al eco y luego a su viejo amigo. Sus rasgos arrugados esbozaron una sonrisa.

—Creo que es una idea inspirada.

—Bien. Bien, bien, bien. Confiaba en que dijese eso.

El regreso del otro

Era el primero de mayo, un domingo, muy temprano, y parecía que el mundo entero se hubiese ido arrastrando hasta salir de la sombra de un largo y duro invierno y estuviese tumbado al tibio sol de primavera. Las calles estaban vacías, el cielo era azul, apenas soplaba el viento: era un hermoso día. Aunque no todo el mundo opinaba lo mismo. Una oxidada motocicleta roja con sidecar dobló la esquina con estrépito y entró en Museum Street, conducida por un hombre bajito de expresión sombría. Jos Scatterhorn no había dormido bien. Había vuelto a atormentarlo aquella pesadilla en la que se pasaba la vida entera encerrado en un viejo museo que se caía a trozos y que nadie quería visitar... para despertar y encontrarse con que era cierto.

—Vamos —gruñó.

El motor resopló, tosió y finalmente se estropeó al pie de la colina. Jos se levantó del asiento con dificultad y se planteó la posibilidad de darle una buena patada, aunque recordó lo que había sucedido la última vez que había hecho eso. Se había pasado una semana cojeando. En lugar de eso, abrió la tapa del depósito y se asomó al interior.

—Supongo que está vacío, ¿no? —dijo Melba, su esposa, que estaba pacientemente sentada en el sidecar, leyendo un libro.

—Alguien lo ha vaciado de combustible. Lo han mangado. Es...

—Absolutamente predecible —interrumpió Melba, que se bajó del sidecar y echó a andar colina arriba en dirección al museo—. Ven, tonto.

Jos Scatterhorn se puso a rezongar dentro del casco.

—¡Malditos chorizos!

Tras aparcar la moto, corrió apresuradamente detrás de ella mientras se quitaba el casco.

—No sé por qué continuamos molestándonos, Melba —dijo, resoplando—. ¡Es domingo! ¿Quién quiere pasar una preciosa mañana soleada pateándose un húmedo, frío y desagradable...?

—Siempre hay alguien. Góticos, morbosos, cazadores de fantasmas, turistas perdidos... No olvides que hemos sido elegidos el «lugar más espeluznante» de Dragonport durante diez años seguidos. Y, francamente, ¿tienes alguna idea mejor?

Jos Scatterhorn resopló violentamente. Desde luego que la tenía. Había subido la marea; podía salir a navegar con Sugarmouse, su querido barco de pesca. Además, esa tarde daban el final de la copa. Vaya, hasta preferiría cortar las ortigas que invadían el jardín de la parte trasera a pasar otra... Jos estaba a punto de introducir la llave en la pesada cerradura cuando se dio cuenta de que la puerta principal del museo estaba entornada. No la habían forzado. Estaba ya abierta.

—Pero si la cerré. Claro que la cerré. ¿Cuándo he...?

—Empiezo a tener serias dudas acerca de tu cordura, señor Jos Scatterhorn.

Jos se encogió un poco bajo la mirada de Melba. Aquello podía significar muchas cosas, y prefería no contemplar la mayoría de ellas tan temprano.

—¿Hola?

Empujó la pesada puerta, que giró ruidosamente sobre sus bisagras. Silencio.

—¿Hay alguien ahí?

Jos miró con detenimiento la familiar hilera de vitrinas polvorientas y animales descoloridos que se desvanecía entre las tinieblas. No se oía ni un ruido. Se armó de valor, esquivó un cubo rojo lleno de agua de lluvia y entró en el vestíbulo.

—Hola...

—Buenos días.

Un hombre alto, elegantemente vestido con un traje de tweed, salió de detrás de una vitrina y le dedicó una mirada rápida. Tenía unas espesas patillas blancas, y su piel era del color del marfil amarillento. Parecía muy, muy viejo, pero extrañamente lúcido.

—¿Puedo saber quién es usted?

Jos Scatterhorn pareció desconcertado. Desde luego, aquel no era el rufián encapuchado que esperaba.

—Yo podría hacerle la misma pregunta.

—Me llamo sir Henry Scatterhorn, y tenemos un paquete para Tom. ¿Está aquí?

Jos se rascó un cabello inexistente en su cabeza, preguntándose si habría oído bien.

—Perdone, ¿ha dicho que...?

—Sir Henry Scatterhorn. Eso es. Ese soy yo. —Sir Henry disimuló su impaciencia con una sonrisa—. ¿Y bien? ¿Tom está aquí o no?

Jos tosió un poco. Ese hombre, si es que era ese hombre, y Jos no podía estar seguro del todo, era el fundador de ese museo. Debía de tener al menos ciento cincuenta años.

—Aquí no hay nadie que se llame así. Llega usted con una semana de antelación.

Sir Henry giró en redondo y vio aparecer en el umbral a una mujer delgada con un corte de pelo medieval. Era tan enjuta y afilada como rechoncho y bajo era el hombre.

—El Congreso de Vampiros de Dragonport no se celebra hasta el domingo que viene. Bonito disfraz. Sir Henry Scatterhorn. Acertado.

Sir Henry se quedó estupefacto.

—Enséñenos sus colmillos.

—¿Qué?

—¡Oh, vamos, abra la boca!

—¿La boca?

—Bueno, tendrá colmillos. Todos los vampiros tienen colmillos. ¿Y una cápsula de sangre? ¿No? Supongo que podría estropear el traje. Me imagino que será

alquilado.

En ese momento otro anciano caballero bajó las escaleras a paso de trote. Llevaba un traje de tweed azul, grueso como una manta, y tenía una espesa mata de pelo blanco. También era muy ágil para su edad.

—August, al parecer no está aquí.

—¿Que no está aquí? ¡Madre mía!

—Y creen que soy un vampiro.

—¿Un vampiro? ¿Qué clase de manicomio es este?

Jos los miró alternativamente, aún más aturdido. ¿Sería el August de Catcher?

—Este lugar necesita un tejado nuevo y un buen barrido —dijo mientras quitaba con el dedo la gruesa capa de polvo que cubría una vitrina—. Joseph Scatterhorn, supongo. Ya me lo imaginaba. Ahora hay una nueva obra expuesta arriba con los reptiles y ha quedado bastante bien, aunque me esté mal el decirlo. No se le ocurra retocarla o habrá problemas. Y asegúrese de decirle al chico dónde está cuando llegue. Es una pequeña sorpresa para él.

—El chico...

—Lo reconocerá enseguida —interrumpió August, dirigiéndose a toda velocidad hacia la puerta—. Y creo que debería esforzarse un poco más. Este lugar está guarrísimo, y es húmedo, y la guarrería, la humedad y la taxidermia no combinan bien. Hace falta un poco de jolgorio, amigo mío, animación. ¡Dele vida! ¡Yo lo hice!

Con una risita, August Catcher levantó la mano y se desvaneció en la luz.

—Joseph Scatterhorn, ¿eh? —dijo sir Henry.

El anciano miró ajos de arriba abajo y no logró ver ningún parecido familiar. Era como comparar a un facóquero con un guepardo. Luego echó un vistazo a los cubos de agua de lluvia, las ventanas asquerosas, las exposiciones deterioradas...

—Por supuesto. Qué interesante. Claro que no. Da igual. Lamento decepcionarla, señora.

Con una sonrisa, sir Henry se volvió y siguió a su compañero hasta la calle. Durante varios segundos, Jos y Melba permanecieron inmóviles, mirando el sol de primavera que entraba a raudales por la puerta abierta.

—Entonces, no han venido por el congreso de vampiros, ¿no?

Melba se quedó sin palabras. Se había pasado los últimos treinta años caminando por las profundas tinieblas del museo y aceptaba estoicamente que su ambiente misterioso jugaba malas pasadas a la mente y de vez en cuando movía los objetos como si fuese un mago.

Pero conocer al fundador y al creador en persona... Eso era el colmo.

—¿Y si ha dejado de verdad algo ahí arriba?

—No, Jos. No lo hagas.

Al cabo de un minuto estaban arriba, en la sala de los reptiles, mirando con detenimiento la pequeña vitrina que habían dejado sobre la mesa. Melba dio un golpecito en el cristal, casi esperando que no estuviese allí.

—¿Es real?

—Desde luego que es real.

—Así que ellos también lo eran.

A aquellas alturas, Melba también deseaba no haberse levantado de la cama. Pero aquello no era todo. Unos minutos después, un fuerte crujido resonó en el oscuro vestíbulo y la puerta principal se abrió una vez más.

—¿Tío Jos? ¿Melba? ¿Hola?

No hubo respuesta.

Un chico entró en el vestíbulo y miró a su alrededor. Era de constitución delgada y parecía hambriento, y la mata de pelo rubio le brillaba como una aureola.

—¡Ah, hola! —dijo, sonriendo alegremente al descubrir dos sombras que se ocultaban en la parte superior de las escaleras. Alzó una bolsa de papel marrón—. Bocadillos de beicon. Se me ha ocurrido daros una sorpresa.

Jos juntó en el entrecejo unas cejas tan espesas como setos. Aquella broma estaba yendo demasiado lejos.

—Buscas vampiros, ¿no?

—No.

—¿Has visto algo que quieras afanar?

—No...

—Entonces, ¿quién demonios eres? Tom, supongo.

El chico sonrió de mala gana.

—Sí. Claro que lo soy. ¿No me reconocéis?

Jos y Melba bajaron las escaleras con cuidado y se aproximaron al chico como si fuese una criatura peligrosamente impredecible. Como los otros dos visitantes, parecía muy real, aunque, a diferencia de ellos, les resultaba familiar...

—¿Dices que nos has traído bocadillos?

—Así es. Por favor, coged uno.

Jos le echó un vistazo a la bolsa. Podía percibir el olor a beicon.

—Muy bien, Tom, no tengo ni idea de quién diantres eres, pero eres muy amable, y no me importa coger uno.

Sacó un bocadillo, lo desenvolvió y empezó a masticar ruidosamente.

—No creo que te apellides Scatterhorn, ¿verdad? —preguntó Melba, cogiendo uno para sí—. Ni que estés haciendo un trabajo escolar para buscar tus raíces, ¿no?

Tom se rió con nerviosismo, preguntándose si aquello era un chiste.

—Ahora está muy de moda. Todos los colegiales andan obsesionados con averiguar quiénes son y de dónde vienen.

—Obsesionados —asintió Jos—. Buen bocadillo, chaval.

—Excelente —convino Melba—. ¿No vas a comerte uno?

Tom los observó. Estaban sentados en las escaleras, comiendo con satisfacción. Empezaba a preguntarse si su confusión era sincera.

—Hummm... quizá.

Ignorando las palpitaciones de su corazón, Tom salió a toda prisa al sol y se volvió de cara al museo. Encima de la gran puerta se hallaban los dos dragones de piedra, sosteniendo entre sí la placa de piedra, que decía:

MUSEO SCATTERHORN FUNDADO EN 1906 POR SIR HENRY
SCATTERHORN LEGADO A LOS HABITANTES DE DRAGON PORT DIOS
SALVE AL REY

Y eso era todo. Su nombre no estaba allí. No había restaurado el museo, lo que significaba que... La bomba estalló en silencio en la cabeza de Tom. Era tal como August le había dicho que sería. Aquel era un futuro nuevo... Podía parecer familiar, pero era un mundo en el que él no había participado, hasta el momento en que había puesto los pies en él una hora atrás. No estaba en ningún registro, puede que ni siquiera existiese. No era nadie.

Un rato más tarde, Melba apareció en el umbral con una humeante taza de té. El muchacho seguía sentado en los peldaños soleados y parecía perdido.

—Ten —dijo ella, dándole la taza.

Tom la cogió agradecido y sopló en la superficie.

—¿Va todo bien?

—Sí. Gracias.

—Siento que nos hayamos mostrado un poco antipáticos. La cuestión es que en los últimos tiempos no recibimos muchas visitas, y esta mañana... nos encontrábamos en un leve estado de shock, por no decir más. —Melba hizo una pausa—. He de decir que tengo curiosidad por saber por qué creías que éramos tus tíos.

Tom levantó la mirada hasta aquel rostro, anguloso como el de un pájaro. No tenía sentido tratar de explicárselo; ella nunca lo entendería.

—En realidad, no... Solo estaba... confuso.

—Pero ¿estás haciendo un trabajo escolar?

—Sí.

—¿Y te apellidas Scatterhorn?

El chico asintió con la cabeza.

—Tom Scatterhorn. Hummm. Pues no somos muchos. Pero me resultas muy familiar.

—¿De verdad?

—Desde luego que sí. No olvido las caras. Los nombres, siempre, pero las caras... jamás. Te he visto en alguna parte. Seguro. —Se disponía a volver a atravesar precipitadamente la gran puerta cuando se detuvo de repente y recordó—. Por cierto, antes ha venido alguien que decía llamarse sir Henry Scatterhorn. Ha dicho que te estaba buscando.

—Ah, ¿sí?

—Iba acompañado de un tal August Catcher. ¿Conoces a esos señores?

—Bueno.. más o menos. En cierto modo.

Melba arrugó la nariz con aire pensativo: no podía entender cómo podía ser eso, pero la noticia parecía haber levantado al instante el ánimo del chico.

—Te han dejado algo en la primera planta. Quizá deberías pasar y echarle un vistazo. Está detrás de la sala de las aves. Es bastante raro.

Tom se tragó a toda prisa el resto del té y volvió a entrar en la parda oscuridad del museo. No tenía la menor idea de lo que podían haber dejado para él, pero mientras pasaba junto a cada maqueta polvorienta y cada vitrina decrepita no pudo evitar percatarse de que todo estaba tan apolillado y dejado como el primer día de su llegada al museo, en otra vida. Allí estaban el mamut, el pájaro dodo, la tigresa asesina, el puercoespín... Nunca había sentido una conexión tan grande con todos aquellos animales gastados y, aunque resultaba doloroso reconocerlo, sabía exactamente por qué. Gracias a August Catcher estaba vivo, pero fuera del tiempo, como ellos. Se había convertido en uno de ellos. Eran iguales...

—¡Vaya! ¡Pero si es el mismísimo héroe!

Tom estaba tan perdido en sus ensoñaciones que no se había fijado en la sombra que se hallaba detrás del árbol lleno de tucanes, en la parte superior de las escaleras. La chica llevaba un largo abrigo gris y un sombrero a juego, y estaba parada con pose de bailarina.

—¡Hola, Tom! ¡Qué sorpresa encontrarte aquí!

Lotus Askary emergió de la oscuridad. Sus grandes ojos felinos brillaban de malicia. Tom se alegró extrañamente de ver su rostro familiar, aunque no podía evitar preguntarse...

—¿Estás sorprendido de verme? ¿Acaso no esperabas que sobreviviese? —Lotus sonrió de oreja a oreja al reconocer la confusión de Tom—. Nunca fui como los demás, ¿no te acuerdas? Escarabajo replicante: raza diferente. Nunca tuve ese mismo instinto de proteger a la reina. Y en cuanto a estar aquí, justo ahora, acabo de llegar, igual que tú. ¿Cómo lo has hecho?

—El baúl. En Catcher Hall.

—Por supuesto. Había olvidado esa vieja conexión.

Hubo un incómodo momento de silencio mientras Tom y Lotus pensaban qué decir.

—Pero enhorabuena. Eso fue una proeza. Lo hiciste realmente, Tom.

—Fue un esfuerzo conjunto. Los dos lo hicimos.

—Te refieres a ti y a mí. —Lotus lo miró y sonrió—. Eres muy gracioso. Ni siquiera después de todo eso se te dará nunca bien reconocer tus logros. Y, en respuesta a tu pregunta, pues he vuelto para verte, por supuesto, pero también para ver qué ha cambiado por aquí, ahora que todo es tan distinto.

Tom sonrió ante el sarcasmo de la chica.

—Puede que tardes un rato. Esto es el Museo Scatterhorn. Nada cambia.

—En realidad, algo ha cambiado. —En la cara de Lotus había una media sonrisa que Tom no pudo entender de inmediato—. ¿No hay una nueva obra arriba, en la sala de los reptiles? Eso ha dicho Jos Scatterhorn. Tal vez deberíamos echarle un vistazo juntos.

Lotus echó a andar entre las vitrinas de loros, cucaburras y guacamayos apolillados hasta entrar en la pequeña sala de reptiles del fondo. En la mesa del centro se hallaba una vitrina de cristal con cúpula que a primera vista contenía una escena de selva. Había un par de ranas venenosas y uno o dos insectos palo; en la zona central se podía ver un camaleón verde y gordo, con la cola y los pulgares enroscados en torno a una rama, que contemplaba con pesadumbre el reflejo de la luna en un charco.

Lotus acercó la cara al cristal.

—¡Oh!

De pronto, un globo ocular giró hacia atrás para mirarla. A continuación, el otro giró en dirección contraria hacia Tom, que contuvo un grito de asombro.

—Los ojos de los camaleones hacen eso, ¿verdad?

Lotus asintió con la cabeza. Se quedó mirando unos momentos al reptil, que le correspondió con una mirada tenebrosa.

—Son unos globos oculares muy peculiares. Casi quemados.

Lotus estaba en lo cierto: August parecía haber utilizado un par de cuentas negras idénticas, con líneas rojas fundidas con la superficie, que parecían describir las formas de...

—Espera... —dijo Tom casi sin aliento—. Espera. Eso no es... ¿Lo es...?

—Debe de serlo. August debe de haberlos encontrado entre los restos del árbol. Reducidos a eso.

Lotus contempló al camaleón con una expresión de profunda satisfacción. Aquella era la verdadera razón de su vuelta: asegurarse del todo de que ambos habían desaparecido para siempre. Allí estaba la prueba definitiva.

—¿Y la luna? —dijo Tom, comprendiendo entonces el auténtico significado de aquel pequeño cuadro.

Lotus siguió la mirada apesadumbrada del camaleón hasta el charco. Allí, justo debajo de la superficie oscura del agua, se distinguía el pálido perfil de una pelota.

—Es la pelota-escarabajo, ¿verdad? Tiene que serlo.

A Lotus le brillaban los ojos: por supuesto, Tom tenía razón. Ella no esperaba también aquello.

—Justo fuera de su alcance. Para siempre. August Catcher es un genio.

Tom asintió sin decir nada. Por supuesto que August era un genio, pero él siempre lo había sabido.

—La verdad es que él tampoco era completamente estúpido.

—¿Quién?

—Don Gervase Askary.

—Lotus, estaba como una cabra.

—Quizá un poco, pero también tenía razón acerca de muchas cosas. Sabía que la muerte de la reina haría mucho más que destruir Scarazand. Ese impulso tuvo repercusiones a mucha distancia, por todo el universo. Seguro que hay otros que lo oyeron.

—¿Qué otros?

Lotus se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Pero deberíamos estar preparados por si vienen, ¿no crees?

Por un instante, sus labios esbozaron una astuta sonrisa de complicidad.

Entonces Tom se fijó en la esfera pálida que le colgaba de la pulsera. La luz danzaba a través de ella como si fuese mercurio.

—¿Qué es eso?

—¿Esto? —preguntó la chica, pasando los dedos por su superficie brillante—. Oh, solo es algo que encontré. En una cueva. —Lotus le guiñó el ojo. No pensaba decirle nada más—. ¿Qué vas a hacer ahora? —dijo cambiando de tema.

Tom echó un vistazo a los reptiles polvorientos que los rodeaban. No podía fingir que aquella pregunta no ocupara su mente.

—No lo sé. Todo me resulta un poco raro.

Los grandes ojos felinos de Lotus lo observaron con aire pensativo.

—No trates de ser normal, Tom. No trates de encajar. Nunca lo harás. Ya no.

—Eso es lo que me preocupa. ¿Quién quiere ser normal?

—Pues no lo seas —respondió ella, sonriendo con afabilidad.

Se quedó mirando al chico de pelo rubio y ojos oscuros que parecía extrañamente joven y extrañamente viejo al mismo tiempo.

—Voy a echarte de menos, Tom Scatterhorn, y nunca pensé que llegaría a decir eso.

Tom tampoco. Pero Lotus tenía razón: a partir de entonces, había algo no expresado entre ellos, un mundo de secretos que los unía.

—Siempre sabré dónde encontrarte, ¿no?

—Quizá.

—¿Quizá? —repitió Lotus, riéndose—. No me digas que ya te has aburrido del Museo Scatterhorn.

Lotus vaciló y pensó en decir algo más, pero no lo hizo. En lugar de eso, se volvió hacia la puerta.

—Ah, si buscas algo distinto de verdad, ve al bosque próximo a Catcher Hall. Es impresionante.

Sonrió brevemente y se marchó. Tom se quedó en la penumbra, escuchando sus pisadas, que resonaron escaleras abajo hasta salir a la calle. Sabía que ella había pensado en pedirle que la acompañase. Pero también sabía cuál habría sido su respuesta.

El bosque próximo a Catcher Hall... Por supuesto, casi se le había olvidado. El conducto de ventilación.

Cuando Tom acabó de atravesar Dragonport, el cielo resplandecía con reflejos dorados y el mar estaba liso como la leche.

«Jardines del Eco», decía el cartel que sobresalía de un seto. Tom sintió que una oleada de emoción crecía en su interior. Se apresuró por el tibio pavimento y entró a través del par de altas puertas de hierro del fondo. Donde antes estaba el bosque había entonces un pequeño parque con parterres y un césped bien segado. Los perros se perseguían entre los árboles y las familias paseaban, disfrutando de la tibia tarde primaveral. Al fondo, enmarcada contra los oscuros árboles, se hallaba una estatua de bronce sobre un alto pedestal, teñida de rojo por los últimos rayos de sol. La forma le resultaba familiar. .. Tom apretó el paso, y antes de darse cuenta corría entre los bancos y las fuentes. La figura empezó a verse más clara... Era un chico de pelo alborotado, vestido con una magnífica armadura, con una espada en una mano y un extraordinario yelmo de pinchos en la otra. Estaba alerta, preparado, en guardia, y sus profundos ojos miraban a través del estuario hacia el mar que se encontraba más allá. Alrededor de sus pies yacían los restos de la batalla: escudos, espadas, armaduras y montones de serpientes muertas, enroscadas por todas partes...

El corazón desbocado de Tom apenas le dejó leer la elaborada inscripción gótica que se hallaba debajo.

*Descubrí el secreto del museo
y un mundo oculto, caliente y sin par,
su príncipe era mi eco olvidado,
y pereció en este fugar.*

Tom se quedó mirando la pesada losa de piedra sobre la que descansaba el pedestal. Allí mismo estaba el conducto de ventilación. La tapa de Scarazand. August no solo había leído su propia carta; resultaba evidente que había optado por creer toda la historia. Y también había escrito su epitafio.

Se aproximaban unas suaves pisadas y, al volverse, Tom vio a un niño que contemplaba la estatua junto a él. No podía tener más de cinco años y llevaba un gorro de lana rojo.

—¿Quién es? —preguntó el niño.

Tom vaciló.

—No lo dice. No tiene nombre.

—¿Es un caballero?

—Más o menos. Es un eco.

El niño miró a Tom con suspicacia. Tenía los ojos de color castaño oscuro, y unos mechones de pelo rubio le asomaban por debajo del gorro.

—¿Por qué su armadura parece un escarabajo?

—Es una armadura muy especial. Se llama la Scararmadura.

El chico miró el yelmo un instante y luego volvió corriendo junto a su madre, que

empujaba un cochecito colina arriba. En el interior dormía una niña pequeña.

—¿Quién es, Tommy? —dijo ella.

—Es un caballero. Pero no tiene nombre. Es un eco.

—¿De verdad? Mira esa armadura de pinchos... y ese yelmo con cuernos. ¿No es increíble?

—Y las serpientes. Seguro que las ha matado él.

—Seguro que sí.

Tom se retiró a un banco y miró a un hombre rubio y desaliñado que subía por el camino para reunirse con ellos con las manos metidas en los bolsillos.

—¿No te recuerda a alguien?

El hombre alzó la mirada hasta la estatua y se echó a reír.

—Quizá, dentro de diez años.

—¿Qué? —preguntó el niño.

—Ese podrías ser tú, Tommy —comentó su madre—. Conozco esa mirada. —Se quedó mirando la expresión orgullosa y decidida de la estatua—. Mi eco olvidado... Es muy curioso. Tal vez sea un pariente, Sam.

—Lo dudo. Es una figura de fantasía, ¿no?

—Pero ¿no había un sir no se qué Scatterhorn que vivía en Dragonport?

—Sir Henry Scatterhorn. Sí, era un famoso cazador en su época. Pero, Poppy, está claro que no es él.

Poppy miró una vez más el rostro familiar de la estatua.

—De todos modos, es raro, ¿no? Me refiero al parecido.

—Pero ¿no se supone que todos tenemos un gemelo idéntico, un sosias, en alguna parte? ¿No es eso lo que dicen?

Poppy se encogió de hombros. Tras echarle un último vistazo a la estatua, se alejaron entre los árboles.

—Lo cierto es que sir Henry Scatterhorn fundó un pequeño museo. Recuerdo que una vez me llevaron a verlo, hace años.

—¿Cómo era?

—Muy oscuro y muy extraño. Lleno de monos medio rotos y tigres desdentados. Había una pareja de ancianos muy rara que llevaba el museo.

—Quizá deberíamos ir a buscarlo.

—No puede seguir abierto. Estaba a punto de derrumbarse ya entonces.

—Qué lástima. Seguro que a Tommy le habría gustado verlo.

Se volvieron y esperaron a que el niño corriese hacia ellos rodeando la fuente.

—Sí —dijo Sam, sonriéndole y tendiéndole la mano—. Seguro.

Tom permanecía sentado en el banco, mirando a la joven familia que se dirigía hacia las puertas de hierro y desaparecía de la vista. Así que sus padres estaban vivos en ese nuevo futuro... Por supuesto, ¿por qué no iban a estarlo? Pero no eran sus padres, eran unos completos extraños, con otro hijo, y también una hija, y nunca sabrían quién era él...

—Han captado el parecido con la máxima precisión. Esos ojos traicioneros, esa mata de pelo raquíca... Eres tú, chaval. Clavadito, clavadito.

Tom parpadeó, y al salir de su ensoñación se encontró con que el parque estaba vacío. No sabía cuánto tiempo llevaba sentado allí. El sol se había puesto, las puertas estaban cerradas y ni siquiera había oído aterrizar al águila entre los árboles, detrás de él.

—No te preocupes, colega, nadie nos oye —dijo el ave con voz áspera, sacudiendo sus plumas entre las ramas—. ¿No se te hace extraño verlo ahí arriba?

—Sí, mucho.

El águila soltó un bufido.

—Me imagino que debe de ser como mirar tu propia lápida. No son muchos los que tienen ese placer.

Tras dejarse caer al suelo con un bote desgarrado, la rapaz avanzó torpemente hacia el banco.

—Entonces, ¿te alegras de haber vuelto?

Tom inspiró hondo. Se quedó mirando la estatua, que ya solo era una silueta oscura contra los árboles.

—Todo ha terminado —dijo en voz baja.

—Y que lo digas.

—No estoy seguro de que este siga siendo mi sitio. —De pronto a Tom se le llenaron los ojos de lágrimas. Avergonzado, se volvió hacia otro lado, parpadeando con fuerza—. No debería haber vuelto.

La gran ave contempló el estuario, que resplandecía con reflejos dorados en la distancia.

—Conozco esa sensación, chaval. Eres de este mundo, pero no estás exactamente en él. Vivo y muerto al mismo tiempo. Ese es el regalo y la maldición que nos ha endosado August Catcher. Bienvenido a la inmortalidad, colega.

Tom sintió el peso de esas palabras y se estremeció.

—Pero no quiero ser inmortal. No pedí serlo. Yo solo... No sé qué quiero ser.

Tom se quedó mirando las sombras que se espesaban y se enjugó los ojos. De pronto, se sintió más solo de lo que se había sentido en toda su vida.

—Sí, bueno, quizá tengas razón. Quizá este ya no sea tu sitio. Has hecho muchísimo, mi viejo patán. Más de lo que hará la mayoría de la gente en toda su vida. Tal vez haya llegado el momento de volver a empezar, en algún sitio... completamente distinto.

La gran ave miró con los ojos entornados las puertas del parque y vio que un Land Rover rojo abollado paraba en el exterior. Era muy viejo y tenía un montón de tiendas de campaña y bidones atados al techo. Parecía a punto de partir hacia el polo norte, o a la Conchinchina, o quizá a ambos lugares.

—Y apuesto a que no soy el único que ha llegado a esa conclusión. Creo que ellos también acaban de ver a esa pequeña familia.

Tom siguió la mirada del ave y vio a August y sir Henry que bajaban del coche y se situaban junto a las puertas cerradas del parque. Contemplaron la confusión de sombras.

—Ve con ellos, chaval. Ahí está realmente tu sitio. Dios los cría y ellos se juntan... sobre todo si son gente como nosotros.

Tom se puso de pie con los ojos chispeantes. De pronto, supo con absoluta certeza que el águila estaba en lo cierto. Ese era su sitio...

—Pero, si lo hago, ¿volveré a verte?

—Oh, creo que hay muchas posibilidades de eso —respondió la rapaz con un guiño—. Ya sabes lo que digo siempre.

—¿Tienen las ranas el trasero a prueba de agua?

—Correctísimo.

Tom no podía dejar de sonreír.

La gran criatura andrajosa se agachó y se frotó contra él en un gesto amistoso. Tom la abrazó con fuerza.

—Gracias. Por todo. Lo digo en serio.

El águila asintió con la cabeza y lo empujó suavemente con el pico. Sus feroces ojos amarillos brillaban.

—Ahora lárgate de aquí, Tom Scatterhorn, antes de que te eche.

Tom se volvió, y tras despedirse con la mano echó a correr entre los árboles que se oscurecían.

Agradecimientos

Las increíbles aventuras de Tom Scatterhorn han estado tan llenas de cambios y giros imprevistos que Tom tuvo casi tantas aventuras en los diferentes borradores de estos libros como en las historias que finalmente llegaron a publicarse. Sin los buenos consejos y la fe a toda prueba de Liz Cross, mi editora, sospecho que Tom podría seguir perdido entre esos matorrales, incluso ahora. También quiero expresar mi inmensa gratitud a Simón Trewin, cuyo entusiasmo salvó el manuscrito de languidecer en una caja y me ha apoyado a lo largo del camino. También quisiera darles las gracias a Christopher Gibbs, a Molly Dallas y a toda la gente de Oxford por publicar unos libros tan bellos; a Kate Williams, a Tessa Girwan y a todo el mundo que me ayudó leyendo las historias a medida que evolucionaban, en especial a Hassan Amini, Charlotte Stewart, John Wrathall, Louis, Iñigo y Esme. Y por último, aunque no menos importante, quiero darle las gracias a Chloé, que lo vio todo, lo leyó todo y mucho, mucho más.



Henry Chancellor Escritor inglés, Henry Chancellor es conocido por su libro basado en el archivo del escritor Ian Fleming, *James Bond, The man and his world* y por su serie de libros juveniles con Tom Scatterhorn como personaje protagonista.